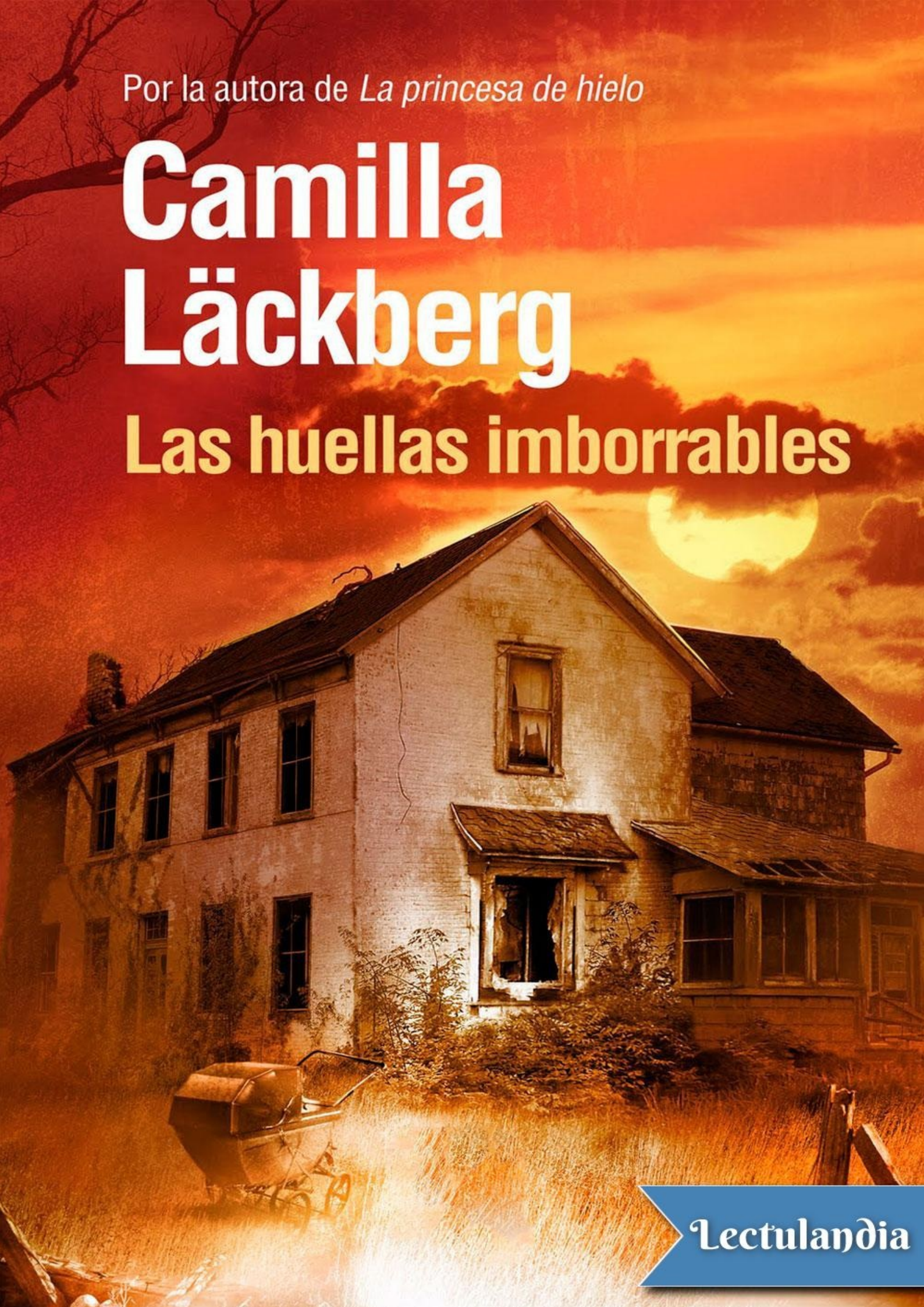
Por la autora de *La princesa de hielo*

Camilla Läckberg

Las huellas imborrables



Lectulandia

El secreto de una joven en los años cuarenta.
Un nuevo caso trepidante de Erica Falck y Patrik Hedström.

El verano llega a su fin y la escritora Erica Falck vuelve al trabajo tras la baja de maternidad. Ahora le toca a su compañero, el comisario Patrik Hedström, tomarse un tiempo libre para ocuparse de la pequeña Maja. Pero el crimen no descansa nunca, ni siquiera en la tranquila ciudad de Fjällbacka, y cuando dos adolescentes descubren el cadáver de Erik Frankel, Patrik compaginará el cuidado de su hija con su interés por el asesinato de este historiador especializado en la Segunda Guerra Mundial. Mientras tando, Erika hace un sorprendente hallazgo: diarios de su madre Elsy, con quien tuvo una relación difícil, junto con una antigua medalla nazi. Pero lo más inquietante es que, poco antes de la muerte del historiador, Erika había ido a su casa para obtener más información sobre la medalla. ¿Es posible que su visita desencadenara los acontecimentos que condujeron a su muerte?

En Las huellas imborrables Camilla Lackbërg entreteje con maestría una historia contemporánea con la vida de una joven en la Suecia de 1940. Escrita con numerosos flashbacks, en esta novela Erica Falck debe adentrarse en el oscuro pasado de su propia familia.

Lectulandia

Camilla Läckberg

Las huellas imborrables

ePUB v1.1
Conde1988 15.06.11

más libros en lectulandia.com

Para Wille y Meja

Tan sólo el ruido de las moscas se oía en la quietud de la habitación. El zumbido que provocaba el batir frenético de sus alas. El hombre que estaba en la silla no se movía. Llevaba tiempo sin moverse. Por lo demás, ya no era un hombre. Al menos no si con ello se pensaba en un ser vivo, capaz de respirar y sentir. Había quedado reducido a materia nutriente. Un receptáculo para insectos y larvas.

Las moscas revoloteaban en manadas en torno a aquella figura inerte. A veces aterrizaban. Ponían a trabajar las trompas. Luego volvían a alzar el vuelo. Zumbaban danzando. Buscaban un nuevo lugar en el que posarse. Iban probando. Chocaban unas con otras. La zona circundante de la herida que el hombre presentaba en la cabeza despertaba en ellas particular interés. El olor metálico de la sangre se había esfumado hacía tiempo y otro más mohoso y dulzón lo había reemplazado.

La sangre se había coagulado. Al principio fue fluyendo hacia abajo. A lo largo de la nuca. Por el respaldo de la silla. Hasta llegar al suelo, donde finalmente se había detenido formando un pequeño charco. En un primer momento aparecía roja, llena de glóbulos rojos vivos. Ahora, en cambio, había adquirido un tono negruzco. No podía ya reconocerse en el charco ese fluido pastoso que corre por las venas de un ser humano. Ya no era más que una masa pegajosa y renegrida.

Algunas de las moscas intentaban salir de allí. Se habían saciado. Estaban satisfechas. Habían puesto sus huevos. Habían usado bien las trompas succionadoras y estaban ahítas; habían aplacado el hambre. Y ahora querían salir. Aleteaban contra los cristales. Intentaban en vano abrirse paso a través de la barrera invisible. Sonaban como un leve repiqueteo al golpear el cristal. Tarde o temprano acababan rindiéndose. Volvían a sentir hambre. Buscaban de nuevo aquello que fue un hombre en su día. El mismo que ya no era más que carne muerta.

Erica se había pasado el verano entero dándole vueltas a algo que ocupaba su pensamiento a todas horas. Sopesando ventajas e inconvenientes y pensando en subir. Pero nunca llegaba más allá de la escalera que llevaba al desván. Habría podido achacarlo al trasiego de los últimos meses. A las secuelas de la boda, al caos que reinaba en casa mientras Anna y los niños aún vivían con ellos. Sin embargo, esa no era toda la verdad. Tenía miedo, sencillamente. Miedo de lo que pudiera encontrar. Miedo de empezar a hurgar en algo que hiciera aflorar a la superficie cosas que habría preferido seguir ignorando.

Sabía que Patrik había estado a punto de preguntarle varias veces. Notaba que sentía deseos de preguntarle por qué no quería leer los libros que habían encontrado en el desván. Pero no se lo había preguntado. Y ella tampoco habría sabido qué respuesta darle. Lo que más le asustaba era la sospecha de que debería cambiar su

percepción de la realidad. La imagen que se hacía de su madre, de quién era y de cómo había tratado a sus hijas no era particularmente positiva. Pero era la que tenía. Y le resultaba muy familiar. Era una imagen que había permanecido tal cual a lo largo de los años, como una verdad inquebrantable en la que basarse. Tal vez se confirmara. Tal vez incluso se reforzara. Pero… ¿y si los libros la desmentían? ¿Si se viera obligada a organizar su vida según otra verdad? Hasta aquel día no había reunido el valor suficiente para dar el paso necesario.

Erica puso el pie en el primer peldaño de la escalera. Abajo, en la sala de estar, se oía la alegre risa de Maja jugando con Patrik. Era un sonido tranquilizador, y Erica subió otro escalón. Cinco escalones más y ya estaba arriba.

Una nube de polvo se arremolinó en el aire cuando abrió la pequeña puerta y pisó el suelo del desván. Patrik y ella habían hablado de acondicionarlo en el futuro, quizá como refugio para Maja, cuando la pequeña hubiese crecido y necesitara cierta independencia. Pero por ahora no era más que un desván puro y duro, con gruesos listones de madera en el suelo y techo abuhardillado de vigas vistas. Estaba repleto de trastos. Adornos de Navidad, ropa que le había quedado pequeña a Maja, varias cajas llenas de cachivaches demasiado feos para tenerlos a la vista, pero demasiado bonitos y cargados de recuerdos para desecharlos.

El arca estaba al fondo, contra una pared. Era un modelo antiguo, de madera y herrajes de chapa. Erica tenía entendido que los llamaban «cofres de América». Se acercó y se sentó al lado, en el suelo. Pasó la mano por el arca. Respiró hondo, tiró de la cerradura y levantó la tapa. Un olor rancio le golpeó la cara y Erica arrugó la nariz con desagrado. Se preguntaba qué era lo que originaba ese aroma tan peculiar y denso de lo viejo. Seguramente el moho, se dijo, al tiempo que sentía un picor en la cabeza.

Aún recordaba la sensación que tuvo cuando Patrik y ella encontraron el baúl y revisaron su contenido. Muy despacio, fue sacando una cosa tras otra. Los dibujos que Anna y ella habían hecho de pequeñas. Pequeños objetos que habían realizado en trabajos manuales. Guardados por Elsy, su madre, la misma que nunca pareció interesarse cuando ellas le llevaban ansiosas aquello que con tanto esfuerzo habían hecho con sus propias manos. Erica hizo lo mismo que aquel día con Patrik. Fue sacando las cosas una a una y colocándolas en el suelo. Lo que en verdad buscaba se hallaba en el fondo del arca. Tocó con mucho mimo el trozo de tela que ya rozaba con los dedos. La camisita, que fue blanca en su día, se veía ahora amarillenta a la luz debido al paso de los años. Pero si de algo no podía apartar la vista era de aquellas manchas color ocre. En un primer momento pensó que serían de óxido, pero luego comprendió que debía de tratarse de sangre reseca. Había algo desgarrador en el contraste entre la prenda de bebé y las manchas de sangre que la cubrían. ¿Cómo habría llegado allí la camisa? ¿A quién habría pertenecido? ¿Y por qué la habría guardado su madre?

Erica la dejó con cuidado en el suelo. Cuando Patrik y ella la encontraron, había un objeto envuelto en la camisa, pero ya no estaba en el baúl. Era lo único que había sacado de allí. Lo que aquella camisa de bebé ajada y sucia había protegido todos esos años era una medalla nazi. Las sensaciones que provocó en ella la visión de tal objeto la dejaron atónita. El corazón empezó a latirle más rápido, se le secó la boca y por su retina desfilaron imágenes de todos los programas y documentales sobre la Segunda Guerra Mundial que había visto en su vida. ¿Qué hacía una medalla nazi allí, en Fjällbacka? ¿Y en su casa? ¿Entre las pertenencias de su madre? Le pareció absurdo. Le habría gustado dejar de nuevo la medalla en el arca y cerrarla con llave, pero Patrik insistió en que se la encomendasen a un experto, para ver si podían averiguar algo más. Ella accedió de mala gana. Era como si oyese en su interior voces susurrantes, agoreras, murmullos de alerta. Algo le decía que debería esconder la medalla y olvidarla. Pero la curiosidad se impuso a las voces. A primeros de junio, le entregó la medalla a un buen conocedor de la historia de la Segunda Guerra Mundial y, con un poco de suerte, pronto conocerían algún dato sobre su origen.

Pese a todo, lo que más interés despertó en Erica de todo cuanto había en el arca fue lo que sacaron del fondo. Cuatro blocs de notas de color azul. Reconoció en la portada la letra de su madre. Aquella letra elegante, inclinada a la derecha, aunque en una versión más joven, más redondeada. Erica los sacó del arca, pasó el índice por la portada del primero. «Diario», se leía en todos ellos. Aquella palabra suscitó en ella sentimientos de diversa naturaleza. Curiosidad, expectación, ansia de leerlos. Pero también miedo, vacilación y una intensa sensación de estar invadiendo la esfera privada de otra persona. ¿Tenía derecho a enterarse de los pensamientos y sentimientos más recónditos de su madre? Por su naturaleza, un diario no está destinado a ser leído por otra persona. Su madre no los escribió para que otros leyeran su contenido. Quizá incluso estuviese totalmente en contra de que su hija los leyese. Pero Elsy estaba muerta, y Erica no podía preguntarle. Tendría que tomar una decisión sin consultar a nadie y resolver qué hacer con ellos.

–¿Erica? –La voz de Patrik vino a interrumpir sus pensamientos. Erica le respondió:

–¿Sií?

–¡Ya llegan los invitados!

Erica miró el reloj. ¡Vaya, ya habían dado las tres! Maja cumplía un año y esperaban a la familia y a los amigos más íntimos. Patrik pensaría que se había dormido allí arriba…

–¡Ya bajo! –gritó mientras se sacudía el polvo. Tras un instante de vacilación, cogió los diarios y la camisita y bajó la empinada escalera del desván. Abajo se oía un murmullo de voces.

–¡Bienvenidos! –Patrik se hizo a un lado para dar paso a los invitados. Eran Johan y Elisabeth, una pareja que habían conocido por Maja, pues tenían un hijo de la misma edad. Un niño que quería a Maja con una intensidad poco habitual. A veces, no obstante, su cortejo resultaba demasiado violento. Por ejemplo, nada más entrar, William se lanzó como un *bulldozer* en cuanto vio a Maja y le hizo un placaje con habilidad digna de cualquier jugador de la Liga Nacional de Hockey. Curiosamente, la pequeña no pareció apreciar demasiado la maniobra, de modo que los mayores tuvieron que apresurarse a separar a William, radiante de alegría, de Maja, que no dejaba de chillar.

–Eh, muchacho, eso no se hace. ¡Hay que ser más delicado con las chicas! –Johan reprendió a su hijo con la mirada mientras que, con todas sus fuerzas, evitaba que su vástago enamorado emprendiese un nuevo asalto.

–Pues a mí me parece que tiene más o menos la misma forma de ligar que tenías tú –rio Elisabeth, que recibió una mirada ofendida de su marido por respuesta.

–Venga, cariño, que no ha sido para tanto. Vamos, arriba. –Patrik cogió en brazos a su hija, que no paraba de llorar, y la abrazó hasta que el llanto se convirtió en leves sollozos; la animó a empujoncitos a acercarse de nuevo a William–. ¡Mira lo que te ha traído William! ¡Un regalo!

Aquella palabra mágica surtió el efecto previsto. Con seriedad y solemnidad visibles, William le entregó a Maja el paquete envuelto con hermosas cintas. Ninguno de los dos dominaba aún del todo la técnica para caminar, y las dificultades para mantener en orden los pies y, al mismo tiempo, entregar el paquete, hicieron que William se cayese sentado. Sin embargo, al ver la cara de Maja, resplandeciente de alegría ante la contemplación del paquete, pareció olvidar su dolor. Claro que el mullido relleno del pañal también tuvo algo que ver.

«Iiiii», exclamó Maja con entusiasmo al tiempo que tiraba de las cintas. Aunque más o menos dos segundos después su semblante empezó a adoptar una expresión de frustración y Patrik se apresuró a prestarle ayuda. Una vez que, aunando esfuerzos, lograron abrir el envoltorio, Maja extrajo jubilosa un elefante gris muy blandito: el éxito fue inmediato. Lo apretó contra el pecho, abrazó el dócil cuerpo del animal y dio un pequeño zapatazo en el suelo, lo que provocó que también ella cayera de golpe sobre el trasero. Los intentos de William por acariciar el peluche dieron lugar a un mohín de disgusto acompañado de un lenguaje corporal inequívoco por parte de Maja. Al parecer, su pequeño admirador se tomó aquello como una invitación a que incrementara su esfuerzo, y los padres de ambos intuyeron que aquello acabaría en conflicto.

–Yo creo que es hora de tomar algo –observó Patrik. Cogió a Maja y entró en la sala de estar. William y sus padres lo siguieron y, en cuanto dejaron al pequeño delante de la primera caja de juguetes, se restableció la paz. Al menos

temporalmente.

–¡Hombre, hola! –Erica bajó la escalera, se acercó y saludó a los invitados. A William le dio una palmadita en la cabeza.

–¿Quién quiere café? –resonó desde la cocina la voz de Patrik, quien oyó tres «yoooo» por respuesta.

–Bueno, dime, ¿qué tal la vida de casada? –preguntó Johan con una sonrisa, echando el brazo por encima del hombro de Elisabeth.

–Pues mira, te diré que más o menos como siempre. Aparte de que Patrik se empeña en llamarme todo el rato «la parienta». ¿Alguna idea sobre cómo conseguir que lo deje? –Erica se volvió a Elisabeth con un guiño.

–Bah, no hay otra solución que rendirse. Dentro de poco, «la parienta» se convertirá en «el gobierno», así que no te quejes. Por cierto, ¿dónde está Anna?

–Está en casa de Dan. Ya han empezado a vivir juntos… –explicó Erica enarcando una ceja.

–Vaya, hasta ese punto… ¡qué rapidez! –También Elisabeth enarcó las cejas. Sólo los chismorreos tenían a menudo ese efecto.

Un timbre interrumpió la conversación y Erica se levantó de un salto.

–Seguro que son ellos. O Kristina. –Pronunció ese nombre como si hubiese ido intercalando cubitos de hielo entre las sílabas. Desde que Patrik y ella se casaron, la relación entre las dos había ido enfriándose cada vez más. Y ello se debía principalmente a la actitud casi maníaca de Kristina en su campaña por convencer a Patrik de que no era correcto que un hombre que aspiraba a hacer carrera se tomase cuatro meses de baja paternal. Sin embargo, y para disgusto de su madre, Patrik no había cedido ni una pulgada, al contrario, él mismo había insistido en hacerse cargo de Maja en los meses de otoño.

–¡Hola…! ¿Alguna niña que cumpla años por aquí? –La voz de Anna llegó desde el vestíbulo. Erica no podía evitar estremecerse de satisfacción cada vez que oía el tono jovial de su hermana pequeña. Había estado ausente tantos años… Pero ahora lo había recuperado. Anna sonaba segura y feliz y enamorada.

Al principio le preocupaba que Erica tuviese algo en contra de que ella iniciase una relación con Dan, precisamente. Pero Erica la tranquilizó y le explicó entre risas que hacía una eternidad, toda una vida, que Dan y ella fueron pareja y, aunque le hubiese producido una sensación extraña, habría valido la pena, sólo por ver de nuevo feliz a Ana.

–¿Dónde está mi chica favorita? –Era Dan, rubio, alto y bullicioso, quien preguntaba buscando a Maja con la vista. Dan y Maja mantenían una singular relación de amor, y la pequeña se le acercó a trompicones y extendió los brazos al oír su voz.

–¿Lalo? –preguntó Maja inquisitiva, pues ya había comenzado a desentrañar el

concepto de «cumpleaños».

–Por supuesto que te traemos un regalo, cariño –dijo Dan señalando a Anna, que le dio a la pequeña un gran paquete rosa con lazos plateados. Maja se deshizo manoteando del abrazo de Dan y retomó la frustrante tarea de acceder al contenido del paquete. Lo consiguió en esta ocasión con la ayuda de Erica, y ambas sacaron de la caja una gran muñeca que cerraba los ojos.

–Queca –constató Maja feliz abrazando amorosa también aquel regalo. Acto seguido, puso rumbo al lugar donde se encontraba William, con la intención de mostrarle el último tesoro adquirido y, por si acaso, repitió la palabra «queca» mientras le enseñaba a su amigo aquel preciado objeto.

Volvió a sonar el timbre y, un segundo después, entró Kristina. Erica notó que empezaban a rechinarle los dientes. Detestaba con toda su alma aquella costumbre de su suegra de dar un timbrazo breve y simbólico antes de entrar sin más preámbulo.

El proceso de apertura del paquete se repitió una vez más, aunque en esta ocasión sin el éxito final. Maja observó meditabunda los jerséis que había en el paquete, escudriñó una vez más en el interior de la caja, para asegurarse de que verdaderamente no contenía ningún juguete, y miró luego a su abuela con los ojos como platos.

–La última vez que estuve aquí vi que tenía un jersey que le quedaba pequeño, y como en Lindex anunciaron una campaña de tres por el precio de dos, fui a comprárselos. Seguro que le vienen bien –Kristina sonrió ufana, impertérrita ante la decepción que traslucía la expresión de Maja.

Erica dominó su deseo de explicarle lo absurdo que le parecía comprarle ropa a una niña de un año por su cumpleaños. Y no sólo había decepcionado a Maja, sino que, además, se las había arreglado para lanzar una de sus flechas envenenadas: ni siquiera eran capaces de vestir a Maja en condiciones.

–¡Vamos! ¡A comer tarta! –exclamó Patrik con un excelente sentido de la oportunidad, pues pareció haber notado la conveniencia de distraer la atención de lo que acababa de suceder. Erica se tragó el disgusto y todos se encaminaron a la sala de estar para proceder a la gran ceremonia de soplar las velas. Maja concitó toda su capacidad de concentración a fin de apagar la única vela de la tarta, pero no consiguió más que rociarla entera de saliva. Patrik le ayudó discretamente a apagar la vela y Maja aguardó solemne mientras le cantaban y la homenajeaban al grito de «¡Hurra!». Las miradas de Patrik y Erica se cruzaron un instante. Ella tenía un nudo en la garganta y vio que Patrik también estaba emocionado por lo que significaba el momento. Un año. Su bebé había cumplido un año. Una niña que lo recorría todo con voluntad propia, que palmoteaba al oír la música inicial del programa infantil *Bolibompa*, que comía sola, que repartía los besos más chorreantes de todo el norte de Europa y que amaba todo lo que había en el mundo. Erica sonrió a Patrik. Y él le

devolvió la sonrisa. En aquel instante, la vida era perfecta.

Mellberg suspiró con pesadumbre. Era algo que hacía a menudo últimamente. Suspirar. El golpe bajo de la pasada primavera aún le minaba el estado de ánimo. Pero no le extrañaba. Se había permitido perder el control, se había permitido sólo ser y sentir. Y eso se pagaba caro. Debería haberlo tenido presente. En realidad, podría decirse que se tenía bien merecido lo que le había ocurrido. Incluso podría considerarse que era un buen escarmiento. En fin, ya había aprendido la lección y él no era de los que cometen dos veces el mismo error, eso por descontado.

–¿Bertil? –La voz de Annika resonó exigente desde la recepción. Con pericia y mano experta, Bertil Mellberg se recolocó el cabello que se le había resbalado de la coronilla y se levantó disgustado. No eran muchas las mujeres de las que aceptase órdenes, pero Annika Johansson pertenecía a ese reducido círculo exclusivo. Con los años incluso había llegado a abrigar por ella un respeto involuntario, y no era capaz de recordar una sola mujer de la que pudiera decir lo mismo. El fracaso con la agente nueva que llegó a trabajar en la comisaría la primavera anterior era buena prueba de ello, entre otras cosas. Y ahora les mandaban a otra mujer. Mellberg volvió a suspirar. Por qué era tan difícil que les enviaran a un hombre de uniforme… En cambio, se empeñaban en designar a una muchacha tras otra para sustituir a Ernst Lundgren. Desde luego, era lo que faltaba.

Un ladrido procedente de la recepción lo hizo fruncir el ceño. ¿Se habría llevado Annika al trabajo a alguno de sus animales? Sabía muy bien cuál era su opinión sobre los chuchos. Tendría que hablar con ella muy en serio.

Pero no era ninguno de los labradores de Annika quien los visitaba en la comisaría, sino un chucho sarnoso de color y raza indefinidos que tiraba de la correa que sujetaba una mujer menuda de pelo oscuro.

–Lo he encontrado ahí fuera –explicó la señora con un marcado acento de Estocolmo.

–Ajá. ¿Y qué hace aquí dentro, entonces? –preguntó Bertil irritado antes de darse media vuelta con la intención de volver a su despacho.

–Te presento a Paula Morales –se apresuró a intervenir Annika, a lo que Bertil se volvió de nuevo. Claro, joder. La chica que se incorporaba tenía un nombre que sonaba español. Pero, demonios, qué poca cosa era. Bajita y enclenque. Sin embargo, la mirada que le estaba clavando a Mellberg era indicio de cualquier cosa menos de fragilidad. La mujer le tendió la mano para saludarlo.

–Encantada. El perro andaba correteando solo ahí fuera. A juzgar por su aspecto, no tiene dueño. O al menos, no un dueño capaz de cuidarlo.

Dio aquella explicación en tono conminatorio, y Bertil se preguntó adónde querría ir a parar. Y en tono inquisitivo le dijo:

–Pues… podrías dejarlo en algún sitio, ¿no?

–Aquí no existe ningún refugio para perros abandonados. Annika me ha informado de ello.

–¿Que no existe? –repitió Mellberg.

Annika negó con la cabeza.

–Bueno, pues, entonces… Entonces tendrás que llevártelo a tu casa –propuso intentando espantar al perro, que se le había pegado a la pierna. Pero el animal ignoró su gesto y, con toda tranquilidad, se sentó encima del pie derecho de Mellberg.

–No puede ser. Ya tenemos un perro en casa y no le gusta la compañía –respondió Paula tranquilamente con la misma mirada penetrante.

–Pero, y tú, Annika, este perro podría… convivir con tus chuchos, ¿no? –preguntó Mellberg con un tono cada vez más resignado. ¿Por qué tendría que andar siempre resolviendo ese tipo de minucias? Después de todo, ¡él era el jefe!

Pero Annika negó haciendo un gesto vehemente con la cabeza.

–Los míos están acostumbrados a estar solos. Si me lo llevara a casa, no funcionaría.

–Tendrás que llevártelo tú –decidió Paula tendiéndole la correa. Presa del mayor asombro al ver el descaro de la mujer, Mellberg se vio cogiendo la correa; y el perro respondió pegándose aún más contra su pierna y gimiendo, por si fuera poco.

–Ya ves, le gustas.

–Pero yo no puedo… No tengo… –Mellberg balbucía, incapaz de encontrar una respuesta adecuada, por una vez en la vida.

–Tú no tienes ningún otro animal en casa. Y te prometo que preguntaré por si alguien lo echa de menos. De lo contrario, podemos intentar encontrar a alguien que quiera hacerse cargo de él. No podemos dejarlo suelto otra vez, podrían atropellarlo.

Muy en contra de su voluntad, Mellberg notó que lo conmovía la súplica de Annika. Miró al perro. El perro lo miró a él. Con una mirada llorosa, implorante.

–Bueno, vale, qué carajo, pues nada, me llevo al maldito perro, si tanto jaleo se va a armar por eso. Pero sólo por un par de días. Y tendrás que lavarlo antes de que me lo lleve a casa –advirtió agitando el dedo índice y mirando a Annika, que sintió un alivio manifiesto.

–Le daré una ducha aquí mismo, en la comisaría, no te preocupes por eso –le respondió vehemente, antes de añadir–: Mil gracias, Bertil.

Mellberg dejó escapar un gruñido.

–Tú procura que el chucho brille como los chorros del oro la próxima vez que yo lo vea. ¡De lo contrario, no cruzará el umbral de mi puerta!

Dicho esto, se encaminó furibundo hacia el pasillo y cerró de golpe la puerta de su despacho.

Annika y Paula intercambiaron una sonrisa cómplice. El animal gimoteó

golpeando alegremente el suelo con el rabo.

–Bueno, pues a pasarlo bien. –Erica se despidió de Maja, que no le hizo el menor caso, sentada como estaba en el suelo, delante de la tele y viendo los Teletubbies.

–Vamos a estar muy a gusto –aseguró Patrik antes de darle un beso a Erica–. La pequeña y yo nos las arreglaremos perfectamente los próximos meses.

–Por cómo lo dices, cualquiera pensaría que me voy a surcar los siete mares –dijo Erica riendo–. Por lo pronto, bajaré para la hora del almuerzo.

–¿Tú crees que funcionará eso de quedarte a trabajar en casa?

–Probaremos, a ver qué tal. Tendrás que hacerte a la idea de que no estoy aquí.

–No hay inconveniente. En cuanto cierres la puerta del despacho, habrás dejado de existir para mí –aseguró Patrik con un guiño.

–Ummm… Ya veremos –respondió Erica antes de alejarse escaleras arriba–. Pero, desde luego, merece la pena intentarlo, así no tendré que buscarme una oficina.

Una vez en la primera planta, entró en el despacho y cerró la puerta embargada de sentimientos encontrados. Se había pasado un año entero en casa con Maja. Y buena parte de su conciencia había añorado aquel día, el día en que pudiera pasarle el testigo a Patrik. Y dedicarse de nuevo a las tareas propias de un adulto. Estaba tan harta de parques y columpios, de cajones de arena y de programas infantiles…Tenía que admitirlo: conseguir el molde de arena perfecto no bastaba como estímulo intelectual y, por mucho que quisiera a su hija, terminaría tirándose de los pelos si se veía obligada a cantar *Imse vimse spindel*[*] una vez más. Había llegado el momento de que Patrik se encargara de ese negociado.

Erica se sentó con gesto solemne delante del ordenador, pulsó el botón de encendido y oyó con satisfacción el ronroneo que tan bien conocía. La fecha de entrega de su nuevo libro sobre casos reales de asesinato era febrero, pero había tenido tiempo de investigar un poco durante el verano, de modo que se sentía en forma para empezar. Inició Word, abrió el documento que había titulado *Elias*, que era el nombre de la primera víctima del asesino, y colocó los dedos correctamente sobre el teclado. Unos tímidos golpecitos en la puerta vinieron a interrumpirla.

–Verás, perdona que te moleste –dijo Patrik con expresión de disculpa–, pero ¿dónde has puesto el mono de Maja?

–Está en la secadora.

Patrik asintió y cerró la puerta.

Una vez más, Erica colocó los dedos sobre el teclado y respiró hondo. Otra vez los golpecitos.

–Perdona otra vez, te dejaré en paz enseguida, pero tenía que preguntarte, ¿qué ropa crees que tengo que ponerle a Maja hoy? Hace bastante frío, pero, por otro lado,

suele sudar mucho cuando juega, y claro, así es fácil resfriarse… –se excusó Patrik con una sonrisa bobalicona.

–Ponle una camiseta y unos pantalones finos debajo del mono. Y yo suelo ponerle el gorro de algodón, de lo contrario, pasa mucho calor.

–Gracias –dijo Patrik antes de cerrar la puerta de nuevo. Erica estaba a punto de empezar a escribir el primer renglón cuando oyó un berrido procedente de la planta baja. Los gritos iban *in crescendo* y, dos minutos después, empujó la silla con un suspiro y bajó la escalera.

–Espera, ya te ayudo. Últimamente está muy rebelde para dejarse vestir.

–Y que lo digas, ya me he dado cuenta –respondió Patrik, con la frente empapada de sudor; se había puesto la ropa de abrigo antes de emprender la lucha con una iracunda y forzuda Maja.

Cinco minutos después su hija estaba muy enojada, sin duda, pero al menos totalmente lista para salir, y Erica les dio un beso en la boca a cada uno antes de animarlos enérgicamente a salir por la puerta.

–Anda, dad ahora un buen paseo para que mamá pueda trabajar tranquilamente –le dijo a Patrik, que la miró molesto.

–Ya, bueno, perdona que… en fin, perdona, pero me llevará un par de días conocer todos los trucos, luego tendrás la tranquilidad que necesitas, te lo prometo.

–No te preocupes –contestó Erica, cerrando la puerta con decisión. Después de servirse una buena taza de café, subió de nuevo al despacho. Por fin podría empezar.

–¡Calla! ¡No hagas tanto ruido, joder!

–Bah, qué coño, según mi madre, los dos parecen estar de viaje. Llevan todo el verano sin recoger el correo, se ve que se les olvidó preverlo, pero ella se ha encargado de limpiar el buzón, desde junio. Así que tranquilo, podemos hacer todo el ruido que queramos. –Mattias se echó a reír, pero Adam seguía mostrándose escéptico. Aquella vieja casa tenía algo de espeluznante. Al igual que los viejos tenían algo de espeluznante. Mattias podía decir lo que quisiera, él pensaba andarse con todo el cuidado del mundo.

–¿Y cómo vamos a entrar? –Odiaba que se le notase el miedo en la voz por su tono quejumbroso, pero no podía evitarlo. A menudo deseaba parecerse un poco más a Mattias: valiente, osado, a veces rayano en lo temerario. Y, claro, también era él quien se llevaba a todas las chicas.

–Ya encontraremos el modo. Al final siempre se puede entrar en todos los sitios.

–Ya, claro, y lo puedes afirmar gracias a tu dilatada experiencia en robos, ¿no? –preguntó Adam entre risas, aunque procurando no subir la voz.

–Oye, que yo he hecho montones de cosas de las que tú no tienes ni idea –le contestó Mattias altanero.

«Sí, estupendo…», pensó Adam, aunque no se atrevió a contradecirlo. Mattias tenía en ocasiones una necesidad imperiosa de aparentar ser más gallito de lo que era, y sólo era cuestión de dejarlo. Adam lo conocía lo bastante como para no enzarzarse en una discusión con él.

–¿Qué crees que tiene ahí dentro? –preguntó Mattias con un destello en los ojos mientras rodeaban la casa de puntillas, en busca de una ventana o una puerta, algo que les permitiese salvar su impenetrabilidad.

–No lo sé. –Adam miraba angustiado a su alrededor. Cuantos más minutos pasaban, menos le gustaba aquello.

–Quizá un montón de cosas chulas de los nazis. Imagínate si tiene uniformes y cosas así. –No cabía malinterpretar el entusiasmo en la voz de Mattias. Desde que hicieron aquel trabajo escolar sobre las SS, andaba como obsesionado. Leía cuanto caía en sus manos sobre la Segunda Guerra Mundial y el nazismo, y el vecino del final de la calle, del que todo el mundo sabía que era experto en temas de Alemania y los nazis, se había convertido para él en una tentación irresistible.

–Puede que en casa no tenga nada de eso –apuntó Adam en un intento por argumentar en contra, aunque sabía de antemano que estaba condenado al fracaso–. Mi padre me dijo que fue profesor de historia hasta que se jubiló, y seguro que sólo tiene un montón de libros y eso. No tiene por qué haber ni rastro de cosas chulas.

–Pronto lo veremos. –Los ojos de Mattias brillaron cuando señaló victorioso una ventana que había en una de las fachadas laterales–. ¡Mira, ahí hay una ventana entreabierta!

Adam constató con espanto que Mattias tenía razón. Él había deseado en secreto que la casa resultase inaccesible.

–Necesitamos algo con que abrirla un poco más. –Mattias buscaba a su alrededor. El listón roto de una ventana, que ahora veían en el suelo, les dio la solución.

–Vale, y ahora vamos a ver. –Con precisión quirúrgica, se estiró hasta alcanzar la ventana e introdujo un extremo del listón por una de las esquinas. Y tiró hacia fuera. Pero la ventana no se movió. Estaba fija–. ¡Joder! Tiene que funcionar. –Con la lengua asomando por la comisura de los labios, volvió a intentarlo. Sujetar el listón por encima de su cabeza y tratar de hacer palanca le suponía un gran esfuerzo, y el muchacho jadeaba con ritmo irregular. Finalmente, logró introducir el listón algún centímetro más.

–¡Verán que hemos forzado la ventana para entrar! –protestó Adam con voz endeble, pero Mattias no pareció oírlo.

–¡Ahora sí que voy a abrir la puta ventana! –Con las sienes empapadas de sudor, volvió a empujar hasta que la ventana se abrió.

–*Yes!* –Mattias cerró el puño con gesto triunfal y se volvió a Adam entusiasmado.

–Ayúdame a subir.

–Pero… puede que haya algo a lo que subirse, una escalera o…

–Venga, joder, súbeme y luego yo tiro de ti.

Adam se colocó obediente contra la pared y cruzó las manos para aupar a Mattias. El zapato de su amigo se le clavó en la palma de la mano y le dibujó en la cara una expresión de dolor, pero se aguantó y empujó hacia arriba al tiempo que Mattias tomaba impulso.

Mattias logró agarrarse al alféizar de la ventana y subir apoyándose en el marco, primero con un pie y luego con el otro. Arrugó la nariz. Joder, qué olor. Allí apestaba de verdad. Apartó el estor y entrecerró los ojos en un intento por divisar algo. Le dio la impresión de haber ido a dar con la biblioteca, pero todos los estores estaban bajados, de modo que la sala aparecía envuelta en tinieblas.

–Oye, aquí dentro huele a rayos –dijo tapándose la nariz y volviéndose a medias hacia Adam, que seguía fuera.

–Pues entonces mejor pasamos –sugirió Adam desde abajo con un destello esperanzado en los ojos.

–¡De eso nada! Ahora que lo hemos conseguido. ¡Ahora es cuando empieza lo bueno! Venga, agárrate a mi mano.

Mattias se soltó la nariz y se cogió del marco de la ventana mientras le tendía a Adam la mano derecha.

–¿Podrás conmigo?

–Pues claro que sí. Venga, vamos. –Adam le cogió la mano y Mattias tiró con todas sus fuerzas. Por un instante, tuvieron la impresión de que aquello era misión imposible, pero Adam se agarró al alféizar y Mattias saltó al interior de la habitación para dejarle espacio. Cuando puso los pies en el suelo, algo crujió con un sonido raro. Miró al suelo. Estaba cubierto de una cosa extraña, pero la penumbra le impedía distinguir qué era. Hojas secas, seguro.

–¡Qué coño! –protestó Adam cuando saltó al suelo, aunque tampoco él pudo identificar qué causaba aquel crujido–. Joder, cómo apesta esto –añadió como si el aire viciado lo estuviese ahogando.

–Ya te lo he dicho –declaró Mattias en tono alegre. Había empezado a acostumbrarse al olor, que ya no le resultaba tan molesto.

–Venga, vamos a ver qué tiene el viejo aquí de interesante. Sube el estor.

–Pero ¿y si alguien nos ve?

–¿Y quién coño iba a vernos? Anda, sube el estor de una puta vez.

Adam obedeció. El estor subió con un silbido y una luz chillona invadió la habitación.

–Una habitación muy chula –opinó Mattias observando admirado a su alrededor. Toda la sala estaba cubierta de estanterías hasta el techo. En un rincón había dos sillones de piel agrupados en torno a una mesita redonda. En el otro extremo

destacaba un escritorio enorme y la silla de despacho antigua estaba medio girada y les daba la espalda. Adam dio un paso al frente, pero el crujido lo hizo mirar al suelo otra vez. En esta ocasión, ambos vieron qué era lo que estaban pisando.

–¡Qué coño…! –El suelo estaba cubierto de moscas. Moscas negras, repugnantes moscas muertas. También en el alféizar había montones de moscas, y tanto Adam como Mattias se limpiaron las palmas de las manos en los pantalones de forma instintiva.

–Joder, qué asco. –Mattias exhibió una mueca elocuente.

–¿De dónde habrán salido tantas moscas? –Adam miraba el suelo con asombro. Luego su cerebro adoctrinado en las técnicas del *CSI* estableció una desagradable conexión. Moscas muertas. Olor repugnante. Desechó la idea, pero su mirada se dirigió implacable hacia la silla vuelta de espaldas.

–¿Mattias?

–¿Sí? –respondió el otro con irritación en la voz mientras, asqueado, intentaba encontrar un lugar en el que poner los pies sin tener que pisar un montón de cadáveres de moscas.

Adam no respondió, sino que se dirigió despacio hacia la silla. Una parte de él le gritaba que volviese atrás, que saliera por donde había llegado y que corriese hasta no poder más. Sin embargo, le pudo la curiosidad; era como si los pies, con voluntad propia, lo llevasen hasta la silla.

–Sí, ¿qué pasa? –repitió Mattias. Pero al ver el paso tenso y expectante de Adam, dejó de insistir.

Adam se hallaba aún a casi medio metro de la silla cuando extendió la mano. La vio temblar ligeramente. Despacio, muy despacio, milímetro a milímetro, la llevó hasta el respaldo. En la habitación sólo se oía el crujido que sus pies provocaban al caminar. Notó en las yemas el frescor de la piel de la silla. Aumentó la presión. Empujó la silla hacia la izquierda y esta empezó a girar hacia él. Dio un paso atrás. Muy lentamente, la silla terminó de girar y poco a poco fueron viendo lo que había. Adam oyó vomitar a Mattias a su espalda.

Un par de ojos grandes y lacrimosos seguían el menor de sus movimientos. Mellberg intentaba no hacerle caso, pero con éxito irregular. El perro estaba como clavado a su derecha y lo miraba con adoración. Al final, Mellberg se ablandó. Abrió el último cajón del escritorio, sacó una bola de coco y la arrojó al suelo, delante del chucho. Dos segundos más tarde, la bola había desaparecido y, por un instante, Mellberg pensó que el perro le sonreía. Figuraciones suyas, seguro. Al menos ya estaba limpio. Annika había hecho un buen trabajo lavándolo en la ducha con champú. Aun así, a Bertil le resultó un tanto desagradable despertarse aquella mañana y descubrir que, durante la noche, el perro se había metido en la cama y se había tumbado a su lado.

No creía que el jabón acabase con las pulgas y otros bichos. ¿Y si tenía el pelaje lleno de pequeños insectos que ahora estuviesen relamiéndose al pensar en abalanzarse sobre la extensa humanidad de Mellberg? Sin embargo, su concienzudo examen previo no había revelado ninguna forma de vida entre los pelos, y Annika le dio su palabra de honor de que no había descubierto pulga alguna cuando lo lavó. Como quiera que fuese, ¡qué coño iba a dormir el perro en la cama! Hasta ahí podíamos llegar.

–Bueno, a ver, ¿qué nombre te pongo? –preguntó Mellberg, que enseguida se sintió estúpido al verse interpelando a un cuadrúpedo. Claro que el chucho necesitaba un nombre. Caviló mirando a su alrededor en busca de algo que le diese una pista, pero sólo le venían a la cabeza absurdos nombres de perro: *Fido, Ludde…* No, aquello no era gran cosa. Pero entonces rompió a reír. Acababa de ocurrírsele una idea brillante. En honor a la verdad, Mellberg echaba de menos a Lundgren, no mucho, pero algo, después de todo, desde que se vio obligado a despedirlo. Así que, ¿por qué no llamar al perro *Ernst?* Ese gesto revelaba cierto sentido del humor. Volvió a soltar una risotada.

–*Ernst*, ¿qué te parece a ti, muchacho? Funciona, ¿verdad? –Volvió a abrir el cajón y sacó otra bola de coco. Por supuesto que *Ernst* se merecía una bola de coco. Si el perro se ponía gordo, no era problema suyo. Al cabo de un par de días, Annika le habría encontrado algún lugar apropiado donde deshacerse de él y no tenía la menor importancia si el animal se comía unas cuantas bolas de coco hasta que llegase ese momento.

El estridente sonido del timbre del teléfono los hizo dar un respingo a los dos.

–Aquí Bertil Mellberg. –En un primer momento, no oyó bien lo que decía la voz por el auricular, sólo distinguió un parloteo aturullado e histérico.

–Perdona, tendrás que hablar más despacio. No entiendo lo que dices. –Escuchó con atención a la persona que llamaba y, cuando por fin comprendió, enarcó las cejas atónito.

–¿Has dicho un cadáver? –Se irguió en la silla. El chucho, que ahora se llamaba *Ernst*, se sentó muy derecho él también y empinó las orejas. Mellberg anotó una dirección en el bloc que tenía delante, concluyó la conversación con la orden «vosotros no os mováis de ahí», y se levantó de la silla de un salto. *Ernst* lo seguía pisándole los talones.

–Quédate ahí. –La voz de Mellberg resonó con insólita autoridad y, ante su sorpresa, comprobó que el perro se paraba en seco como aguardando instrucciones–. ¡Quieto! –ordenó Mellberg tanteando el terreno, al tiempo que señalaba la cesta que Annika había preparado para el chucho en un rincón de su despacho. *Ernst* obedeció de mala gana, fue remoloneando hasta la cesta y se tumbó descansando la cabeza sobre las patas con una mirada ofendida hacia su amo provisional. Bertil Mellberg se

sintió extrañamente satisfecho con el hecho de que alguien, por una vez en la vida, obedeciese sus órdenes, y alentado por aquel ejercicio de autoridad, cruzó el pasillo a buen paso mientras gritaba a nadie y a todos al mismo tiempo:

–Han denunciado el hallazgo de un cadáver.

Por tres de las puertas asomaron otras tantas cabezas, una, de color rojo, la de Martin Molin; otra, gris, la de Gösta Flygare, y una tercera, negra como la noche, la de Paula Morales.

–¿Un cadáver? –preguntó Martin, saliendo el primero al pasillo. También Annika se encaminó al pasillo al oír la noticia desde recepción.

–Un adolescente acaba de llamar para denunciarlo. Se ve que estaban aburridos y se han metido en una casa situada entre Fjällbacka y Hamburgsund. Y resultó que en la casa había un cadáver.

–¿El dueño de la casa? –preguntó Gösta.

Mellberg se encogió de hombros.

–No sé más. Les dije a los chicos que no se moviesen de allí, salimos ahora mismo. Martin, Paula y tú cogeréis uno de los coches, y Gösta y yo iremos en el otro.

–¿No deberíamos llamar a Patrik…? –intervino Gösta con prudencia.

–¿Quién es Patrik? –preguntó Paula mirando a Gösta y a Mellberg alternativamente.

–Patrik Hedström –aclaró Martin–. También trabaja aquí, pero está de baja paternal desde hoy mismo.

–Para qué coño vamos a llamar a Hedström –resopló Mellberg ofendido–. Ya estoy yo aquí –añadió engreído antes de encaminar sus pasos hacia el garaje a toda velocidad.

–¡Yupiiiii! –susurró Martin para que Mellberg no lo oyese. Paula enarcó una ceja con expresión inquisitiva–. Eh… Bah, olvídalo –le aconsejó Martin como excusándose, aunque no pudo por menos de añadir–: Ya lo comprenderás, en su momento.

Paula parecía aún algo confundida, pero no siguió preguntando. Poco a poco iría comprendiendo la dinámica de su nuevo lugar de trabajo.

Erica dejó escapar un suspiro. En la casa reinaba ahora el silencio. Demasiado silencio. Durante todo un año, sus oídos se habían acostumbrado a estar atentos a cada pequeño gemido, al siguiente llanto. Ahora sólo había un silencio total, de desierto. El cursor parpadeaba en la primera línea del documento. Ni un solo carácter había conseguido plasmar en la media hora que llevaba ante el ordenador. Tenía el cerebro como dormido, sencillamente. Hojeó sus notas y los artículos que había fotocopiado en verano. Tras varios intentos por vía epistolar, logró por fin una cita con el protagonista del caso, con la asesina; la recibiría, pero no hasta dentro de tres

semanas. De modo que, entre tanto, tendría que conformarse con trabajar partiendo del material de archivo. El problema era que no se le ocurría nada. Las palabras se resistían a colocarse en su lugar y empezaba a embargarla la duda. La misma duda a la que todo escritor debía enfrentarse siempre. ¿No quedaban ya palabras? ¿Habría escrito ya su última frase? ¿Habría cubierto su cupo? ¿No anidarían ya más libros en su interior? La lógica le decía que se sentía igual casi siempre que iba a comenzar un nuevo libro, pero esta certeza no suponía ningún consuelo. Era como una tortura, un proceso que tenía que sufrir con cada nuevo trabajo. Algo parecido a un parto. Aun así aquel día todo iba inusitadamente lento. Con gesto ausente, se metió en la boca un caramelo Dumle para consolarse. Miró de reojo los diarios de color azul que tenía en el escritorio, junto al ordenador. La letra fluida de su madre atraía su atención. Se debatía entre el miedo a acercarse a lo que su madre había escrito y la curiosidad de lo que podría encontrar en aquellos diarios. Muy despacio, extendió el brazo y cogió el primero de ellos. Lo sopesó en la palma de la mano. Era bastante fino. Como los libros de dibujo que se usaban para el colegio en primaria, más o menos. Erica pasó los dedos por la portada. El nombre estaba escrito con tinta, pero el paso de los años había desvaído considerablemente el color azul. «Elsy Moström» era el nombre de soltera de su madre. Tomó el apellido Falck cuando se casó con su padre. Lentamente, Erica abrió el diario. Era un cuaderno de rayas marcadas con finas líneas azules. En el encabezado se leía una fecha, «3 de septiembre de 1943». Leyó el primer renglón:

«¿Es que no va a acabar nunca esta guerra?».

Fjällbacka, 1943

–¿Es que no va a acabar nunca esta guerra?

Elsy mordía el lápiz y reflexionaba sobre cómo continuar. ¿Cómo resumiría sus ideas sobre aquella guerra que a ellos no les importaba? Se sentía extraña escribiendo un diario. Ignoraba cómo se le había ocurrido la idea, pero sentía como si tuviera la necesidad de formular en palabras todos los pensamientos que su existencia, normal y, al mismo tiempo, extraña, llevaba consigo. Una parte de ella apenas recordaba los años previos a la guerra. Tenía trece años, pronto cumpliría catorce, y, cuando estalló la guerra, no pasaba de los nueve. Los primeros años no lo notaron mucho, excepto en la actitud tensa que observaba en los adultos. En el ansia con la que, de pronto, empezaron a seguir las noticias en el periódico y en la radio. En su postura cuando se sentaban con el oído pegado a la radio de la sala de estar, tensos, temerosos pero, al mismo tiempo, extrañamente exaltados. Lo que sucedía en el mundo era, pese a todo, emocionante, amenazador, pero emocionante. La vida transcurría, por lo demás, como siempre. Los barcos salían y volvían a casa. A veces con buena pesca. A veces no. En tierra trajinaban las mujeres con sus tareas, las mismas a las que se habían dedicado sus madres antes que ellas. Niños que traer al mundo, ropa que lavar y hogares que mantener limpios. Era un círculo que nunca veía su fin, pero la guerra amenazaba ahora con alterar la existencia y la realidad que conocían. Esa fue la tensión que sintió de niña. Y ahora casi tenían allí la guerra.

–¿Elsy? –La voz de su madre resonó desde la primera planta. Elsy se apresuró a cerrar el diario y lo guardó en el primer cajón del pequeño escritorio que tenía delante de la ventana. Sentada ante él había pasado muchas horas, haciendo los deberes, pero para ella ya se había terminado la escuela y, en realidad, había dejado de serle útil. Se levantó, se alisó el vestido y bajó a ver qué quería su madre.

–Elsy, ¿podrías ayudarme a traer agua? –Su madre parecía cansada y mustia. Habían pasado todo el verano en la pequeña habitación del sótano, mientras tenían la casa alquilada a los veraneantes. El alquiler incluía la limpieza, la cocina y el servicio a los inquilinos, y los de aquel verano habían sido muy exigentes. Un abogado de Gotemburgo con su esposa y tres hijos salvajes. Hilma, la madre de Elsy, se pasaba los días enteros corriendo de un lado a otro, lavando su ropa, preparándoles la comida para las salidas en barco y recogiendo la casa, sin dejar de atender a su propia familia.

–Siéntate un rato, mamá –le dijo Elsy con dulzura poniéndole la mano en el hombro con cierta vacilación. Su madre se estremeció ante ese contacto. No era habitual que se tocasen, pero después de un instante de duda, posó la mano sobre la de su hija y, agradecida, se dejó acomodar en la silla.

–Desde luego, ya era hora de que se marcharan. Jamás he visto gente tan exigente. «Hilma, ¿sería tan amable de…? Hilma, ¿no podría…? Dígame, Hilma, ¿le

importaría…?» –dijo Hilma imitando sus voces, para enseguida llevarse asustada la mano a la boca: no era habitual ser tan irrespetuoso con la gente elegante. Uno tenía que saber cuál era su sitio.

–Comprendo que estés cansada. No ha sido fácil de sobrellevar. –Elsy vertió en un cazo el agua que les quedaba y lo puso en el fogón. Cuando empezó a hervir, echó el sucedáneo de café y sirvió dos tazas, una para Hilma y otra para ella.

–Iré por agua enseguida, mamá, pero primero nos tomamos un café.

–Eres una buena niña, Elsy. –Hilma dio un sorbo de aquel sustituto del café tan lamentable. En las grandes ocasiones, se tomaba el café en un platillo, con un terrón de azúcar entre los dientes. Pero ahora había que ahorrar azúcar y tampoco era lo mismo con el sucedáneo.

–¿Ha dicho papá cuándo vuelve? –Elsy bajó la vista. En aquellos tiempos de guerra, la pregunta tenía unas connotaciones muy distintas a las que solía. Ya nada era igual, desde que torpedearon el *Öckerö* y se hundió con dotación incluida. Desde entonces, un tono fatídico resonaba en cada despedida antes de la partida. Pero el trabajo debía continuar. Nadie tenía elección. Había que entregar los cargamentos y había que conseguir pesca. Esas eran las condiciones de su existencia, hubiese o no hubiese guerra. Y debían dar gracias a que habían permitido que continuase el tráfico de cargueros de menor tamaño entre Noruega y Suecia. Por otro lado, se consideraba más seguro que el tráfico en convoyes que navegaba fuera de la zona marcada. Así, los barcos de Fjällbacka podían seguir saliendo a pescar y, aunque las capturas eran muy inferiores a las de antes, compensaban con el transporte de viajeros a los puertos noruegos. Por lo general, el padre de Elsy traía hielo de Noruega y, si tenía suerte, le encargaban otro transporte para el viaje de vuelta a Suecia.

–Ay, cómo me gustaría… –Hilma guardó silencio, pero continuó al cabo de un instante–. Me gustaría que tuviese un poco más de cuidado…

–¿Quién, papá? –preguntó Elsy, aunque sabía perfectamente a quién se refería su madre.

–Sí… –respondió Hilma, haciendo una mueca al notar el sabor de la bebida–. En esta ocasión, trae consigo al hijo del médico y… Bueno, eso no puede acabar bien, es lo único que digo.

–Axel es valiente, hace lo que puede. Y yo creo que papá quiere ayudar en la medida de sus posibilidades.

–Pero ¿y el riesgo? –insistió Hilma meneando la cabeza–. El riesgo que corre llevando consigo a ese niño y a sus amigos… En fin, mi conclusión es que traerá la ruina a tu padre y a los demás.

–Hemos de hacer cuanto esté en nuestras manos para ayudar a los noruegos –repuso Elsy sin alterarse–. Imagínate que nos hubiese ocurrido a nosotros, ¿no habríamos necesitado su ayuda? Axel y sus camaradas hacen mucho bien.

–En fin, no hablemos más del tema. Y anda, ¿no decías que ibas por agua? –la voz de Hilma, que se levantó y se encaminó al fregadero para fregar las tazas, resonó irritada. Pero Elsy no se lo tomó a mal. Sabía que su enojo se debía a la preocupación.

Tras una última mirada a la espalda prematuramente encorvada de su madre, cogió la cubeta y fue a buscar agua al pozo.

Patrik comprobó con asombro que disfrutaba del paseo. Los últimos años no había entrenado más que a duras penas, pero si durante la baja paternal daba un paseo diario, quizá podría deshacerse de la incipiente barriga. El hecho de que Erica se abstuviese de dulces y esas cosas le había sido de ayuda, así que un par de kilos sí que había logrado perder sólo por eso.

Dejó atrás la estación de servicio de OK-Q8 y continuó a buen paso por la carretera que conducía al sur. Tenía intención de llegar al molino y volver. Maja iba sentada en el cochecito, mirando hacia delante y parloteando alegremente. Le encantaba salir de paseo e iba saludando a cuantos veía con un jovial «hola» y una gran sonrisa. De verdad que era un tesoro, aunque había demostrado tener un humor de perros cuando le daba por sacar a la luz esa faceta. Debía de haberlo heredado de Erica, pensaba Patrik.

A medida que caminaba se iba sintiendo más satisfecho con su vida. El día a día rodaba con una fluidez inusitada. Erica y él tendrían por fin la casa para ellos solos. Y no porque no le gustasen Anna y los niños, pero resultaba estresante vivir tantos y tan apiñados un mes tras otro. Luego, claro, estaba lo de su madre. Le preocupaba y tenía la sensación de estar siempre entre ella y Erica. Claro que comprendía que a Erica le resultase un tostón que su madre se presentase allí sin más y se dedicase a ofrecer un montón de opiniones sobre cómo cuidaban de Maja y de su hogar. Pero le gustaría que su mujer fuera capaz de reaccionar como él y, simplemente, hacer oídos sordos. Por otro lado, había que ser un poco comprensivos, Kristina vivía sola y no tenía mucho más de lo que preocuparse que de él y de su familia. Su hermana Lotta vivía en Gotemburgo y, aunque no era el fin del mundo, para Kristina resultaba mucho más fácil ir a casa de Patrik. Y, además, era de gran ayuda, Erica y él habían podido salir a cenar en un par de ocasiones mientras Kristina se quedaba con Maja y… En fin, que le gustaría que Erica pudiera ver las ventajas también.

–¡Mira, mira! –exclamó Maja alteradísima señalando con el dedito cuando pasaban por la dehesa donde pacían los caballos. A Patrik no le gustaban aquellos animales en concreto, pero no podía por menos de admitir que los caballos del fiordo eran preciosos y, además, tenían un aspecto bastante inofensivo. Se detuvieron un momento a contemplarlos y Patrik se dijo que, la próxima vez, llevaría manzanas o alguna zanahoria. Cuando Maja se hubo hartado de mirar los animales, recorrieron el resto del tramo hasta el molino y, una vez allí, dieron la vuelta y pusieron rumbo a Fjällbacka.

Como de costumbre, se quedó admirado al divisar la torre de la iglesia que se erguía cada vez más imponente sobre la loma, cuando, de pronto, vio un coche que le resultaba muy familiar. No llevaba las luces ni la sirena, de modo que no parecía ser nada urgente y, aun así, notó que se le aceleraba el pulso. Cuando el automóvil llegó

al cambio de rasante, vio que un segundo coche le iba a la zaga y frunció el entrecejo. Dos coches; tenía que tratarse de algo bastante serio. Empezó a saludar cuando el primer coche se encontraba a unos cien metros. El vehículo fue frenando y Patrik se acercó a Martin, que iba al volante. Maja manoteó exaltada. En su mundo, todo lo que ocurría era divertido.

–¡Hola, Hedström! ¿Dando un paseo? –dijo Martin saludando a Maja.

–Pues sí, hay que mantenerse en forma… ¿Y vosotros, qué hacéis fuera? –En ese momento, el otro automóvil giró y apareció detrás, y Patrik saludó a Bertil y a Gösta.

–Hola, soy Paula Morales.

Patrik no había visto hasta aquel momento a la desconocida de uniforme que ocupaba el asiento junto a Martin, de modo que le estrechó la mano y se presentó antes de que su colega hubiese tenido tiempo de contestar.

–Pues sí, hemos tenido un aviso del hallazgo de un cadáver. Muy cerca de aquí.

–¿Sospecha de robo? –preguntó Patrik con el ceño fruncido.

Martin hizo un gesto elocuente con las manos, antes de responder.

–Eso es cuanto sabemos. Dos chicos encontraron el cadáver y nos llamaron.

El vehículo que había detrás empezó a tocar el claxon, con lo que Maja se sobresaltó en el cochecito.

–Oye –dijo Martin con cierta premura–. ¿No podrías venirte con nosotros? No me siento del todo seguro con… bueno, ya sabes con quién –añadió señalando con la cabeza el coche que tenían detrás.

–Pues… ¿Cómo? –preguntó Patrik–. Voy con la niña… y, desde un punto de vista técnico, estoy de baja paternal.

–Por favor –suplicó Martin con la cabeza ladeada–. Es sólo venir a echar un vistazo, os llevaré a casa después. El cochecito puede ir en el maletero.

–Pero no hay asiento de bebé…

–Sí, claro, en eso tienes razón. Bueno, pues ve caminando. Es justo ahí, después de la curva. La primera salida a la derecha, la segunda casa de la acera de la izquierda. Podrás leer el apellido Frankel en el buzón.

Patrik dudaba, pero un nuevo pitido del otro coche de policía lo hizo decidirse.

–Vale, iré, pero sólo a mirar. Aunque tendrás que coger a Maja mientras yo estoy dentro. Y ni una palabra a Erica, se pondría como una furia si supiera que me la he llevado a un asunto de trabajo.

–Prometido –aseguró Martin con un guiño. Les hizo una señal a Bertil y a Gösta y metió primera–. Nos vemos allí.

–Vale –respondió Patrik, con la firme sensación de que estaba a punto de hacer algo que lamentaría. Pero la curiosidad se impuso al instinto de supervivencia, giró el cochecito de Maja y emprendió el camino a Hamburgsund con paso presuroso.

–¡Fuera todo lo que sea de pino! –declaró Anna en jarras y haciendo un esfuerzo por parecer terrible.

–¿Qué tiene de malo el pino? –preguntó Dan rascándose la cabeza.

–¡Es feo! ¿Alguna objeción? –repuso Anna sin poder aguantar ya la risa–. No pongas esa cara, cariño… Pero tengo que insistir, no hay nada más feo que los muebles de pino. Y lo más feo de todo es la cama, sin duda. Además, no quiero dormir en la misma cama que tú y Pernilla. Puedo soportar vivir en la misma casa, pero la misma cama… ummm… no.

–Puedo comprender ese argumento, pero nos saldrá muy caro comprar un montón de muebles nuevos… –respondió Dan con semblante preocupado. Desde que Anna y él se hicieron novios, decidió conservar la casa, pese a todo, pero aún no le salían las cuentas.

–Yo sigo teniendo lo que me pagó Erica cuando me compró la mitad de la casa de mis padres. Lucas nunca consiguió echarle el guante a ese dinero. Así que cogemos un poco y vamos a comprar muebles nuevos. Vamos juntos, si quieres. De lo contrario, puedes darme alas si te atreves.

–Créeme si te digo que será un placer no tener que escoger muebles. Mientras no sea nada totalmente extravagante, puedes comprar lo que quieras. Bueno, ya está bien de tanta conversación, ahora ven aquí y dame un beso. –La atrajo hacia sí y la besó larga y apasionadamente y, como solía suceder, la cosa se puso al rojo vivo. Dan acababa de empezar a desabrocharle el sujetador cuando alguien abrió de un empujón la puerta de la calle y entró en la casa. Puesto que no había obstáculo alguno entre el vestíbulo y la cocina, no pudieron esconder lo que estaban haciendo.

–Joder, qué asco, ¿os estáis morreando en la cocina? –Belinda pasó como un rayo al lado de Anna y de Dan y subió a toda prisa a su habitación, con la cara encendida de rabia. Al final de la escalera, se detuvo y gritó:

–¡Me vuelvo con mamá tan pronto como pueda! , ¿lo pilláis? Allí al menos no tendré que veros metiéndoos la lengua en el gaznate a todas horas. Sois ridículos. ¡Es asqueroso! ¿Lo pilláis?

¡Pum! La puerta de la habitación de Belinda retumbó al cerrarse y ambos oyeron desde abajo que la cerraba con llave. Un segundo más tarde, resonó la música a todo volumen y los platos de la encimera empezaron a tintinear al mismo ritmo.

–Pues vaya –dijo Dan haciendo una mueca sin apartar la vista del piso de arriba.

–Sí, «pues vaya» es la expresión correcta, diría yo –observó Anna zafándose del abrazo de Dan–. Sí que le está costando. –Anna cogió los platos, que seguían tintineando, y los puso en el fregadero.

–Pero, qué demonios, tendrá que aceptar que haya conocido a otra persona –repuso Dan irritado.

–¡Intenta ponerte en su lugar! Primero, Pernilla y tú os separáis, luego pasan por

tu vida… –Anna sopesó sus palabras como en una balanza de oro– unas cuantas chicas que van y vienen, y luego llego yo y me mudo a tu casa con dos niños pequeños. Belinda sólo tiene diecisiete años y eso es de por sí bastante problemático. Y además tener que vérselas con tres extraños que se mudan a casa…

–Sí, ya, ya sé que tienes razón… –suspiró Dan abatido–, pero no sé cómo tratar a los adolescentes. Quiero decir, ¿debo dejarla en paz, o quizá se sentirá ignorada si lo hago? ¿O debo insistir y arriesgarme a que piense que la estoy atosigando? ¿Dónde coño está el manual de instrucciones?

Anna se echó a reír.

–A mí me parece que ya en el hospital se olvidaron de adjuntar el manual. Pero deberías intentar hablar con ella. Si te da con la puerta en las narices, por lo menos lo habrás intentado. Y luego lo intentas otra vez. Y otra. Tiene miedo a perderte. Tiene miedo a perder el derecho a ser pequeña. Tiene miedo de que nos quedemos con todo, ahora que nos hemos mudado. No es tan raro.

–¿Y qué he hecho yo para merecer una mujer tan sensata? –preguntó Dan atrayéndola de nuevo hacia sí.

–Pues no sé –respondió Anna sonriendo y ocultando la cara en su pecho–. Pero en realidad, no soy tan sensata. Sólo lo parezco, en comparación con tus últimas conquistas.

–Pero bueno –rio Dan abrazándola fuerte–. No te pongas así. De lo contrario quizá nos quedemos con la cama de pino…

–¿Tú quieres que me quede aquí o no?

–Vale, tú ganas. Dalo por descartado.

Ambos rieron. Y se besaron. Sobre sus cabezas retumbaba la música pop a un volumen ensordecedor.

Martin vio a los chicos en cuanto entraron en la explanada que se extendía delante de la casa. Estaban a un lado, ambos encogidos, tiritando levemente. Los dos estaban igual de pálidos y parecieron claramente aliviados cuando vieron llegar los coches de policía.

–Martin Molin –se presentó Martin dándole la mano al chico que tenía más cerca, que, con un susurro, dijo llamarse Adam Andersson. El otro chico, que estaba justo detrás, se excusó con un gesto de la mano derecha y explicó un tanto abochornado:

–He vomitado y me limpié con… Bueno, que no creo que deba darle la mano a nadie.

Martin asintió comprensivo. Él también había experimentado la misma reacción física en los casos de muerte y, desde luego, no era nada de lo que avergonzarse.

–Bueno, a ver, ¿qué ha ocurrido? –preguntó dirigiéndose a Adam, que parecía más sereno. Era más bajo que su amigo, con las mejillas cuajadas de rabiosos

abscesos de acné y el pelo rubio un poco más largo.

–Pues… es que íbamos a… –Adam miraba a Mattias en busca de apoyo, pero este se encogió de hombros sin más, de modo que Adam continuó–. Sí, pensábamos entrar y echar un vistazo a la casa, puesto que parecía que los dos viejos estaban de viaje.

–¿Viejos? –preguntó Martin–. ¿Ahí viven dos personas?

Ahora fue Mattias quien respondió.

–Son dos hermanos. No sé cómo se llaman de nombre, pero mi madre seguro que lo sabe. Lleva desde junio encargándose de su correo. Uno de los dos suele pasar fuera todo el verano, el otro no. Pero esta vez, nadie cogía el correo del buzón, de modo que pensamos que… –El chico dejó la respuesta inconclusa y clavó la vista en sus zapatos. El cadáver de una mosca seguía aún pegado a la parte superior y, muerto de asco, el muchacho dio un fuerte zapatazo para quitársela–. ¿Será él el que está muerto ahí dentro? –preguntó levantando la vista.

–En estos momentos, vosotros sabéis más que nosotros –respondió Martin–. Pero continúa. Pensabais entrar en la casa, ¿qué ocurrió después?

–Mattias encontró una ventana que podía abrirse y fue el primero en trepar hasta ella –contó Adam–. Luego me ayudó a subir. Cuando saltamos al interior de la habitación, notamos algo que crujía bajo las suelas de los zapatos, pero estaba demasiado oscuro y no vimos qué era.

–¿Oscuro? –lo interrumpió Martin–. ¿Por qué estaba oscuro? –Con el rabillo del ojo comprobó que Gösta, Paula y Bertil aguardaban expectantes detrás de él y escuchaban con atención lo que decían los muchachos.

–Todos los estores estaban bajados –explicó Adam en tono paciente–. Pero subimos el de la ventana por la que habíamos entrado y entonces vimos que el suelo estaba cubierto de moscas muertas. Y el olor era asqueroso.

–Completamente asqueroso –coreó Mattias, que aún parecía combatir las arcadas.

–¿Y después? –los animó Martin.

–Después avanzamos por la habitación y nos acercamos a la silla del escritorio, cuyo respaldo estaba vuelto hacia nosotros, así que no se veía si había alguien sentado. Y tuve la sensación de que… bueno, en fin, he visto tantos capítulos de *CSI*, y sumé olor repugnante y moscas muertas y eso… y bueno, no hay que ser Einstein para sacar la conclusión de que allí había algo muerto. Total, que me acerqué a la silla y le di la vuelta… ¡y allí estaba el hombre!

Era obvio que Mattias lo revivía todo en su mente, porque el chico volvió la cara y vomitó en el césped, a su espalda. Se limpió la boca con la mano y susurró un tímido «lo siento».

–No pasa nada –aseguró Martin–. A todos nos ha pasado alguna vez al ver un cadáver.

–A mí no –intervino Mellberg con aire de superioridad.

–A mí tampoco –se sumó Gösta.

–Pues no, a mí tampoco, jamás –declaró Paula.

Martin se dio media vuelta y les dedicó una mirada asesina.

–Es que tenía una pinta asquerosa –explicó Adam. Pese al sobresalto, parecía hallar cierto placer en la situación. A su espalda Mattias temblaba una vez más, medio inclinado hacia el suelo, aunque no parecía que le quedara más que bilis.

–¿Alguien puede llevar a los chicos a su casa? –preguntó Martin dirigiéndose a todos sus compañeros en general y a ninguno en particular. Primero se hizo el silencio y luego se oyó a Gösta:

–Yo puedo hacerlo. Venga, chicos, os llevo a casa.

–Vivimos sólo a unos doscientos metros de aquí –aclaró Mattias con voz débil.

–Entonces os acompaño dando un paseo –atajó Gösta indicándoles que lo siguieran. Ambos echaron a andar arrastrándose, como suelen hacer los adolescentes; Mattias con expresión de gratitud en el semblante, Adam manifiestamente decepcionado por perderse la continuación.

Martin los siguió con la mirada hasta que se perdieron más allá del cambio de rasante y dijo con voz nada esperanzadora:

–En fin, vamos a ver lo que tenemos ahí.

Bertil Mellberg carraspeó un poco.

–Pues… desde luego, no me cuesta nada esto de los cadáveres y esas cosas… En absoluto… He visto montones en mi vida. Pero alguien debería quedarse a controlar… los alrededores. Quizá lo más conveniente sea que yo, como superior y más experimentado de todos nosotros, me encargue de esa tarea –propuso con un nuevo carraspeo.

Martin y Paula intercambiaron una mirada jocosa, pero Martin recompuso enseguida el gesto y asintió:

–Pues sí, creo que tienes razón, Bertil. Mejor que alguien de tu experiencia inspeccione la parcela. Paula y yo entraremos a echar una ojeada.

–Sí… exacto. Ya decía yo que será lo más inteligente. –Mellberg se balanceó ligeramente sobre los talones, pero se alejó enseguida por el césped.

–¿Entramos? –preguntó Martin. Paula asintió.

–Cuidado –advirtió Martin antes de abrir la puerta–. No podemos destruir ninguna huella por si se demuestra que no falleció de muerte natural. Echaremos un vistazo, simplemente, antes de que vengan los técnicos.

–Tengo a mis espaldas cinco años de experiencia en homicidios en la provincia de Estocolmo. Sé cómo hay que conducirse en un posible escenario del crimen –respondió Paula, aunque sin rastro de acritud.

–Sí, perdona, si ya lo sabía –se disculpó Martin avergonzado, aunque se centró enseguida en la tarea que tenían por delante.

Un ominoso silencio reinaba en la casa cuando entraron en el vestíbulo. No se oía ni un solo ruido, salvo el de sus propios pasos sobre el suelo de la entrada. Martin se preguntó si aquel silencio habría resultado igual de torvo de no haber sabido que allí dentro había un cadáver, y llegó a la conclusión de que no.

–Ahí dentro –susurró, aunque enseguida cayó en la cuenta de que no había motivo para hablar bajito, de modo que repitió ya en un tono normal, que retumbó en las paredes–. Ahí dentro.

Paula iba tras él, justo detrás. Martin dio un par de pasos hacia la habitación, que debía de ser la biblioteca, y abrió la puerta. El extraño olor que habían percibido al entrar en la casa se intensificó ahora mucho más. Los chicos tenían razón. Había montañas de moscas en el suelo. Y cuando Martin y Paula, por ese orden, entraron en la habitación, oyeron el mismo crujir que los chicos bajo sus pies. Era un olor denso y dulzón, y sería una milésima parte de lo que debió de ser al principio.

–Bueno, no cabe duda de que aquí ha muerto alguien hace ya bastante tiempo –observó Paula al tiempo que tanto ella como Martin clavaban la mirada en lo que había al fondo de la habitación.

–No, no cabe la menor duda –convino Martin con un gesto desagradable en la boca. Hizo de tripas corazón y cruzó con cuidado la habitación en dirección hacia el cadáver que estaba en la silla.

–¡Quédate ahí! –le dijo a Paula alzando una mano. La colega no se movió de la puerta. No se lo tomó a mal; cuantas menos pisadas de policía hubiera por la habitación, tanto mejor.

–Oye, esto no parece una muerte natural, eso seguro –constató Martin mientras la bilis le subía por la garganta. Tragaba una y otra vez para combatir las náuseas e intentó concentrarse en su cometido. Pese a las pésimas condiciones en que se encontraba el cadáver, era obvio. La inmensa herida que presentaba en la parte derecha de la cabeza resultaba de lo más elocuente. Al hombre de la silla le habían quitado la vida de forma violenta.

Martin se dio la vuelta con sumo cuidado y salió de la habitación. Paula fue detrás. Tras respirar hondo un par de veces el aire fresco de la calle, empezaron a pasársele las ganas de vomitar. Y justo entonces vio a Patrik, que apareció por la curva y ya se les acercaba por el sendero de gravilla.

–Es un asesinato –dijo Martin en cuanto Patrik se encontró lo bastante cerca–. Torbjörn y su equipo tendrán que venir. No podemos hacer más, por ahora.

–Vale –asintió Patrik con gesto preocupado–. ¿Podría…? –Guardó silencio y miró a Maja, que estaba en el cochecito.

–Entra y echa un vistazo, anda, yo me quedo con Maja. –Se ofreció Martin ansioso, al tiempo que se acercaba a la pequeña y la cogía en brazos–. Ven, bonita, vamos a ver aquellas flores.

–Fole –dijo Maja encantada señalando el seto.

–¿Tú también has entrado? –preguntó Patrik.

Paula asintió.

–No es un espectáculo agradable. Se diría que lleva ahí desde antes del verano. O por lo menos, eso creo yo.

–Sí, me figuro que habrás visto más de uno en los años que pasaste en Estocolmo.

–No que llevaran muertos tanto tiempo. Pero alguno que otro, sí.

–Bueno, voy a entrar a echar un vistazo. En realidad, estoy de baja paternal, pero…

Paula sonrió.

–Cuesta mantenerse al margen. Ya, te comprendo. Pero parece que Martin te sustituye la mar de bien… –comentó sonriendo y mirando al seto, donde Martin, en cuclillas, admiraba las flores aún en su esplendor con Maja sentada en las piernas.

–Es un hacha. En todos los sentidos –precisó Patrik mientras se encaminaba hacia la casa. Minutos después, salió de nuevo.

–Pues sí, estoy de acuerdo con Martin. No hay mucho motivo de duda. Una herida como un piano en la cabeza.

–Ni rastro de nada sospechoso –anunció Mellberg jadeante cuando apareció en la explanada–. Y bien, ¿qué tal ahí dentro? ¿Has ido a mirar, Hedström? –Miró apremiante a Patrik, que asintió sin decir nada.

–Sí, no cabe la menor duda de que se trata de un asesinato. ¿Vas a llamar a los técnicos?

–Por supuesto –respondió Mellberg pomposo–. Para algo soy el jefe de esta casa de locos. ¿Y tú que haces aquí, por cierto? –preguntó–. Has estado insistiendo en que querías cogerte la baja paternal y ahora que la tienes apareces aquí como el payaso de la caja de sorpresas. –Mellberg se volvió hacia Paula y continuó–: En fin, yo no entiendo estas modernidades, hombres hechos y derechos se quedan en casa para dedicarse a cambiar pañales mientras las mujeres se pasean de uniforme. –Dicho esto, les dio la espalda bruscamente y se encaminó al coche como un gallo para llamar a los técnicos.

–Bienvenida a la comisaría de Tanumshede –dijo Patrik en un tono agrio, al que Paula Morales respondió divertida con una sonrisa.

–Bah, no me lo tomo a mal. Hay muchos como él. Si me hubieran preocupado los dinosaurios de uniforme habría tirado la toalla hace tiempo.

–Está bien que lo mires así –opinó Patrik–. Y la ventaja con Mellberg es que él, al menos, es coherente, discrimina todo y a todos.

–Sí, claro, eso es un consuelo –rio Paula.

–¿De qué os reís vosotros? –preguntó Martin aún con Maja en brazos.

–Mellberg –respondieron Patrik y Paula al unísono.

–¿Qué ha dicho ahora?

–Ah, lo de siempre –contestó Patrik extendiendo los brazos hacia Maja–. Pero Paula parece saber llevarlo bien, así las cosas no irán mal. Venga, esta pequeña y yo nos vamos a casa. Di adiós, Maja.

La pequeña se despidió y le sonrió a Martin con una ración extra de entusiasmo, a lo que el policía reaccionó encantado.

–¿Cómo? ¿Te llevas a mi chica? Y yo que creía que entre tú y yo había algo, muchacha… –se lamentó haciendo un puchero en señal de descontento.

–En la vida de Maja no habrá jamás otro hombre aparte de papá, ¿a que sí, bonita?

Patrik hundió la nariz en los pliegues del cuello de la pequeña, que rompió a reír encantada. Luego la sentó en el cochecito y se despidió de los que se quedaban. Una parte de su ser sentía un gran alivio al poder irse y dejarlos allí. Otra, en cambio, deseaba quedarse con todas sus fuerzas.

Estaba desorientada. ¿Era lunes? ¿O quizá estuvieran ya a martes? Britta iba y venía nerviosa por la sala de estar. Era tan… frustrante. Era como si, cuanto más se esforzara por conseguir algo, más rápido se le escapara. En sus momentos de lucidez, una voz interior le decía que debería poder controlar la fuerza de voluntad. Debería arreglárselas para que el cerebro le obedeciese. Pero al mismo tiempo, sabía que le cambiaba el cerebro, que se degradaba, perdía la capacidad de recordar, de mantener ordenados los momentos, los datos, la información, las caras.

Lunes. Era lunes. Exacto. El día anterior, sus hijas habían ido a cenar con la familia, como todos los domingos. Y fue ayer. O sea que hoy era lunes. Definitivamente. Britta se detuvo aliviada a medio camino. Le parecía una pequeña victoria. Sabía qué día era.

El llanto afluyó a sus ojos y Britta se sentó en un extremo del sofá. El conocido estampado de Josef Franck le infundía seguridad. Ella y Herman compraron la tela juntos. Lo que significaba que ella la había elegido y él había asentido con un murmullo. Cualquier cosa que la hiciera feliz. Herman habría aceptado sin pestañear un sofá naranja con lunares verdes si ella lo hubiese querido. Herman, sí… ¿Dónde estaría? Empezó a toquetear nerviosa las flores del estampado. Britta sabía dónde estaba. En realidad. Recreó en su mente cómo se movían los labios de Herman cuando le dijo claramente adónde iba. Recordaba incluso que se lo repitió varias veces. Pero, exactamente igual que con el día de la semana, aquella información se le escabullía, se burlaba, se mofaba de ella. Abatida, se aferró al reposabrazos del sofá. Debería poder recordarlo. Si se concentraba, lo conseguiría. De repente la invadió el pánico. ¿Dónde estaba Herman? ¿Se ausentaría mucho tiempo? No se habría ido de viaje, ¿verdad? Dejándola allí. ¿No la habría abandonado, incluso? ¿Fue eso lo que

decía la boca de Herman cuando la veía moverse en su recuerdo? Tenía que cerciorarse de que no era así. Tenía que ver, que comprobar que sus cosas seguían allí. Britta se levantó bruscamente del sofá y subió a la carrera los peldaños hasta la primera planta. El pánico le tronaba en los oídos como una riada. ¿Qué fue lo que le dijo Herman? Una ojeada al armario la tranquilizó. Allí estaban todas sus cosas. Chaquetas, jerséis, camisas. Todo estaba allí. Pero Britta seguía sin saber dónde se encontraba Herman.

Se desplomó en la cama, se encogió como una niña pequeña y lloró. Todo continuaba desapareciendo de su cerebro. Segundo tras segundo. Minuto tras minuto. El disco duro de su vida estaba borrándose. Y no había nada que ella pudiera hacer por evitarlo.

–Hola. Vaya paseo más largo habéis dado. ¡Habéis estado fuera mucho tiempo! –Erica se acercó a Patrik y a Maja, que le estampó un beso generoso de saliva.

–Sí… ¿No querías trabajar? –Patrik evitaba mirar a Erica a los ojos.

–Pues sí… –dijo Erica exhalando un suspiro–. Pero me cuesta arrancar. Así que me he pasado la mayor parte del tiempo mirando la pantalla y comiendo Dumles. Si sigo así, habré alcanzado los cien kilos antes de terminar el libro. –Ayudó a Patrik a quitarle a Maja la ropa de abrigo. –He estado leyendo el diario de mi madre, no he podido contenerme.

–¿Algo de interés? –preguntó Patrik aliviado al comprobar que, al parecer, no tendría que enfrentarse a más preguntas sobre por qué había durado tanto el paseo.

–Bah, en su mayoría son notas de la vida cotidiana. Sólo he leído unas páginas. Creo que lo mejor será que lo haga así, de vez en cuando.

Erica se dirigió a la cocina y, por cambiar de conversación, preguntó:

–¿Te apetece un té?

–Sí, un montón –respondió Patrik mientras colgaba su abrigo y el de Maja. Fue al encuentro de Erica y la observó trajinar con el agua, las bolsitas de té y las tazas. En la sala de estar se oía a Maja revolver entre sus juguetes. Unos minutos después, Erica puso en la mesa dos tazas de té humeante y se sentó frente a Patrik.

–Venga, cuéntamelo –lo conminó ella observándolo. Lo conocía tan bien… La mirada esquiva, el nervioso tamborileo de los dedos sobre la mesa… Había algo que no quería o no se atrevía a contarle.

–¿El qué? –replicó Patrik procurando parecer lo más inocente posible.

–Oye, de nada te servirá abrir así ese par de ojos azules. ¿Qué es lo que me estás ocultando? –Erica tomó un sorbo de té y aguardó divertida a que Patrik terminase de retorcerse como un gusano y fuese al grano.

–Pues…

–Pues ¿qué? –intervino ella animándolo y pensando en el hecho innegable de que

una parte de su persona disfrutaba muchísimo al ver su tormento.

–Pues verás… es que ocurrió una cosa mientras estábamos de paseo.

–¿Ajá? Bueno, tanto ella como tú habéis vuelto sanos y salvos, así que dime, ¿qué ha pasado?

–Pues sí… –Patrik tomó un sorbo de té para ganar algo de tiempo mientras pensaba cómo presentar los hechos de la mejor manera–. Verás, íbamos paseando hacia el molino de Lersten cuando resultó que mis colegas habían salido a un operativo. –Patrik miró ansioso a Erica, que enarcó una ceja y siguió esperando.

–Les habían dado el aviso del hallazgo de un cadáver en una casa situada camino a Hamburgsund, y allí se dirigían.

–Ajá, pero tú estás de baja paternal, de modo que eso no tiene nada que ver contigo –repuso con la taza a medio camino hacia la boca–. No estarás diciéndome que… –Lo miró incrédula.

–Pues sí –asintió Patrik con voz ligeramente chillona y la mirada fija en la mesa.

–¿Llevaste a Maja a un lugar en el que encontraron un cadáver? –preguntó clavándole la mirada.

–Sí, bueno, pero Martin se quedó con ella mientras yo entraba a echar un vistazo. Se la llevó a ver unas flores –observó con un amago de sonrisa conciliadora, que recibió una mirada gélida por toda respuesta.

–Entraste a echar un vistazo. –El hielo resonaba implacable en la voz de Erica–. Estás de baja paternal. De baja, ¿entiendes? Y de baja *paternal*, ¡por favor! ¿Tanto te cuesta decir «lo siento, no estoy de servicio, no trabajo»?

–Pero si sólo estuve mirando un poco… –protestó Patrik en tono lastimero, aun a sabiendas de que Erica tenía razón. Estaba de baja. De baja paternal. Los demás colegas de la comisaría debían encargarse del tinglado. Y él no debería haber llevado a Maja al escenario de un crimen.

Y acababa apenas de pensar aquello cuando cayó en la cuenta de que había un detalle que Erica desconocía. Tragó saliva con un tic nervioso y añadió:

–Por cierto que se trata de un asesinato.

–¡Asesinato! –gritó Erica en falsete–. De modo que no sólo te llevaste a Maja a un lugar donde han encontrado un cadáver, sino que además era un cadáver asesinado. –Erica meneaba la cabeza como si las palabras que quería decir se le hubiesen atascado en la garganta.

–Bueno, ya no volveré a mezclarme en ese asunto –aseguró Patrik con un gesto de resignación–. Los demás lo resolverán. Yo estoy de baja hasta enero, y lo saben. Me dedicaré a Maja al cien por cien. ¡Lo prometo!

–Será mejor para ti –gruñó Erica con voz bronca. Estaba tan enfadada que sentía deseos de zarandearlo. Pero enseguida se calmó un poco, movida por la curiosidad.

–¿Dónde lo han encontrado? ¿Sabéis quién es la víctima?

–No tengo ni idea. Fue en una gran casa blanca situada a unos cien metros a la izquierda de la primera salida a la derecha después del molino.

Erica lo miró extrañada, antes de preguntar:

–¿Una gran casa blanca con las esquinas de color gris?

Patrik hizo memoria y asintió.

–Sí, creo que sí. En el buzón se leía el apellido «Frankel».

–Ya sé quién o, mejor dicho, quiénes viven en esa casa. Son Axel y Erik Frankel. Ya sabes, Erik Frankel, el experto al que le dejé la medalla nazi.

Patrik la miró atónito. ¿Cómo había podido olvidar algo así? Frankel no era precisamente el nombre más corriente del mundo.

En la sala de estar se oía el alegre cotorreo sin palabras de Maja.

Estaba ya bien entrada la tarde cuando por fin pudieron volver a la comisaría. Torbjörn Ruud, el jefe del grupo de la policía científica, llegó con su equipo, realizó su trabajo a conciencia y ya se había marchado. También se habían llevado el cadáver al laboratorio del forense, donde lo examinarían de todas las maneras imaginables e inimaginables.

–Pues sí, vaya mierda de lunes –se quejó Mellberg cuando Gösta giró y aparcó en la cochera de la comisaría.

–Desde luego –convino Gösta que, fiel a su costumbre, no malgastó palabras sin necesidad.

Mellberg no había hecho más que entrar en las dependencias de la comisaría cuando entrevió algo que se acercaba a toda velocidad y, antes de que pudiera identificarlo, se abalanzó sobre él una masa peluda y una lengua que intentaba lamerle la cara.

–¡Oye, oye! ¡Basta ya! –Un tanto asqueado, Mellberg apartó al perro, que con las orejas gachas se marchó decepcionado hacia el rincón de Annika. Allí, al menos, sabía que sería bienvenido. Mellberg se limpió la saliva del perro con el reverso de la mano y masculló algo mientras Gösta se esforzaba por mantenerse serio. Y no restaba diversión a la escena el hecho de que a Mellberg se le hubiese descolgado el mechón de pelo que llevaba minuciosamente enrollado como un nido en lo alto de la cabeza. El comisario se recompuso el peinado presa de la mayor irritación y continuó gruñendo pasillo arriba hasta llegar a su despacho.

Gösta se dirigió al suyo entre risitas, pero se sobresaltó, perplejo, al oír un alarido muy familiar:

–*¡Ernst, Ernst!* ¡Ven aquí ahora mismo!

Gösta miró sorprendido a su alrededor. Hacía mucho que habían despedido a su colega Ernst Lundgren y no había oído decir que fuese a volver.

Mellberg volvió a gritar:

–*¡Ernst!* ¡Que vengas te digo! ¡Ahora mismo!

Gösta salió al pasillo con la intención de aclarar el misterio y vio que Mellberg señalaba hacia el suelo con la cara encendida de rabia. En la mente de Gösta empezó a arraigar una sospecha. Y, en efecto, allí apareció el chucho, con la cabeza gacha, como avergonzado.

–*¡Ernst!* ¿Qué es esto?

El animal intentó por todos los medios fingir que no entendía de qué le hablaba Mellberg, pero la cagarruta que había en el suelo de su despacho no dejaba lugar a dudas.

–¡Annika! –bramó el jefe. Un segundo más tarde, la secretaria de la comisaría acudía presurosa.

–¡Anda! Parece que aquí se ha producido un pequeño incidente –dijo mirando con conmiseración al perro, que, agradecido, se le acercó enseguida.

–¡Un pequeño incidente! Ernst se ha hecho caca en el suelo de mi despacho.

En este punto, Gösta no pudo aguantar más. Empezó a escapársele la risa y el esfuerzo por ocultarlo sólo lo condujo a reír más aún. Por si fuera poco, contagió a Annika y la cosa terminó con que los dos estallaron en sonoras carcajadas mientras las lágrimas les corrían por las mejillas.

–¿Qué pasa? –preguntó Martin con curiosidad cuando entró seguido de Paula.

–*Ernst.*… –Gösta casi se ahogaba al hablar–, *Ernst.*… se ha hecho caca en el suelo.

Martin los miraba perplejo sin comprender nada, pero al observar la montañita que había en el suelo de Mellberg y al animal, que se pegaba temeroso a las piernas de Annika, se le hizo la luz.

–¿Le has puesto… le has puesto *Ernst* al perro? –se sorprendió Martin rompiendo también a reír. Los únicos que no se reían histéricos eran Mellberg y Paula pero, mientras que el jefe parecía ir a estallar de ira, Paula tenía más bien cara de no entender nada.

–Luego te lo explico –le dijo Martin enjugándose las lágrimas.

–Joder, eso sí que es sentido del humor, Bertil, eres un tío divertido de verdad –añadió Martin.

–Sí, bueno… algo de gracia sí que tengo –admitió Bertil sonriendo ligeramente a su pesar–. Bueno, venga, a ver si limpiamos esto, Annika, y podemos seguir trabajando. –Lanzó un gruñido y fue a sentarse ante el escritorio. El perro miró vacilante primero a Annika, luego a Bertil, pero resolvió finalmente que, con toda seguridad, ya habría pasado lo peor del enfado, de modo que siguió a su nuevo dueño meneando la cola.

El resto de los empleados de la comisaría se quedó mirando perplejo a aquella pareja tan singular, preguntándose qué sería lo que habría visto el animal en Bertil Mellberg y que, al parecer, les había pasado desapercibido a ellos.

Erica no pudo dejar de pensar en Erik Frankel toda la tarde. No había llegado a conocerlo bien, pero él y su hermano Axel formaban, en cierto modo, parte de Fjällbacka. «Los hijos del doctor», así los habían llamado siempre en el pueblo, pese a que hacía más de cincuenta años que su padre fue médico en Fjällbacka y, además, murió hacía más de treinta años.

Erica rememoró su visita a la casa que compartían los dos hermanos. Su única visita. Vivían juntos en la casa de sus padres, ambos solteros, ambos con un ardiente interés por Alemania y por el nazismo, aunque cada uno a su manera. Erik había sido profesor de Historia en el instituto, pero en su tiempo libre había reunido material sobre la época nazi, que le inspiraba un particular interés. Axel, el mayor de los dos, tenía algo que ver con el centro Simon Wiesenthal, si no andaba equivocada, y tenía el vago recuerdo de que durante la guerra había sufrido algún percance.

Primero llamó a Erik, le contó lo que había encontrado y le describió la medalla. Le preguntó si creía que podría ayudarle a averiguar su origen y cómo habría ido a parar a manos de su madre, entre cuyas pertenencias la encontró. La primera reacción de Erik fue un silencio absoluto. Erica tuvo que decir «¿Hola?» varias veces; llegó a pensar que le habría colgado. Luego, con un tono de voz muy extraño, le dijo que se pasara por su casa con la medalla para que le echara un vistazo. A Erica le llamó la atención. El prolongado silencio. El tono extraño en la voz del hombre. Entonces no se lo mencionó a Patrik, se convenció de que habrían sido figuraciones suyas. Y cuando fue a la casa de los dos hermanos, no percibió nada raro en su modo de mirar la medalla. La recibió educadamente y, una vez en la biblioteca, Erik le pidió que se la mostrara. Con interés contenido, cogió la medalla y la estudió detenidamente. Luego le preguntó si podía quedársela un tiempo. Para emprender alguna investigación. Erica asintió y se mostró agradecida de que alguien se tomase la molestia de obtener información.

Además, Erik le permitió contemplar una parte de su colección. Con una mezcla de entusiasmo y temor, fue inspeccionando todos aquellos objetos tan íntimamente ligados a una oscura y terrible época de la historia. No pudo evitar preguntar cómo era posible que alguien tan contrario a todo aquello que defendía el nazismo quisiera coleccionar y vivir entre objetos que lo recordaban. Erik tardó unos segundos en dar su respuesta. Con gesto reflexivo, cogió una gorra con el emblema de las SS y jugueteó con ella mientras parecía sopesar cómo formular la explicación.

–No confío en la capacidad de la gente para recordar –dijo al cabo–. Sin la ayuda de objetos que podamos ver o tocar, olvidamos fácilmente aquello que no queremos recordar. Así que colecciono cosas que nos hagan rememorar. Y, además, una parte de mí quiere mantener esos objetos lejos de quienes los ven con otros ojos. Con ojos de admiración.

Erica asintió. En parte, lo comprendía. En parte, no. Luego se dieron la mano y se despidieron.

Y ahora aquel hombre estaba muerto. Asesinado. Quizá sólo poco después de que ella lo visitara. Según lo que Patrik le había contado a su pesar, llevaba todo el verano muerto en la casa.

Una vez más, recordó el extraño tono de voz de Erik cuando Erica le habló de la medalla. Se volvió hacia Patrik, que estaba a su lado en el sofá haciendo *zapping* entre los canales del televisor.

–¿Sabes si la medalla seguía allí?

Patrik la miró inquisitivo.

–Pues no se me ocurrió mirarlo. No tengo ni idea. Pero no había indicios de que se tratase de un asesinato por robo y, en tal caso, ¿a quién iba a interesarle una vieja medalla nazi? Y tampoco es que sean piezas únicas, precisamente. Quiero decir que allí había unas cuantas…

–No… ya sé… –respondió Erica pensativa. Aún se sentía incómoda–. Pero ¿podrías llamar mañana a tus colegas y pedirles que la busquen?

–Pues, no sé –repuso Patrik–. Yo creo que tendrán otras cosas que hacer antes que buscar una medalla. Ya le preguntaremos al hermano de Erik. Podemos pedírsela a él. Seguro que volverá a la casa.

–Sí, a Axel. Por cierto, ¿dónde está? ¿Cómo es que no se ha enterado? ¿Lleva fuera todo el verano?

Patrik se encogió de hombros.

–Yo estoy de baja paternal, como recordarás. Tendrás que llamar y preguntarle a Mellberg.

–Ja, ja, ja, muy gracioso –replicó Erica con una sonrisa. Pero la desazón se negaba a remitir–. Pero, ¿no es extraño que Axel no lo haya encontrado antes?

–Sí, pero, según tú, estaba de viaje cuando estuviste en su casa, ¿no?

–Ya, bueno. Erik dijo que su hermano estaba en el extranjero. Pero eso fue en junio.

–Pero, ¿por qué piensas en eso? –preguntó Patrik volviendo la vista hacia el televisor. El programa *Por fin en casa* estaba a punto de empezar.

–Pues no sé… –contestó Erica con la vista perdida en dirección a la pantalla. Ella misma no sabía explicar por qué el desasosiego había ido adueñándose de su ser. Pero recordaba el silencio de Erik resonando en el auricular. Y el tono de voz un tanto deformado y bronco cuando le pidió que le llevase la medalla. Algo lo había alertado. Algo relacionado con la medalla.

Intentó concentrarse en los trabajos de carpintería de Martin Timell. Lo conseguía a duras penas.

–Joder, abuelo, tendrías que haber visto lo de hoy. Ese negro de mierda intentó colarse y nada, o sea, «bumba». Una patada y se cayó de bruces como un saco. Luego lo pateé en los huevos, así que se quedó lamentándose un cuarto de hora por lo menos.

–¿Y qué consigues con eso, Per? Salvo que pueden acusarte de agresión y mandarte a un reformatorio, tendrás contra ti a todo el mundo, las fuerzas contrarias se confabularán más aún contra nosotros. Y todo terminará con que, en lugar de ayudar a la causa, habrás contribuido a que se movilice más apoyo aún para nuestros adversarios. –Frans observaba altivo a su nieto. A veces no sabía cómo dominar las hormonas adolescentes que lo invadían. Y era tan poco lo que sabía… Pese a su aspecto imponente, los pantalones militares, las botas y la cabeza rapada, no era más que un quinceañero fácil de asustar. Nada sabía de la causa. Nada sabía de cómo funcionaba el mundo. Nada sabía de cómo canalizar los instintos destructivos de modo que pudieran usarse como una punta de lanza capaz de atravesar el corazón de la estructura social.

El chico, que se había sentado a su lado en la escalera, agachó la cabeza avergonzado. Frans sabía que lo había humillado al hablarle con tanta dureza. Su nieto intentaba impresionarlo, pero le hacía un flaco favor no mostrándole cómo funcionaba el mundo. El mundo era frío y duro y cruel, y sólo los más fuertes saldrían victoriosos de la batalla.

Al mismo tiempo quería al chico. Quería protegerlo del mal. Frans le rodeó los hombros con el brazo. Le sorprendió comprobar lo endebles que eran aún. Per había heredado su físico. Alto y flaco, de espalda estrecha. Ninguna tabla de gimnasia podía remediar su constitución.

–Tienes que pensártelo, es sólo eso –continuó Frans, ya en un tono algo más suave–. Tienes que pensar antes de actuar. Utilizar las palabras en lugar de los puños. La violencia no es la primera herramienta a la que recurrir. Es la última –aseguró dándole un apretón extra a su nieto. Per se apoyó en su hombro un segundo, como hacía siempre cuando era pequeño. Luego recordó que lo que él quería era convertirse en un hombre, que ya no era pequeño. Pero que lo más importante del mundo, tanto entonces como ahora, era hacer que su abuelo se sintiera orgulloso. Per se irguió enseguida.

–Ya lo sé, abuelo. Es que me cabreé tanto cuando vi que intentaba colarse. Y es que eso es lo que hacen siempre, van colándose en todas partes, creen que son los dueños del mundo, que son los dueños de Suecia. Simplemente… me cabreó tanto.

–Lo sé –respondió Frans retirando el brazo de los hombros del chico y dándole una palmadita en la rodilla–. Pero piénsatelo antes de actuar, por favor. Si vas a parar a la cárcel, no tendrás ningún consuelo.

Kristiansand, 1943

Intentó combatir el mareo durante toda la travesía hasta Noruega. A los demás no parecía afectarles. Estaban acostumbrados. Se habían criado en el mar. Tenían patas de pez, como solía decir su padre. Sabían parar todos los movimientos del oleaje y se movían con firmeza por la cubierta. Parecían siempre ajenos al mareo que se extendía desde el estómago hasta la garganta. Axel se apoyó en la regala. Él sólo pensaba en sacar la cabeza por la borda y vomitar. Pero se negaba a exponerse a tal humillación. Sabía que las pullas no serían malintencionadas, pero era demasiado orgulloso para soportar las burlas de los pescadores. No tardarían en llegar. Y en cuanto pudiese saltar a tierra firme, el mareo desaparecería como por arte de magia. Lo sabía por experiencia. Había hecho el mismo viaje muchas veces.

–Tierra a la vista –gritó Elof, el patrón del barco–. Llegaremos a puerto dentro de diez minutos. –Elof se quedó mirando a Axel, que se le acercaba en dirección al timón. Tenía la piel curtida y tostada por el sol, arrugada como un cuero expuesto desde la infancia a vientos y temporales.

–¿Tienes lo tuyo controlado? –preguntó en voz baja y mirando a su alrededor. En el puerto de Kristiansand vieron las hileras de barcos alemanes, que les recordaban cuál era la realidad. Alemania había invadido Noruega. Suecia se había librado, por ahora, pero nadie sabía cuánto duraría la suerte. Hasta entonces, observaban con atención al vecino del oeste y el avance de los alemanes en el resto de Europa, cómo no.

–Vosotros ocupaos de lo vuestro, que yo me ocuparé de lo mío –replicó Axel. Sonó más desabrido de lo que pretendía, pero siempre sentía cierto remordimiento por involucrar a la tripulación en un riesgo que habría preferido correr él solo. En cualquier caso, él no obligaba a nadie, se decía. Elof le dijo que sí de inmediato cuando le preguntó si podía ir con ellos en su barco de vez en cuando y llevarse… mercancía. Jamás tuvo que explicar qué era lo que transportaba y Elof y el resto de la tripulación del *Elfrida* nunca hicieron indagaciones.

Atracaron en el muelle y sacaron la documentación que sabían iban a pedirles.

Los alemanes no dejaban nada al azar y siempre los sometían a un control riguroso de documentación antes de permitirles desatar la carga siquiera. Una vez resueltas las formalidades, empezaron a descargar las piezas de maquinaria que constituían el objeto oficial de su transporte. Los noruegos recogían el género mientras los alemanes observaban ceñudos el proceso, con los rifles prestos por si fuera necesario. Axel aguardaba su momento, que llegaría al atardecer. Para poder descargar su mercancía necesitaba oscuridad. Las más de las veces llevaba alimentos. Alimentos e información. Como en este caso.

Después de cenar en medio de un denso silencio, Axel se sentó a esperar lleno de

desasosiego a que llegara la hora que habían acordado. Unos toquecitos discretos en la ventana lo sobresaltaron, igual que a los demás. Axel se inclinó rápidamente, levantó una parte del suelo y empezó a sacar cajas de madera. Manos silenciosas y atentas las iban recogiendo y poniéndolas en el muelle. Todo sucedía mientras resonaba la estridente charla de los alemanes que se oía desde el barracón situado a unos metros. A aquellas horas de la tarde ya habían sacado las bebidas fuertes, lo cual simplificaba su peligrosa misión. Los alemanes borrachos eran mucho más fáciles de engañar que los sobrios.

Tras un quedo «gracias» pronunciado en noruego, la carga había desaparecido del barco y se había esfumado en la oscuridad. Una vez más, la entrega se produjo sin complicaciones. Con una embriagadora sensación de alivio, Axel bajó de nuevo al castillo de proa. Tres pares de ojos lo recibieron, pero nadie pronunció una palabra. Elof asintió sin más, se dio media vuelta y empezó a cargar la pipa. Axel sentía una gratitud enorme hacia aquellos hombres que, sencillamente, lo superaban por completo. Afrontaban las tormentas y a los alemanes con el mismo semblante apacible. Tenían asumido desde hacía mucho tiempo que los caprichos de la vida y del destino no eran algo sobre lo que uno pudiera influir. Uno hacía lo que podía, intentaba vivir en la medida de lo posible. El resto era cosa de la Divina Providencia.

Axel se fue a dormir agotado. Concilió el sueño en el acto, mecido por el leve balanceo del barco y por el chasquido del agua contra el casco. En el barracón del muelle, las voces de los alemanes subían y bajaban. Al cabo de un rato empezaron a cantar. Pero para entonces Axel ya dormía profundamente.

–Y bien, ¿qué sabemos hasta el momento? –Mellberg miraba a su alrededor en el comedor de la comisaría. Había café, los bollos preparados sobre la mesa y todos reunidos alrededor.

Paula carraspeó:

–Yo me puse en contacto con Axel, el hermano. Al parecer, trabaja en París y siempre pasa allí los veranos. Pero está de camino. Parecía destrozado por la muerte de su hermano.

–¿Sabemos cuándo salió del país? –preguntó Martin a Paula, que consultó el bloc de notas que tenía delante.

–El tres de junio, según él. Por supuesto, comprobaré esa información.

Martin asintió.

–¿Tenemos ya algún informe preliminar de Torbjörn y su equipo? –Mellberg desplazó los pies discretamente. *Ernst* se había tumbado sobre ellos y los aprisionaba con todo su peso pero, por alguna extraña razón y pese a que se le estaban durmiendo, Mellberg no era capaz de despachar al animal.

–Nada, todavía –respondió Gösta al tiempo que estiraba el brazo para coger un bollo–. Pero hablé con él hoy muy temprano y quizá para mañana tengamos algo.

–Bien, no lo sueltes –aprobó Mellberg mientras hacía un nuevo intento por retirar los pies. No sirvió de nada, *Ernst* les iba detrás.

–¿Algún sospechoso, estando así las cosas? ¿Algún enemigo declarado? ¿Amenazas? ¿Algo? –Mellberg dirigió una mirada exigente a Martin, que negó con un gesto.

–Nosotros no tenemos registrada ninguna denuncia, desde luego. Pero tenía una pasión un tanto controvertida. El nazismo despierta siempre sentimientos intensos.

–Podemos ir a su casa a comprobar si hay alguna carta de amenaza o algo similar en algún cajón.

Todos miraron a Gösta con asombro. Sus iniciativas solían ser como las erupciones volcánicas, poco frecuentes, pero difíciles de pasar por alto.

–Llévate a Martin y salid después de la reunión –ordenó Mellberg mirando con una sonrisa de satisfacción a Gösta, que asintió antes de adoptar de nuevo su habitual postura letárgica. Gösta Flygare sólo se animaba en el campo de golf. Ese era un hecho que sus colegas habían comprendido y aceptado hacía mucho tiempo.

–Paula, tú estarás pendiente de cuando el hermano… Axel, ¿no era ese el nombre? , de cuando aterrice y procura que podamos tener una charla con él. Puesto que aún no sabemos cuándo murió Erik, podría haber sido él quien le asestó el golpe en la cabeza antes de marcharse del país. Así que estate encima de él en cuanto pise suelo sueco. ¿Cuándo será eso, por cierto?

Paula volvió a consultar sus notas.

–Aterriza en el aeropuerto de Landvetter a las nueve y cuarto de mañana.

–Bien, pues procura que venga derecho aquí. –A aquellas alturas, a Mellberg no le quedaba más remedio que cambiar los pies de sitio, el hormigueo era muy desagradable y los tenía casi dormidos del todo. *Ernst* se levantó, miró a Mellberg ofendido y salió de la habitación con el rabo entre las piernas, en dirección a la cesta que tenía en el despacho.

–Parece un amor sincero –dijo Annika riendo mientras seguía al animal con la vista.

–Pues sí… –Mellberg tosió para aclararse la garganta–. Precisamente iba a preguntarte, ¿cuándo vendrán a llevarse al bicho? –preguntó antes de clavar la vista en la mesa en tanto que Annika adoptaba la expresión más inocente del mundo.

–Verás, es que no es tan fácil. He hecho algunas llamadas, pero nadie puede hacerse cargo de un perro de su tamaño, así que si pudieras cuidarlo un par de días más… –Annika lo miró con sus grandes ojos azules.

Mellberg emitió un gruñido.

–Sí, bueno, un par de días más puedo aguantar al chucho. Pero no más, luego tendrá que volver a la calle, a menos que le encuentres un sitio.

–Gracias, Bertil, qué amable por tu parte. Sí, activaré todos los resortes. –Annika les guiñó un ojo a los demás aprovechando un instante en que Mellberg no la veía, y todos tuvieron que hacer un esfuerzo para aguantarse la risa. Ya empezaban a comprender cuál era el plan. Annika era, sin duda, una mujer muy habilidosa.

–Excelente, excelente –convino Mellberg levantándose–. En ese caso, volvamos al trabajo. –Y con estas palabras salió del comedor.

–Bueno, pues ya habéis oído al jefe –intervino Martin poniéndose de pie–. Gösta, ¿nos vamos?

Gösta parecía ya arrepentido de haber hecho una sugerencia que implicaba más trabajo para él, pero asintió con gesto cansino y echó a andar detrás de Martin. No quedaba otra que resistir. De todos modos, aquel fin de semana pensaba estar en el campo de golf lanzando bolas desde las siete de la mañana, tanto el sábado como el domingo. Todo lo que ocurriera hasta ese momento era un recorrido necesario.

El recuerdo de Erik Frankel y la medalla no le daba tregua a Erica. Intentó ahuyentarlo y lo consiguió con bastante éxito durante un par de horas seguidas, en las que logró comenzar el libro. Pero en cuanto perdía la concentración, allí estaban otra vez los mismos pensamientos. El breve encuentro entre los dos le dejó la impresión de que se trataba de un señor apacible y educado que se emocionaba cuando tenía ocasión de hablar de su tema favorito, el nazismo.

Guardó lo que llevaba escrito y, tras dudar unos segundos, abrió el Explorer y, acto seguido, la página de Google, en cuyo campo de búsqueda escribió «Erik

Frankel» antes de darle a la tecla «Intro». Obtuvo un montón de resultados. Algunos eran, obviamente, erróneos, y contenían información sobre otras personas. Pero la mayoría trataban del Erik Frankel que ella buscaba, y dedicó algo más de una hora a navegar por varias páginas para recabar información. Había nacido en Fjällbacka en 1930. Tenía un hermano cuatro años mayor, Axel, pero ninguno más. Su padre había sido el médico de Fjällbacka de 1935 a 1954, y la casa en la que vivían él y su hermano era la de sus padres. Siguió buscando. Su nombre aparecía en varios foros de gente interesada por el nazismo. Sin embargo, nada indicaba que le interesara porque simpatizara con él. Más bien al contrario, aunque en algunos pasajes observó cierta reacia admiración por algunos aspectos del nazismo. O, al menos, una clara fascinación que, además, parecía ser la que lo impulsaba en sus investigaciones.

Cerró la ventana de Internet y cruzó las manos en la nuca. No tenía tiempo que dedicar a esos menesteres. Pero la curiosidad había hecho presa en ella.

Erica se sobresaltó con el ruido de un cauto repiqueteo en la puerta, a su espalda.

–Perdona, ¿molesto? –preguntó Patrik asomando la cabeza.

–No, tranquilo –respondió Erica haciendo girar la silla para verlo.

–Bueno, sólo quería decirte que Maja está dormida. Y que necesitaría salir a hacer algunos recados. ¿Podrías estar atenta a esto? –preguntó, mostrándole el monitor infantil que utilizaban para oír cuando se despertaba la pequeña.

–Pues… tendría que seguir trabajando. –Erica exhaló un suspiro para sus adentros–. ¿Qué es lo que tienes que hacer?

–Tengo un aviso de Correos de unos libros que pensaba ir a recoger, y también tengo que ir a la farmacia a comprar Nezeril, y después quería echar una quiniela, ya que estoy en la calle. Ah, sí, y comprar algo de comida.

Erica sintió de pronto un cansancio infinito. Pensó en todos los recados que había hecho durante un año entero con Maja en el cochecito o en brazos. La mayoría de las veces terminaba sudorosa. Y nunca nadie cuidó de la niña mientras ella salía a hacer sus cosas tranquilamente. Pero desechó tales reflexiones, ya que no quería parecer ruin y mezquina.

–Por supuesto que sí –dijo con una sonrisa que intentó que asomara en los ojos–. De todos modos, está dormida, así que podré trabajar mientras estás fuera.

–Muy amable –le agradeció Patrik dándole un beso en la mejilla antes de cerrar la puerta.

–Sí, claro, muy amable –repitió Erica para sí antes de volver a abrir el documento Word. En cuanto al recuerdo de Erik Frankel, intentó replegarlo en la retaguardia de su cerebro.

Acababa de poner los dedos en el teclado cuando se oyó un carraspeo en el monitor. Erica se quedó paralizada. Seguro que era una falsa alarma. Probablemente, Maja se habría dado la vuelta en la cama, aquel aparato podía ser demasiado sensible.

Oyó el ruido del coche al arrancar fuera y cómo Patrik se marchaba. Centró la mirada en la pantalla e intentó encontrar la siguiente frase. Se oyó un nuevo chisporroteo. Miró el monitor como si pudiese callarlo mediante un conjuro, pero el único premio que recibió fue un estridente «buaaaaaa». Seguido de una voz que chillaba «mamáááááa… papáááááá».

Erica apartó la silla abatida por la resignación y se levantó. Típico. Se dirigió a la habitación de Maja y abrió la puerta. La pequeña estaba de pie y gritaba sin parar.

–Pero Maja, hija, tienes que dormir.

Maja meneó la cabeza.

–Sí, ahora tienes que dormir. –Erica intentó sonar tan firme como pudo y acostó a la niña en la cuna. Pero Maja se levantó de un salto, como si tuviera las piernas de goma.

–¡Mamáááááá! –gritaba Maja en un tono capaz de hacer estallar el cristal. Erica sintió la rabia crecerle en el pecho. ¿Cuántas veces había hecho lo mismo? Cuántos días de amamantar, dar de comer, acostar, llevar de un lado a otro, jugar. Quería a su hija, pero necesitaba desesperadamente verse libre de la responsabilidad por un tiempo. Disfrutar de un respiro. Ser adulta y hacer cosas de adultos, exactamente igual que Patrik durante todo el año en que ella había estado en casa con Maja.

Volvió a acostar a la pequeña, que se puso frenética.

–Tienes que dormir –repitió Erica retrocediendo y cerrando la puerta tras de sí. Con la rabia hirviéndole en el pecho, cogió el teléfono y marcó el número de móvil de Patrik, apretando las teclas con un ímpetu ligeramente excesivo. Oyó el primer tono de llamada y se sobresaltó al oír que el teléfono sonaba en la planta baja. Patrik se lo había dejado en la mesa de la cocina.

«¡Hay que joderse!». Estrelló el inalámbrico contra la mesa, pero se obligó enseguida a respirar hondo un par de veces. Unas lágrimas de ira se abrían paso por la comisura de los ojos, pero intentó razonar y recurrir a la lógica de su yo más sereno. No era para tanto, sólo se trataba de echar una mano durante un rato. Y, sin embargo, al mismo tiempo, sí era para tanto. El asunto era que no sentía que pudiera relajarse. Que no sentía que Patrik cogiera en serio el testigo.

Pero esa era la situación. Y lo más importante, que no lo pagase con Maja. Ella no tenía la culpa. Erica volvió a respirar hondo y entró de nuevo en el dormitorio de la pequeña. Maja aullaba con la carita encendida. Y un olor inconfundible había empezado a extenderse por la habitación. Misterio resuelto. Por eso no podía dormirse. Con cierto remordimiento y con una gran sensación de insuficiencia, Erica cogió amorosamente a su hija y la consoló acariciándole la pelusa de la cabecilla contra su pecho.

–Ya está, ya está, cariño, mamá te quitará ahora mismo esa porquería de pañal lleno de caca, vamos, vamos. –Maja se apretó más aún contra ella, sollozando. En la

cocina resonaba estridente el teléfono de Patrik.

–Da un poco de miedo… –Martin se quedó un momento en el vestíbulo escuchando los sonidos característicos de todas las residencias antiguas. Pequeños crujidos, pequeños chirridos, pequeños sonidos quejumbrosos que arranca el azote del viento.

Gösta asintió. En verdad que había algo espeluznante en la atmósfera de la casa, pero se dijo que, más que a la casa en sí, se debía a lo que habían encontrado en ella.

–¿Dices que, según Torbjörn, podemos entrar sin problemas? –le preguntó Martin a Gösta.

–Sí, ya han revisado todo lo que tenían que revisar. –Gösta señaló con un gesto de la cabeza la biblioteca, donde aún se advertían restos del polvo para fijar huellas latentes. Manchas negras, borrosas, que enturbiaban la imagen de la, por lo demás, pulcra y elegante habitación.

–Bueno, pues en ese caso… –Martin se limpió la suela de los zapatos en la alfombra de la entrada y se encaminó a la biblioteca–. ¿Qué tal si empezamos por ahí?

–Me parece oportuno –opinó Gösta con un suspiro, antes de seguir a regañadientes los pasos del colega.

–Yo me ocupo del escritorio y tú de los archivadores.

–Claro –Gösta exhaló otro suspiro, pero Martin no le prestó la menor atención. Gösta suspiraba siempre que se enfrentaba a la ejecución de una tarea concreta.

Martin se acercó con cautela a la gran mesa de escritorio. Era un mueble enorme de madera oscura y profusamente labrado. Martin pensó que mejor habría encajado en cualquier casa señorial inglesa que en aquella habitación inmensa. La superficie de la mesa aparecía ordenada y limpia, con tan sólo un bolígrafo y una cajita con clips colocados en perfecta simetría. Unas gotas de sangre habían salpicado un bloc lleno de notas y Martin se acercó para ver qué habían garabateado allí una y otra vez. «Ignoto militi», leyó. Aquello no le decía nada. Con sumo cuidado, empezó a abrir un cajón tras otro del escritorio y a revisar su contenido metódicamente. Nada despertaba su interés, por el momento. Tan sólo constató que Erik y su hermano parecían compartir el lugar de trabajo, amén de una devoción manifiesta por mantener el orden.

–¿No es un tanto patológico? –preguntó Gösta mostrándole a Martin el contenido de un archivador. Todos los documentos estaban perfectamente colocados y precedidos de una hoja en la que Erik y Axel habían escrito lo que contenía cada apartado.

–Pues sí, desde luego, mis papeles no presentan ese aspecto, te lo aseguro –convino Martin riendo.

–Sí, yo siempre he pensado que la gente que observa un orden tan estricto tiene

algún problema. Seguro que tiene que ver con falta de entrenamiento en el uso del orinal en la infancia, o algo por el estilo…

–Bueno, es una teoría. –Martin sonrió. Gösta podía llegar a ser muy divertido, aunque sin pretenderlo, por lo general.

–En fin, ¿has encontrado algo? Aquí no hay nada interesante. –Martin cerró el último cajón que acababa de inspeccionar.

–Pues no, nada, por ahora. La mayoría son facturas, contratos y cosas así. Fíjate, han guardado todas las facturas de electricidad desde tiempo inmemorial. Ordenadas por fecha –observó Gösta meneando la cabeza–. Coge tú también algún archivador y verás. –Sacó un archivador enorme de lomo negro de la librería que había detrás del escritorio y se lo dio al colega.

Martin lo cogió y fue a sentarse en uno de los sillones para leerlo. Gösta tenía razón. Todo estaba en perfecto orden. Revisó cada apartado, examinó documento por documento, y ya empezaba a desesperar. Hasta que llegó a la letra «S». Una rápida ojeada lo puso al corriente de que la «S» introducía el apartado «Suecia: los Amigos de Suecia». Lleno de curiosidad, empezó a pasar las páginas allí archivadas. Cada una de ellas iba marcada con un logotipo impreso en la esquina superior derecha, una corona sobre el fondo de una ondeante bandera sueca. Eran cartas, todas ellas del mismo remitente, Frans Ringholm.

–Escucha esto –dijo Martin antes de leerle a Gösta en voz alta una de las primeras cartas que, según la fecha, era una de las últimas–: «A pesar de nuestra historia común, no puedo ya ignorar tu empeño en oponerte a los intereses y objetivos de los Amigos de Suecia, lo cual conllevará inexorablemente una serie de consecuencias. He hecho cuanto estaba en mi mano para protegerte, en razón de nuestra vieja amistad, pero hay fuerzas poderosas en la organización que no ven tu actitud con buenos ojos, y llegará un momento en que no me sea posible ofrecerte protección alguna frente a ellas». –Martin enarcó una ceja–. Y sigue más o menos por el estilo. –Hojeó rápidamente las demás cartas y halló que había un total de cinco.

–Parece que, con sus investigaciones, Erik Frankel se metió en el terreno de alguna organización neonazi en la que, paradójicamente, tenía un protector.

–Un protector que fracasó al final, por lo que parece.

–Sí, tiene su lógica pensarlo. Pues revisaremos el resto de los documentos y veremos si hay algo más. Pero no cabe la menor duda de que hemos de mantener una charla con Frans Ringholm.

–Ringholm… –Gösta hacía memoria con la mirada perdida–. Me resulta familiar ese nombre –explicó haciendo una mueca para animar al cerebro a rescatar la respuesta, pero sin éxito. No pareció dejar de reflexionar mientras seguían examinando los demás archivadores.

Al cabo de una hora larga, Martin cerró el último archivador y constató:

–Pues no, yo, al menos, no he encontrado nada más de interés. ¿Y tú?

Gösta negó con la cabeza.

–No, ni tampoco más alusiones al asunto de los Amigos de Suecia.

Los dos colegas salieron de la biblioteca e inspeccionaron el resto de la casa. Se veían por doquier indicios del interés por Alemania y por la Segunda Guerra Mundial, pero nada que llamase la atención de los dos policías. La vivienda en sí era hermosa, aunque de decoración un tanto anticuada, y ya empezaba a estar deteriorada aquí y allá. Retratos en blanco y negro de los padres, de los dos hermanos y de otros familiares cubrían las paredes o adornaban con sus marcos antiguos escritorios y consolas. Su presencia era innegable. Tampoco parecía que los dos hermanos hubiesen alterado mucho el aspecto de la casa mientras vivieron en ella, de ahí lo vetusto de su aspecto. Lo único que interfería con la pulcritud era la fina capa de polvo que lo cubría todo.

–Me pregunto si se suelen arreglar solos o si viene alguien a hacerles la limpieza –observó Martin pensativo pasando un dedo por la cómoda de uno de los tres dormitorios de la primera planta.

–A mí me cuesta imaginarme a los dos ancianos casi octogenarios limpiando todo esto –admitió Gösta abriendo el armario que había junto a la puerta–. ¿Tú qué crees? ¿Es la habitación de Erik o la de Axel? –Gösta observaba la hilera de chaquetas marrones y de camisas blancas que había colgadas allí dentro.

–La de Erik –declaró Martin. Había cogido el libro de la mesilla de noche, en cuya primera página se leía escrito a lápiz el nombre de Erik Frankel. Se trataba de una biografía sobre Albert Speer–. «El arquitecto de Hitler», leyó Martin en voz alta en la contracubierta, antes de restituir el libro a su lugar.

–Después de la guerra, pasó veinte años en la prisión de Spandau –murmuró Gösta. Martin lo miró asombrado.

–¿Y tú cómo lo sabes?

–A mí también me parece interesante la Segunda Guerra Mundial. He leído bastante. Y también he visto documentales en el Discovery y eso.

–Ajá –respondió Martin, aún con la perplejidad pintada en el semblante. Era la primera vez, en todos los años que llevaban trabajando juntos, que Gösta declaraba tener otra afición que el golf.

Dedicaron una hora más a la inspección de la casa, aunque no encontraron nada nuevo. Pese a todo, Martin se sentía satisfecho cuando volvían en el coche a la comisaría. El nombre de Frans Ringholm les proporcionaba una pista sobre la que trabajar.

En el supermercado Konsum reinaba la calma. Patrik se tomó su tiempo para vagar por los pasillos y entre los estantes. Resultaba liberador salir de casa un rato.

Resultaba liberador disponer de unos minutos en soledad. Aquél no era más que el tercer día de la baja paternal y una parte de él adoraba la posibilidad de estar con Maja. A la otra parte, en cambio, le costaba acostumbrarse a estar en casa. No porque no tuviese millones de cosas que hacer durante el día, de hecho, no tardó en notar que cuidar de un niño de un año daba muchísimo trabajo. El problema consistía en que no resultaba demasiado… estimulante, se decía presa de remordimientos. Y le parecía increíble lo atado que estaba uno: ni siquiera podía ir al baño tranquilamente, puesto que Maja había inaugurado la costumbre de plantarse delante de la puerta y aporrearla con sus puños diminutos al grito de «papá, papá, papá, papá, papá, papá, papá», hasta que él se daba por vencido y le abría. Luego se quedaba allí llena de curiosidad observándolo mientras él hacía aquello que, durante toda su vida anterior, había solventado en un contexto mucho más privado.

Se sentía un poco culpable por haberle pedido a Erica que se encargase de la pequeña mientras él salía. Pero Maja estaba dormida, así que Erica podría trabajar de todos modos. Aunque quizá debiera llamar un momento a casa y comprobarlo, por si acaso. Se metió la mano en el bolsillo para sacar el móvil, pero comprobó que debió de dejarlo olvidado en la mesa de la cocina. ¡Mierda! Bueno, en fin, seguro que no había pasado nada. Se dirigió al estante de los alimentos infantiles y empezó a escudriñar entre las distintas posibilidades. «Guiso de ternera con nata», «Pescado en salsa de eneldo», ummm… , «Espaguetis con carne picada», eso sonaba mucho más rico. Así que se llevó cinco tarros. ¿O quizá debiera empezar a cocinar en casa la comida de Maja? Sí, era una buena idea, se dijo devolviendo al estante tres de los tarros. Podía cocinar para varios días y sentar a Maja a su lado y…

–¡Deja que lo adivine…! Estás cometiendo el error típico del novato y planteándote servir comida casera, ¿verdad?

Aquella voz le sonó extrañamente familiar y, al mismo tiempo, fuera de lugar, en cierto modo. Patrik se dio la vuelta.

–¿Karin? ¡Hola! ¿Qué haces tú aquí? –Patrik no esperaba toparse con su ex mujer en el Konsum de Fjällbacka. La última vez que se vieron fue cuando ella se mudó de la casa adosada que compartían en Tanumshede para irse a vivir con el hombre con el que Patrik la había sorprendido en la cama de ambos. Una imagen le cruzó por la mente, pero se esfumó enseguida. Hacía ya tanto de eso… Era agua pasada.

–Leif y yo nos hemos comprado una casa en Fjällbacka. En Sumpan.

–Ah –acertó a decir Patrik esforzándose por eliminar de su expresión los indicios de perplejidad.

–Pues sí, queríamos mudarnos más cerca de los padres de Leif, ahora que tenemos a Ludde. –Acompañó sus palabras con un gesto hacia el carro de la compra en el que llevaba sentado a un chiquillo que sonreía de oreja a oreja, y que hasta entonces le había pasado inadvertido a Patrick.

–¡Vaya, vaya! –se sorprendió Patrik–. Parece que nos hayamos puesto de acuerdo. Yo también tengo una niña en casa, Maja, de la misma edad.

–Sí, ya me lo habían contado –rio Karin–. Estás casado con Erica Falck, ¿verdad? ¡Dile de mi parte que me encantan sus libros!

–Lo haré –respondió Patrik saludando con la mano a Ludde, que parecía programado para aplicar la dosis máxima de encanto.

–Pero dime, ¿a qué te dedicas ahora? –preguntó Patrik con curiosidad–. Lo último que oí fue que trabajabas en una asesoría contable.

–Sí, bueno, de eso hace ya algún tiempo. Lo dejé hace tres años. Ahora estoy de baja maternal en una asesoría financiera.

–Ajá, pues mira, yo estoy en mi tercer día de baja paternal –declaró Patrik no sin cierto orgullo.

–¡Qué bien! Pero… ¿dónde está…? –Karin buscaba a la pequeña mirando a su alrededor y Patrik le respondió con una sonrisa bobalicona.

–Erica se ha quedado con ella un rato, yo tenía que salir a hacer unos recados.

–Ya, ya, me lo sé de memoria –repuso Karin con un guiño–. La incapacidad de los hombres para hacer dos cosas al mismo tiempo parece un fenómeno universal.

–Sí, será eso –admitió Patrik un tanto avergonzado.

–¡Oye! ¿Por qué no nos vemos con los niños algún día? No es fácil tenerlos entretenidos, y así tú y yo tendremos ocasión de hablar con otro adulto. No me digas que no te parece un buen plan –dijo poniendo los ojos en blanco y mirando luego a Patrik con gesto inquisitivo.

–Pues sí, claro, ¿cuándo y dónde nos vemos?

–Yo suelo dar un paseo diario con Ludde sobre las diez. Si queréis, podéis sumaros. Podríamos vernos delante de la farmacia sobre las diez y cuarto.

–Me parece perfecto. Oye, por cierto, ¿qué hora es? Se me ha olvidado el móvil en casa y lo uso de reloj.

Karin miró la hora.

–Las dos y cuarto.

–¡Mierda! ¡Llevo dos horas fuera! –Patrik empujó el carrito y se encaminó a la caja corriendo–. Pero ¡nos vemos mañana!

–A las diez y cuarto. En la puerta de la farmacia. ¡Y no llegues un cuarto de hora tarde, como siempre! –le gritó Karin alejándose.

–No –gritó a su vez Patrik poniendo la compra en la cinta. Esperaba de todo corazón que Maja no se hubiese despertado.

La bruma matinal flotaba densa al otro lado de la ventanilla cuando iniciaron el descenso en Gotemburgo. El tren de aterrizaje empezó a zumbar. Axel apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Era un error. Las imágenes acudían a su retina,

como tantas otras veces a lo largo de los años. Cansado, abrió los ojos de nuevo. No había dormido gran cosa la noche anterior. De hecho, se la pasó dando vueltas en la cama de su apartamento de París.

La voz de la mujer sonaba fría al teléfono. Le transmitió la noticia de la muerte de Erik con un tono empático pero, al mismo tiempo, distante. No era la primera vez que daba la noticia de un fallecimiento, eso lo comprendió Axel enseguida por el modo en que se lo dijo.

Se le turbó la mente cuando intentó imaginarse todos los anuncios de muerte que debían de haberse comunicado a lo largo de la historia… Llamadas de la policía, un sacerdote ante la puerta, un sobre con el sello del ejército. Todos esos millones y más millones de personas que habían muerto. Alguien debió de comunicar su muerte. Siempre hay alguien que debe comunicar la muerte.

Axel se llevó la mano a la oreja. Con los años, se había convertido en un acto reflejo. Estaba completamente sordo del oído izquierdo y, sin saber por qué, el zumbido se calmaba cuando se cubría la oreja con la mano.

Giró la cabeza para mirar por la ventanilla, pero se encontró con su propia imagen reflejada en el cristal. Un hombre de ochenta años, gris, surcado de arrugas. Ojos tristes, hundidos. Pasó la mano por la cara del reflejo. Por un instante, le pareció estar viendo a Erik.

Las ruedas del avión tocaron tierra con un ruido sordo. Ya estaba allí.

Escarmentado por el pequeño incidente ocurrido en su despacho, Mellberg cogió la correa que había colgado de un clavo en la pared y la fijó al collar de *Ernst*.

–Vamos, a ver si terminamos cuanto antes –gruñó Mellberg, pero *Ernst* empezó a saltar feliz en dirección a la puerta a una velocidad que obligó a Bertil a correr detrás para seguirlo.

–Eres tú quien debe guiar al perro, no al contrario –observó Annika muerta de risa al verlos pasar.

–Si quieres puedes sacarlo tú –masculló Mellberg antes de continuar hacia la salida.

Maldito chucho. Le dolían los brazos del esfuerzo de sujetarlo. Pero después de pararse en seco, alzar una pata junto a un arbusto y aliviar la vejiga, *Ernst* pareció calmarse, así que pudieron continuar paseando a un ritmo más pausado. Mellberg se sorprendió silbando distraídamente una cancioncilla. La verdad, aquello no era tan mala idea. Un poco de aire fresco, un poco de ejercicio, tal vez le sentaran bien. Y *Ernst* iba tan dócil ya, olisqueando el sendero del bosque al que habían llegado. Tranquilísimo. Claro, exactamente igual que las personas, el animal era consciente de que lo guiaba una mano firme que era la que decidía. No supondría ningún problema meter en cintura a aquel chucho.

Justo en ese momento, *Ernst* se paró en seco. Con las orejas tiesas y tensos todos y cada uno de los músculos de su cuerpo nervudo. Luego, estalló en puro movimiento.

–*¡Ernst!* ¿Qué coño…? –Mellberg se vio arrastrado a tal velocidad que a punto estuvo de caerse. Sin embargo, consiguió recuperar el equilibrio en el último instante e intentó seguir al perro, que iba a galope tendido.

–*¡Ernst! ¡Ernst!* ¡Para ya! ¡Quieto! ¡Ven aquí! –Mellberg se asfixiaba debido a tan inusual esfuerzo físico, de modo que le costaba gritar. El perro ignoró sus órdenes. Cuando casi volando doblaron una esquina, a Mellberg se le hizo la luz y comprendió lo que había ocasionado tan súbita carrera. *Ernst* se lanzó sobre un enorme perro de color claro que parecía de la misma raza, y los dos canes empezaron a rodar fogosos por el suelo, mientras la dueña del perro tiraba de una correa y Bertil de la otra.

–*¡Señorita!* [*] ¡Quieta! ¡Eso no se hace! ¡Siéntate! –Una mujer menuda y de piel oscura le daba órdenes al perro con aspereza y, a diferencia de *Ernst*, el otro obedeció y retrocedió apartándose de su recién hallado compañero de juegos. El animal se sentó avergonzado mirando implorante a su dueña.

–¡Pero bueno, *Señorita*, eso no se hace! –La mujer obligó al perro a mirarla a los ojos sin dejar de reprenderlo y hasta Mellberg tuvo que contener el impulso de ponerse firme.

–Eh… yo… lo siento –balbució tirando de la correa en un intento de impedir que *Ernst* volviera a abalanzarse sobre el perro que, a juzgar por el nombre, era hembra.

–No tiene ningún control sobre su perro. –Le recriminó la mujer con dureza. La dueña de *Señorita* echaba chispas por aquellos ojos oscuros al mirarlo. Hablaba con cierto acento que encajaba con su aspecto sureño.

–Bueno, no es mi perro… Simplemente, lo estoy cuidando hasta que… –Mellberg se oía farfullar como un adolescente. Se aclaró la garganta e hizo un nuevo intento con algo más de autoridad en la voz–. No tengo experiencia con los perros. Y este no es mío.

–Pues él parece tener otra opinión –observó la mujer señalando a *Ernst*, que había retrocedido y se había sentado pegado a las piernas de Mellberg, al que miraba con adoración.

–Sí, bueno… –carraspeó Mellberg, un tanto azorado.

–Bueno, pero podemos pasearlos juntos, ¿no? Yo me llamo Rita –se presentó la mujer dándole la mano, que Mellberg le estrechó tras un segundo de vacilación–. Yo he tenido perro toda mi vida. Seguro que puedo darle algún que otro consejo. Y además, es más agradable pasear en compañía. –La mujer no aguardó la respuesta de Mellberg, sino que echó a andar por el sendero. Sin comprender exactamente cómo, Mellberg se vio siguiéndola. Era como si sus pies tuviesen voluntad propia. Y *Ernst*

no protestó. Se acomodó al ritmo de *Señorita* y ahora caminaba feliz a su lado, agitando el rabo con mucho ardor.

Fjällbacka, 1943

–¿Erik? ¿Hans? –Britta y Elsy cruzaron el umbral despacio. Habían llamado, pero nadie respondió. Miraron inquietas a su alrededor. Al doctor y a la señora doctora no les agradaría que dos muchachas fuesen a visitar a su hijo cuando ellos no estaban en casa. Por ese motivo solían verse siempre en Fjällbacka, pero en un arrebato de osadía, Erik les propuso que fuesen a su casa, puesto que sus padres pasarían el día fuera.

–¿Erik? –Elsy gritó un poco más alto y se sobresaltó al oír un «chisssst» procedente de la habitación que había justo enfrente del vestíbulo. Erik asomó la cabeza por la rendija de la puerta y les indicó que entrasen.

–Axel está arriba durmiendo. Volvió esta mañana.

–¡Oh! Qué valiente es… –dijo Britta con un suspiro, pero se le iluminó la cara al ver a Frans.

–¡Hola!

–Hola –saludó Frans, aunque mirando a Elsy–. Hola, Elsy.

–Hola, Frans –respondió Elsy, que se dirigió enseguida a la librería.

–¡Anda, cuántos libros tenéis en casa! –exclamó pasando los dedos por los lomos de los volúmenes.

–Puedes llevarte alguno prestado si quieres –ofreció Erik generoso, pero añadió–: Pero sólo si lo cuidas bien. Mi padre es muy cuidadoso con los libros.

–Pues claro que sí –respondió Elsy encantada, devorando con los ojos las hileras de libros. Le encantaba leer. Frans la seguía con la mirada.

–Pues para mí los libros son una pérdida de tiempo –intervino Britta–. Es mucho mejor vivir experiencias uno mismo que leer las ajenas. ¿No estás de acuerdo, Frans? –Britta se sentó en el sillón, al lado de Frans, y ladeó la cabeza.

–Lo uno no excluye lo otro –respondió Frans con severidad, pero sin mirarla, aún con la vista clavada en Elsy. Unos frunces de extrañeza cobraron forma entre las cejas de Britta, que se levantó de un salto.

–¿Pensáis ir al baile el sábado? –preguntó dando unos pasos de baile por la habitación.

–Yo no creo que mis padres me dejen –contestó Elsy en voz baja, sin apartar la vista de los libros.

–No, claro, pero ¿tú crees que a mí sí? –repuso Britta dando otro par de vueltas e intentando sacar a bailar a Frans, que se resistió y logró quedarse en el sillón.

–Deja de hacer el tonto. –Se lo dijo en tono cortante, pero no pudo evitar soltar una carcajada–. Britta, estás loca, ¿lo sabías?

–¿Y no te gustan las jóvenes alocadas? En ese caso, también puedo ponerme seria –declaró adoptando una expresión grave–. O alegre… –Britta rompió a reír tan alto

que su carcajada retumbó entre las paredes de la habitación.

–¡Calla! –la conminó Erik mirando al techo.

–O también puedo ser muy silenciosa… –aseguró Britta en un histriónico susurro. Frans rio de nuevo y se la sentó en las rodillas.

–Loca me basta.

Una voz los interrumpió desde la puerta.

–¡Cuánto jaleo armáis! –Axel estaba apoyado en el quicio de la puerta y les sonreía cansado.

–Perdón, no queríamos despertarte. –La voz de Erik destilaba la adoración que sentía por su hermano, aunque la acompañó de una expresión de preocupación.

–Bah, no pasa nada, Erik. Puedo dormir un rato más luego. –Se cruzó de brazos–. Ajá, de modo que aprovechas que papá y mamá están en casa de los Axelsson para traer aquí a estas damas.

–Bueeeno, damas… no sé yo –murmuró Erik desconcertado.

Frans rompió a reír, aún con Britta en las rodillas.

–¿Dónde ves tú a las damas? Aquí no veo yo damas en todo lo que alcanza la vista. Dos mocosas, eso es todo.

–¡Eh, cállate la boca! –protestó Britta dándole a Frans una palmada en el pecho. No parecía haberle gustado la broma.

–Y Elsy está tan absorta en los libros que ni siquiera saluda.

Elsy se volvió avergonzada.

–Perdón, es que… Buenos días, Axel.

–Anda, estaba bromeando, mujer. Tú sigue con los libros. Erik ya te habrá dicho que puedes llevarte alguno prestado si quieres, ¿no?

–Sí, sí, eso me ha dicho.

Elsy se sonrojó más aún y se apresuró a centrar de nuevo su atención en los libros.

–¿Qué tal fue la cosa ayer? –Erik miraba a su hermano como hambriento de sus palabras.

El rostro alegre y franco de Axel se tornó grave.

–Bien –dijo con parquedad–. Fue bien. –Luego se volvió bruscamente–. Voy a echarme un rato. Intentad mantener el volumen a un nivel aceptable, por favor.

Erik siguió a su hermano con la mirada. Además de adoración y orgullo, irradiaba cierto sentimiento de envidia.

La mirada de Frans revelaba admiración.

–¡Qué valiente es tu hermano! A mí también me gustaría ayudar. Si fuera unos años mayor…

–Ya, ¿qué harías tú? –intervino Britta, aún enfadada porque Frans se hubiese burlado de ella delante de Axel–. Jamás te atreverías. ¿Y qué iba a decir tu padre? Por

lo que he oído, él preferiría más bien echarle una mano a los alemanes.

–Bah, anda ya –repuso Frans irritado, apartando a Britta de sus rodillas–. La gente habla sin ton ni son. Yo creía que tú hacías oídos sordos a las habladurías.

Como de costumbre, fue Erik quien medió para restablecer la paz. Se levantó de pronto y propuso:

–Si queréis podemos escuchar un rato el gramófono de mi padre. Tiene a Count Basie.

El muchacho se dirigió raudo al aparato dispuesto a poner música. Le disgustaba que la gente se enfadase. En verdad que le disgustaba muchísimo.

A ella siempre le habían gustado los aeropuertos. Experimentaba una sensación tan distinta al estar allí, entre tantos aviones que aterrizaban y despegaban. Gente con maletas y las miradas llenas de expectativas, camino de sus vacaciones o de un viaje de negocios. Y todos esos encuentros. Gente que se reunía o que se separaba. Recordaba un aeropuerto en concreto, hacía muchos, muchos años. El barullo de gente, los olores, los colores, el murmullo. Y la tensión que, más que sentir, veía reflejada en su madre. La forma convulsa y nerviosa de cogerle la mano. La maleta que había hecho y vuelto a hacer una y otra vez. Todo tenía que estar perfecto. Porque era un viaje sin vuelta atrás. También recordaba el calor, y el frío al que llegaron. Jamás en la vida pensó que podría uno sentir tanto frío. Y el aeropuerto en el que aterrizaron era muy diferente. Más silencioso, de colores grises y fríos. Y nadie hablaba en voz alta, nadie gesticulaba. Todos parecían encerrados en su pequeña burbuja particular. Nadie las miraba a los ojos. Simplemente, sellaron sus documentos y, con una voz extraña en una lengua extraña, les indicaron por dónde continuar. Y su madre seguía agarrándola espasmódicamente.

–¿Será él? –preguntó Martin señalando a un hombre de unos ochenta años que salía en ese momento del control de pasaportes. Era alto, tenía el cabello gris y una trenca de color beis. Elegante, según la primera impresión de Paula.

–Tendremos que preguntar –dijo adelantándose–. ¿Axel Frankel?

El hombre asintió.

–Creía que debía acudir a la comisaría –repuso con aspecto cansado.

–Pensamos que podíamos venir a buscarlo, en lugar de esperarlo allí –explicó Martin con expresión amable.

–Ah, bueno, en ese caso, gracias por llevarme. Por lo general, suelo moverme con el transporte público, así que excelente.

–¿Tiene que recoger alguna maleta? –preguntó Paula buscando la cinta.

–No, no, sólo traigo esto –respondió señalando el equipaje de mano que llevaba sobre ruedas–. Viajo ligero de equipaje.

–Un arte que nunca se me ha dado bien –rio Paula. El cansancio desapareció por un instante del rostro del anciano, que le correspondió con una sonrisa.

Hablaron de todo lo habido y por haber hasta que se instalaron en el coche y Martin empezó a conducir en dirección a Fjällbacka.

–¿Han… han sabido algo más? –se oyó trémula la voz de Axel, que guardó silencio enseguida, como para serenarse.

Paula, que iba sentada detrás, a su lado, negó con la cabeza.

–No, por desgracia. Confiábamos en que usted nos ayudaría a avanzar. Por ejemplo, necesitaríamos saber si su hermano tenía enemigos declarados. Alguien de quien pudiera pensarse que deseara hacerle daño.

Axel meneó despacio la cabeza.

–No, no, desde luego que no. Mi hermano era un hombre pacífico y tranquilo y… no, es absurdo pensar que nadie quisiera causar ningún daño a Erik.

–¿Qué sabe de su relación con un grupo llamado Amigos de Suecia? –Martin dejó caer la pregunta desde su asiento y su mirada se cruzó con la de Axel en el retrovisor.

–Han examinado la correspondencia de Erik con Frans Ringholm. –Axel empezó a frotarse la base de la nariz y demoró la respuesta. Paula y Martin aguardaban pacientes.

–Es una historia complicada que viene de muy antiguo.

–Tenemos tiempo –repuso Paula dando a entender que esperaba que continuase.

–Frans es un amigo de la infancia, tanto mío como de Erik. Nos conocemos de toda la vida. Pero… ¿cómo decirlo…? Nosotros elegimos un camino y Frans, otro muy distinto.

–¿Frans Ringholm es de la extrema derecha? –preguntó Martin mirando a Axel por el retrovisor.

El anciano asintió.

–Sí, no estoy muy al tanto de cómo y cuándo y en qué medida, pero sé que, durante toda su vida adulta, se ha estado moviendo en esos círculos, y que es uno de los fundadores de esos… Amigos de Suecia. La verdad es que tuvo de dónde aprender ya en casa, pero mientras nos tratamos, jamás mostró tales inclinaciones. Claro que la gente cambia –concluyó Axel meneando la cabeza.

–¿Y por qué había de sentirse esa organización amenazada por la actividad de Erik? Si no me equivoco, él no era políticamente activo, sino simplemente un historiador especializado en la Segunda Guerra Mundial.

Axel dejó escapar un suspiro.

–Bueno, no es tan sencilla esa distinción… No es posible investigar el nazismo y, al mismo tiempo, considerarse o ser considerado como apolítico. Muchas organizaciones neonazis, por ejemplo, estiman que los campos de concentración no existieron jamás, de modo que cualquier intento de escribir sobre ellos se considera un ataque directo. En fin, ya digo que es complicado.

–¿Y qué nos dice de su implicación en esas cuestiones? ¿Usted también ha recibido amenazas? –Paula lo escrutaba con suma atención.

–Por supuesto que sí. En mucho mayor grado que Erik. Toda mi vida me he dedicado a trabajar con el Centro Simon Wiesenthal.

–¿Es decir…? –intervino Martin.

–Buscan a los nazis que huyeron y desaparecieron del mapa y procuran que se sienten ante un tribunal –explicó Paula.

Axel asintió.

–Sí, entre otros cometidos. Así que claro, yo también he recibido mi parte de

amenazas.

–¿Nada que haya conservado? –Se oyó la voz de Martin desde el asiento delantero.

–El centro lo tiene todo. Los que trabajamos allí les hacemos llegar todas las cartas, y ellos las archivan. Pueden hablar con ellos, les facilitarán acceso a todo. –Le entregó a Paula una tarjeta de visita, que la agente se guardó en el bolsillo de la cazadora.

–¿Y los Amigos de Suecia? ¿Le han enviado algo?

–No… no lo sé exactamente… No, que yo recuerde. Pero ya les digo, compruébenlo con el centro, lo tienen todo.

–Frans Ringholm. ¿Cómo encaja él en el rompecabezas? ¿Ha dicho que eran amigos de la infancia? –preguntó Martin.

–Bueno, para ser exactos, era amigo de Erik. Yo era cuatro años mayor, así que no teníamos los mismos amigos.

–Pero Erik conocía bien a Frans, ¿no? –Los ojos castaños de Paula lo escrutaban con la misma intensidad que al principio.

–Sí, pero hace una cantidad increíble de años que dejaron de tener relación.

Axel no parecía muy cómodo con el tema de conversación. Se retorcía en el asiento.

–Estamos hablando de algo que ocurrió hace sesenta años. No sufro demencia senil, pero empieza a enturbiárseme un poco la memoria. –Sonrió vagamente y se dio unos golpecitos en la cabeza con el índice.

–Ya, bueno, a juzgar por las cartas, no hace tanto tiempo. Por lo que a Frans se refiere, se ha puesto en contacto con su hermano por carta en repetidas ocasiones.

–Pues no lo sé. –Axel se pasó la mano por el pelo varias veces con gesto de frustración–. Yo vivía mi vida y mi hermano, la suya. Siempre teníamos una vaga idea de a qué se dedicaba el otro. Y sólo hace tres años que nos instalamos permanentemente en Fjällbacka, o, bueno, en mi caso, sólo en parte. Erik tenía un apartamento en Gotemburgo, que conservó mientras estuvo trabajando allí, y yo me he pasado la vida viajando por todo el mundo. Pero siempre hemos tenido esta casa como lugar de referencia, y si me preguntan dónde vivo, digo que en Fjällbacka. Pero en verano me voy al piso de París. No soporto el bullicio y tanto comercio como trae consigo el turismo. Por lo demás, mi hermano y yo llevamos una vida bastante apacible y aislada. La única persona que viene a casa regularmente es la asistenta. Preferimos… preferíamos que fuera así… –a Axel se le quebró la voz.

Paula buscó la mirada de Martin, que meneó levemente la cabeza antes de volver a centrarse en la autopista. A ninguno se le ocurrían más preguntas, por el momento. El resto del viaje hasta Fjällbacka mantuvieron una conversación más o menos forzada e insustancial. Axel parecía a punto de venirse abajo en cualquier momento y

todo su ser reflejó un gran alivio cuando por fin entraron en la explanada de la casa.

–¿Tendrá inconveniente… en vivir aquí ahora? –No pudo por menos de preguntar Paula.

Axel se quedó en silencio un momento, con la mirada fija en la gran casa blanca y con la maleta en la mano. Al cabo de unos segundos, dijo:

–No. Es nuestro hogar, el mío y el de Erik. Aquí es donde debemos estar. Los dos. –Con una sonrisa triste en los labios, le dio la mano a los dos policías y se encaminó a la puerta. Paula se quedó mirándolo. Su espalda reflejaba soledad.

–Entonces, ¿te leyeron bien la cartilla ayer, cuando llegaste a casa? –Karin reía sin dejar de empujar el carrito de Ludde. Llevaba un ritmo bastante acelerado y Patrik notó que jadeaba al intentar seguirla.

–Pues podría decirse que sí. –Patrik hizo una mueca ante el solo recuerdo de la acogida que le dispensó Erica cuando llegó a casa el día anterior. Desde luego, no estaba de muy buen humor. Y, en cierta medida, la comprendía. La idea era que él se hiciera responsable de Maja durante el día, para que ella pudiera trabajar. Al mismo tiempo no podía por menos de pensar que su reacción había sido un tanto desmedida. No estuvo de juerga, sino haciendo recados necesarios para la familia y la casa. Y, ¿cómo iba él a saber que, justo ayer, Maja no se dormiría como de costumbre? Pues sí, un poco injusto sí le pareció que Erica le hiciese el vacío el resto del día. Lo bueno de Erica era que no era rencorosa, de modo que aquella mañana le había dado su beso, como de costumbre, y el día anterior parecía relegado al olvido. Aunque Patrik no se había atrevido a contarle que daría el paseo acompañado. Claro que pensaba contárselo, pero lo dejó para más adelante. Por mucho que Erica no fuera celosa, quizá un paseo con su ex mujer no fuera un asunto para sacar a colación cuando ya tenía el marcador en negativo. Y, en ese instante y como si le hubiera leído el pensamiento, le preguntó Karin:

–¿No le importará a Erica que nos veamos? Claro que hace muchos años que tú y yo nos separamos, pero algunas personas son… más sensibles…

–Sí, por supuesto –aseguró Patrik, reacio a admitir su cobardía–. No hay problema. A Erica no le importa lo más mínimo.

–Estupendo. Porque, claro, está muy bien no salir a pasear sola, pero no si el precio es que vosotros tengáis problemas en casa.

–¿Y Leif? –preguntó Patrik, ansioso por cambiar de tema. Se inclinó para colocarle a Maja el gorrito, que llevaba ladeado. La pequeña no le hizo el menor caso, entregada por completo como estaba a la tarea de comunicarse con Ludde, en el carrito de al lado.

–Leif… –resopló Karin–. Podría decirse que es un milagro que Ludde lo reconozca. Se pasa la vida en la carretera, cantando de ciudad en ciudad.

Patrik asintió. El nuevo marido de Karin era el vocalista de la orquesta Leffes, y a Patrik no le costaba imaginar lo agotador que debía ser vivir como una viuda.

–Ningún problema serio entre vosotros, espero.

–No, qué va, nos vemos demasiado poco para que puedan surgir problemas –rio Karin, con una risa amarga y hueca. Patrik presintió que aquella no era toda la verdad y no supo qué decir. Le resultaba un tanto extraño verse comentando problemas de convivencia con su ex mujer. Por suerte, el móvil vino a rescatarlo.

–Aquí Patrik Hedström.

–Hola, soy Pedersen. Llamo por los resultados de la autopsia de Erik Frankel. Lo he enviado por fax, como de costumbre, pero pensé que querrías una visión a grandes rasgos por teléfono.

–Sí, por supuesto… –Patrik dejó la frase en el aire después de dedicarle una mirada elocuente a Karin, que ya había aminorado la marcha para esperarlo–. Pero es que resulta que en estos momentos estoy de baja paternal…

–¡Vaya! ¡Enhorabuena! Te aseguro que tienes por delante una etapa maravillosa. Yo estuve en casa seis meses con cada uno de mis dos hijos y creo que fueron los mejores de mi vida.

Patrik se quedó boquiabierto. Jamás habría sospechado nada igual de aquel forense eficaz, reservado y algo frío. Enseguida recreó mentalmente la imagen de Pedersen con la bata blanca, sentado ante un cajón de arena donde, con tanta calma como método y precisión, hacía tartas de tierra perfectas. Se echó a reír sin poder contenerse y enseguida oyó en el auricular la voz cortante de Pedersen:

–¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

–Nada –mintió Patrik, respondiendo a la mirada inquisitiva de Karin con un gesto que indicaba que ya se lo explicaría más tarde.

–Pero bueno –continuó, ya en tono más serio–, ¿no podrías sintetizarme un poco el tema? Estuve en el lugar del crimen anteayer y, pese a todo, intento mantenerme al corriente.

–Claro que sí –asintió Pedersen, todavía algo distante–. En realidad, es muy sencillo. Erik Frankel murió del golpe que le asestaron en la cabeza con un objeto pesado y contundente. Lo más probable, una piedra, ya que hemos encontrado pequeños fragmentos de piedra en la herida, lo que indica que debe de tratarse de una piedra muy porosa. Murió en el acto, al recibir el golpe en la sien izquierda, lo que le provocó una hemorragia cerebral masiva.

–¿Tienes idea del ángulo desde el que recibió el golpe? ¿Fue por detrás o de frente?

–A mi juicio, el agresor se hallaba delante de él. Y con toda probabilidad, es una persona diestra, porque es más natural para un diestro golpear en el lado izquierdo. En un zurdo sería muy extraño.

–¿Y el objeto? ¿Qué puede ser? –Patrik oía el ansia que resonaba en su propia voz. Estaba en un ambiente conocido al que le resultaba natural pertenecer.

–Determinar eso es trabajo vuestro. Un objeto pesado de piedra. Sin embargo, el cráneo no presenta indicios de que se haya utilizado ningún borde afilado, la herida tiene más bien el aspecto de las provocadas por aplastamiento.

–Vale, con eso ya tenemos algo sobre lo que trabajar.

–¿Tenemos? –preguntó Pedersen, no sin cierto eco sarcástico en la voz–. ¿No decías que estabas de baja paternal?

–Sí, bueno, claro –respondió Patrik, tomando aliento antes de proseguir–. En fin, supongo que llamarás a la comisaría para transmitirles esta información, ¿no?

–Dadas las circunstancias, tendré que hacerlo, claro –convino Pedersen en tono jocoso–. ¿Debo coger el toro por los cuernos y hablar con Mellberg directamente, o tienes otra sugerencia?

–Con Martin –dijo Patrik de forma instintiva. La carcajada de Pedersen resonó en el auricular.

–Sí, ya lo había pensado yo solito, pero gracias por el consejo. Y oye, ¿no vas a preguntarme cuándo murió?

–Sí, claro, exacto, ¿cuándo murió? –resonó de nuevo ansiosa la voz de Patrik. Karin volvía a mirarlo con curiosidad.

–Es imposible establecer la hora exacta. Lleva demasiado tiempo en un medio cálido. Pero mi estimación aproximada sitúa la muerte hace entre dos y tres meses, lo que nos da que murió en junio, más o menos.

–¿No podrías ser más preciso? –Patrik sabía cuál sería la respuesta antes de formular la pregunta.

–Nosotros no somos magos. No tenemos ninguna bola de cristal. Junio. Esa es la mejor respuesta que puedo darte a día de hoy. Me baso parcialmente en la clase de moscas y en cuántas generaciones de moscas y de larvas hemos observado. Teniendo en cuenta estos datos y el estado de descomposición, he llegado a la conclusión de que murió en junio. Y a vosotros os toca aproximaros a la fecha exacta de la muerte. O, mejor dicho, les tocará a tus colegas –puntualizó Pedersen con una risotada.

Patrik no recordaba haberlo oído reír nunca con anterioridad. Y ahora, de repente, lo oía varias veces durante la misma conversación telefónica. Y se reía a su costa. Aunque quizá fuese eso lo que hacía falta para arrancarle unas risas a Pedersen. Intercambiaron las consabidas frases de despedida y colgaron.

–¿Trabajo? –preguntó Karin curiosa.

–Sí, es la investigación que tenemos entre manos ahora mismo.

–¿El abuelo al que encontraron muerto el lunes pasado?

–Vaya, veo que la máquina de las habladurías sigue tan eficaz como de costumbre –bromeó. Karin había vuelto a aumentar la velocidad y Patrik tuvo que acelerar para

alcanzarla.

Un coche rojo pasó de largo. Cien metros más allá, el vehículo empezó a frenar y les pareció que el conductor miraba por el retrovisor. Luego, de repente, el coche dio marcha atrás y Patrik lanzó para sus adentros una maldición. Acababa de darse cuenta de que era el coche de su madre.

–¡Pero bueno! ¡Hola, veo que habéis salido a pasear juntos! –Kristina había bajado la ventanilla y miraba atónita a Patrik y a Karin.

–¡Hola, Kristina! ¡Qué alegría verte! –Karin se agachó hacia la ventanilla abierta–. Sí, es que me he mudado a Fjällbacka y me encontré a Patrik en el supermercado. Como los dos estamos de baja y necesitábamos compañía con los niños… Este es mi hijo, Ludvig –dijo Karin señalando el cochecito. Kristina asomó la cabeza y emitió los esperados sonidos de arrullo al ver al pequeño.

–¡Qué bien! –exclamó Kristina con un tono tal que a Patrik se le hizo un nudo en el estómago. Una idea cruzó su mente, y el nudo creció más aún. Pese a que, en realidad, no deseaba conocer la respuesta, preguntó:

–Y tú, ¿adónde vas?

–Pues pensaba ir a vuestra casa. Hace mucho que no me paso por allí. Y había horneado unos bollos –declaró señalando entusiasmada una bolsa de bollos y un bizcocho que llevaba en el asiento del acompañante.

–Erica está trabajando… –adujo Patrik intentando disuadirla, pero claro, no sirvió de nada.

Kristina metió primera.

–Estupendo, seguro que se pone la mar de contenta ante la idea de poder tomarse un respiro. Y vosotros no tardaréis en volver, ¿no? –dijo despidiéndose con un gesto de Maja, que le respondió sonriente.

–Sí, sí, claro –asintió Patrik buscando febrilmente un buen modo de decirle a su madre que no le mencionase a Erica que iba paseando en compañía. Pero la mente se le había quedado en blanco y, resignado, se despidió con la mano. Con un nudo en el estómago, vio que arrancaba a toda velocidad y partía en dirección a Sälvik. Cuando llegase a casa, tendría que dar más de una explicación.

El trabajo con el libro había ido bien. Llevaba escritas cuatro páginas desde por la mañana y se estiró satisfecha en la silla. La ira del día anterior ya se había apaciguado y ahora pensaba que tal vez hubiese reaccionado de forma un tanto exagerada. Compensaría a Patrik por la noche. Cocinaría algún plato festivo. Antes de la boda, los dos se privaron un poco y perdieron un par de kilos, pero a aquellas alturas habían vuelto a la normalidad de la vida cotidiana. Y, claro, uno tiene que poder permitirse algún exceso de vez en cuando. Solomillo de cerdo con salsa de gorgonzola, quizá. A Patrik le gustaba mucho.

Erica abandonó la reflexión sobre la cena de aquella noche y alargó el brazo en busca de los diarios de su madre. En realidad, debería sentarse a leerlos de un tirón, pero no terminaba de animarse. Así que lo hacía a trozos. Pequeños avistamientos del mundo de su madre. Puso las piernas en la mesa y abordó el esforzado trabajo de descifrar su letra arcaica y estilizada. Hasta aquel momento, había leído más que nada sobre asuntos cotidianos del hogar, en qué tareas ayudaba, sus reflexiones sobre el futuro, la preocupación por el abuelo de Erica que pasaba en alta mar laborables y festivos. Las ideas sobre la vida estaban expuestas con la ingenuidad y la inocencia de una adolescente, y a Erica le costaba asimilar la voz juvenil que resonaba por entre aquellas líneas a la voz implacable de su madre, que no se prodigaba en expresiones dulces ni cariñosas con ella ni con Anna. Sólo a distancia y con una educación estricta.

Cuando hubo llegado hacia la mitad de la segunda página, Erica se irguió de un salto en la silla. Un nombre que le resultaba familiar había aparecido de pronto. O más bien, dos nombres. Elsy contaba que había estado en casa de Erik y Axel mientras sus padres estaban fuera. La mayor parte del texto era una exaltación lírica sobre la biblioteca del padre, al parecer, imponente, pero Erica sólo veía aquellos dos nombres. Erik y Axel. Debía tratarse de Erik y Axel Frankel, no cabía duda. Leyó ansiosa cuanto su madre refería allí sobre la visita y comprendió, por el tono, que se veían a menudo. Elsy y Erik y otros dos amigos llamados Britta y Frans. Erica rebuscó en su memoria. No, jamás había oído a su madre hablar de ninguno de ellos. Estaba completamente segura. Y Axel aparecía en el diario de Elsy prácticamente como un héroe. Elsy lo describía como «de un valor increíble y casi tan guapo como Errol Flynn». ¿Habría estado su madre enamorada de Axel Frankel? No, no era esa la impresión que daba su semblanza, sino más bien que sentía una profunda admiración por él.

Erica cavilaba con el diario en el regazo. ¿Por qué no mencionó Erik Frankel que había conocido a su madre de joven? Ella le había contado dónde encontró la medalla y a quién había pertenecido. Aun así él no le hizo ningún comentario. Una vez más, rememoró su extraño silencio cuando fue a visitarlo. No, no se había equivocado. Erik Frankel le había ocultado algo.

El ruido estridente del timbre de la planta baja vino a interrumpir su razonamiento. Bajó las piernas del escritorio y, con un suspiro, empujó la silla. ¿Quién sería a aquellas horas? El «¿Hola?» que resonó en el vestíbulo despejó enseguida aquella incógnita, y Erica volvió a suspirar, aunque ahora con más convicción. Era Kristina. Su suegra. Respiró hondo, abrió la puerta y se dirigió a la escalera. «¿Hola?», se oyó una vez más, ahora en un tono más insistente, y Erica notó que apretaba las mandíbulas de irritación.

–Hola –dijo con tanto entusiasmo como pudo, aunque ella misma se dio cuenta de

lo artificial que sonaba. Por fortuna, Kristina no era una mujer particularmente sensible para los matices.

–¡Hola! ¡Soy yo! –declaró feliz su suegra mientras se quitaba el chaquetón–. He traído unos bollos. Caseros. He pensado que te alegraría, las mujeres trabajadoras de hoy no tenéis tiempo que dedicar a esos menesteres.

Más que sentirlos, Erica oía ya los dientes rechinando de la tensión. Kristina tenía un talento extraordinario para filtrar críticas ocultas en sus comentarios. Erica se había preguntado a menudo si se trataba de una habilidad congénita o si la había perfeccionado practicando a lo largo de los años. Seguramente, solía concluir, era fruto de una combinación de lo uno y lo otro.

–Sí, gracias, muy rico –respondió cortés mientras se dirigía a la cocina, donde Kristina ya se afanaba preparando café, exactamente igual que si fuese ella, y no Erica, la que viviera allí.

–Tú siéntate, ya lo preparo yo –ordenó expeditiva–. Sé muy bien dónde está todo en esta cocina.

–Sí, no hace falta que lo jures –convino Erica con la esperanza de no haber dejado traslucir el sarcasmo–. Patrik y Maja están dando un paseo. No creo que vuelvan hasta dentro de un buen rato –comentó pensando que aquella información reduciría la longitud de la visita de su suegra.

–Qué va –repuso Kristina sin dejar de contar los cacitos de café–. Dos, tres, cuatro… –Dejó el cacito en el tarro y dirigió su atención a Erica–. No, yo creo que pronto estarán aquí. Me los he encontrado cuando venía. Estupendo que Karin se haya mudado a Fjällbacka y que le haga compañía a Patrik por las mañanas. Es tan aburrido salir a pasear solo, sobre todo cuando, como Patrik, uno está acostumbrado a trabajar y a hacer cosas útiles. Parecían estar muy a gusto juntos.

Erica miraba a Kristina boquiabierta al tiempo que intentaba procesar la información que, obviamente, le entraba por los oídos, pero que se mostraba reacia a permanecer en su cerebro. ¿Karin? ¿Compañía? ¿Qué Karin?

Y en el preciso momento en que Patrik entró por la puerta, a Erica se le hizo la luz. Ajá, esa Karin…

Patrik sonrió con expresión bobalicona y, tras unos instantes de incómodo silencio, dijo:

–Qué bien me va a sentar un café.

Se habían reunido en la cocina para una revisión general. Empezaba a acercarse la hora del almuerzo y el estómago de Mellberg rugía sonoramente.

–Veamos, ¿qué tenemos por el momento? –preguntó alargando el brazo en busca de uno de los bollos que Annika había colocado en una bandeja. Se lo tomaría como un aperitivo antes de comer–. Paula y Martin, vosotros dos habéis hablado esta

mañana con el hermano de la víctima. ¿Reveló la conversación algo interesante? –Mellberg masticaba el trozo de bollo mientras hablaba y roció de migas la mesa.

–Sí, fuimos a buscarlo esta mañana al aeropuerto de Landvetter –dijo Paula–. Pero no parece que sepa mucho. Le preguntamos por las cartas que encontramos de los Amigos de Suecia y lo único que supo decirnos fue que el tal Frans Ringholm era al parecer un amigo de la infancia de Erik. Pero Axel no tenía conocimiento de ninguna amenaza concreta de la organización, aunque señaló que no era nada raro, teniendo en cuenta a qué se dedicaban tanto Erik como él.

–Y Axel, ¿ha recibido amenazas? –continuó Mellberg cubriéndolo todo de migas.

–Por lo que dijo, bastantes –intervino Martin–. Pero están archivadas en la organización para la que trabaja.

–Es decir, que no sabe si ha recibido alguna carta de los Amigos de Suecia.

Paula meneó la cabeza.

–No, no parece muy al corriente de nada de eso. Y lo comprendo. Tiene que recibir montones de basura de este tipo y, ¿para qué empaparse de ello?

–¿Qué impresión os causó? He oído que fue algo así como un héroe en su juventud. –Annika miró llena de curiosidad a Martin y a Paula.

–Pues un señor mayor, muy elegante y distinguido –aseguró Paula–. Aunque, claro está, bastante apagado, debido a las circunstancias. A mí me pareció que estaba muy afectado por la muerte de su hermano, no sé si tú compartirás esa impresión –añadió volviéndose hacia Martin, que la corroboró enseguida.

–Sí, a mí me pareció lo mismo.

–Doy por hecho que volveréis a interrogarlo –dijo Mellberg antes de mirar a Martin–. Si no estoy mal informado, has hablado con Pedersen, ¿no? –prosiguió aclarándose la garganta–. Curioso que no haya querido hablar conmigo, más bien.

Martin sufrió un ataque de tos.

–Creo que estabas fuera paseando al perro. Estoy convencido de que su prioridad era informarte a ti.

–Ummm… Sí, bueno, puede que tengas razón. En fin, continúa, ¿qué te dijo?

Martin les ofreció una síntesis de lo que Pedersen le había referido sobre las heridas de la víctima y no pudo por menos de reír cuando explicó:

–Al parecer, Pedersen llamó primero a Patrik y dice que no le sonó como si estuviera totalmente conforme con la vida doméstica. Pedersen le dio el informe completo y, teniendo en cuenta que no costó nada hacer que se pasara por el lugar del crimen, me figuro que no tardaremos en tenerlos aquí a los dos, a él y a Maja.

Annika se rio de la observación.

–Sí, yo hablé con él ayer y, con cierta discreción, me dijo que le llevaría tiempo acostumbrarse.

–Por descontado –resopló Mellberg–. Es una invención absurda. Un hombre

hecho y derecho cambiando pañales y preparando papillas. No, debo decir que esa es un área en la que antes estábamos mejor. Los hombres de nuestra generación no teníamos por qué pensar en esas tonterías y podíamos hacer aquello para lo que estábamos hechos, y los niños eran cosa de las mujeres.

–Pues a mí me habría gustado cambiar pañales –intervino Gösta con voz apacible y la vista clavada en la mesa. Martin y Annika lo miraron sorprendidos, pero enseguida recordaron algo que habían sabido recientemente, que él y su difunta esposa habían tenido un hijo que murió inmediatamente después de nacer. Y que, después, no volvieron a tener más hijos. Guardaron silencio y, turbados, evitaron mirar a Gösta. Al cabo de un instante, Annika comentó:

–Pues yo creo que es muy instructivo, vamos. Eso de que los hombres os deis cuenta de cuánto trabajo supone. Yo no tengo hijos –ahora le tocó a ella apenarse–, pero todas mis amigas los tienen y no puede decirse que se hayan pasado la vida tumbadas comiendo bombones mientras han estado criándolos. Así que yo creo que a Patrik le sentará muy bien.

–En fin, a mí no vas a convencerme –porfió Mellberg. Luego frunció el ceño con gesto impaciente y miró los documentos que tenía delante de la mesa. Sacudió el montón de migas y leyó unas líneas, antes de tomar la palabra.

–Bueno, aquí tenemos el informe de Torbjörn y los chicos…

–Y las chicas –se apresuró a añadir Annika. Mellberg dejó escapar un suspiro alto y elocuente.

–Y las chicas… ¡Pues sí que estáis hoy en pie de guerra feminista! ¿A qué hemos venido aquí? ¿Vamos a dedicarnos a la investigación policial, o cantamos *Cumbayá* y discutimos sobre Gudrun Schyman[*]? –Mellberg meneó la cabeza contrariado y retomó el hilo.

–Como decía, aquí tenemos el informe de Torbjörn y sus *colaboradores*. Y yo creo que podemos resumirlo con las palabras «ninguna sorpresa». Hay algunas pisadas y huellas dactilares que debemos comprobar, naturalmente. Gösta, tú te encargarás de recoger las huellas de los dos muchachos para poder descartarlas, y también sería conveniente obtener las del hermano. Por lo demás… –volvió a leer para sí moviendo apenas los labios– …por lo demás, parece incuestionable que recibió en la cabeza un fuerte golpe que le asestaron con un objeto pesado.

–¿Un solo golpe, nada más? –quiso saber Paula.

–Ummm, exacto. Un golpe, a juzgar por las huellas de sangre de la pared. Estuve comentando el informe con Torbjörn por teléfono y le hice justo esa pregunta. Al parecer, pueden responderla analizando la forma en que aterrizaron en la pared las salpicaduras de sangre. En fin, ellos saben cómo han de proceder, pero la conclusión es clara: un fuerte golpe en la cabeza.

–Sí, y coincide con el resultado de la autopsia –intervino Martin–. ¿Y el arma?

Pedersen creía que se trataba de un objeto de piedra muy pesado.

–¡Exacto! –corroboró Mellberg triunfal, colocando el dedo en medio del documento–. Debajo del escritorio había una pesada escultura, un busto de piedra. Hallaron en ella sangre, cabellos y restos de cerebro, y estoy convencido de que los restos de piedra que Pedersen detectó en la herida coincidirán con los de la piedra del busto.

–Es decir, tenemos el arma homicida. Bueno, pues algo es algo –opinó Gösta en tono sombrío antes de tomar un sorbo de café, que ya se había enfriado.

Mellberg miró a los subordinados que tenía reunidos en torno a la mesa.

–Y bien, ¿alguna propuesta de cómo continuar la investigación? –Lo dijo como si él dispusiera de una larga lista de medidas. Aunque no era ese el caso.

–Creo que debemos hablar con Frans Ringholm. Averiguar algo más acerca de las amenazas.

–Y hablar con vecinos de aquella zona, comprobar si alguien vio algo extraño por la época en la que se cometió el asesinato –prosiguió Paula.

Annika alzó la vista del bloc.

–Alguien debería interrogar a la asistenta de los dos hermanos. Y comprobar cuándo fue la última vez que estuvo limpiando en la casa, si vio a Erik entonces y por qué no ha ido a limpiar en todo el verano.

–Bien –asintió Mellberg–. Y entonces, ¿qué hacéis aquí vagueando, eh? ¡A la calle, a trabajar! –Fijó la mirada en los congregados, y así permaneció hasta que salieron de la habitación. Luego alargó el brazo en busca de otro bollo. Delegar. En eso consistía ser un buen líder.

Estaban conmovedoramente de acuerdo en que era una pérdida de tiempo ir a clase. De ahí que sólo hiciesen apariciones esporádicas, cuando se terciaba la cosa. Lo cual no sucedía muy a menudo. Aquel día se habían reunido hacia las diez. No había mucho que hacer en Tanumshede. La mayor parte del tiempo la pasaban hablando. Fumando cigarrillos.

–¿Te has enterado de lo del viejo de Fjällbacka? –preguntó Nicke dando una calada antes de echarse a reír–. Seguro que fueron tu abuelo y sus colegas los que acabaron con él.

Vanessa soltó una risita.

–Bah –respondió Per en tono agrio, aunque no sin cierto orgullo–. Mi abuelo no ha tenido nada que ver. Comprenderéis que no van a arriesgarse a que los pillen sólo por liquidar a un viejo. Los Amigos de Suecia tienen objetivos mejores y más importantes en el punto de mira, tenlo por seguro.

–¿Has hablado ya con el viejo? ¿Le has preguntado si podemos ir a alguna reunión? –Nicke había dejado de reír y mostraba ahora una expresión ansiosa.

–Todavía no… –reconoció Per a su pesar. Tenía un estatus superior en el grupo por ser nieto de Frans Ringholm y, en un momento de debilidad, les había prometido que intentaría que les permitiesen acudir a una de las reuniones que se celebraban en el local de Uddevalla. Sólo que no se le había presentado aún la ocasión adecuada. Y sabía lo que diría su abuelo. Que eran demasiado jóvenes. Que necesitaban un par de años más para «desarrollar todo su potencial». Él no comprendía qué era lo que tenía que desarrollarse. Él y sus amigos comprendían el asunto exactamente igual de bien que aquellos que eran algo mayores y que ya habían sido aceptados. Pero si era muy sencillo. ¿Qué era lo que podía malinterpretarse?

Y eso era precisamente lo que a él le gustaba. Que era sencillo. Blanco y negro. Nada de zonas grises. Per no comprendía cómo la gente se complicaba la vida mirando las cosas unas veces desde un punto de vista y otras desde el contrario… Cuando todo era tan, tan sencillo. Eran ellos y nosotros. En eso consistía todo. Ellos y nosotros. Y si se hubieran mantenido en su sitio y se hubieran atenido a lo suyo, no habría surgido ningún problema. Pero se empecinaban en meterse en su territorio. Se empecinaban en transgredir unos límites que deberían ser obvios para todos. ¡Joder, pero si la diferencia saltaba a la vista! Blanco o amarillo. Blanco o marrón. Blanco o ese asqueroso negro azulado que tenían los que procedían de las más recónditas selvas africanas. Tan asquerosamente sencillo. Aunque, claro. Hoy ya no era tan fácil ver la diferencia. Todo estaba destruido, mezclado, revuelto en un amasijo informe. Miró a sus amigos, que haraganeaban indolentes a su lado, en el banco. ¿Acaso sabía él en realidad cuál era su línea sanguínea? Quién sabía a qué se habrían dedicado las putas de su familia. Quizá también corriese por sus venas sangre impura. Per se estremeció.

Nicke lo miró inquisitivo.

–¿Y a ti qué coño te pasa? Ni que te hubieras tragado algo infumable.

Per resopló.

–Qué va, no es nada. –Pero ni la idea ni el asco lo abandonaban. Apagó el cigarrillo.

–Venga, vamos a la cafetería. Es deprimente quedarse aquí sentado.

Señaló con la cabeza el edificio de la escuela y echó a andar a buen paso sin esperar ni ver si los demás lo seguían. Ya sabía que así era.

Por un instante, pensó en el hombre asesinado. Luego se encogió de hombros. Aquel hombre no era importante.

Fjällbacka, 1943

Los cubiertos tintineaban al chocar contra la porcelana mientras comían. Los tres intentaban no mirar de reojo hacia la silla vacía, pero para ninguno de ellos era fácil.

–Mira que tener que irse otra vez, tan pronto. –Gertrud le alargó la fuente de patatas a Erik con mirada inquisitiva, y el muchacho se sirvió una en el plato, ya lleno de comida. Era lo más sencillo. De lo contrario, su madre empezaría a insistir y a insistir, hasta que al fin tendría que ponerse más. La comida no le interesaba. Sólo comía porque era necesario. Y porque su madre decía que le daba vergüenza verlo tan delgado. La gente pensaría que no le daban de comer, solía decir.

Axel, en cambio… Él siempre comía con mucho apetito. Erik miró de soslayo la silla vacía mientras, a disgusto, se llevaba el tenedor a la boca. La comida le crecía una vez dentro. La salsa convertía la patata en una pasta empapada y empezó a masticar enseguida para liberarse del bocado lo antes posible.

–Tiene que hacer lo que le corresponde. –Hugo Frankel miró a su mujer con severidad, aunque también él dirigía la vista a la silla vacía de Axel, que estaba frente a Erik.

–Sí, bueno, yo sólo digo que podría tomarse un par de días para descansar en casa tranquilamente.

–Eso lo decide él. Nadie decide ni manda en lo que hace Axel, salvo el propio Axel. –La voz de Hugo estallaba de orgullo, y Erik sintió la punzada de siempre en el pecho. La que solía sentir cuando sus padres hablaban de su hermano. Como si él no fuese más que una sombra en la familia, una sombra de Axel, alto y fuerte y rubio, siempre en el centro de atención, aunque él no se esforzaba por conseguirlo. Erik se llevó otro bocado a la boca. Ojalá se acabara pronto la cena. Así podría irse a leer a su habitación. Leía sobre todo libros de Historia. Todos esos hechos, nombres, fechas y lugares, tenían algo que le encantaba. No eran aleatorios, eran algo que se podía memorizar, algo con lo que contar.

A Axel nunca le había gustado mucho leer. Aun así, se las había arreglado para terminar el instituto con la máxima calificación. Erik también tenía buenas notas. Pero él tenía que trabajar para conseguirlas. Y nadie le daba palmaditas en la espalda ni irradiaba orgullo y satisfacción por él ante amigos y conocidos. Nadie alardeaba de Erik.

Pese a todo, no era capaz de no querer a su hermano. A veces deseaba serlo. Deseaba poder detestarlo, odiarlo, que la punzada pasara a su pecho. Pero la verdad era una: Erik quería a Axel. Más que a nadie en el mundo. Axel era el más fuerte, el más valiente y el único que merecía que se alardease de él. No Erik. Eso era un hecho. Como en los libros de Historia. Tanto como que la batalla de Hastings tuvo lugar en 1066. Era algo indiscutible, no era opinable ni alterable. Así era y punto.

Erik miró el plato. Vio con asombro que estaba vacío.

–Papá, ¿puedo retirarme de la mesa? –preguntó esperanzado.

–¿Has terminado de comer? Vaya, pues sí, mira… Está bien, vete. Tu madre y yo nos quedaremos aquí un rato más.

Cuando Erik subía la escalera camino de su habitación, oyó a sus padres hablando en el comedor.

–Espero que Axel no se arriesgue demasiado, yo…

–Gertrud, tienes que dejar de sobreprotegerlo. Axel tiene diecinueve años y el comerciante dijo esta mañana que no ha visto un muchacho tan… Hemos de estar satisfechos de tener un…

Las voces se apagaron cuando cerró la puerta de su dormitorio. Se tiró en la cama y cogió el primer libro de la pila, uno que trataba sobre Alejandro Magno. Él también fue un valiente. Exactamente igual que Axel.

–Sólo digo que podrías haberlo mencionado. Me quedé como una idiota cuando Kristina me dijo que Karin y tú estabais paseando juntos.

–Sí, ya… ya sé –Patrik balbucía con la cabeza gacha. La hora que Kristina se quedó a tomar café con ellos transcurrió plagada de matices ocultos y de miradas elocuentes, y apenas acababa de cerrar la puerta de la calle cuando Erica estalló.

–O sea, no es el hecho de que andes paseando por ahí con tu ex mujer. No soy celosa y lo sabes. Pero ¿por qué no me lo dijiste? Eso es lo que no entiendo…

–Sí, te comprendo… –Patrik evitaba mirar a Erica a los ojos.

–¡Me comprendes! ¿Es todo lo que tienes que decir? ¿Ninguna explicación? ¡O sea, yo creía que tú y yo podíamos hablar de todo! –Erica tomó conciencia de que estaba acercándose al límite de lo que podría llamarse un ataque de histeria, pero la frustración de los últimos días acababa de encontrar una válvula de escape y no pudo contenerse.

–¡Y además, creía que los dos teníamos claro el reparto de tareas! Tú estás de baja paternal y yo trabajo. Aun así, no gano para interrupciones, te presentas en mi despacho cada dos por tres como si tuviera una puerta giratoria, y ayer tuviste el valor de largarte y desaparecer durante dos horas, dejándome aquí con Maja. ¿Cómo crees que me las he arreglado yo todo este año, eh? ¿Crees que tenía una sirvienta que me sustituía cuando tenía que salir a algún recado, o que me decía dónde estaban los guantes de Maja, eh? –Erica se oyó a sí misma gritar con aquella voz chillona y se preguntó si de verdad era ella la que hablaba. Calló de repente y, en un tono más bajo, continuó:

–Perdona, no quería… Oye, creo que voy a salir a caminar un rato. Tengo que salir de aquí.

–Sí, vete –la animó Patrik, que parecía una tortuga que, temerosa, asomara la cabeza del caparazón para comprobar si la costa estaba despejada–. Y perdón por no haberte dicho nada… –añadió con una mirada suplicante.

–Bah… Pero no vuelvas a hacerlo nunca más… –repuso Erica con un amago de sonrisa. Ondeaba la bandera blanca. Lamentaba haber perdido los estribos con él, pero ya hablarían después. Ahora necesitaba más que nada un poco de aire fresco.

Iba caminando a buen paso por el pueblo. Fjällbacka tenía un aspecto tan extrañamente desierto tras la marcha de los turistas, después de los agitados meses de verano… Era como una sala de estar por la mañana después de una juerga de las grandes. Vasos con restos de bebida, una serpentina enredada en un rincón, un gorrito de papel ladeado en la cabeza de un invitado que se ha quedado frito en el sofá. Aunque, en el fondo, Erica prefería esta época. El verano era demasiado intenso, demasiado latoso. Ahora la plaza de Ingrid Bergman estaba en calma. Maria y Mats tenían abierto aún el quiosco del centro, pero dentro de poco cerrarían y se

marcharían a atender su negocio en el norte, en Sälen, como hacían todos los años. Y aquello era, precisamente, lo que tanto le gustaba de Fjällbacka. Lo predecible de sus cambios. Cada año lo mismo, los mismos ciclos. *Same procedure as last year*.

Iba saludando a quienes se cruzaba por la plaza de Ingrid Bergman y al subir la cuesta de Galärbacken. Conocía bien, o al menos de vista, a la mayoría. Pero apretaba el paso en cuanto alguien parecía querer detenerse a charlar un rato. Hoy no le apetecía lo más mínimo. Cuando, con pie ligero, pasó por delante de la gasolinera OK-Q8 y enfiló la calle Dinglevägen, supo enseguida adónde dirigía sus pasos. Con toda probabilidad, su subconsciente había elegido el destino de su paseo ya cuando salió de Sälvik, pero hasta aquel momento no se había dado cuenta.

–Tres casos de agresión, dos atracos a sendos bancos y alguna que otra perla más. Pero ninguna sentencia por acoso contra grupo étnico –explicó Paula cerrando la puerta del copiloto del coche policial–. Encontré unas cuantas denuncias contra un chico llamado Per Ringholm, pequeñeces, por ahora.

–Es su nieto –dijo Martin cerrando el coche. Habían ido a Grebbestad, donde vivía Frans Ringholm, en un piso próximo al Gästis.

–Ja, ja, ahí dentro he movido yo el esqueleto más de una noche –comentó Martin señalando con la cabeza la entrada del Gästis.

–Sí, me lo imagino. Pero eso ya se acabó, ¿no?

–Y que lo digas. Llevo más de un año sin ver una sala de baile por dentro. –Martin no parecía sentirse nada desgraciado por ese motivo. En honor a la verdad, estaba tan terriblemente enamorado de su querida Pia que, en realidad, querría no tener que salir del apartamento que compartían a menos que no le quedase más remedio. Pero, desde luego, tuvo que besar a toda una serie de ranas, o de sapos, más bien, hasta encontrar a su princesa.

–¿Y tú? –Martin miraba a Paula con curiosidad.

–¿Y yo qué? –fingió no comprender la pregunta y, además, ya habían llegado a la puerta de Frans Ringholm. Martin la golpeó con decisión y su firmeza fue recompensada con el ruido de unos pasos que resonaron en el interior.

–¿Sí? –Un hombre con el pelo plateado corto, casi rapado, les abrió la puerta. Llevaba vaqueros y una camisa de cuadros como las que Jan Guillou[*] solía llevar con testarudez y desinterés absoluto por las fluctuaciones de la moda.

–¿Frans Ringholm? –Martin lo observaba con curiosidad. Era conocido en la comarca, y no sólo en el pueblo, según había constatado Martin tras hacer en su casa una búsqueda en Internet. Al parecer, era uno de los fundadores de una de las organizaciones xenófobas que más estaba creciendo en toda Suecia y, a juzgar por lo

que se leía en diversos foros en la red, había empezado a convertirse en un factor de poder nada desdeñable.

–Soy yo. ¿En qué puedo serles de utilidad… –abarcó con la mirada a Martin y a Paula– …a los señores?

–Tenemos unas preguntas que hacerle. ¿Podemos pasar?

Frans se hizo a un lado enarcando una ceja y sin decir nada. Martin miró con asombro a su alrededor. No sabía exactamente qué se había esperado, pero sí algo más sucio, más desordenado, más abandonado. Sin embargo, aquel piso tenía un aspecto tan pulcro y bien organizado que, en comparación, el suyo parecía un cuchitril de drogatas.

–Siéntense –los invitó Frans, señalando un sofá de la sala de estar que se veía al fondo del pasillo y a la derecha–. Acabo de poner café. ¿Leche? ¿Azúcar? –su tono era tranquilo y cortés, y Martin y Paula se miraron con la misma expresión de desconcierto.

–Solo, gracias –respondió Martin.

–Con leche, sin azúcar –dijo Paula pasando antes que Martin a la sala de estar. Se sentaron el uno al lado del otro en el sofá blanco y escrutaron la habitación. Era una sala luminosa y húmeda, con grandes ventanas que daban al mar. No causaba una impresión de limpieza obsesiva, sino que era más bien acogedora pero pulcra y ordenada.

–Aquí tenemos el café. –Frans apareció con una bandeja bien cargada. Puso en la mesa tres tazas humeantes y, al lado, una gran bandeja con pastas.

–Adelante –dijo acompañando la invitación con un gesto de la mano y cogiendo una taza antes de arrellanarse en un gran sillón–. Decidme, ¿qué puedo hacer por vosotros?

Paula bebió un sorbo de café antes de tomar la palabra.

–Se habrá enterado de que encontraron el cadáver de un hombre a las afueras de Fjällbacka.

–Sí, Erik –respondió Frans asintiendo compungido antes de beber él también–. Sí, me entristeció muchísimo la noticia. Y una tragedia horrible para Axel. Debe de haber sido un duro golpe para él.

–Sí, bueno, resulta que… –Martin carraspeó ligeramente. Se sentía confundido ante tanta amabilidad y también por el hecho de que aquel hombre era exactamente la antítesis de lo que se había imaginado. Pero se serenó y dijo por fin–: queríamos hablar con usted porque encontramos unas cartas suyas en casa de Erik Frankel.

–Vaya, así que guardó las cartas –rio Frans alargando el brazo para coger una galleta–. Sí, a Erik le gustaba coleccionar cosas. Vosotros los jóvenes pensaréis que eso de mandar cartas es una antigualla, pero a un búho viejo como yo le cuesta desprenderse de las costumbres de siempre. –Le dedicó un amable guiño a Paula, que

estuvo a punto de corresponder con una sonrisa cuando recordó que el hombre que tenía delante había dedicado toda su vida a combatir y a complicarle la vida a gente como ella. Y la sonrisa se le murió en los labios.

–En las cartas se mencionan ciertas amenazas… –intervino Paula con gesto imperturbablemente serio.

–Bueno, yo no las llamaría amenazas. –Frans la observaba tranquilo y arrellanado en el sofá. Cruzó las piernas antes de continuar–. Simplemente me creí en la obligación de advertirle a Erik que existían ciertas… fuerzas dentro de la organización que no siempre actuaban… ¿cómo decirlo…? De forma razonable.

–¿Y le pareció que debía informarlo de tal circunstancia porque…?

–Erik y yo éramos amigos desde que llevábamos pantalón corto. Sí, bueno, admito que nos distanciamos y no puede decirse que hayamos cultivado una verdadera amistad durante años. Y es que… elegimos caminos distintos en la vida. –Frans sonrió–. Pero no le deseaba ningún mal y, claro, en cuanto tuve la oportunidad de ponerlo sobre aviso, lo hice. Hay a quienes les cuesta comprender que no se debe recurrir a los puños a todas horas y para cualquier cosa.

–Pues usted sí que ha… recurrido a los puños –repuso Martin–. Tres sentencias por agresión, varios robos a bancos y, por lo que he podido concluir, no cumplió la pena con la templanza de un dalái-lama.

Frans no pareció turbarse ante el comentario de Martin y siguió sonriendo. De una forma muy parecida a la de un daláilama, por cierto.

–Cada cosa tiene su momento. La cárcel tiene sus propias reglas y a veces sólo existe allí una lengua inteligible. Por otro lado, la sensatez se adquiere con la edad, según dicen, y yo he aprendido la lección a lo largo de los años.

–Y su nieto, ¿ha aprendido ya la lección? –Martin alargó el brazo en busca de una galleta mientras formulaba la pregunta. Como un rayo, Frans extendió la mano y atenazó con ella la de Martin. Manteniendo la mirada fija en el policía, masculló:

–Mi nieto no tiene nada que ver con esto, ¿entendido?

Martin no apartó la mirada hasta que se liberó del puño de hierro; se masajeó la muñeca.

–No vuelva a hacer eso en la vida –masculló en voz baja.

Frans se echó a reír y se arrellanó de nuevo en el sillón. Volvía a ser el afable abuelete de antes. Sin embargo, su fachada se había derrumbado durante unos segundos. Tras la calma se escondía la ira. Y la cuestión era si Erik había sido víctima de esa ira.

Ernst tiraba de la correa y Mellberg se esforzaba por sujetarlo. Estudiaba el entorno mientras intentaba avanzar arrastrando las piernas. *Ernst* no comprendía por qué su dueño se empeñaba de repente en caminar a paso de tortuga e intentaba anular la

correa que lo tenía sujeto obligando a su amo a acelerar el paso.

Mellberg casi había completado la ronda cuando vio recompensado su esfuerzo. Acababa apenas de pensar en abandonar, cuando oyó pasos a su espalda. *Ernst* empezó a saltar contentísimo al ver que se acercaba su amiga.

–Ajá, así que vosotros también habéis salido a pasear –dijo Rita con la voz tan jovial como Mellberg la recordaba. Sintió que las comisuras de los labios se le estiraban para formar una sonrisa.

–Pues sí, aquí estamos. Dando un paseo, vamos. –Mellberg sintió deseos de propinarse una patada. ¿Qué clase de respuesta estúpida era aquella? Él, que solía ser tan elocuente cuando hablaba con las damas… Y allí estaba ahora, hablando como un idiota. Se exhortó a sí mismo a comportarse e intentó sonar con algo más de autoridad:

–Según tengo entendido, es importante que hagan ejercicio. Así que *Ernst* y yo intentamos dar todos los días un paseo de una hora, como mínimo.

–Desde luego, y no son sólo los perros los que necesitan hacer ejercicio. Tú y yo necesitamos también un poco –opinó Rita entre risas dándose una palmadita en la barriga. A Mellberg se le antojó de lo más liberador. Por fin una mujer que comprendía que las redondeces no siempre eran una desventaja.

–Sí, por supuesto –convino palmeándose también él su generosa barriga–. Pero hay que tener cuidado de no perder el aplomo.

–¡No, Dios no lo quiera! –exclamó Rita entre risas. Esa expresión, un tanto anticuada, sonó deliciosa en combinación con su acento–. Por eso siempre procuro llenar el depósito enseguida. –Se detuvo ante un bloque de pisos y *Señorita* empezó a tironear en dirección a uno de los portales–. Podría invitarte a un café. Con bollos.

Mellberg tuvo que hacer un esfuerzo para no dar un salto de alegría e intentó fingir que se lo estaba pensando. Al cabo de un instante dijo:

–Pues sí, gracias, no es mala idea. No puedo ausentarme mucho del trabajo, pero…

–Estupendo. –Rita marcó el código de la puerta y entró la primera. *Ernst* no parecía tener el mismo autocontrol que su dueño, sino que iba agitadísimo saltando de pura felicidad ante la perspectiva de acompañar a *Señorita* a su casa.

Lo primero que pensó Mellberg al ver el apartamento de Rita fue que le parecía «acogedor». No tenía la árida decoración minimalista a la que tan proclives eran los suecos, sino que literalmente crepitaba de calidez y de color. Soltó a *Ernst*, que salió como una bala en busca de *Señorita*, la cual, al parecer, le permitió magnánima que revolviese entre sus juguetes. Mellberg se quitó el chaquetón, colocó cuidadosamente los zapatos en el zapatero y siguió la voz de Rita, que lo condujo a la cocina.

–Parece que están a gusto juntos.

–¿Quiénes? –preguntó Mellberg en un tono bobalicón, pues su cerebro estaba

completamente ocupado en procesar la visión del exuberante trasero de Rita, que apuntaba hacia él mientras ella medía junto al fregadero los cacitos de café y llenaba la cafetera.

–*Señorita* y *Ernst*, claro –contestó antes de volverse y echarse a reír.

Mellberg la secundó cortés.

–Ya, sí, claro. Sí, parece que se caen bien. –Una rápida ojeada a la sala de estar le confirmó tal afirmación con mayor contundencia de lo que él habría deseado: *Ernst* estaba olisqueando a *Señorita* justo debajo del rabo.

–¿Te gustan los bollos? –preguntó Rita.

–¿Duerme boca arriba Dolly Parton? –respondió Mellberg con una pregunta retórica, aunque lo lamentó enseguida. Rita se volvió hacia él con una expresión inquisitiva.

–No lo sé. Sí, quizá sí duerma boca arriba, ¿no? Sí, claro, con el pecho que tiene, debería dormir boca arriba, quizá…

Mellberg rio abochornado.

–No es más que un dicho. Quería decir que sí, que me encantan los bollos.

Más que perplejo, la vio poner en la mesa tres tazas y tres platos. El misterio quedó resuelto en el acto, pues Rita se dirigió a la puerta de la habitación contigua a la cocina y gritó:

–¡Johanna, el café está listo!

–¡Ya voy! –se oyó una voz desde el interior de la habitación. Un segundo más tarde, apareció una mujer rubia extraordinariamente guapa con una barriga enorme.

–Es mi nuera, Johanna –explicó Rita señalando a la mujer, que estaba embarazadísima–. Y este es Bertil, el dueño de *Ernst*. Lo conocí en el bosque –añadió con una risita. Mellberg le tendió la mano para saludarla y estuvo a punto de caer de bruces de dolor. Jamás en la vida le habían dado un apretón de manos de aquel calibre, pese a que, a lo largo de los años, había estrechado la mano a un montón de tipos duros.

–Menudas tenazas –se lamentó con un suspiro de alivio cuando por fin logró soltarse.

Johanna lo miró con expresión jocosa y se acomodó con esfuerzo ante la mesa de la cocina. Después de intentar dar con una postura que le permitiera alcanzar tanto la taza como el bollo, empezó a comer con sano apetito.

–¿Cuándo sales de cuentas? –preguntó Mellberg solícito.

–Dentro de tres semanas –respondió Johanna con sequedad, al parecer totalmente concentrada en ingerir cada miga del bollo, para extender enseguida el brazo en busca del segundo.

–Ya veo que comes por dos –observó Mellberg con una carcajada, pero una mirada agria de Johanna lo hizo cerrar la boca. Una pieza nada fácil de conquistar, se

dijo.

–Es mi primer nieto –intervino Rita ufana, dándole a Johanna unas palmaditas cariñosas en la barriga. El semblante de Johanna, que posó la mano sobre la de su suegra, se iluminaba cuando la miraba.

–¿Tú tienes nietos? –preguntó Rita con curiosidad una vez servido el café y después de sentarse a la mesa con Bertil y Johanna.

–No, todavía no –respondió negando con la cabeza–. Pero tengo un hijo. Se llama Simon y tiene diecisiete años. –Mellberg se irguió lleno de orgullo. Aquel hijo había llegado tarde a su vida y la noticia de su existencia no fue algo que él acogiese con excesivo entusiasmo. Pero poco a poco se fueron conociendo y ahora Mellberg se sorprendía de la sensación que inundaba su pecho en cuanto pensaba en Simon. Era un buen chico.

–Diecisiete años, bueno, entonces no hay prisa. Pero créeme, los nietos son el postre de la vida –afirmó sin poder evitar dar otra palmadita en la barriga de Johanna.

Tomaron café en animada conversación mientras los perros alborotaban por el piso. Mellberg quedó fascinado ante la pura y sincera alegría que experimentaba allí sentado en la cocina de Rita. Después de los chascos que se había llevado en los últimos años, se dijo que no quería volver a saber de ninguna mujer. En cambio, allí estaba ahora. Y muy a gusto.

–Y bien, ¿qué te parece? –le preguntó Rita mirándolo insistente. Mellberg comprendió que no se había enterado de la pregunta a la que se suponía que debía responder.

–¿Perdón?

–Sí, te decía que podías venir esta noche a mi clase de salsa. Es un grupo de principiantes. Nada complicado. A las ocho.

Mellberg la miraba incrédulo. ¿Clase de salsa? ¿Él? La sola idea era del todo ridícula. Pero Mellberg acertó a mirar demasiado intensamente los oscuros ojos de Rita y oyó con horror su propia voz que decía:

–¿Clase de salsa? A las ocho. Desde luego.

Erica ya había empezado a arrepentirse cuando subía el camino de gravilla que desembocaba en la casa de Erik y Axel. Ya no le parecía tan buena idea como cuando se le ocurrió, y alzó el puño para golpear la puerta embargada por la duda. En un primer momento no oyó nada y pensó con alivio que no habría nadie en casa. Luego sintió pasos en el interior y, cuando se abrió la puerta, le dio un vuelco el corazón.

–¿Sí? –Axel Frankel parecía insomne y agotado y le dedicó a Erica una mirada inquisitiva.

–Hola, soy Erica Falck, yo… –vacilaba, pues no sabía cómo continuar.

–La hija de Elsy. –Axel levantó la cabeza y la observó con una expresión extraña

en los ojos. El cansancio había desaparecido de su mirada y la escrutaba con sumo interés–. Sí, ahora lo veo. Tu madre y tú os parecéis mucho.

–¿Ah, sí? –preguntó Erica sorprendida. Nadie le había dicho nada semejante.

–Sí, algo en los ojos…Y la boca. –Ladeó la cabeza como si estuviese valorando cada detalle de su aspecto. Luego, de repente, se hizo a un lado–. Adelante.

Erica entró en el vestíbulo y se quedó allí plantada.

–Ven, podemos sentarnos en la terraza. –El anciano se alejó por el pasillo como esperando que ella lo siguiera. Señaló con la mano el sofá que había en una maravillosa terraza acristalada, parecida a la que tenían ella y Patrik.

–Siéntate. –No daba muestras de tener intención de invitarla a café y, cuando ya llevaban unos minutos en silencio, Erica se aclaró la garganta.

–Verá, la razón de que… –volvió a tomar impulso–, la razón de que haya venido a verlo es que le dejé a Erik una medalla. –Tomó conciencia de lo brusco que sonaba el preámbulo y añadió–: Ni que decir tiene que quería darle el pésame. Yo… –La situación le resultaba incómoda y se retorcía en el sofá mientras buscaba febrilmente una manera de proseguir.

Axel la tranquilizó con un gesto de la mano y le dijo amablemente:

–¿Qué decías de una medalla?

–Sí –asintió Erica, agradecida al ver que él tomaba las riendas–. La primavera pasada encontré una medalla entre las pertenencias de mi madre. Una medalla nazi. No sabía por qué la tenía ni por qué la había conservado y sentí curiosidad. Y puesto que yo sabía que su hermano… –se interrumpió encogiéndose de hombros.

–¿Y pudo ayudarte mi hermano?

–No lo sé. Hablamos por teléfono antes del verano, pero luego yo estuve muy ocupada y… bueno. Había pensado volver a ponerme en contacto con él, pero… –La frase murió a medio terminar.

–Y quieres saber si la medalla sigue aquí, ¿no es eso?

Erica asintió.

–Sí, perdón, entiendo que suena horrible que me preocupe por algo así cuando… Pero mi madre había conservado muy pocos objetos y… –Volvió a retorcerse, algo incómoda. En realidad, tendría que haber llamado por teléfono, en lugar de presentarse allí. Aquello estaba resultando terriblemente frío y calculador.

–Lo comprendo. Lo comprendo a la perfección. Créeme, nadie comprende mejor que yo lo importantes que son los lazos con el pasado. Incluso cuando los constituyen objetos sin vida. Y, desde luego, Erik lo había comprendido. Todos esos objetos que coleccionaba… Todos aquellos datos. Para él no estaban muertos. Vivían, le contaban una historia, nos enseñaban algo. –Se quedó mirando por los ventanales y, por un instante, pareció hallarse en un lugar remoto. Luego, volvió de nuevo la vista a Erica.

–Naturalmente, buscaré la medalla. Pero antes, háblame de tu madre. ¿Cómo era?

¿Cómo vivió?

A Erica le resultaron extrañas aquellas preguntas, pero en su mirada había un destello casi suplicante, de modo que quiso intentar responderlas.

–Pues… ¿Que cómo era mi madre? Si he de ser sincera, no lo sé. Mi madre era un tanto mayor cuando nos tuvo a mí y a mi hermana y… No sé… Nunca tuvimos muy buena relación. ¿Y cómo vivía? –Erica se esforzó por recordar. Por un lado, no comprendía la pregunta del todo. Y por otro, no sabía bien cómo responderla. Volvió a tomar impulso y se aventuró:

–Creo que le costaba justo esa parte. Le costaba vivir. Siempre la encontré muy controlada, no demasiado… alegre. –Erica luchaba desesperadamente por ofrecer una descripción mejor. Pero aquello era lo más próximo a la verdad. Lo cierto era que no recordaba haber visto alegre a su madre jamás.

–Me duele oír eso. –Axel volvió a mirar por la ventana, como incapaz de mirar a Erica, que se preguntaba desconcertada a qué venían aquellas preguntas.

–¿Cómo era mi madre cuando la conoció? –No pudo impedir que su voz sonara ansiosa.

Axel volvió a mirarla con una expresión más dulce.

–En realidad, era mi hermano quien salía con Elsy, eran de la misma edad. Pero siempre estaban juntos, Erik, Elsy, Frans y Britta. Un auténtico trébol de cuatro hojas –dijo con una risa extrañamente triste.

–Sí, Elsy habla de ellos en los diarios que encontré. A su hermano sí lo conozco, pero ¿quiénes son Frans y Britta?

–¿Diarios? –Axel se sobresaltó, pero con un movimiento tan breve que Erica se preguntó si no habrían sido figuraciones suyas–. Frans Ringholm y Britta… –Axel chasqueó los dedos–. ¿Cómo se llamaba de apellido? –Rebuscó un instante en los oscuros escondrijos de su memoria, pero no consiguió localizar allí la información–. En cualquier caso, creo que sigue viviendo en Fjällbacka. Tiene varias hijas, dos o tres, pero creo que son bastante mayores que tú. Vaya, lo tengo en la punta de la lengua, pero… Y, además, seguro que cambió de apellido cuando se casó. Ah, sí, ya me acuerdo, se llamaba Johansson y se casó con un Johansson, así que no hubo cambio alguno.

–Bien, en ese caso, podré dar con ella. Pero no ha contestado a mi pregunta, ¿cómo era mi madre? ¿Cómo era entonces?

Axel guardó silencio un buen rato, hasta que retomó la palabra:

–Era tranquila, reflexiva. Pero no era triste. No como tú la describes. Irradiaba una especie de alegría apacible. Una alegría que emanaba de su interior. No como Britta –añadió resoplando.

–¿Y cómo era Britta?

–A mí nunca me gustó. No lograba entender por qué salía mi hermano con

semejante… tontaina. –Axel meneó la cabeza–. No, tu madre era de una pasta muy distinta. Britta era superficial, boba, y le iba detrás a Frans de un modo que… bueno, que no era nada común entre las muchachas de entonces. Eran otros tiempos, ¿comprendes? –le dijo con un guiño y media sonrisa.

–¿Y Frans? –preguntó Erica mirando a Axel con la boca entreabierta, dispuesta a absorber toda la información que pudiera darle sobre su madre. Era tan poco lo que sabía… Y cuanta más información obtenía, tanto más consciente era de lo poco que conocía a su madre.

–Frans Ringholm tampoco era una persona cuya compañía me gustase para mi hermano. Un temperamento violento, un rasgo de maldad y… No, nadie con quien uno desee relacionarse. Ni ahora ni entonces.

–¿A qué se dedica hoy?

–Vive en Grebbestad. Y podría decirse que él y yo hemos seguido caminos opuestos en la vida –pronunció aquellas palabras en un tono tórrido y desdeñoso.

–¿Qué quiere decir?

–Quiero decir que yo he dedicado mi vida a combatir el nazismo, mientras que Frans desearía que se repitiera la historia y, a ser posible, aquí, en tierra sueca.

–Pero ¿qué tiene que ver la medalla nazi que encontré con todo aquello? –Erica se inclinó hacia Axel, pero fue como si, de repente, se le hubiese cerrado una ventanilla delante de la cara. Axel se levantó bruscamente.

–Justo, la medalla. Más vale que vayamos a buscarla. –Salió de la habitación delante de Erica, que lo siguió boquiabierta. Se preguntaba qué habría dicho para que el hombre se cerrara en banda de aquel modo, pero resolvió que no era momento de indagar. Ya en el pasillo vio que Axel se había detenido delante de una puerta en cuya existencia no había reparado antes. Estaba cerrada y el anciano dudaba con la mano en el picaporte.

–Será mejor que entre solo –dijo con voz trémula. Erica comprendió de qué habitación se trataba. La biblioteca, donde había muerto Erik.

–Bueno, podemos dejarlo para otro día –propuso con renovados remordimientos por haberlo molestado en pleno luto.

–No, no, mejor ahora –replicó Axel con brusquedad, aunque repitió las mismas palabras con un tono más suave, para demostrarle que no tenía intención de sonar tan arisco.

–No tardaré. –Abrió la puerta, entró en la biblioteca y volvió a cerrarla. Erica se quedó en el pasillo mientras oía a Axel trajinar al otro lado de la puerta. Sonaba como si estuviera abriendo cajones y debió de encontrar enseguida lo que buscaba, pues, tan sólo un par de minutos después, volvió al pasillo.

–Aquí está –dijo entregándole la medalla con una expresión insondable. Erica la cogió en la palma de la mano.

–Gracias, yo… –Se quedó sin palabras mientras apretaba la medalla entre sus manos–. Gracias –reiteró sin añadir nada más.

Cuando se alejaba de la casa por el camino de gravilla, con la medalla en el bolsillo, sintió la mirada de Axel clavada en su espalda. Por un instante sopesó la posibilidad de darse la vuelta, de volver y pedirle perdón por haberlo importunado con sus trivialidades. Pero en ese momento se oyó la puerta al cerrarse.

Fjällbacka, 1943

–¡No me explico cómo Per Albin Hansson[*] puede ser tan cobarde! –Vilgot Ringholm dio tal puñetazo en la mesa que hizo saltar la copa de coñac. Le había pedido a Bodil que empezase a servir la cena y se preguntaba por qué tardaba tanto. Típico de las mujeres, hacerse las remolonas. Nada se hacía bien, a menos que lo hiciera él mismo.

–¡Bodil! –gritó hacia la cocina, pero nadie respondió, para irritación suya. Sacudió la ceniza del cigarro y rugió una vez más con toda la fuerza de sus pulmones.

–¡Bodiilll!

–¿Se ha largado tu mujer de camino a la cocina? –se carcajeó Egon Rudgren, y Hjalmar Bengtsson se sumó a las risas. Aquello encolerizó más aún a Vilgot. Su mujer lo ponía en ridículo delante de sus presuntos socios. No, hasta ahí podíamos llegar. Pero justo cuando hacía amago de ir a levantarse, apareció su mujer por la puerta de la cocina con una bandeja cargada de viandas.

–Disculpen la tardanza –dijo con la vista en el suelo mientras dejaba la bandeja sobre la mesa–. Frans, ¿podrías…? –comenzó la mujer señalando hacia la cocina con mirada suplicante. Pero Vilgot la interrumpió antes de que pudiera terminar la pregunta.

–Frans no va a ir a la cocina a vérselas con cosas de mujeres. Ahora es un hombre y puede quedarse sentado con nosotros y aprender alguna que otra cosa. –Vilgot le guiñó un ojo a su hijo, que se irguió en el sillón, situado enfrente del de su padre. Era la primera vez que le permitían quedarse tanto tiempo durante una de las cenas de negocios de su padre; hasta aquella noche, él se despedía siempre después del postre y se retiraba a su dormitorio. Pero aquel día su padre insistió en que se quedase con ellos. El pecho le estallaba de orgullo y sentía como si los botones de la camisa fuesen a salir disparados. Y una buena velada iba a convertirse en una velada aún mejor.

–Vamos, ¿no vas a probar unas gotas de coñac? ¿Qué decís vosotros, eh? Trece años cumplió hace unas semanas, ¿no es hora ya de que el muchacho pruebe su primer coñac?

–¿Que si es hora? –rio Hjalmar–. Yo diría que hace mucho que ya es hora. Mis muchachos lo probaron en casa a la edad de once años, y te diré que les ha sentado más que bien.

–Vilgot, ¿de verdad crees…? –Angustiada, Bodil veía cómo su marido servía una copa generosa de coñac y se la ofrecía a Frans, que empezó a toser convulsamente al primer trago.

–Vamos, vamos, tómatelo con calma, chico, hay que ir dando sorbitos, no apurarlo de un trago.

–Vilgot… –repitió Bodil. A su marido se le ensombreció la mirada hasta volverse

casi negra.

–¿Qué haces tú aquí todavía? Tendrás cosas que hacer en la cocina, ¿no?

Por un instante, dio la impresión de que Bodil iba a decir algo. Se volvió hacia Frans, pero el muchacho alzó la copa con gesto triunfal y le dijo con una sonrisa: «¡Salud, madre querida!».

Con las risotadas resonando a su espalda, Bodil se encaminó a la cocina y cerró la puerta tras de sí.

–¿Por dónde iba? –comenzó Vilgot indicándoles que se sirvieran los bocaditos de arenque que había en la bandeja–. Ah, sí, ¿en qué estará pensando el tal Per Albin? ¡Por supuesto que deberíamos intervenir y apoyar a Alemania!

Egon y Hjalmar asintieron. Desde luego, no podían por menos de estar de acuerdo.

–Es una lástima –intervino Hjalmar– que, tal como están las circunstancias actuales, Suecia no pueda defender el ideal sueco con la cabeza bien alta. Casi siento vergüenza de ser sueco.

Todos los caballeros allí reunidos menearon la cabeza, con sentimiento unánime, antes de tomar un trago de coñac.

–Pero, ¿en qué estaré yo pensando? No podemos beber coñac con el arenque. Frans, ¿quieres bajar y traerte unas cervezas frías?

Cinco minutos más tarde se había restablecido el orden y podían regar el arenque con grandes tragos de Tuborg bien fría. Frans había vuelto a sentarse en el sillón, enfrente de su padre, que abrió una de las botellas y se la ofreció al chico. Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Frans.

–Pues sí, yo por mi parte he contribuido con alguna que otra suma en apoyo de la buena causa. Y les recomendaría, señores, que hicieran otro tanto. Es posible que Hitler necesite a todos los buenos amigos que puedan apoyarlo en estos momentos.

–Bueno, los negocios van de maravilla –intervino Hjalmar alzando la botella–. Apenas si tenemos capacidad para exportar todo el metal que nos piden. Dirán lo que quieran de la guerra, pero como negocio, no está nada mal.

–No, y si logramos deshacernos de la plaga de los judíos al tiempo que ganamos dinero, no puede pensarse en una situación mejor. –Egon alargó el brazo en busca de otro bocadito de arenque. La bandeja empezaba a quedar desierta. Dio un bocado y se dirigió a Frans, que escuchaba con suma atención cuanto allí se decía–. Debes estar muy orgulloso de tu padre, muchacho. Ya no quedan muchos como él en Suecia.

–Sí –murmuró Frans muerto de vergüenza al ver que todos le dirigían la atención.

–Debes hacer caso a lo que te diga tu padre, y no prestar oídos a lo que sostienen los poco informados. Debes saber que no corre sangre limpia por las venas de la mayoría de quienes condenan a los alemanes y esta guerra. Mucho tártaro y mucho valón y gente así es lo que abunda por aquí, ¿sabes? Y claro, no es de extrañar que

intenten distorsionar los hechos. Pero tu padre sabe cómo es el mundo. Tanto él como nosotros hemos visto cómo los judíos y los extranjeros han intentado hacerse con el control, destruir lo sueco, lo puro. De modo que sí, Hitler está muy bien encaminado, créeme. –Egon se había encendido tanto que salpicaba a todos de migas y saliva. Frans lo escuchaba fascinado.

–Bueno, caballeros, creo que ha llegado el momento de hablar de negocios. –Vilgot estampó la botella en la mesa dando un fuerte golpe con el que consiguió atraer la atención de todos.

Frans se quedó escuchándolos otros veinte minutos. Luego se fue a dormir dando tumbos con pie inseguro. Toda la habitación le daba vueltas cuando se echó en la cama, sin retirar la colcha y completamente vestido. En el salón se oía como un susurro la conversación de los señores. Frans se durmió feliz e ignorante de cómo se sentiría cuando se despertara.

Gösta dejó escapar un hondo suspiro. El verano iba dejando paso al otoño lo que, para él, implicaba en la práctica que sus rondas de golf se verían drásticamente reducidas al mínimo. Cierto que el ambiente aún era cálido y que, en teoría, todavía le quedaba un mes para jugar sin problemas. Pero la experiencia le decía cómo eran las cosas en realidad. En ese mes la lluvia aguaría un par de rondas. Las tormentas arruinarían otras cuantas. Y luego, de un día para otro, la temperatura bajaría de agradable a insoportable. Ese era el inconveniente de vivir en Suecia. Y tampoco es que viese las ventajas que lo compensaran. En todo caso, el arenque fermentado[*]. Pero claro, podía llevarse un par de latas en el equipaje, si decidía mudarse al extranjero. Así tendría lo mejor de esos dos mundos.

Al menos, aquel día reinaba la calma en la comisaría. Mellberg había salido con *Ernst*, y Martin y Paula se fueron a Grebbestad para hablar con Frans Ringholm. Gösta intentó una vez más hacer memoria de dónde habría oído aquel nombre con anterioridad y, para su sorpresa, le hizo clic el cerebro. Ringholm. Así se llamaba el periodista del *Bohusläningen*. Alargó el brazo en busca del periódico que tenía sobre la mesa y buscó hasta que, con aire triunfal, puso el índice en el nombre: «Kjell Ringholm». Un tipo irascible que disfrutaba apretándoles las tuercas a las personas influyentes y a los políticos de la zona. Claro que podía ser una coincidencia, pero se trataba de un apellido poco común. ¿Sería el hijo de Frans? Gösta archivó la información en su cerebro, por si resultaba de utilidad más adelante.

Pero, por el momento, tenía cosas más urgentes que solucionar. Una vez más, suspiró. Con el transcurso de los años, había desarrollado su capacidad para suspirar hasta convertirla en un arte. Quizá debiera esperar a que Martin regresara. De hacerlo así, no sólo se repartirían la carga de trabajo, sino que, además, dispondría de una hora de prórroga, como mínimo, quizá incluso dos, si Martin y Paula decidían almorzar por el camino antes de volver a la comisaría.

Pero, ¡qué puñetas! , pensó Gösta. También sería un alivio haber terminado con ello, en lugar de tenerlo ahí pendiente. Gösta se levantó y se puso la cazadora. Le dijo a Annika adónde iba, cogió uno de los coches del garaje y puso rumbo a Fjällbacka.

En cuanto llamó al timbre, tomó conciencia de lo necio que había sido. Eran poco después de las doce. Naturalmente, los chicos estaban en la escuela. Ya estaba a punto de darse media vuelta cuando la puerta se abrió y en el resquicio apareció Adam, que no paraba de sorberse los mocos. Tenía la nariz enrojecida y, en los ojos, el brillo propio de quienes tienen fiebre.

–¿Estás enfermo? –preguntó Gösta. El chico asintió y confirmó su respuesta con un sonoro estornudo, antes de sonarse en el pañuelo que llevaba en la mano.

–Estoy resfriado –respondió Adam con una voz que, con toda la claridad

deseable, indicaba que tenía la nariz completamente taponada.

–¿Puedo entrar?

Adam se hizo a un lado.

–Bajo su responsabilidad –advirtió estornudando de nuevo.

Gösta notó una fina lluvia de saliva con carga vírica que le rociaba la mano; y se secó tranquilamente en la manga de la camiseta. Un par de días de baja por enfermedad no tenían por qué ser mala idea. Aguantaría de buen grado el moqueo con tal de poder quedarse en casa unos días, bien abrigado en el sofá, viendo la grabación del último torneo. Así tendría la posibilidad de estudiar con calma y a cámara lenta el *swing* de Tiger.

–Bi badre no esdá en gasa –dijo Adam.

Gösta seguía al chico hasta la cocina con el ceño fruncido hasta que se le hizo la luz: «Mi madre no está en casa» era, sin duda, la información que Adam quería transmitirle. Le cruzó por la mente alguna que otra cuestión sobre la idoneidad de interrogar a un menor sin la presencia del tutor legal, pero pasó tan rápido como vino. Las normas solían ser un engorro que, en su opinión, obstaculizaban el trabajo. Si Ernst hubiese estado allí, habría contado con todo su apoyo. El agente Ernst, claro, no el perro, precisó Gösta para sí con una risita. Adam lo miró extrañado.

Se sentaron a la mesa de la cocina, que aún presentaba indicios del desayuno. Migas de pan, pegotes de mantequilla, salpicaduras de leche con cacao, allí estaba todo.

–Bien. –Gösta tamborileó con los dedos sobre la mesa, pero se arrepintió enseguida, pues se le llenaron de migas pegajosas. Se limpió la mano en la pernera del pantalón e hizo un nuevo intento.

–Bien. ¿Cómo… has llevado el asunto? –La pregunta sonó extraña incluso a sus oídos. A él no se le daba muy bien hablar ni con jóvenes ni con lo que solían llamar personas traumatizadas. Y no es que creyese demasiado en esas historias. Por favor, si el tipo estaba muerto cuando lo encontraron, no podía constituir ningún peligro. Él había visto a algún que otro moribundo durante sus años de policía, y no por eso había quedado traumatizado.

Adam se sonó y se encogió de hombros.

–¿El qué? Bien, creo. Los de la clase dicen que es una pasada.

–¿Y cómo es que se os ocurrió ir allí?

–Fue idea de Mattias. –Adam pronunciaba «Battias», pero el cerebro de Gösta estaba ya programado para ello y traducía directamente todo lo que decía el muchacho.

–Aquí todos saben que los viejos están pirados y que andan siempre con lo de la Segunda Guerra Mundial y esas cosas, y un chico de la escuela dijo que tenían un montón de cosas chulas en su casa, y Mattias dijo que podíamos entrar y echar un ojo

y… –Su locuaz explicación se vio interrumpida por un estornudo tal que Gösta dio un respingo en la silla.

–Es decir, que lo de asaltar la casa fue idea de Mattias –precisó Gösta reconviniendo al muchacho con la mirada.

–Bueno, asaltar, tanto como asaltar… –Adam se retorcía nervioso–. O sea, nosotros no íbamos a robar ni nada por el estilo, sólo queríamos curiosear un poco entre sus cosas. Y creíamos que los dos estaban de viaje, así que pensamos que ni siquiera se darían cuenta de que habíamos estado allí.

–Bueno, sobre ese particular, tendré que creerte –reconoció Gösta–. ¿Y no habíais estado antes en la casa?

–¡No, lo prometo! –exclamó Adam mirando suplicante al policía–. Era la primera vez que íbamos.

–Necesitaría tomarte las huellas dactilares. Para verificar lo que estás diciendo. Y para poder excluirte. No te importa, ¿verdad?

–¡Qué va! –respondió Adam con el entusiasmo en los ojos–. Yo siempre veo *CSI*. Y sé lo importantes que son esas cosas. Descartar gente. Y luego pasáis todas las huellas por el ordenador y así averiguáis quiénes son los otros que han estado allí, ¿verdad?

–Exacto. Así es como trabajamos –asintió Gösta muy serio, aunque por dentro se retorcía de risa. Pasar todas las huellas por el ordenador. Sí, vamos hombre.

Sacó el equipo necesario para tomarle las huellas a Adam: un tampón de tinta y una tarjeta con diez campos donde, con mucho cuidado, fue plasmando una a una las huellas del muchacho.

–Muy bien, eso es –declaró satisfecho una vez que hubo terminado.

–¿Qué hacéis después? ¿Las escaneáis? –preguntó Adam lleno de curiosidad.

–Claro, las escaneamos –afirmó Gösta–. Y luego las contrastamos con la base de datos que decías. Tenemos almacenadas en el ordenador las de todos los ciudadanos suecos. Y algunos extranjeros también. Ya sabes, a través de la Interpol y esas cosas. Estamos conectados con ellos. Con la Interpol, quiero decir. Por enlace directo. Y con el FBI y la CIA.

–¡Qué pasada! –exclamó Adam sin poder ocultar su admiración.

Gösta no paró de reír durante todo el trayecto de regreso.

Fue poniendo la mesa con esmero. El mantel amarillo que tanto le gustaba a Britta. La vajilla blanca con decoración en relieve. Los candelabros que les habían regalado para la boda. Y flores en un jarrón. Britta siempre insistía en ello. Con independencia de la estación, siempre ponía flores en la mesa. Era cliente habitual de la floristería o, al menos, lo había sido. Últimamente era Herman el que se pasaba por allí casi siempre. Y es que él quería que todo fuese como de costumbre. Si todo en su entorno

continuaba inalterado, la espiral descendente quizá pudiera retrasarse, si no detenerse del todo.

Lo peor fue al principio. Antes de conocer el diagnóstico. Britta había sido siempre tan ordenada. Nadie comprendía por qué, de repente, no encontraba las llaves del coche, cómo podía equivocarse de nombre al llamar a los niños, por qué no recordaba el número de teléfono de sus amigas de toda la vida. Lo achacaban al cansancio y al estrés. Britta empezó a tomar hierro y complejos multivitamínicos, porque creían que quizá tuviese algún tipo de anemia. Pero no pudieron seguir cerrando los ojos al hecho, algo grave estaba ocurriendo.

El diagnóstico los dejó sin habla un buen rato. Luego, a Britta se le escapó un sollozo. Sólo eso. Un sollozo. Le apretó a Herman la mano con fuerza, y él le correspondió con otro apretón. Ambos comprendían lo que aquello implicaba. La vida que habían compartido durante cincuenta y cinco años iba a cambiar de forma drástica. Paulatinamente, la enfermedad le destrozaría el cerebro, le haría perder todo aquello que constituía la esencia de Britta: sus recuerdos, su personalidad. Un abismo inmenso y profundo se abría ante ellos.

Ya había pasado un año desde entonces. Los buenos ratos eran cada vez menos frecuentes. A Herman le temblaban las manos mientras intentaba doblar las servilletas como Britta. Solía hacerlo en forma de abanico. Pero, pese a que la había visto hacerlo millones de veces, a él no le quedaba bien. Después del cuarto intento, la rabia y la frustración se apoderaron de él y rompió la servilleta en mil pedazos. Trocitos pequeños, muy pequeños, que cayeron despacio sobre el plato. Se sentó en la silla e intentó serenarse. Se enjugó una lágrima que se abrió paso por la comisura del ojo.

Cincuenta y cinco años juntos. Años buenos. Años felices. Claro que habían tenido sus altibajos a veces, como en todos los matrimonios. Pero la base siempre existió. Evolucionaron juntos, Britta y él. Estaba tan increíblemente orgulloso de ella entonces. Antes de que naciera su hija, Herman había juzgado a su mujer como superficial y un poco boba, lo admitía. Sin embargo, desde el día en que tuvo en sus brazos a Anna-Greta, se convirtió en otra persona. Era como si, al ser madre, hubiese adquirido una profundidad de la que antes carecía. Tuvieron tres hijas. Tres bendiciones y el amor de Herman por su mujer fue creciendo con cada una de ellas.

Notó una mano en el hombro.

–¿Papá? ¿Qué tal estás? No me has oído llamar a la puerta, así que he entrado sin más.

Herman se secó los ojos rápidamente e intentó obligarse a sonreír al ver la expresión preocupada de la mayor de sus hijas. Pero no consiguió engañarla. Ella lo abrazó y pegó la mejilla a la de él.

–¿No lo llevas bien hoy, papá?

Herman asintió y, por un instante, se permitió sentirse como un niño en el regazo de su hija. Britta y él la habían educado bien. Anna-Greta era cariñosa y solícita, y madre entregada de dos de los nietos de Herman y Britta. A veces no se lo explicaba, que aquella mujer de cabello cano que rondaba los cincuenta fuese la niña que alborotaba por la casa y le vendaba el dedo meñique.

–Los años vuelan, Anna-Greta –dijo al cabo dándole una palmadita en el brazo.

–Sí, papá, los años vuelan –admitió ella abrazándolo con fuerza y dándole un apretón extra antes de soltarlo.

–¿Quieres que arreglemos esta mesa como es debido? A mamá no le gustará nada ver la que has organizado. –Anna-Greta se echó a reír, y Herman no pudo por menos de corresponder con una sonrisa.

–Yo doblaré las servilletas en forma de abanico y tú pones los cubiertos. Creo que será lo mejor, a juzgar por esta muestra –propuso guiñándole un ojo y señalando los trozos de papel que cubrían la mesa como confeti.

–Sí, será lo mejor –convino Herman con una sonrisa de agradecimiento–. Será lo mejor.

–¿A qué hora iban a venir? –Patrik gritaba desde el dormitorio en el que, a instancias de Erica, había ido a cambiarse los vaqueros y la camiseta por una vestimenta más adecuada. La objeción: «Si la cena es sólo para tu hermana y para Dan», no surtió el menor efecto. Era una invitación a cenar un viernes por la noche, había que ser consecuente. Sencillamente, había que tener un poco de estilo.

Erica abrió la puerta del horno para echarle un vistazo al solomillo en hojaldre. Tenía cargo de conciencia por haberse enfadado tanto con Patrik el día anterior, y quería compensarlo con su plato favorito, solomillo en hojaldre con salsa de Oporto y patatas machacadas. El plato que cocinó la primera vez que lo invitó a cenar en su casa. La primera noche que… Se rio un poco para sí y cerró el horno. Aquello se le antojaba ya muy lejano, aunque sólo habían pasado unos años. Quería a Patrik con toda su alma, pero era extraño comprobar la rapidez con que la vida cotidiana y los hijos aniquilaban el deseo de hacer el amor cinco veces seguidas, como hicieron aquella noche. Hoy por hoy, Erica se sentía agotada ante la sola idea de tanta actividad en la cama. Una vez a la semana ya le parecía una proeza.

–Llegarán dentro de media hora –le gritó a Patrik cuando empezaba a preparar la salsa. Ella ya se había cambiado y llevaba un pantalón negro y una blusa lila, su prenda favorita de cuando vivía en Estocolmo y aún tenía un buen repertorio de tiendas para ir a comprar. Por si acaso, se había puesto un delantal y Patrik la obsequió con un silbido lisonjero al bajar la escalera.

–Pero ¿sobre qué descansan la vista mis fatigados ojos? Una aparición. Un ser divino y glamuroso, aunque con un toque de paño casero y de culinariedad.

–La palabra *culinariedad* no existe –repuso Erica riendo cuando Patrik la besó en la nuca.

–Existe a partir de ahora –le respondió él con un guiño. Luego dio un paso atrás e hizo una pirueta en medio de la cocina.

–¿Y bien? ¿Estoy pasable? ¿O me toca subir y cambiarme otra vez?

–Vaya, suena como si yo fuera la cruz de esta casa… –Erica fingió inspeccionarlo rigurosamente de arriba abajo, pero se echó a reír y dijo–: Eres un ornamento para nuestro hogar. Si, además, pones la mesa, quizá empiece a comprender por qué me casé contigo.

–Que ponga la mesa. Eso está hecho.

Media hora más tarde, a las siete en punto, cuando llamaron a la puerta, lo tenían todo listo, la cena y la mesa. Anna y Dan llegaron con Emma y Adrian, que entraron en tromba gritando el nombre de Maja. Su prima pequeña era sumamente popular…

–Pero ¿quién es este hombre tan guapo? –preguntó Anna–. ¿Y qué has hecho con Patrik? Desde luego, no sé cómo has tardado tanto en cambiarlo por este magnífico ejemplar.

Patrik le dio un abrazo a Anna.

–Yo también me alegro de verte, querida cuñada… Bueno, contadme, ¿qué tal les va a los tortolitos? Erica y yo nos sentimos honrados de que hayáis logrado alejaros del dormitorio para venir a visitarnos en nuestra humilde morada.

–¡Anda ya! –exclamó Anna ruborizándose al tiempo que hacía amago de darle a Patrik un puñetazo en el pecho. Sin embargo, por el modo en que su cuñada miraba a Dan, no cabía la menor duda de que Patrik tenía algo de razón.

Pasaron una velada estupenda. Emma y Adrian tuvieron a Maja entretenida de mil amores, hasta que llegó la hora de dormir a la pequeña. Luego, ellos mismos cayeron rendidos cada uno en un rincón del sofá. La cena recibió los elogios que merecía, el vino era excelente y fue desapareciendo de las botellas y Erica disfrutó pasando con su hermana y con Dan una noche normal y agradable. Sin nubarrones negros en el horizonte. Sin dedicar un solo pensamiento a lo que tenían a sus espaldas. Tan sólo charla inocua y discusión llena de cariño.

De pronto, el sonido estridente del móvil de Dan vino a alterar la calma.

–Perdón, voy a ver quién llama a estas horas… –se disculpó antes de levantarse para coger el teléfono que tenía en el bolsillo de la cazadora. Frunció el entrecejo al ver el número que aparecía en la pantalla, pues no lo reconocía.

–Hola, aquí Dan –dijo vacilante.

–¿Quién dices?

–Perdona, no te oigo bien…

–¿Belinda? ¿Dónde?

–¿Cómo?

–Pero… si he bebido. No puedo…

–¡Metedla en un taxi ahora mismo! Sí, yo lo pago en cuanto llegue. Tú procura que venga aquí. –A juzgar por la arruga de su frente, estaba muy preocupado y, cuando colgó el teléfono después de decir la dirección de Patrik y Erica, soltó una maldición.

–¡Joder!

–Pero ¿qué ha pasado? –preguntó Anna llena de inquietud.

–Es Belinda. Al parecer ha estado en no sé qué fiesta y tiene una borrachera de órdago. La que llamaba era una amiga. La mandarán aquí en un taxi.

–Pero ¿dónde estaba? Se suponía que tenía que estar con Pernilla en Munkedal, ¿no?

–Pues sí, se suponía, pero no es así. La amiga llamaba de Grebbestad. –Dan marcó un número y luego se oyó que acababa de despertar a su ex mujer. Se fue a la cocina y todos pudieron oír palabras sueltas de la conversación. No eran palabras amables. Minutos más tarde, Dan volvió al comedor y se sentó a la mesa con cara de frustración.

–Se ve que Belinda había dicho que iba a dormir en casa de una amiga. Y la amiga habrá dicho lo mismo, claro, que ella dormiría en casa de Belinda. Lo que han hecho es arreglárselas para llegar a Grebbestad e ir a esa fiesta. ¡Maldita sea! Creía que podía contar con que la tuviese controlada. –Se lamentó pasándose la mano por el pelo con gesto desesperado.

–¿Te refieres a Pernilla? –dijo Anna acariciándole el brazo para calmarlo–. No es tan fácil, ¿sabes? Tú también habrías podido caer en la misma trampa. Es el truco más viejo del mundo.

–¡No, a mí no me habría ocurrido! –exclamó Dan con rabia en la voz–. Yo habría llamado a los padres de la amiga para comprobar que todo estaba en orden. Jamás habría confiado en una niña de diecisiete años. ¿Cómo se puede ser *tan* tonto? ¿No voy a poder confiar en su capacidad para cuidar de las niñas?

–Tranquilízate, ya está bien –repuso Anna en tono severo–. Vamos a ir por partes. Lo principal es ocuparse de Belinda cuando llegue. –Dan hizo amago de ir a decir algo y ella lo cortó–. Y no vamos a reprenderla esta noche. Trataremos el asunto mañana, cuando se haya despabilado, ¿vale? –Aunque dijo la última palabra en tono interrogativo, a ninguno de los presentes en torno a la mesa, Dan incluido, le cupo la menor duda de que no era negociable. Dan asintió sin más.

–Voy a preparar la cama de la habitación de invitados –dijo Erica poniéndose de pie.

–Y yo iré a buscar un cubo o algo… –declaró Patrik con la esperanza de no tener que repetir aquella frase cuando Maja fuese adolescente.

Minutos más tarde se oyó el motor de un coche en la entrada y Dan y Anna se

apresuraron a abrir la puerta. Anna pagó al taxista, mientras Dan cogía a Belinda, que yacía como un pelele en el asiento trasero.

–Papá… –balbució la muchacha. Luego, rodeó con los brazos el cuello de su padre y escondió la cara en su pecho. Dan sintió náuseas por el hedor a vómito que exhalaba, pero al mismo tiempo sintió una ternura inmensa por su hija que, de repente, le parecía menuda y frágil. Hacía muchos años que no la llevaba en brazos.

Un movimiento convulso de Belinda lo indujo instintivamente a sostenerle la cabeza retirándola a un lado. Un potingue apestoso y rojizo se estrelló contra la escalinata de Erica y Patrik. No cabía la menor duda de qué era lo que la joven había bebido en exceso. O, al menos, el vino tinto constituía una parte significativa de su consumo de alcohol.

–Llévala dentro; deja eso ahora, ya lo limpiaremos luego –dijo Erica haciéndole señas a Dan y a Belinda para que entraran–. Métela en la ducha, Anna y yo nos encargaremos y le pondremos ropa limpia.

Una vez en la ducha, Belinda rompió a llorar. Un llanto desgarrador. Anna le acariciaba la cabeza mientras Erica la secaba despacio con la toalla.

–Calla… Tranquila, todo irá bien, ya verás –la calmó Anna al tiempo que le ponía una camiseta limpia.

–Kim iba a estar allí… Y yo creía que… Le dijo a Linda que yo le parecía… feaaaaaaaaaaa… –Hablaba entrecortadamente, haciendo pausas para llorar.

Anna miró a Erica por encima de la cabeza de Belinda. Ninguna de las dos habría querido estar en el lugar de la muchacha por nada del mundo. No hay nada más doloroso que un corazón adolescente roto. Ambas lo habían vivido y comprendían a la perfección por qué, en esa tesitura, resultaba fácil caer en la tentación de ahogar las penas en vino. Pero se trataba de un consuelo terriblemente provisional. Al día siguiente, Belinda se encontraría peor si cabe, las dos lo sabían por experiencia muy a su pesar. Pero lo único que podían hacer era meterla en la cama. Ya se encargarían del resto mañana.

Mellberg tenía la mano en el picaporte. Sopesaba los pros y los contras. Y tenía la innegable sensación de que los contras ganaban por goleada. Sin embargo, dos circunstancias lo habían conducido hasta allí. En primer lugar, no tenía otra cosa mejor que hacer un viernes por la tarde. En segundo lugar, no veía más que los oscuros ojos de Rita. No obstante, seguía preguntándose si eran motivo suficiente para hacer algo tan absurdamente ridículo como asistir a un curso de salsa. Además, no habría allí más que un puñado de señoras desesperadas, que creerían que conquistarían a algún hombre asistiendo a un curso de baile. Patético. Por un instante, estuvo a punto de darse media vuelta y pasar por la gasolinera, comprar unas patatas fritas y sentarse delante del televisor a ver un episodio grabado de la serie *Full Frys*,

con Stefan y Christer. El solo recuerdo le hacía morirse de risa. Sí, caramba, esos dos muchachos sí que sabían qué era el humor. Mellberg acababa de decidirse por aquel plan B cuando la puerta se abrió delante de sus narices.

–¡Bertil! ¡Qué bien que hayas venido! Entra, estábamos a punto de empezar. –Y, sin saber cómo ni cuándo, Rita lo llevó de la mano hasta la sala de baile. La música latina resonaba procedente de un altavoz gigantesco que había en el suelo y cuatro parejas lo observaron con curiosidad al verlo entrar. Parejas mixtas, advirtió Mellberg con sorpresa, borrando de su mente la imagen de sí mismo como un trozo de carne despedazado por una jauría de lobas.

–Tú bailarás conmigo. Me ayudarás a mostrarles cómo se hace –decidió Rita tirando resuelta de Mellberg hasta llevarlo al centro de la pista. Se colocó enfrente de él, le cogió una mano y le colocó la otra alrededor de su cintura. Mellberg tuvo que lidiar consigo mismo para resistir la tentación de agarrarse bien a sus exuberancias. Sencillamente, no comprendía a los hombres que preferían notar huesos bajo la palma de la mano.

–Bertil, concéntrate –lo exhortó Rita irguiéndose–. Mirad cómo lo hacemos Bertil y yo –les dijo a las demás parejas–. Para las damas: pie derecho delante, el peso en el pie izquierdo, y otra vez el pie derecho. Para los caballeros es lo mismo, pero al contrario, pie izquierdo delante, el peso en la derecha, y otra vez el izquierdo. Practicaremos ese paso hasta que lo tengamos bien aprendido.

Mellberg se esforzaba al máximo por comprender lo que quería decir, pero era como si el cerebro hubiese optado por eliminar incluso una información tan elemental como dónde estaba la derecha y dónde la izquierda. Sin embargo, Rita era muy buena maestra. Con movimientos decididos, lo iba guiando adelante y atrás y, al cabo de unos minutos, Mellberg notó encantado que empezaba a dominar los vaivenes.

–Y ahora… vamos a empezar a mover también las caderas –dijo Rita conminando a sus alumnas con la mirada–. Los suecos sois de un rígido… Pero la salsa es movimiento, ductilidad, suavidad.

Ilustró lo que quería decir moviéndose al ritmo de la música con un meneo tal que se diría que las caderas se deslizaban adelante y atrás como una ola. Mellberg observaba fascinado cómo movía el cuerpo. Cuando ella lo hacía, parecía facilísimo. Totalmente resuelto a impresionarla, intentó imitar sus movimientos de caderas acompañándolos de los pasos que él creía ya impresos en su memoria. Pero, de repente, ya no funcionaba. Sentía las caderas totalmente rígidas y todo intento de coordinar sus movimientos con los de los pies lo abocó al más absoluto bloqueo. Se paró en seco con la frustración pintada en la cara. Y, para terminar de empeorar las cosas, su mechón de pelo eligió aquel momento para desbaratarse y descolgarse sobre la oreja izquierda. Raudo como un rayo volvió a colocarlo en su sitio, con la esperanza de que nadie se hubiese percatado del incidente. Las risitas de las otras

parejas defraudaron de inmediato dicha esperanza.

–Sé que es difícil, Bertil, que exige práctica –convino Rita alentadora y animándolo a intentarlo de nuevo–. Escucha la música, Bertil, escúchala. Y deja que el cuerpo la siga. Y no te mires los pies, mírame a mí. Cuando se baila salsa, hay que mirar siempre a los ojos de la mujer. Es el baile del amor, el baile de la pasión.

Clavó la vista en la de Mellberg, que concitó toda su fuerza de voluntad para mirarla a ella en lugar de mirarse los pies. Al principio la cosa no funcionaba en absoluto, pero al cabo de un rato, con la suave dirección de Rita, empezó a notar el cambio. Era como si su cuerpo empezase a oír la música de verdad. Las caderas empezaron a moverse despacio y dócilmente. Se perdió más hondo aún en los ojos de Rita. Y, mientras los ritmos latinos retumbaban en la sala, se sintió desfallecer.

Kristiansand, 1943

No era que a Axel le gustara correr riesgos. Ni que tuviese un valor excepcional. Claro que tenía miedo. De lo contrario, sería un loco. Pero, sencillamente, era algo que estaba obligado a hacer. No podía quedarse mirando mientras el mal se adueñaba de todo sin hacer nada por evitarlo.

Echado en la regala del barco, sentía el viento azotándole el rostro. Amaba el aroma del agua salada. En realidad, siempre había envidiado a los pescadores, a los hombres que salían de madrugada y volvían ya anochecido, y dejaban que el barco los llevase donde estaban los peces. Axel sabía que se reirían de él si se le ocurría mencionar sus pensamientos. Que él, el hijo del doctor, el mismo que debía estudiar y convertirse en alguien elegante, les tuviese envidia. De los callos de las manos, del olor a pescado perenne en la ropa, de la inseguridad sobre si volverían o no a casa cada vez que se hacían a la mar. Pensarían que era tan absurdo como arrogante desear la vida que ellos llevaban. Jamás lo comprenderían. Pero él sentía en cada fibra de su cuerpo que aquella era la vida para la que estaba destinado. Cierto que tenía buena cabeza para los estudios, pero jamás se sentía tan a gusto entre libros y conocimiento como allí, en la cubierta de un barco que se balanceaba, con el cabello al viento y el aroma a mar en la nariz.

En cambio a Erik le encantaba el mundo de los libros. Irradiaba un brillo de felicidad a su alrededor cuando, sentado en la cama, por la noche, dejaba vagar los ojos por las páginas de algún volumen demasiado grueso y demasiado viejo como para despertar el entusiasmo de nadie más que de Erik. Devoraba el saber, se zambullía en él, engullía como un hambriento hechos, fechas, nombres y lugares. A Axel le resultaba fascinante, pero también lo entristecía. Su hermano y él eran tan distintos… Quizá por la diferencia de edad. Se llevaban cuatro años. Jamás jugaron juntos, jamás compartieron los juguetes. Además, le preocupaba ver que sus padres hacían distinciones entre los dos. A él lo encumbraban de un modo tan excesivo que alteraba el equilibrio de la familia, convertían a Axel en lo que no era y disminuían la figura de Erik. Pero ¿cómo podía evitarlo? Él sólo hacía aquello para lo que había nacido.

–Pronto arribaremos a puerto.

La voz seca de Elof a su espalda lo hizo dar un respingo. No lo había oído llegar.

–Bajaré a tierra en cuanto atraquemos. Me ausentaré una hora, más o menos.

Elof asintió.

–Ten cuidado, muchacho –le dijo antes de dirigirse a popa para relevarlo en el timón.

Diez minutos más tarde, Axel bajó al muelle no sin antes haber mirado bien a su alrededor. En tierra se atisbaban uniformes alemanes por doquier, aunque la mayoría

de los soldados parecían ocupados en alguna tarea, principalmente el control de los barcos que habían atracado en el muelle. Sintió que se le aceleraba el pulso. Algunos marineros trajinaban en tierra con la carga y descarga de mercancía y él intentó caminar con el mismo descuido con que ellos realizaban su trabajo sin llevar encima ningún secreto. En esta ocasión, Axel no llevaba nada. En este viaje tenía que recoger algo. Axel ignoraba qué contenían los documentos que le habían pedido que introdujera secretamente en Suecia. Y tampoco quería saberlo. Sólo sabía a quién debía entregárselos.

Tenía instrucciones precisas. El hombre que buscaba se hallaría en el extremo más alejado del puerto, llevaría gorra azul y camisa marrón. Con mirada atenta y escrutadora, Axel fue caminando hacia el lugar del puerto donde debía encontrarse el hombre. Todo parecía ir bien por el momento. Nadie se fijaba en un pescador que se movía por la zona con naturalidad. Los alemanes estaban a lo suyo y no le prestaron atención. Por fin vio al hombre. Estaba amontonando cajas y parecía concentrado exclusivamente en acabar la tarea. Axel se le acercó resuelto. El truco consistía en dar la impresión de que tenías algo que hacer allí. De ninguna manera podía cometer el error de empezar a mirar claramente indeciso a su alrededor. Sería tanto como llevar una diana en el pecho.

Una vez junto al hombre, que aún no se había percatado de su presencia, cogió la caja que tenía más cerca y se puso a ayudarle. Vio con el rabillo del ojo que, tras la protección de las cajas, su contacto había dejado caer algo al suelo. Axel fingió agacharse para coger otra caja, pero antes, pescó el documento enrollado y se lo guardó en el bolsillo. Se había producido la entrega. El hombre y él no habían intercambiado todavía ni una sola mirada.

Sintió una sensación de alivio que le recorría las venas y casi le produjo vértigo. La entrega era siempre el momento más crítico. Una vez efectuada, era mucho menor el riesgo de que algo…

–Halt! Hände hoch!

La orden en alemán no procedía de ningún punto concreto. Axel miró desconcertado al hombre que tenía delante, y su mirada culpable lo hizo comprender qué estaba pasando. Era una trampa. O bien toda la misión era un engaño para cogerlo, o bien los alemanes habían conseguido información sobre lo que iba a suceder y habían obligado a los implicados a colaborar para tender la trampa. En cualquier caso, Axel sabía que el juego había terminado. Seguramente, los alemanes lo habían estado vigilando desde que bajó a tierra hasta el momento de la entrega. Y el documento le quemaba en el bolsillo. Alzó las manos en un gesto de sumisión. Los hombres que tenía delante pertenecían a la Gestapo. Se había acabado el juego.

Un enérgico aporreo en la puerta vino a interrumpirlo en su ritual matutino. El mismo todas las mañanas. Primero, una ducha. Luego, el afeitado. Después, preparar el desayuno, dos huevos, una rebanada de pan de centeno con mantequilla y queso y una buena taza de café. Siempre el mismo desayuno, que comía delante del televisor. Los años de cárcel lo hicieron apreciar las rutinas, la predictibilidad de las cosas. Frans volvió a oír los golpes y se levantó irritado para abrir la puerta.

–Hola, Frans. –Allí estaba su hijo, con ese destello implacable en los ojos al que Frans no había tenido más remedio que acostumbrarse.

Ya no era capaz de recordar el tiempo en que todo fue de otro modo. Pero uno debe aceptar lo que no está en su mano cambiar, y aquella era una de las cosas que no podían cambiarse. Tan sólo en los sueños podía recrear la sensación de una mano menuda en la suya. Un vago recuerdo de un tiempo lejano, muy lejano.

Con un suspiro apenas audible, Frans se apartó para dejar entrar a su hijo.

–Hola, Kjell –dijo–. ¿Qué te trae por casa de tu anciano padre?

–Erik Frankel –respondió Kjell con frialdad, observando a su padre como si esperase advertir alguna reacción.

–Estoy en pleno desayuno. Entra.

Kjell lo siguió hasta la sala de estar. No pudo ocultar cierta curiosidad. Nunca había estado en el apartamento.

Frans no le preguntó si quería café. Conocía la respuesta de antemano.

–Y bien, ¿qué pasa con Erik Frankel?

–Sabrás que está muerto. –Su respuesta sonó como la constatación que pretendía ser.

Frans asintió.

–Sí, me he enterado de la muerte del viejo Erik. Una lástima.

–¿Es sincera esa opinión? ¿Te parece una lástima? –Kjell no apartaba la vista de su padre, y este sabía muy bien por qué. No estaba allí como hijo suyo, sino en calidad de periodista.

Frans se tomó su tiempo antes de responder. Era tan profundo el abismo que se abría entre ellos… Tantas cosas las que albergaban los recuerdos y secretos que había tenido que guardar a lo largo de su vida… Pero a Kjell no podía contárselo. No lo comprendería. Había condenado a su padre hacía mucho tiempo. Se encontraban cada uno a un lado de un muro tan alto que no podían ni asomarse al otro lado, y así había sido durante demasiados años. Y a él le correspondía la mayor parte de la culpa. De niño, Kjell no vio mucho a aquel padre presidiario. En varias ocasiones, su madre lo llevó de visita al penal, pero la visión de su carita llena de preguntas en aquella sala desnuda e inhóspita lo hizo endurecerse y renunciar a más visitas. Creyó entonces que era mejor para el niño no tener padre alguno que tener el que de hecho tenía. Tal

vez se equivocó, pero ahora era demasiado tarde para remediarlo.

–Sí, lamento la muerte de Erik. Nos conocimos en la juventud y sólo tengo de él buenos recuerdos. Luego tomamos caminos diferentes y… –Frans hizo con las manos un gesto de resignación. No tenía que explicárselo a Kjell. Ambos lo sabían ya todo sobre los «caminos diferentes».

–Pero eso no es del todo cierto. Tengo información según la cual tuviste contacto con él recientemente. Y la asociación Amigos de Suecia ha mostrado cierto interés por los hermanos Frankel. No tendrás nada en contra de que tome notas, por cierto. –Kjell sacó ostentosamente un bloc que dejó sobre la mesa y retó a su padre con la mirada mientras acercaba el bolígrafo al papel.

Frans se encogió de hombros y le indicó con un gesto que aceptaba. No le quedaban ya fuerzas para seguir con ese juego. Era tanta la ira que albergaba su hijo, que se hacía palpable. Era su propia ira. Esa rabia enervante que siempre había llevado en su interior y que tanto y tan a menudo le había complicado y destrozado la vida. Su hijo había hecho de ella un uso distinto. Claro, él leía lo que Kjell escribía en el periódico. Eran muchas las personas influyentes y los empresarios que habían tenido ocasión de saborear la ira de Kjell Ringholm, en formato impreso en las páginas del diario. En realidad, Kjell y él no eran tan distintos, por mucho que hubiesen elegido puntos de vista diferentes. Ambos se movían por la rabia que llevaban dentro. Esta le ayudó a sentirse como en casa con los presos que simpatizaban con el nazismo y a los que conoció ya en su primer *round* en la cárcel. Todos compartían el mismo odio, la misma energía motriz. Y él sabía argumentar, por supuesto, sabía expresarse, la retórica era una disciplina en la que su padre se había tomado mucho empeño en instruirlo. El hecho de pertenecer a la banda nazi de la cárcel le otorgó estatus y poder, consiguió ser alguien, y la rabia se consideraba un recurso, una prueba de fortaleza. Con los años, asimiló aquel papel. Ya no había forma de distinguir entre él y sus opiniones. Conformaron una unidad indivisible. Y tenía la sensación de que a Kjell le había ocurrido lo mismo.

–¿Por dónde íbamos? –Kjell miró la hoja del bloc aún en blanco–. Ah, sí, al parecer sí había algún contacto entre Erik y tú.

–Sólo debido a nuestra vieja amistad. Nada de particular. Y nada que pueda vincularse a su muerte.

–Sí, eso dices tú –objetó Kjell–. Pero serán otros quienes decidan si es así. En cualquier caso, ¿cuál era el motivo de ese contacto? ¿Una amenaza?

Frans soltó una risita despectiva.

–No sé de dónde has sacado esa información, pero yo no he amenazado a Erik Frankel. Y tú has escrito lo suficiente sobre mis correligionarios como para saber que siempre hay algunos… impulsivos que no piensan de forma razonable. Y lo que hice fue informar a Erik al respecto.

–Tus correligionarios –repitió Kjell con un desprecio rayano en la repulsión–. Te refieres a esos retrógrados perturbados que creen que podéis cerrar las fronteras.

–Llámalo como quieras –respondió Frans con tono cansado–. Pero yo no amenacé a Erik Frankel. Y ahora te agradecería que te marcharas.

Por un instante, Kjell dio la impresión de querer protestar. Luego se puso de pie, se acercó a su padre y le clavó la mirada.

–No fuiste un buen padre para mí, aunque eso puedo sobrellevarlo. Pero te lo juro, si arrastras a mi hijo a esto más de lo que ya lo has hecho… –Kjell apretó los puños.

Frans alzó la vista y le sostuvo la mirada tranquilamente.

–Yo no he arrastrado a tu hijo a nada en absoluto. Ya es lo bastante adulto como para pensar por sí mismo. Y como para elegir por sí mismo.

–¿Igual que tú? –replicó Kjell hiriente, antes de salir disparado, como si ya no soportara hallarse en la misma habitación que su padre.

Frans permaneció sentado sintiendo cómo el corazón le latía en el pecho. Mientras oía la puerta cerrarse, pensó brevemente en la relación entre padres e hijos. Y en las elecciones que otros hacían por ellos.

–¿Qué tal el fin de semana? –Paula dirigió la pregunta tanto a Martin como a Gösta, mientras ponía los cacitos de café en la cafetera. Ambos se contentaron con asentir cariacontecidos. Ninguno de los dos sentía el menor aprecio por el fenómeno llamado «lunes por la mañana». Además, Martin había dormido mal todo el fin de semana.

Últimamente había empezado a sufrir insomnio todas las noches, preocupado por la criatura que nacería al cabo de un par de meses. No porque no lo deseara, todo lo contrario, lo deseaba y mucho, pero era como si, hasta el momento, no hubiese tomado conciencia del grado de responsabilidad que entrañaba. Que se trataba de una vida, que era un pequeño ser humano a quien él tenía que educar, ayudar a crecer y cuidar en cualquier circunstancia. Y esa conciencia lo había tenido con los ojos como platos por las noches, mientras la enorme barriga de Pia se elevaba y descendía al ritmo pausado de su respiración. Lo que él se imaginaba era rechazo y armas, drogas y abusos sexuales, y penas y desgracias. Cuando pensaba en ello, no le veía fin al repertorio de males que podían sobrevenirle a un niño que estaba a punto de nacer. Y, por primera vez, se preguntó si estaba lo bastante maduro para esa misión. Claro que era un poco tarde para tales preocupaciones a aquellas alturas. Dentro de un par de meses, el bebé nacería sin remedio.

–Vaya monigotes que estáis hechos los dos. –Paula se sentó y extendió los brazos sobre la mesa, sin dejar de observar a Gösta y a Martin con una sonrisa.

–Debería estar prohibido llegar de tan buen humor un lunes por la mañana –refunfuñó Gösta al tiempo que se levantaba en busca de otro café. El agua aún no se

había filtrado del todo, así que cuando retiró la cafetera, el café empezó a caer en la placa. Gösta no pareció notarlo siquiera, sino que volvió a colocar la cafetera en su lugar una vez se hubo servido.

–Pero Gösta –dijo Paula reconviniéndolo al ver que le daba la espalda al desaguisado y volvía a sentarse–. No pensarás dejarlo así. Tienes que limpiarlo.

Gösta echó una ojeada a la cafetera y entonces sí pareció darse cuenta del charco que se había formado en la encimera.

–Vaya, sí, lo típico, las mujeres siempre igual. Siempre tan puntillosas.

Paula estaba a punto de replicarle y clavarle un aguijón cuando oyeron un ruido. Un ruido que no se contaba entre los habituales en la comisaría. El alegre parloteo de un niño.

Martin estiró el cuello con gesto esperanzado.

–Debe de ser… –empezó a decir. Pero antes de que concluyese la frase, vio a Patrik en la puerta. Con Maja en brazos.

–¡Hola a todos!

–¡Hola! –respondió Martin encantado–. Vaya, no podías aguantar más sin venir por aquí, ¿verdad?

Patrik sonrió.

–Bueno, más bien es que la pequeña y yo hemos pensado pasarnos a comprobar que de verdad estáis trabajando. ¿A que sí, cariño? –Maja se puso a manotear corroborando sus palabras con un alegre gorjeo. Luego empezó a retorcerse, clara señal de que quería liberarse. Patrik la dejó en el suelo y Maja emprendió una carrera inmediata y tambaleante. Derecha a donde se encontraba Martin.

–Hola, Maja, bonita. Ajá, ¿así que te acuerdas del tío Martin? Con el que estuviste mirando flores. ¿Sabes qué? El tío Martin te va a traer una caja de juguetes. –Dicho esto, se levantó y fue a buscar la caja que tenían en la comisaría, precisamente por si alguien se presentaba con niños a los que hubiera que distraer un rato. Maja se puso contentísima al ver el cofre del tesoro lleno de objetos divertidos y maravillosos que se materializó en la cocina.

–Gracias, Martin –dijo Patrik. Se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa–. Y bien, ¿qué tal os van las cosas? –quiso saber haciendo una mueca al probar el primer sorbo. Era obvio que no le había llevado más de una semana olvidar lo repugnante que era el café de la comisaría.

–Pues un poco lento sí que va –admitió Martin–. Pero tenemos alguna que otra pista. –Y lo puso al corriente de la conversación mantenida con Frans Ringholm y con Axel Frankel. Patrik lo escuchaba asintiendo con interés.

–Y el viernes pasado Gösta fue a sacar las huellas dactilares y de pisadas de uno de los chicos. Sólo nos queda obtener también las del otro muchacho para poder descartarlos de la investigación.

–¿Y qué dijo? –preguntó Patrik–. ¿Vieron algo interesante? ¿Por qué eligieron justo la casa de los Frankel? ¿Averiguasteis algo sobre lo que podamos seguir investigando?

–Qué va, no conseguí sacarle nada útil –respondió Gösta enojado. Era como si Patrik estuviese cuestionando su modo de hacer el trabajo, y no le hizo ninguna gracia. Sin embargo, al mismo tiempo, Patrik desencadenó en su cerebro una serie de cuestiones… Algo se movía allí dentro, algo que él sabía y que debería poder sacar a la luz. Claro que quizá sólo fuesen figuraciones suyas. Y, además, si decía algo más al respecto, Patrik se saldría con la suya.

–*Summa summarum*, que, por ahora, no salimos del círculo. Lo único interesante que tenemos es la vinculación con los Amigos de Suecia. Por lo demás, Erik Frankel no parecía tener enemigos, no hemos descubierto ningún otro móvil para que lo asesinaran.

–¿Habéis mirado sus extractos bancarios? Quizá ahí encontréis algo interesante, ¿no? –sugirió Patrik pensando en voz alta.

Martin meneó la cabeza irritado por no haber caído en la cuenta él mismo.

–Lo haremos tan pronto como sea posible –aseguró–. Y también deberíamos preguntarle a Axel si había alguna mujer en la vida de Erik. Bueno, o algún hombre, claro. Alguien a quien quizá se confiase en la cama. Y otra cosa que haremos hoy mismo es hablar con la mujer de la limpieza de Erik y Axel.

–Bien –aprobó Patrik asintiendo conforme–. Quizá ella pueda explicar por qué no ha ido a limpiar en todo el verano. Razón por la cual no descubrió el cadáver de Erik.

Paula se puso de pie.

–¿Sabéis qué? Voy a llamar a Axel ahora mismo para preguntarle si Erik tenía pareja –dijo encaminándose a su despacho.

–¿Tenéis aquí las cartas que Frans le envió a Erik? –preguntó Patrik.

Martin se puso de pie.

–Claro, voy a buscarlas. Porque supongo que lo que quieres es echarles un vistazo, ¿no?

Patrik se encogió de hombros con fingida indiferencia.

–Sí, bueno, ya que estoy aquí…

Martin se echó a reír.

–Imposible borrarle las rayas a la cebra, ¿eh? ¿Tú no estabas de baja paternal?

–Ya, ya, ya verás cuando te toque a ti. El número de horas que uno es capaz de pasar en el cajón de arena es limitado. Y Erica trabaja en casa, así que lo mejor para ella es que nos quitemos de en medio.

–Sí, bueno, pero ¿estás seguro de que Erica quería que os quitarais de en medio viniendo a la comisaría? –insistió Martin con un brillo jocoso en la mirada.

–Bueno… Puede que no, pero sólo he venido a echar un vistazo, a comprobar que

os portáis bien.

–Ya, en ese caso, será mejor que vaya a buscar las cartas, para que puedas ojearlas…

Unos minutos después volvía Martin con las cinco cartas, guardadas en fundas de plástico. Maja alzó la vista de la caja de juguetes y alargó el brazo en busca de los papeles que Martin llevaba en la mano, pero este los apartó y se los entregó a Patrik.

–No, cariño, esto no es un juguete.

Maja recibió la noticia con gesto ofendido, pero volvió a sumergirse en la investigación de la caja de juguetes.

Patrik extendió las cartas sobre la mesa una junto a otra. Las leyó en silencio, arrugando el entrecejo.

–No puede decirse que sea nada concreto. Y lo que más hace es repetirse. Dice que Erik debería andarse con cuidado, puesto que ya no puede protegerlo. Que hay fuerzas en el seno de los Amigos de Suecia que no piensan, sino que actúan –Patrik siguió leyendo–. Y en esta me da la impresión de que Erik ha contestado, porque Frans le dice: «Considero que te equivocas en eso que dices. Hablas de consecuencias. De responsabilidad. Yo hablo de enterrar el pasado. De mirar al futuro. Tú y yo tenemos posiciones y puntos de partida distintos. En el fondo se arrastra el mismo monstruo. Y, a diferencia de lo que tú opinas, pienso que sería una insensatez despertar a la vida monstruos de antaño. Hay huesos que es mejor no tocar. Te di mi parecer sobre lo sucedido en la carta anterior, y no me pronunciaré más al respecto. Y te recomiendo que hagas lo propio. En estos momentos he optado por actuar como un protector, pero si la situación cambiara, si el monstruo sale a la luz, quizá me incline por otra cosa».

Patrik miró a Martin.

–¿Le habéis preguntado a Frans qué quiso decir con eso? ¿A qué «monstruos de antaño» se refiere?

–No, aún no hemos podido preguntarle, pero hablaremos con él en más ocasiones.

Paula apareció de nuevo en el umbral.

–He logrado localizar a la mujer fundamental en la vida de Erik. Hice lo que proponía Patrik, he llamado a Axel. Y me dijo que, los últimos cuatro años, Erik había tenido una «buena amiga», según dijo, llamada Viola Ellmander. También he hablado con ella. Puede recibirnos hoy mismo, a lo largo de la mañana.

–Vaya, sí que has sido rápida –observó Patrik con una sonrisa alentadora.

–¿No te vienes con nosotros? –preguntó Martin en un impulso, aunque, después de echarle una ojeada a Maja, que estaba examinando a fondo los ojos de la muñeca, añadió–: No, claro, no puede ser.

–Claro que puede ser, puedes dejármela a mí –se oyó una voz desde la puerta. Annika miraba a Patrik esperanzada y le dedicó a Maja una amplia sonrisa que fue

recompensada con otra de las mismas proporciones. A falta de hijos propios, Annika aprovechaba de mil amores la ocasión para tomar uno prestado.

–Pues… –comenzó Patrik mirando a Maja pensativo.

–¿Es que no me crees capaz de hacerlo bien? –objetó Annika cruzándose de brazos y fingiéndose ofendida.

–No, no es eso… –repuso Patrik, aún un tanto indeciso. Pero la curiosidad ganó la batalla y, al final, asintió–: Vale, lo haremos así. Iré con vosotros, pero ida y vuelta, así estaré de regreso antes del almuerzo. Y llámame enseguida si surge algún problema. Ah, por cierto, tiene que comer alrededor de las once y media. Y todavía le gusta la comida bien triturada, aunque creo que traigo un tarro de salsa de carne picada que puedes calentar en el micro, y después de comer suele entrarle sueño, pero no tienes más que acostarla en el cochecito y pasearla un poco, y no olvides el chupete y el oso de peluche, que lo quiere a su lado para dormir y…

–¡Para, para! –Annika alzó las manos muerta de risa–. Estoy segura de que Maja y yo nos las arreglaremos perfectamente. No hay problema. Procuraré que no se muera de inanición mientras esté bajo mi cuidado, y lo de la siestecita también lo bordaremos.

–Gracias, Annika –dijo Patrik poniéndose de pie. Se acuclilló junto a su hija y le dio un beso en la cabecita rubia–. Papá va a salir un momento. Te quedarás con Annika, ¿de acuerdo? –Maja lo miró un instante atónita, pero enseguida volvió a concentrarse en los juguetes y a intentar arrancarle las pestañas a la muñeca. Patrik se levantó, algo decepcionado, y observó:

–Ajá, ya ves lo imprescindible que es uno. Bueno, pues nada, que lo paséis bien.

Le dio un abrazo a Annika y se encaminó a la cochera. Una maravillosa sensación de euforia lo invadió en cuanto se sentó al volante del coche de policía, con Martin en el asiento del acompañante. Paula se sentó detrás, con una nota en la que llevaba escrita la dirección de Viola. Patrik dio marcha atrás para sacar el coche y puso rumbo a Fjällbacka. Era tal el placer que sentía que tuvo que reprimir el deseo de ponerse a tararear una cancioncilla.

Axel colgó despacio el auricular. De repente, todo se le antojaba irreal. Era como si aún siguiese en la cama y estuviese soñando. La casa sin Erik estaba tan vacía… Siempre procuraron tener cada uno su espacio. Hicieron lo posible por no invadir la esfera privada del otro. A veces podían pasar días enteros sin hablarse. Solían comer a horas distintas y mantenerse cada uno en las habitaciones que les correspondían en distintas partes de la casa. Pero eso no significaba que no se quisieran. Se querían. O se quisieron, se apresuró a corregirse. Porque el silencio actual era distinto al de antes. Un silencio diferente al que reinaba cuando Erik leía abajo, en la biblioteca. Entonces siempre tenían la oportunidad de romper el silencio intercambiando unas

palabras. Si así lo hubieran querido. Este silencio, en cambio, era total, infinito. Sin fin.

Erik jamás llevó a Viola a casa. Ni tampoco habló nunca de ella. Las únicas veces que Axel habló con ella fue cuando llamaba y él respondía al teléfono. Entonces, Erik solía desaparecer un par de días. Hacía una pequeña maleta con lo imprescindible, se despedía brevemente y se marchaba. A veces Axel sentía cierta envidia cuando veía a su hermano partir así. Envidia de que tuviese a alguien. Axel no había tenido suerte con ese aspecto de la vida. Claro que había habido mujeres, por supuesto que sí. Pero nada que perdurase más allá del primer enamoramiento. Siempre fue culpa suya. De eso no le cabía la menor duda, pero no había nada que pudiese hacer. La otra faceta de su vida era demasiado fuerte, demasiado absorbente. Con los años, se había convertido en una amante exigente que no dejaba espacio para nada más. El trabajo era su vida, su identidad, el núcleo de su ser. No sabía cuándo empezó a ser así. Aunque, no, eso era mentira.

En el silencio del hogar, Axel se sentó en la silla almohadillada que había en la consola de la entrada. Por primera vez desde la noticia de la muerte de su hermano, se abandonó al llanto.

Erica disfrutaba de la calma reinante. Incluso podía tener abierta la puerta del despacho sin que la molestasen los ruidos de fuera. Puso los pies en la mesa pensando en la conversación mantenida con el hermano de Erik Frankel. Había abierto una especie de ventanuco en su interior. Una curiosidad enorme, inconmensurable por las facetas que, obviamente, ni conocía ni había sospechado jamás en su madre. Al mismo tiempo tenía la intuición de que sólo había oído una milésima parte de lo que Axel Frankel sabía de Elsy. Pero ¿por qué iba a molestarse en ocultarle nada a ella? ¿Cuál era la parte del pasado de su madre que el anciano se resistía a contarle? Alargó el brazo en busca de los diarios y continuó leyendo donde lo había dejado hacía unos días. Sin embargo, la lectura no le proporcionó ninguna pista, sólo pensamientos y el día a día de una adolescente. Nada de grandes revelaciones, nada que justificase la curiosa expresión que advirtió en los ojos de Axel cuando hablaba de su madre.

Erica siguió leyendo, rebuscando entre las páginas algo que le llamase la atención. Algo, cualquier cosa, que pudiera calmar aquel desasosiego que la dominaba por dentro. Sin embargo, hubo de esperar hasta las últimas páginas del tercer diario para encontrar algo que indicase una conexión más o menos relevante con la persona de Axel.

Enseguida supo lo que tenía que hacer. Bajó los pies, cogió los diarios y los guardó en el bolso con mucho cuidado. Después de abrir la puerta para comprobar qué tiempo hacía, se puso una chaqueta fina y se marchó caminando a paso ligero.

Tomó la empinada escalera que conducía al Badis y se detuvo en el último

peldaño, sudorosa tras el esfuerzo. El viejo restaurante parecía desierto y abandonado ahora que había pasado la aglomeración estival, aunque, a decir verdad, incluso en verano el establecimiento llevaba ya varios años arrastrando una magra existencia. Una lástima. La situación no podía ser mejor: el restaurante coronaba la montaña que se erguía por encima del muelle, y tenía vistas sobre todo el archipiélago de Fjällbacka. Pero el edificio se había deteriorado considerablemente con los años y, con toda probabilidad, se requerían inversiones millonarias para hacer del Badis algo decente.

La casa que buscaba Erica se veía un trecho más allá del restaurante, y había decidido probar suerte con la esperanza de que la persona a la que quería ver estuviese en casa.

Un par de ojos despiertos la recibieron en cuanto se abrió la puerta.

–¿Sí? –preguntó la señora que la miraba curiosa desde la entrada.

–Soy Erica Falck –vaciló un instante…–. Soy hija de Elsy Moström.

Un destello fugaz cruzó la mirada de Britta. Tras unos minutos de silencio en los que permaneció inmóvil, la mujer sonrió de pronto y se apartó a un lado.

–Sí, claro. La hija de Elsy. Ahora lo veo claro. Entra.

Erica obedeció y miró curiosa a su alrededor. Era una casa luminosa y agradable, con las paredes llenas de fotos de los hijos y los nietos, y quizá incluso de los biznietos.

–Es el clan al completo –explicó Britta sonriente al tiempo que señalaba la colección de fotografías.

–¿Cuántos hijos tiene? –preguntó Erica cortés mirando las fotografías.

–Tres hijas. Y, por el amor de Dios, no me trates de usted, que me hace sentir vieja. No porque no lo sea, pero una no tiene por qué sentirse así. Después de todo, la edad no es más que una cifra.

–Sí, eso es verdad –convino Erica riendo. Aquella señora le caía estupendamente.

–Ven y siéntate –le propuso Britta rozándole el codo. Después de haberse quitado zapatos y chaqueta, Erica la acompañó hasta la sala de estar.

–¡Qué casa más bonita!

–Llevamos cincuenta y cinco años viviendo aquí –contó Britta con una expresión dulce en el rostro iluminado por una sonrisa. Se sentó en un sofá grande con estampado de flores y dio unas palmaditas en el asiento de al lado–. Siéntate aquí para que podamos charlar un rato. Me ha encantado conocerte, que lo sepas. Elsy y yo… fuimos muy amigas en nuestra juventud.

Por un instante, Erica creyó percibir el mismo tono extraño que cuando estuvo hablando con Axel, pero, si así fue, desapareció enseguida y Britta volvió a sonreír dulcemente.

–Verás, limpiando el desván encontré varios objetos que pertenecieron a mi

madre y… me entró curiosidad, sencillamente. No sé mucho sobre ella. Por ejemplo, ¿cómo os conocisteis?

–Elsy y yo éramos compañeras de banco. Nos tocó sentarnos juntas el primer día de escuela y, bueno, así seguimos siempre.

–Y también conocíais a Erik y a Axel Frankel, ¿verdad?

–Sí, bueno, más a Erik que a su hermano Axel, que era unos años mayor que nosotros y, seguramente, pensaba que éramos unos mocosos que no hacíamos más que incordiar. Eso sí, era guapísimo.

–Sí, eso tengo entendido –rio Erica–. Aún se le nota, por cierto.

–Sí, me inclino por darte la razón, pero no se lo digas a mi marido –susurró Britta fingiendo una confesión secreta.

–Prometido. –A Erica le gustaba cada vez más la vieja amiga de su madre–. ¿Y Frans? Por lo que he sabido, Frans Ringholm también formaba parte de vuestro grupo, ¿no?

Britta se puso rígida.

–Frans, sí, claro. Él también formaba parte de nuestro grupo.

–No parece que te entusiasme Frans…

–¿Que no me entusiasma? Oh, sí, yo estaba perdidamente enamorada de él. Pero debo confesar que nunca me correspondió. Él sólo miraba a una persona.

–Ajá, ¿a quién? –preguntó Erica, pese a que ya conocía la respuesta.

–Frans sólo tenía ojos para tu madre. Le iba detrás como un cachorrillo. Y no porque le diese ningún resultado, tu madre jamás se habría fijado en alguien como Frans. Eso sólo lo hacíamos las tontainas como yo, que no se interesaban más que por la superficie. Porque atractivo sí que era. Tenía ese atractivo un tanto peligroso que tanto apreciamos en la adolescencia, aunque a una edad más madura resulte aterrador.

–Pues… no sé –objetó Erica–. Yo creo que los hombres peligrosos siguen conservando su poder de atracción sobre mujeres de más edad.

–Seguramente tienes razón –admitió Britta mirando por la ventana–. Pero, por suerte, a mí se me pasó con la edad. Y se me pasó el interés por Frans. Él… no era un hombre con el que una deseara compartir la vida, no como mi Herman.

–¿No crees que te juzgas con un exceso de dureza? Me refiero a que, desde luego, no pareces ninguna tontaina.

–No, ahora ya no. Pero, más vale admitirlo, hasta que conocí a Herman y tuve a mi primera hija… No, yo no era precisamente una buena chica.

La franqueza de Britta sorprendió a Erica. Era un juicio muy duro el que emitía sobre sí misma.

–¿Y Erik? ¿Cómo era?

Britta miró una vez más por la ventana. Se diría que estaba reflexionando sobre la pregunta. Luego, su rostro volvió a dulcificarse.

–Erik era, ya entonces, un viejo prematuro. Aunque no lo digo en tono despectivo. Sencillamente, pensaba como un abuelo. Y era razonable como un adulto. Pensaba mucho. Y leía una barbaridad. Siempre, siempre andaba con la cabeza hundida en algún libro. Frans solía meterse con él por ello, pero Erik siempre salía airoso, con aquello de que su hermano era quien era.

–Por lo que parece, Axel tenía mucho éxito.

–Axel era un héroe. Y Erik, quien más lo admiraba de todos. Adoraba la tierra que pisaba su hermano. Para Erik, Axel no podía equivocarse. –Britta le dio a Erica una palmadita en la pierna y se levantó bruscamente–. ¿Sabes qué? Voy a poner una cafetera antes de que sigamos hablando. Así que la hija de Elsy. Me encanta, de verdad que me encanta.

Erica se quedó donde estaba mientras Britta iba a la cocina. Oyó el tintineo de la vajilla y el agua del grifo. Luego, de pronto, el silencio. Erica aguardó tranquilamente en el sofá, disfrutando de la vista que tenía delante. Pero, al cabo de unos minutos, al ver que no se oía el menor ruido, empezó a extrañarse.

–¿Britta? –la llamó en voz alta sin obtener respuesta. Se levantó y se dirigió a la cocina para buscar a su anfitriona.

Halló a Britta sentada a la mesa de la cocina, con la vista al frente y la mirada perdida. Uno de los fogones estaba incandescente y la cafetera vacía empezaba a humear. Erica corrió a retirarla del fuego.

–¡Joder! –gritó al quemarse con el asa. Para mitigar el dolor, puso un rato la mano bajo el chorro de agua fría. Se volvió hacia Britta. Era como si se le hubiese apagado la mirada.

–¿Britta? –preguntó en voz baja. Sintió una punzada de preocupación al pensar que tal vez la mujer hubiese sufrido algún tipo de ataque, pero Britta se volvió finalmente hacia ella.

–¡Elsy, por fin te has decidido y has venido a verme!

Erica la miraba estupefacta. E intentó hacerla entrar en razón:

–Britta, soy Erica, la hija de Elsy.

La mujer no parecía registrar lo que le decía. Antes al contrario, susurró en voz muy baja:

–Elsy, llevo tanto tiempo queriendo hablar contigo…Tengo tantas cosas que explicarte… Pero no he podido…

–¿Qué es lo que no has podido explicar? ¿De qué querías hablar con Elsy? –Erica se sentó frente a Britta, sin poder ocultar su curiosidad. Por primera vez desde que encontró las pertenencias de su madre, sentía que estaba a punto de descubrir el meollo de todo aquello. De descubrir la explicación de lo que había intuido durante su conversación con Erik y luego con Axel. Algo que estaba escondido, algo que nadie quería que ella supiera.

Pero Britta la miraba desconcertada, sin pronunciar ni una sola palabra. Una parte de Erica quería inclinarse y zarandearla, obligarla a contar lo que había estado a punto de revelarle. En cambio, insistió con sus preguntas:

–¿Qué es lo que no pudiste explicar? ¿Algo relacionado con mi madre? ¿Qué?

Britta hizo un gesto con la mano para mandarla callar, pero se inclinó luego hacia Erica. Con voz queda, susurrante, le dijo:

–Quería hablar contigo. Pero los huesos viejos. Tienen que… descansar en paz. De nada sirve… Erik dijo que… soldado desconocido… –su voz murió en un murmullo ininteligible y Britta fijó la vista en el infinito.

–¿Qué huesos? ¿De qué hablas? ¿Qué dijo Erik? –Sin darse cuenta, Erica había empezado a alzar la voz y, en el silencio de la cocina, resonó como un grito. Britta reaccionó tapándose los oídos con las manos y salmodiando una retahíla inextricable de palabras, como los niños cuando no quieren oír una regañina.

–¿Qué está pasando aquí? ¿Y tú quién eres? –Una voz airada de hombre la interpelaba a su espalda y Erica se dio la vuelta sin levantarse de la silla. Un hombre alto con una corona de cabello cano alrededor de la mollera calva y con dos bolsas del supermercado en la mano la miraba fríamente. Erica comprendió que debía de tratarse de Herman. Y se puso de pie.

–Lo siento, yo… Soy Erica Falck. Britta conoció a mi madre de joven y sólo quería hacerle unas preguntas. Al principio todo parecía normal… pero luego… y había encendido el fogón. –Erica se oía balbucir, pero toda aquella situación resultaba increíblemente desagradable. A su espalda, Britta continuaba entonando la misma cantinela incomprensible.

–Mi mujer tiene Alzheimer –dijo Herman dejando las bolsas en el suelo. La frase destilaba un pesar indecible y Erica notó una punzada de remordimientos. Alzheimer. Claro, debería haberlo comprendido. Aquellos rápidos cambios entre la más absoluta lucidez y una actitud de absorto desconcierto… Recordó haber leído que el cerebro de los pacientes de Alzheimer degenera hasta conducirlos a una especie de zona fronteriza donde, finalmente, sólo les queda una nebulosa.

Herman se acercó a su mujer y le apartó cariñosamente las manos de los oídos.

–Britta, querida. He tenido que salir a hacer la compra, pero ya he vuelto. Chist… Venga, no pasa nada… –Fue meciéndola con suavidad hasta que Britta empezó a abandonar su letanía. El hombre miró a Erica–. Será mejor que te vayas. Y me gustaría que no volvieras.

–Pero… Britta ha mencionado algo sobre… Es que necesitaría saber… –Erica tropezaba con las palabras en un intento de expresarse con acierto, pero Herman la miró a los ojos y repitió:

–No vuelvas por aquí.

Erica salió de la casa amilanada, sintiéndose como un ladrón, como una intrusa. A

sus espaldas oía a Herman intentando calmar a su mujer. Pero en su cabeza resonaban las palabras de Britta, lo que le dijo sobre «viejos huesos». ¿A qué habría querido referirse?

Los geranios habían florecido con insólita belleza aquel verano. Viola iba cortando amorosamente las hojas mustias de las flores. Era necesario, si quería que mantuvieran su frescura. Su plantación de geranios era, a aquellas alturas, impresionante. Todos los años cortaba algunos esquejes de los que ya tenía, los plantaba cuidadosamente en tiestos pequeños para trasplantarlos a macetas más grandes una vez hubiesen echado raíces. Su favorito era el geranio enredadera. Ninguno lo superaba en belleza. Había algo en la combinación del rosa delicado de las flores y lo desmañado e informe de los tallos que conformaba toda una experiencia estética. Aunque el geranio aromático también era bonito.

Eran muchos. Los amantes de los geranios eran muchos. Desde que su hijo la inició en el fantástico mundo de Internet, participaba en tres foros y estaba suscrita a cuatro boletines de novedades. Sin embargo, lo más satisfactorio era el intercambio de correos electrónicos con Lasse Anrell. Si alguien amaba los geranios más que ella, ese era Lasse, sin duda. Empezaron a cartearse desde que Viola asistió a una de las charlas sobre su libro acerca de los geranios. Aquella tarde, Viola tenía muchas preguntas que hacer. Se cayeron bien enseguida y ahora deseaba ver aparecer sus mensajes, que se materializaban en la bandeja de entrada de vez en cuando. Erik solía bromear con eso. Decía que, en realidad, ella tenía con Lasse Anrell una aventura a sus espaldas y que toda aquella charla sobre los geranios era, en el fondo, un código secreto para actividades mucho más amorosas… Y en concreto, sobre el significado del nombre «geranio aromático» tenía Erik una teoría casera y, de hecho, así llamaba él a su… bueno, justamente, lo llamaba «geranio aromático». Viola se ruborizó un poco al recordarlo, pero el rubor desapareció enseguida para dar paso a las lágrimas cuando, por enésima vez en los últimos días, tomó conciencia de que Erik ya no estaba.

La tierra de los geranios absorbió con ansia el agua mientras ella los iba rociando con la regadera. Era muy importante no regarlos en exceso. En realidad, había que esperar a que la tierra estuviese lo bastante seca antes de volver a regar. Aquello constituía una metáfora muy adecuada para su relación con Erik, en más de un sentido. La tierra de ambos estaba bien seca cuando se conocieron, y los dos se esmeraban por no regar demasiado lo que había entre ellos. Continuaron viviendo cada uno en su casa, viviendo cada uno su vida y viéndose cuando tenían ganas y fuerzas para ello. Fue una promesa que se hicieron desde el principio. Que su relación sería fuente de alegrías y no estaría lastrada por las trivialidades del día a día. Sólo un intercambio mutuo de cariño, amor y buena conversación. Cuando estuviesen de

ánimo.

Viola dejó la regadera en el suelo y se enjugó las lágrimas en las mangas de la camisa cuando oyó que llamaban a la puerta. Respiró hondo, echó una última ojeada a sus geranios para hacer acopio de valor y fue a abrir.

Fjällbacka, 1943

–Britta, tranquilízate… ¿Qué ha pasado? ¿Se ha emborrachado otra vez? –Estaban sentadas en la cama y Elsy trataba de calmar a su amiga acariciándole la espalda. Britta asintió. Intentó decir algo, pero sólo logró emitir un sollozo. Elsy la abrazó y siguió acariciándola.

–Vamos, vamos, pronto podrás irte de casa. Entrar a servir en algún sitio. Y librarte de ese calvario.

–No pienso… No pienso volver nunca más –gimoteó Britta con la cara hundida en el pecho de Elsy.

Elsy notó que las lágrimas le humedecían la camisa, pero no le importaba.

–¿Ha vuelto a pegarle a tu madre?

Britta asintió.

–Sí, le pegó en la cara. Y ya no he visto más, salí corriendo de allí. ¡Ay, si yo fuera chico! Entonces le habría dado una buena tunda.

–Anda ya, con lo guapa que eres, habría sido una lástima que hubieras sido chico –repuso Elsy meciéndola entre risas. Conocía a su amiga lo suficiente como para saber que los halagos solían ponerla de buen humor.

–Ummm… –replicó Britta, algo más calmada–. Pero me dan pena mis hermanos pequeños.

–No hay mucho que puedas hacer por ellos –observó Elsy, recreando en su mente la figura de los tres hermanos menores de Britta. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar llena de ira en la situación en que Tor, el padre de su amiga, había puesto a su familia. Era célebre en Fjällbacka por lo mal que le sentaba la bebida y nadie ignoraba que, varias veces por semana, se empleaba con Rut, su mujer, un ser medroso que intentaba ocultar los moratones con el pañuelo si tenía que salir por el pueblo antes de que se le hubiesen borrado de la cara. Los niños también recibían alguna que otra paliza de vez en cuando, pero por lo general eran los dos hermanos pequeños de Britta los que se llevaban todos los golpes. Britta y su hermana solían salir mejor paradas.

–Ojalá se muriera. Ojalá tropezara borracho y cayera y se ahogara –susurró Britta.

Elsy la abrazó aún más fuerte.

–Chist, no debes hablar así, Britta. Ni siquiera pensar así. Todo se arreglará, con la mediación de la Divina Providencia. Se arreglará de algún modo. Sin que tú tengas que pecar deseando su muerte.

–¿Dios? –preguntó Britta con amargura–. A nuestra casa no ha sabido llegar, creo yo. Aun así mi madre se pasa los domingos rezándole. No será porque le haya servido de mucho. Y, claro, para ti es fácil hablar de Dios. Tus padres son tan buenos… Y no tienes hermanos con los que compartir las estrecheces ni de los que ocuparte. –La voz

de Britta destilaba una amargura abismal.

Elsy la soltó. En tono amable, pero con un eco de recriminación en el timbre, le dijo:

–Sí, claro, sólo que nosotros tampoco lo tenemos tan fácil. Mi madre está siempre tan preocupada por mi padre, que adelgaza día tras día. Desde que torpedearon el *Öckerö*, cree que cada salida de mi padre será la última. A veces la sorprendo mirando al mar fijamente, como si tratase de conjurarlo para que le devuelva a mi padre.

–Bueno, pero a mí no me parece comparable –protestó Britta con un sollozo lastimero.

–Ya, claro, no es comparable, sólo quería decir que… Bah, olvídalo. –Elsy sabía que sería infructuoso continuar con aquella conversación. Conocía a Britta desde la más tierna infancia y la apreciaba por los aspectos buenos que tan bien conocía. Pero resultaba innegable que, en ocasiones, se comportaba con un egoísmo enorme y que tenía serias dificultades para ver otros problemas aparte de los propios.

Oyeron pasos en la escalera y Britta se puso de pie de un salto y empezó a enjugarse las lágrimas a toda prisa.

–Tienes visita –dijo Hilma en tono frío. A su espalda, en la escalera, aparecieron Frans y Erik.

–¡Hola!

Elsy advirtió que a su madre no le agradaba la visita, pero la mujer los dejó solos, no sin antes haber añadido:

–Elsy, no olvides que, dentro de muy poco, tienes que llevar la ropa ya lavada a casa de los Österman. Así que no más de diez minutos. Y ya sabes que tu padre llegará en cualquier momento.

Dicho esto, se marchó escaleras abajo y, a falta de otro lugar mejor, Frans y Erik se sentaron en el suelo de la habitación de Elsy.

–No parece que le guste demasiado que vengamos a verte –observó Frans.

–Mi madre opina que la gente de distinta clase no debe mezclarse –explicó Elsy–. Se supone que vosotros sois gente fina, aunque no sé de dónde se lo ha sacado –bromeó entre risas, a lo que Frans respondió sacándole la lengua. Entre tanto, Erik observaba a Britta.

–¿Qué te pasa, Britta? –preguntó con voz queda–. Tienes pinta de haber estado llorando…

–Nada de lo que tengas que preocuparte –le espetó Britta con un gesto altanero.

–Bah, seguro que son cosas de chicas –rio Frans.

Britta lo miró con adoración y con una amplia sonrisa, aunque aún tenía los ojos enrojecidos.

–¿Por qué tienes que ser siempre tan provocador, Frans? –le espetó Elsy cruzando

las manos sobre las rodillas–. Que sepas que hay gente que lo pasa mal. Todo el mundo no lo tiene tan fácil como tú. La guerra es muy dura para muchas familias. Deberíais pensar en ello de vez en cuando.

–¿Deberíamos? ¿Cómo he entrado yo a formar parte de este asunto? –preguntó Erik a su vez, un tanto herido–. Todos sabemos que Frans es un idiota y un ignorante, pero acusarme a mí de no conocer el sufrimiento de la gente… –Erik miraba a Elsy ofendido, pero dio un respingo y soltó un grito cuando Frans le dio un puñetazo en el hombro.

–¿Un idiota y un ignorante? ¿Es eso lo que me has llamado? Yo creo más bien que los idiotas son los que dicen cosas como «conocer el sufrimiento de la gente». Suenas como si tuvieras ochenta años. Por lo menos. No creo que sea muy saludable para ti leer todos esos libros. Algo se te ha escacharrado ahí arriba. –Frans ilustró lo que decía dándose un golpecito con el dedo en la sien.

–Bah, no le hagas caso –le aconsejó Elsy con voz cansina. A veces se sentía tan harta de las riñas constantes de los chicos… Eran increíblemente infantiles.

Un ruido en la planta baja le iluminó la cara.

–¡Ha llegado mi padre! –Sonrió encantada a los tres amigos y se levantó para bajar a saludarlo. Pero algo en el tono de voz de sus padres la paralizó enseguida. Había ocurrido algo. Las voces subían y bajaban de volumen claramente alteradas y del tono jubiloso que solía acompañar la llegada de su padre no había ni rastro. Entonces oyó unos pasos pesados que se acercaban a la escalera y empezaban a subir. En cuanto vio la cara de su padre, supo que algo iba mal. Estaba pálido y se pasaba la mano por el pelo de ese modo tan particular que indicaba una preocupación sincera.

–¿Papá? –dijo Elsy vacilante, con el corazón latiéndole acelerado en el pecho. ¿Qué habría sucedido? La muchacha buscó su mirada, pero observó que su padre se fijaba en Erik. Abrió la boca varias veces con la intención de decir algo, pero volvía a cerrarla, como si las palabras no quisieran salir. Hasta que, al final, logró articular:

–Erik, deberías irte a casa. Tus padres… deberías estar con ellos.

–¿Qué ha pasado? ¿Por qué…? –Erik se llevó la mano a la boca, al caer en la cuenta de qué tipo de malas noticias podía traerle el padre de Elsy–. ¿Axel? ¿Está…? –Fue incapaz de concluir la frase, tragaba saliva sin cesar para aliviar el nudo que tenía en la garganta. Las ideas se precipitaban en su cabeza y, de repente, se imaginó el cuerpo sin vida de Axel. ¿Cómo podría mirar a sus padres a la cara? ¿Cómo podría…?

–No está muerto –afirmó Elof subrayando sus palabras con un gesto tranquilizador, al comprender cuáles eran las sospechas del muchacho–. No, no está muerto –repitió–. Pero lo han cogido los alemanes.

La cara de Erik expresaba un desconcierto absoluto mientras se esforzaba por procesar la información. El alivio y la alegría ante la certeza de que Axel no estaba

muerto no tardaron en dar paso a la preocupación y la consternación al saber que su hermano estaba en manos del enemigo.

–Vamos, te acompaño a casa –se ofreció Elof. Todo su cuerpo parecía aplastado bajo el peso de la tarea que lo aguardaba: contar a los padres de Axel que, en esta ocasión, su hijo no había vuelto del viaje.

Paula iba encantada en el asiento trasero. La riña de Patrik y Martin, que iban delante, le infundía cierta seguridad y creaba un ambiente agradable. Justo en aquel momento, Martin se estaba extendiendo en su explicación de que el modo de conducir de Patrik no se contaba entre las cosas que él añoraba. Sin embargo, era obvio que los dos colegas se apreciaban mutuamente, y ella misma ya había empezado a sentir respeto por Patrik.

En general, Tanumshede había resultado un acierto por ahora. No sabía a qué se debía, pero desde que se mudaron allí, tenía la sensación de hallarse en casa. Llevaba tantos años en Estocolmo que había olvidado la sensación de vivir en un pueblecito. Quizá fuese porque, en más de un sentido, Tanumshede le recordaba al pueblo chileno en el que vivió los primeros años de su vida, antes de que huyeran rumbo a Suecia. No se le ocurría ninguna otra explicación de por qué se había adaptado tan a la perfección al ritmo y al ambiente de Tanumshede. No había en Estocolmo nada que ella añorase. Quizá se debiera a que, durante sus años como policía en la capital, había presenciado lo peor de lo peor, lo cual marcaba su visión de la ciudad. Pero en realidad, nunca encajó allí. Ni de niña, ni de adulta. A su madre y a ella les asignaron un pequeño apartamento a las afueras de Estocolmo. Ambas pertenecían a una de las primeras oleadas de inmigrantes, y Paula era la única alumna de la clase que no era de origen sueco. Y tuvo que pagar por ello. Cada día, cada minuto, tuvo que pagar por el hecho de haber nacido en otro país. De nada sirvió que, en tan sólo un año, hubiese aprendido a hablar sueco perfectamente, sin rastro de acento. El castaño oscuro de sus ojos y el pelo negro la delataban.

Sin embargo, en contra de lo que tantos creían, nunca sufrió el menor amago de racismo cuando entró en la policía. A aquellas alturas, los suecos estaban más que acostumbrados a ver gente de otros países, y a ella ya apenas la consideraban una inmigrante. En parte, por el tiempo que llevaba viviendo en Suecia, y en parte porque, al ser latinoamericana, no resultaba tan extraña como los refugiados que llegaban de países árabes o del continente africano. De lo más absurdo, solía pensar ella. Que la salida a su condición de inmigrante hubiese sido el que la considerasen menos rara que a los inmigrantes actuales.

Por esa razón, los hombres como Frans Ringholm le parecían aterradores. No veían los matices, ni las variaciones, simplemente observaban la superficie un segundo, antes de aplicarle los prejuicios de milenios. Era la misma falta de criterio que las había obligado a ella y a su madre a huir. Alguien había decidido que sólo había un camino correcto, sólo uno. Un poder absoluto decidía que todo lo demás no eran sino variaciones erróneas. Siempre habían existido personas como Frans Ringholm. Gente que se creía en posesión de la inteligencia, la fuerza o el poder para decidir cuál era la norma.

–¿Qué número dijiste? –Martin se volvió hacia Paula, sacándola de sus cavilaciones. La policía leyó el papel que sostenía en la mano.

–Número siete.

–Ahí está –anunció Martin señalándole la casa a Patrik, que giró para aparcar. Estaba en la zona de Kullen, un complejo de apartamentos justo por encima del polideportivo de Fjällbacka.

El letrero habitual que todo el mundo tenía en la puerta era aquí mucho más personal: tallado en madera, con el nombre de Viola Ellmander escrito con letra rebuscada, enmarcado en una guirnalda de flores pintadas a mano. Y la mujer que les abrió la puerta encajaba con el letrero. Viola era rellenita, pero estaba bien proporcionada y tenía una cara que irradiaba amabilidad. Al ver el romántico traje estampado que llevaba, Paula se imaginó cómo le quedaría un sombrero de paja coronando la cabellera gris, que la mujer llevaba recogida en un moño.

–Adelante –los invitó Viola haciéndose a un lado para que entraran. Paula miró a su alrededor apreciando la decoración del vestíbulo. Era un hogar muy distinto del suyo, pero le gustaba. Jamás había estado en Provenza, pero se imaginaba que sería así. Muebles rústicos, combinados con telas y cuadros con motivos florales. Estiró el cuello para ver el interior de la sala de estar y comprobó que tenía el mismo estilo.

–He preparado café –declaró Viola precediéndolos por el pasillo en dirección a la sala de estar. En la mesa había unas tazas con flores rosa claro y una bandeja con galletas.

–Vaya, gracias –dijo Patrik sentándose en el sofá. Una vez hechas las presentaciones, Viola sirvió el café de una hermosa cafetera y guardó silencio como esperando a que continuasen.

–¿Cómo consigue que sus geranios estén tan bonitos? –se oyó Paula preguntar antes de dar un sorbito de café. Patrik y Martin la miraron perplejos–. Es que a mí, si no se me pudren, se me secan –explicó. Las cejas de Martin y Patrik se enarcaron aún más.

Viola se irguió ufana.

–Bueno, en realidad no es tan difícil. Tienes que procurar que la tierra esté bien seca antes de volver a regar, y bajo ningún concepto debes regarlos con mucha agua. Y además, Lasse Anrell me contó un truco increíblemente bueno; puedes abonarlos con un poco de orina de vez en cuando, eso hace maravillas cuando se te resisten.

–¿Lasse Anrell? –repitió Martin–. ¿El comentarista deportivo del *Aftonbladet?* ¡Y de Canal 4! ¿Qué tiene que ver él con los geranios?

Viola puso cara de no tener intención de molestarse en contestar a una pregunta tan absurda. Por lo que a ella se refería, Lasse era ante todo un experto en geranios y que, además, fuese periodista deportivo era un dato que para ella quedaba en la periferia de su conciencia.

Patrik carraspeó.

–Por lo que hemos sabido, Erik Frankel y usted se veían con regularidad –dudó un instante, y prosiguió–: Sí, lo siento, lo siento de veras.

–Gracias –dijo Viola bajando la vista hacia la taza–. Sí, solíamos vernos. Erik se quedaba unos días a veces, un par de veces al mes, más o menos.

–¿Cómo se conocieron? –preguntó Paula. Resultaba un tanto difícil imaginar cómo habrían coincidido aquellas dos personas, teniendo en cuenta lo distintos que eran sus hogares.

Viola sonrió. Paula advirtió que se le formaban dos hoyuelos encantadores.

–Erik pronunció una conferencia en la biblioteca, hace unos años. ¿Cuántos hace? ¿Cuatro? Trataba sobre la región de Bohuslän en la Segunda Guerra Mundial, y yo no quería perdérmela. Después de la conferencia, empezamos a hablar y… bueno, una cosa llevó a la otra –contó sonriendo al recordar el encuentro.

–¿Nunca se veían en su casa? –quiso saber Martin alargando el brazo en busca de una galleta.

–No, Erik pensaba que era mejor vernos aquí. Él comparte… compartía la casa con su hermano y, aunque Axel se ausentaba mucho, pues… En fin, que prefería venir aquí.

–¿Mencionó alguna vez si había sufrido algún tipo de amenazas? –preguntó Patrik.

Viola negó con vehemencia.

–No, jamás. No puedo ni imaginarme… Quiero decir, ¿por qué iba nadie a querer amenazar a Erik, un profesor de Historia jubilado? La sola idea es absurda.

–Sin embargo, el hecho es que recibió amenazas o, en fin, al menos de forma indirecta. A causa de su interés por la Segunda Guerra Mundial y el nazismo. A ciertas organizaciones no les hace gracia que se pinte una imagen de la Historia con la que no están de acuerdo.

–Erik no pintaba ninguna imagen, como dice tan a la ligera –protestó Viola y, de repente, le brilló un destello de ira en los ojos–. Era un historiador veraz, meticuloso con los datos y riguroso con la verdad tal como era, no como él o como cualquier otro desearía que hubiera sido. Erik no pintaba. Componía rompecabezas. Despacio, muy despacio, pieza a pieza, iba sacando a la luz cuál era el aspecto de la verdad. Una pieza con un cielo azul aquí, otra con un campo verde allá, hasta que al final podía mostrarle al mundo el resultado. No porque sintiera que había concluido el trabajo –aclaró, de nuevo con el brillo amable de antes en los ojos–. El trabajo de un historiador no termina nunca. Siempre hay más datos, algo más de realidad que averiguar.

–¿Por qué ese interés desmesurado por la Segunda Guerra Mundial? –intervino Paula.

–¿Por qué algo despierta nuestro interés? ¿Por qué este interés mío por los geranios? –Viola hizo un gesto de resignación, aunque con una mirada reflexiva–. Claro que, en el caso de Erik, no hay que ser Einstein para saber por qué. Las experiencias de su hermano durante la guerra lo marcaron más que ninguna otra circunstancia, diría yo. Él nunca hablaba de eso conmigo, aunque algo captaba yo entre líneas. Una sola vez me habló de lo que le sucedió a su hermano, por cierto, la única vez que vi a Erik beber de más. Fue la última vez que nos vimos. –Se le quebró la voz y tuvo que guardar silencio y serenarse durante unos minutos, antes de proseguir:

»Vino a verme sin avisar, algo totalmente insólito, y, además, estaba claramente bebido. Lo cual era más insólito si cabe, o al menos yo no lo había visto nunca así. Cuando entró, se fue derecho al mueble bar y se sirvió un buen vaso de whisky. Luego se sentó en el sofá y empezó a contármelo todo sin dejar de beber. Yo no comprendía mucho de lo que me decía, era un tanto incoherente y parecía más bien la verborrea de un borracho. Pero hablaba de Axel, eso sí me quedó claro. Hablaba de lo que había vivido cuando estuvo preso. Y cómo había afectado todo ello a su familia.

–¿Y fue la última noche que lo vio, dice? ¿Cómo es eso? ¿Por qué no se vieron más durante el verano? ¿Cómo es que no se interesó por saber dónde estaba?

El rostro de Viola se distorsionó con una mueca en su intento por contener el llanto. Con la voz empañada, contó al fin:

–Porque Erik se despidió de mí. Hacia medianoche se marchó de aquí, o bueno, es un decir, más bien se fue haciendo eses. Y lo último que me dijo fue que aquella era nuestra despedida. Me dio las gracias por el tiempo que habíamos pasado juntos y me besó en la mejilla. Luego se marchó. Y yo pensé que no eran más que tonterías fruto de la borrachera. Al día siguiente, me comporté como una verdadera tonta, me lo pasé sentada mirando el teléfono, esperando que me llamara y me diera una explicación o me pidiera perdón o… Cualquier cosa… Pero no me llamó. Y yo y mi absurdo orgullo, claro, yo me negué a llamarlo. De haberlo hecho, no sólo habría dado mi brazo a torcer, sino que él no habría estado así… –El llanto salió a borbotones y Viola no fue capaz de concluir la frase.

Pero Paula sabía perfectamente lo que quería decir. Posó la mano sobre la de Viola y le dijo con dulzura:

–Usted no podía hacer nada. ¿Cómo iba a saberlo?

Viola asintió a disgusto y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

–¿Sabe qué día estuvo aquí? –preguntó Patrik esperanzado.

–Puedo mirar la agenda –respondió Viola poniéndose de pie, con alivio manifiesto ante aquel respiro–. Hago anotaciones a diario, así que no me será difícil dar con la fecha. –Salió de la habitación y se ausentó un rato.

–Fue el 15 de junio –declaró de nuevo en la sala de estar–. Lo recuerdo porque

esa tarde había estado en el dentista, así que estoy completamente segura.

–Bien, gracias –dijo Patrik antes de levantarse.

Tras despedirse de Viola y ya en la calle, todos tenían en mente la misma idea. ¿Qué sucedió el 15 de junio? ¿Qué hizo que Erik, en contra de su modo de ser, bebiese de más y, por si fuera poco, pusiera un brusco final a su relación con Viola? ¿Qué pudo haber ocurrido?

–¡Es obvio que no tiene el menor control sobre ella!

–Pero Dan, de verdad que creo que estás siendo injusto. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que tú no habrías caído en su artimaña? –Con los brazos cruzados y apoyada en la encimera de la cocina, Anna miraba a Dan con expresión airada.

–¡Qué va! ¡Yo no me habría dejado engañar! –Presa de la mayor frustración, Dan no dejaba de pasarse la mano por el pelo, que tenía completamente despeinado.

–No, claro… Tú, que sopesaste muy en serio la posibilidad de que alguien hubiese entrado en casa por la noche para comerse todo el chocolate que había en la despensa. Si yo no hubiera encontrado el papel debajo del almohadón de Lina, tú aún estarías buscando a una panda de ladrones con los bigotes manchados de chocolate… –Anna ahogó una risita y olvidó la rabia por un instante. Dan la miró: él tampoco pudo evitar un amago de sonrisa.

–Pero admitirás que fue muy convincente cuando aseguraba su inocencia, ¿verdad?

–Desde luego. Esa niña ganará un Oscar cuando sea mayor. Pues imagínate que Belinda puede ser igual de convincente, como mínimo. Y, de ser así, no resulta tan extraño que Pernilla la creyera. No creo que puedas estar del todo seguro de que tú no hubieses caído en el engaño.

–No, supongo que tienes razón –admitió Dan enfurruñado–. Pero debería haber llamado a la madre de la amiga para cerciorarse. Yo al menos lo hubiera hecho.

–Sí, claro, seguro que sí. Y a partir de ahora Pernilla también lo hará.

–¿Qué estáis diciendo de mamá? –se oyó preguntar a Belinda, que bajaba las escaleras aún en camisón y con un peinado que recordaba a un *troll* de goma. Se había negado a salir de la cama desde que la recogieron en casa de Erica y Patrik el sábado por la mañana, tan resacosa como abatida. En cualquier caso, daba la impresión de que la mayor parte del arrepentimiento había dado paso a una dosis mayor de la ira que últimamente parecía ser su más fiel seguidor.

–No estamos diciendo nada de tu madre –contestó Dan con tono cansino y plenamente consciente de que se estaba fraguando un conflicto insoslayable.

–¿Entonces eres tú la que está hablando pestes de mi madre otra vez? –le espetó Belinda a Anna, que dirigió a Dan una mirada de resignación. Luego se volvió a Belinda y le dijo con voz serena:

–Yo nunca he hablado mal de tu madre. Y lo sabes. Y, además, a mí no me hables en ese tono.

–Yo hablo en el tono que me da la puta gana –vociferó Belinda–. Esta es mi casa, no la tuya. Así que ya puedes llevarte a tus mocosos y largarte de aquí.

Dan dio un paso al frente con la mirada sombría.

–¡No le hables así a Anna! Ella también vive aquí. Exactamente igual que Adrian y Emma. Y si no te gusta, pues… –En cuanto comenzó la frase se dio cuenta de que era lo peor que podía decir en aquellos momentos.

–¡Pues no, no me gusta! ¡Así que hago la maleta y me voy a casa de mamá! ¡Y allí me pienso quedar! ¡Hasta que esa y sus enanos se larguen de aquí! –Belinda dio media vuelta y echó a correr escaleras arriba. Tanto Dan como Anna se sobresaltaron al oír el portazo.

–Puede que tenga razón, Dan –observó Anna con un hilo de voz–. Puede que nos hayamos precipitado un poco. Quiero decir que no ha tenido mucho tiempo para acostumbrarse desde que hemos venido a invadir su vida.

–Pero joder, tiene diecisiete años y actúa como si tuviera cinco.

–Tienes que comprender a Belinda. No ha debido de ser muy fácil para ella. Cuando Pernilla y tú os separasteis, ella estaba en una edad difícil y…

–Ya, muchas gracias, no necesito que me eches en cara todo el rollo para que me dé cargo de conciencia. Ya sé que la separación fue culpa mía, y no hace falta que me lo recrimines.

Dan pasó por delante de Anna con gesto brusco y salió a la calle. Por segunda vez en pocos minutos, se oyó un portazo tal en la casa que temblaron los cristales de las ventanas. Anna permaneció inmóvil unos segundos ante la encimera. Luego se vino abajo y rompió a llorar.

Fjällbacka, 1943

–Dicen que los alemanes le han echado por fin el guante al hijo de los Frankel, al tal Axel.

Vilgot se carcajeaba satisfecho mientras colgaba el abrigo en la percha de la entrada. Le dio el maletín a Frans, que lo cogió y lo dejó en el lugar de siempre, apoyado en la silla.

–Sí, ya era hora. Traición a la patria, así llamo yo a lo que hacía ese muchacho. Sí, ya sé que no son muchos los habitantes de Fjällbacka que se mostrarían de acuerdo conmigo, pero es que las personas son como borregos, siguen al rebaño y balan todos a una. Sólo la gente como yo, capaz de pensar por sí misma, sabe ver la realidad tal como es. Y recuerda lo que te digo, ese chico era un traidor. Esperemos que le apliquen el procedimiento más breve.

Vilgot había entrado en el salón y ya se había acomodado en su sillón favorito. Frans fue tras él pisándole los talones y el padre lo miró apremiante.

–Bueno, a ver, ¿dónde está mi copa? Hoy estás un poco tardón, ¿no? –Lo dijo visiblemente malhumorado, por lo que Frans se dirigió presuroso al mueble bar y le sirvió un buen trago. Era una costumbre que adoptaron desde que Frans era pequeño. A su madre no le gustaba nada la idea de que el niño manejase el alcohol a tan tierna edad, pero, como de costumbre, no tuvo posibilidad de opinar.

–Siéntate, muchacho, siéntate. –Con el vaso bien agarrado en la mano, Vilgot invitó a su hijo a que se acomodase en el sillón de al lado. Frans notó al sentarse ese aroma a alcohol tan familiar. Esa copa no era, seguramente, la primera que su padre se tomaba aquel día.

–Tu padre ha hecho hoy un negocio espléndido, ¿sabes? –Vilgot se inclinó y el olor a alcohol le dio a Frans de lleno en la cara–. He firmado un contrato con una empresa alemana. Un contrato con carácter de exclusividad. Seré su único proveedor en Suecia. Dijeron que les estaba costando trabajo encontrar buenos colaboradores… Y me lo creo, desde luego que sí. –Vilgot se carcajeó de tal modo que su enorme barriga empezó a saltar como provista de un muelle. Apuró la copa de un trago y le dio a Frans el vaso vacío–. Otra. –Tenía los ojos empañados por el efecto del alcohol. A Frans le temblaba ligeramente la mano cuando cogió el vaso. Aún le temblaba un poco mientras lo llenaba con aquella bebida transparente de olor acerbo e intenso, y unas gotas se extraviaron en su recorrido y rodaron por fuera del vaso.

–Sirve otro para ti –dijo Vilgot. Sonó más como una orden que como una invitación. Y, de hecho, era una orden, sin duda. Frans dejó el vaso lleno de su padre y alargó el brazo para coger el suyo. Lo llenó hasta el borde: ya no le temblaba la mano. Muy concentrado, se encaminó con los dos vasos adonde estaba su padre. Vilgot levantó el suyo una vez que el muchacho se hubo sentado:

–Venga, hasta el fondo.

Frans sintió cómo el líquido le abrasaba el pecho en su descenso hasta el estómago, donde se acomodó como una masa cálida. Su padre sonrió. Un hilillo del contenido del vaso le corría por la barbilla.

–¿Dónde está tu madre? –preguntó Vilgot quedamente.

Frans miraba a un punto indefinido de la pared.

–Ha ido a casa de la abuela. Volverá tarde –hablaba con voz sorda y hueca. Como si su voz procediese de otra persona. De alguien que estuviese fuera de él.

–¡Qué bien! Así podremos hablar los hombres tranquilamente. Pero sírvete otro, chaval.

Frans sentía la mirada de su padre en la espalda cuando se levantó para llenarse el vaso. En esta ocasión, no dejó la botella en el mueble bar, sino que se la llevó al sillón. Vilgot le dedicó una sonrisa de aprobación y le alargó el vaso para que se lo llenara.

–Eres un buen chico, sí señor.

Frans volvió a sentir el alcohol quemándole la garganta y luego, cómo la quemazón se transformaba en una sensación de bienestar localizada en algún punto del abdomen. El contorno de los objetos que lo rodeaban empezó a difuminarse. Estaba flotando como en un limbo entre realidad e irrealidad.

Vilgot suavizó un poco la voz.

–Con este negocio podré ganar miles de los grandes, y eso sólo los próximos años. Y si los alemanes siguen haciendo acopio de armas, la suma puede llegar a ser mucho mayor. Podrían ser millones. Además, me han prometido que me pondrán en contacto con otras compañías que quizá necesiten de nuestros servicios. Una vez que haya metido el pie… –Los ojos de Vilgot relucían en la penumbra del atardecer. Se humedeció los labios con la lengua–. Un día tú heredarás un magnífico negocio, Frans. –Se inclinó y posó la mano en la pierna del muchacho–. Un negocio magnífico de verdad. Llegará un día en que podrás decirles a todos los habitantes de Fjällbacka que se vayan al infierno. Cuando los alemanes se hayan hecho con el poder, cuando nosotros tengamos el mando y más dinero del que ninguno de ellos haya podido soñar. Así que tómate otro trago con tu padre y brindemos por estos tiempos tan halagüeños. –Vilgot alzó el vaso y lo entrechocó con el de Frans, que él mismo había llenado una vez más.

La sensación de bienestar inundó el pecho del muchacho. Estaba brindando con su padre.

Gösta acababa de empezar una partida de golf en el ordenador cuando oyó los zapatazos de Mellberg en el pasillo. Guardó el juego a toda prisa y abrió un informe y trató de fingir concentración. Los pasos de Mellberg se acercaban, pero había en ellos algo distinto. ¿Y a qué se debería aquel extraño lamento del jefe? Gösta empujó hacia atrás la silla lleno de curiosidad y asomó la cabeza al pasillo. Lo primero que vio fue a *Ernst*, que caminaba indolente detrás de Mellberg, con la lengua colgándole fuera de la boca, como de costumbre. Luego vio a un ser ondulante y enroscado que se abría paso con esfuerzo. Muy parecido a Mellberg, la verdad. Y, al mismo tiempo, muy distinto.

–¿Y tú qué coño miras?

Ajá, la voz y el tono eran, sin duda, los del jefe.

–¿Y a ti qué te ha pasado? –preguntó Gösta cuando también Annika se asomó desde la cocina, donde estaba dándole de comer a Maja.

Mellberg masculló algo casi inaudible.

–¿Perdón? –preguntó Annika–. ¿Qué has dicho? No te hemos oído bien.

Mellberg la miró iracundo y dijo alto y claro:

–He estado bailando salsa. ¿Alguna pregunta al respecto?

Gösta y Annika se miraron estupefactos y tuvieron que hacer un gran esfuerzo para mantener bajo control las facciones de su rostro.

–¿Y bien? –rugió Mellberg–. ¿Algún comentario jocoso? ¿Nadie? Porque he de decir que hay bastante margen para reducciones salariales en esta comisaría. –Dicho esto, entró en su despacho y cerró dando un portazo.

Annika y Gösta se quedaron mirando la puerta cerrada unos segundos, al cabo de los cuales no pudieron aguantarse más. Ambos estallaron en un ataque y, aunque lloraban de risa, procuraron hacerlo lo más silenciosamente posible. Gösta cruzó hasta la cocina y, tras comprobar que la puerta de Mellberg seguía cerrada, dijo en un susurro:

–¿De verdad que ha dicho que ha estado bailando salsa? ¿Es eso lo que ha dicho?

–Me temo que sí –respondió Annika secándose las lágrimas con la manga de la camisa. Maja los observaba fascinada, sentada a la mesa con el plato de comida delante.

–Pero ¿cómo? ¿Por qué? –preguntó incrédulo Gösta, que empezaba a recrear el espectáculo en su mente.

–Pues no sé, es la primera noticia que tengo. –Annika meneó la cabeza entre risas y se sentó con la intención de seguir dándole de comer a Maja.

–¿Te has fijado en que iba descoyuntado? Se parecía al personaje ese de *El señor de los anillos*, Gollum, ¿no? –Gösta puso todo su empeño en imitar los movimientos de Mellberg y Annika se tapó la boca con la mano para que no se la oyera reír.

–Sí, ha debido de provocarle una conmoción a su cuerpo. Supongo que lleva sin hacer deporte… Bueno, toda la vida.

–Pues sí, eso creo yo también. Para mí es un misterio cómo superó las pruebas físicas en la Academia.

–Claro que, quién sabe, tal vez fuese un verdadero atleta en su juventud. –Annika sopesó lo que acababa de decir y meneó la cabeza pensativa–. Aunque no, no lo creo. Pero por Dios santo, es el momento del día, Mellberg en un curso de salsa. En fin, es mucho lo que hay que oír antes de que se le caigan a uno las orejas. –Intentó meterle a Maja una cucharada en la boca, pero la pequeña se negaba en redondo–. Bueno, pues esta jovencita se niega a comer. Si no consigo que coma un poco por lo menos, no volverán a confiármela nunca más –presagió lanzando un suspiro e intentándolo de nuevo. Pero la boca de Maja se presentaba tan inaccesible como Fort Knox.

–¿Me dejas que pruebe yo? –se ofreció Gösta alargando la mano en busca de la cuchara. Annika lo miró perpleja.

–¿Tú? Claro, inténtalo. Pero no te hagas grandes ilusiones.

Gösta se sentó al lado de Maja en lugar de Annika, pero sin pronunciar palabra. Devolvió al plato la mitad del contenido que Annika tenía en la cuchara y la levantó en el aire.

–Brum-brum-brum, aquí viene un avión… –Movió la cuchara en el aire describiendo círculos como un aeroplano y se vio recompensado con la atención inequívoca de la pequeña–. Brum-brum-brum, aquí viene el avión que vuela dereeeeecho a… –La boca de Maja se abrió como por un resorte y el avión entró en la pista de aterrizaje con su carga de espaguetis y carne picada.

–Mmmm… ¿A que estaba rico? –dijo Gösta cogiendo un poco más con la cuchara–. Chucu-chucu-chucu-chu, ahora es el tren el que se acerca… Chucu-chucu-chucu-chu y dereeeeecho al interior del túnel. –La boca de Maja volvió a abrirse y los espaguetis entraron en el túnel.

–Lo que me faltaba por ver –declaró Annika boquiabierta–. ¿Y tú dónde has aprendido eso?

–Bah, esto no es nada –repuso Gösta fingiendo humildad, aunque sonrió la mar de ufano cuando el coche de carreras entró en el circuito con la cucharada número tres.

Annika se sentó a la mesa de la cocina a mirar cómo Gösta vaciaba el plato de Maja, que se comió hasta la última miga.

–Qué quieres que te diga, Gösta –observó Annika dulcemente–. La vida es muy injusta a veces.

–¿No habéis pensado en adoptar? –preguntó Gösta sin mirarla–. En mi época no era nada habitual, pero hoy no me lo habría pensado. Ahora uno de cada dos críos es adoptado.

–Hemos hablado del tema –contestó Annika pensativa, mientras describía círculos en el mantel con el dedo índice–. Pero nunca hemos pasado de ahí. Hemos procurado llenar nuestras vidas con otras cosas, pero…

–Bueno, aún estáis a tiempo –la animó Gösta–. Si empezáis ahora, quizá no tarde tanto en llegar. Y el color del niño no tiene la menor importancia, así que elegid el país donde haya menos lista de espera. Son tantos los niños que necesitan un hogar… Y si yo fuera niño, me habría alegrado tener la buena estrella de caer contigo y con Lennart.

Annika tragó saliva y bajó la vista hacia el dedo índice que aún tenía sobre el mantel. Las palabras de Gösta habían despertado un sentimiento en su pecho, algo en lo que Lennart y ella habían estado evitando pensar los últimos años. Quizá porque tenían miedo. Tantos abortos, tantas esperanzas defraudadas una y otra vez les habían reblandecido el corazón, lo habían vuelto frágil. No se atrevieron a abrigar nuevas esperanzas, ni a arriesgarse a fracasar una vez más. Pero quizá ya hubiesen recobrado las fuerzas. Quizá ahora sí pudieran o sí estuviesen en condiciones de atreverse. Porque las ganas seguían ahí. Con la misma intensidad y el mismo ardor de antes. No había logrado sofocar la añoranza de un niño al que tener en el regazo, de un niño al que amar.

–Bueno, tendré que ir a ver si hago algo. –Gösta se levantó sin mirarla y le dio una torpe palmadita a Maja en la cabeza–. Ya está, ya ha comido un poco al menos, así que Patrik no tendrá que pensar que pasa hambre cuando nos la deja aquí.

Casi había alcanzado la puerta cuando Annika le dijo quedamente:

–Gösta, gracias.

Gösta asintió algo avergonzado. Luego desapareció hacia su despacho y cerró la puerta tras de sí. Se sentó ante el ordenador, pero se quedó con la mirada perdida en la pantalla. En realidad veía a Maj-Britt. Y al niño. Aquel que sólo llegó a vivir unos días. Hacía tanto tiempo de aquello… Una eternidad. Casi una vida entera. Pero él aún podía sentir la manita del pequeño aferrada a su dedo índice.

Gösta exhaló un suspiro y volvió a abrir la partida de golf.

Después de tres horas había conseguido ahuyentar el recuerdo de la catastrófica visita a casa de Britta. Y durante ese tiempo logró escribir cinco páginas del nuevo libro. Luego, la imagen de la anciana volvió a invadirle el pensamiento y Erica abandonó la idea de seguir escribiendo.

Se marchó de casa de Britta muerta de vergüenza. Le costó lo indecible apartar de la mente la mirada de Herman al verla allí sentada a la mesa de la cocina junto a su mujer, que se encontraba al borde de un ataque de nervios. Erica comprendía a Herman. Había pecado de insensible al no reparar en los indicios, pero, al mismo tiempo, se resistía a lamentar la visita. Despacio, muy despacio, iba recabando cada

vez más piezas sobre su madre. Imprecisas y confusas, pero muchas más de las que tenía antes.

En realidad, era extraño. Jamás había oído los nombres de Erik, Britta y Frans. Aun así, debieron de ser muy importantes durante todo un período de la vida de su madre. Sin embargo, ninguno parecía haber mantenido contacto con los demás desde que se hicieron adultos. Pese a que todos siguieron viviendo en un pueblo tan pequeño como Fjällbacka, era como si hubiesen coexistido en mundos paralelos. Y la imagen de Elsy que Axel había empezado a brindarle coincidía bastante bien con la de Britta, pero no encajaba en absoluto con la imagen de la madre severa que Erica recordaba. Ella jamás la vio como a una persona cálida, ni solícita ni cualquier otro de los calificativos que ambos emplearon para describir a la joven Elsy. Erica no podía decir que su madre hubiese sido una mala persona, pero era distante, hermética. La calidez que sin duda poseyó un día fue desapareciendo por el camino, mucho antes de que ella y Anna nacieran. Y Erica sintió de pronto un dolor terrible por todo aquello de lo que se había visto privada. Todo aquello que nunca lograría recuperar. Su madre ya no estaba desde hacía cuatro años, desde el accidente que se llevó también a Tore, su padre. No había nada que pudiera despertar a la vida, nada por lo que exigir compensación, nada que pudiera suplicar y rogar ni de lo que acusar a su madre. Sólo esperaba comprender. ¿Qué fue de la Elsy que describían sus amigos? ¿Qué ocurrió con la Elsy agradable, cálida y cariñosa?

Unos toquecitos en la puerta vinieron a interrumpir su cavilación. Erica bajó a abrir.

–¿Anna? Pasa. –Se hizo a un lado para que entrara su hermana y, con la agudeza de la hermana mayor, se percató enseguida de que Anna tenía los ojos enrojecidos.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó más preocupada de lo que pretendía. Anna había sufrido tanto los últimos años… Y Erica nunca logró abandonar el papel de madre que, desde la niñez, había adoptado con su hermana.

–Los problemas que acarrea mezclar dos familias, sólo eso –respondió Anna tratando de sonreír–. Nada que yo pueda controlar, pero me sentaría bien poder hablar un poco.

–Pues siéntate y habla todo lo que quieras –la animó Erica–. Pondré café. Y si miro bien en la despensa, seguro que encuentro algo rico con lo que consolarnos.

–En otras palabras, ahora que eres una mujer casada, has abandonado el ideal de la línea esbelta –observó Anna.

–Ni lo menciones –suspiró Erica–. Tras una semana de trabajo sedentario, pronto tendré que ir a comprarme pantalones. Estos me están a reventar.

–Sí, te comprendo –asintió Anna sentándose a la mesa–. Yo tengo la sensación de que la vida en pareja me ha puesto algunos kilos en la cintura. Y no creo que mejore, puesto que Dan parece poder comerse lo que haga falta sin engordar un gramo.

–Sí, ya, ¿verdad que es odioso? –bromeó Erica al tiempo que ponía en la mesa una bandeja de bollos–. ¿Sigue tomando bollos de canela para desayunar?

–Ajá, de modo que cuando estabais juntos ya lo hacía, ¿no? –rio Anna meneando la cabeza–. Ya te puedes figurar lo fácil que resulta inculcar a los niños la importancia de un desayuno saludable, cuando él se pone a mojar bollos de canela en el chocolate delante de sus narices.

–Oye, que los bocadillos de caviar y queso de Patrik, que él también moja en el chocolate, tampoco se quedan cortos… En fin, cuéntame, ¿qué ha pasado? ¿Otra discusión con Belinda?

–Sí, supongo que eso es la base de todo, pero es que todo sale mal y, al final, Dan y yo hemos tenido una pelea a causa de ello y… –Anna estaba muy triste y echó mano de un bollo–. Aunque, en realidad, no es culpa de Belinda, eso es lo que intento explicarle a Dan. Ella no hace más que reaccionar ante una situación nueva que, además, no ha elegido por sí misma. La pobre tiene razón. Ella no quería tenernos a mí y a mis dos niños sueltos por la casa.

–No, claro, en eso llevas razón. Pero, por otro lado, tenéis que poder exigirle que se comporte de un modo civilizado. Y eso es competencia de Dan. El doctor Phil dice que ni el padrastro ni la madrastra deben involucrarse en imponer disciplina a un hijo tan mayor…

–El doctor Phil… –Anna se rio tan de buena gana que se atragantó con el bollo y sufrió un terrible ataque de tos–. Pero, Erica, por favor, desde luego que ya era hora de que dejaras la baja maternal. ¿El doctor Phil?

–Que sepas que he aprendido mucho viendo su programa –replicó Erica ofendida. Nadie bromeaba con su gurú del hogar impunemente. El doctor Phil había constituido su gran momento del día durante la baja maternal, y había pensado que, en lo sucesivo, seguiría tomándose una pausa a la hora del almuerzo y dejaría de escribir justo cuando empezara el programa.

–Bueno, puede que lleve razón –admitió Anna a disgusto–. Tengo la sensación de que Dan no se lo toma lo bastante en serio, o de que se lo toma demasiado en serio. Llevo desde el viernes tratando de convencerlo de que no se ponga a discutir con Pernilla por la custodia de las niñas. Pero empezó a desvariar diciendo que no se fiaba de que Pernilla pudiese cuidarlas bien y… En fin, que se fue encendiendo. Y en medio de todo el lío, bajó Belinda y se armó la gorda. En resumen, Belinda dice que no quiere venir a casa, así que Dan la metió en el autobús a Munkedal.

–¿Y qué dicen Emma y Adrian de todo esto? –Erica cogió otro bollo. Ya empezaría a preocuparse por la alimentación la semana siguiente. Seguro. Sólo necesitaba esta semana para empezar con la rutina de escribir y luego…

–Pues, tocaré madera, pero a ellos les parece de fábula –aseguró Anna dando un golpecito en la mesa–. Adoran a Dan y a las niñas, y les parece fantástico tener

hermanas mayores. Así que, por el momento, ese frente no ha dado problemas.

–Y Malin y Lisen, ¿qué tal lo llevan? –Erica se interesó por las hermanas menores de Belinda, de once y ocho años.

–Pues también muy bien, la verdad. Les gusta jugar con Emma y con Adrian, y a mí me parece que me soportan, por lo menos. No, lo complicado es Belinda. Claro que también está en la edad en que las cosas han de ser complicadas. –Anna dejó escapar un suspiro y cogió otro bollo–. ¿Y tú? ¿Qué tal te va? ¿Avanzas con el libro?

–Pues sí, bueno, no va mal. Siempre va lento al principio, pero tengo mucho material escrito sobre el que trabajar y, además, ya tengo cita para varias entrevistas. Todo empieza a cobrar forma. Sólo que… –Erica vaciló un instante. Tenía un instinto protector, una ambición tan arraigada de preservar a su hermana de todas las situaciones… Pero al final decidió que Anna tenía derecho a saber qué estaba haciendo. Así pues, se lo contó rápidamente desde el principio, le habló de la medalla y de los demás objetos que había encontrado en el baúl de Elsy, de los diarios y de las conversaciones que había mantenido con algunas personas del pasado de su madre.

–¿Y hasta ahora no me habías contado nada? –se sorprendió Anna.

Erica se retorcía abrumada.

–Sí, bueno, ya sé… Pero te lo estoy contando ahora, ¿no?

Anna pareció sopesar si seguir riñendo a su hermana, pero finalmente, resolvió dejarlo pasar.

–Me gustaría ver lo que encontraste –dijo secamente. Erica se levantó enseguida, aliviada al comprobar que su hermana no pensaba seguir discutiendo por no haber sido partícipe de la información desde el principio.

–Por supuesto. Voy a buscarlo. –Erica subió corriendo al piso de arriba y bajó con las pertenencias de Elsy, que había guardado en su despacho. De vuelta en la cocina, las dejó sobre la mesa: los diarios, la camisita de bebé y la medalla.

Anna se quedó mirando los objetos.

–¿De dónde demonios sacó esto? –preguntó con la medalla en la palma de la mano, observándola detenidamente–. ¿Y esto de quién es? –Anna sostenía la camisita mugrienta–. ¿Son manchas de óxido? –Sostenía la camisa cerca de la cara, para estudiar detalladamente las manchas que cubrían la mayor parte de la prenda.

–Patrik cree que es sangre –respondió Erica. Anna apartó horrorizada la prenda.

–¿Sangre? ¿Por qué iba a guardar mamá en un baúl una camisita de bebé manchada de sangre? –Anna dejó la camisa en la mesa con un mohín de repugnancia y cogió los diarios.

–¿Hay en ellos algo para adultos? –preguntó Anna blandiendo los cuadernos azules–. ¿Ninguna historia de sexo que me traumatice para el resto de mi vida si los leo?

–No –rio Erica–. Estás como una cabra. No, nada de lo que contienen es para

adultos. La verdad es que no dicen mucho. Tan sólo historias cotidianas de lo más anodinas. Pero… para ser sincera, he estado pensando en una cosa… –Erica formulaba por primera vez una idea que llevaba un tiempo fraguándose en los límites de su conciencia.

–¿Ajá? –dijo Anna con curiosidad mientras hojeaba los diarios.

–Pues verás, me pregunto si no habrá más diarios en algún sitio… Terminan en mayo de 1944, con el final del cuarto cuaderno. Luego, ni una palabra más. Y, por supuesto, puede ser que mamá se cansara de escribir diarios, pero ¿justo cuando terminó el cuarto? Me resulta un tanto extraño.

–Así que crees que hay más, ¿no? ¿Y qué íbamos a sacar de ellos, de ser así, salvo lo que ya has sabido por estos? Quiero decir que mamá no parece haber vivido una vida apasionante. Nació y se crio aquí, conoció a papá, nacimos nosotras y… bueno, no hay mucho más.

–Yo no estaría tan segura –objetó Erica meditabunda. Pensaba en si no debería revelarle algo más a su hermana. En realidad, no tenía nada concreto. Pero la intuición le decía… Sabía que lo que había averiguado desvelaba un perfil de mucha más envergadura, algo que había proyectado su sombra sobre sus vidas. Y, ante todo, la medalla y la camisa debieron de desempeñar un papel relevante en la vida de su madre y, pese a todo, ninguna de las dos había oído una palabra al respecto.

Erica se armó de valor y le habló con detalle de las conversaciones que había mantenido con Erik, con Axel y con Britta.

–¿Quieres decir que fuiste a casa de Axel Frankel para pedirle que te devolviera la medalla de mamá? ¿Un par de días después de que encontraran muerto a su hermano? Joder, debió de pensar que eras un buitre –aseveró Anna con la sinceridad descarnada que sólo era capaz de emplear una hermana menor.

–Oye, oye, ¿quieres saber lo que dijeron o no? –replicó Erica dolida, aunque, hasta cierto punto, estaba de acuerdo con Anna. No podía decirse que hubiese tenido mucho tacto.

Cuando Erica terminó de referirle las tres visitas, Anna se quedó mirándola con el ceño fruncido:

–Pues se diría que ellos conocieron a una persona totalmente distinta. ¿Y qué dijo Britta de la medalla? ¿Sabía ella por qué tenía mamá una medalla nazi?

Erica negó con un gesto.

–No llegué a preguntárselo. Tiene Alzheimer y, al cabo de un rato, empezó a delirar. Luego llegó su marido, que se enojó muchísimo, y… bueno… –Erica carraspeó un poco– …me pidió que me marchara de allí.

–¡Pero Erica! –exclamó Anna–. ¿Fuiste a casa de una pobre mujer enferma? ¡Y diste pie a que su marido te echara de su casa! Desde luego, comprendo que lo hiciera… Creo que todo esto te ha perturbado –aseguró Anna meneando la cabeza

con expresión incrédula.

–Ya, bueno, pero ¿no sientes curiosidad? ¿Por qué tendría mamá guardadas todas estas cosas? ¿Y por qué la gente que la conoció nos describe a un ser totalmente distinto? La Elsy de la que ellos hablan no es la que nosotras conocimos. En algún punto del camino sucedió algo… Britta iba a entrar en materia cuando empezó a divagar, algo de viejos huesos y… bah, no me acuerdo bien, pero tuve la sensación de que lo usaba como una especie de metáfora de algo oculto y… No, puede que todo sean figuraciones mías, pero aquí hay algo extraño y pienso llegar al fondo del misterio, y…

En ese momento sonó el teléfono y Erica dejó a medias su incoherente explicación para ir a atenderlo.

–Aquí Erica. Ah, hola, Karin. –Erica se volvió hacia Anna con los ojos como platos–. Sí, gracias, todo bien. Sí, yo también me alegro de hablar contigo por fin. –Le hizo una mueca a Anna, que no parecía entender de qué iba el asunto–. ¿Patrik? No, en estos momentos no está en casa. Se fue con Maja a la comisaría para saludar a los colegas y luego no sé adónde iban. Ajá, vaya… Sí… Claro, seguro que les apetecerá ir a pasear mañana contigo y con Ludde. A las diez. En la farmacia. De acuerdo, se lo diré. Ya te llamará él si tiene otros planes, pero no lo creo. Bueno, pues gracias. Claro, seguro que estaremos en contacto. Gracias, gracias.

–¿Qué pasa? –preguntó Anna desconcertada–. ¿Quién es Karin? ¿Y qué va a hacer Patrik con ella mañana en la farmacia?

Erica se sentó a la mesa. Tras una larga pausa, explicó:

–Karin es la ex mujer de Patrik. Ella y Leffe, el de la banda de música, se han mudado a Fjällbacka. Y da la casualidad de que la baja paternal de Patrik ha coincidido con su baja, de modo que mañana saldrán juntos a pasear.

Anna estaba a punto de morirse de risa.

–¿Me estás diciendo que acabas de concertarle a Patrik una cita para que salga de paseo con su ex mujer? ¡Por Dios santo, esto es increíbleeee! ¿Y no tiene por ahí ninguna ex novia que quiera sumarse? Para que el pobre no se aburra mientras está de baja paternal.

Erica clavó en su hermana una mirada iracunda.

–Por si no te has dado cuenta, ha sido ella la que ha llamado. Y tampoco creo que haya nada de extraño. Los dos están separados. Desde hace varios años. Y de baja al mismo tiempo. No, no tiene nada de extraño. Vamos, que a mí no me supone ningún problema.

–Ya, claro –se reía Anna con las manos en el estómago–. Ya oigo, ya, que no te supone ningún problema…Te está creciendo la nariz por segundos.

Erica sopesó la posibilidad de tirarle a su hermana uno de los bollos, pero al final resolvió contenerse. Anna era muy dueña de creer lo que quisiera, ella *no* era celosa.

–¿Vamos a hablar con la mujer de la limpieza ahora mismo? –propuso Martin. Patrik vaciló un instante y sacó el móvil.

–Antes voy a comprobar que todo va bien con Maja.

Recibido el informe de Annika, se guardó el móvil en el bolsillo y asintió.

–Vale, tranquilo. Annika acaba de dormirla en el cochecito. ¿Tienes la dirección? –le preguntó a Paula.

–Sí, aquí la tengo –respondió Paula hojeando el bloc de notas, antes de leerla en voz alta.

–Se llama Laila Valthers. Aseguró que estaría en casa todo el día –añadió–. ¿Sabes dónde queda?

–Sí, es una de las casas que hay junto a la rotonda de la entrada sur de Fjällbacka.

–¿Las casas amarillas? –quiso asegurarse Martin.

–Exacto, sabrás llegar, ¿verdad? Sólo tienes que girar a la derecha ahí delante, cerca de la escuela.

No les llevó más de un par de minutos llegar al edificio en cuestión. Laila estaba en casa, como había prometido. Se la veía un tanto asustada cuando les abrió la puerta. Y no parecía muy dispuesta a dejarlos entrar, por lo que se quedaron todos en el vestíbulo. En realidad, no tenían tantas preguntas que hacerle, de modo que no vieron motivo para pedirle que les permitiese entrar en su casa.

–Es usted la asistenta de los hermanos Frankel, ¿es correcto? –preguntó Patrik con voz serena y tranquilizadora, como poniendo todo su empeño en hacer que su presencia allí resultase lo menos amenazadora posible.

–Sí, pero espero no tener problemas por eso… –contestó Laila con voz queda y susurrante. Era una mujer menuda y de baja estatura, y parecía haberse vestido como para estar en casa todo el día, con ropa cómoda de color marrón de un material similar a la lana. Tenía el pelo de ese color indefinido que suele llamarse gris ratón, y llevaba un corte seguramente muy práctico, pero cuyo efecto estético dejaba mucho que desear. La mujer se balanceaba nerviosa de un lado a otro, con los brazos cruzados, y parecía muy interesada por oír la respuesta a su pregunta. Patrik creyó comprender dónde le apretaba el zapato.

–Trabajaba con ellos sin contrato y cobraba en negro, ¿verdad? ¿Se refiere a eso? Le aseguro que nosotros no nos metemos en esas cosas y que no vamos a denunciarlo ni nada por el estilo. Estamos investigando un asesinato, así que nuestro interés se centra en asuntos muy distintos. –Patrik trató de tranquilizarla con una sonrisa y consiguió que Laila cesara en su nervioso balanceo.

–Pues sí, sencillamente, cada dos semanas me dejaban un sobre con dinero en la consola de la entrada. Habíamos acordado que iría todos los miércoles de las semanas pares.

–¿Tenía llave?

Laila negó con la cabeza.

–No, ellos la dejaban bajo el felpudo, y allí la dejaba yo también una vez terminado el trabajo.

–¿Y cómo es que no ha ido a limpiar en todo el verano? –Fue Paula quien hizo la pregunta cuya respuesta tanto deseaban conocer. La incógnita que debían despejar.

–Yo creía que tendría que ir. No habíamos acordado nada en otro sentido. Pero cuando me presenté allí como siempre, la llave no estaba debajo del felpudo. Llamé a la puerta, pero no me abrieron. Y entonces intenté telefonear, por si se trataba de algún malentendido, pero nadie cogió el teléfono. Bueno, yo sabía que Axel, el mayor, estaría fuera todo el verano, como llevaba haciendo todos los años que llevo limpiando en su casa. Al ver que no había nadie, supuse que el otro hermano también se habría marchado a pasar el verano fuera. Aunque me pareció una desfachatez que no se molestaran en avisarme. Pero claro, ahora comprendo el porqué… –dijo bajando la mirada.

–¿Y no vio nada fuera de lo normal? –intervino Martin.

Laila negó con vehemencia.

–No, no podría afirmar que fuera así. No, nada que me llamase la atención.

–¿Recuerda qué fecha era? –quiso saber Patrik.

–Sí, claro que lo sé. Porque fue el día de mi cumpleaños. Y pensé que vaya mala suerte, no tener trabajo justo el día de mi cumpleaños. Había pensado comprarme algo con el dinero que me pagaran ese día. –Laila guardó silencio y Patrik insistió discretamente:

–¿Y bien? ¿Qué día era?

–¡Ah, sí, qué tonta! –repuso algo incómoda–. Era el 17 de junio. Completamente seguro. El 17 de junio. Y, además, fui a mirar en otras dos ocasiones. Pero seguía sin haber nadie y la llave seguía sin estar donde debía. Así que supuse que se habían olvidado de avisarme de que no estarían en casa este verano. –Se encogió de hombros con un gesto que indicaba que estaba acostumbrada a que la gente no le avisara de nada.

–Gracias, es una información sumamente valiosa. –Patrik le tendió la mano para despedirse y se estremeció al notar el flácido apretón. Era como si alguien le hubiese puesto en la mano un pescado muerto.

–Bueno, ¿qué opináis vosotros? –preguntó Patrik una vez en el coche, ya rumbo a la comisaría.

–Creo que podemos sacar la conclusión bastante fundada de que Erik Frankel fue asesinado entre el 15 y el 17 de junio –declaró Paula.

–Sí, coincido contigo –convino Patrik asintiendo mientras tomaba la curva cerrada que había justo antes de Anrås a una velocidad excesiva, con lo que estuvo a

punto de estrellarse contra el camión de la basura. Leif, el de la basura, lo amenazó con el puño y Martin se agarró aterrado al asidero que había sobre la puerta.

–¿Es que te regalaron el permiso de conducir por Navidad? –preguntó Paula desde el asiento trasero, en apariencia impertérrita ante la experiencia mortal que acababan de vivir.

–¿Qué insinúas? Soy un conductor de primera –replicó Patrik ofendido, buscando apoyo en la mirada de Martin.

–¡Desde luego! –terció este con sorna volviéndose hacia Paula–. ¿Sabes? Intenté apuntarlo en el programa «Los peores conductores de Suecia», pero supongo que consideraron que le sobraba cualificación y que, si él participaba, no habría competición propiamente dicha.

Paula soltó una risita y Patrik resopló airado.

–No comprendo a qué te refieres. Con la de horas que hemos pasado juntos en el coche, ¿he chocado alguna vez o he tenido acaso el menor incidente? No, ¿verdad? Llevo años y años conduciendo de forma impecable, así que eso que dices es absolutamente insultante –volvió a resoplar y miró a Martin con encono, lo que hizo que casi se estrellara con el Saab que iba delante y tuviera que meter el freno de mano.

–*I rest my case* –declaró Martin tapándose la cara con las manos mientras Paula se desternillaba de risa en el asiento trasero.

Patrik estuvo enfurruñado todo el camino de regreso a la comisaría, pero, al menos, se atuvo a los límites de velocidad.

Después de ver a su padre, aún le duraba la ira. Frans siempre había provocado en él el mismo efecto. O quizá no, no siempre. Cuando era pequeño, la sensación dominante era de decepción. Decepción mezclada con un amor que, con el transcurso de los años, se convirtió en un núcleo duro de odio y de rabia. Era consciente de que había permitido que esos sentimientos gobernasen sus opciones en la vida, lo que en la práctica era tanto como haber permitido que su padre gobernase su vida. Pero era algo ante lo que se sentía totalmente impotente. Bastaba con recordar la sensación que experimentaba de niño, en las incontables ocasiones en que su madre lo llevaba a ver a Frans a la cárcel. La sala de visitas, fría y gris. Totalmente impersonal, exenta de todo sentimiento. Los torpes intentos de su padre de hablar con él, de fingir que participaba en su vida y que no sólo la miraba desde lejos. Desde detrás de los barrotes.

Hacía ya muchos años que su padre terminó el último asalto en el *ring* de la cárcel. Claro que eso no implicaba que se hubiese vuelto mejor persona. Sólo que se había vuelto más listo. Había elegido otro camino. Y, como consecuencia de ello, Kjell había tomado el diametralmente opuesto. Y empezó a escribir sobre las

organizaciones xenófobas con tal pasión y frenesí que cobró fama y reputación más allá de las fronteras del *Bohusläningen*. Con no poca frecuencia, cogía un avión de Trollhättan a Estocolmo para participar en algún programa de televisión en el que exponía cuáles eran las fuerzas destructivas del nazismo y cómo podía combatirlas la sociedad. A diferencia de muchos otros, que, en consonancia con el espíritu blandengue del momento, habrían querido invitar al plató a las organizaciones neonazis para ofrecer una discusión abierta, él preconizaba una línea más dura. No había que tolerarlas en absoluto. Había que combatirlas en todos los órdenes, presentarles oposición allí donde decidieran expresarse y, sencillamente, tratarlos como a la inmundicia indeseable que de hecho eran.

Aparcó el coche ante la casa de su ex mujer. En esta ocasión, no se molestó en avisar. Cuando lo hacía, ella aprovechaba a veces para salir de casa antes de que él llegara. Pero en esta ocasión, quiso asegurarse de que estaría en casa. Estuvo sentado en el coche un buen rato, a cierta distancia, hasta que la vio. Al cabo de una hora, apareció con el coche, que aparcó ante la entrada de la casa. Al parecer, venía de hacer la compra, porque sacó del vehículo un par de bolsas del Konsum. Kjell aguardó hasta verla entrar antes de recorrer los cien metros que lo separaban de la vivienda. Salió del coche y aporreó la puerta con decisión. Carina adoptó una expresión de cansancio en cuanto vio quién llamaba.

–¿Así que eres tú? ¿Qué quieres? –le dijo parcamente. Kjell sintió crecer la irritación. Que aquella mujer no pudiese comprender la gravedad de la situación… Comprender que era hora de actuar con mano de hierro. Sentía en el pecho la quemazón de los remordimientos, que encendía aún más su rabia. ¿Por qué tiene que parecer siempre tan… destrozada? Aún. Después de diez años.

–Tenemos que hablar; de Per. –Kjell se coló bruscamente en el vestíbulo y empezó a quitarse los zapatos y la cazadora, haciéndole ver que pensaba entrar. Por un instante pareció que Carina iba a protestar, pero luego se encogió de hombros y se encaminó a la cocina, donde se colocó de brazos cruzados y de espaldas a la encimera, como preparada para el combate. Era un juego al que habían jugado infinidad de veces.

–¿Y qué es lo que pasa ahora? –Meneó la cabeza de tal modo que la corta melena oscura le cayó sobre los ojos, y tuvo que retirarse el flequillo con el dedo índice. Kjell había visto aquel gesto tantas veces… Era una de las cosas que más le gustaban de ella cuando se conocieron. Los primeros años. Hasta que el día a día y la tristeza se adueñaron de su relación, hasta que el amor palideció, empujándolo a buscar otro camino. Aún se preguntaba si hizo bien.

Kjell se sentó en una de las sillas.

–Tenemos que tomar las riendas de la situación. Tienes que comprender que no se solucionará por sí solo. Una vez dentro de ese mundillo…

Carina lo interrumpió alzando la mano.

–¿Quién ha dicho que yo crea que se resolverá solo? Sencillamente, yo tengo otra visión de cómo se han de arreglar las cosas. Y mandar a Per lejos de aquí no es una solución, como tú mismo deberías comprender.

–¡Lo que tú no comprendes es que tiene que apartarse de este ambiente! –exclamó pasándose la mano por el cabello con gesto iracundo.

–Y al decir este ambiente, te refieres a tu padre, ¿no? –la voz de Carina rezumaba desprecio–. Pues en mi opinión, deberías procurar resolver tus problemas con tu padre antes de involucrar a Per en todo esto.

–¿Qué problemas? –Kjell se dio cuenta de que estaba levantando la voz y se obligó a respirar hondo varias veces para serenarse–. En primer lugar, cuando digo que debe alejarse de este ambiente no me refiero sólo a mi padre. ¿Crees que no me doy cuenta de lo que está pasando en esta casa? ¿Crees que no sé que tienes botellas escondidas aquí y allá por toda la casa? –Kjell señaló los muebles de la cocina. Carina tomó aire dispuesta a protestar, pero él la detuvo con un gesto de la mano–. Y entre Frans y yo no hay nada que resolver –añadió apretando los dientes–. Por lo que a mí respecta, preferiría no tener nada que ver con ese tío, y no tengo la menor intención de permitir que ejerza ningún tipo de influencia sobre Per. Pero puesto que no podemos tenerlo vigilado cada minuto del día, y tú tampoco pareces preocuparte demasiado por tenerlo controlado, no veo otra solución que encontrar una escuela con internado donde haya personal capacitado para enfrentarse a este tipo de situaciones.

–¿Y cómo piensas hacerlo, eh? –Carina formuló la pregunta a gritos, y el flequillo volvió a taparle los ojos–. A los adolescentes no los mandan a los centros juveniles así, sin más, tienen que haber hecho algo antes. Pero claro, puede que tú te pases los días frotándote las manos y deseando que eso suceda, así podrías…

–Un atraco –la interrumpió Kjell–. Ha cometido un atraco.

–¿De qué coño hablas? ¿A qué atraco te refieres?

–A primeros de junio. El propietario de la casa lo cogió en flagrante delito. Y me llamó. Fui y me llevé a Per. Había entrado por una de las ventanas del sótano y estaba haciéndose con un montón de cosas de la casa cuando lo sorprendieron. El propietario lo encerró, sencillamente. Amenazó con llamar a la policía si no le facilitaba el teléfono de sus padres. Y bueno, le dio el mío. –No pudo evitar sentir cierta satisfacción ante la mezcla de estupefacción y decepción de Carina.

–¿Le dio tu número? ¿Y por qué no le dio el mío?

Kjell se encogió de hombros.

–¿Quién sabe? La figura del padre siempre es la figura del padre.

–¿Y dónde cometió el atraco? –preguntó Carina, aún tratando de digerir el que Per hubiese dado el teléfono de su padre en lugar del suyo.

Kjell tardó en responder unos segundos, al cabo de los cuales dijo:

–Ya sabes, en la casa del viejo que encontraron muerto en Fjällbacka la semana pasada. Erik Frankel. Fue en su casa.

–Pero ¿por qué? –preguntó Carina meneando la cabeza.

–¡Es lo que trato de decirte! Erik Frankel era experto en la Segunda Guerra Mundial, tenía montones de objetos de aquella época, y supongo que Per quería impresionar a sus amigos enseñándoles un par de cosas genuinas.

–¿Lo sabe la policía?

–No, aún no –respondió Kjell impasible–. Pero eso depende sólo de…

–¿Harías algo semejante contra tu propio hijo? ¿Lo denunciarías por robo? –se inquietó Carina en un susurro con la mirada clavada en Kjell.

De repente, notó que se le hacía un nudo en el estómago. La vio como el día en que se conocieron. Fue en una fiesta de la Escuela Superior de Periodismo. Carina había acudido con una amiga que estudiaba allí, pero la amiga se perdió con un chico nada más llegar, y Carina estaba sentada en un sofá, sola y despistada. Se enamoró de ella nada más verla. Llevaba un vestido amarillo y una cinta del mismo color en el pelo, que entonces llevaba largo, tan oscuro como ahora, aunque sin las canas que ya empezaban a apuntar. Había en ella algo que lo impulsó a querer protegerla, cuidarla, amarla. Recordaba la boda. El vestido que, entonces, a ella le había parecido tan increíblemente hermoso, pero que hoy se consideraría una reliquia de los años ochenta, con tanto volante y las mangas farol. Desde luego, a él le pareció un milagro. Y la primera vez que la vio con Per. Cansada, sin maquillar y con el horrendo camisón del hospital. Pero lo miró y le sonrió con el hijo de ambos en el regazo, y Kjell se sintió capaz de luchar contra un dragón, o de enfrentarse a todo un ejército y vencer.

Ahora que estaban allí, en la cocina de ella, como dos combatientes enfrentados, cada uno percibía en los ojos del otro un destello fugaz de lo que fue. Por un instante recordaron los momentos en que rieron juntos, en que se amaron, antes de que el amor cayese en el olvido, se hiciese débil, frágil. Empezaba a ablandarse. El nudo creció en el estómago.

Intentó ahuyentar esos pensamientos.

–Si tengo que hacerlo, procuraré que la información llegue a la policía –aseguró–. O bien nos encargamos nosotros de que Per se aleje de este ambiente, o dejaré que la policía haga el trabajo.

–¡Eres un cerdo! –le increpó Carina con la voz quebrada por el llanto y por la decepción de tanta promesa incumplida.

Kjell se levantó. Forzó la voz para hacer que sonara fría:

–Así son las cosas. Tengo varias propuestas de lugares adonde podemos enviar a Per. Te las enviaré por correo electrónico, para que les eches un vistazo. Y recuerda, bajo ninguna circunstancia debes permitirle que vaya a ver a mi padre. ¿Entendido?

Carina no le respondió, pero bajó la cabeza en señal de rendición. Hacía demasiado tiempo que no tenía fuerzas para oponerse a Kjell. El día que él se resignó a perderla, a perder lo que tenían, también ella se resignó a perderse.

Una vez en el coche, Kjell recorrió un tramo de varios cientos de metros y aparcó a un lado. Con la frente apoyada en el volante, cerró los ojos. Desfilaron por su retina imágenes de Erik Frankel. Y de lo que Erik Frankel le había revelado. La cuestión era qué haría con dicha información.

Grini, en las inmediaciones de Oslo, 1943

El frío era lo peor. La imposibilidad de entrar en calor. La humedad absorbía el escaso aire caliente y hacía que un frío gélido envolviese el cuerpo como una manta. Axel estaba acurrucado en el catre. Los días eran infinitos en la soledad de la celda. Pero prefería el tedio a las interrupciones. Los interrogatorios, los golpes, todas aquellas preguntas que le caían como granizo, como una lluvia pertinaz que se negaba a remitir. ¿Cómo podría responderles? Era tan poco lo que sabía… Y ese poco no lo contaría jamás. Antes se dejaría matar a golpes.

Axel se pasó la mano por la cabeza. Sólo le quedaba un milímetro de pelo, que le raspó la palma de la mano. Los ducharon y los afeitaron tan pronto como llegaron allí, y luego les pusieron uniformes de la guardia noruega. En cuanto lo atraparon, supo que lo llevarían a aquel lugar. A aquella cárcel situada a doce kilómetros de Oslo. Pero nada podría haberlo preparado para la realidad con la que se encontró, para el terror abismal que impregnaba todas las horas del día, para el hastío, para el dolor.

–La comida. –Oyó el resonar metálico fuera de la celda y vio al joven vigilante que dejó una bandeja delante de la reja.

–¿Qué día es hoy? –preguntó Axel en noruego. Erik y él habían pasado prácticamente todos los veranos en Noruega, con los abuelos maternos, y hablaba aquella lengua a la perfección. Veía al vigilante a diario y siempre intentaba entablar con él una conversación, pues desfallecía por la falta de contacto humano. Sin embargo, el joven no solía corresponderle más que parcamente o con monosílabos. Como hoy.

–Miércoles.

–Gracias. –Axel trató de forzar una sonrisa. El muchacho se dio la vuelta dispuesto a marcharse. A Axel le resultaba insufrible quedarse allí de nuevo, en medio de tan fría soledad, e intentó retenerlo un poco lanzándole otra pregunta.

–¿Qué tiempo hace fuera?

El muchacho se detuvo. Vaciló. Miró a su alrededor antes de acercarse de nuevo a Axel.

–Está nublado. Bastante frío –respondió. A Axel le llamó la atención lo joven que parecía. Tendría más o menos su edad, quizá incluso un par de años menos. Aunque, con el aspecto que ahora tenía, él parecería mayor, tan viejo por dentro como por fuera.

El chico volvió a alejarse unos pasos.

–Demasiado frío para esta época del año, ¿verdad? –se le quebraba la voz, y a él mismo le resultó extraño el comentario. Hubo un tiempo en que consideraba la conversación insustancial una pérdida de tiempo. Ahora, en cambio, era un

salvavidas, el recordatorio de una existencia que se convertía a diario en una imagen desvaída.

–Pues sí, quizá. Pero en Oslo también puede hacer bastante frío en esta época del año.

–¿Eres de aquí? –Axel se apresuró a hacer la pregunta antes de que el vigilante intentase alejarse de nuevo.

El muchacho vaciló, parecía reacio a responder. Miró de nuevo a su alrededor, pero no se veía ni se oía a nadie cerca.

–Sólo llevamos aquí un par de años.

Axel cambió de tema.

–¿Cuánto tiempo llevo yo aquí? A mí se me antoja una eternidad. –Soltó una risa que lo asustó, una risa bronca y como inexperta. Hacía mucho tiempo que no tenía motivos para reír.

–No sé si debo… –El vigilante se aflojó un poco el cuello del uniforme. Daba la impresión de no hallarse cómodo enfundado en tan rígida vestimenta. Pero ya se acostumbraría, se dijo Axel. Terminaría por encontrarse cómodo tanto con la vestimenta como con el trato dispensado a las personas. Tal era la naturaleza del ser humano.

–¿Qué importancia puede tener que me digas cuánto tiempo llevo aquí? –preguntó Axel suplicante. Era terriblemente molesto vivir en un espacio sin tiempo. No tener una hora, una fecha, una semana en la que sustentar la vida.

–Dos meses, más o menos. No lo recuerdo con exactitud.

–Dos meses, más o menos. Y hoy es miércoles. Y está nublado. Con eso me basta. –Axel sonrió al muchacho, que le correspondió con una sonrisa cauta.

Una vez que el vigilante se hubo marchado, Axel se desplomó en el catre con la bandeja en las rodillas. La comida dejaba mucho que desear. Era la misma todos los días. Las patatas con las que alimentaban a los cerdos y unos potajes repugnantes. Claro que sería otra pieza en el engranaje de su propósito de socavar su ánimo. Apático y desganado, metió la cuchara en el mejunje grisáceo del cuenco, pero el hambre hizo que, finalmente, se la llevase a la boca. Trató de fingir que era el guiso de carne de su madre, pero no funcionó nada bien. Sólo consiguió agudizarlo todo, puesto que sus pensamientos se encaminaron allí adonde les había prohibido dirigirse, a su hogar y a su familia, a su madre y a su padre y a Erik. De repente, ni el hambre constituía acicate suficiente, era incapaz de comer. Dejó la cuchara en el cuenco y apoyó la cabeza en la pared rugosa de la celda. De pronto, su mente los recreó con total claridad. Su padre, con el poblado bigote gris que con tanto esmero se peinaba cada noche, antes de irse a dormir. Su madre, con el largo cabello recogido en un moño bajo, y con las gafas en la punta de la nariz cuando se sentaba por las tardes a hacer ganchillo al resplandor de la luz del flexo. Y Erik. Encerrado, a buen

seguro, en su habitación, y enfrascado en algún libro. ¿Qué estarían haciendo? ¿Estarían pensando en él en aquellos momentos? ¿Cómo se habrían tomado sus padres la noticia de su apresamiento? ¿Y cómo se lo habría tomado Erik, a menudo tan taciturno y absorto en su mundo? La agudeza de su intelecto procesaba textos y datos con una agilidad impresionante, pero le costaba mostrar sus sentimientos. A veces, para hacerle rabiar, Axel le daba un abrazo enorme, sólo para ver cómo se ponía rígido, incómodo ante tanto afecto. Pero al cabo de un rato, Erik se ablandaba, se relajaba y se permitía ceder a la intimidad unos segundos, antes de soltarse mascullando un «déjame» fingidamente desabrido. Axel conocía tan bien a su hermano… Mucho mejor de lo que Erik creía. Sabía que a veces se sentía como el raro de la familia, que sentía que no era lo bastante bueno en comparación con él. Y ahora lo tendría mucho más difícil que nunca. Axel comprendía perfectamente que la preocupación de sus padres por su destino afectaría al día a día de Erik, que el escaso espacio que su hermano ocupaba en la familia se vería más reducido aún. No osaba imaginar siquiera qué sería de Erik si él moría.

–¡Hola, ya estamos en casa! –Patrik cerró la puerta y dejó a Maja sentada en el suelo del vestíbulo. La pequeña puso enseguida rumbo al interior de la casa y Patrik tuvo que agarrarla del abrigo para detenerla.

–Oye, oye, señorita, antes de ir a ver a mamá hay que quitarte los zapatos y el abrigo. –Una vez que hubo terminado, la dejó ir.

–¿Erica? ¿Estás en casa? –gritó Patrik. No obtuvo respuesta pero aguzó el oído y percibió un parloteo procedente de la primera planta. Cogió a Maja en brazos y subió al despacho de Erica.

–¡Hola! Estás aquí…

–Sí, hoy he adelantado unas cuantas páginas. Y luego ha venido Anna y nos hemos tomado un café. –Erica sonrió con los brazos extendidos hacia Maja. La pequeña se le acercó tambaleándose y le plantó en la boca un beso lleno de saliva. Erica frotó la nariz con la de Maja, que hipaba de risa. Los besos de esquimal eran su especialidad.

–¿Cómo es que habéis estado fuera tanto tiempo? –comentó Erica dirigiéndose a Patrik.

–Pues es que tuve que intervenir un poco en el trabajo –explicó Patrik lleno de entusiasmo–. La nueva colega parece muy buena, pero no habían pensado en todos los aspectos, claro, así que me fui con ellos a Fjällbacka a hacer unas entrevistas, que nos han llevado a establecer la fecha en la que pudieron asesinar a Erik Frankel y… –Se detuvo en mitad de la frase al ver la expresión de Erica. Y cayó enseguida en la cuenta de que debería habérselo pensado dos veces antes de abrir la boca.

–¿Y dónde ha estado Maja mientras tú «intervenías un poco en el trabajo»? –preguntó Erica destilando hielo en la voz.

Patrik se retorcía preguntándose si no tendría la gran suerte de que saltara la alarma de incendios, por ejemplo. Pero no, era evidente que no. Respiró hondo y se lanzó al abismo.

–Annika se quedó cuidándola un rato. En la comisaría. –No se explicaba cómo podía sonar tan mal ahora que lo expresaba con palabras y en voz alta, cuando antes ni se había planteado que no fuese lo ideal.

–O sea, que Annika se quedó cuidando de nuestra hija en la comisaría mientras tú salías a trabajar un par de horas, ¿lo he entendido bien?

–Esto… sí… bueno… –balbució Patrik buscando febrilmente algún modo de utilizar la situación a su favor–. Maja se lo ha pasado estupendamente. Al parecer, ha comido muy bien y luego Annika se la llevó a dar un breve paseo hasta que se durmió en el cochecito.

–Estoy convencida de que Annika ha hecho un excelente trabajo como canguro. No se trata de eso. Lo que me indigna es que tú y yo habíamos acordado que tú

cuidarías de Maja mientras yo me concentraba en el trabajo. Y no digo que tengas que pasar con ella todos y cada uno de los minutos del día hasta el mes de enero, seguramente tendremos que recurrir a alguna canguro. Pero a mí me parece que es algo pronto para que se la dejes a la secretaria de la comisaría y te largues a trabajar después de tan sólo una semana de baja paternal, ¿no crees?

Patrik sopesó un instante si no sería aquella una pregunta retórica, pero, puesto que parecía estar esperando una respuesta, comprendió que no era el caso.

–Pues… ahora que lo dices… bueno, sí, claro que no ha sido muy buena idea… Pero es que ni siquiera habían comprobado si Erik tenía pareja o se veía con alguien, me entraron tantas ganas de hacer algo que… Bueno, ha sido una tontería por mi parte –reconoció rematando así su perorata incoherente. Acto seguido, se pasó la mano por el pelo, que quedó tan desgreñado como sus razones.

–A partir de este momento, nada de trabajo. Te lo prometo. Sólo la pequeña y yo. Es un pacto –aseguró levantando los dos pulgares en un intento por parecer tan digno de confianza como fuese posible. Erica parecía tener más cosas que decirle, pero luego dejó escapar un hondo suspiro y se levantó de la silla.

–Bien, cariño, tú no pareces haber sufrido lo más mínimo. ¿Le decimos a papá que está perdonado y bajamos a hacer la comida? –Maja asintió vehemente–. Papá nos preparará espaguetis a la carbonara, para compensar –añadió Erica bajando los peldaños con Maja en la cadera. Maja volvió a asentir con más entusiasmo aún: los espaguetis a la carbonara de papá eran uno de sus platos favoritos.

–¿Y, entonces, qué habéis averiguado? –preguntó Erica unos minutos más tarde, cuando, sentada a la mesa de la cocina, observaba cómo Patrik freía el beicon y ponía a cocer los espaguetis. Maja se había instalado delante del televisor y del programa infantil *Bolibompa*, lo que les permitía un respiro de conversación adulta.

–Lo más probable es que muriera entre el 15 y el 17 de junio –declaró removiendo el contenido de la sartén–. ¡Ay, joder! –Parte de la mantequilla derretida le salpicó y le quemó el brazo–. Mierda, cómo duele. Suerte que no se pone uno a freír beicon desnudo.

–¿Sabes qué, querido? Yo también opino que es una suerte que no te pongas a freír el beicon desnudo… –Erica le guiñó un ojo y él se le acercó y la besó en la boca.

–O sea, que vuelvo a ser «querido», ¿no? ¿Vuelvo a tener puntos de sobra?

Erica fingió reflexionar.

–Bueno, tanto como de sobra no diría yo, pero vuelves a estar a cero. Aunque, si la carbonara te sale buena de verdad, volverás a estar por encima…

–Y tú, ¿qué tal te ha ido hoy? –se interesó Patrik volviendo a los fogones para continuar con la cena. Con mucho cuidado, fue retirando de la sartén las tiras de beicon y poniéndolas sobre una hoja de papel de cocina para que escurrieran. El truco de una buena carbonara era que el beicon estuviese crujiente de verdad: no existía

nada más asqueroso que el beicon blandengue.

–Pues, no sé por dónde empezar… –dijo Erica exhalando un suspiro. En primer lugar, le refirió el motivo de la visita de Anna y le habló de los problemas que llevaba aparejados la condición de madrastra de una adolescente. Luego se armó de valor y le contó su visita a casa de Britta. Patrik dejó la sartén y se la quedó mirando perplejo.

–¿Fuiste a su casa para interrogarla? ¿Y resultó que la buena mujer tiene Alzheimer? No me extraña que su marido se pusiera furioso contigo, yo habría reaccionado igual.

–Sí, ya, muchas gracias, Anna me dijo lo mismo, así que ya he recibido bastantes recriminaciones por hoy, gracias, gracias. –Erica se ensombreció–. Debo decir que, cuando fui a verla, no lo sabía.

–¿Y qué te dijo? –quiso saber Patrik mientras echaba los espaguetis en el agua hirviendo.

–Sabrás que esa cantidad bastaría para un regimiento, ¿verdad? –observó Erica al ver cómo caían en la cacerola casi dos tercios del paquete.

–¿Quién está cocinando, tú o yo? –preguntó Patrik haciéndole un gesto de advertencia con la rasera–. Bueno, cuéntame, ¿qué te dijo?

–Pues, para empezar, parece que mi madre y ella se veían mucho de jóvenes. Resulta que formaban una pandilla bastante unida, ellas dos, Erik Frankel y un tal Frans.

–¿Frans Ringholm? –preguntó Patrik muy interesado sin dejar de remover los espaguetis.

–Sí, creo que se llama asi. Frans Ringholm. ¿Por qué? ¿Lo conoces? –Erica lo observaba llena de curiosidad, pero Patrik se encogió de hombros y negó con un gesto.

–¿Te dijo algo más? ¿Tenía algún contacto con Erik o con Frans en la actualidad? O con Axel, claro.

–No lo creo –respondió Erica–. No parecía que ninguno de ellos hubiese mantenido el contacto con los demás, pero puede que me equivoque. –Enarcó una ceja y adoptó una expresión reflexiva, como si estuviese repasando mentalmente la conversación.

–Hubo algo… –añadió Erica despacio. Patrik dejó de remover y se concentró en escucharla con atención.

–Es que dijo algo… En fin, dijo algo sobre «viejos huesos» de Erik. Y algo así como que debían descansar en paz. Y que Erik había dicho… Bueno, nada, porque luego se perdió en la bruma y ya no pude averiguar nada más. A esas alturas estaba bastante perturbada, así que no sé cuánta importancia debo concederle a sus palabras. Seguro que no eran más que sinsentidos.

–Yo no estaría tan seguro –opinó Patrik pensativo–. No estaría tan seguro. Es la

segunda vez que oigo hoy la expresión «viejos huesos» en relación con Erik. Viejos huesos… ¿Qué demonios significará?

Y mientras Patrik reflexionaba, el agua de la pasta se salió de la cacerola.

Frans se había preparado a conciencia para la reunión. El consejo de administración se reunía una vez al mes, y eran muchos los puntos del orden del día. Pronto habría elecciones, y tenían por delante uno de los mayores retos que se les presentaban.

–¿Ya estamos todos? –Miró en torno a la mesa y contó en silencio a los otros cinco miembros del consejo. Todos eran hombres. La balanza de la igualdad aún no había alcanzado las organizaciones neonazis. Seguramente tampoco llegara a hacerlo nunca.

Bertolf Svensson les había cedido el local de Uddevalla: ahora se hallaban en el sótano del bloque de su propiedad. Por lo general, se usaba como local de reuniones de la comunidad y para las celebraciones de los vecinos, y aún se apreciaban las consecuencias de la fiesta organizada por alguno de ellos. Además, tenían acceso a una oficina en el mismo edificio, pero se trataba de una sala demasiado pequeña para asambleas de grupo.

–No han limpiado bien después de la fiesta. Tendré que mantener una conversación con ellos cuando acabe la reunión –masculló Bertolf dándole una patada a una botella vacía de cerveza, que salió rodando por el suelo.

–Venga, centrémonos en el orden del día –ordenó Frans. No tenían tiempo que perder hablando de tonterías.

–¿Cómo llevamos los preparativos? –Frans se dirigió a Peter Lindgren, el más joven de los miembros del consejo. Lo habían elegido como coordinador de la campaña, pese a la protesta expresa de Frans. Sencillamente, no confiaba en él. Ese mismo verano lo habían detenido por agresión a un somalí en la plaza de Grebbestad, y Frans no creía que fuese capaz de conservar la calma en la medida necesaria en aquellos momentos.

Como para confirmar sus sospechas, Peter evitó la pregunta y dijo:

–¿Os habéis enterado de lo que ha ocurrido en Fjällbacka? –preguntó riendo–. Al parecer, alguien ha aplicado el procedimiento abreviado con ese puto traidor a la raza de Frankel.

–Sí, pero puesto que confío en que ninguno de los nuestros haya tenido nada que ver con ese asunto, propongo que volvamos al orden del día –atajó Frans clavándole a Peter la mirada. Se hicieron unos minutos de silencio, mientras los dos se batían en un combate sin palabras.

Hasta que Peter bajó la vista.

–Vamos por buen camino. Últimamente hemos conseguido buenos resultados en el reclutamiento y nos hemos asegurado de que todos, tanto los nuevos miembros

como los antiguos, estén dispuestos a llevar a cabo parte del trabajo de campo y a difundir el mensaje en mayor medida hasta las elecciones.

–Bien –aprobó Frans parcamente–. ¿Y el registro del partido? ¿Las papeletas para la votación?

–Bajo control. –Peter tamborileaba en la mesa con los dedos, manifiestamente irritado al ver que lo interrogaban como a un colegial. No pudo desaprovechar la ocasión de darle a Frans un golpe bajo.

–Así que fracasaste a la hora de proteger a tu viejo amigo. ¿Tan importante era que pensabas que valía la pena dar la cara por él? La gente ha estado hablando de ello, ¿sabes? Y cuestionando tu lealtad…

Frans se levantó y clavó los ojos en Peter. Werner Hermansson, que estaba sentado enfrente, lo agarró del brazo.

–No le hagas caso, Frans. Y tú, Peter, a ver si te tranquilizas, joder. Esto es ridículo. Hemos venido a hablar de cómo abrirnos paso, no a ponernos verdes unos a otros. Venga, estrechaos la mano. –Werner miró a Peter y a Frans con expresión suplicante. Aparte de Frans, él era el socio más antiguo de Amigos de Suecia y el que más lo conocía. Y, en esta ocasión, no era el bienestar de Frans lo que le preocupaba, sino el de Peter. Werner sabía lo que Frans era capaz de hacer.

Por un instante, la situación pareció congelarse, como esperando a resolverse. Al cabo de unos segundos, Frans volvió a sentarse.

–Aun a riesgo de parecer pesado, sugiero que volvamos al orden del día. ¿Alguna objeción? ¿Alguna otra chorrada en la que debamos perder nuestro tiempo? ¿Bien? –Fue clavando la mirada en todos y cada uno de los congregados hasta que bajaron la vista. Entonces continuó.

»Parece que la mayor parte de los aspectos prácticos están bien encauzados. De modo que, ¿qué os parece si hablamos de las cuestiones que debemos subrayar en la declaración del partido? He estado hablando con una serie de personas de la comarca, y tengo la clara sensación de que en esta ocasión podemos llegar hasta el consejo municipal. La gente se ha dado cuenta de lo blandos que han sido el Gobierno y el ayuntamiento en las cuestiones de inmigración. Ven que sus puestos de trabajo van a parar a manos de no suecos. Ven que las ayudas sociales destinadas al mismo grupo absorben la economía municipal. Reina el descontento general con cómo se han gestionado las cosas en el plano municipal, y esa es una circunstancia que debemos aprovechar.

El teléfono de Frans resonó estridente en el bolsillo.

–Joder. Perdonad, se me había olvidado apagarlo. Lo haré ahora mismo. –Sacó el móvil del bolsillo del pantalón y miró la pantalla. Reconocía el número, era el de la casa de Axel. Cortó la llamada y apagó el teléfono.

–Perdón. Bueno, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, se nos presenta una situación de lo

más halagüeña para poder utilizar la ignorancia de que ha dado muestras el ayuntamiento a la hora de abordar la cuestión de los refugiados…

Y así continuó hablando. Todos los allí reunidos lo miraban con suma atención. Pero en sus cabezas los pensamientos tomaban otro rumbo muy distinto.

La decisión de saltarse la clase de matemáticas no le costó el menor esfuerzo. Si había alguna clase a la que ni soñaba con asistir, esa era la de matemáticas. Tanto número y esas cosas le producían un desagradable hormigueo. Sencillamente, no entendía nada. En cuanto intentaba sumar o restar algo, se hacía un lío fenomenal en la cabeza. Y, además, ¿para qué quería él tanta cuenta? Él no pensaba ser un tío de esos que se dedican a la economía ni a ninguna otra cosa igual de aburrida, era una pérdida de tiempo pasarse los días sudando tinta china con los números.

Per encendió otro cigarrillo y oteó el patio del colegio. Los demás se habían largado a Hedemyrs para ver si podían pillar algo que meterse en los bolsillos. Pero a él no le apetecía acompañarlos. Se había quedado a dormir en casa de Tomas y estuvieron jugando a *Tomb Raider* hasta las cinco de la mañana. Su madre lo llamó por teléfono varias veces, así que al final terminó por apagarlo. Él habría preferido quedarse en la cama holgazaneando, pero la madre de Tomas los puso en la puerta cuando ella se fue al trabajo, así que se fueron a la escuela, a falta de otra cosa mejor que hacer.

Pero ya empezaba a sentir un aburrimiento tremendo. Quizá debería haberse ido con la pandilla, a pesar de todo. Se levantó del banco para ir con ellos, pero volvió a sentarse al ver que Mattias salía por la puerta de la escuela, seguido de aquella tía relamida tras la cual iban todos, por alguna razón. Y él, que nunca había pillado qué le veían a Mia… Aquel rubio tipo santa Lucía no era lo suyo.

Prestó atención por si oía la conversación. El que más hablaba era Mattias, y debía de estar diciendo algo interesante, porque los ojos maquillados de Mia, de un azul infantil, irradiaban fascinación. Cuando estuvieron más cerca, Per oyó algún retazo de la conversación. Se mantuvo inmóvil. Mattias estaba tan ocupado en conseguir meterse dentro del pantalón de Mia que no se percató de que Per estaba a unos metros.

–Ja, ja, tendrías que haber visto la cara que se le quedó a Adam cuando lo vio. Pero yo me di cuenta enseguida de lo que había que hacer y le dije que se apartara despacio, para no destruir ninguna huella.

–¡Oh…! –exclamó Mia llena de admiración.

Per se rio para sus adentros. Joder, qué bien se lo había montado Mattias.

Continuó prestando atención.

–Y ya te digo, lo más guay es que nadie, salvo nosotros, se atrevió a presentarse allí. Los demás hablaban mucho, pero ya te digo, una cosa es decirlo y otra es

hacerlo, claro…

Per ya había oído bastante. Dejó el banco de un salto y alcanzó a Mattias. Antes de que este hubiese podido comprender lo que pasaba, Per se le abalanzó por detrás y lo tiró al suelo. Se sentó sobre su espalda, le retorció un brazo hasta que empezó a gritar de dolor y luego le agarró un buen mechón de la melena. Aquella ridícula pelambrera de surfista le venía que ni pintada para ese fin. Luego levantó la cabeza de Mattias y la aplastó contra el asfalto. Ignoró el hecho de que Mia gritaba a tan sólo unos metros; luego echó a correr en dirección a la escuela para pedir ayuda. En lugar de detenerse, le dio otro golpe contra el duro suelo y, al ritmo de los cabezazos, le susurró:

–¿Qué coño es esa mierda que estás contando? Eres una mierda de tío y no te vayas a creer que pienso permitirte que vayas por ahí dándote pisto, puto… tontaina… –Per estaba tan iracundo que lo veía todo negro a su alrededor, ya no existía nada, salvo él y Mattias. Y lo único que sentía era el pelo de Mattias en la mano, la fuerza del retroceso, que le atravesaba la mano cada vez que la cabeza de Mattias se estrellaba contra el asfalto. Lo único que veía era la sangre que empezaba a teñir la capa negra que se extendía bajo la cabeza de Mattias. La contemplación de aquellas manchas rojas lo llenó de bienestar. Y ese bienestar alcanzó lo más recóndito de su pecho, acariciándolo, cuidándolo, proporcionándole una calma que rara vez solía sentir. No intentó combatir la rabia, sino que permitió que inundase su ser, cedió a ella con avidez, disfrutando de la sensación de algo primitivo que anulaba todo lo demás, todo lo complejo y triste y pequeño. No quería parar, no podía parar. Siguió gritando y golpeando, siguió mirando la masa roja, pastosa y húmeda cada vez que levantaba la cabeza de Mattias, hasta que notó que alguien lo agarraba por detrás y lo apartaba de un tirón.

–¿Qué demonios estás haciendo? –Per se dio la vuelta y miró casi con asombro el semblante airado y horrorizado del profesor de matemáticas. Arriba, desde todas las ventanas de la escuela, asomaban montones de ojos inquisitivos y en el patio ya se había congregado un pequeño grupo de curiosos. Per miraba impávido el cuerpo inerte de Mattias y se dejó arrastrar otros cuantos metros lejos de su víctima.

–¡Qué coño! ¿Es que estás mal de la cabeza? –El rostro del profesor de matemáticas estaba a tan sólo unos centímetros del suyo. Le gritaba en voz muy alta, pero Per le volvió la cara con indiferencia.

Había sido tan agradable durante unos minutos… Ahora sólo sentía vacío.

Se quedó un buen rato mirando las fotos del pasillo. Tantos momentos de alegría. Tanto amor. La foto en blanco y negro de la boda, en la que se los veía más rígidos de lo que en realidad se sentían. Anna-Greta en los brazos de Britta y él detrás de la cámara. Si no recordaba mal, después de hacer la instantánea dejó la cámara y cogió

en brazos a su hija por primera vez. Britta se puso algo nerviosa y le rogó que le apoyase bien la cabeza, pero fue como si supiera hacerlo por instinto. Y, a partir de aquel momento, siempre se implicó en el cuidado de las hijas, mucho más de lo que se esperaba de un hombre en su época. En numerosas ocasiones lo reconvino su suegra, porque, según decía, cambiar pañales o bañar bebés no era cosa de hombres. Pero él no podía evitarlo. Le resultaba tan natural hacerlo, y tampoco le parecía justo que Britta cargase con todo el trabajo de tres niñas que, además, se llevaban tan poco. En realidad, les habría gustado tener más hijos, pero después del tercer parto, que resultó diez veces más complicado que los dos primeros juntos, el doctor se lo llevó a un lado y le dijo que el cuerpo de Britta no aguantaría uno más. Y Britta lloró. Bajó la cabeza y, sin mirarlo y sin dejar de llorar, le pidió perdón por no haberle dado un varón. Él se quedó atónito. Jamás se le habría ocurrido desear nada distinto de lo que tenían. Rodeado de sus cuatro chicas, se sentía más rico de lo que debería estar permitido. Le llevó un rato convencerla de ello, pero cuando Britta comprendió que le hablaba con total sinceridad, enjugó sus lágrimas y ambos se concentraron en las niñas que juntos habían traído al mundo.

Ahora tenían a muchos más a los que amar. Las niñas habían tenido hijos, que Herman y Britta adoraban, y, una vez más, él tuvo ocasión de demostrar sus habilidades a la hora de cambiar pañales cuando sus hijas y sus familias necesitaban ayuda. Pero Britta y él se sentían agradecidos y felices de tener un sitio, de tener a quien ayudar, a quien amar. Y ahora tenía hijos incluso alguno de los nietos. Cierto que los dedos de Herman se comportaban de un modo algo más torpe, pero con esos pañales nuevos y tan ingeniosos que llamaban *Up and Go* sí que se las arreglaba para cambiarlos aún de vez en cuando. Meneó la cabeza. ¿Adónde habían ido a parar los años?

Subió al dormitorio y se sentó en el borde de la cama. Britta estaba echando el sueñecito de mediodía. Habían tenido un mal día. En varias ocasiones, Britta no lo reconoció y, a ratos, creía encontrarse en casa de sus padres. Preguntó por su madre. Y, luego, con el terror en la voz, por su padre. Herman le acarició la cabeza y le aseguró una y otra vez que hacía ya muchos años que su padre no estaba. Que ya no podía lastimarla.

Le acarició la mano que descansaba sobre la colcha de ganchillo. Arrugada, con las mismas manchas que a él le habían salido con el paso del tiempo. Pero aún conservaba los dedos largos y elegantes. Sonrió para sí al observar que se había pintado las uñas de rosa. Britta siempre había sido un tanto presumida, jamás abandonó esa propensión. Pero él no se quejaba. Su mujer siempre había sido hermosa y, en cincuenta y cinco años de matrimonio, jamás había dedicado a otra ni un pensamiento ni una mirada.

Los párpados cerrados revelaron un leve movimiento de los ojos. Estaría soñando.

A Herman le habría gustado poder entrar en sus sueños. Vivir en ellos con ella y fingir que todo era como antes.

Hoy, en su estado de perturbación, Britta había hablado de aquello que habían acordado no volver a mencionar jamás. Pero su cerebro se descomponía y se corrompía, y con él los diques y muros que, a lo largo de los años, habían levantado en torno a su secreto. Llevaban tanto tiempo compartiéndolo que, en cierto modo, se había entremezclado con el brocado de sus vidas hasta hacerse invisible. Finalmente, se permitieron relajarse y olvidar.

La visita de Erik no le sentó nada bien. En absoluto. Abrió en el muro una grieta que ahora se ensanchaba por momentos. Si no la sellaba bien, un aluvión torrentoso irrumpiría arrollándolos a todos.

Pero ya no tenían que preocuparse más por él. No, ya no tenían que preocuparse más. Herman continuó acariciándole la mano.

–Ah, por cierto. Ayer se me olvidó decirte que Karin llamó. Habéis quedado para dar un paseo a las diez. En la farmacia.

Patrik se detuvo en seco.

–¿Karin? ¿Hoy dentro de… –hizo una pausa para mirar el reloj– …media hora?

–*Sorry* –replicó Erica en un tono que indicaba claramente que no lo lamentaba lo más mínimo. Luego lo dulcificó y añadió:

–Pensaba ir a la biblioteca para buscar algo de información, así que si Maja y tú estáis listos dentro de veinte minutos, puedo llevaros.

–¿Y a ti… –Patrik vaciló un instante– …no te molesta?

Erica se le acercó y lo besó en los labios.

–Los paseos con tu ex mujer son una bagatela en comparación con esa tendencia tuya a usar la comisaría como guardería para nuestra hija.

–Ja, ja, muy gracioso –replicó Patrik enfurruñado, más que nada porque era consciente de que Erica tenía razón. No había sido muy sensato por su parte.

–¡Pues no te quedes ahí parado sin hacer nada! ¡Venga, a vestirse! Desde luego, si fueras a ver a tu ex mujer con esa pinta sí que protestaría –reconoció Erica entre risas, examinando a su marido de pies a cabeza, en calzoncillos y calcetines largos.

–Sí, estoy demasiado *sexy*, ¿verdad? –dijo Patrik posando como un culturista. Erica estalló en tal ataque de risa que tuvo que sentarse en la cama.

–¡Por Dios, no hagas eso!

–¿El qué? –preguntó Patrik fingiéndose ofendido–. Si estoy de un cachas que tira de espaldas. Esto es sólo para engañar a los cacos, para que crean que pueden sentirse seguros –afirmó al tiempo que se daba una palmadita en la barriga, que tembló más de lo que lo habría hecho de haber estado constituida sólo por músculos. No podía decirse que el matrimonio hubiese reducido el perímetro de la cintura en absoluto.

–¡Para ya! –chilló Erica–. Si sigues así, no podré excitarme contigo nunca más… –Patrik respondió arrojándose sobre ella y, con un alarido animal, empezó a hacerle cosquillas por todas partes.

–¡Retira eso! ¡Retira eso ahora mismo!

–Sí, sí, bueno, lo retiro, ¡pero para ya! –gritó Erica, que tenía muchísimas cosquillas.

–¡Mamá! ¡Papá! –se oyó llamar con entusiasmo desde la puerta. Maja palmoteaba encantada de presenciar aquel espectáculo. El alboroto en el dormitorio de sus padres le estaba resultando tan interesante que acudió a investigar.

–Ven aquí, que papá te haga cosquillas a ti también –dijo Patrik subiéndola a la cama. Un segundo después, madre e hija chillaban entre risas. Al cabo de un rato, los tres descansaban agotados en la cama remoloneando hasta que Erica se levantó de un salto.

–Se acabó, hay que darse prisa. Yo visto a Maja mientras tú te adecentas.

Veinte minutos después, Erica conducía hacia el edificio municipal de servicios sociales, que alojaba tanto la biblioteca como la farmacia. Sentía cierta curiosidad. Era la primera vez que veía a Karin, aunque, naturalmente, había oído hablar bastante de ella. Pero, en honor a la verdad, Patrik había sido bastante discreto con el tema de su primer matrimonio.

Aparcó el coche, ayudó a Patrik a sacar el cochecito del maletero y fueron juntos a saludar a Karin. Respiró hondo y le estrechó la mano.

–Hola, soy Erica –se presentó–. Hablamos ayer por teléfono.

–¡Cómo me alegro de conocerte! –exclamó Karin. Erica notó, no sin cierta sorpresa, que la mujer que tenía delante le caía bien. Vio con el rabillo del ojo que Patrik se balanceaba incómodo de un lado a otro, y no pudo evitar ceder a la flaqueza de disfrutar un poco de la situación. Sinceramente, era de lo más divertida.

Escrutó curiosa a la ex mujer de Patrik y constató enseguida que Karin estaba más delgada que ella, era un poco más baja y tenía el cabello oscuro recogido en una sencilla cola de caballo. No iba maquillada, era de facciones bonitas, pero tenía aspecto de estar… algo cansada. Por la vida de ama de casa con niños pequeños, pensó Erica diciéndose que tampoco ella habría superado una inspección minuciosa antes de conseguir que Maja durmiese bien por las noches.

Charlaron unos minutos, hasta que Erica se despidió y se encaminó a la biblioteca. En cierto modo, fue un alivio ver por fin la cara de la mujer que había constituido una parte importante de la vida de Patrik durante ocho años. Ni siquiera la había visto en fotografía. Dadas las circunstancias en las que se separaron y comprensiblemente, Patrik no quiso conservar ningún documento gráfico de su vida en común.

En la biblioteca el ambiente era tan apacible como de costumbre. Había pasado

allí muchas horas: las bibliotecas tenían algo que le infundía una sensación de infinita satisfacción.

–¡Hola, Christian!

El bibliotecario levantó la vista y le respondió con una amplia sonrisa, antes de saludarla:

–¡Hola, Erica! Qué alegría verte por aquí. ¿Qué puedo hacer por ti? –Su acento de Småland sonaba, como de costumbre, de lo más agradable. Erica se preguntaba a menudo por qué la gente de Småland no tenía más que abrir la boca para resultar simpática. Pero, en el caso de Christian, la primera impresión era perfectamente válida. Siempre se comportaba de un modo amable y solícito, y, además, era muy bueno en su trabajo. Había ayudado a Erica en un sinfín de ocasiones a obtener, como por arte de magia, información que dudaba mucho haber podido localizar sin su colaboración.

–¿Se trata del mismo caso cuyos datos buscabas la última vez? –preguntó mirándola esperanzado. Las cuestiones de Erica siempre eran bienvenidas, ya que constituían una interrupción muy grata de su, por lo demás, monótono quehacer, consistente en buscar información sobre peces, barcos de vela y la fauna de la región de Bohuslän.

–No, hoy no –negó sentándose en la silla que había ante el mostrador de información tras el cual atendía Christian–. Hoy se trata de recabar información sobre personas de Fjällbacka. Personas y sucesos.

–¿Personas? ¿Sucesos? ¿No podrías ser algo más concreta? –le dijo con un guiño.

–Lo intentaré. –Erica le soltó la retahíla de nombres–. Britta Johansson, Frans Ringholm, Axel Frankel, Elsy Falck, no, perdona, Elsy Moström y… –dudó un instante, pero añadió enseguida–: Erik Frankel.

Christian hizo un gesto de asombro.

–¿No es ese el hombre al que hallaron asesinado?

–Pues sí –respondió Erica parcamente.

–¿Y Elsy? ¿Es tu…?

–Mi madre, sí. Necesito algo de información sobre la vida de estas personas en torno a los años de la Segunda Guerra Mundial. ¿Sabes qué te digo? Mejor limita la selección a los años de la guerra.

–O sea entre 1939 y 1945.

Erica asintió y observó esperanzada mientras Christian tecleaba los datos solicitados en su ordenador.

–Por cierto, ¿cómo van las cosas con ese proyecto tuyo?

Una sombra cubrió el semblante del bibliotecario. Pero el hombre se repuso enseguida y respondió:

–Pues bien, gracias, estoy a mitad de camino. Y, en gran medida, a ti y a tus

sugerencias debo el haber llegado tan lejos.

–Anda, hombre, si no fue nada –repuso Erica minimizando el elogio un tanto avergonzada–. No tienes más que decírmelo, si necesitas más consejos sobre escritura, o si quieres que luego le eche un vistazo al manuscrito. A propósito, ¿tienes ya título?

–La sirena –contestó Christian sin mirarla de frente–. Se llamará *La sirena*.

–¡Qué buen nombre! ¿De dónde…? –comenzó Erica. Pero Christian la interrumpió bruscamente. Ella lo miró sorprendida, no era propio de él. Se preguntaba si le habría dicho algo que hubiese podido molestarlo, pero no se le ocurría qué podía ser.

–Aquí hay unos cuantos artículos que creo que pueden interesarte –dijo Christian–. ¿Quieres que los imprima?

–Sí, por favor –respondió Erica aún intrigada. Sin embargo, unos minutos más tarde, cuando Christian volvió de la impresora con un puñado de copias para ella, era otra vez la amabilidad personificada.

–Aquí tienes con qué entretenerte. Y si necesitas otra cosa, dímelo.

Erica le dio las gracias y salió de la biblioteca. Tuvo suerte. La cafetería que había enfrente acababa de abrir y, antes de sentarse a leer, pidió un café. Pero la lectura resultó tan interesante que se le enfrió sin haberlo probado.

–Bien, ¿qué tenemos por el momento? –Mellberg estiró las piernas con una mueca de dolor. ¿Por qué durarían tanto las malditas agujetas? A ese paso, no habría terminado de recuperarse cuando ya tendría encima el momento de machacarse de nuevo el cuerpo en la próxima clase de salsa del viernes. Aunque, curiosamente, la idea no le resultaba tan aterradora. Había algo en la combinación de aquella música fascinante, la proximidad del cuerpo de Rita y el hecho de que, al final de la clase de la semana anterior, los pies empezaran a pillar el ritmo. No, no pensaba rendirse a la primera de cambio. Si había alguien con el potencial necesario para convertirse en el rey de la salsa de Tanumshede, ese era él.

–Perdona, ¿qué decías? –Mellberg se sobresaltó. Se había perdido por completo la respuesta de Paula, absorto como estaba soñando despierto al son de ritmos latinos.

–Sí, decía que hemos conseguido determinar el intervalo de tiempo en el que debieron de asesinar a Erik Frankel –dijo Gösta–. El 15 de junio estuvo en casa de su… novia, o como queramos llamarla a su edad. Cortó con ella y, al parecer, estaba claramente bebido, lo que, según la mujer, no sucedía jamás.

–Y después, el 17 de junio, estuvo allí la mujer de la limpieza, pero no pudo entrar –continuó Martin–. Eso no quiere decir que ya estuviera muerto, pero podemos tomarlo como un claro indicio de ello. Según nos dijo la asistenta, nunca le había ocurrido. Si los hermanos no estaban en casa, le dejaban una llave.

–Vale, bien, entonces seguiremos trabajando partiendo de la hipótesis de que murió entre el 15 y el 17 de junio. Comprobad dónde se encontraba su hermano entonces. –Mellberg se inclinó y le acarició las orejas a *Ernst*, que estaba tumbado bajo la mesa de la cocina, a sus pies, como de costumbre.

–Pero ¿tú crees de verdad que Axel Frankel tuvo algo que…? –Paula se interrumpió en mitad de la frase al ver la expresión malhumorada de Mellberg.

–Yo no creo nada en estos momentos. Pero sabes tan bien como yo que la mayoría de los asesinatos los comete algún miembro de la familia. Así que a zarandear al hermano. ¿Está claro?

Paula asintió. Por una vez en la vida, Mellberg tenía razón. Y Paula se dijo que no podía permitir que el hecho de que Axel Frankel le hubiese resultado un hombre agradable le impidiese hacer su trabajo.

–¿Y los muchachos que estuvieron en la casa? ¿Tenemos ya sus huellas? –Mellberg miraba exigente a su alrededor. Las miradas de todos se centraron en Gösta, que se retorció incómodo en la silla.

–Pues… bueno… Sí y no… Tomé las huellas de pisada y las dactilares de uno de los chicos, de Adam, pero no he tenido tiempo… para el otro…

Mellberg le clavó una mirada elocuente.

–O sea, que has tenido varios días para llevar a cabo esa tarea tan sencilla y, te cito, «no has tenido tiempo». ¿Lo he entendido bien?

Gösta asintió desanimado.

–Sí, bueno, esto… sí, lo has entendido bien. Pero pienso solucionarlo hoy mismo. –Otra mirada de Mellberg–. Ahora, en el acto –añadió Gösta con la cabeza gacha.

–Será lo mejor para ti –aseguró Mellberg, y centró toda su atención en Martin y Paula.

–¿Algo más? ¿Cómo va el asunto del tal Ringholm? ¿Por ahí tenemos algo? Personalmente, me parece la pista más prometedora y, desde luego, deberíamos poner patas arriba a los Amigos de Suecia o como quiera que se llamen.

–Estuvimos hablando con Frans en su casa y no nos dio la impresión de que hubiera nada contundente. Según él, ciertos elementos de la organización enviaron cartas de amenaza a Erik Frankel, y él intentó mediar y protegerlo, por su vieja amistad.

–Y esos «elementos» –Mellberg representó en el aire unas comillas al pronunciar la última palabra–, ¿hemos hablado ya con ellos?

–No, aún no –dijo Martin con calma–. Pero lo tenemos en la agenda de hoy.

–Bien, bien –aprobó Mellberg al tiempo que intentaba apartar a *Ernst* con los pies, pues ya empezaba a sentir un picor incómodo. Pero sólo consiguió que el animal dejase escapar una sonora ventosidad canina, para luego volver a acomodarse tranquilamente sobre los pies de su dueño provisional.

–Bien, en ese caso, sólo nos queda un punto por tratar. Y es que ¡esto no es ninguna guardería! ¿Entendido? –Miró con encono a Annika, que, sin pronunciar una sola palabra, no había hecho sino anotar cuanto habían dicho hasta el momento. Annika le devolvió la mirada por encima de las gafas. Al cabo de unos largos minutos de silencio durante los cuales Mellberg había empezado a ponerse nervioso preguntándose si no habría utilizado un tono demasiado agrio, se oyó la respuesta de Annika:

–No dejé de cumplir con mi obligación mientras cuidaba de Maja un rato. Y creo que eso es lo único que debe preocuparte, Bertil.

Una muda lucha de poder dio comienzo cuando Annika miró a Mellberg fijamente y muy serena. Hasta que él apartó la vista y murmuró:

–Sí, bueno, claro, quizá tú seas la más indicada para juzgarlo…

–Además, gracias a que Patrik vino, caímos en la cuenta de que habíamos olvidado comprobar los extractos bancarios de Erik… –Paula le guiñó un ojo a Annika, en señal de apoyo.

–Claro, seguro que, tarde o temprano, se nos habría ocurrido… pero al venir Patrik, fue más temprano que tarde… –añadió Gösta mirando también a Annika antes de bajar la vista y concentrarse en el tablero de la mesa.

–Ya, sí, pero yo creía que cuando uno está de baja paternal, está de baja paternal –puntualizó Mellberg enojado, aunque consciente de haber perdido la batalla–. Bueno, en todo caso, tenemos mucho que hacer. –Se levantaron y colocaron las tazas en el lavaplatos.

En ese momento, sonó el teléfono.

Fjällbacka, 1944

–Ya sabía yo que te encontraría aquí. –Elsy se acomodó al lado de Erik, que se había sentado al abrigo del viento en una grieta de la montaña.

–Claro, aquí es donde tengo más posibilidades de que me dejen en paz –reconoció Erik encolerizado, pero se apaciguó enseguida y cerró el libro que tenía en las rodillas–. Perdona –se disculpó–. No tiene sentido que pague mi mal humor contigo.

–¿Es Axel la causa de tu mal humor? –preguntó Elsy con dulzura–. ¿Cómo están las cosas en casa?

–Como si ya hubiera muerto –aseguró Erik mirando a las aguas del mar, que se movían inquietas en la bocana del puerto de Fjällbacka–. Al menos mi madre se comporta como si Axel ya estuviese muerto. Y mi padre. Se pasa los días murmurando, se niega a hablar del asunto.

–¿Y cómo te sientes tú? –quiso saber Elsy mirando con interés a su amigo. Lo conocía tan bien… Mucho mejor de lo que él creía. Habían compartido tantas horas de juego ella, Erik, Britta y Frans. Ahora que se suponía que pronto serían adultos, no había tantos juegos a los que jugar. Pero en aquel instante, Elsy no veía ninguna diferencia entre el Erik de catorce años y el de cinco, que ya entonces era como un viejo en un cuerpo pequeñito. Era como si Erik hubiese nacido como un señor mayor menudo que fue creciendo paulatinamente hasta alcanzar el cuerpo adecuado a su yo. Como si el cuerpo de bebé, el de niño y el de joven hubiesen sido estadios por los que debía pasar antes de llegar a aquel en el que la piel se le adaptase por fin.

–Yo no sé cómo me siento –respondió Erik secamente volviendo la cabeza hacia otro lado. Aunque no lo bastante rápido como para que Elsy no advirtiese algo que le brillaba en la comisura del ojo.

–Sí, claro que lo sabes –insistió sin apartar la vista del perfil del amigo–. A mí puedes contármelo.

–Me siento tan… dividido… Una parte de mí siente tal miedo y tal dolor por lo que le ha sucedido y le está sucediendo a Axel… La sola idea de que pudiera morir me hace… –Erik buscaba la palabra adecuada, pero no la halló. Elsy lo comprendió igualmente. No dijo nada y lo animó a continuar.

–Pero mi otro yo… siente una rabia tan grande… –se le oscureció la voz, como un presagio de cómo sonaría la del Erik adulto–. Siento rabia porque ahora soy más invisible que nunca. No soy. No existo. Mientras Axel estuvo en casa, era como si me iluminase con la luz de su persona. Un rayito de vez en cuando. Un haz minúsculo de luz, de atención, incidía también sobre mí. Y eso bastaba. Nunca pedí más. Axel merecía estar en el centro de los focos, recibir toda la atención. Él siempre ha sido mejor que yo. Yo jamás me habría atrevido a hacer lo que él hacía. No soy ningún valiente. Ni atraigo la mirada de los otros. Ni tengo la capacidad de Axel para

conseguir que quienes me rodean se sientan bien. Porque yo creo que es ahí donde radicaba… radica su secreto… que él siempre hace que todo el mundo se sienta bien. Yo no tengo esa facultad. Yo pongo nerviosa a la gente, la inquieto. No saben qué hacer conmigo. Sé demasiado. Me río demasiado poco. Y… –Se vio obligado a hacer una pausa para respirar en medio de lo que, seguramente, era el discurso más largo que había pronunciado jamás.

Elsy no pudo contener una carcajada.

–Ten cuidado, Erik, te vas a quedar sin palabras. Con lo parco que sueles ser… –le dijo sonriendo, aunque Erik apretó los dientes.

–Ya, pero eso es exactamente lo que siento. ¿Y sabes qué? , creo que sería capaz de echar a andar, de alejarme y seguir caminando sin parar y no volver nunca más. Y nadie en mi familia notaría siquiera que no estoy. Para mis padres no soy más que una sombra en la periferia de su campo de visión, y en cierto modo, creo que sería un alivio que la sombra desapareciera, así podrían dedicarse plenamente a ver a Axel –se le quebró la voz y volvió la cara, avergonzado.

Elsy le pasó el brazo por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro, obligándolo a salir del sombrío refugio en el que se hallaba.

–Erik, te aseguro que si faltaras lo notarían. Es sólo que… están totalmente entregados a entender lo que le ha ocurrido a Axel.

–Ya han pasado cuatro meses desde que lo cogieron los alemanes –repuso Erik con voz sorda–. ¿Cuánto tiempo piensan seguir entregados a ello? ¿Seis meses? ¿Un año? ¿Dos? ¿Toda la vida? Yo estoy aquí y ahora. Aún sigo existiendo aquí y ahora. ¿Por qué eso no significa nada para ellos? Y, al mismo tiempo, me siento como un ser despreciable por tener celos de mi hermano, que estará en una cárcel, seguramente, y al que pueden ejecutar en cualquier momento sin que tengamos ocasión de volver a verlo jamás. Además, resulta que tengo un hermano estupendo.

–Nadie duda de que quieras a Axel. –Elsy le acariciaba la manga de la camisa–. Pero no es nada raro que desees que te presten atención, que quieras que tomen conciencia de que existes. Y sé que eso es lo que te pasa… Pero tienes que decirles cómo te sientes, tienes que obligarlos a que te vean.

–No me atrevo –admitió Erik meneando la cabeza con vehemencia–. Imagínate que piensan que soy un ser horrible.

Elsy le cogió la cabeza entre las manos y lo obligó a mirarla a los ojos.

–Escúchame, Erik Frankel. No eres un ser horrible. Quieres a tu hermano y a tus padres. Pero también estás sufriendo. Ellos tienen que saberlo, debes exigirles un espacio. ¿De acuerdo?

Erik intentó apartar el rostro, pero ella siguió sujetándolo entre las manos y mirándolo a los ojos.

Al final, Erik asintió.

–Tienes razón. Hablaré con ellos…

En un impulso, Elsy lo abrazó y lo apretó contra su cuerpo. Le acarició la espalda y notó que Erik se iba relajando.

–¿Qué coño? –resonó una voz a su espalda. Elsy se volvió a mirar. Era Frans, pálido y con los puños cerrados.

–¿Qué coño? –repitió Frans, como si le costara encontrar las palabras. Elsy comprendió cómo habría interpretado su abrazo e intentó explicarle con calma lo que había sucedido en realidad, antes de que su temperamento tomase las riendas de su persona. Ya había comprobado en numerosas ocasiones que Frans se encendía con la misma facilidad que una cerilla. Había algo en Frans que lo tenía siempre en disposición de encolerizarse, como si no hiciese sino buscar motivos para desahogar su ira. Y Elsy se había dado perfecta cuenta de que Frans sentía cierta debilidad por ella. Dadas las circunstancias, si no lograba que comprendiera la situación, podría resultar catastrófico…

–Erik y yo estábamos hablando –le explicó despacio y con serenidad.

–Sí, ya he visto cómo hablabais –replicó Frans con una mirada que hizo estremecerse a Elsy.

–Hablábamos de Axel, y de lo duro que es saber dónde está –prosiguió sin apartar la vista de los ojos de Frans. El destello frío y salvaje que los iluminaba se apagó levemente. Elsy continuó hablando.

–Y estaba consolándolo. Eso es lo que ha pasado. Siéntate, anda, y habla con nosotros.

Elsy dio unas palmaditas en la roca, animándolo a sentarse. Frans dudaba. Pero ya tenía las manos distendidas y la frialdad había abandonado por completo su semblante. Exhaló un hondo suspiro y siguió el consejo de Elsy.

–Perdón… –se excusó sin mirarla.

–No pasa nada –aseguró Elsy–. Pero no seas tan rápido a la hora de sacar conclusiones precipitadas.

Frans guardó silencio un rato. Luego la miró. De repente, la intensidad del sentimiento que Elsy detectó en aquella mirada la asustó más que la frialdad y la ira anteriores. Un presentimiento azotó todo su ser: aquello no podía terminar bien.

Pensó también en Britta y en las miradas amorosas que le dedicaba a Frans constantemente.

Elsy repitió para sí: aquello no podía terminar bien.

–Parece encantadora –opinó Karin con una sonrisa mientras empujaba el cochecito en el que llevaba a Ludde.

–Erica es fantástica –recalcó Patrik notando que la sonrisa le afloraba por sí sola. Claro que habían tenido algún que otro encontronazo últimamente, pero eran naderías. Se sentía increíblemente afortunado por el solo hecho de despertarse al lado de Erica todas las mañanas.

–Pues a mí me gustaría poder decir lo mismo de Leif –confesó Karin–. Pero lo cierto es que empiezo a estar harta de la vida de esposa de un cantante. Aunque, claro, yo ya sabía a qué me exponía, de modo que supongo que no puedo quejarme.

–Todo es distinto cuando nacen los hijos –observó Patrik, en parte como una constatación, pero también como una pregunta.

–¿No me digas? –ironizó Karin–. Fui una ingenua, desde luego. No tenía ni la más remota idea del trabajo que supone, ni de las exigencias que nos impone el hecho de tener un hijo, ni… bueno, que no es fácil llevarlo todo sola. A veces me siento como si yo hiciera todo el trabajo pesado, las noches en vela, los pañales, juego con él, le doy de comer, lo llevo al médico cuando se pone enfermo. Y luego aparece Leif por casa y Ludde lo recibe como si fuera Papá Noel. Y me parece tan injusto…

–Pero ¿a quién recurre Ludde cuando se hace daño? –preguntó Patrik.

Karin sonrió.

–Tienes razón, entonces es a mí a quien busca. Así que supongo que sí, algo significará para él que sea yo quien se pasa las noches con él en brazos. Pero no sé… me siento como engañada. No era esta la idea. –Lanzó un suspiro y le enderezó a Ludde el gorrito, que se le había ladeado dejando una orejilla al descubierto.

–Yo debo decir que está siendo mucho más agradable y divertido de lo que jamás imaginé –declaró Patrik, aunque comprendió que acababa de decir una tontería en cuanto reparó en la mirada penetrante de Karin.

–Y Erica, ¿opina lo mismo? –preguntó en tono cortante. Patrik comprendía a qué se refería.

–No, la verdad es que no. O, al menos, no antes –precisó Patrik, que sintió un nudo en el estómago al recordar lo pálida y lo tristona que anduvo Erica durante los primeros meses de vida de Maja.

–Quizá se deba a que Erica se vio expulsada de la vida adulta y se quedaba en casa con Maja mientras tú acudías al trabajo todas las mañanas, ¿no?

–Pero yo le ayudaba en todo lo que podía –se defendió Patrik.

–Le ayudabas, sí –puntualizó Karin adelantándose con el cochecito cuando llegaron al tramo más angosto de la calle que conducía a Badholmen–. Existe una diferencia asquerosamente abismal entre ser «el que ayuda» y ser el que carga con la responsabilidad última. No es tan sencillo averiguar cómo calmar a un bebé que llora

inconsolable, cómo y cuándo tienen que comer y cómo entretenerse uno mismo y al bebé cinco días a la semana, como mínimo, por lo general sin otra compañía adulta. Es muy distinto ser el director ejecutivo de la Compañía Bebé, y no ser más que un peón que aguarda órdenes.

–Pero, tampoco puedes culpar de todo a los padres –objetó Patrik empujando el cochecito por la empinada pendiente–. Por lo que tengo entendido, es frecuente que las madres no quieran cederles el control a los padres, y cuando estos cambian un pañal, resulta que lo han hecho mal, y si le dan de comer, es que no cogen bien el biberón, y cosas así. Así que no creo que los padres tengamos siempre tan fácil eso de ser el director ejecutivo, como tú dices.

Karin guardó silencio unos minutos. Luego miró a Patrik y le dijo:

–¿A ti te pareció que Erica se comportaba así cuando estaba en casa con Maja? ¿Que no te permitía compartir el control? –Karin aguardó tranquilamente la respuesta.

Patrik se lo pensó un buen rato hasta que, finalmente, tuvo que admitir:

–No, no fue el caso de Erica. Más bien me daba la sensación de que para ella era un alivio dejar de ser la responsable absoluta por un momento. Cuando Maja lloraba y yo intentaba consolarla, era estupendo saber que, por mucho que llorase, en un momento dado podía dársela a Erica; que, si yo no lograba calmarla, ella tendría que hacerlo. Y, desde luego, era mejor irse al trabajo por la mañana, porque así siempre era una delicia llegar a casa y jugar con Maja.

–Claro, puesto que tú ya tenías tu dosis de actividad adulta –concluyó Karin con aspereza–. ¿Cómo van las cosas ahora? Quiero decir, ahora que la responsabilidad es tuya. ¿Funciona bien?

Patrik reflexionó un instante, pero se vio obligado a negar con un gesto.

–Realmente no, no puedo decir que haya sacado un sobresaliente en mi período de baja paternal, por ahora. Pero no es tan fácil. Erica trabaja en casa y ella es la que sabe dónde está todo y… –volvió a menear la cabeza.

–Sí, eso me suena. Cuando Leif está en casa, siempre me hace a gritos la misma pregunta: «¡Kaaaarin! ¿Dónde están los pañales?». A veces me pregunto cómo funcionáis los hombres en el trabajo, puesto que en casa ni siquiera conseguís recordar dónde se guardan los pañales.

–Bueno, ya está bien, ríndete –bromeó Patrik dándole un codazo–. Tampoco somos tan inútiles. Al menos, dadnos un voto de confianza. Hace tan sólo una generación, los hombres apenas habían cambiado un pañal cuando tenían hijos pequeños, y en mi opinión, hemos llegado bastante lejos desde entonces. Lo que ocurre es que no resulta fácil cambiar ese tipo de cosas así, en un abrir y cerrar de ojos. Nuestros padres fueron nuestros modelos, los que nos marcaron y, bueno, cambiar las cosas lleva su tiempo. Pero hacemos lo que podemos.

–Tú, quizá –repuso Karin de nuevo con tono de amargura–. Leif no hace lo que puede.

Patrik no dijo nada. No había nada que decir. Y cuando se despidieron en Sälvik, a la altura del club de vela Nordeviken, iba triste y meditabundo. Durante mucho tiempo, deseó que Karin fuese desgraciada, como castigo por su traición. Pero ahora le infundía muchísima pena.

La llamada telefónica recibida en la comisaría hizo que todos se lanzaran a los coches. Como de costumbre, Mellberg masculló una excusa y se apresuró a volver a su despacho, pero Martin, Paula y Gösta bajaron por la calle Affärsgatan, en dirección al instituto de Tanumshede. Tenían instrucciones de dirigirse al despacho del director y, puesto que no era la primera vez que visitaban el centro, a Martin no le costó nada encontrarlo.

–¿Qué ha ocurrido? –observó a los presentes, entre los que se encontraba un adolescente enfurruñado, sentado en una silla flanqueado por el director y por otros dos hombres que, según supuso Martin, serían profesores.

–Per ha agredido a uno de los alumnos –declaró el director con amargura al tiempo que se sentaba en el borde de la mesa–. Estupendo que hayáis podido venir tan rápido.

–¿Cómo está el alumno? –preguntó Paula.

–Tiene muy mala pinta. Ahora se halla bajo los cuidados de la enfermera del instituto y la ambulancia está en camino. He llamado a la madre de Per, que no debería tardar en llegar. –El director lanzó a Per una mirada iracunda, pero el chico le respondió bostezando indiferente.

–Tendrás que acompañarnos a comisaría –le dijo Martin indicándole que se levantara antes de volverse al director–. Intente localizar a su madre antes de que llegue aquí. De lo contrario, dígale que siga hasta la comisaría. Mi colega, Paula Morales, se quedará interrogando a los testigos de la agresión.

Paula asintió confirmándole al director las palabras de Martin.

–Me pondré a ello de inmediato –aseguró saliendo del despacho.

Per seguía exhibiendo la misma expresión de indiferencia cuando, unos minutos más tarde, recorría el pasillo detrás de los policías. Un nutrido grupo de alumnos curiosos se había concentrado allí, y Per reaccionó a su expectación con una sonrisa descarada y con un corte de mangas.

–Malditos cretinos –murmuró.

Gösta le lanzó una mirada de reprobación.

–Más vale que cierres la boca hasta que lleguemos a la comisaría.

Per se encogió de hombros, pero obedeció. El resto del breve trayecto hasta la planta baja de la comisaría, que alojaba tanto a la policía como al parque de

bomberos, el muchacho fue mirando por la ventanilla sin pronunciar una sola palabra.

Una vez en su destino, lo dejaron en una sala a la espera de que llegara su madre. De repente, sonó el teléfono de Martin. Escuchó con interés lo que le decían y luego se volvió a Gösta con cara de extrañeza.

–Era Paula –explicó–. ¿Sabes quién es el chico que ha sufrido la agresión?

–No, ¿alguien a quien conocemos?

–Vaya si lo conocemos. Es Mattias Larsson, uno de los dos chicos que hallaron el cadáver de Erik Frankel. Ahora van camino del hospital, así que tendremos que posponer el interrogatorio.

Gösta no hizo ningún comentario sobre la información que acababa de recibir, pero a Martin no le pasó inadvertida la palidez del colega.

Diez minutos más tarde Carina cruzaba la puerta de la comisaría y, jadeante, preguntaba por su hijo en recepción. Annika le indicó el despacho de Martin.

–¿Dónde está Per? ¿Qué ha pasado? –hablaba como si tuviera el llanto detenido en la garganta y estaba visiblemente destrozada. Martin le estrechó la mano y se presentó. Las formalidades y los rituales conocidos solían templar los nervios. Y así funcionó también en esta ocasión. Carina repitió la pregunta, pero en un tono mucho más calmado, y se sentó en la silla que Martin le ofrecía. Cuando se sentó en la suya, al otro lado del escritorio, constató con una mueca apenas perceptible que reconocía muy bien el perfume que desprendía la mujer: olía a alcohol revenido. Era un aroma inconfundible, muy fácil de reconocer. Claro que cabía la posibilidad de que hubiese estado en una fiesta la noche anterior. Pero abrigaba sus dudas, ya que las facciones de la mujer aparecían laxas y ligeramente hinchadas, como las de un alcohólico.

–Per está detenido por agresión. Según el informe que tenemos del instituto, golpeó a un compañero en el patio del centro.

–¡Ay, Dios mío! –se agarró fuertemente al brazo de la silla–. ¿Cómo…? El chico al que… –No fue capaz de concluir la frase.

–En estos momentos, va camino del hospital. Al parecer ha salido muy mal parado.

–¿Pero qué… por qué? –atinó a preguntar tragando saliva y meneando la cabeza.

–Eso es lo que pensábamos averiguar. Per está en una de las salas de interrogatorio y, con su permiso, querríamos hacerle unas preguntas.

Carina asintió.

–Por supuesto –respondió volviendo a tragar saliva.

–Bien, en ese caso, vamos a hablar con Per. –Martin precedió a Carina al salir del despacho. Se detuvo en el pasillo y dio unos golpecitos en la puerta de Gösta–. Vente, vamos a charlar un rato con el chico.

Carina y Gösta se estrecharon la mano cortésmente y los tres se encaminaron a la habitación donde Per se esforzaba en simular que estaba profundamente aburrido. Sin

embargo, por un instante se le cayó la máscara al ver entrar a su madre. No demasiado, un leve estremecimiento en la comisura del ojo. Un temblor imperceptible de la mano. Luego se obligó a adoptar la expresión indiferente de antes y volvió la vista a la pared.

–Per, ¿qué has hecho, Per? –La voz de Carina se quebró del todo mientras se sentaba junto a su hijo. Intentó rodearlo con el brazo, pero él se lo sacudió de encima sin responder a su pregunta.

Martin y Gösta se sentaron enfrente de Per y Carina, y Martin puso en marcha la grabadora que tenían delante. La fuerza de la costumbre lo había impulsado a hacer uso del bloc y el bolígrafo, que ahora dejó sobre la mesa. Luego, dijo en voz alta la fecha y la hora y carraspeó un poco, antes de preguntar:

–Bueno, Per, ¿podrías contarnos qué pasó? Por cierto, Mattias va en la ambulancia camino del hospital, por si te interesa saberlo.

Per exhibió una sonrisa y su madre le dio un codazo.

–¡Per! Responde ahora mismo. Y por supuesto que te interesa saberlo, ¿a que sí?

La voz de la mujer volvía a quebrarse y su hijo seguía sin querer mirarla siquiera.

–Déjelo, si va a responder –intervino Gösta guiñándole un ojo a Carina con la intención de tranquilizarla.

Reinó el silencio un instante, mientras todos aguardaban a que el chico se pronunciara. Luego ladeó la cabeza y explicó:

–Bah, estaba diciendo un montón de mierdas.

–¿Qué clase de «mierdas»? –preguntó Martin con voz afable–. ¿No podrías ser un poco más concreto?

Un nuevo silencio. Y luego:

–No, bueno, intentó ligarse a Mia contándole un montón de mentiras, Mia es como la santa Lucía del instituto, lo pilláis, ¿sí? , y lo oí pavonearse de lo guay que había sido cuando él y Adam entraron en la casa del tío y lo encontraron muerto, y que nadie más se atrevió a entrar, decía. Y vamos, hay que joderse, se les ocurrió la idea después de que yo hubiese estado allí. Me escuchaban con los ojos como platos cuando les conté todas las cosas flipantes que tenía el viejo. Cualquiera lo pilla, ¿no? , que ellos no se habrían atrevido a entrar allí los primeros. Menudos gilipollas.

Per se echó a reír y Carina bajó la vista avergonzada. A Martin le llevó varios segundos comprender el verdadero alcance de las palabras de Per. Al cabo de un instante, preguntó despacio:

–¿Te refieres a la casa de Erik Frankel? ¿En Fjällbacka?

–Claro, y al viejo que Mattias y Adam encontraron muerto. Que tenía todos esos chismes nazis. Tenía montones de cosas nazis –observó Per con el entusiasmo pintado en la cara–. Yo había pensado volver con los colegas para llevarme algunas, pero entonces llegó el viejo, me encerró y llamó a mi padre y…

–Espera, espera un momento –lo interrumpió Martin levantando las manos–. Vamos con calma. ¿Estás diciendo que Erik Frankel te sorprendió cuando intentabas robarle? ¿Y que te encerró?

Per asintió.

–Yo pensaba que no estaba en casa y entré por una ventana del sótano. Pero bajó cuando yo ya estaba en la habitación en la que tenía todos esos libros y toda esa mierda, así que cerró la puerta y echó la llave. Y luego me obligó a decirle el número de mi padre y lo llamó.

–¿Usted lo sabía? –le preguntó Martin a Carina.

La mujer asintió despacio.

–Aunque no lo he sabido hasta hace un par de días. Kjell, mi ex marido, no me lo había contado. Hasta entonces, no tenía ni idea. Y no comprendo por qué no le diste mi número, Per. ¡En lugar de mezclar a tu padre en esto!

–Tú no ibas a entender nada de todos modos –repuso Per, mirando por primera vez a su madre–. Tú te pasas el día tumbada empinando el codo y pasando de todo lo demás. Como ahora, por cierto, ¿sabes que apestas a borracho rancio? –A Per volvían a temblarle las manos igual que cuando entraron en la habitación, y perdió el control por un instante.

Los ojos que Carina clavó en su hijo se inundaron de lágrimas. Aún llorando, dijo con voz queda:

–¿Es eso cuánto tienes que decir de mí, después de todo lo que he hecho por ti? Te traje al mundo y te he vestido y te he cuidado todos estos años, mientras tu padre pasaba de nosotros. –Y, dirigiéndose a Martin y a Gösta–: Un buen día, se largó, sencillamente. Cogió sus cosas y se largó. Resultó que se lo había montado con una joven de veinticinco años a la que había dejado embarazada, y nos dejó a Per y a mí sin mirar atrás un segundo. Empezó una nueva vida con una nueva familia, sin más, y a nosotros nos abandonó como si fuéramos basura.

–Hace diez años que papá se fue –dijo Per en tono cansino. De repente, dio la impresión de tener bastante más de quince años.

–¿Cómo se llama tu padre? –preguntó Gösta.

–Mi ex marido se llama Kjell Ringholm –respondió Carina con frialdad–. Puedo daros su teléfono.

Martin y Gösta intercambiaron una mirada elocuente.

–¿El mismo Kjell Ringholm del *Bohusläningen?* –quiso saber Gösta, cuyo cerebro ya iba componiendo el rompecabezas–. ¿El hijo de Frans Ringholm?

–Frans es mi abuelo –se apresuró a aclarar Per, lleno de orgullo–. Es más chulo que nadie. Hasta ha estado en la cárcel, pero ahora trabaja en política. Estarán en las próximas elecciones y llegarán a gobernar y echarán de la comarca a todos los inmigrantes de mierda.

–¡Per! –gritó Carina horrorizada antes de volverse a los policías.

–Está en la edad, ya se sabe, de buscar modelos y probar distintos papeles… Y, desde luego, su abuelo no ejerce una buena influencia sobre él, claro. Kjell le tiene prohibido que lo vea.

–Sí, lo que vosotros digáis –masculló Per–. Y el tío ese que guardaba todas esas cosas nazis se llevó su merecido. Lo oí hablar con mi padre cuando vino a buscarme, y le contó un montón de mierda, le dijo que podía darle material de primera para sus artículos sobre los Amigos de Suecia y, sobre todo, de mi abuelo. Ellos pensaban que yo no los oía, pero sé que quedaron en verse más tarde. Puto traidor, comprendo que el abuelo se avergüence de mi padre –soltó Per con odio en la voz.

¡Plas! Resonó la bofetada de Carina. En el silencio que generó el chasquido, madre e hijo se quedaron mirándose con tanto odio como sorpresa. Carina se ablandó finalmente.

–Perdón, perdona, cariño. No era mi intención… Yo… Perdóname. –Intentó abrazar a su hijo, pero él la apartó con brusquedad.

–Fuera, borracha asquerosa. ¡No me toques! ¿Me oyes?

–Bueno, bueno, vamos a ver si nos tranquilizamos. –Gösta se irguió y clavó una mirada severa en Carina y en su hijo–. No creo que lleguemos mucho más lejos ahora. Por el momento te puedes ir, Per. Pero… –miró inquisitivo a Martin, que asintió con un gesto imperceptible–. Pero llamaremos a los servicios sociales por este asunto. Hemos visto cosas que nos inquietan y pensamos que tendrán que estudiarlas con detenimiento. Y la investigación sobre las agresiones seguirá su curso.

–¿Es necesario? –preguntó Carina con voz temblorosa y sin la menor energía. Gösta tuvo la impresión de que una parte de su ser experimentaba cierto alivio al saber que alguien cogería las riendas de la situación.

Cuando Per y Carina hubieron salido de la comisaría, uno al lado del otro, pero sin mirarse, Gösta fue con Martin a su despacho.

–Bueno, ya tenemos algo en lo que pensar –comenzó Martin al tiempo que se sentaba en su puesto.

–Pues sí –convino Gösta. Se mordió el labio balanceándose ligeramente sobre los talones.

–Ummm, parece que tienes algo que decir, ¿me equivoco?

–Sí, bueno, algo tengo… –Gösta tomó impulso. Llevaba varios días rumiando una idea imprecisa en su subconsciente, y durante el interrogatorio cayó en la cuenta de qué se trataba. La cuestión era cómo formularlo. A Martin no iba a gustarle lo más mínimo.

Se quedó un buen rato en el porche, dudando. Al final llamó a la puerta. Herman le abrió casi en el acto.

–Así que has venido.

Axel asintió. Se quedó justo en la puerta.

–Entra. No le he dicho que vendrías. No sabía si se iba a acordar.

–¿Tan mal está? –Axel se compadecía del hombre que tenía delante. Herman parecía cansado. No debía de ser fácil.

–¿Es el clan? –preguntó Axel señalando las fotos del vestíbulo. A Herman se le iluminó el semblante.

–Sí, toda la panda.

Axel examinó las fotografías con las manos cruzadas a la espalda. Solsticios de verano y cumpleaños, Navidad y un día cualquiera. Un batiburrillo de gente, de niños, de nietos. Por un instante, se permitió reflexionar sobre cómo habrían sido las fotos con que habría cubierto sus paredes, si hubiera tomado alguna. Instantáneas de sus días en el despacho. Montañas infinitas de papeles. Cenas incontables con personalidades políticas y otras personas con el poder suficiente para hacer cosas. Amigos, pocos, de haber alguno. No eran muchos los que aguantaban. Los que soportaban la caza permanente, la urgencia de encontrar siempre a otro más de los que andaban ahí fuera. Delincuentes que disfrutaban de una vida inmerecidamente regalada. Otro más de los que tenían las manos manchadas de sangre y que, aun así, gozaban del privilegio de poder acariciar a sus nietos con esas mismas manos, precisamente. ¿Cómo iban a compararse familia, amigos, una vida normal, con el impulso de esa fuerza? La mayor parte de su vida ni siquiera se detuvo a pensar si había algo que añorase. Y era tan grande la recompensa cuando el trabajo daba su fruto… Cuando tras años de búsqueda en los archivos, años de entrevistas con personas cuya memoria empezaba a fallar, se lograba que los culpables cayeran en las redes de su pasado y se enfrentasen a la justicia. Esa recompensa era tan superior que neutralizaba la añoranza de una vida normal. O, al menos, eso había creído él siempre. Sin embargo, ahora que se veía ante las fotografías de Herman y Britta, se preguntó por un instante si no había cometido un error al conceder prioridad a la muerte antes que a la vida.

–Son muy bonitas –aseguró Axel dándoles la espalda a las instantáneas. Siguió a Herman hasta la sala de estar y se paró en seco al ver a Britta. Pese a que él y Erik habían vivido de forma más o menos permanente en Fjällbacka a lo largo de todos aquellos años, hacía decenios desde la última vez que la vio. No hubo motivos para que sus vidas se cruzaran.

Voló al pasado con la memoria a una velocidad arrolladora. Aún era hermosa. En realidad, siempre fue mucho más guapa que Elsy, a la que más bien podía calificarse de bonita, pero Elsy poseía un brillo interior y una amabilidad con los que no podía competir la belleza superficial de Britta. Aunque algo había cambiado con los años. Ya no se apreciaba ni rastro de la dureza y la frialdad que Britta irradiaba antaño;

ahora proyectaba una imagen de calidez maternal. Una madurez que, sin duda, le había otorgado el paso del tiempo.

–¿Eres tú? –dijo levantándose del sofá–. ¿De veras que eres tú, Axel? –Britta le tendió ambas manos y él se las cogió emocionado. Habían transcurrido tantos años… Una cantidad ingente de años. Sesenta. Toda una vida. De joven, jamás imaginó que el tiempo pasaría tan rápido. Las manos que ahora tenía entre las suyas estaban arrugadas y llenas de pecas diminutas. El cabello ya no era oscuro, sino de un bello color gris plata. Britta lo miró serena a los ojos.

–Me alegro de verte de nuevo, Axel. Has envejecido bien.

–Qué curioso, yo estaba pensando lo mismo de ti –aseguró Axel con una sonrisa.

–Vamos, vamos, sentémonos a charlar un poco. Herman, ¿puedes preparar café?

Herman asintió y se dirigió a la cocina, donde se lo oía trajinar desde la sala de estar. Britta se sentó en el sofá. Aún tenía en la suya la mano de Axel, que se sentó a su lado.

–Vaya, Axel, y pensar que nosotros también nos haríamos viejos… Jamás lo habríamos imaginado, ¿verdad? –dijo ladeando la cabeza. Aún conservaba parte de sus gestos coquetos de juventud, constató Axel encantado.

–Has hecho mucho bien todos estos años, según tengo entendido –continuó Britta escrutándolo con una mirada que él evitó.

–Bien, lo que se dice bien, no sé. Hice lo que había que hacer. Hay cosas que no se pueden ocultar bajo la alfombra –observó antes de callar bruscamente.

–Tienes razón, Axel –convino Britta en tono grave–. Tienes razón.

Se quedaron sentados en silencio, contemplando la bahía, hasta que Herman apareció con café y unas tazas en una bandeja de flores.

–Aquí tenemos el café.

–Gracias, querido –dijo Britta. Axel sintió que se le encogía el corazón al ver cómo se miraban. Y se dijo que, gracias a su trabajo, había contribuido a llevar la paz a multitud de personas que habían tenido la satisfacción de ver cómo los fantasmas que las torturaban se enfrentaban por fin a la justicia. Eso también era una especie de amor. No personal, no físico, pero amor a fin de cuentas.

Como si le hubiese leído el pensamiento y mientras le ofrecía una taza de café, Britta le preguntó:

–¿Has tenido una buena vida, Axel?

Era una pregunta con tantas dimensiones, con tantas capas, que no sabía cómo responderla. Recreó en su mente la imagen de Erik y sus amigos en la biblioteca de casa, sin penas, sin preocupaciones. Elsy, con aquella sonrisa dulce y aquel trato afable. Frans, que siempre hacía que se sintieran como caminando de puntillas al borde de un volcán, pero que también escondía una faceta frágil y delicada. Britta, ahora tan diferente a como se la veía entonces. Britta, que había usado su belleza

como un escudo y a la que él había juzgado como un cascarón vacío, sin contenido por el que interesarse. Y quizá fuese así entonces. Pero los años habían llenado aquel cascarón y ahora su interior resplandecía claramente. Y Erik. El recuerdo de Erik le dolía tanto que su cerebro sólo deseaba apartarlo. Pero allí, sentado en la sala de estar de Britta, Axel se obligó a ver a su hermano tal y como era entonces, antes de la llegada de los tiempos difíciles. Sentado ante el escritorio de su padre. Con los pies apoyados en la mesa. Con el cabello castaño siempre algo alborotado y con aquella expresión distraída que lo hacía parecer mayor de lo que era. Erik. Querido, querido Erik.

Axel comprendió que Britta esperaba una respuesta. Se obligó a regresar del «entonces» e intentó encontrarla en el «ahora». Pero, como de costumbre, ambas líneas temporales se hallaban trenzadas sin remedio y los sesenta años transcurridos se entremezclaban en su memoria para formar un revoltijo de personas, encuentros y sucesos. Le temblaba la mano que sostenía la taza. Finalmente, dijo:

–No lo sé. Creo que sí. Tan buena como he merecido.

–La mía sí lo ha sido, Axel. Y hace mucho, mucho tiempo que decidí que me la merecía. Tú también deberías pensar así.

La mano empezó a temblarle con más fuerza aún y el café salpicó el sofá.

–Oh, lo siento… es que…

Herman se levantó como un rayo.

–No pasa nada, iré a buscar un trapo.

Al cabo de un instante, volvió de la cocina con un paño de cuadros azules humedecido y lo aplicó presionando sobre el sofá.

Britta soltó un lamento y Axel se sobresaltó.

–¡Vaya, mi madre se va a enfadar! Es su mejor sofá. Qué mala pata.

Axel miró inquisitivo a Herman, que respondió frotando la mancha con más ímpetu.

–¿Crees que saldrá? Mi madre se pondrá furiosa conmigo.

Britta balanceaba la cabeza sin cesar, observando angustiada los esfuerzos de Herman por eliminar la mancha de café. Este se incorporó y le rodeó los hombros con el brazo.

–Funcionará, querida. No dejaré ni rastro de la mancha, te lo prometo.

–¿Seguro? Porque, si mi madre se enoja, puede que se lo diga a mi padre y entonces… –Britta se mordía los nudillos del puño cerrado.

–Te prometo que la limpiaré. Tu madre no se enterará.

–Qué bien. Eso está muy bien –se alegró Britta, ya más relajada. Luego, se puso tensa de nuevo y, mirando fijamente a Axel, le preguntó:

–¿Y tú quién eres? ¿Qué quieres?

Axel miró a Herman buscando una explicación.

–Es algo que va y viene –dijo sentándose junto a Britta y dándole palmaditas para calmarla. La mujer escrutaba a Axel con insistencia, como si su cara le resultase irritante, burlona, escurridiza. Luego le agarró fuertemente la mano a Axel y adelantó la cabeza acercándose a él.

–Me llama a gritos, ¿sabes?

–¿Quién? –preguntó Axel combatiendo el impulso de retirar la cara, la mano, todo el cuerpo.

Britta no respondió, pero Axel oyó sus propias palabras como un eco.

–Hay cosas que no se pueden ocultar debajo de la alfombra –le susurró Britta despacio, con la cara a tan sólo unos centímetros de la cara de Axel.

Él retiró bruscamente la mano y miró a Herman, al otro lado de la cabellera cenicienta de Britta.

–Ya lo estás viendo –observó Herman con voz cansina–. Y ahora, ¿qué hacemos?

–¡Adrian! ¡Esto no puede ser! –Anna sudaba intentando ponerle la ropa, pero el pequeño había desarrollado la táctica de escurrirse como una anguila hasta la perfección y resultaba imposible ponerle ni un calcetín. Ella intentaba sujetarlo mientras le ponía los calzoncillos, pero el niño se liberó y empezó a corretear por la casa muerto de risa.

–¡Adrian! ¡Vamos, hombre! Por favor, que ya no puedo más. Vamos a ir con Dan a Tanumshede. A comprar. Y podrás echar un vistazo a los juguetes en Hedemyrs –propuso para tentarlo, consciente, no obstante, de que el soborno no era seguramente el mejor modo de abordar aquella crisis. Pero ¿qué hacer?

–¿Todavía no habéis terminado? –preguntó Dan bajando la escalera y viendo a Anna sentada en el suelo, en medio de un montón de ropa, mientras Adrian corría como un rayo por la habitación–. La clase empieza dentro de media hora, tengo que irme ya.

–Sí, claro, pues por qué no lo haces tú –le espetó Anna arrojándole la ropa de Adrian. Dan la miró extrañado. Desde luego, no podía decirse que últimamente hubiese estado de buen humor, pero claro, quizá no fuese tan raro. La empresa de fundir dos familias exigía más de lo que ambos habían imaginado.

–Ven, Adrian –dijo Dan agarrando al pequeño salvaje desnudo que seguía correteando–. Vamos a ver si sigo teniendo buena mano. –Le puso los calzoncillos y los calcetines con una facilidad inesperada, pero luego la cosa se paró. Adrian probó su capacidad de escurrimiento con Dan y se negó de plano a dejarse meter en los pantalones. Dan hizo un par de intentos con mucha calma, hasta que también se le agotó la paciencia–. ¡Adrian, estate QUIETO!

El pequeño se detuvo asombrado. Luego se le encendieron las mejillas y gritó:

–¡Tú NO eres mi padre! ¡Fuera! ¡Quiero a mi padre! ¡Papáaaaaa!

Aquello era más de lo que Anna podía soportar. Todos los recuerdos de Lucas, del espantoso período en el que vivió prisionera en su propia casa, acudieron a su mente y las lágrimas se abrieron paso y le anegaron los ojos. Subió corriendo las escaleras y se desplomó en la cama, donde se abandonó al llanto incontrolado.

Un minuto después sintió en la espalda una mano dulce.

–Pero, cariño, ¿qué te pasa? No ha sido para tanto, ¿no? Es obvio que la situación es nueva para él y nos está poniendo a prueba. Y, además, te aseguro que lo suyo no es nada para lo que era Belinda de pequeña. Comparado con ella, no es más que un aficionado. En una ocasión, me sentía ya tan harto de que opusiera tanta resistencia cuando la vestía, que la saqué a la calle sólo con las braguitas. Claro que, entonces, Pernilla se enfadó una barbaridad. Después de todo, estábamos en diciembre… Aunque no la dejé allí más de un minuto, me arrepentí enseguida…

Anna no se reía. Al contrario, lloraba más aún y le temblaba todo el cuerpo entre tantos sollozos.

–Pero, cariño, ¿qué pasa? Si no paras, me voy a preocupar de verdad. Sé que has pasado por muchas dificultades, pero con esto vamos a poder entre los dos. Es sólo que todos los implicados necesitan algo de tiempo. Luego, se calmarán los ánimos. Tú… Tú y yo… sabremos salir adelante juntos.

Anna se dio la vuelta con la cara enrojecida por el llanto y se medio incorporó en la cama.

–Ya… ya lo sé… –balbució mientras intentaba controlar las lágrimas–. Ya lo sé… y no comprendo por qué… me he puesto así… –Dan le acarició la espalda despacio hasta que dejó de llorar.

–Es que… estoy… un poco hipersensible… No comprendo… Sólo me pongo así cuando… –Anna se interrumpió en mitad de la frase y se quedó mirando a Dan con la boca abierta.

–¿Qué? –preguntó él intrigadísimo–. ¿Sólo te pones así cuando qué?

Anna asintió despacio, con los ojos muy abiertos.

–Sólo me pongo así cuando estoy… embarazada.

En la habitación se hizo un silencio absoluto, que vino a interrumpir una vocecilla desde el umbral.

–Ya me he vestido. Yo solito. Soy un niño grande. ¿Nos vamos a la tienda de juguetes?

Dan y Anna se quedaron mirando a Adrian, que irradiaba orgullo. Y así era. Claro que los bolsillos del pantalón habían quedado detrás y el jersey estaba del revés. Pero se había puesto toda la ropa. Él solito.

Olía bien desde el vestíbulo. Mellberg entró esperanzado en la cocina. Rita lo había llamado poco antes de las once para preguntarle si quería ir a almorzar con ella,

porque *Señorita* había expresado su deseo de jugar con *Ernst*. Mellberg no cuestionó en absoluto que el perro le hubiese comunicado sus deseos a la dueña. Había cosas que se aceptaban como el maná del cielo.

–Hola otra vez. –Johanna estaba al lado de Rita, ayudándole a picar verduras. Aunque con alguna dificultad, ya que la barriga la obligaba a mantenerse a cierta distancia de la encimera.

–Hola, ¿qué tal? ¡Qué bien huele aquí! –exclamó Mellberg olisqueando el aire.

–Estamos preparando chili con carne –explicó Rita al tiempo que se le acercaba y le plantaba un beso en la mejilla. Mellberg controló el impulso de llevarse la mano allí donde ella había puesto los labios y se sentó ante la mesa, que estaba puesta para cuatro personas.

–¿Viene alguien más? –preguntó mirando a Rita.

–Mi pareja viene a almorzar a casa –dijo Johanna masajeándose los riñones.

–¿Por qué no te sientas? –sugirió Mellberg sacando una silla–. Eso debe de pesar mucho.

Johanna siguió su consejo y se sentó a su lado resoplando.

–Ni te lo imaginas. Pero, por suerte, pronto dejaré de cargar con ello. Va a ser un alivio indecible liberarme de esto –reconoció pasándose la mano por la barriga.

–¿Quieres tocarla? –le propuso a Mellberg al ver cómo la miraba.

–¿Puedo? –preguntó Mellberg bobalicón. Él no supo de la existencia de su hijo Simon hasta que este llegó a la adolescencia, así que esa faceta de la paternidad era para él un misterio.

–Aquí, mira, está dando pataditas. –Johanna le cogió la mano y la puso en el lado izquierdo de la barriga.

Mellberg se estremeció al sentir una fuerte patada en la mano.

–¡Demonios! No está nada mal. ¿Y no te hace daño? –quiso saber sin apartar la vista de la barriga y sin dejar de notar las patadas.

–No mucho. Resulta un tanto incómodo a veces, cuando estoy durmiendo. Mi pareja cree que será futbolista.

–Sí, yo también lo creo –convino Mellberg; le costaba retirar la mano. Aquella experiencia suscitaba en él una serie de extrañas sensaciones que le era difícil definir. Añoranza, fascinación, nostalgia… No lo sabía con certeza.

–¿Tiene el padre algún talento para la pelota que dejar en herencia? –preguntó riéndose. Ante su asombro, su pregunta sólo recibió silencio por respuesta. Alzó la vista y se encontró con la mirada perpleja de Rita.

–Pero Bertil, ¿no sabías que…?

En ese momento, se abrió la puerta.

–¡Qué bien huele, mamá! –se oyó una voz desde la entrada–. ¿Qué es? ¿Tu chili ese tan rico?

Paula entró en la cocina y el asombro que reflejaba su cara igualaba perfectamente al de Mellberg.

–¿Paula?

–¿Jefe?

Y entonces el cerebro de Mellberg hizo clic y las piezas encajaron de pronto. Paula, que acababa de mudarse con su madre. Rita, que también acababa de mudarse. Y los ojos oscuros de ambas. Mira que no haberse dado cuenta antes… Las dos tenían exactamente los mismos ojos. Sólo había una cosa que no acababa de…

–Así que ya conoces a mi pareja –dijo Paula rodeando a Johanna con sus brazos. Miró a Mellberg como a la expectativa, como retándolo a decir o a hacer lo que no debía.

Rita lo vigilaba tensa con el rabillo del ojo. Tenía en la mano una cuchara de madera, pero había dejado de remover el contenido de la olla, a la espera de su reacción. Mil pensamientos se agitaban en su mente. Mil prejuicios. Mil cosas que había dicho a lo largo de los años, sobre las que quizá no había meditado en exceso… Ahora, de repente, comprendió que aquel era uno de esos instantes de la vida en los que hay que decir lo correcto, hacer lo correcto. Se jugaba demasiado y, con los ojos oscuros de Rita vigilándolo, comentó tranquilamente:

–No sabía que ibas a ser madre. Y tan pronto. Pues te felicito. Y Johanna ha sido tan amable que me ha dejado que toque al diablillo que lleva en la barriga y estoy de acuerdo con tu teoría, creo que será jugador de fútbol.

Paula se quedó inmóvil otros dos segundos, rodeando a Johanna con los brazos y con la mirada fija en la de Mellberg, intentando averiguar si había un ápice de ironía, algún sentido oculto en lo que acababa de decir. Luego se relajó y sonrió.

–¿A que es emocionante notar las patadas? –Fue como si toda la habitación hubiese implosionado de alivio.

Rita empezó enseguida a remover la olla y observó entre risas:

–Pues no es nada en comparación con las patadas que dabas tú, Paula. Recuerdo que tu padre solía bromear conmigo diciendo que parecía que quisieras salir por otra vía distinta de la habitual.

Paula besó a Johanna en la mejilla y se sentó a la mesa. No podía ocultarlo, miraba a Mellberg con extrañeza. Él, por su parte, se sentía terriblemente satisfecho consigo mismo. Seguía pensando que dos féminas juntas era una cosa rara, y lo del bebé hizo que empezara a echar humo cavilando. Tarde o temprano tendría que satisfacer su curiosidad sobre ese particular… Pero bueno. Había dicho lo que tenía que decir y, para asombro suyo, pensaba realmente lo que dijo.

Rita puso la olla en la mesa y los animó a servirse. La mirada que le dedicó a Mellberg fue la prueba definitiva de que había hecho lo correcto.

Aún recordaba la sensación de la tensa piel de la barriga bajo la palma de la mano

y las patadas del piececillo.

–Llegas justo para el almuerzo. Precisamente, iba a llamarte. –Patrik probó la sopa de tomate con una cucharilla de té y puso la cacerola sobre la mesa.

–¡Vaya, qué lujo! ¿A qué se debe? –Erica entró en la cocina, se puso detrás de él y le dio un beso en la nuca.

–No te habrás creído que eso es todo, ¿verdad? O sea, que habría bastado con preparar el almuerzo para impresionarte, ¿no? Mierda, en ese caso, he fregado, he limpiado la sala de estar y he cambiado la bombilla rota del aseo sin ayuda. –Patrik se dio la vuelta y la besó en los labios.

–Cualquiera que sea la droga que consumes, yo también quiero un poco –aseguró Erica con expresión inquisitiva–. ¿Y dónde está Maja?

–Dormida, desde hace quince minutos. De modo que podremos almorzar tranquilos solos tú y yo. Y luego, cuando hayamos terminado, tú te vas zumbando arriba a trabajar y yo me encargo de la cocina.

–Vaaaale… Pues esto empieza a asustarme –reconoció Erica–. O bien has despilfarrado todos nuestros ahorros, o bien me vas a confesar que tienes una amante, o bien te han fichado para el programa espacial de la NASA y te dispones a revelarme la noticia de que vas a pasarte un año entero por el espacio… O bien unos *aliens* han secuestrado a mi marido y tú no eres más que un híbrido entre humano y robot…

–¿Cómo es posible que hayas adivinado lo de la NASA? –preguntó Patrik con un guiño. Partió un poco de pan, que puso en una cesta, y se sentó a la mesa frente a Erica–. No, la verdad es que el paseo de hoy con Karin me hizo reflexionar y… bueno, se me ocurrió que podría ofrecer en casa mejor servicio de comedor. Pero no cuentes con este trato para siempre, no te garantizo que no recaiga…

–Vamos, que lo único que hay que hacer para que tu marido te ayude más en casa es prepararle una cita con su ex mujer. Pues es una información que debo difundir entre mis amigas…

–Ummm, ¿a que sí? –dijo Patrik soplando sobre la cuchara llena de sopa–. Aunque lo de hoy no era una cita, a decir verdad. Y me parece que no lo está pasando muy bien. –Patrik le refirió en pocas palabras lo que Karin le había contado. Erica asentía. Aunque Karin parecía tener menos apoyo en casa del que ella había tenido, su situación le resultaba familiar.

–Y a ti, ¿cómo te ha ido? –se interesó Patrik sorbiendo un poco la sopa de tomate.

A Erica se le iluminó la cara.

–He encontrado un montón de información estupenda. No te creerías la de cosas emocionantes que ocurrieron en Fjällbacka y sus alrededores durante la Segunda Guerra Mundial. Había contrabando constante con Noruega, contrabando de comida, noticias, armas, personas. Y aquí llegaron tanto desertores alemanes como noruegos

de la resistencia. Y no hay que olvidar el riesgo de las minas, hubo una serie de pesqueros y de cargueros que se hundieron con sus tripulaciones al chocar con una mina. ¿Y sabes que, a las afueras de Dingle, derribaron un avión alemán? En 1940, la defensa aérea sueca abrió fuego contra un avión, cuyos tres tripulantes murieron. Y yo jamás había oído hablar de ello siquiera. Creía que la guerra había pasado de largo, inadvertida, salvo por los racionamientos y eso.

–Vaya, veo que estás totalmente atrapada por el tema –rio Patrik mientras le servía un poco más de sopa.

–Pues sí. ¡Y eso que todavía no te lo he contado todo! Le pedí a Christian que buscara también información en la que apareciesen mi madre y sus amigos. En realidad, no tenía ninguna esperanza de encontrar nada, eran tan jóvenes… Pero mira esto… –dijo Erica con voz trémula mientras iba en busca del maletín. Lo puso encima de la mesa y sacó un grueso fajo de papeles.

–¡Vaya, no es precisamente poco lo que traes!

–No. Me he pasado tres horas leyendo sin parar –aseguró Erica sin dejar de hojear los artículos con los dedos temblorosos. Al final encontró lo que buscaba.

–¡Aquí! ¡Mira! –Señaló un artículo ilustrado con una fotografía a página completa en blanco y negro.

Patrik cogió el artículo y lo examinó atentamente. Lo primero que atrajo su atención fue la foto. Cinco personas. Alineadas. Entornó los ojos para distinguir mejor el pie de foto y reconoció cuatro de los nombres: Elsy Moström, Frans Ringholm, Erik Frankel y Britta Johansson. Pero el quinto no lo había oído jamás. Un muchacho, aparentemente de la misma edad que los otros cuatro, llamado Hans Olavsen. Leyó en silencio el resto del artículo mientras Erica no le quitaba la vista de encima.

–¿Y bien? ¿Qué me dices? No sé lo que significa, pero no puede ser casualidad. Mira la fecha. Llegó a Fjällbacka casi el mismo día que mi madre dejó de escribir el diario. ¿A que sí? ¡No puede ser casualidad! ¡Esto tiene que significar algo! –Erica iba y venía por la cocina, absolutamente entusiasmada.

Patrik volvió a inclinarse sobre la fotografía. Examinó a los cinco jóvenes. Uno de ellos muerto, asesinado, sesenta años más tarde. Una sensación en la boca del estómago le decía que Erica tenía razón. Aquello tenía que significar algo.

La cabeza de Paula era un torbellino de ideas mientras caminaba de regreso a la comisaría. Su madre había mencionado que había conocido durante los paseos a un hombre muy agradable al que, además, había conseguido llevar al curso de salsa. Pero lo que jamás se habría imaginado es que dicho hombre fuese su jefe. Y no era exageración decir que no le hacía ninguna gracia. Mellberg era casi el único hombre en la tierra con el que no le gustaría que formase pareja su madre. Aunque no podía

por menos de admitir que había encajado la información sobre ella y Johanna extraordinariamente bien. Sorprendentemente bien. No en vano, su principal argumento en contra del traslado a Tanumshede había sido justo la estrechez de miras. A Johanna y a ella ya les había costado bastante que las aceptasen como a una familia en Estocolmo. Y en un pueblo tan pequeño… En fin, podía resultar una catástrofe. Pero lo habló con Johanna y con su madre, y llegaron a la conclusión de que, si no funcionaba, siempre podían volver a Estocolmo. Aunque, hasta el momento, todo había ido mucho mejor de lo esperado. Ella se encontraba muy a gusto en la comisaría, su madre había conseguido organizar sus cursos de salsa y había encontrado un trabajo de media jornada en el supermercado Konsum y, pese a que Johanna estaba de baja por el momento y luego empezaría la baja maternal, que duraría una temporada, ya había hablado con una de las empresas locales, que estaba muy interesada en contar con refuerzos en el departamento financiero. Al ver la expresión de Mellberg cuando ella entró en la cocina y abrazó a Johanna, sintió por un instante que todo se vendría abajo como un castillo de naipes. Allí, allí mismo habría podido arruinarse su existencia. Pero Mellberg las sorprendió. Quizá no fuese tan imposible como ella creía.

Paula intercambió unas palabras con Annika, que estaba en la recepción, y llamó a la puerta de Martin antes de entrar en su despacho.

–¿Qué tal ha ido?

–¿Lo de la agresión? Pues sí, confesó, no tenía muchas más alternativas. Se ha ido a casa con su madre, pero Gösta ya está dando información puntual a los servicios sociales. No parece que tenga un entorno familiar favorable.

–No, claro, así suele ser –convino Paula al tiempo que se sentaba.

–Lo interesante del asunto es que el origen del suceso parece hallarse en el hecho de que Per entró en casa de Erik Frankel la primavera pasada.

Paula enarcó una ceja, pero no interrumpió a Martin.

Una vez que el colega le hubo referido la historia, ambos guardaron silencio un instante.

–Me pregunto qué era lo que tenía Erik que pudiese interesarle a Kjell –observó Paula al fin–. ¿Sería algo relacionado con su padre?

Martin se encogió de hombros.

–No tengo ni idea, pero pensé que debíamos hablar con él y averiguarlo. Tenemos que ir a Uddevalla para interrogar a algunos de los caballeros de los Amigos de Suecia, y el diario *Bohusläningen* tiene allí su cuartel general. Y, de camino, podemos hablar con Axel.

–Dicho y hecho –declaró Paula poniéndose de pie.

Veinte minutos más tarde, se encontraban de nuevo ante la casa de Axel y Erik. El hombre parecía haber envejecido, se dijo Paula. Más gris, más enjuto, transparente,

en cierto modo. Les sonrió con amabilidad y los invitó a entrar sin preguntar qué querían, sino que los condujo directamente a la terraza.

–¿Habéis llegado a algún sitio? –preguntó una vez se hubieron sentado–. Me refiero a la investigación –añadió, aunque no era necesario.

Martin miró a Paula, antes de tomar la palabra:

–Tenemos algunas pistas cuyo seguimiento vamos haciendo. Lo más importante, diría yo, es que hemos averiguado entre qué días debió de morir su hermano.

–Pero ese es un gran paso –repuso Axel sonriendo, aunque la sonrisa no borró ni la tristeza ni el cansancio de sus ojos–. ¿Cuándo creéis que sucedió? –preguntó mirando a Martin y a Paula.

–Se vio con la… señora Viola Ellmander el 15 de junio, de modo que sabemos que entonces vivía. La otra fecha es algo menos segura, pero de todos modos, creemos que ya estaba muerto el 17 de junio, cuando la señora de la limpieza…

–Laila –intervino Axel al ver que Martin intentaba recordar el nombre.

–Eso es, Laila. Vino el día 17 de junio para limpiar como de costumbre, pero nadie le abrió la puerta, y la llave tampoco estaba donde solía estar cuando no había nadie en casa.

–Sí, Erik no se olvidaba nunca de dejar la llave para Laila y, que yo sepa, nunca se le olvidó. De modo que, si no abrió la puerta y si la llave no estaba en su lugar… –Axel calló y se pasó la mano rápidamente por los ojos, como si estuviese viendo una visión de su hermano que quisiera borrar enseguida.

–Lo siento mucho –comenzó Paula en tono amable–, pero es nuestro deber preguntarle dónde se encontraba entre el 15 y el 17 de junio. Es una pura formalidad, se lo aseguro.

Axel le indicó con un gesto que no tenía por qué excusarse.

–No hay motivo para disculparse, comprendo que es parte de vuestro trabajo y, además, sé que, según las estadísticas, la mayoría de los asesinatos se cometen en el seno de la familia, ¿no es cierto?

Martin asintió.

–Sí, nos gustaría que nos confirmara las fechas, para excluirlo cuanto antes de la investigación.

–Por supuesto. Iré a buscar mi agenda.

Axel tardó unos minutos en volver con una agenda bastante gruesa. Se sentó de nuevo y empezó a hojearla.

–Veamos… Me fui de Suecia directamente a París el tres de junio y no volví hasta que vosotros… tuvisteis la amabilidad de ir a buscarme al aeropuerto. Pero del 15 al 17 de junio… Veamos… El 15 tenía una reunión en Bruselas, viajé a Frankfurt el 16 y luego regresé a la oficina principal de París el 17. Puedo hacerme con unas copias de los billetes, si queréis. –Le entregó la agenda a Paula.

La agente la estudió con detenimiento y, tras un gesto inquisitivo a Martin, que negó con la cabeza, volvió a dejarla en la mesa.

–No, no creo que sea necesario. Pero ¿no recuerda nada relacionado con Erik en esos días? ¿Nada de particular? ¿Alguna llamada? ¿Algo que él mencionara?

Axel meneó la cabeza.

–No, lo siento. Como ya dije, mi hermano y yo no teníamos por costumbre llamarnos por teléfono muy a menudo cuando yo estaba fuera. Erik me habría llamado si la casa hubiese sido pasto de las llamas –dijo con una risita, aunque calló enseguida y volvió a pasarse la mano por los ojos.

»¿Eso es todo? ¿No hay nada más en lo que pueda seros útil? –añadió cerrando la agenda, que estaba en la mesa, con mucho cuidado.

–Sí –intervino Martin mirándolo fijamente–. La verdad es que hay algo más. Hemos interrogado a Per Ringholm a raíz de una agresión ocurrida hoy. Y nos contó que había intentado robar en vuestra casa a primeros de junio. Y que Erik lo sorprendió, lo encerró en la biblioteca y llamó a su padre, Kjell Ringholm.

–El hijo de Frans –declaró Axel.

Martin asintió.

–Exacto. Y Per oyó parte de una conversación entre Erik y Kjell, en la que acordaron que volverían a verse más adelante, ya que Erik poseía cierta información en la que sospechaba que Kjell estaría interesado. ¿Sabe algo de eso?

–No tengo ni idea –respondió Axel negando con vehemencia.

–¿Y lo que Erik quería contarle a Kjell? ¿No se le ocurre qué podría ser?

Axel guardó silencio unos instantes, parecía estar reflexionando. Luego, volvió a negar con un gesto.

–No, no me imagino qué podría ser. Aunque Erik invirtió mucho tiempo en esclarecer la época de la Segunda Guerra Mundial y, claro está, tuvo que abordar el nazismo de ese período, y Kjell se ha dedicado al nazismo en la Suecia actual. Así que me figuro que halló algún tipo de conexión, algo de interés histórico que le proporcionase a Kjell algún material de utilidad. Pero no tenéis más que preguntarle a él, podrá contaros de qué se trataba…

–Sí, precisamente vamos camino de Uddevalla para tener una conversación con él. Pero si recordara algo más… aquí tiene mi número de móvil. –Martin le anotó el número en un trozo de papel y se lo entregó a Axel, que lo guardó en la agenda.

Tanto Paula como Martin recorrieron en silencio el trayecto a la comisaría. Pero sus mentes se movían en la misma línea. ¿Qué era lo que se les estaba escapando? ¿Cuáles eran las preguntas que deberían haber formulado? A ambos les gustaría saberlo.

–No podemos retrasarlo más. No puede seguir en casa. –Herman miraba a sus hijas

con una desesperación tan abismal que ellas apenas podían mirarlo a la cara.

–Ya lo sabemos, papá. Haces lo correcto, no existe otra alternativa. Has estado cuidando de mamá todo el tiempo que has podido, pero ahora son otros los que han de tomar el relevo. Y le encontraremos a mamá un lugar precioso. –Anna-Greta se puso detrás de su padre y le rodeó los hombros con los brazos. Se estremeció al notar lo escuálido que estaba. La enfermedad de su madre lo había consumido. Quizá más de lo que ellas habían advertido. O de lo que habían querido advertir. Se inclinó y apoyó la mejilla contra la de su padre.

–Estamos aquí, papá. Birgitta, Maggan y yo. Y nuestras familias. Estamos aquí contigo, ya lo sabes. No tendrás que sentirte solo nunca.

–Sin vuestra madre, me siento solo. Y eso nadie lo puede cambiar –repuso Herman con voz sorda al tiempo que, con mano rápida, se enjugaba una lágrima en la manga de la camisa–. Pero sé que es lo mejor para Britta. Lo sé.

Sus hijas intercambiaron una mirada elocuente. Herman y Britta habían sido el núcleo de sus vidas, algo sólido, algo seguro en lo que todos podían hallar sostén. Y ahora la base de sus vidas se tambaleaba, y se tendían los brazos para tratar de recuperar el punto de apoyo de su existencia. Era aterrador ver a tus padres encogerse, reducirse, volverse más pequeños que uno mismo. Tener que intervenir y comportarse como adultos con aquellos a quienes, de pequeños, veíamos como infalibles, inquebrantables. Aunque, en la edad adulta, ya no ve uno a sus padres como seres divinos con respuesta para todo, pero resulta doloroso verlos perder la fuerza que un día poseyeron.

Anna-Greta abrazó a su padre unas cuantas veces más y se sentó de nuevo a la mesa de la cocina.

–¿Estará bien ahora que tú estás aquí? –preguntó Maggan inquieta–. ¿No será mejor que vaya a verla?

–Se había dormido cuando me fui –respondió Herman–. Pero no suele dormir más de una hora seguida, así que creo que me voy a ir a casa ya –añadió levantándose despacio para marcharse.

–¿Y no podemos ir nosotras y estar con ella un par de horas? Así tú podrás descansar un rato en el cuarto de invitados, ¿no? –le dijo Maggan, puesto que se habían reunido en su casa para tomar café y hablar de su madre.

–Pues es una idea estupenda, ¿no? –convino Maggan asintiendo y mirando a su padre ansiosa–. Échate un rato y vamos nosotras.

–Gracias, hijas –dijo Herman dirigiéndose al vestíbulo–. Pero vuestra madre y yo llevamos cincuenta años cuidándonos mutuamente, y quiero aprovechar para seguir haciéndolo los ratos que nos queden. Una vez que ingrese en la residencia… –No concluyó la frase, sino que se apresuró a salir antes de que sus hijas alcanzaran a ver las lágrimas.

Britta sonreía en sueños. La claridad que el cerebro le negaba en estado de vigilia acudía a ella en el sueño. Entonces lo veía todo tan claro… Parte de los recuerdos no eran bien recibidos, pero se le presentaban de todos modos. Como el silbido del cinturón de su padre al azotar los traseros infantiles. O las mejillas siempre anegadas en llanto de su madre. O la angostura de la pequeña casa de la loma, donde el llanto de los niños resonaba en las habitaciones de tal modo que ella sentía deseos de llevarse las manos a los oídos y ponerse a gritar. Sin embargo, también existían recuerdos más agradables. Como los veranos, cuando corrían por las cálidas rocas jugando despreocupados. Elsy, con aquellos vestidos estampados de flores que su madre, tan mañosa, le cosía en casa. Erik, con los pantalones cortos y el semblante grave. Frans, con el cabello rubio y rizado que ella siempre deseaba acariciar, incluso cuando eran tan pequeños que la diferencia entre niño y niña apenas tenía el menor significado.

Una voz se abrió paso por entre los recuerdos de sus ensoñaciones. Una voz que Britta reconocía perfectamente. La misma que se dirigía a ella cada vez con más frecuencia, ya estuviese despierta o dormida o inmersa en la niebla. La voz que lo penetraba todo y todo lo quería, exigiendo con insistencia existir en su mundo. Aquella voz que no le permitía la reconciliación, el olvido. Aquella voz que ella creía no tener que volver a oír jamás. Y pese a todo, allí estaba. Era tan extraña… Y tan aterradora…

Britta agitaba la cabeza de un lado a otro sobre el almohadón. Trataba de zafarse de la voz en sueños. Y lo consiguió al final. Una serie de recuerdos felices se le fueron imponiendo. La primera vez que vio a Herman. El instante en que supo que él y ella compartirían sus vidas. Una boda. Ella misma, ataviada con un vestido blanco precioso y ebria de felicidad. Los dolores y, después, el amor, cuando nació Anna-Greta. Y luego Birgitta y Margareta, a las que quería con igual intensidad. Herman, que se dedicaba a cuidarlas y a cambiarles los pañales, pese a las indignadas protestas de su madre. Lo hacía por amor, no por obligación, no porque alguien se lo exigiese. Allí, en aquellos recuerdos. Si la obligasen a elegir entre uno solo con el que llenar su cabeza el resto de su vida, optaría por el de Herman lavando a la más pequeña de las niñas en la bañerita. Lo hacía tarareando una cancioncilla sin dejar de sujetar con mimo la cabecita inestable. Y, extremando la precaución, iba pasando la manopla por el tierno cuerpecillo. Mirando a los ojos a su hija, que seguía perpleja todos sus movimientos, Britta se veía a sí misma en el umbral, adonde había ido de puntillas para poder observarlos. Aunque olvidase todo lo demás, lucharía por conservar aquella remembranza en la memoria. Herman y Margareta, la mano bajo la cabecita, la ternura, la calidez.

Un ruido la arrancó del sueño. Intentó volver a la ensoñación. Al sonido del

chapoteo del agua cada vez que Herman humedecía la manopla. Al sonido del gorjeo complacido de Margareta al sentirse envuelta en el agua caliente. Pero un nuevo sonido la obligó a acercarse más aún a la superficie. Más aún a la niebla que ella quería esquivar a toda costa. Despertarse era arriesgarse a que la engullera lo gris, lo borroso que tomaba el mando sobre su cabeza y que ocupaba una porción cada vez mayor de su tiempo.

Al final y a su pesar, abrió los ojos. Entrevió una figura inclinada sobre ella que la miraba. Britta sonrió. Quizá no estuviese despierta, después de todo. Quizá aún se las arreglase para mantener a raya la neblina con los recuerdos del sueño.

–¿Eres tú? –preguntó observando a quien ahora se inclinaba aún más cerca. Britta sentía el cuerpo exánime y pesado por el sueño, del que aún no había salido por completo, y no era capaz de moverse. Durante un minuto, ninguno de los dos dijo nada. No había mucho que decir. Luego una certeza empezó a penetrar el cerebro maltrecho de Britta. Los recuerdos emergieron a la superficie de la conciencia. Unos sentimientos que habían caído en el olvido, pero que ahora chisporroteaban despertando a la vida de nuevo. Y sintió que arraigaba en ella el miedo. El mismo miedo del que la había liberado el olvido progresivo. En aquel momento vio a la muerte junto al lecho, y todo su ser protestaba ante la perpectiva de tener que abandonar ahora la vida y cuanto tenía. Se agarró a las sábanas con fuerza, sin que los labios resecos pudiesen emitir más sonido que un murmullo gutural. El terror se apoderó de todo su cuerpo y la hizo mover la cabeza violentamente de un lado a otro. Desesperada, intentó comunicarse mentalmente con Herman, hacerle llegar su grito de auxilio, como si pudiera oírla a través de las ondas de pensamiento que ella enviaba al aire. Aunque ya sabía que era en vano. La muerte había acudido para llevársela, pronto caería la guadaña y no había nadie que pudiera ayudarle. Sola, moriría sola, en la cama. Sin Herman. Sin las niñas. Sin una despedida. Y en ese momento la niebla se había esfumado por completo y hacía mucho que no tenía la mente tan despejada. Con el miedo zumbándole en el pecho como un animal desbocado, logró por fin exhalar un hondo suspiro y emitir un grito. La muerte no se movió. Sólo la observaba allí tumbada en la cama, la miraba y sonreía. No era una sonrisa inusual y, precisamente por eso, resultaba tanto más aterradora.

Luego, la muerte se agachó y cogió entre sus manos el almohadón del lado de Herman. Britta vio espantada cómo se acercaba lo blanco. La niebla definitiva.

El cuerpo se rebeló un instante, atosigado por la falta de aire. Intentó tomar aliento, hacer llegar otra vez el oxígeno a los pulmones. Las manos de Britta soltaron la sábana, manotearon frenéticas en el aire. Hallaron resistencia, tocaron piel. Arañaron y tiraron y lucharon para poder vivir un rato más.

Luego todo se volvió negro.

Grini, en las inmediaciones de Oslo, 1944

–¡Ya es hora de levantarse! –La voz del vigilante resonaba entre los barracones–. ¡Formación para pasar revista en el patio dentro de cinco minutos!

Axel abrió un ojo después de otro con esfuerzo. Por un instante, se sintió totalmente desorientado. El barracón estaba a oscuras y era tan temprano que apenas se filtraba alguna luz del exterior. Pese a todo, estaba en mejor situación que en la celda en la que había pasado aislado los primeros meses. Prefería la falta de espacio y el hedor del barracón a los días interminables de soledad. En Grini había tres mil quinientos prisioneros, según había oído decir. No le sorprendió. Adondequiera que miraba, veía a gente con la misma expresión resignada que él.

Axel se sentó en el catre y se frotó los ojos para ahuyentar el sueño. Recibían la orden de salir a formar varias veces al día, cada vez que se les antojaba a los soldados, y pobre del que no espabilase. Pero hoy le costaba salir de la cama. Había soñado con Fjällbacka. Se vio sentado en la cima de Veddeberget, contemplando el agua y los pesqueros que arribaban cargados de arenque. Casi llegó a oír el sonido de las gaviotas chillando mientras describían círculos sobrevolando los mástiles de los barcos. En realidad, un sonido increíblemente horrendo, pero, en cierto modo, se había convertido en parte del alma del pueblo. Soñó con la sensación del viento que lo envolvía, cálido, tibio en verano. Y con el aroma a algas que a veces arrastraba silbando hasta la cima de la montaña y que él aspiraba ávido por la nariz.

Pero la realidad era demasiado cruda y fría como para que pudiese aferrarse al sueño. Sí sentía, en cambio, el tejido áspero de la manta contra la piel cuando la retiró y bajó los pies del catre desvencijado. Sentía los zarpazos del hambre. Claro que les daban de comer, sí, pero demasiado poco y con demasiada poca frecuencia.

–Es hora de que salgáis –ordenó el más joven de los vigilantes mientras caminaba entre los prisioneros. Al llegar a Axel, se detuvo.

–Hoy hace frío –le dijo amablemente.

Axel evitó su mirada. Era el mismo muchacho al que había interrogado acerca de la prisión cuando llegó, el que le pareció más amable que los demás. Como así era. Jamás había visto al joven maltratar o humillar a nadie, tal como hacían la mayoría de los demás vigilantes. Pero los meses transcurridos en la prisión habían trazado una clara línea entre los dos. Prisionero y carcelero. Eran como dos mundos completamente independientes. Vivían vidas tan distintas que Axel apenas era capaz de mirar de frente a los vigilantes cuando pasaban delante de él. El uniforme de guardia era el más claro indicio de su pertenencia a una parte de la humanidad que, sencillamente, valía menos. Se había enterado por los demás prisioneros de que los obligaron a usar el uniforme de guardia a raíz de la huida de un prisionero en 1941. Axel se preguntaba cómo era posible que alguien tuviese fuerzas para huir. Él se

sentía tan apático, tan falto de energía, a causa de la combinación del duro trabajo al que los sometían, de la escasez de alimentos y de descanso, y del exceso de preocupación por su familia. Y, en general, por el exceso de miseria.

–Venga, espabila –lo conminó el joven vigilante dándole un leve empujón.

Axel obedeció y apremió el paso. Las consecuencias podían ser fatales si acudía tarde a la formación matutina.

Cuando bajaba la escalera camino del patio, tropezó. Notó que el pie perdía apoyo en el peldaño, que caía hacia delante, sobre el vigilante, que precedía la marcha. Agitó los brazos para recobrar el equilibrio pero, en lugar del aire, se encontró con el uniforme y el cuerpo del vigilante. Axel aterrizó en su espalda con un golpe sordo y se quedó sin aire al recibir el impacto con el pecho. En un primer momento, todo quedó en silencio. Luego notó unas manos que lo arrastraron por los pies.

–¡Te ha atacado! –afirmó el otro vigilante, que sujetaba a Axel fuertemente por el cuello de la camisa. Se llamaba Jensen y era uno de los más crueles.

–No creo que… –balbució el más joven al tiempo que se levantaba y se sacudía el polvo del uniforme.

–¡Te digo que te ha atacado! –Jensen tenía la cara roja de ira. Aprovechaba cualquier oportunidad para abusar de aquellos sobre quienes tenía algún poder. Cuando él pasaba por el campamento, la gente se dividía como el Mar Rojo ante Moisés.

–No, creo que…

–¡He visto cómo se abalanzaba sobre ti! –gritó el vigilante de más edad dando un paso amenazador al frente–. ¡Bien! ¿Le vas a dar una lección, o prefieres que se la dé yo?

–Pero si… –El vigilante, que no era más que un niño, miraba desesperado a Axel y al vigilante de más edad alternativamente.

Axel lo observaba indiferente. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de reaccionar, que había dejado de sentir. Lo que ocurría, ocurría, y no había más. Oponer resistencia a los acontecimientos significaba no sobrevivir.

–En ese caso, yo mismo… –El vigilante de más edad se encaminó hacia Axel y levantó el arma.

–¡No! ¡Lo haré yo! Es mi trabajo… –lo interrumpió el joven, interponiéndose entre los dos con la cara como la cera. Miró a Axel a los ojos, como si estuviese pidiéndole perdón. Luego levantó la mano y le propinó una bofetada.

–¿Y a eso lo llamas tú un castigo? –masculló Jensen con voz bronca. En torno a ellos se había congregado un puñado de curiosos y los demás vigilantes se rieron esperanzados. Acogían encantados cualquier suceso que viniese a interrumpir la triste monotonía de la prisión.

–¡Golpéalo más fuerte! –bramó Jensen con la cara aún más inflamada de rabia.

El joven volvió a mirar a Axel, que, una vez más, se negó a corresponderle. Entonces el vigilante tomó impulso y le estampó a Axel el puño cerrado en la mandíbula. La cabeza retrocedió, pero conservó el equilibrio.

–¡Más fuerte! –Ahora eran varios los vigilantes que coreaban aquella exhortación y al joven vigilante le brillaba la frente cubierta de gotas de sudor. Pero esta vez no buscó la mirada de Axel. Con los ojos empañados por una membrana acuosa, se agachó, cogió el arma que yacía en el suelo y la levantó para golpearlo.

Axel volvió la cara en un acto reflejo y el golpe hizo impacto en la oreja izquierda. Sintió que algo le estallaba allí dentro y un dolor indescriptible. Cuando llegó el segundo golpe, lo recibió de frente. Y ya no recordaba más. Sólo sentía dolor.

No había en la puerta ningún letrero que indicase que el local alojaba a los Amigos de Suecia. Sólo un cartel sobre la ranura para el correo en el que se leía «No se admite publicidad» y el nombre «Svensson» en una placa. Los colegas de Uddevalla, que vigilaban las actividades de la organización, les habían dado la dirección a Martin y a Paula.

No habían llamado antes de ir, sino que decidieron confiar en que hubiera alguien allí en horas de oficina. Martin llamó al timbre. Se oyó un sonido estridente al otro lado de la puerta, pero, en primera instancia, ningún movimiento. Y ya iba a levantar el dedo para llamar otra vez, cuando se abrió la puerta.

–¿Sí…? –Un hombre que rondaba la treintena los miraba inquisitivo y, al advertir los uniformes, frunció el entrecejo. Más ceñudo aún se mostró al ver a Paula. Durante unos segundos, la inspeccionó en silencio de arriba abajo de un modo tal que la agente sintió deseos de encajarle la rodilla en la entrepierna.

–Bien, ¿en qué puedo colaborar con el brazo del poder estatal? –dijo con sarcasmo.

–Quisiéramos intercambiar unas palabras con algún representante de los Amigos de Suecia. ¿Hemos llamado a la puerta adecuada?

–Por supuesto, adelante. –El hombre, que era rubio, alto y corpulento, con el físico de quien entrena de más, se hizo a un lado para dejarlos pasar.

–Martin Molin, y mi colega, Paula Morales. Somos de la policía de Tanumshede.

–Ajá, vienen de lejos –comentó el hombre precediéndolos hasta el pequeño despacho–. Yo soy Peter Lindgren. –Se sentó tras el escritorio y les indicó las dos sillas libres al otro lado.

Martin anotó el nombre mentalmente y se dijo que debía mirar en sus archivos en cuanto llegasen a la comisaría. Algo le decía que el registro contendría un montón de información sustanciosa sobre el hombre que tenía delante.

–Bueno, ¿y qué quieren? –Peter se retrepó y apoyó las manos entrecruzadas en la rodilla.

–Estamos investigando el asesinato de un hombre llamado Erik Frankel. ¿Le resulta familiar ese nombre? –Paula se obligó a sonar tranquila. Aquel hombre tenía algo que la hacía retorcerse de repugnancia. Pero, por irónico que pudiera parecer, seguramente a él le ocurría lo mismo ante alguien como ella.

–¿Debería? –preguntó Peter mirando a Martin en lugar de a Paula.

–Sí, debería –asintió Martin–. Han tenido cierto… contacto con él. Amenazas, para ser exactos. Pero claro, usted no sabrá nada al respecto, ¿verdad? –ironizó Martin.

Peter Lindgren meneó la cabeza.

–No, no me suena de nada. ¿Tienen alguna prueba de tales… amenazas? –

preguntó a su vez con una sonrisa.

Martin se sentía como si lo estuvieran radiografiando por completo. Tras dudar un instante, dijo:

–Lo que tengamos o dejemos de tener es irrelevante en estos momentos. Pero sabemos que habéis amenazado a Erik Frankel. Como sabemos que un hombre de vuestra organización, Frans Ringholm, conocía a la víctima y lo previno de las amenazas.

–Yo no me tomaría a Frans demasiado en serio –repuso Peter con un destello peligroso en los ojos–. Goza de gran prestigio en nuestra… organización, pero Frans está acusando ya la edad y… bueno, algunos de nosotros pertenecemos a una nueva generación, que quiere tomarle el relevo. Soplan nuevos aires, nuevas premisas y… la gente como Frans no siempre comprende las nuevas reglas del juego.

–Ajá, pero la gente como usted sí que las comprende, ¿verdad? –quiso saber Martin.

Peter descruzó las manos.

–Uno tiene que saber cuándo cumplir las reglas y cuándo contravenirlas. Todo consiste en hacer aquello que, a la larga, sirva mejor a la buena causa.

–¿Y, en vuestro caso, la buena causa es…? –La propia Paula notó la acritud con que había formulado la pregunta. La mirada de advertencia de Martin se lo confirmó.

–Una sociedad mejor –respondió Peter con calma–. Quienes han gobernado este país no lo han administrado bien. Han permitido que… fuerzas ajenas ocupen un espacio demasiado grande. Y han permitido que lo sueco, lo puro, tenga que apretarse en un espacio reducido. –Miró con gesto desafiante a Paula, que tragaba saliva para obligarse a callar. No era ni el momento ni el lugar adecuado. Y estaba convencida de que aquel hombre estaba intentando provocarla.

–Pero nos hemos percatado de que ahora soplan otros vientos. La gente es cada vez más consciente de que vamos camino del abismo si seguimos actuando como hasta ahora, si permitimos que quienes ostentan el poder sigan destruyendo lo que construyeron nuestros antepasados. Y nosotros estamos en condiciones de ofrecer una sociedad mejor.

–¿Y en qué sentido podría… en teoría… un señor mayor, profesor de Historia jubilado, constituir una amenaza para… una sociedad mejor?

–En teoría… –Peter volvió a entrecruzar las manos–. En teoría, lógicamente, una persona así no constituiría ninguna amenaza. Pero podría haber contribuido a difundir una imagen errónea, una imagen que los vencedores de la contienda se han esforzado mucho por transmitir. Y, naturalmente, eso no podría tolerarse. En teoría.

Martin iba a decir algo cuando Peter lo interrumpió. Obviamente, no había terminado.

–Todas las visiones, todos los relatos de los campos de concentración y de cosas

por el estilo son meras construcciones, mentiras hiperbólicas que luego se han machacado como si fueran verdad. ¿Y sabe por qué? Pues sí, para anular por completo el mensaje inicial, el mensaje correcto. Son los vencedores de las guerras quienes escriben la historia, y ellos decidieron ahogar la realidad en sangre, tergiversar la imagen que debía mostrarse al mundo para que nadie se atreviese a rebelarse y a cuestionar si fue el lado bueno el que ganó. Y de ese oscurantismo, de esa propaganda formaba parte Erik Frankel. De ahí que… en teoría… alguien como Erik Frankel pudiera constituir un impedimento para la sociedad que deseamos crear.

–Pero, según dice y por lo que usted sabe, ninguno de ustedes le dirigió una amenaza expresa, ¿verdad? –Martin lo observaba. Sabía perfectamente cuál sería la respuesta a su pregunta.

–No, nunca. Trabajamos conforme a las reglas de la democracia. Voto. Programa electoral. Acceder al poder mediante el voto del pueblo. Cualquier otra cosa queda totalmente excluida de nuestras acciones. –Miró a Paula, que se agarró las rodillas con las manos. La agente vio ante sí a los soldados que se llevaron a su padre. Tenían la misma expresión en la mirada.

–Bueno, pues entonces no vamos a molestarlo más –dijo Martin poniéndose de pie. Tenemos el nombre de los demás miembros del consejo, nos los facilitó la policía de Uddevalla… Así que, como es natural, también hablaremos con ellos.

Peter se levantó y asintió.

–Por supuesto. Pero ninguno tendrá otra cosa que decir que lo que ya les he comunicado. Y por lo que a Frans se refiere… Bueno, yo no le haría mucho caso a un viejo que vive en el pasado.

A Erica le costaba concentrarse en su tarea de escribir. Los pensamientos sobre su madre interferían constantemente en su trabajo. Sacó el montón de artículos de la biblioteca y lo colocó boca arriba, con la foto en primer lugar. Era frustrante. Contemplar las caras de aquellas personas y no poder obtener respuestas. Se acercó a la instantánea, con la cara muy próxima al papel. Los examinó uno por uno. Primero, a Erik Frankel. Expresión seria mirando a la cámara. Rígido en su postura. Un halo de tristeza lo envolvía y, sin saber si acertaba o no, Erica concluyó que sería el hecho de que hubiesen capturado a su hermano lo que había dejado en él esa huella. Aunque poseía la misma aura de gravedad y de pesar cuando fue a verlo en junio para preguntarle por la medalla de su madre.

Erica estudió con atención a la persona que había a la derecha de Frans. Su madre. Elsy Moström. Desde luego, tenía una expresión más dulce de lo que Erica le vio jamás, pero existía cierta rigidez en torno a aquella sonrisa tímida que denotaba que no apreciaba en absoluto dónde le había colocado el brazo. Erica no pudo evitar reparar en lo bonita que era su madre. Tenía una apariencia tan adorable. La Elsy que

ella había conocido de niña era fría, inaccesible. Con una aridez que de ningún modo se intuía en la muchacha de la foto. Muy despacio, pasó el dedo por el rostro de su madre. ¡Qué distinto habría sido todo si Elsy hubiese sido la madre que la imagen presagiaba! ¿Qué le ocurrió a aquella niña? ¿Qué le arrebató la dulzura? ¿Qué tornó la timidez en indiferencia? ¿Por qué no fue nunca capaz de rodear a sus hijas con los brazos amables que se atisbaban bajo la manga corta de sus vestidos estampados? ¿Por qué no fue capaz de acogerlas en su abrazo?

Erica apartó la vista de su madre con tristeza y la fijó en la siguiente persona. Britta no miraba a la cámara. Miraba a Elsy. O a Frans. Era imposible determinarlo. Erica echó mano de la lupa que tenía sobre la mesa. La colocó sobre la cara de Britta y entornó los ojos para verla con la máxima claridad. Seguía resultando difícil asegurarlo, pero le pareció que la cara de Britta expresaba rabia. Tenía las comisuras de los labios hacia abajo y un toque de dureza y de indignación en la mandíbula. Y la mirada. Desde luego, Erica estaba casi segura, estaba mirando a Elsy o a Frans, o quizá a los dos.

Y la última persona de la foto. Más o menos de la misma edad que los demás. También rubio, como Frans, pero más bajo y de pelo rizado. Alto pero de constitución ágil y con una expresión reflexiva en la cara. Ni alegre ni triste. Meditabundo era el calificativo más atinado que acertó a pensar Erica para describirlo.

Volvió a leer el artículo. Hans Olavsen era un joven de la resistencia noruega que había huido a Suecia a bordo del pesquero *Elfrida*, de Fjällbacka.

El patrón del barco, Elof Moström, le había dado alojamiento. Según el autor del artículo, ahora celebraba el fin de la guerra junto a sus amigos de Fjällbacka.

Erica volvió a dejar la fotocopia sobre el montón. Había algo en la química del grupo de jóvenes, algo que le parecía… ¡No, demonios! No sabía explicarlo. Sería intuición, un sexto sentido, llámese como se quiera, pero Erica tenía el presentimiento de que allí, en aquella fotografía, se hallaba la respuesta a todas sus preguntas, que eran más cuanto más averiguaba. Sabía que tenía que seguir indagando sobre la instantánea, sobre la relación entre los amigos de su madre y sobre el miembro de la resistencia noruega, Hans Olavsen. Y sólo quedaban dos personas a las que preguntar. Axel Frankel o Britta Johansson, que era la que tenía más a mano. Erica tenía que conseguir que le explicase el porqué de la rabia de su expresión en aquella foto. Se le hacía un mundo tener que volver a visitar a una mujer tan perturbada, pero si le explicaba al marido de Britta por qué necesitaba hablar con su mujer, quizá lo entendiera. Quizá le permitiera volver a hablar con ella, en alguno de sus momentos de lucidez. «Mañana», se dijo Erica. Al día siguiente cogería el toro por los cuernos y volvería a su casa.

Algo le decía que Britta estaba en posesión de las respuestas que ella necesitaba.

Fjällbacka, 1944

Le habían minado la energía. La guerra. Todas las travesías por el mar, que había dejado de ser su amigo para convertirse en enemigo. Él siempre había amado el mar de Bohuslän. Su forma de moverse, su olor, su sonido cuando se estrellaba contra la roda del barco. Pero desde que estalló la guerra, la relación de amistad entre el mar y él había cambiado. Ahora le resultaba hostil. Ocultaba peligros bajo la superficie, minas, que podían volarlo en pedazos en cualquier momento, a él y a toda la tripulación. Y los alemanes que patrullaban las aguas no eran menos peligrosos. Nunca sabías qué podría ocurrírseles. El mar se había convertido en imprevisible de un modo totalmente distinto al que estaban acostumbrados y al que se esperaba de él. Tormentas, bajíos, a eso sí sabían enfrentarse, y sabían superarlo gracias a la experiencia atesorada a lo largo de generaciones. Y si la naturaleza los superaba, pues sí, en ese caso, lo asumían con serenidad y guardando la compostura.

Aquella nueva condición imprevisible era mucho peor. Y, aunque sobrevivieran a la travesía, aún los aguardaban más peligros cuando atracaban en los puertos donde debían cargar y descargar. Y el día que perdieron a Axel Frankel, cuando cayó prisionero de los alemanes, fue un recordatorio eficaz. Contemplando el horizonte, se permitió dedicarle al muchacho unos minutos en su pensamiento. Tan valiente. Tan invulnerable, en apariencia. Ahora nadie sabía dónde se encontraba. Había oído rumores de que lo habían llevado a Grini, pero ignoraba si era cierto y si, de serlo, aún seguía allí. Decían que habían empezado a trasladar a Alemania a algunos de los prisioneros. Quizá el muchacho ya estuviese allí. O tal vez ya no estuviese en ninguna parte… Después de todo, ya había pasado un año entero desde que se lo llevaron los alemanes y no había dado señales de vida a nadie desde entonces. Así que era lógico temerse lo peor. Elof respiró hondo. A veces se cruzaba con los padres del muchacho. El señor y la señora Frankel. El doctor y su señora. Pero no se atrevía a mirarlos a los ojos. Si podía, cruzaba al otro lado de la calle y se apresuraba a dejarlos atrás con la vista clavada en el suelo. En cierto modo, sentía que debía haber hecho más. No sabía qué, pero algo. Quizá hubiese debido evitar llevar al muchacho.

También cuando veía a su hermano se le encogía el corazón. Su hermano pequeño, tan serio. Erik. No es que el chico hubiese sido nunca unas sonajas, pero desde que desapareció su hermano, se había vuelto más taciturno aún. Había intentado hablar de ello con Elsy. Decirle que no le gustaba que se relacionase con esos muchachos, Erik y Frans. Y no era que tuviese nada contra Erik. Tenía una expresión amable en la mirada. Pero no era ese el caso de Frans. «Impenetrable» era la palabra que le venía a la mente para describir al chico. Pero ninguno de los dos le parecía compañía adecuada para Elsy. Procedían de clases sociales diferentes. De gentes completamente distintas. Hilma y él podrían haber nacido en un planeta

distinto de los Frankel y los Ringholm. Y sus mundos no debían encontrarse. De ahí no podía salir nada bueno. Era distinto cuando, de muy niños, jugaban al tesoro escondido y al pilla-pilla, pero ya eran mayores. Y no podía salir bien.

Hilma se lo había advertido en varias ocasiones. Le había pedido que hablara con la muchacha. Pero Elof no había tenido valor para hacerlo. Ya lo tenían bastante difícil con la guerra. Y los amigos eran, seguramente, el único lujo que los jóvenes podían permitirse. Además, ¿quién era él para arrebatarle los amigos a Elsy? Claro que, tarde o temprano, tendría que hacerlo. Los chicos eran chicos. El pilla-pilla y el tesoro escondido pronto se convertirían en abrazos clandestinos, como él sabía por experiencia. Y es que también él fue joven en su día, por más que ahora se le antojase increíblemente remoto. Pronto deberían separarse aquellos dos mundos. Así eran las cosas y así debían ser. No era lícito alterar el orden natural.

–¡Capitán! Será mejor que venga.

Elof se vio interrumpido en su cavilación y miró hacia el lugar del cual procedía la voz. Uno de sus hombres le hacía señas ansioso para que acudiese. Elof frunció extrañado el entrecejo y se encaminó hacia el marinero. Estaban en alta mar y aún les faltaban unas horas de travesía para arribar al puerto de Fjällbacka.

–Llevamos con nosotros a uno más –dijo Calle Ingvarsson parcamente, señalando la bodega. Elof miró atónito. Encogido detrás de una de las pilas de sacos se escondía un joven que empezó a levantarse.

–He oído ruido y acabo de encontrarlo. Es tal la tos que tiene que no sé cómo no lo hemos oído desde la cubierta –aseguró Calle poniéndose una pulgarada de tabaco bajo el labio. Hizo una mueca de desagrado: la picadura durante la guerra no era más que un triste sustituto del tabaco.

–¿Quién eres y qué haces en mi barco? –preguntó Elof con acritud. Reflexionó sobre si pedir refuerzos a alguno de los hombres que había en cubierta.

–Me llamo Hans Olavsen y subí a bordo en Kristiansand –respondió el joven en perfecto noruego. Se levantó y le tendió la mano para estrechársela. Tras un instante de duda, Elof correspondió al gesto. El joven lo miraba a los ojos sin reservas.

–Esperaba poder llegar a Suecia. Los alemanes… Bueno, digamos que ya no puedo seguir en territorio noruego y que tengo la vida en alta estima.

Elof guardó silencio un buen rato, mientras pensaba. No le gustaba que lo engañasen de aquel modo, pero, por otro lado, ¿qué otra opción tenía aquel muchacho? ¿Acaso iba a habérsele acercado en el puerto, en presencia de todos los alemanes que lo vigilaban, para preguntarle educadamente si podía ir a Suecia en su barco?

–¿De dónde eres? –preguntó al fin sin dejar de examinar al joven de arriba abajo.

–De Oslo.

–¿Y qué has hecho para no poder seguir en Noruega?

–No es bueno hablar de lo que uno se ha visto obligado a hacer durante la guerra –repuso Hans con el semblante ensombrecido–. Pero digamos que he dejado de serle útil a la resistencia.

«Seguro que ha estado ayudando a gente a cruzar la frontera», se dijo Elof. Era una tarea peligrosa y, si los alemanes empezaban a sospechar de uno, lo más sensato era huir mientras se conservara la vida. Elof sintió que empezaba a ablandarse. Pensó en Axel, que tantas veces había viajado a Noruega sin considerar jamás las consecuencias para su persona, y que al final, había pagado un alto precio por ello. ¿Por qué iba a ser aquel joven peor que el joven hijo del doctor Frankel? Elof tomó la decisión sin más consideraciones.

–Bueno, puedes seguir con nosotros. Vamos a Fjällbacka. ¿Has comido algo?

Hans meneó la cabeza y tragó saliva.

–No, desde anteayer. El viaje desde Oslo ha sido… difícil. No se puede ir derecho –confesó bajando la mirada.

–Calle, procura que le traigan algo de comer al muchacho. Ahora tengo que encargarme de que lleguemos a casa enteros. Malditas sean las minas que los alemanes se empeñan en plantar en estas aguas… –Meneó la cabeza y empezó a bajar la escala. Se dio media vuelta y su mirada se cruzó con la del joven. Sintió una compasión sorprendente. ¿Qué edad tendría? Dieciocho, no más. Aun así, era mucho lo que llevaba escrito en una mirada que debería estar más limpia. La juventud perdida y la inocencia que debería llevar aparejada. Sin duda, la guerra había cosechado muchas víctimas. No sólo aquellos que estaban muertos.

Gösta se sentía ligeramente culpable. Si él hubiese cumplido con su obligación, quizá el tal Mattias no se encontrara ahora en el hospital. O, bueno, en realidad, ignoraba si eso había tenido algo que ver. Pero quizá, de haberlo hecho, hubiese averiguado que Per se había colado en la casa de los Frankel ya la primavera pasada, y quizá eso habría dado otra dirección al curso de los acontecimientos. De hecho, cuando estuvo en casa de Adam tomándole las huellas, el chico mencionó que alguien había estado ya allí y que, según ese alguien, la casa estaba llena de «cosas chulas». Y eso era lo que había estado rumiando inconscientemente, la idea que lo acechaba y se le escapaba todo el tiempo. Si hubiese estado un poco más atento. Si hubiese sido más exhaustivo… En definitiva, si hubiese hecho su trabajo. Exhaló un suspiro. Ese suspiro especial a lo Gösta que había perfeccionado gracias a años enteros de entrenamiento. Sabía lo que tenía que hacer ahora. Debía intentar enderezar las cosas en la medida de lo posible.

Salió del garaje y cogió el coche de policía que quedaba. Martin y Paula se habían llevado el otro a Uddevalla. Cuarenta minutos más tarde, aparcaba delante del hospital de Strömstad. La recepcionista lo informó de que el estado de Mattias era estable y le indicó cómo llegar a su habitación.

Respiró hondo antes de abrir la puerta. Seguramente habría allí alguien de su familia. A Gösta no le gustaba ver a los familiares. Todo resultaba siempre tan emocionalmente cargado, era tan difícil mantener la distancia con respecto al trabajo… Aun así, en algunas ocasiones había sorprendido a sus colegas y a sí mismo dando muestras de cierta sensibilidad en el contacto con personas que se hallaban en situaciones difíciles. Si tuviese fuerza y energía, tal vez habría podido usar ese talento en el trabajo y convertirlo en un recurso. Ahora, en cambio, era como un huésped raro al que él mismo no acogía demasiado bien.

–¿Lo habéis cogido? –Un hombre corpulento con traje y la corbata torcida se levantó al ver entrar a Gösta. Hasta ese momento, el hombre abrazaba a una mujer llorosa que, por la semejanza con el chico que yacía en la cama, debía de ser su madre. Aunque el parecido que Gösta advirtió procedía más bien del recuerdo del encuentro con el muchacho ante la casa de los Frankel. Porque, en efecto, el muchacho que yacía en la cama no se parecía a nadie. La cara era una pura inflamación, completamente llena de heridas con una zona amoratada. Tenía los labios tan hinchados que estaban al doble de su tamaño normal y no parecía capaz de ver más que parcialmente y por un ojo. El otro se veía totalmente cerrado por la inflamación.

–Cuando yo pille a ese… pandillero asqueroso… –maldijo el padre de Mattias cerrando los puños. Tenía los ojos llenos de lágrimas y Gösta volvió a reparar en el detalle de que aquello de las víctimas y los familiares y sus sentimientos era algo con

lo que prefería no tener nada que ver.

Pero allí estaba. Y cuanto antes acabase, tanto mejor. Sobre todo, teniendo en cuenta que los remordimientos crecían por segundos mientras contemplaba el rostro maltratado de Mattias.

–Deje que la policía haga su trabajo –respondió Gösta sentándose en la silla que había junto a los padres del chico. Se presentó con su nombre y apellido, y miró a los ojos a los padres de Mattias a fin de asegurarse de que lo estaban escuchando.

–Hemos estado interrogando a Per Ringholm en la comisaría. Se ha confesado autor de la agresión, lo que tendrá consecuencias para él. En estos momentos, ignoro cuáles serán, eso es decisión del juez.

–Pero, lo tendrán encerrado, ¿verdad? –preguntó la madre de Mattias con voz trémula.

–Ahora mismo, no. El juez dictamina el encarcelamiento de un menor sólo en casos excepcionales. En la práctica, es una medida insólita. De modo que Per se ha ido a casa con su madre, mientras continúa la investigación. De todos modos, nos hemos puesto en contacto con los servicios sociales.

–O sea, que él se va a casa con su madre, mientras que mi hijo está aquí con… –La voz del padre de Mattias se quebró de pronto. El hombre miraba alternativamente a Gösta y a su hijo, sin comprender nada.

–Por el momento, sí. Pero habrá consecuencias. Se lo garantizo. En cualquier caso, ahora quisiera hacerle unas preguntas a su hijo, si es posible, para comprobar que no hemos dejado ningún cabo suelto.

Los padres de Mattias se miraron y asintieron.

–Vale, pero sólo si se siente con fuerzas. Sólo está despierto a ratos. Está tomando analgésicos.

–Iremos al ritmo que él aguante –aseguró Gösta en tono tranquilizador, al tiempo que acercaba la silla a la cama. Le costó un poco entender las palabras que el muchacho iba balbuciendo, pero finalmente su versión le confirmó cómo había sucedido todo. Y coincidía al cien por cien con lo que les había confesado Per.

–¿Podría tomarle las huellas dactilares?

Una vez más, los padres intercambiaron una mirada inquisitiva. Y, una vez más, el padre de Mattias tomó la palabra:

–Sí, supongo que no hay problema. Siempre que sea necesario para… –No concluyó la frase, sino que miró a su hijo con los ojos nuevamente anegados en lágrimas.

–Tardaré apenas un minuto –dijo Gösta sacando el material necesario.

Poco después, se hallaba de nuevo en el coche, aún en el aparcamiento, mirando la caja con las huellas de Mattias. Quizá no tuviese ninguna importancia para la investigación. Pero él había hecho su trabajo. Por fin. Era un flaco consuelo.

–Última parada por hoy, ¿no? –comentó Martin mientras se bajaban del coche ante la redacción del *Bohusläningen*.

–Sí, dentro de poco tendríamos que ir volviendo –convino Paula, mirando el reloj. Había recorrido en silencio todo el trayecto desde la oficina de los Amigos de Suecia, y Martin la dejó reflexionar tranquilamente. Comprendía que debía de ser difícil para ella verse frente a ese tipo de personas. Gente que la condenaba antes de que hubiese dicho «hola», y que sólo veía el color de su piel, nada más. También a él le resultaba desagradable, pero con su piel blanquísima llena de pecas y el pelo de un rojo encendido, no pertenecía al grupo de los que se veían expuestos a las miradas que sí le dedicaban a Paula. Cierto que, durante sus años escolares, había sufrido alguna que otra cancioncilla vejatoria por el color del pelo, pero de eso hacía ya mucho tiempo y no era lo mismo.

–Hola, buscamos a Kjell Ringholm –dijo Paula apoyándose en el mostrador de recepción.

–Un momento, le aviso enseguida. –La recepcionista cogió un auricular y anunció a Kjell Ringholm que tenía visita–. Pueden sentarse, no tardará en bajar a buscarlos.

–Gracias. –Ambos se sentaron a esperar en unos sillones que había dispuestos en torno a una mesa baja. Transcurridos unos minutos, vieron acercarse a un hombre con barriga incipiente y cabello oscuro y una barba muy poblada. Paula pensó que se parecía mucho a Björn[*]. O a Benny[*]. Nunca atinaba a distinguirlos.

–Kjell Ringholm –se presentó estrechándoles la mano con un apretón firme, casi doloroso, y Martin no pudo evitar un mohín–. Vengan, iremos a mi mesa. –El hombre los precedió y los fue guiando por la redacción, hasta que llegaron a su despacho.

–Por favor, tomen asiento. Creía que conocía a todos los policías de Uddevalla, pero debo confesar que ustedes son caras nuevas para mí. ¿Para quién trabajan? –Kjell se sentó detrás del escritorio, que tenía atestado de papeles.

–No somos de la policía de Uddevalla, sino de la comisaría de Tanumshede.

–Ajá, ¿no me diga? –preguntó Kjell sorprendido. Pero Paula tuvo la fugaz impresión de haber atisbado algo más que asombro, aunque desapareció como había venido–. ¿Y qué es lo que quieren? –Quiso saber Kjell, retrepado en la silla y con las manos cruzadas sobre la barriga.

–Ante todo veníamos a comunicarle que hoy hemos llevado a su hijo a comisaría porque ha agredido a un compañero de clase –comenzó Martin.

El hombre se irguió en la silla.

–¿Qué demonios están diciendo? ¿Han llevado a Per a comisaría? ¿A quién…? ¿Y cómo está…? –Se le entrecortaban las palabras, que le surgían de la garganta a borbotones, y Paula aguardó serena a que hiciera una pausa para despejar sus incógnitas.

–Golpeó a Mattias Larsson, un compañero de clase, en el patio del instituto. El chico está en el hospital de Strömstad y, según el último informe, se encuentra estable, aunque ha sufrido lesiones graves.

–¿Qué…? –A Kjell parecía costarle asimilar lo que le decían–. Pero ¿por qué no me ha llamado nadie antes? Me da la impresión de que ha sucedido hace tan sólo un par de horas.

–Per prefirió que llamáramos a su madre. Así que ella acudió a la comisaría y acompañó a Per durante el interrogatorio. Luego, lo dejamos ir a casa con ella.

–Sí, bueno, no es la situación ideal, como quizá hayan comprobado. –Kjell miraba con atención a Paula y a Martin.

–No, ya comprendimos durante el interrogatorio que había ciertos… problemas –Martin vaciló un instante–. De modo que le hemos pedido a los servicios sociales que vigile el tema.

Kjell dejó escapar un suspiro.

–Ya, tendría que haber tomado cartas en el asunto mucho antes… Pero siempre había algo que se interponía… No sé… –Hablaba con la vista fija en la foto de una mujer rubia con dos niños de algo menos de diez años. Durante unos instantes, reinó el silencio.

–¿Y qué pasará ahora?

–El juez estudiará el caso y emitirá una resolución sobre cómo debemos proceder. Pero el asunto es grave…

Kjell hizo un gesto con la mano.

–Lo sé, lo comprendo. Créanme si les digo que no me lo tomo a la ligera. Soy plenamente consciente de la gravedad. Pero, me gustaría saber de forma más concreta qué piensan que… –Volvió a mirar la foto, pero enseguida dirigió la vista de nuevo a los policías.

Fue Paula quien respondió.

–Es difícil decirlo. Pero supongo que tendrá que ir a un centro de rehabilitación para jóvenes.

Kjell asintió con gesto cansino.

–Sí, en cierto modo quizá sea lo mejor. Per lleva tiempo siendo… difícil, y quizá esto le haga comprender la gravedad de sus actos. Aunque no lo ha tenido fácil. Yo no siempre he estado ahí, como debía, y su madre… Bueno, ya vieron cuál es la situación. Claro que ella no siempre ha sido así, fue a raíz de la separación cuando… –Se le murió la voz y sus ojos buscaron de nuevo la instantánea–. Le afectó muchísimo.

–Hay otro asunto –continuó Martin inclinándose sin apartar la vista de Kjell.

–¿Sí?

–Pues sí, durante el interrogatorio salió a relucir el hecho de que Per asaltó una

casa poco antes del verano, en junio. Y que el propietario de dicha casa, Erik Frankel, lo sorprendió. Por lo que nos dijo Per, usted no desconocía estos hechos, ¿no es así?

Kjell guardó silencio unos instantes, luego meneó despacio la cabeza.

–No, es cierto. Erik Frankel me llamó después de encerrar a Per en la biblioteca. Y yo fui a su casa. –Kjell Ringholm exhibió una sonrisa de amargura–. Fue muy gracioso, la verdad, ver a Per encerrado entre todos aquellos libros. Creo que es la única vez que ha estado cerca de ellos en toda su vida.

–No creo que un atraco tenga nada de gracioso –intervino Paula cortante–. Pudo haber terminado muy mal.

–Sí, lo sé, lo siento. Una broma de mal gusto –repuso Kjell excusándose con una sonrisa.

–Pero tanto Erik como yo estuvimos de acuerdo en no darle demasiada importancia. Él pensaba que sería suficiente con un escarmiento. No creía que Per fuese a repetir la hazaña, pero no fue así. Yo recogí a Per, lo reprendí duramente y, bueno… –Se encogió de hombros con un gesto de resignación.

–Aunque, al parecer, usted y Erik Frankel hablaron también de otro asunto, no sólo del intento de atraco de Per. El chico oyó a Erik decir que poseía cierta información que podía interesarle para su actividad periodística, y que habían acordado verse algo después. ¿Le suena?

Silencio total. Al cabo de unos instantes, Kjell meneó la cabeza.

–No, debo decir que no lo recuerdo, la verdad. Per debe de habérselo inventado, o quizá lo malinterpretó. Lo que acordamos Erik y yo fue que, si necesitaba datos sobre el nazismo, podría ponerme en contacto con él.

Martin y Paula lo observaron escépticos. Ninguno de los dos creía una palabra de lo que acababa de decir. Era obvio que mentía, pero no podían demostrarlo.

–¿Sabe si Erik y su padre tenían algún contacto? –preguntó Martin al cabo.

Kjell se relajó visiblemente, como aliviado al ver que abandonaban el tema anterior.

–No, que yo sepa. Pero, por otro lado, no tengo ni control sobre las actividades de mi padre ni excesivo interés en ellas. Salvo lo que incumbe a mis artículos.

–¿Y no le resulta extraño? –preguntó Paula llena de curiosidad–. Me refiero al hecho de condenar públicamente a su propio padre de ese modo.

–Usted más que nadie debería comprender la importancia de combatir la xenofobia –replicó Kjell–. Es como una metástasis cancerosa en nuestra sociedad, y debemos oponernos a ella con todos los medios a nuestro alcance. Y si resulta que mi padre forma parte de esa metástasis… Bueno, pues es su opción personal –aseguró subrayando su impotencia con un gesto–. Por lo demás, entre mi padre y yo no existe ningún vínculo, salvo el hecho de que dejó embarazada a mi madre. Durante toda mi infancia, no lo vi más que en salas de visita de la cárcel y, en cuanto me hice lo

bastante mayor para pensar por mí mismo y tomar mis propias decisiones, comprendí que no es una persona a la que quiera incluir en mi vida.

–O sea, ¿ustedes dos no tienen ningún contacto? Pero ¿y Per, suele verlo? –intervino Martin, más por curiosidad que porque pensase que tuviera relevancia para la investigación.

–No, yo no tengo ningún contacto con él. Por desgracia, mi padre ha conseguido inculcarle a mi hijo un montón de tonterías. Cuando Per era pequeño, podíamos controlar que no tuviesen relación, pero ahora que es mayor y se mueve libremente… Bueno, no hemos podido evitarlo en la medida en que lo hubiésemos deseado.

–Bien, en fin, pues ya no tenemos mucho más que preguntar. Por ahora –añadió Martin al tiempo que se levantaba. Paula siguió su ejemplo. Ya en el umbral, Martin se dio media vuelta y preguntó:

–Está completamente seguro de que no tiene ninguna información sobre Erik Frankel que pudiera sernos de utilidad, ¿verdad?

Sus miradas se cruzaron un instante y se diría que Kjell dudaba. Pero finalmente, meneó la cabeza con firmeza y dijo:

–No, nada. Nada en absoluto.

Tampoco en esta ocasión lo creyeron los dos agentes.

Margareta estaba preocupada. Nadie cogía el teléfono en casa de sus padres desde que su padre estuvo en la suya el día anterior. Era muy extraño; e inquietante. Solían avisar siempre que iban a viajar a algún sitio, aunque últimamente no salían mucho. Y ella solía llamarlos todas las tardes para hablar con ellos un rato. Era como un ritual que llevaban muchos años manteniendo y no recordaba una sola ocasión en la que no hubiesen contestado. Ahora, en cambio, después de marcar un número que sus dedos conocían ya de memoria, el tono de llamada parecía resonar en el vacío, repitiéndose una y otra vez sin que nadie cogiese el auricular al otro lado del hilo telefónico. En realidad, le hubiese gustado acercarse a su casa la noche anterior, pero Owe, su marido, la convenció de que lo dejara para el día siguiente. Seguramente, le dijo, se habrían ido a dormir temprano. Pero ahora era de día, pronto sería media mañana, y seguían sin coger el teléfono. Margareta sintió crecer el desasosiego en su interior, hasta que se convirtió en la certeza de que algo había sucedido. No se le ocurría ninguna otra explicación.

Se puso los zapatos y el chaquetón y salió resuelta en dirección a la casa de sus padres. Estaba a diez minutos a pie, pero cada segundo que transcurría se recriminaba haberle hecho caso a Owe en lugar de ir a verlos la noche anterior. Allí había algo raro, lo presentía.

Cuando se encontraba a unos metros de la casa de sus padres, vio a alguien delante de la puerta. Entornó los ojos para distinguir quién era, pero, hasta que no

estuvo más cerca, no comprobó que se trataba de la escritora aquella, Erica Falck.

–¿Puedo hacer algo por ti? –preguntó Margareta con tono amable, aunque su voz traslucía la preocupación que sentía.

–Pues…, bueno, venía a ver a Britta, pero parece que no hay nadie… –La mujer rubia parecía un tanto despistada al pie de la escalinata.

–Yo llevo llamándolos desde ayer noche, y nadie contesta, de modo que he venido a comprobar que están bien –explicó Margareta–. Puedes entrar conmigo y esperar en el vestíbulo. –Sobre la puerta de la casa había un voladizo. Margareta estiró el brazo por encima de una de las vigas que lo sostenían y cogió una llave. Le temblaba la mano levemente mientras intentaba abrir.

–Pasa, yo iré a ver –dijo sintiendo cierto alivio al no verse allí sola. En realidad, debería haber llamado a alguna de sus hermanas, o a las dos, antes de ir a casa de sus padres. Pero no habría podido ocultarles lo grave que le parecía la situación ni la preocupación que la devoraba por dentro.

Recorrió la planta baja y miró a su alrededor. Todo estaba limpio y ordenado, como de costumbre.

–¿Mamá? ¿Papá? –gritó sin obtener respuesta. Presa de un pánico incipiente, notó que le costaba respirar. Debería haber llamado a sus hermanas, debería haberlas llamado.

–Aguarda aquí, subiré a mirar –le dijo a Erica al tiempo que enfilaba la escalera. No apremió el paso, sino que fue subiendo despacio, muy despacio, hacia el piso de arriba. Reinaba una calma tan poco natural… Pero cuando llegó al último peldaño, oyó un ruido vago. Sonaba como si alguien estuviese sollozando. Como el llanto de un niño pequeño. Se quedó inmóvil un instante, para localizar el origen del sonido, y comprendió enseguida que procedía del dormitorio de sus padres. Con el corazón desbocado se dirigió apresuradamente hacia allí y abrió la puerta despacio. Le llevó unos segundos comprender la escena. Luego oyó, como de lejos, su propia voz pidiendo ayuda.

Fue Per quien abrió la puerta cuando llamó.

–Abuelo… –imploró el muchacho con la expresión de un cachorro necesitado de una palmadita.

–¿Qué demonios has hecho? –le espetó Frans con brusquedad apartándolo para entrar en el vestíbulo.

–Pero si yo… ese… ese idiota no decía más que un montón de basura. ¿Qué querías que hiciera? ¿Aguantarme y ya está? –Per sonaba herido. Creía que, si había alguien capaz de comprenderlo, ese sería el abuelo–. Además, no es nada comparado con las cosas que tú has hecho –replicó en tono rebelde, aunque sin atreverse a mirar a Frans a los ojos.

–¡Precisamente por eso, yo sé lo que digo! –Frans lo cogió por los hombros, lo zarandeó y lo obligó a mirarlo a los ojos.

–Vamos a sentarnos y a charlar un rato tú y yo, a ver si puedo inculcar algo de sentido común en esa cabeza tan dura que tienes. Por cierto, ¿dónde está tu madre? –Frans miró a su alrededor buscando a Carina, dispuesto a luchar por su derecho a estar allí y a hablar con su nieto.

–Supongo que estará durmiendo la mona –respondió Per dirigiéndose indolente a la cocina–. Empezó a beber ayer, en cuanto llegamos de la comisaría, y anoche, cuando me fui a la cama, aún seguía. Ahora llevo sin oírla unas horas.

–Voy a ver dónde está. Tú, entre tanto, pon una cafetera –le ordenó Frans.

–Pero si yo no sé cómo… –comenzó Per con voz quejumbrosa y protestona.

–Pues ya es hora de que aprendas –le espetó Frans ya camino del dormitorio de Carina.

–Carina –dijo en voz alta antes de entrar en la habitación. No obtuvo más que un fuerte ronquido por respuesta. La mujer estaba a punto de caerse de la cama y tenía un brazo en el suelo. Olía a alcohol revenido y a vómito.

–Joder –maldijo Frans en voz alta. Pero luego respiró hondo y se le acercó. Le puso una mano en el hombro y la zarandeó un poco.

–Carina, es hora de despertarse. –Ella seguía sin reaccionar. Frans miró a su alrededor. Se accedía al baño desde el dormitorio, de modo que entró y empezó a llenar la bañera. Mientras caía el agua, se puso a desnudarla con expresión asqueada. No tardó mucho, sólo llevaba el sujetador y las bragas. La llevó a la bañera envuelta en la colcha y la dejó caer en el agua sin más contemplaciones.

–¡Qué coño…! –bufó su ex nuera medio dormida–. ¿Qué coño haces?

Frans no respondió, sino que se acercó al armario, abrió la puerta y sacó ropa limpia que dejó sobre la tapa del retrete, junto a la bañera.

–Per ha puesto café. Lávate, vístete y baja a la cocina.

Por un instante, pareció que Carina quería protestar, pero al final asintió sumisa.

–Bueno, ¿has conseguido la proeza de poner una cafetera? –le preguntó a Per, que se examinaba las uñas sentado a la mesa de la cocina.

–Seguro que sabe a rayos –protestó enojado–, pero al menos parece que está saliendo algo.

Frans examinó la negrísima bebida que había empezado a gotear en la jarra.

–Sí, y parece que estará lo bastante concentrado, desde luego.

Abuelo y nieto se quedaron un buen rato sentados en silencio. Era tan extraño ver la propia historia reflejada en la de otra persona… Porque era innegable que veía en el chico rasgos de su padre. Del mismo padre al que hoy lamentaba no haber matado en su día. De haberlo hecho, quizá todo hubiese resultado diferente. Si hubiera utilizado la rabia que le hervía dentro contra quien en realidad la merecía. En cambio,

se le disparó sin rumbo, sin destino. Aún llevaba dentro aquella rabia. Lo sabía. Sólo que no dejaba que arrasara sin ton ni son, como hacía cuando era más joven. Ahora era él quien controlaba la ira, no al revés. Y era lo que debía hacer comprender a su nieto. La ira no tenía nada de malo, pero se trataba de ser uno mismo quien decidiese el momento de dejarla libre. Que la rabia era como una flecha arrojada con puntería, no como un hacha que uno iba blandiendo de un lado a otro sin dirección. Él había probado aquel camino. Y lo único que le había reportado era una vida transcurrida principalmente en la cárcel y un hijo que apenas soportaba mirarlo siquiera. No había nadie más. Los miembros de la asociación no eran amigos. Jamás cometió el error de tomarlos por tales ni de intentar que llegaran a serlo. Todos rebosaban su propia ira personal, que impedía que se estableciesen entre ellos ese tipo de vínculos. Compartían un objetivo. Eso era todo.

Miraba a Per y veía a su padre. Pero también a sí mismo. Y a Kjell. Al hijo al que se esforzó por conocer durante las breves visitas en las salas de las instituciones penitenciarias y en los no menos breves períodos que pasaba fuera de ellas. Una empresa condenada al fracaso. Como así sucedió, de hecho. En honor a la verdad, ni siquiera sabía si quería a su hijo. Quizá lo quiso en su día. Quizá le saltaba el corazón en el pecho cuando Rakel llegaba a la cárcel con el hijo de ambos. Ya no lo recordaba.

Lo extraño era que ahora, sentado en la cocina con su nieto, el único amor que era capaz de recordar como tal era el que había sentido por Elsy. Un amor de sesenta años de edad y, aun así, el único que se había grabado a fuego en su memoria. Ella y su nieto. Eran las únicas personas por las que se preocupó en su vida. Las únicas que habían logrado provocar en él algún sentimiento. Por lo demás, todo estaba muerto. Su padre lo había matado todo. Hacía mucho que Frans no pensaba en ello. Que no pensaba en su padre. Que no pensaba en todo lo demás. Hasta ahora que el pasado había resucitado de nuevo a la vida. Y ya era hora de pensar en ello.

–Kjell se pondrá hecho una furia si se entera de que has estado aquí –advirtió Carina desde el umbral. Se tambaleaba levemente, pero estaba limpia y vestida. Tenía el pelo mojado y le goteaba, pero se había puesto una toalla en los hombros para no mojarse el jersey.

–No me importa lo que piense Kjell –replicó Frans levantándose para servirse un café y ponerle otro a Carina.

–No parece que eso pueda beberse… –objetó Carina, que ya se había sentado y ahora estudiaba el contenido de la taza, llena hasta el borde de un café negro como la pez.

–Bébetelo sin rechistar –ordenó Frans mientras abría armarios y cajones.

–¿Qué haces? –preguntó Carina antes de tomar un sorbo de café. Hizo una mueca de disgusto–. ¡Eh, deja en paz mis armarios!

Frans no respondió, sino que empezó a sacar una a una las botellas y a vaciarlas en el fregadero.

–¡No tienes derecho a inmiscuirte en esto! –le gritó Carina. Per se levantó con la intención de marcharse.

–Tú te quedas ahí –lo conminó Frans señalándolo con un dedo imperioso–. Ahora vamos a ir al fondo de todo esto.

Per obedeció en el acto y se desplomó de nuevo en la silla.

Una hora más tarde, cuando Frans había terminado de verter todo el alcohol, sólo quedaban las verdades.

Kjell miraba fijamente la pantalla. Los remordimientos lo importunaban sin tregua. Desde que los policías fueron a verlo el día anterior, había pensado en ir a casa de Per y Carina. Pero no tuvo fuerzas para ello. No sabía por dónde iba a empezar. Lo que más pavor le causaba era notar que empezaba a rendirse. Podía combatir a enemigos externos hasta la saciedad. Podía enfrentarse a los políticos y a los neonazis y luchar contra molinos de viento, por gigantescos que fueran, sin sentir el menor atisbo de agotamiento. Pero cuando se trataba de la que fue su familia, cuando se trataba de Per y Carina, era como si no le quedase un ápice de fortaleza. Debían de haberla devorado los remordimientos.

Contempló la fotografía de Beata y los niños. Claro que quería a Magda y a Loke, y que no le gustaría perderlos… Pero, al mismo tiempo, todo sucedió tan rápido y terminó tan mal. Se vio abocado a una situación en la que sólo cabía él, y aún se preguntaba si no entrañaría más perjuicios que beneficios. Quizá no fue el momento adecuado. Tal vez se encontraba en la crisis de los cuarenta o algo así, y Beata apareció en el momento más inoportuno. Al principio no podía creerse que fuera cierto. Que una chica joven y guapa se interesara por él, que debía de ser un viejo a sus ojos. Pero así era. Y él no supo resistirse. Acostarse con ella, sentir su cuerpo desnudo y firme, y la admiración que le profesaba como un foco potente, todo ello fue como una embriaguez. No fue capaz de pensar con claridad, ni de dar un paso atrás y adoptar ninguna decisión racional, sino que se dejó llevar, se dejó embriagar. Lo irónico, no obstante, era que acababa de experimentar los primeros síntomas de la desaparición de aquella embriaguez justo cuando la situación se le escapaba de las manos. Había empezado a cansarse de no hallar nunca oposición real en las discusiones, de que ella no supiese nada ni de los viajes a la Luna ni de la revolución en Hungría. Incluso había empezado a cansarse de la sensación de su piel tersa en los dedos.

Aun recordaba con claridad el instante en que todo ocurrió. Lo recordaba como si hubiese sido ayer. La cita en la cafetería. Sus ojos azules cuando, radiante de alegría, le reveló que iba a ser padre, que iban a tener un hijo. Y que ahora tenía que

contárselo a Carina, tal y como le había prometido.

Recordaba cómo, en ese instante, comprendió perfectamente su error. Recordaba la sensación de pesadumbre en el corazón, la certeza de que el error era irreparable. Por un instante, sopesó la posibilidad de dejarla allí sentada a la mesa, sin más. Dejarla e irse a casa a tumbarse con Carina en el sofá, a ver con ella las noticias mientras su hijo Per, de cinco años, dormía tranquilo en su cama.

Pero su instinto viril le decía que no existía para él alternativa. Había amantes que no se lo contaban a las mujeres. Y había otras que sí lo hacían. Y él sabía también por instinto a qué categoría pertenecía Beata. Ella no se detendría a pensar qué vidas destrozaba si él destrozaba la suya. Beata pisotearía su vida, destruiría toda su existencia sin volver la vista atrás. Y lo dejaría allí, en medio de los despojos.

Kjell lo sabía y había elegido el camino del hombre cobarde. No soportó la idea de quedarse solo. De verse en un triste piso de soltero mirando las paredes y preguntándose adónde demonios había ido a parar su vida. De modo que eligió el único camino que se le ofrecía. El camino de Beata. Ella ganó la batalla. Y él dejó a Carina y a Per. Como desechos en el camino. Despreciados por sus propios ojos. Insuficientes. Había humillado y herido a Carina. Y había perdido a Per. Ese fue el precio que tuvo que pagar por la sensación de una piel joven en las yemas de los dedos.

Tal vez hubiese podido conservar a Per. Si hubiera tenido la fuerza suficiente de imponerse a la culpa que le pesaba como una losa en el pecho cada vez que pensaba en aquellos a los que había abandonado. Pero no fue capaz. Hizo apariciones esporádicas, jugó a representar el papel de autoridad, jugó a ser padre en contados momentos con un resultado lamentable.

Y ahora ya había perdido a su hijo. Era un extraño para él. Y Kjell se sentía incapaz de volver a intentarlo. Se había vuelto como su padre. Esa era la amarga verdad. Había dedicado toda la vida a odiar a su padre por haberlos relegado a él y a su madre y haber elegido una vida que los excluía.

Y ahora se daba cuenta de que él había hecho exactamente lo mismo.

Kjell dio un puñetazo en la mesa, con la idea de que el dolor físico sustituyese al que sentía en el corazón. No sirvió de nada, así que abrió el último cajón para echarle un vistazo a lo único que podía apartar sus pensamientos de aquel lugar que tan tortuoso le resultaba visitar.

Se quedó mirando la carpeta. Por un instante, estuvo tentado de dejarle el material a la policía, pero el profesional que llevaba dentro puso el freno en el último momento. No era mucho lo que le había proporcionado Erik. Cuando fue a visitarlo a su despacho, se anduvo por las ramas un buen rato, como si dudara de qué era lo que quería contar, y de cuánto quería revelar. Durante unos segundos, dio la impresión de que daría media vuelta y se marcharía sin haberle transmitido ninguna información.

Kjell abrió la carpeta. Le habría gustado hacerle a Erik más preguntas y averiguar qué quería que hiciera exactamente, en qué dirección debía buscar. Lo único que tenía eran unos artículos de periódico que Erik le había entregado, sin más comentarios, sin más aclaraciones.

–¿Qué se supone que tengo que hacer con esto? –le preguntó Kjell cuando Erik se lo entregó.

–Ese es tu trabajo –le respondió Erik–. Comprendo que pueda resultar extraño, pero me es imposible darte todas las respuestas. No soy capaz. Te facilito las herramientas, tú tendrás que hacer el resto.

Y luego se marchó. Dejó a Kjell ante el escritorio con una carpeta que contenía tres artículos.

Kjell se rascó la barba y abrió la carpeta. Ya había leído el material varias veces, pero siempre sucedía algo que le impedía ponerse a trabajar con él a fondo. En honor a la verdad, también se había cuestionado la utilidad de dedicarle a aquello un montón de horas. Tal vez el viejo estuviese chocheando, ¿y por qué no le hablaba claramente, si es que de verdad tenía el material explosivo que le había dado a entender que poseía? Sin embargo, ahora la situación había cambiado por completo. Ahora Erik Frankel había muerto asesinado. Y, de repente, aquella carpeta ardía en las manos de Kjell.

Había llegado el momento de remangarse y ponerse a trabajar. Y, además, ya sabía perfectamente por dónde empezar. El único denominador común de los tres artículos. Un hombre de la resistencia noruega llamado Hans Olavsen.

Fjällbacka, 1944

–¡Hilma! –El tono de voz de Elof hizo que tanto su mujer como su hija salieran corriendo a su encuentro.

–¡Por Dios, qué manera de gritar! ¿Qué pasa? –preguntó Hilma, que se paró en seco al ver que su marido venía acompañado.

–Vaya, tenemos visita –dijo la mujer secándose las manos nerviosamente en el delantal–. Y yo que estaba fregando los platos…

–No pasa nada –la tranquilizó Elof–. A este muchacho no le importa mucho cómo tengamos la casa. Ha venido con nosotros en el barco. Ha huido de los alemanes.

El joven le estrechó la mano a Hilma y se inclinó levemente.

–Hans Olavsen –se presentó el joven en perfecto noruego, saludando también a Elsy, que le estrechó torpemente la mano y se inclinó.

–Tiene a sus espaldas una dura travesía hasta Suecia y he pensado que quizá pudiéramos ofrecerle alguna vianda –continuó Elof mientras colgaba la gorra marinera y le daba el abrigo a Elsy, que se quedó con él en el regazo.

–No te quedes ahí, chiquilla, cuélgale el abrigo a tu padre –le ordenó severo, aunque no pudo reprimir el impulso de acariciarle la mejilla. Dados los peligros que, en aquellos momentos, arrostraban cada vez que se hacían a la mar, se le antojaba un regalo volver a casa y verlas otra vez a ella y a Hilma. Se aclaró la garganta, un tanto azorado por haber mostrado tales sentimientos ante el forastero y le indicó con un gesto que entrase.

–Pasa, pasa. Creo que Hilma tendrá algo para nosotros, tanto sólido como líquido –aseguró sentándose en una de las sillas que había alrededor de la mesa de la cocina.

–No tenemos mucho que ofrecer –repuso su mujer bajando la vista–. Pero no nos importa compartir lo poco que tenemos.

–Muchísimas gracias, de corazón –dijo el muchacho sentándose enfrente de Elof, sin dejar de observar con avidez el pan con viandas que Hilma acababa de servir en una bandeja.

–Venga, adelante, a comer –lo animó Hilma antes de dirigirse al mueble para servirles también un trago a cada uno. Era un lujo muy caro, pero no menos apropiado en una ocasión como aquella.

Durante un rato, comieron en silencio. Cuando sólo quedaba un trozo de pan, Elof empujó la bandeja hacia el noruego y lo animó con un gesto a que lo cogiera. Elsy los miraba a hurtadillas desde el fregadero, mientras ayudaba a su madre. Aquello era de lo más emocionante. El que allí mismo, en su cocina, hubiese una persona que había logrado huir de los alemanes desde Noruega, nada menos. Se moría de ganas de contárselo a los demás. Una idea surgió en su mente y apenas podía contener las palabras que querían salir solas de la boca, pero su padre debió de pensar lo mismo,

porque, justo en ese momento, formuló la pregunta:

–Verás, resulta que hay un muchacho del pueblo que está en poder de los alemanes. Hace ya más de un año, pero puede que tú… –Elof hizo un gesto de resignación con la mano, pero miró esperanzado al muchacho que tenía enfrente.

–Bueno, no es muy probable que lo conozca, hay mucha gente que va y viene. ¿Cómo se llama? –preguntó el joven.

–Axel Frankel –respondió Elof observándolo ansioso. Pero la decepción le coloreó los ojos al ver que, tras reflexionar unos instantes, el muchacho negaba despacio.

–No, lo siento. En la resistencia no lo conocemos. O eso creo yo. ¿No tenéis ninguna noticia de qué ha sido de él? ¿Algo que pueda proporcionarme algún otro dato…?

–Nada, por desgracia –contestó Elof meneando también la cabeza–. Los alemanes lo apresaron en Kristiansand y luego no hemos oído ni una palabra. Por lo que sabemos, es posible que esté…

–¡No, papá! ¡Eso no puede ser! –Elsy sintió que no podría detener el llanto y, a toda prisa, subió avergonzada la escalera camino de su habitación. Vaya manera de hacer el ridículo, y de poner en ridículo a sus padres… Ponerse a lloriquear como una niña delante de una persona totalmente extraña.

–¿Conoce su hija a ese muchacho… Axel? –preguntó el noruego preocupado, con la vista clavada en la escalera por donde ella había desaparecido.

–Ella y el hermano menor de Axel son amigos. Erik está sufriendo mucho. Bueno, toda la familia, naturalmente –explicó Elof con un suspiro.

De pronto, se le ensombreció la mirada.

–Sí, son muchos los que están sufriendo las consecuencias de esta guerra –asintió el muchacho. Elof comprendió que por su cabeza desfilaban imágenes que ningún joven de su edad debería haber visto.

–¿Tu familia…? –le preguntó con cautela. Hilma, que estaba secando un plato junto al fregadero, se quedó inmóvil.

–No sé dónde están –dijo Hans al cabo con la mirada en la mesa–. Cuando acabe la guerra, si es que acaba alguna vez, me pondré a buscarlos. Hasta entonces, no puedo volver a Noruega.

Hilma miró a Elof a los ojos, por encima de la melena clara del muchacho. Tras una muda conversación que sólo se produjo con ayuda de sus miradas, estaban de acuerdo. Elof carraspeó un poco.

–Verás, resulta que nosotros solemos alquilar la casa en verano, y entonces nos trasladamos al sótano. Pero el resto del año está vacío. Quizá quieras quedarte un tiempo y descansar y pensar con detenimiento adónde quieres ir después. Y creo que podré buscarte un trabajo. Puede que no para llenar las horas del día, pero al menos

para que tengas algo con lo que llenarte el bolsillo. Claro que tengo que informar al gobernador de que te he traído aquí, pero prometo intentar que no suponga ningún problema.

–Sólo si me prometen que podré pagar la habitación con el dinero que gane –aceptó Hans mirándolo con una expresión mezcla de gratitud y del sentimiento de estar en deuda con ellos.

Elof miró a Hilma otra vez y asintió.

–Supongo que sí, que puedes pagar. En estos tiempos de guerra, cualquier ayuda es bienvenida.

–Voy a prepararle el sótano –declaró Hilma poniéndose el abrigo.

–De verdad, muchas gracias. De verdad –aseguró el muchacho en su noruego cantarín, inclinando la cabeza. Aunque no tan aprisa como para impedir que Elof viese que le brillaban los ojos.

–No tiene importancia –repuso conmovido–. No tiene importancia.

–¡Socorro!

Erica se sobresaltó al oír el grito procedente de la primera planta. Salió corriendo hacia el origen del sonido y subió la escalera de un par de saltos.

–¿Qué? –preguntó al llegar, pero se paró en seco al ver la cara de Margareta en el umbral de uno de los dormitorios. Erica dio unos pasos al frente y respiró hondo cuando tuvo a la vista la cama de matrimonio.

–Papá –dijo Margareta con un sollozo al tiempo que entraba en la habitación. Erica se quedó en la entrada, insegura de lo que veía e indecisa sobre qué hacer.

–Papá… –repitió Margareta.

Herman estaba tumbado en la cama. Tenía la mirada perdida en el vacío y no reaccionaba a la llamada de Margareta. A su lado yacía Britta. Tenía la cara blanca y rígida, y no cabía la menor duda de que estaba muerta. Herman estaba muy pegado a ella, abrazado al cuerpo yerto de su mujer.

–La he matado –susurró en voz baja.

Margareta jadeaba.

–¿Qué dices, papá? ¿Cómo ibas tú a matar a mamá?

–La he matado –reiteró con voz monótona, abrazándose más aún a su mujer muerta.

Su hija rodeó la cama y se sentó en el borde, en el lado donde estaba él. Con mucho cuidado, intentó retirarle los brazos que se aferraban a ella en un gesto convulso y, tras varios intentos, lo consiguió por fin. Margareta le acarició la frente mientras le decía en voz baja:

–Papá, no ha sido culpa tuya. Mamá no estaba bien. Seguro que le falló el corazón. No es culpa tuya, tienes que comprenderlo.

–Fui yo quien la mató –insistió el hombre una vez más con la vista clavada en una mancha de la pared.

Margareta se volvió hacia Erica.

–Llama a una ambulancia, por favor.

Erica vaciló un instante.

–¿Quieres que llame también a la policía?

–Mi padre está conmocionado. No sabe lo que dice. No hace falta que venga la policía –replicó Margareta con un tono agrio. Luego se volvió de nuevo hacia su padre y le cogió la mano.

–Deja que yo me ocupe de esto, papá. Voy a llamar a Anna-Greta y a Birgitta, y las tres te ayudaremos. Estamos contigo.

Herman no respondió, siguió tumbado, abúlico, sin retirar la mano de la de Margareta, pero sin apretarla.

Erica bajó y cogió el móvil. Se quedó un buen rato pensando, hasta que empezó a

marcar un número.

–Hola, Martin, soy Erica, la mujer de Patrik. Verás, se ha producido una situación un tanto extraña… Estoy en casa de Britta Johansson, que ha muerto. Su marido dice que la ha matado él. Tiene aspecto de ser una muerte natural, pero…

–Vale, esperaré aquí. ¿Llamas tú a la ambulancia o la llamo yo? De acuerdo. –Erica colgó con la esperanza de no haber cometido ninguna tontería. Desde luego, parecía que Margareta tenía razón, que Britta se había muerto mientras dormía, sencillamente. Pero ¿por qué decía Herman que la había matado él? Y, además, era una curiosa coincidencia que otra persona del entorno de su madre, cuando era joven, hubiese muerto tan sólo dos meses después de que falleciese Erik. No, estaba segura, había hecho lo que debía.

Erica volvió al piso de arriba.

–He pedido ayuda –informó–. ¿Hay algo más que pueda…?

–Pon un poco de café, por favor, mientras yo intento que mi padre baje también.

Margareta sentó a Herman muy despacio.

–Venga, papá, vamos abajo a esperar a la ambulancia.

Erica bajó a la cocina. Anduvo rebuscando hasta que encontró lo que necesitaba y puso una cafetera bien llena. Minutos después, oyó pasos en la escalera y vio que Margareta guiaba despacio a Herman hacia la planta baja. Lo llevó hasta una de las sillas, donde el hombre se desplomó como un saco.

–Espero que puedan administrarle algo –comentó Margareta preocupada–. Debe de llevar ahí tumbado desde ayer. No comprendo por qué no nos ha llamado…

–Yo… –Erica dudaba, pero se decidió al fin–. También he llamado a la policía. Seguramente tiene razón, pero no he podido por menos de… No podía… –No hallaba la palabra adecuada y Margareta la miraba como si hubiera perdido la razón.

–¿Has llamado a la policía? ¿Crees que mi padre hablaba en serio? ¿Estás mal de la cabeza? Está conmocionado después de haber encontrado muerta a su mujer y ahora, además, tendrá que responder a las preguntas de la policía, ¿no? ¿Cómo te has atrevido? –Margareta dio un paso hacia Erica, que estaba dispuesta a defenderse con la cafetera, pero no fue necesario, porque en ese momento llamaron a la puerta.

–Serán ellos, voy a abrir –dijo Erica con la vista en el suelo, dejando la cafetera antes de apresurarse hacia el pasillo.

En efecto, abrió la puerta y lo primero que vio fue a Martin.

El policía la saludó con gesto grave.

–Hola, Erica.

–Hola –respondió ella en voz baja haciéndose a un lado para que pudiera entrar. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si exponía a aquel hombre destrozado a una tortura innecesaria? Claro que ya era tarde para arrepentirse.

–Está arriba, tendida en la cama –informó en voz baja señalando la cocina con la

cabeza–. Su marido está ahí dentro, con su hija. Fue ella la que encontró… Parece ser que lleva horas muerta.

–Vale, echaremos un vistazo –repuso Martin llamando a Paula y al personal de la ambulancia. Presentó a Paula y a Erica y continuó hacia la cocina, donde Margareta consolaba a su padre acariciándole la espalda.

–Es absurdo –protestó Margareta mirando a Martin–. Mi madre ha muerto mientras dormía y mi padre está conmocionado. ¿De verdad creen que esto es necesario?

Martin alzó las manos en señal de disculpa.

–Seguro que todo ha sucedido tal como dice, pero ya que estamos aquí, deje que echemos un vistazo, irá rápido. Y lo siento mucho. –La miró con firmeza y ella terminó por asentir, aunque a disgusto.

–Está arriba. ¿Puedo llamar a mis hermanas y a mi marido?

–Por supuesto –respondió Martin, que ya se dirigía a la escalera.

Erica dudó un instante, pero terminó por seguir al policía y al personal de la ambulancia al piso de arriba. Se apartó un poco y le dijo a Martin en voz baja:

–He venido para hablar con ella, entre otras cosas, de Erik Frankel. Quizá sea una coincidencia, pero ¿no te parece un tanto extraño?

Martin dejó que el médico responsable entrase primero y le preguntó a Erica:

–¿Sugieres que existe alguna relación? ¿Cómo?

–No lo sé –admitió Erica meneando la cabeza–. Pero estoy investigando la vida de mi madre y resulta que, de niña, fue amiga de Erik Frankel y también de Britta. En el grupo había además un tal Frans Ringholm.

–¿Frans Ringholm? –se sorprendió Martin.

–Sí, ¿lo conoces?

–Sí… bueno, nos hemos topado con él en la investigación del asesinato de Erik Frankel –contestó Martin pensativo, mientras en su cerebro bullían las ideas.

–¿Y no te parece un tanto extraño que también muera Britta? ¿Dos meses después de la muerte de Erik Frankel? –insistió Erica.

Martin parecía seguir dudando.

–No estamos hablando de personas jóvenes. Quiero decir que, a su edad, ya empiezan a manifestarse un montón de percances: apoplejías, infartos, todo lo habido y por haber.

–Ya, pues te aseguro que esto no es ni un infarto ni una apoplejía –declaró el médico desde el interior de la habitación. Tanto Martin como Erica se sobresaltaron al oírlo.

–¿Y qué es entonces? –quiso saber Martin. El policía entró en el dormitorio y se colocó justo detrás del doctor, junto a la cama de Britta. Erica prefirió quedarse en el umbral de la puerta, pero estiró el cuello para ver qué pasaba.

–A esta señora la han asfixiado –anunció el facultativo señalando los ojos de Britta con una mano y levantando el párpado con la otra–. Presenta petequias en los ojos.

–¿Petequias? –preguntó Martin sin comprender.

–Sí, unas manchas rojas que se producen en el glóbulo ocular cuando los finísimos vasos que lo riegan se rompen como consecuencia de un aumento en la presión del sistema vascular. Típicas en los casos de muerte por asfixia, estrangulamiento y similares.

–Pero ¿no puede haberle pasado algo que hiciera que no pudiese respirar? ¿No presentaría entonces los mismos síntomas? –interrogó Erica.

–Sí, claro, es una posibilidad, desde luego –admitió el médico–. Pero puesto que ya en un primer examen he visto que tenía una pluma en la garganta, me atrevería a apostar muy alto porque aquí tenemos el arma del crimen –añadió señalando el almohadón blanco que había junto a la cabeza de Britta–. Aunque las petequias indican que debieron de ejercer presión también sobre la garganta, como si, por ejemplo, alguien la hubiese estrangulado también con la mano. Pero la autopsia despejará por completo todas estas dudas. De todos modos, una cosa es segura, no escribiré que se trata de una muerte natural hasta que el forense me demuestre sobradamente que estoy equivocado. Y hay que considerar este espacio como el escenario de un crimen. –Dicho esto, se incorporó y salió con cuidado de la habitación.

Martin hizo lo propio y sacó el teléfono del bolsillo para llamar a los técnicos, que deberían examinar el dormitorio minuciosamente.

Después de haberlos enviado a todos al piso de abajo, entró de nuevo en la cocina y se sentó al lado de Herman. Margareta lo miró y, con el ceño fruncido, expresó su preocupación al ver en el semblante del policía que algo no iba bien.

–¿Cómo se llama su padre? –empezó Martin.

–Herman –respondió Margareta, cuya desazón iba en aumento.

–Herman –dijo Martin–. ¿Puede contarme lo que ha ocurrido?

En un primer momento, el hombre no respondió. Lo único que se oía era el rumor del personal de la ambulancia, que hablaban en voz baja en la sala de estar. Al cabo de unos instantes, Herman alzó la vista y dijo claramente:

–La he matado yo.

El viernes trajo consigo un maravilloso tiempo estival. Mellberg estiró las piernas a conciencia mientras *Ernst*, que también parecía apreciar el buen tiempo, correteaba a sus anchas.

–Pues sí, *Ernst* –comenzó Mellberg deteniéndose para esperar al perro, que se había parado a levantar la pata junto a un arbusto–. Que sepas que esta tarde tu papá

va a salir a mover el esqueleto.

Ernst lo miró unos segundos con expresión inquisitiva y la cabeza ladeada, para enseguida volver a concentrarse en sus tareas evacuatorias.

Mellberg se sorprendió a sí mismo silbando jovial al pensar en la clase de por la tarde, y en la sensación al sentir el cuerpo de Rita pegado al suyo. Aunque una cosa era segura, lo de bailar salsa no conseguía engancharlo del todo.

Se le ensombreció el ánimo cuando al recuerdo evanescente de los ritmos ardientes del baile se impuso el de la investigación. O el de las investigaciones. Vaya coñazo de pueblo, nunca lo dejaban a uno tranquilo. Que la gente tuviese una inclinación tan recalcitrante por matarse unos a otros. En fin, por lo menos uno de los casos parecía bastante fácil de resolver. El marido había confesado. Ahora no tenían más que esperar el informe del forense, que confirmaría que se trataba de un asesinato, y fuera problema. Lo que andaba salmodiando Martin Molin de que era un tanto extraño que otra persona del entorno de Erik Frankel también muriese asesinada…, bueno, él no pensaba prestarle la menor atención. Por Dios bendito, según tenía entendido, la relación consistía en que habían sido amigos en la infancia. Hacía sesenta años. Eso era una eternidad y nada que guardase relación con la investigación del asesinato. No, era una idea absurda. En cualquier caso, le dio permiso a Molin para que hiciera alguna comprobación, para que revisara las listas de las llamadas y cosas así, para ver si hallaba algún vínculo. Lo más seguro es que no encontrara nada, pero al menos eso le cerraría la boca.

Mellberg tomó conciencia súbitamente de que los pies lo habían llevado al portal de Rita mientras él caminaba sumido en sus reflexiones. *Ernst* se colocó delante de la puerta y empezó a mover ansioso la cola. Mellberg miró el reloj. Las once. Un momento perfecto para tomarse una pausa y un café, si es que Rita estaba en casa. Dudó un instante, pero terminó llamando al portero automático. Sin respuesta.

–¡Eh, hola!

La voz resonó a su espalda y le hizo dar un respingo. Era Johanna que, con no poco esfuerzo, se les acercaba caminando. Iba bamboleándose levemente y se presionaba la zona lumbar con la mano.

–¡Que tenga que ser tan difícil dar un simple paseo de nada! –se lamentó con frustración en la voz e inclinándose hacia atrás para estirar la espalda, mientras exhibía una mueca de dolor–. Me da un ataque de tanto estar en casa sin hacer otra cosa que esperar, pero la voluntad del cuerpo y la del cerebro no coinciden del todo. –Dejó escapar un suspiro y se pasó la mano por la enorme barriga.

–Me figuro que venías a buscar a Rita –dijo dedicándole una sonrisa maliciosa.

–Eh, sí, bueno… –balbució Mellberg presa de un repentino desconcierto–. Nosotros dos… O sea, *Ernst* y yo habíamos salido a dar un paseo y supongo que *Ernst* se ha encaminado aquí para ver a… sí… a *Señorita,* así que estábamos…

–Rita no está en casa –atajó Johanna, aún con la misma burla en el semblante. Era obvio que le divertía mucho la turbación de Mellberg–. Pasará la tarde en casa de una amiga. Pero si no te importa subir y tomarte un café de todos modos, o, bueno, si a *Ernst* no le importa subir aunque no esté *Señorita* –le propuso con un guiño–, me encantará que me hagas compañía. Estoy empezando a sufrir el síndrome de la cabaña[*].

–Sí… sí… Claro –respondió Mellberg entrando con ella.

Una vez en el apartamento, Johanna se sentó resoplando en una de las sillas de la cocina.

–Enseguida preparo café, pero antes tengo que respirar un poco.

–No, tú quédate sentada –le dijo Mellberg–. Ya vi el otro día dónde lo tiene, así que puedo prepararlo yo. Será mejor que tú descanses.

Johanna lo observaba perpleja mientras él abría puertas y sacaba tarros, pero agradeció poder quedarse sentada.

–Eso debe de ser una carga muy pesada de llevar –comentó Mellberg mientras llenaba de agua la cafetera mirándole la barriga de reojo.

–«Pesada» es sólo el principio. El embarazo es un estado sobrevalorado, debo decir. Primero se siente una fatal durante tres o cuatro meses y tiene que vivir cerca de un retrete, por si hay que vomitar. Claro que luego vienen un par de meses que no están mal y, de vez en cuando, incluso bastante agradables. Luego siente una como si, durante la noche, se transformara en Barbapapá. Bueno, o quizá en Barbamamá…

–Ya, y luego…

–Oye, oye, no termines esa frase –repuso Johanna severa alzando un dedo acusador–. Eso aún no me he atrevido a pensarlo siquiera. Si empiezo a pensar en que sólo existe una vía para que este niño venga al mundo, me entrará el pánico. Y como digas «bueno, las mujeres han dado a luz desde que el mundo es mundo y han sobrevivido, y, además, han tenido más de uno, así que no puede ser tan terrible»… Si dices tal cosa, no tendré más remedio que atizarte.

Mellberg alzó las manos a la defensiva.

–Estás hablando con un hombre que jamás estuvo ni en las proximidades de un hospital de maternidad…

Puso el café y se sentó al lado de Johanna.

–Por lo menos, debe de ser un alivio tener excusa para comer por dos –observó sonriendo al ver que Johanna iba por la tercera galleta.

–Es una ventaja que utilizo al máximo –admitió ella riendo al tiempo que cogía otra galleta–. Aunque tú pareces compartir la misma filosofía, a pesar de no tener el embarazo como excusa –añadió señalando la contundente barriga de Mellberg con gesto provocador.

–Esto me lo quito yo bailando salsa en un abrir y cerrar de ojos –aseguró

Mellberg dándose una palmadita en la panza.

–Pues tendré que ir a veros bailar un día –decidió Johanna con una sonrisa afable.

Por un instante, debido a la falta de costumbre, Mellberg sintió la fascinación de comprobar que alguien apreciaba verdaderamente su compañía. Aunque constató con no poco asombro que también él se encontraba a gusto con la nuera de Rita. Tomó aire y se atrevió finalmente a formular aquella pregunta a la que venía dando vueltas desde aquel almuerzo en que comprendió la situación.

–¿Cómo…? ¿El padre…? ¿Quién…? –Mellberg comprendió que aquella tal vez no fuese la formulación más elocuente de su vida, pero Johanna lo entendió igualmente. Lo miró a los ojos durante unos segundos, como sopesando si responder a su pregunta. Al final, relajó su semblante y, decidida a confiar en que no hubiera en su interés ninguna intención oculta, le dijo:

–Una clínica. En Dinamarca. No conocimos al padre ni lo vimos nunca. O sea, que no fue una noche de juerga en un bar, si es eso lo que creías.

–No… eso no lo había pensado… –respondió Mellberg, aunque tuvo que admitir para sus adentros que había contemplado esa posibilidad.

Miró el reloj. Tendría que volver a la comisaría. Pronto sería la hora del almuerzo, una hora que no podía perderse. Se levantó, llevó las tazas y el plato al fregadero y se quedó un instante de pie, dudando. Finalmente, cogió la cartera que llevaba en el bolsillo trasero, sacó una tarjeta de visita y se la dio a Johanna.

–Por si… Si te vieras en un aprieto, si surgiera algo… Bueno, supongo que tanto Paula como Rita están disponibles y alerta hasta que… Pero en fin… sólo por si acaso…

Johanna cogió perpleja la tarjeta en tanto que Mellberg apremiaba el paso en dirección al vestíbulo. Él mismo no se explicaba el porqué del impulso que lo había movido a ofrecerle a Johanna su tarjeta. Tal vez se debiese al hecho de haber sentido en la palma de la mano las patadas del bebé cuando ella le cogió la mano y se la puso en la barriga.

–*Ernst,* ven aquí –ordenó con tono brusco empujando al perro hacia la salida. Luego cerró la puerta tras de sí sin decir adiós.

Martin examinaba a fondo las listas de llamadas. No confirmaban la veracidad de su intuición, pero tampoco lo contrario. Poco antes del asesinato de Erik Frankel, alguien lo llamó, a él o a Axel, desde la casa de Herman y Britta. Había dos llamadas registradas. Figuraba una tercera, de hacía unos días, que parecía indicar que Britta o Herman habían hablado con Axel. Además, se leía el detalle de una llamada al número de Frans Ringholm.

Martin miró por la ventana, retiró la silla y apoyó los pies en la mesa. Había dedicado la mañana a revisar todos los documentos, las fotografías y todo el material

que habían recopilado durante la investigación de la muerte de Erik Frankel. Estaba resuelto a no rendirse hasta haber encontrado un posible vínculo entre los dos asesinatos. Pero no halló nada. Salvo aquello, las llamadas telefónicas.

Con un sentimiento de frustración, arrojó las listas sobre la mesa. Tenía la sensación de haberse estancado. Y sabía que Mellberg sólo le había dado permiso para examinar algo más a fondo las circunstancias de la muerte de Britta para que no diese la lata. Él, al igual que los demás, parecía convencido de que el marido era el culpable. Sin embargo, aún no habían podido interrogar a Herman. Según los médicos, se hallaba en estado de conmoción profunda y lo habían ingresado en el hospital. De modo que tendrían que esperar tranquilamente hasta que los doctores considerasen que se encontraba lo bastante fuerte como para resistir un interrogatorio.

Desde luego, aquello era un lío tremendo, y él no sabía en qué dirección seguir avanzando. Y allí estaba, con la mirada clavada en la carpeta que contenía los documentos de la investigación, como si así pudiera hacerlos hablar, cuando tuvo una idea. Naturalmente. ¿Cómo no se le habría ocurrido antes?

Veinticinco minutos más tarde, llegaba a la entrada de la casa de Patrik y Erica. Había llamado a Patrik por el camino para cerciorarse de que estaba en casa, y, en efecto, el colega le abrió al primer timbrazo. Llevaba en brazos a Maja, que empezó a manotear en cuanto vio quién venía a visitarlos.

–Hola, chiquitina –dijo Martin moviendo los dedos a modo de saludo. La pequeña le respondió tendiéndole los brazos y, puesto que no parecía dispuesta a rendirse, Martin acabó sentado en el sofá de la sala de estar, con Maja en el regazo. Patrik se sentó en el sillón y, con la mano en la barbilla, en actitud reflexiva, se centró en todos los documentos y fotografías que Martin le había llevado.

–¿Dónde está Erica? –preguntó Martin mirando a su alrededor.

–Eh… ¿Cómo? –Patrik levantó la vista de los documentos, un tanto desconcertado–. Ah, sí, hoy iba a pasar unas horas en la biblioteca, buscando información para el nuevo libro.

–Ajá –dijo Martin antes de pasar a concentrarse en entretener a Maja, mientras Patrik lo revisaba todo con calma.

–En otras palabras, ¿tú crees que Erica tiene razón? –preguntó al fin levantando la vista de los documentos–. Tú también crees que existe algún vínculo entre los asesinatos de Erik Frankel y de Britta Johansson, ¿no es eso?

Martin reflexionó un instante antes de asentir con la cabeza.

–Así es, eso creo. Aún no tengo ninguna prueba concreta de que sea cierto, pero si me preguntas qué creo, la respuesta es que estoy prácticamente convencido de que existe una conexión entre ambos casos.

Patrik asintió despacio.

–Pues sí; de lo contrario, es innegable, sería una extraña coincidencia –declaró

estirando las piernas–. ¿Habéis interrogado a Axel Frankel y a Frans Ringholm sobre el motivo de las llamadas de Herman y Britta?

–No, todavía no –repuso Martin subrayando la negativa con un gesto de la cabeza–. Antes quería saber qué opinabas, comprobar que no es sólo cosa mía, que me he vuelto loco buscando otra respuesta cuando lo cierto es que ya tenemos a alguien que ha confesado.

–Su marido, sí… –convino Patrik meditabundo–. La cuestión es por qué dice que es él quien la ha matado, si no es así, ¿no?

–¿Y yo qué sé? ¿Para proteger a alguien, tal vez? –sugirió Martin encogiéndose de hombros.

–Ummm… –Patrik reflexionaba en voz alta sin dejar de hojear los documentos que tenía encima de la mesa.

–¿Y la investigación del asesinato de Erik Frankel? ¿Os ha llevado a alguna parte?

–Pues… no, yo no diría tanto –aseguró Martin abatido mientras llevaba a Maja a caballito sobre las piernas–. Paula está investigando más a fondo la asociación Amigos de Suecia, hemos hablado con los vecinos, pero nadie recuerda haber visto nada fuera de lo normal. Además, los hermanos Frankel viven en una zona tan apartada que tampoco teníamos muchas esperanzas y, por desgracia, nuestras previsiones se han cumplido. Por lo demás, todo está ahí –concluyó señalando los papeles que yacían esparcidos como un abanico delante de Patrik.

–¿Y las finanzas de Erik? –preguntó sin dejar de hojear los papeles antes de extraer algunos de los últimos–. ¿Tampoco ahí había nada que llamase la atención?

–No, no mucho. Casi todo era lo normal, facturas, reintegros de cantidades menores, en fin, ya sabes.

–O sea, ninguna suma sustanciosa que se haya pasado de una cuenta a otra ni nada por el estilo, ¿no? –Patrik examinaba a fondo las columnas de números.

–No, lo más llamativo, en todo caso, era una transferencia mensual de la cuenta de Erik. Según el banco, llevaba casi cincuenta años ordenándola.

Patrik dio un respingo y miró a Martin.

–¿Cincuenta años? ¿Y qué o quién es el beneficiario?

–Un particular residente en Gotemburgo, al parecer. El nombre debe de estar por ahí, anotado en algún papel –respondió Martin–. No eran cantidades demasiado grandes. Claro que iban incrementándose con el transcurso de los años, pero últimamente eran de dos mil coronas, y, la verdad, no sonaba nada llamativo… Quiero decir que no parece una cantidad que pague un chantaje ni nada parecido porque, ¿quién iba a estar pagando durante cincuenta años…?

Martin tomó conciencia de lo inconsistente que sonaba su razonamiento y sintió deseos de darse un golpe en la frente. Debería haber comprobado la transferencia. En

fin, más valía tarde que nunca.

–Bueno, puedo llamarlo hoy mismo y preguntárselo –decidió Martin cambiando a Maja de pierna, porque la otra había empezado a dormírsele.

Patrik guardó silencio un instante, al cabo del cual dijo:

–No, mira, la verdad es que necesito salir un poco a que me dé el aire. –Abrió la carpeta y cogió la nota–. Se ve que Wilhelm Fridén es la persona que ha estado recibiendo las transferencias. Yo podría ir mañana a Gotemburgo y hablar con él personalmente. La dirección está aquí –añadió blandiendo la nota–. Porque me figuro que será la actual, ¿no?

–Bueno, es la dirección que me dio el banco, de modo que supongo que lo es –confirmó Martin.

–Bien, pues hacemos eso, iré a su casa mañana. Quizá se trate de un tema delicado y sería un desacierto llamar por teléfono.

–Vale, si quieres y puedes, te lo agradezco –confesó Martin–. Pero ¿qué harás con…? –se preocupó señalando a Maja.

–Ah, la niña se viene conmigo –declaró Patrik dedicándole a su hija una amplia sonrisa–. Así aprovechamos y vamos a ver a la tía Lotta y a los primos, ¿verdad? Siempre es divertido ver a los primos.

Maja emitió un gorjeo de asentimiento y dio unas palmaditas de entusiasmo.

–¿Podría quedarme con esto unos días? –preguntó Patrik señalando la carpeta. Martin lo pensó un momento. Tenía copias de casi todo, así que no debería suponer ningún problema.

–Claro, quédatela. Y avisa si descubres algo más que te parezca que debamos mirar a fondo. Si tú te encargas de lo de Gotemburgo, nosotros comprobaremos con Frans y con Axel por qué los llamaron Britta o Herman.

–Si hablas con Axel, no le preguntes aún por las transferencias, espera a que yo haya recabado más información.

–Por supuesto.

–Y no te desanimes –le recomendó Patrik para consolarlo cuando lo acompañaban a la puerta–. Ya sabes por experiencia cómo es esto. Tarde o temprano, esa pequeña pieza que se resiste encajará en su lugar y nos lo aclarará todo.

–Sí, ya, ya lo sé –reconoció Martin, aunque sin mucha convicción–. Es que además me parece tan inoportuno que tú estés de baja paternal justo ahora. Nos habría hecho falta que estuvieras. –Pronunció aquellas palabras con una sonrisa, para mitigar la queja.

–Créeme, tú también te verás como yo. Y cuando estés inmerso en la ciénaga de los pañales, yo estaré trabajando a tope en la comisaría. –Patrik le guiñó un ojo a modo de despedida antes de cerrar la puerta.

–Anda, ¿has visto? Tú y yo iremos mañana a Gotemburgo –le dijo a Maja dando

unos pasos de baile con ella en brazos.

–Ahora sólo tenemos que vendérselo a mamá.

Maja asintió, estaba de acuerdo.

Paula sentía un cansancio terrible. Cansancio y asco. Llevaba varias horas navegando por la red para recabar información sobre las organizaciones neonazis y, en particular, sobre Amigos de Suecia. La hipótesis más plausible seguía siendo que ellos estuviesen detrás de la muerte de Erik Frankel, pero el problema residía en que no tenían nada concreto en que basarse. No habían encontrado ninguna carta de amenazas, a excepción de las insinuaciones presentes en las cartas de Frans Ringholm, donde aseguraba que Amigos de Suecia no apreciaba en nada sus actividades y que él ya no podía garantizarle ninguna protección. Tampoco existía ninguna prueba técnica que vinculase a ningún miembro de esas organizaciones con el lugar del crimen. Todos los integrantes del consejo de administración se prestaron voluntariamente y con no poca sorna a que les tomaran las huellas, cosa que hicieron con la ayuda solícita de los colegas de Uddevalla. Pero el Laboratorio Estatal de Criminología había constatado que ninguna encajaba con las huellas halladas en la biblioteca de Axel y Erik. La cuestión de la coartada los había dejado en las mismas condiciones de penuria pericial. Ninguno tenía una coartada incuestionable, pero la mayoría contaban con una excusa lo bastante buena y suficiente hasta que diesen con alguna pista que los orientase en una dirección concreta. Además, varios de ellos atestiguaron que, durante los días en que debió de cometerse el asesinato, Frans estuvo de viaje en Dinamarca para visitar a una asociación hermana, con lo que le proporcionaban una coartada. El problema era, además, que la organización había resultado ser mucho más numerosa de lo que Paula jamás imaginó, y no podían comprobar la coartada ni tomarles las huellas a todas las personas vinculadas con los Amigos de Suecia. De ahí que, por ahora, hubiesen decidido limitarse a la cúpula, pero el resultado era, por el momento, igual a cero.

Siguió haciendo clic presa de la frustración. ¿De dónde salían todas aquellas personas? Podía entender el odio dirigido a personas concretas, a personas que habían cometido injusticias contra uno. Pero odiar a la gente de forma indiscriminada porque procedían de otro país o porque tenía un determinado color de piel… No, sencillamente, no lo comprendía.

Ella odiaba a los verdugos que mataron a su padre. Los odiaba tanto que podría matarlos sin vacilar si le dieran la oportunidad, si estuvieran vivos. Pero ahí se terminaba su odio, aunque hubiera podido continuar creciendo hacia arriba, hacia fuera, ampliándose siempre. Sin embargo, se negó a dejarse invadir por todo ese odio y lo limitó al hombre que sostenía el arma cuyas balas agujerearon el cuerpo de su padre. De no hacerlo así, habría terminado odiando el país en el que había nacido. Y,

¿cómo sobrevivir con semejante sentimiento? ¿Cómo sobrellevar la carga de odiar el país en el que había nacido, donde había dado sus primeros pasos, donde había jugado con amigos, dormitado en el regazo de su madre, oído las canciones que se cantaban al atardecer y bailado en las fiestas que se celebraban en medio de la más sincera alegría? ¿Cómo podría odiar todo aquello?

En cambio, estas personas… Bajó al final de la página leyendo columnas enteras en las que se justificaba el exterminio de personas como ella o, si no el exterminio, al menos sí la expulsión del país y la repatriación. Y había fotos. Muchas eran de la Alemania nazi, naturalmente. Imágenes en blanco y negro que tantas veces había visto, las montañas de cuerpos desnudos, esqueléticos, arrojados como desechos después de morir en los campos de concentración. Auschwitz, Buchenwald, Dachau… Todos aquellos nombres tan horrendamente familiares, para siempre ligados a la más extrema forma del mal. Aunque allí, en aquellas páginas, los elogiaban y los celebraban. O los negaban. También existían esas falanges. Peter Lindgren pertenecía a una de ellas. Era de los que sostenían que aquello jamás ocurrió. Que no habían matado a seis millones de judíos, que no los habían perseguido, ni atormentado, ni torturado, ni aniquilado en las cámaras de gas de los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial. ¡Cómo podían negar algo así, cuando habían quedado tantas huellas, tantos testigos! ¿Cómo funcionaban las mentes perturbadas de esas personas?

Unos toquecitos en la puerta la hicieron saltar en el asiento.

–Hola, ¿qué haces? –se interesó Martin asomando la cabeza.

–Estoy comprobando toda la información sobre los Amigos de Suecia –respondió ella con un suspiro–. Pero joder, da miedo profundizar en este asunto. ¿Sabías que en Suecia existen unas veinte organizaciones neonazis? ¿Y que el Partido Demócrata de Suecia obtuvo un total de doscientos dieciocho escaños en ciento cuarenta y cuatro municipios? ¿Adónde demonios va este país?

–No lo sé, pero desde luego, da que pensar –admitió Martin.

–Bueno, como quiera que sea, es tremendo –sentenció Paula arrojando enojada sobre la mesa el bolígrafo, que rodó y cayó al suelo.

–Yo diría que necesitas tomarte un descanso –sugirió Martin–. Estaba pensando que podríamos volver a tener una charla con Axel Frankel.

–¿Sobre algo en particular? –preguntó Paula con curiosidad al tiempo que se levantaba y seguía a Martin hacia la cochera.

–Bueno, no, se me ha ocurrido que no estaría de más volver a hablar con él. Después de todo, es el familiar más próximo de Erik y el que más sabe de él. Pero, sobre todo, quiero comprobar una cosa… –Martin dudaba–. O sea, ya sé que soy el único que tiene la sensación de que podría haber alguna conexión con el asesinato de Britta Johansson, pero alguien llamó de su casa a la de Axel hace tan sólo un par de

días, y en junio también hicieron algunas llamadas allí, aunque es imposible determinar si llamaron a Erik o a Axel. Y acabo de comprobar las listas de llamadas de los Frankel y he visto que, en junio, alguien llamó a Britta o a Herman. Dos veces. Antes de la llamada desde casa de Britta.

–Vale la pena comprobarlo, claro –convino Paula poniéndose el cinturón de seguridad–. Y con tal de verme libre de los nazis un rato, me trago cualquier excusa, por rebuscada que sea.

Martin asintió y salió de la cochera. Comprendía a Paula a la perfección. Pero algo le decía que la excusa no era tan rebuscada.

Anna llevaba toda la semana conmocionada y hasta el viernes no empezó a ser capaz de asimilar la información. Dan se lo había tomado mucho mejor. Una vez recuperado de la sorpresa inicial, andaba canturreando para sí a todas horas. Fue rechazando todas las objeciones de Anna con un despreocupado: «Bah, ya lo arreglaremos. ¡Va a ser estupendo! ¡Un hijo tuyo y mío, será la bomba!».

Pero Anna no podía asimilar aún lo de la «bomba». Se sorprendía a veces acariciándose la barriga, tratando de imaginarse lo que aún no era más que un granito. Por ahora, algo imposible de identificar, un embrión microscópico que, dentro de unos cuantos meses, se convertiría en un niño. Pese a que ya lo había vivido en dos ocasiones, le resultaba igual de incomprensible. Quizá más aún en esta ocasión, porque los embarazos de Emma y de Adrian apenas los recordaba, se habían desdibujado perdidos en una bruma en la que el miedo a los golpes dominaba cada segundo de sueño y de vigilia. Toda su energía se concentraba en defender la barriga, en proteger de Lucas aquellas vidas.

En esta ocasión no tendría que hacer tal cosa. Y, por absurdo que pudiera parecer, eso la asustaba. En esta ocasión, tenía la oportunidad de sentirse feliz. Podía sentirse feliz. E iba a sentirse feliz. Quería a Dan. Se sentía segura con él. Sabía que jamás se le ocurriría siquiera la idea de hacerle daño a ella o a ninguna otra persona. ¿Por qué la asustaba aquello? Eso era lo que llevaba varios días intentando comprender y asimilar.

–¿Tú qué crees, niño o niña? ¿Alguna sensación en alguna dirección? –Dan se le había acercado por detrás, la abrazó y le acarició la barriga, aún plana.

Anna se echó a reír e intentó seguir removiendo la comida, pese a tener delante los brazos de Dan.

–Oye, que estoy de unas siete semanas. ¿No te parece un poco pronto para tener ninguna sensación de qué va a ser? Y, además, ¿por qué? –Anna se dio media vuelta con gesto preocupado–. Espero que no abrigues demasiadas esperanzas de que sea niño, porque ya sabes que es el padre el que determina el sexo y, puesto que tú ya has tenido tres niñas, la probabilidad estadística de que…

–¡Chist! –Dan le puso riendo el índice en los labios–. Me encantará igual sea lo que sea. Si es niño, fenomenal. Si es una niña, genial. Y además… –empezó, poniéndose serio– …ya tengo un hijo. Adrian. Espero que te hayas dado cuenta. Creía que ya lo sabías. Cuando os pedí que os mudarais aquí, no me refería sólo a la casa, sino aquí –añadió con el puño en el corazón mientras Anna intentaba ahogar el llanto. No lo consiguió del todo, una lágrima le cayó por las pestañas a la mejilla. Y el labio inferior empezó a temblarle. Dan le enjugó la lágrima con la mano y le cogió la cara con ambas manos. La miró con firmeza a los ojos. Y la obligó a sostenerle la mirada.

–Si resulta que es niña, Adrian y yo tendremos que estar unidos contra todas vosotras. Pero no dudes ni un segundo que tú, Emma y Adrian sois para mí una sola cosa. Y os quiero a los tres. Y a ti, que estás ahí dentro, también te quiero, ¿me oyes? –preguntó dirigiéndose a la barriga.

Anna rio feliz.

–Creo que el oído no se desarrolla hasta el quinto mes o algo así.

–Oye, que mis hijos se desarrollan con mucha precocidad –le respondió con un guiño.

–Sí, ¿verdad? –repuso Anna sin poder contener la risa.

Se estaban besando cuando, de repente, se separaron sobresaltados al oír que alguien abría la puerta y la cerraba enseguida de un portazo.

–¿Hola? ¿Quién es? –preguntó Dan encaminándose a la entrada.

–Yo –resonó una voz airada. Belinda los miró con desprecio.

–¿Cómo has venido? –quiso saber Dan mirándola irritado.

–¿Cómo mierda crees que he venido? Con el mismo puto autobús con el que me fui de aquí, como comprenderás.

–Si no hablas conmigo con educación, mejor no hables conmigo en absoluto –le advirtió Dan sereno.

–Eh… entonces… creo que prefiero… –Belinda se puso el índice en la mejilla, como si estuviera reflexionando–. Ah, ya sé. Entonces prefiero ¡NO HABLARTE EN ABSOLUTO! –Y, dicho esto, subió como un torbellino a su habitación, cerró dando un portazo que retumbó en el descansillo y puso el equipo de música tan alto que Anna y Dan notaban cómo el suelo vibraba bajo sus pies.

Dan se sentó abrumado en el primer peldaño, atrajo a Anna hacia sí y le habló a la barriga, que le había quedado justo a la altura de la boca.

–Espero que te hayas tapado los oídos, porque tu padre será demasiado mayor para semejante vocabulario cuando tú tengas su edad.

Anna le acarició el pelo con gesto compasivo. Sobre sus cabezas seguía retumbando la música.

Fjällbacka, 1944

–¿Y tenía alguna noticia de Axel? –Erik no podía ocultar su nerviosismo. Se habían reunido los cuatro en el lugar de siempre, en Rabekullen, justo encima del camposanto. Todos sentían una gran curiosidad por lo que Elsy pudiera contarles de la noticia que ya se había propagado como el fuego por todo el pueblo: que Elof había traído a un joven de la resistencia noruega que había huido de los alemanes.

Elsy meneó la cabeza.

–No, mi padre le preguntó, pero dijo que no lo conocía.

Erik bajó decepcionado la vista al granito del suelo y pateó con la bota una capa gris formada por líquenes.

–Pero puede que no lo conozca por su nombre y, si se lo describe un poco más, igual resulta que sabe algo –añadió Erik con un nuevo destello de esperanza en los ojos. Si recibieran una sola noticia que demostrase que Axel aún seguía con vida… El día anterior, su madre había expresado por primera vez en voz alta aquello que preocupaba a todos. Lo hizo llorando del modo más desgarrador que le había oído en mucho tiempo, y dijo que, el domingo, debería encender una vela en la iglesia por Axel, que seguramente ya no estaba entre nosotros. Su padre se enfadó y la reprendió duramente, pero Erik vio la resignación en sus ojos. Tampoco él creía ya que Axel siguiese con vida.

–Bueno, iremos a hablar con él –decidió Britta ansiosa, al tiempo que se levantaba y se sacudía el polvo de la falda. Se pasó la mano por el pelo para comprobar que no se le habían deshecho las trenzas, lo que arrancó a Frans un comentario burlón:

–Ya, comprendo que te molestas tanto en arreglarte por consideración a Erik, Britta. No sabía que te interesaran los noruegos. ¿No te basta con los suecos? –Frans se echó a reír y Britta se encendió de ira.

–Cállate, Frans, estás haciendo el ridículo. Por supuesto que me preocupo por Erik. Y por averiguar algo de Axel. Y, por otra parte, no tiene nada de malo presentar un aspecto decente.

–Pues para tener un aspecto decente, tendrás que hacer un esfuerzo –repuso Frans, bastante grosero, tironeándole a Britta de la falda. La muchacha se enfureció más aún y parecía a punto de echarse a llorar cuando intervino la voz firme de Elsy:

–Calla ya, Frans. A veces dices tantas tonterías que con la mitad tendríamos de sobra.

Frans se quedó mirando pálido como la cera. Luego se levantó bruscamente y, con la mirada sombría, se alejó de allí a la carrera.

Erik jugueteaba con unas piedrecillas que había en el suelo. Sin mirar a Elsy, dijo en voz baja:

–Deberías tener cuidado con lo que le dices a Frans. Hay algo… algo que esconde y alimenta en su interior… Tengo un presentimiento.

Elsy lo observó perpleja preguntándose cómo habría llegado Erik a tan extraña conclusión. Aunque ya sospechaba ella que tenía razón. Conocía a Frans desde que llevaban babero, pero notaba que algo estaba creciendo en su interior, algo incontrolable, indomable.

–Bah, ¡qué tonterías dices! –atajó Britta–. A Frans no le pasa nada raro. Sólo estábamos… chinchándonos…

–Tú no lo ves porque estás enamorada de él –declaró Erik.

Britta le dio un manotazo en el hombro.

–¡Ay! ¿Por qué me das? –preguntó Erik frotándose el hombro.

–Porque no dices más que estupideces. Bueno, ¿quieres que vayamos a hablar de tu hermano con el noruego o no?

Britta se puso en marcha y Erik intercambió con Elsy una mirada inquisitiva.

–Estaba en su habitación cuando me marché. No perdemos nada por hablar con él.

Poco después, Elsy daba unos toquecitos prudentes en la puerta del sótano. El joven abrió y quedó algo turbado al ver al grupo.

–Hola –saludó.

Elsy miró a los demás antes de tomar la palabra. Vio con el rabillo del ojo que Frans se les acercaba despacio, ya con una expresión más serena y las manos en los bolsillos, adoptando una pose indolente.

–Pues, queríamos saber si podemos pasar a hablar contigo un rato.

–Por supuesto –asintió el noruego haciéndose a un lado. Britta parpadeó coqueta cuando pasó por delante de él, y los muchachos se saludaron con un apretón de manos. No había muchos muebles en aquella habitación. Britta y Elsy se sentaron en las dos únicas sillas, Hans se acomodó en la cama, que estaba hecha, mientras que Frans y Erik se sentaron tranquilamente en el suelo.

–Es sobre mi hermano –comenzó Erik apartando la mirada. Había esperanza en sus ojos, no mucha, pero aun así, se advertía algún que otro destello.

–Mi hermano ha estado ayudando a los tuyos durante la guerra. Partía en el barco del padre de Elsy, el mismo en el que has venido tú, y llevaba y traía cosas. Pero los alemanes lo cogieron hace un año en el puerto de Kristiansand y… –parpadeó un par de veces– … desde entonces no hemos sabido nada de él.

–El padre de Elsy me preguntó, sí –respondió Hans mirándolo a los ojos–. Pero, por desgracia, no me suena el nombre. Y no recuerdo haber oído hablar de ningún sueco apresado en Kristiansand. Claro que somos muchos. Y no son pocos los suecos que nos han ayudado, desde luego.

–Ya, pero puede que no te suene el nombre y sí lo reconozcas si lo ves, ¿no? –

resonó ansiosa la voz de Erik, que tenía las manos entrecruzadas sobre las rodillas.

–No creo, pero bueno, puedes probar. ¿Cómo es?

Erik le describió a su hermano con tanto detalle como pudo. Y no le supuso ningún esfuerzo porque, pese a que hacía un año que no lo veía, aún lo recordaba con toda claridad. Claro que, por otro lado, Axel se parecía a muchos otros jóvenes y resultaba difícil dar cuenta de algún rasgo distintivo que lo diferenciase del resto de los suecos de su edad.

Hans escuchó con atención, pero terminó por negar resuelto.

–No, no me suena lo más mínimo. Lo siento de verdad.

Erik quedó abatido y decepcionado. Todos guardaron silencio unos minutos, hasta que Frans dijo:

–Bueno, cuéntanos qué aventuras has corrido durante la guerra. ¡Debes de haber vivido cosas muy emocionantes! –rogó expectante.

–Qué va, no hay mucho que contar –contestó Hans reticente, pero Britta protestó. Mirándolo fijamente, lo animó a que les contara algo, cualquier cosa, de lo que había vivido. Tras mostrarse reacio otra vez, el noruego cedió y comenzó a referirles cómo estaban las cosas en Noruega. Les habló del avance alemán, de los padecimientos del pueblo, de las misiones que había llevado a cabo para combatir a los alemanes. Los otros cuatro jóvenes lo escuchaban boquiabiertos. Aquello era tan emocionante… Claro que a los ojos de Hans había aflorado la tristeza, y todos comprendían que, seguramente, habría presenciado demasiado sufrimiento pero, aun así… No podía negarse que aquello era muy emocionante.

–Pues a mí me parece que has sido muy valiente –observó Britta, y se ruborizó al decirlo–. La mayoría de los jóvenes no se atreverían a hacer nada de eso, sólo los que son como Axel y como tú tienen el valor suficiente para luchar por aquello en lo que creen.

–¿Insinúas que nosotros no nos atreveríamos? –farfulló Frans, doblemente irritado al constatar que las miradas de admiración que Britta solía dispensarle a él tenían ahora al noruego por destinatario–. Erik y yo somos igual de valientes, y cuando tengamos la edad de Axel y… Oye, por cierto, ¿tú cuántos años tienes? –le preguntó a Hans.

–Acabo de cumplir diecisiete –respondió Hans, que no parecía sentirse muy cómodo ante tan vivo interés por su persona y sus asuntos. Buscó la mirada de Elsy, que había guardado silencio todo el rato escuchando a los demás, pero la joven entendió el mensaje.

–Creo que deberíamos dejar que Hans descansara un rato, ha sufrido mucho –sugirió dulcemente mirando a sus amigos. Todos se levantaron a disgusto y le dieron las gracias a Hans mientras se dirigían a la puerta. Elsy iba en último lugar y, antes de cerrar la puerta, se volvió a mirarlo.

–Gracias –dijo Hans sonriéndole–. Ha sido muy agradable tener un poco de compañía, así que venid otro día si queréis. Es sólo que ahora me siento un poco…

Elsy le devolvió la sonrisa.

–Lo comprendo perfectamente. Volveremos en otra ocasión. Y te enseñaremos el pueblo. Ahora será mejor que descanses.

La muchacha cerró la puerta tras de sí. Pero, curiosamente, la imagen del joven noruego se le quedó grabada en la retina, negándose a desaparecer.

Erica no estaba en la biblioteca, tal y como creía Patrik. Cierto que hacia allí se dirigía pero, apenas acababa de aparcar el coche cuando una idea arraigó en su mente. Había habido otra persona en el entorno de su madre. Una persona cuya amistad había cultivado mucho más allá de aquel período de hacía sesenta años. En realidad, la única amiga que recordaba que su madre hubiese tenido cuando Anna y ella eran pequeñas. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Pero Kristina era, ante todo, su suegra, de modo que casi se le había olvidado que, además, había sido amiga de su madre.

Muy resuelta, Erica volvió a arrancar el coche y puso rumbo a Tanumshede. Era la primera vez que le hacía a Kristina una visita espontánea, y miró de reojo el móvil preguntándose si no debería llamarla primero. No, qué puñetas. Si ella se tomaba la libertad de presentarse en cualquier momento sin avisar en casa de su nuera y de su hijo, bien podía Erica hacer lo propio.

Su irritación aún perduraba cuando llegó a la vivienda, así que pulsó el timbre con un breve toque impertinente y entró sin más.

–¿Hola? –preguntó en voz alta.

–¿Quién es? –se oyó la voz un tanto angustiada de Kristina. Un segundo más tarde, aparecía en el vestíbulo.

–¿Erica? –dijo mirando atónita a su nuera–. ¿Cómo es que vienes a verme? ¿Has traído a Maja? –preguntó buscando a la pequeña.

–No, está en casa, con Patrik –explicó Erica, que se quitó los zapatos y los dejó muy bien puestos en el zapatero.

–Bueno, pero entra –la animó Kristina, aún sorprendida–. Voy a poner un poco de café.

Erica acompañó a su suegra a la cocina sin dejar de observarla con extrañeza. Apenas la reconocía. Jamás había visto a Kristina de otro modo que impecablemente vestida y bien maquillada. Y, cuando iba a verlos a casa, corría como una exhalación, hablando y moviéndose sin parar. Aquella era otra persona. Aún llevaba puesto un camisón viejo y con muchos lavados a sus espaldas, pese a que ya estaba avanzada la mañana y, además, iba sin maquillar, con lo que parecía mucho mayor, pues se le marcaban claramente las arrugas de la cara. Tampoco se había arreglado el pelo, aún lo tenía aplastado por detrás.

–Vaya pinta que tengo, ¿no? –comentó Kristina pasándose la mano por la cabeza, como si acabase de oír los pensamientos de Erica–. Bueno, no tiene mucho sentido arreglarse, a menos que tengas algo concreto que hacer o algún sitio adonde ir.

–Pero… si siempre nos da la impresión de que estás ocupadísima –repuso Erica sentándose a la mesa.

Kristina no dijo nada al principio, sacó las tazas y puso sobre la mesa un paquete

de galletas Ballerina.

–No es fácil jubilarse cuando te has pasado la vida trabajando –confesó al cabo mientras servía el café–. Y todo el mundo está más que ocupado con sus vidas. Claro que hay cosas que podría hacer, pero no me he sentido con fuerzas… –Echó mano de una galleta evitando la mirada de Erica.

–Pero, en ese caso, ¿por qué nos has hecho creer que estás tan atareada?

–Bah, vosotros los jóvenes hacéis vuestra vida. Y no quería daros la impresión de que tuvierais que cuidar de mí. No quisiera yo, ni quiera Dios, convertirme en una carga para nadie. Además, me he dado cuenta de que, cuando estoy en vuestra casa, no siempre os parece bien, así que pensé que más valía… –Guardó silencio. Erica la miraba presa de la mayor perplejidad. Kristina levantó la vista de la mesa y continuó:

–Que sepas que sueño con los ratos que paso en vuestra casa con Maja. Lotta tiene su vida organizada en Gotemburgo y no siempre le resulta fácil venir aquí. Ni a mí ir allí, desde luego, con la casa tan pequeña que tienen. Y, como te digo, en vuestra casa tengo a menudo la sensación de que mis visitas no son muy bien recibidas… –Kristina volvió a apartar la vista y Erica se sintió avergonzada.

–Bueno, yo he tenido mucha culpa, lo admito –declaró con un tono dulce–. Pero puedes venir cuando quieras. Y Maja y tú lo pasáis fenomenal juntas. Lo único que pedimos es que respetes nuestra vida privada. Es nuestra casa y puedes venir de visita, pero nos gustaría, me gustaría que llamaras para preguntar si nos va bien que te pases por allí, que no entraras en la casa sin más y, por lo que más quieras, no trates de decirnos cómo tenemos que llevar los asuntos domésticos y cuidar a nuestra hija. Si respetas esas reglas, nos encantará que vengas. Y Patrik agradecerá mucho la posibilidad de que le eches una mano durante su baja paternal.

–Bueno…, sí, podría respetarlas –convino Kristina estallando en una risa sincera–. Por cierto, ¿cómo le va a Patrik?

–Pues los primeros días la cosa iba regular –reconoció Erica, que pasó a relatarle las incursiones de Maja tanto en el lugar del crimen como en la comisaría–. Pero yo creo que ya estamos de acuerdo en cuáles son las normas.

–Hombres… –dijo Kristina–. Recuerdo la primera vez que Lars iba a quedarse solo con Lotta. La niña tenía ya un año más o menos y yo iba a salir a hacer la compra sin ella por primera vez. No habían transcurrido más de veinte minutos cuando me llamó el jefe del supermercado para avisarme de que Lars había llamado diciendo que se encontraba en una situación de emergencia y que tenía que volver a casa a toda prisa. Así que dejé lo que tenía en el carro de la compra y salí corriendo. Y desde luego, sí que era una situación de emergencia.

–¿Qué había pasado? –preguntó Erica expectante.

–Pues sí, agárrate. No encontró los pañales y pensó que mis compresas eran los pañales de la niña. Y, claro, no veía un modo racional de sujetarla, así que cuando

entré me lo encontré intentando pegarla con cinta adhesiva.

–¡Anda ya! –exclamó Erica, riéndose con ella de buena gana.

–Como lo oyes. Al final aprendió. Lars fue un buen padre para Patrik y Lotta, no puedo negarlo. Pero eran otros tiempos.

–A propósito de otros tiempos… –respondió Erica aprovechando la oportunidad de cambiar al tema de conversación que la había llevado allí–. Estoy intentando averiguar cosas sobre mi madre, sobre su juventud y su pasado. Encontré en el desván varios objetos suyos de hace tiempo. Entre otras cosas, unos diarios y… Bueno, me han hecho cavilar.

–¿Diarios? –se sorprendió Kristina–. ¿Y qué dice en esos diarios? –Formuló la pregunta en un tono seco y cortante que provocó la sorpresa de Erica.

–Pues, por desgracia, nada que revista mucho interés. La mayor parte del contenido son reflexiones de una adolescente. Lo curioso es que hay bastante información sobre los amigos con los que salía entonces. Erik Frankel, Britta Johansson y Frans Ringholm. Y ahora resulta que dos de ellos están muertos, asesinados en el transcurso de unos meses. Puede que sea casualidad, pero a mí me resulta extraño.

Kristina la miró incrédula.

–¿Britta está muerta? –preguntó en un tono que revelaba lo mucho que le costaba asimilar la noticia.

–Sí, ¿no te habías enterado? Me sorprende que el teléfono invisible no haya llegado hasta aquí con los chismorreos… Pues sí, su hija la encontró muerta hace dos días. Al parecer, murió asfixiada. Pero su marido sostiene que fue él quien la mató.

–Es decir, que tanto Erik como Britta están muertos, ¿no? –repitió Kristina. Las ideas parecían bullir en su mente.

–¿Los conocías? –preguntó Erica con curiosidad.

–No –negó Kristina con determinación–. Sólo por lo que Elsy me contó de ellos.

–¿Y qué te contó? –quiso saber Erica inclinándose sobre la mesa en actitud expectante–. Por eso he venido, porque mi madre y tú fuisteis amigas durante tantos años… Anda, dime qué te contó de aquellos años. ¿Y por qué dejó de escribir en el diario de pronto, en 1944? ¿O quizá hay más en alguna parte? ¿Te reveló mi madre algo al respecto? Y en el último diario habla de Hans Olavsen, un activista de la resistencia noruega. He encontrado fotos de prensa y artículos de los que se desprende que, al parecer, los cuatro amigos se relacionaban mucho con el muchacho. ¿Qué fue de él? –Las preguntas surgían de la boca de Erica con tal rapidez que hasta ella misma perdía el hilo. Kristina guardaba silencio. Tenía una expresión hermética.

–Yo no puedo responder a tus preguntas, Erica –admitió con voz queda–. No puedo. Lo único que sé decirte es qué fue de Hans Olavsen. Elsy me contó que regresó a Noruega, justo después del fin de la guerra. Y no volvió a verlo nunca más.

–¿Estaban…? –Erica dudaba, no sabía cómo formular la pregunta–. ¿Lo quería?

Kristina se mantuvo en silencio unos minutos. Repasaba con el dedo el estampado del hule de la mesa, como sopesando al máximo la respuesta. Finalmente, miró a Erica.

–Sí –afirmó–. Elsy lo quería.

Hacía un bonito día. Llevaba mucho tiempo sin pensar en ello. En que algunos días eran más bonitos que otros. Y aquel lo era, desde luego. Algo intermedio entre verano e invierno. Un viento cálido, suave. La luz, ya sin la agudeza de la luminosidad estival, comenzaba a adquirir el ardor del otoño. Un día bonito de verdad.

Se colocó junto al ventanal del mirador para contemplar el paisaje desde allí, con las manos entrecruzadas a la espalda. Pero no veía los árboles más allá de la parcela. Ni la hierba, que había crecido algo más de la cuenta y que empezaba a doblegarse al otoño. Veía a Britta. A Britta, clara y hermosa, que durante la guerra le pareció una niña, una de las amigas de Erik, una muchacha bonita pero muy vanidosa. Entonces no le interesaba. Ella era demasiado joven. Él estaba demasiado ocupado con lo que era su deber hacer, con lo que estaba en su mano hacer. Britta no fue entonces más que un elemento superfluo en su vida.

Ahora, en cambio, pensaba en ella. En cómo la había visto hacía unos días. Sesenta años después. Aún hermosa. Aún con un toque de vanidad. Pero los años la habían transformado, la habían convertido en una persona distinta de la que era en el pasado. Axel se preguntaba si también él habría experimentado un cambio tan profundo. Tal vez sí. Tal vez no. Tal vez los años que pasó preso de los alemanes lo transformaron tanto que ya no fue capaz de cambiar más. Todo lo que vio entonces. Todos los horrores de los que fue testigo. Quién sabía si aquello no había alterado en lo más hondo de su ser una parte que, después, no le fue posible ni reparar ni reemplazar.

Axel recreó en su memoria otros rostros. De personas a las que habían buscado, a las que él había ayudado a capturar. No en persecuciones trepidantes, como en las películas, sino siendo metódico, con disciplina y trabajo administrativo. Haciendo desde su despacho un seguimiento de cinco décadas de pistas documentales. Cuestionando identidades, pagos, viajes y posibles refugios. Los habían ido capturando uno a uno. Habían conseguido que pagasen por pecados cometidos en tiempos pasados. No lograrían ponerse al día, Axel era consciente de ello. Eran tantos los que aún andaban sueltos… Y muchos de ellos iban muriendo. En lugar de morir prisioneros, humillados, morían en paz, de viejos, sin que nadie les hubiese pedido cuentas de sus actos. Eso era lo que lo impulsaba. Lo que le impedía descansar, lo que lo movía a buscar incesantemente, a perseguir, a ir de reunión en reunión, a revisar un archivo tras otro. Mientras anduviese libre uno solo y mientras él pudiese

ayudar a capturarlo, no se permitiría el reposo.

Axel miraba por el ventanal con el brillo del llanto en los ojos. Sabía que se había convertido en una obsesión. Ese trabajo había engullido todo lo demás. Se había convertido en una tabla de salvación tangible cuando dudaba de sí mismo y de su humanidad. Mientras estaba persiguiendo a alguno, no sentía la necesidad de cuestionar su propia identidad. Mientras trabajaba al servicio de la buena causa, iba pagando su deuda, lento pero seguro. Sólo hallándose en movimiento constante podía sacudirse todo aquello en lo que apenas era capaz de pensar.

Se dio media vuelta. Llamaban a la puerta. Le costó unos instantes desprenderse de los rostros que poblaban su memoria y su retina. Pero parpadeó para ahuyentarlos y fue a abrir.

–Ah, son ustedes –dijo al ver a Martin y a Paula. El cansancio lo doblegó un segundo. A veces sentía que aquello no acabaría nunca.

–¿Podemos pasar? Queríamos charlar un rato con usted –declaró Martin en tono amable.

–Claro, adelante –asintió Axel señalándoles el mismo lugar del porche en el que se sentaron la vez anterior.

–¿Alguna novedad? Ya me he enterado de lo de Britta, por cierto. Terrible. Hace tan sólo un par de días que los vi a ella y a Herman y, bueno, me cuesta creer que… –Axel meneó la cabeza.

–Sí, desde luego, es muy trágico –convino Paula–. Pero nosotros tratamos de no precipitarnos en nuestras conclusiones.

–Pero, si no me equivoco, Herman ha confesado, ¿no? –preguntó Axel.

–Sí, bueno… –Martin dejó la frase en el aire–. Pero hasta que lo hayamos interrogado… –añadió subrayando el interrogante con un gesto–. Por cierto, precisamente de eso queríamos hablar con usted.

–Por supuesto, aunque no sé cómo podría ayudarles.

–Pues resulta que hemos estado comprobando las llamadas de Herman y Britta y su número de teléfono aparece en tres ocasiones.

–Ah, sí, de una de esas llamadas sí puedo informarlos. Herman me llamó hace un par de días y me pidió que fuese a visitar a Britta. La verdad es que llevábamos muchos años, muchos, sin tener contacto, de modo que me sorprendió un poco. Pero, por lo que me dijo, Britta sufría Alzheimer y, sencillamente, quería verse con alguna persona con la que hubiese tenido relación en los viejos tiempos, por si eso pudiera serle de alguna ayuda.

–De modo que por eso fue a verlos, ¿no? –intervino Paula observándolo atentamente–. Porque Britta quería verse con algún conocido de los viejos tiempos.

–Sí, al menos eso fue lo que me dijo Herman. Cierto que nosotros dos no éramos precisamente amigos íntimos; en realidad, Britta era amiga de mi hermano Erik, pero

pensé que tampoco iba a perjudicarle. Y a mi edad siempre es un placer hablar de los viejos tiempos.

–¿Y qué pasó durante aquella visita? –quiso saber Martin, inclinándose un poco para estar más cerca de él.

–Pues Britta estuvo bastante bien un rato, y hablamos del pasado. Pero luego se perdió en la turbación y el desconcierto y, bueno, no tenía ningún sentido que me quedase más tiempo, así que me disculpé y me marché. Es tremendamente trágico. Una enfermedad de lo más cruel.

–¿Y las llamadas de principios de junio? –preguntó Martin mientras consultaba sus notas–. En primer lugar, una llamada desde aquí, del 2 de junio. Después una de Britta, o de Herman, el día 3. Finalmente, otra también desde su casa, realizada el 4 de junio.

Axel negó con un gesto.

–Pues no, de eso yo no sé nada. Hablarían con Erik. Pero, seguramente, por el mismo motivo. Y, en realidad, era más natural que Britta quisiera ver a Erik, si es que quería rememorar los viejos tiempos. Como decía, ellos sí fueron amigos.

–Sí, pero la primera llamada se hizo desde aquí –insistió Martin–. ¿Tiene idea de para qué los llamaría Erik?

–Como ya les he dicho, mi hermano y yo vivíamos bajo el mismo techo, pero ninguno se inmiscuía en los asuntos del otro. No tengo ni la más remota idea de por qué se puso Erik en contacto con Britta. Aunque, bueno, es posible que también él quisiera reanudar la antigua amistad. Esas cosas pasan con la edad. Aquello que pertenece a un pasado remoto se desliza de pronto hacia el presente y cobra un protagonismo cada vez mayor.

En ese instante, Axel comprendió hasta qué punto era cierto aquello que acababa de decir. Como una película, vio pasar por la retina a una serie de personas que corrían hacia él riendo burlonas. Se agarró fuerte al brazo de la silla. No era momento de dejarse afectar por el pasado.

–O sea, que usted cree que era Erik quien quería verse con Britta, en nombre de la vieja amistad, ¿no es eso? –insistió Martin con tono escéptico.

–Eso creo –asintió Axel aflojando la mano en torno al reposabrazos–. No tengo la menor idea, pero supongo que es la explicación más plausible.

Martin intercambió una mirada con Paula. No avanzarían mucho más. Aun así, Martin tenía la irritante sensación de que sólo estaban obteniendo las migajas de algo de mayor envergadura.

Cuando se hubieron marchado, Axel regresó al mirador. Los viejos rostros ejecutaban para él su danza.

–Hola, ¿qué tal te ha ido en la biblioteca? –A Patrik se le iluminó la cara al ver entrar

a Erica.

–Eh… pues… Es que no he ido a la biblioteca –respondió Erica con una expresión divertida.

–¿Y dónde has estado entonces? –preguntó Patrik intrigado. Maja estaba durmiendo la siesta mientras él recogía la mesa después del almuerzo.

–En casa de Kristina –dijo sin ambages mientras se dirigía a la cocina.

–¿Qué Kristina? ¡Ah! ¿Te refieres a mi madre? –quiso saber confundido–. ¿Y eso por qué? A ver, a lo mejor tienes fiebre. –Patrik se le acercó y le puso la mano en la frente. Erica la apartó.

–Hombre, ¿qué pasa? Tampoco es tan raro, ¿no? Después de todo… es mi suegra. Y puedo ir a visitarla así, de forma espontánea.

–Ya, claro –repuso Patrik entre risas–. Venga, suéltalo ahora mismo. ¿A qué has ido a ver a mi madre?

Erica le habló de la idea que se le había ocurrido justo al llegar a la biblioteca, cuando cayó en la cuenta de que sí había alguien más que había conocido a Elsy de joven. Y le refirió la extraña reacción de Kristina y cómo le había confesado que Elsy mantuvo una relación amorosa con un noruego que se había refugiado en Suecia huyendo de los alemanes.

–Pero ya no quiso contarme nada más –concluyó Erica con tono de frustración–. O quizá no supiera más, no lo sé. En cualquier caso, me dio la impresión de que Hans Olavsen abandonó a mi madre o algo así. Se marchó de Fjällbacka y, según Kristina, Elsy le dijo que había regresado a Noruega.

–¿Y por dónde vas a seguir investigando? –preguntó Patrik mientras guardaba en el frigorífico los restos del almuerzo.

–Intentaré dar con la pista de Olavsen, por supuesto –contestó Erica camino de la sala de estar–. Por cierto, podríamos invitar a Kristina el domingo, para que vea a Maja y pase un rato con ella.

–Bueno, ahora sí estoy convencido de que debes de tener fiebre –rio Patrik–. Pero claro que sí, la llamaré luego y le preguntaré si quiere venir a tomar café el domingo. Si es que puede, ya sabes lo mucho que tiene que hacer siempre.

–Ummm –replicó Erica desde la sala de estar, en un tono muy extraño. Patrik meneó la cabeza. Mujeres. Jamás llegaría a entenderlas. Aunque, claro, quizá fuera esa la idea.

–¿Qué es esto? –preguntó Erica alzando la voz.

Patrik se encaminó hacia donde ella se encontraba, para ver a qué se refería. Erica señalaba la carpeta que él había dejado sobre la mesa de la sala de estar. Por un instante, deseó darse una paliza por no haberla quitado del medio antes de que llegara. La conocía lo bastante bien como para saber que era demasiado tarde para que lo olvidara.

–Es el material de la investigación del asesinato de Erik Frankel –respondió apuntándole con el dedo en señal de advertencia–. Y no puedes decir una palabra de lo que dice ahí, ¿de acuerdo?

–Sí, sí –asintió Erica distraída espantándolo con la mano como si fuera una mosca irritante. Luego se sentó en el sofá y se puso a hojear la documentación y las fotografías.

Una hora más tarde, había repasado cuanto contenía la carpeta y empezó de nuevo por el principio. Patrik se asomó varias veces a echar un vistazo, pero abandonó cualquier intento de comunicarse con ella, de modo que se sentó con el diario de la mañana, que aún no había tenido tiempo de leer.

–No tenéis muchas pruebas físicas sobre las que trabajar –observó Erica mientras leía pasando el dedo por el informe de los técnicos.

–Pues no, es más bien escaso –admitió Patrik dejando a un lado el periódico–. En la biblioteca de los Frankel no hallaron más huellas dactilares que las de Erik y Axel, y las de los dos chicos que encontraron el cadáver. No parece que falte nada y las pisadas también se han vinculado a las mismas personas. El arma del crimen estaba debajo de la mesa y era un objeto que ya se encontraba allí.

–Es decir, que no se trata de un crimen premeditado, sino más bien el resultado de un impulso –concluyó Erica reflexiva.

–Sí, a menos que el autor supiera que ese busto de granito estaba en el alféizar de la ventana, claro. –Patrik recordó una idea que se le había ocurrido hacía un par de días–. Oye, ¿qué día fuiste tú a dejar la medalla en casa de los Frankel?

–¿Por qué? –replicó Erica, aún tan abstraída que parecía que se hallase a kilómetros de distancia.

–No lo sé. Puede que no tenga la menor importancia, pero quizá sea útil saberlo.

–Fue el día antes de que lleváramos a Maja a Nordens Ark –declaró Erica sin dejar de hojear los documentos–. ¿Eso no fue el 3 de junio? Pues, en ese caso, estuve en su casa el día 2 de junio.

–¿Llegó a decirte algo sobre la medalla? ¿Te dijo algo cuando se la llevaste?

–De ser así, te lo habría contado al llegar a casa –señaló Erica–. No, me dijo que quería examinarla más a fondo antes de darme alguna información sobre ella.

–O sea, que sigues sin saber qué tipo de medalla nazi es, ¿no?

–Así es –respondió Erica mirando a Patrik pensativa–. Pero, desde luego, es algo que debería averiguar. Mañana mismo veré dónde pueden informarme. –Volvió a sumirse en la carpeta y a examinar con sumo interés las instantáneas del lugar del crimen. Cogió la primera y entornó los ojos para distinguir mejor la imagen.

–Joder, es imposible –masculló mientras subía la escalera camino de la primera planta.

–¿Qué pasa? –quiso saber Patrik, aunque no obtuvo respuesta. Erica bajó al cabo

de unos segundos, empuñando una gran lupa.

–¿Qué haces? –insistió Patrik mirando a su mujer por encima del periódico.

–Pues, no sé… Seguro que no es importante, pero parece como si hubiera algo anotado en el bloc que hay encima del escritorio de Erik. Pero no lo distingo bien… –Se inclinó más aún sobre la foto y colocó la lupa justo a la altura de la pequeña mancha blanca a que había quedado reducida la libreta en la imagen.

–Creo que pone… –volvió a entrecerrar los ojos–. Creo que pone «Ignoto militi».

–Ajá. ¿Y qué coño significa eso? –preguntó Patrik.

–No lo sé. Supongo que alude a algo militar, pero seguro que no es nada importante, un garabato –repuso decepcionada.

–Oye –comenzó Patrik dejando de nuevo el diario y ladeando la cabeza–, estuve hablando con Martin cuando vino a dejarme la carpeta. Y me pidió un favor a cambio. –Bueno, para ser sinceros, fue él mismo quien se ofreció raudo a hacerle el favor, pero de eso no tenía por qué informar a Erica–. Me pidió que fuese a Gotemburgo a hablar con una persona a la que Erik Frankel estuvo haciéndole un ingreso mensual durante cincuenta años.

–¿Cincuenta años? –repitió Erica enarcando una ceja–. ¿Se pasó cincuenta años pagándole a alguien una cantidad todos los meses? ¿A qué puede deberse? ¿Un chantaje? –Erica no podía ocultar que aquello le resultaba apasionante.

–Nadie tiene la menor idea. Y seguro que no es nada pero… Bueno, Martin me preguntó si podría comprobarlo.

–Claro, te acompaño –propuso Erica llena de entusiasmo.

Patrik se quedó mirándola atónito. Aquella no era precisamente la reacción que esperaba.

–Eh, sí, bueno, quizá… –balbució al tiempo que se preguntaba si habría alguna razón justificada para no llevar consigo a su mujer. Pero, claro, se trataba de una actuación rutinaria, una comprobación de un pago, así que no vio ningún problema.

–Vale, pues ven conmigo. Y luego podemos pasarnos por casa de Lotta, para que Maja vea a sus primos.

–Estupendo –aprobó Erica, que sentía gran simpatía por la hermana de Patrik–. Además, quizá en Gotemburgo encuentre a alguien que sepa informarme sobre la medalla.

–No creo que sea imposible. Dedícate a llamar esta tarde, a ver si encuentras a algún experto. –Dicho esto, volvió a echar mano del periódico y continuó leyendo. Más valía aprovechar mientras Maja dormía.

Erica volvió a coger la lupa y a examinar el bloc del escritorio de Erik en la foto. «Ignoto militi.» Algo empezó a bullirle en el subconsciente.

En esta ocasión no le llevó más de media hora coger el ritmo.

–Bien, Bertil. –Lo animó Rita al tiempo que le daba un apretón extra–. Ya empiezas a entender el paso, por lo que veo.

–Desde luego que sí –convino Mellberg con modestia–. Esto del baile siempre se me ha dado bien.

–No me digas –le respondió Rita con un guiño–. Me ha dicho Johanna que hoy has estado tomando café con ella. –La mujer sonrió y levantó la vista para mirarlo. Había algo más que le gustaba de Rita. Él nunca fue muy alto, pero con ella, que era tan bajita, se sentía como si midiese uno noventa.

–Sí, pasaba por casualidad delante de vuestro portal… –dijo con cierta turbación–. Y entonces apareció Johanna y me preguntó si quería subir a tomar un café.

–Ajá, con que pasabas por casualidad –rio Rita mientras se balanceaban al ritmo de la salsa–. ¡Qué lástima que yo no estuviera en casa, ya que pasabas por casualidad! Creo que habéis estado la mar de a gusto, según me ha dicho Johanna.

–Sí, claro, es una muchacha encantadora –reconoció Mellberg recordando la sensación del pie del bebé en la palma de la mano–. Una muchacha encantadora de verdad.

–Lo cierto es que no siempre lo han tenido fácil –se lamentó Rita con un suspiro–. Y a mí también me costó acostumbrarme al principio. Pero yo ya lo presentía, antes de que Paula trajese a Johanna a casa por primera vez. Y ahora llevan casi diez años juntas y, bueno, puedo decirte con el corazón en la mano que no hay otra persona que me guste más que Johanna como compañera de Paula. Están hechas la una para la otra y, siendo así, lo del sexo me parece una trivialidad.

–Aunque supongo que fue más fácil en Estocolmo, ¿no? Me refiero a la aceptación por parte de la gente –opinó Mellberg con cierta reserva lanzando una maldición interior al notar que acababa de plantar el pie sobre el de Rita–. Quiero decir que allí es mucho más habitual. A veces, cuando veo la tele, me da la impresión de que allí una de cada dos personas tiene esa inclinación.

–Bueno, yo no estaría tan segura de eso –repuso Rita entre risas–. Pero, por supuesto, estábamos preocupadas por mudarnos aquí. Aunque debo decir que me ha sorprendido positivamente. No creo que las chicas hayan tenido ningún problema, por ahora. Aunque, por otro lado, la gente aún no se ha enterado, claro. Pero ya veremos, cuando llegue el momento. ¿Qué van a hacer? ¿Dejar de vivir? ¿No mudarse a donde quieren mudarse? No, hay ocasiones en que uno debe lanzarse a lo desconocido. –De pronto, le cambió la expresión, parecía triste y tenía la mirada perdida en el vacío, por encima del hombro de Mellberg, que creyó comprender en qué estaba pensando.

–¿Fue difícil? Quiero decir, si fue duro huir –preguntó con tono respetuoso y, con gran sorpresa por su parte, tomó conciencia de que de verdad quería conocer la respuesta. Por lo general, solía evitar preguntas delicadas, eso cuando no las

formulaba porque era lo que se esperaba de él, para luego despreocuparse por completo de cuál era la respuesta. En esta ocasión, en cambio, deseaba sinceramente conocerla.

–Fue difícil y fácil al mismo tiempo –respondió Rita. Mellberg vio reflejadas en sus ojos negros vivencias que él no podía ni imaginar–. Resultó fácil abandonar aquello en lo que se había convertido mi país; y difícil abandonar el país que fue en su día. –Por un instante, Rita perdió el ritmo del baile y se quedó inmóvil, aún agarrada a las manos de Mellberg. Luego una chispa le alumbró la mirada, soltó las manos y dio una palmada enérgica.

–Venga, ha llegado el momento de aprender el siguiente paso, a dar vueltas. Bertil, ayúdame a mostrar cómo se hace. –Rita volvió a cogerlo de la mano y le enseñó despacio los pasos que debía dar para hacerla girar una vuelta por debajo del brazo. No era lo más sencillo del mundo y Mellberg se hizo un lío tanto con las manos como con los pies. Pero Rita no perdió la paciencia, sino que lo explicó una y otra vez, hasta que tanto Bertil como las demás parejas comprendieron en qué consistía.

–Funcionará, ya lo verás –aseguró mirándolo a los ojos. Mellberg se preguntó si sólo se refería al baile. O si aludía a otra cosa. Él esperaba que fuese lo segundo.

Fuera ya oscurecía. Las sábanas del hospital crujían ligeramente cuando se movía, así que intentaba quedarse quieto. Él prefería que no hubiese el menor ruido. Los ruidos del exterior no podía controlarlos, los sonidos de voces, de gente que pasaba, el tintineo de las bandejas. Pero allí dentro podía procurar que reinase la calma en la medida de lo posible, que no se alterase el silencio con el crujir de las sábanas.

Herman miraba por la ventana. A medida que caía la noche al otro lado, empezó a aparecer su imagen reflejada en los cristales, y le llamó la atención lo desvalida que parecía la figura que yacía en la cama. Un viejo menudo y gris envuelto en la ropa blanca del hospital, de cabello escaso y mejillas surcadas por la vejez. Se diría que era Britta la que le otorgaba cierto peso, la que poseía un valor que lo convertía en un ser más lleno, más largo. Era como si ella le hubiese dado sentido a su vida. Y ahora, por su culpa, ella ya no estaba.

Las niñas habían ido hoy a verlo. Lo acariciaban y lo abrazaban, lo miraban con preocupación y le hablaban inquietas. Pero él ni siquiera fue capaz de mirarlas. Temía que le vieran la culpa en los ojos. Que vieran lo que había hecho. El daño que había causado.

Habían guardado el secreto durante tantos años. Él y Britta, los dos. Lo habían compartido, lo habían ocultado, lo habían expiado. O, al menos, eso creía él. Pero cuando se presentó la enfermedad y los diques empezaron a quebrantarse, Herman comprendió en un instante de lucidez que nada puede expiarse. Tarde o temprano, el

tiempo y el pasado nos alcanzan. De nada servía esconderse. De nada servía correr. Haciendo gala de una simpleza mayúscula, creyeron que sería suficiente con llevar una buena vida, ser buenas personas. Amar a sus hijos y convertirlos en seres humanos capaces de transmitir ese amor. Y, finalmente, se engañaron creyendo que lo bueno que crearon había eclipsado lo malo.

Había matado a Britta. Y que no pudieran comprenderlo. Sabía que querían hablar con él, hacerle preguntas, plantearle cuestiones. Si, simplemente, aceptaran las cosas como eran.

Él había matado a Britta. Y ya no le quedaba nada.

–¿Tienes alguna idea de quién es y de por qué Erik estuvo pagándole durante tantos años? –preguntó Erica llena de curiosidad cuando ya estaban cerca de Gotemburgo. Maja se había portado de forma ejemplar en el asiento trasero y, puesto que salieron poco antes de las ocho y media, sólo eran cerca de las diez cuando llegaron a la ciudad.

–No, los únicos datos que tenemos son los que figuran ahí –dijo Patrik señalando con la cabeza el papel que Erica llevaba en la funda de plástico.

–Wilhelm Fridén, calle Vasagatan, número 38, Gotemburgo. Nacido el 3 de octubre de 1924 –leyó Erica en voz alta.

–Exacto. Ahí tienes cuanto sabemos. Estuve hablando con Martin de pasada ayer noche y me dijo que no había encontrado ningún vínculo con Fjällbacka, ninguna acción criminal. Nada. Así que es un disparo a ciegas. Por cierto, ¿cuándo has quedado con el tipo de la medalla?

–A las doce, en su tienda de antigüedades –informó Erica tanteándose el bolsillo donde llevaba la medalla, para asegurarse de que seguía ahí, envuelta en el pañuelo.

–¿Te quedas con Maja en el coche o prefieres irte a dar un paseo mientras yo hablo con Wilhelm Fridén? –quiso saber Patrik al tiempo que giraba para ocupar un aparcamiento libre de Vasagatan.

–¿Qué dices? –repuso Erica ofendida–. Yo voy contigo, faltaría más.

–Pero no puedes… Maja… –protestó Patrik torpemente, cuando cayó en la cuenta de adónde lo conduciría aquella discusión y de cómo terminaría.

–Si la niña puede visitar el lugar del crimen y la comisaría, también puede venir con nosotros a ver a un señor de más de ochenta tacos –replicó Erica recalcando con el tono de voz que Patrik no se hallaba en situación de discutir por ese tema.

–Vale, está bien –respondió con un suspiro, sabiéndose vencido.

Un hombre de unos sesenta años les abrió la puerta cuando llamaron al timbre del tercer piso, en un viejo edificio de principios de siglo.

–¿Sí? ¿En qué puedo ayudarles?

Patrik sacó la placa.

–Me llamo Patrik Hedström, de la comisaría de Tanumshede. Tengo algunas preguntas relacionadas con Wilhelm Fridén.

–¿Quién es? –se oyó una voz de mujer desde el interior. El hombre se volvió y explicó en voz alta:

–¡Es un policía que pregunta por papá!

Y, volviendo a mirar a Patrik, añadió:

–De verdad que no puedo imaginarme por qué iba a interesarse la policía por mi padre, pero entren, entren. –El hombre se apartó y los invitó a pasar, y enarcó una ceja de sorpresa al ver entrar a Erica con Maja en brazos.

–Vaya, veo que hay quien empieza pronto en la policía –observó el hombre con expresión divertida.

Patrik sonrió abochornado.

–Sí, esta es mi mujer, Erica Falck, y mi hija, Maja. Es que… bueno, mi mujer tiene cierto interés personal en el caso que estamos investigando y… –Y ahí se detuvo. En realidad, no existía ningún modo satisfactorio de explicar por qué un policía llevaba a un interrogatorio a su mujer y a su hija de un año.

–Perdón, no me he presentado, soy Göran Fridén. A quien buscan es a mi padre.

Patrik lo observó con curiosidad. Era de mediana estatura, tenía el pelo gris un tanto rizado y ojos azules y cálidos.

–¿Está su padre en casa? –dijo Patrik mientras seguía a Göran Fridén por el largo pasillo.

–Por desgracia, llegan demasiado tarde para preguntarle a mi padre. Murió hace dos semanas.

–¡Oh! –exclamó Patrik sorprendido. No era eso lo que esperaba oír. Estaba convencido de que, pese a lo avanzado de su edad, el hombre seguiría vivo, puesto que no figuraba como fallecido en el censo. Seguramente porque la muerte era reciente, y ya se sabía que los datos tardaban en aparecer en los registros. Sintió una profunda decepción. ¿Acaso iba a enfriarse aquella pista que, de acuerdo con su intuición, era importante para el caso?

–Pueden hablar con mi madre si quieren –propuso Göran indicándoles con la mano que pasaran a la sala de estar–. No sé de qué se trata, pero quizá podamos ayudarle.

Una señora menuda con el cabello blanco como la nieve se levantó del sofá. Aún era bonita de un modo sorprendente y se les acercó para estrecharles la mano.

–Märta Fridén. –La mujer los observaba llena de curiosidad y su rostro se iluminó con una amplia sonrisa al ver a Maja–. Pero bueno, ¡hola! ¡Qué niña más bonita! ¿Cómo se llama?

–Maja –respondió Erica llena de orgullo. Le encantaba aquella señora.

–Hola, Maja –saludó Märta acercándose y dándole a la niña una palmadita en la

mejilla.

Maja estaba loca de contenta al ver que atraía tanta atención, pero empezó a patear salvajemente en cuanto vio una vieja muñeca que había en el rincón del sofá.

–No, Maja –le dijo Erica muy seria, intentando que se quedara quieta.

–Bah, deje que la mire –repuso Märta señalando la muñeca con la mano–. No tengo nada tan valioso que no pueda tocarlo la pequeña. Desde que Wilhelm falleció he comprendido que, allí adonde vamos, no podemos llevarnos nada. –Se le pusieron los ojos tristes y su hijo se le acercó y la rodeó con el brazo.

–Siéntate, mamá, voy a preparar un café para la visita. Así podréis hablar un rato tranquilamente.

Märta lo siguió con la mirada mientras se dirigía a la cocina.

–Es un buen chico –declaró la mujer–. Trato de no ser una carga para él, los hijos deben vivir su propia vida. Pero a veces es más bueno de lo que le conviene. Aunque Wilhelm estaba tan orgulloso de él… –La anciana pareció perderse en los recuerdos, pero luego se volvió hacia Patrik.

–Bueno, ¿y de qué quería hablar la policía con mi Wilhelm?

Patrik se aclaró la garganta. Sentía como si estuviese caminando por una fina capa de hielo. Tal vez ahora sacara a la luz un montón de asuntos que aquella simpática ancianita prefería no conocer. Pero no tenía elección. Algo inseguro, le explicó:

–Pues sí, en Fjällbacka, en el norte, estamos investigando un asesinato. Yo soy de la comisaría de Tanumshede, y Fjällbacka pertenece al distrito policial de Tanum –le aclaró a la anciana.

–¡Oh, Dios mío, un asesinato!

–Sí, la víctima era un hombre llamado Erik Frankel –añadió Patrik e hizo una pausa para comprobar si el nombre provocaba alguna reacción, pero, por lo que pudo ver, a Märta no le resultaba familiar, como así se lo confirmó.

–¿Erik Frankel? No, no me suena de nada. ¿Y cómo les ha llevado eso hasta Wilhelm? –preguntó inclinándose con vivo interés.

–Pues sí, resulta que… –Patrik dudaba–. Resulta que Erik Frankel le estuvo haciendo una transferencia mensual durante cincuenta años a un tal Wilhelm Fridén. A su marido. Y, claro, nos preguntamos el porqué de dicha transferencia y cuál es, era, la relación entre ambos.

–¿Que Wilhelm recibía dinero de un hombre de Fjällbacka llamado Erik Frankel? –La sorpresa de Märta parecía sincera. En ese momento apareció Göran con el café en una bandeja y los miró lleno de curiosidad.

–¿De qué se trata, en realidad? –quiso saber.

Fue su madre quien le contestó.

–Según este policía, un hombre llamado Erik Frankel, que ha muerto asesinado, le

ha estado enviando dinero a tu padre todos los meses durante cincuenta años.

–¿Qué me dices? –preguntó Göran perplejo sentándose en el sofá, al lado de su madre–. ¿A papá? ¿Por qué?

–Sí, eso es lo que nos preguntamos –intervino Patrik–. Esperábamos que el propio Wilhelm pudiese responder a esa pregunta.

–Queca –dijo Maja encantada cogiendo la vieja muñeca de Märta.

–Sí, una muñeca –asintió Märta con una sonrisa–. Era mía, de cuando era niña.

Maja abrazó a la muñeca fuerte contra el pecho. Märta no se cansaba de mirar a la pequeña.

–Qué niña más encantadora –declaró. Erica no pudo por menos de asentir entusiasmada.

–¿De qué suma se trata? –preguntó Göran mirando a Patrik.

–No son grandes cantidades. Dos mil coronas al mes, los últimos años. Pero fueron aumentando con el paso del tiempo y parecían hacerlo según el valor de la moneda. Es decir, que, aunque la cantidad fue aumentando, el valor era más o menos siempre el mismo.

–No tengo ni idea, de verdad. Pero claro, Wilhelm y yo nunca hablábamos de cuestiones económicas. Él se encargaba de esa parte, y yo de la casa, como era lo habitual en nuestra generación. Ese era el reparto que teníamos. Así que, de no ser por Göran, ahora estaría totalmente perdida con las cuentas, los préstamos y todo eso. –La mujer puso la mano sobre la del hijo, que se la apretó cariñoso.

–Mamá, lo hago encantado, ya lo sabes.

–¿Hay algunos documentos sobre sus finanzas que podamos mirar? –preguntó Patrik desanimado. Había ido allí con la esperanza de obtener respuestas a las preguntas sobre la transferencia mensual y, en cambio, parecía haber llegado a un callejón sin salida.

–No tenemos nada en casa, todo está en poder del abogado –repuso Göran excusándose–. Pero puedo pedirles que hagan copias de lo que hay y que se las envíen.

–Se lo agradeceríamos mucho –dijo Patrik sintiendo que recobraba algo de esperanza. Quizá pudiera llegar al fondo del asunto, pese a todo.

–Perdón, se me había olvidado por completo servir el café –exclamó Göran levantándose raudo.

–No importa, de todos modos ya nos marchamos –replicó Patrik mirando el reloj–. Por nosotros no se moleste.

–Siento que no hayamos sido de más ayuda –se disculpó Märta ladeando la cabeza y dedicándole a Patrik una afable sonrisa.

–No pasa nada, no hay mucho que podamos hacer. Y siento mucho la pérdida –dijo Patrik–. Espero que no les haya molestado que hayamos venido a preguntar,

cuando hace tan poco… Bueno, no sabíamos nada…

–No, por favor –replicó la mujer atajando sus excusas–. Conocía a mi Wilhelm con los ojos cerrados y, sea cual sea el motivo de esas transferencias, puedo garantizar que no se trataba de nada delictivo ni inmoral. Así que pregunten lo que quieran y, como ha dicho Göran, procuraremos que les lleguen copias de los documentos. Lo único que siento es no haber sido de más ayuda.

Todos se levantaron y se dirigieron al vestíbulo. Maja iba detrás, aún con la muñeca bien agarrada en la mano.

–Maja, bonita, es hora de dejar la muñeca –dijo Erica preparándose para el berrinche, que sabía inevitable.

–Deje que se quede con ella –repuso Märta acariciando el cabello de Maja cuando la pequeña pasó a su lado–. Como decía, allí adonde voy no podré llevar nada conmigo, y soy demasiado vieja para jugar con muñecas.

–Pero… ¿está segura? –vaciló Erica–. Es tan antigua, y seguro que se trata de un recuerdo muy apreciado…

–Los recuerdos se conservan aquí –aseguró Märta dándose en la frente–. No en las cosas y los objetos. Así que nada me alegra más que saber que hay alguien que vuelve a jugar con *Greta*. Seguro que se ha aburrido lo indecible tantos años ahí, en el sofá de una anciana.

–Gracias. Muchísimas gracias –respondió Erica tan emocionada que, con no poca irritación, tuvo que esforzarse para contener el llanto.

–No hay de qué. –Märta acarició de nuevo la cabeza de Maja y tanto ella como su hijo los acompañaron hasta la puerta.

Lo último que vieron Erica y Patrik antes de que cerraran la puerta fue cómo Göran pasaba el brazo por los hombros de su madre y le besaba la blanca cabellera.

Martin deambulaba inquieto de aquí para allá por toda la casa. Pia estaba en el trabajo y, cuando se quedaba solo en el piso, no conseguía serenarse pensando en el caso. Era como si, al estar Patrik de baja, su sentido de la responsabilidad por la investigación se hubiese multiplicado por diez. Y no se sentía nada seguro de estar a la altura de tanta responsabilidad. En cierto modo, vivía como una debilidad haberse visto obligado a pedirle ayuda a Patrik. Sin embargo, era tal la confianza que tenía en el criterio del colega, y quizá no tanta en el propio. A veces se preguntaba si alguna vez llegaría a sentirse totalmente seguro en el ejercicio de su profesión. Esa era la duda que siempre lo acechaba, la inseguridad que lo acompañaba desde los años en la Escuela Superior de Policía. ¿En verdad era apto para aquel trabajo? ¿Sabría responder tal y como se esperaba que hiciera?

Iba y venía por la casa inmerso en sus cavilaciones. Comprendía que su inseguridad en lo profesional se veía reforzada por el hecho de que ahora se hallaba

ante el mayor reto de su vida y de que no sabía si iba a ser capaz de responder. ¿Y si no daba la talla? ¿Y si no era capaz de apoyar a Pia tanto como fuese necesario? ¿Y si no respondía como se esperaba de un padre? Y si… Y si… Las ideas se precipitaban en su mente como un torbellino, hasta que comprendió que debía hacer algo concreto para no volverse loco. Se puso la cazadora, cogió el coche y salió en dirección sur. En un principio, no tenía muy claro adónde iba, pero a medida que se acercaba a Grebbestad, se le aclararon las ideas. Desde el día anterior no había dejado de darle vueltas a la llamada efectuada desde la casa de Herman y Britta a la de Frans Ringholm. En las dos investigaciones aparecían siempre las mismas personas y, aunque parecían discurrir en paralelo, Martin tenía el presentimiento de que, en realidad, se cruzaban. ¿Por qué habrían llamado Herman o Britta a Frans, en el mes de junio? ¿Lo hicieron antes de la muerte de Erik? Sólo constaba una llamada, el 4 de junio. No duró mucho, dos minutos y treinta y tres segundos, según había memorizado Martin. Pero ¿cuál era el motivo de la llamada? ¿Sería tan sencillo como lo presentaba Axel? ¿Sería que la enfermedad de Britta la impulsó a reanudar los contactos de antaño? Con personas con las que, a la luz de los datos de los que disponían, llevaba sesenta años sin hablar. Claro que el cerebro humano podía jugarnos malas pasadas pero… No, allí había información entre líneas. Algún detalle que se le escapaba. Y no pensaba rendirse hasta dar con ello.

Frans estaba a punto de salir cuando Martin se encontró con él en la puerta de su apartamento.

–¿Qué puedo hacer por usted hoy? –le dijo Frans muy cortés.

–Tengo unas preguntas adicionales, eso es todo.

–Estaba a punto de salir a dar mi paseo diario. Si quiere hablar conmigo, puede acompañarme. No abandono el paseo por nadie, así me mantengo en forma –aclaró echando a andar hacia el mar. Martin lo siguió.

–¿Y no tendrá problemas si lo ven con la policía? –preguntó Martin con una sonrisa.

–Pues mire, he pasado tantos días de mi vida con polis que ya estoy acostumbrado a su compañía –respondió divertido–. Bien, ¿qué quería preguntar? –añadió ya serio. Martin iba medio corriendo para seguirlo. Frans no llevaba mal ritmo para su edad.

–No sé si lo habrá oído, pero tenemos en Fjällbacka otro caso de asesinato.

Frans aminoró la marcha un segundo, antes de reanudar el ritmo.

–No, no lo sabía. ¿Quién?

–Britta Johansson –anunció Martin escrutando el semblante de Frans.

–¿Britta? –se sorprendió este volviéndose hacia Martin–. Pero ¿cómo? ¿Quién?

–Su marido se ha declarado culpable. Pero yo abrigo mis dudas…

Frans se detuvo sobresaltado.

–¿Herman? Pero ¿por qué? No puedo creer que…

–¿Conocía a Herman? –quiso saber Martin tratando de no desvelar la importancia de la respuesta.

–No, no puedo decir que lo conociera –admitió Frans meneando la cabeza–. Lo cierto es que sólo lo he visto en una ocasión. Me llamó en junio y me dijo que Britta estaba enferma y que había expresado su deseo de verme.

–¿Y no le pareció extraño? Teniendo en cuenta que llevaban sesenta años sin verse… –La voz de Martin traslucía el escepticismo con que había acogido la respuesta de Frans.

–Sí, claro que me resultó raro. Pero Herman me explicó que tenía Alzheimer, y, al parecer, no es inusual que esos enfermos rememoren épocas y personas significativas del pasado. Y, bueno, Britta y yo fuimos amigos durante la infancia y la juventud, y formábamos una pandilla.

–Y la pandilla la formaban…

–Pues Britta, Erik, Elsy Moström y yo.

–Dos de los cuales están muertos ahora, asesinados en el transcurso de un par de meses –puntualizó Martin jadeando mientras corría al lado de Frans–. ¿No le parece una extraña coincidencia?

Frans se quedó mirando el horizonte.

–Cuando se alcanza mi edad, uno ya ha vivido bastantes coincidencias de las que usted llama extrañas, como para comprender que no lo son tanto. Y además, decía que su marido se ha confesado culpable. ¿Quieren ustedes decir que también es responsable de la muerte de Erik? –Frans no dejaba de mirar a Martin.

–En estos momentos no queremos decir nada en absoluto. Pero es indiscutible que nos resulta sospechoso el hecho de que dos personas de un grupo de cuatro mueran asesinadas en tan breve espacio de tiempo.

–Ya digo, no existe nada raro en la concurrencia de extrañas coincidencias. Sólo el azar. Y el destino.

–Suena bastante filosófico, para un hombre que ha pasado gran parte de su vida en la cárcel. ¿También eso fue cosa del azar y el destino? –preguntó Martin con acritud mal disimulada; se dijo que, en el trabajo, debía dejar a un lado sus sentimientos personales. Sin embargo, había sido testigo de cómo le había afectado a Paula últimamente aquello que Frans Ringholm representaba; de ahí que le costase esconder su desprecio.

–El azar y el destino no tuvieron nada que ver con eso. Era lo bastante adulto y estaba lo bastante informado como para adoptar mis propias decisiones cuando tomé ese camino. Y claro que, con lo que sé ahora y con la plantilla en la mano, puedo decir que no debería haber hecho esto, ni aquello, ni lo otro… Y que debería haber tomado otro camino. O ese… O aquel… –Frans se detuvo y se volvió hacia Martin–. Pero en la vida no contamos con esa ventaja, ¿verdad? –añadió antes de proseguir su

paseo–. No contamos con la ventaja de disponer de una plantilla con los resultados. Tomé los caminos que tomé. Y he vivido la vida que decidí vivir. Y también he pagado un precio por ello.

–¿Y sus ideas? ¿También son fruto de una elección? –Martin sentía sincera curiosidad por la respuesta. No comprendía a aquella gente. A las personas que condenaban a parte de la humanidad. No comprendía cómo justificaban esa actitud ante sí mismos. Y mientras que, por un lado, sentía una aversión profunda hacia ellos, experimentaba también una viva curiosidad por saber cómo pensaban, al igual que un niño descompone en piezas una radio para averiguar cómo funciona.

Frans guardó silencio un buen rato. Parecía haber entendido la seriedad de Martin al preguntar, y se detuvo a meditar su respuesta.

–Yo defiendo mis ideas. Veo que algo falla en la sociedad. Y mis ideas son mi interpretación de qué es lo que falla. Y, además, entiendo que es mi deber contribuir a corregir ese fallo.

–Pero eso de culpar a grupos étnicos enteros… –Martin meneó la cabeza. Sencillamente, no comprendía ese razonamiento.

–Comete el error de considerar a las personas como individuos –atajó Frans con aspereza–. El ser humano jamás ha sido un individuo. Formamos parte de un grupo, de un colectivo. Y esos grupos siempre se han enfrentado desde que el mundo es mundo, siempre han luchado por su lugar en la jerarquía, en el orden mundial. Cabría desear que no fuese así, pero así es. Y aunque yo no me asegure mi lugar en el mundo recurriendo a la violencia, soy un superviviente. Uno de los que, finalmente, saldrá vencedor en ese orden mundial. Y los vencedores escriben la historia.

Una vez que hubo terminado, se volvió hacia Martin, que se estremeció pese a que le corría el sudor por la espalda después del rápido paseo. Era infinitamente aterrador verse ante tan fanática convicción. Se quedó helado al comprender que no existía en el mundo razonamiento alguno que pudiese persuadir a Frans Ringholm y a sus iguales de que veían el mundo a través de un cristal que lo deformaba. Así que sólo quedaba mantenerlos a raya, minimizarlos, diezmar su número. Martin siempre creyó que, pudiendo razonar con una persona, siempre se llegaba a un núcleo susceptible de cambio. Pero el núcleo que advirtió en la mirada de Frans estaba tan atrincherado tras la ira y el odio que nadie podría nunca llegar a él.

Fjällbacka, 1944

–Estaba muy bueno –dijo Vilgot sirviéndose otra porción de caballa a la plancha–. Realmente bueno, Bodil.

La mujer no respondió, sólo agachó la cabeza aliviada. Siempre le infundía una sensación de paz transitoria el que su marido se mostrase momentáneamente de buen humor y satisfecho con ella.

–Sí, hijo, eso es algo en lo que debes pensar, la mujer con la que te cases debe ser competente en la cocina y en la cama –aseguró señalando a Frans con el tenedor y estallando en una risotada tal que se le vio la comida en la boca.

–¡Vilgot! –exclamó Bodil débilmente, aunque no se atrevió más que a expresarse en un tono de blanda protesta.

–Bah, más vale que el muchacho aprenda –repuso llevándose a la boca una buena cucharada de puré de patata–. Por cierto, que ya puedes estar orgulloso de tu padre. Acabo de recibir una llamada de Gotemburgo y me he enterado de que la empresa del judío ese, Rosenberg, ha quebrado gracias a la cantidad de clientes que le fui quitando el año pasado. ¡Eso sí que hay que celebrarlo! Así es como hay que tratarlos. Debemos obligarlos a que se arrodillen uno tras otro, ¡en los negocios y con el látigo! –rompió en una risa tan irreprimible que le temblaba la barriga. La mantequilla del arenque le corría por la barbilla, que brillaba llena de grasa.

–Pues no le será fácil ganarse la vida ahora, con los tiempos que corren –intervino Bodil sin poder remediarlo, aunque comprendió su error en el mismo momento en que lo dijo.

–¿Y cuál es tu razonamiento, querida? –preguntó Vilgot en un engañoso tono afable, al tiempo que dejaba los cubiertos junto al plato–. Puesto que sientes compasión por un tipo como ese, me gustaría oírte desarrollar la idea.

–No, si no es nada –replicó la mujer bajando la vista con la esperanza de librarse de las consecuencias ante tal muestra de capitulación. Sin embargo, ya había prendido la chispa en los ojos de Vilgot, que ahora centraba toda su atención en su mujer.

–No, no, me interesa tu opinión. Venga, rápido, explícate.

Frans miraba alternativamente a sus padres y sentía crecer el nudo en el estómago. Vio que su madre temblaba ligeramente bajo la mirada de Vilgot. Y que su padre tenía un brillo extraño en los ojos, el mismo brillo que Frans había visto tantas veces. Se planteó la posibilidad de preguntar si podía retirarse de la mesa, pero comprendió que era demasiado tarde.

La voz de Bodil sonó quebrada por los nervios y la mujer tuvo que tragar saliva varias veces, antes de poder articular:

–Bueno, estaba pensando en su familia, que les puede resultar difícil encontrar

otro medio de ganarse la vida en estos tiempos…

–Estamos hablando de un judío, Bodil –le espetó en tono recriminatorio y muy despacio, como si hablara con un niño. Y justo ese tono despertaba en su mujer un impulso… Bodil alzó la vista y, con cierta rebeldía, objetó:

–Pero los judíos también son personas. Y necesitan alimentar a sus hijos, exactamente igual que nosotros.

Frans sintió que el nudo adquiría proporciones ciclópeas. Sentía deseos de gritarle a su madre que se callara, que no le hablase así a su padre. Que la cosa nunca terminaría bien si le hablaba así a su padre. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo podía hablarle así? ¿Y defender a un judío? ¿De verdad merecía la pena pagar el precio que él sabía que tendría que pagar? De repente, sintió por su madre un odio irracional. ¿Cómo podía ser tan tonta? ¿No sabía que no valía la pena retar a su padre? ¿Que lo mejor era bajar la cabeza y hacer lo que él decía y no oponerse jamás? Así se libraría de las consecuencias, al menos por un tiempo. Pero qué mujer más tonta… Acababa de exhibir justo lo que nadie debía exhibir ante Vilgot Ringholm: un destello de rebeldía. Un destello diminuto de oposición. Frans temía el polvorín que aquel destello iba a encender sin duda.

En un primer momento se hizo un silencio absoluto en la sala. Vilgot la miraba fijamente, como si no asimilase del todo lo que la mujer acababa de decir. La sangre le bombeaba en la vena del cuello y Frans lo vio cerrar los puños. Quería huir, sólo eso. Alejarse corriendo de la mesa y seguir corriendo hasta que le faltasen las fuerzas. Sin embargo, se sentía como pegado a la silla, incapaz de moverse.

Y entonces estalló. El puño cerrado de Vilgot cruzó el aire y fue a estrellarse en la barbilla de Bodil, que cayó hacia atrás. Se volcó la silla y la mujer aterrizó en el suelo con estruendo. Lanzó un grito de dolor, un aullido que Frans sintió hasta el tuétano pero que, en lugar de compasión, despertó en él más ira aún. ¿Por qué no pudo mantener la boca cerrada? ¿Por qué lo obligaba a presenciar aquello?

–Así que eres una verdadera defensora de los judíos, ¿no? –la desafió Vilgot poniéndose de pie–. ¿Eh? ¿No es eso lo que eres?

Bodil había logrado darse la vuelta y ahora estaba a gatas en el suelo, tratando de recobrar el aliento.

Vilgot tomó impulso y le asestó una patada en el estómago.

–¡Eh! ¡Contéstame! ¿Tengo a una defensora de los judíos en mi propia casa? ¿En mi propia casa? ¿Es eso?

La mujer no respondió, sólo intentaba alejarse arrastrándose como podía. Vilgot fue tras ella y le propinó otra patada en el costado. Bodil se estremeció y se derrumbó en el suelo, pero logró enderezarse a duras penas e hizo un nuevo intento por arrastrarse.

–¡Una zorra asquerosa es lo que tú eres! ¡Una maldita zorra defensora de los

judíos! –Vilgot escupía las palabras. Al observar el rostro de su padre, Frans vio que disfrutaba. Vilgot volvió a tomar impulso y pateó otra vez a su madre sin dejar de insultarla y maldecirla. Luego miró a Frans. Irradiaba un deseo irrefrenable que Frans conocía demasiado bien.

–Mira, muchacho, ahora tienes la oportunidad de aprender cómo se trata a las zorras. La única lengua que comprenden. Mira y aprende. –Dicho esto, respiró hondo y, con la mirada clavada en Frans, se desabrochó el cinturón y se desabotonó los pantalones. Luego dio unos pasos hacia donde se encontraba Bodil, que había logrado arrastrarse un par de metros, y le agarró el pelo con una mano mientras le levantaba la falda con la otra.

–No, no, no… piensa en… Frans… –rogó implorante.

Vilgot estalló en una risotada salvaje y le echó hacia atrás la cabeza mientras la penetraba con un grito.

A Frans le crecía el nudo en el estómago. Un nudo grande y frío, de odio. Y cuando su madre, a cuatro patas, levantó la cabeza y lo miró a la cara mientras su padre la embestía una y otra vez, supo que lo único que podía hacer para sobrevivir era preservar aquel odio.

Kjell pasó la mañana del sábado en el despacho. Beata se había ido con los niños a casa de sus padres y le pareció una oportunidad excelente para investigar un poco sobre la persona de Hans Olavsen. Hasta el momento se había topado con la dura realidad. Existían demasiados noruegos con ese nombre en aquella época, y si no encontraba algo que le permitiese empezar a discriminar, aquello resultaría misión imposible.

Había leído varias veces los artículos que le dejó Erik sin hallar nada concreto a lo que aferrarse y sin comprender qué era lo que el anciano pretendía que sacase de ellos. Eso era lo que más lo desconcertaba del asunto. Si Erik Frankel pretendía que averiguase algo, ¿por qué no le dijo abiertamente de qué se trataba? ¿A qué venía aquel modo misterioso de proceder al proporcionarle aquellos artículos? Kjell exhaló un suspiro. Lo único que sabía de Hans Olavsen era que había pertenecido a la resistencia durante la Segunda Guerra Mundial, y la cuestión era cómo usar dicha información para seguir avanzando. Por un instante, sopesó la posibilidad de hablar con su padre y preguntarle si sabía algo más del noruego, pero desechó enseguida la idea. Prefería pasarse cien horas en un archivo que pedirle ayuda a su padre.

Archivo, sí. Era una idea. ¿Existiría en Noruega alguna lista de los noruegos pertenecientes a la resistencia? Debía haber algo escrito al respecto y, probablemente, alguien habría realizado algún trabajo de investigación sobre el tema e intentado describir el movimiento. Siempre lo había.

Abrió el Explorer e hizo unas búsquedas, probando con varios términos en combinaciones diversas hasta que, por fin, halló lo que buscaba. Un tal Eskil Halvorsen había escrito una serie de libros sobre Noruega durante la Segunda Guerra Mundial, con especial hincapié en el movimiento de resistencia. Ese era el hombre con el que debía hablar. Kjell localizó en la red el listín telefónico noruego y no tardó en encontrar el número de Eskil Halvorsen. Cogió el auricular y marcó el número, pero tuvo que colgar y volver a intentarlo, porque había olvidado marcar el prefijo de Noruega. El hecho de molestarlo un sábado por la mañana lo traía sin cuidado, los periodistas no podían permitirse esos escrúpulos.

Tras unos segundos de impaciencia, oyó por fin que alguien contestaba al teléfono. Kjell le explicó el motivo de su llamada y que intentaba dar con un hombre llamado Hans Olavsen, que había pertenecido a la resistencia noruega durante la guerra y que huyó a Suecia durante los últimos años de la contienda.

–O sea, que no es un nombre que le suene así, directamente, ¿verdad? –Kjell dibujaba círculos en el bloc que tenía junto al teléfono. En cierto modo, había confiado en dar con la tecla de inmediato.

–Sí, comprendo que hablamos de miles de hombres que trabajaron activamente en la resistencia, pero existe alguna posibilidad de…

El experto le ofreció una larga exposición de cómo estaba organizado el movimiento y Kjell iba anotando febrilmente mientras escuchaba. Era, sin duda, un tema muy interesante, sobre todo teniendo en cuenta que el neonazismo era uno de sus campos de investigación, pero no debía olvidar la razón por la que había llamado.

–¿Existe algún archivo donde se hayan conservado los nombres de los miembros de la resistencia?

–Vale, es decir, que hay ciertos datos documentados…

–¿Cree que podría ayudarme a buscar información sobre un tal Hans Olavsen y averiguar dónde se encuentra en la actualidad?

–Muchísimas gracias. Ah, y a Suecia vino en 1944, a Fjällbacka, por si acaso fuera de ayuda en las indagaciones.

Kjell colgó con expresión satisfecha. Cierto que no había obtenido información alguna así, de entrada, pero tenía el presentimiento de que si había alguien capaz de desenterrar información sobre Hans Olavsen, ese era el hombre con el que acababa de hablar.

Y, entre tanto, había algo que él podía hacer. La biblioteca de Fjällbacka quizá tuviese más información sobre el noruego. Al menos, valía la pena intentarlo. Miró el reloj. Si salía en el acto, llegaría antes de la hora de cierre. Cogió la cazadora, apagó el ordenador y salió del despacho.

A muchos kilómetros de allí, Eskil Halvorsen ya había empezado a indagar sobre Hans Olavsen, el joven de la resistencia.

Maja iba en el asiento trasero y se aferraba de forma convulsa a la muñeca. Erica seguía emocionada por el gesto de la anciana y se alegraba del evidente e inmediato enamoramiento que experimentó Maja en cuanto vio el juguete.

–Qué señora más agradable –le dijo a Patrik, que asintió sin más, concentrado como estaba en abrirse paso por el hervidero de coches que eran las calles de Gotemburgo, la mayoría de un solo sentido y plagadas de tranvías que surgían pitando de la nada.

–¿Y dónde aparcamos? –preguntó mirando a su alrededor.

–Allí hay un hueco –le señaló Erica. Patrik siguió sus indicaciones.

–Lo mejor será que Maja y tú no entréis conmigo a la tienda –declaró sacando el cochecito del maletero–. No creo que una tienda de antigüedades sea el mejor lugar para esta hija nuestra, que todo lo tiene que tocar.

–Sí, tienes razón –convino Patrik sentando a Maja en el cochecito–. Nosotros dos daremos un paseo. Pero luego me lo cuentas todo.

–Prometido. –Erica se despidió y se encaminó a la dirección que le habían dado por teléfono. El comercio se hallaba en el barrio de Guldheden y lo encontró enseguida. Erica entró y se oyó un tintineo en la puerta. Un hombre menudo y ágil

con barba blanca y una amplia sonrisa salió de detrás de una cortina.

–¿En qué puedo ayudarle? –preguntó educado y esperanzado a un tiempo.

–Hola, soy Erica Falck, hablamos ayer por teléfono –se presentó Erica acercándose para estrecharle la mano.

–*Enchanté* –la saludó el hombre besándole la mano, ante el asombro de Erica. No recordaba cuándo fue la última vez que le besaron la mano, si es que alguna vez lo hicieron.

–Sí, tenía una medalla sobre la que quería informarse, ¿verdad? Entre, así podremos sentarnos mientras yo la examino. –El hombre sujetó la cortina para que pasara y Erica tuvo que agacharse un poco para poder entrar por una puerta insólitamente baja. Una vez dentro, quedó maravillada. Una multitud de iconos rusos cubría cada milímetro de las paredes de la penumbrosa trastienda donde, aparte de los iconos, no había más que una mesa y dos sillas.

–Es mi pasión –admitió el hombre, que, durante la conversación telefónica del día anterior, se había presentado como Åke Grundén–. Poseo una de las principales colecciones de iconos rusos de toda Suecia –aseguró muy ufano mientras se sentaba a la mesa.

–Son muy hermosos –confesó Erica mirando con curiosidad.

–Mucho más que eso, mucho más que eso, amiga mía –repuso el hombre radiante de orgullo al observarlos–. Son portadores de una historia y una tradición… magníficas. –Se interrumpió y se encajó un par de gafas–. Pero, bueno, como tengo tendencia a extenderme cuando hablo de este tema, será mejor que pasemos al suyo. Debo decir que sonaba muy interesante.

–Sí, tengo entendido que es otro de los temas que le interesan, las medallas de la Segunda Guerra Mundial.

El hombre la miró por encima de las gafas.

–Uno se aísla demasiado cuando, en lugar de rodearse de personas, convive con objetos antiguos. No estoy seguro de haberle dado prioridad a lo que debía, pero es fácil decirlo cuando ya es tarde. –El hombre sonrió y Erica le devolvió la sonrisa. Tenía un humor sosegado e irónico que le agradaba.

Mientras metía la mano en el bolsillo para sacar con cuidado la medalla, Åke encendió una lámpara de luz muy intensa que había sobre la mesa. Luego miró a Erica con solemnidad mientras ella desplegaba el pañuelo y sacaba la medalla.

–Ah… –dijo el anticuario con la medalla en la palma de la mano. La examinó con detenimiento, le dio la vuelta varias veces al resplandor potente de la lámpara entornando los ojos a fin de no perderse ningún detalle.

–¿Dónde la encontró? –preguntó al fin mirándola otra vez por encima de las lentes.

Erica le habló del baúl de su madre y le dijo que la había hallado allí entre sus

cosas.

–¿Y, por lo que sabe, su madre no tiene ninguna relación con Alemania?

Erica meneó la cabeza.

–No. Al menos, nada de lo que yo haya oído hablar nunca. Pero he leído bastante al respecto últimamente y Fjällbacka, donde vivía mi madre, se encuentra cerca de la frontera con Noruega y, durante la guerra, fueron muchos los que viajaron allí para ayudar a la resistencia en su lucha contra los alemanes. Entre otras cosas, sé que en su barco mi abuelo materno llevaba información y a personas hasta Noruega. Al final se trajo incluso a un noruego de la resistencia, al que luego alojó en su casa.

–Sí, claro, sin duda hubo un intenso contacto entre las provincias de la costa sueca y la de la Noruega ocupada. También en la región de Dalsland proliferaron las relaciones con noruegos y alemanes durante la guerra. –El hombre hablaba como si estuviera pensando en voz alta, sin dejar de observar la medalla.

–Pues la verdad, no se me ocurre cómo pudo llegar esta medalla a manos de su madre –continuó el hombre–. Pero le diré que es una Cruz de Hierro, que se concedía durante la guerra por acciones de especial relevancia para la causa alemana.

–¿Existe alguna relación de los condecorados con este reconocimiento? –quiso saber Erica esperanzada–. Los alemanes fueron buenos burócratas durante la guerra, para bien y para mal, y debería existir algún archivo…

Åke meneó la cabeza.

–No, por desgracia, no existe tal lista. Y tampoco puedo decir que se trate de un modelo raro o extraordinario. De hecho, es una Cruz de Hierro de las llamadas de primera clase. Se concedieron unas cuatrocientas cincuenta mil como esta durante la guerra, así que resulta imposible averiguar a quién se la dieron, precisamente.

Erica parecía decepcionada. Había abrigado la esperanza de que la medalla le reportase algo más de información, y ahora resultaba que constituía otro callejón sin salida.

–Bueno, la cosa no tiene remedio –declaró sin poder ocultar su decepción. Se levantó y le dio las gracias a Åke, y también la mano, que el hombre volvió a besar.

–Lo lamento… –le dijo cuando la acompañaba a la puerta–. Me habría gustado ser de más ayuda…

–No importa –replicó Erica abriendo la puerta–. Ya encontraré otras vías, porque de verdad que tengo mucho interés en llegar al fondo de por qué mi madre tenía una medalla como esta entre sus pertenencias.

Sin embargo, cuando se cerró la puerta, sintió una gran desesperanza. Seguramente jamás lograra desentrañar el misterio de la medalla.

Sachsenhausen, 1945

Había vivido el traslado como en una espesa niebla. Lo que mejor recordaba era que el oído le dolía y le supuraba. Iba en el tren a Alemania, hacinado con un montón de presos de Grini, y no podía concentrarse en otra cosa más que en el dolor de cabeza, que parecía que iba a estallarle en mil pedazos. Ni siquiera reaccionó ante la noticia de que iban a trasladarlos a Alemania más que con una lánguida indolencia. En cierto modo, lo vivió como una liberación. Comprendía lo que implicaba. Alemania significaba la muerte. No era un hecho comprobado, nadie sabía en realidad qué les esperaba. Pero circulaban habladurías. E insinuaciones. Y rumores sobre que allí los aguardaba la muerte. Sabían que los llamaban presos «NN». *Nacht und Nebel*. La idea era que desaparecieran, que muriesen sin juicio, sin sentencia. Que se deslizasen sin más en la noche y en la niebla. Todos habían oído esas historias y se habían preparado para lo que pudieran encontrarse en la estación final.

Pero nada de lo que habían oído habría podido prepararlos para la realidad. Habían aterrizado en el infierno mismo. Un infierno sin fuego ardiendo bajo sus pies, pero un infierno al fin y al cabo. Ya llevaba allí varias semanas y lo que había visto lo perseguía durante el inquieto sueño nocturno y lo llenaba de angustia cada mañana, cuando lo obligaban a levantarse a las tres para trabajar ininterrumpidamente hasta las nueve de la noche.

Los presos «NN» no lo tenían fácil. Los veían como muertos en vida y eran los últimos en la cadena de aniquilamiento del campo. A fin de que no cupiese la menor duda de quiénes eran, llevaban en la espalda una «N» de color rojo. El rojo indicaba que eran presos políticos. Los presos criminales, en cambio, llevaban símbolos de color verde y las luchas entre uno y otro color por el predominio en el campo eran constantes. El único consuelo era que los presos nórdicos se habían unido. Se hallaban dispersos por el campo, pero cada noche, después del trabajo, se reunían para hablar de lo que estaba sucediendo. Quienes podían guardaban un trozo de la ración diaria de pan. Luego, juntaban todos los trozos y se los llevaban a los nórdicos que se encontraban en la enfermería. Tantos escandinavos como fuera posible debían regresar a casa, esa era la consigna. Aunque para una gran mayoría no sirvió de gran cosa. Ya habían caído muchos más de los que Axel recordaba.

Se miró la mano que sostenía la pala. No era más que huesos, nada de carne, sólo piel que se tensaba sobre las articulaciones. Se apoyó exhausto en la pala un instante, mientras el vigilante más próximo miraba en otra dirección, pero se apresuró enseguida a tratar de cavar de nuevo cuando lo vio volverse hacia él. Jadeaba por el esfuerzo a cada golpe de pala. Axel se obligaba a no mirar hacia el lugar donde se hallaba la razón por la que él y los demás prisioneros estaban cavando. Fue un error que cometió sólo el primer día. Y era una imagen que aún se le imponía cada vez que

cerraba los ojos. El cúmulo de personas. De cadáveres. Esqueletos escuálidos amontonados como escoria que ahora iban a arrojar a un hoyo de cualquier manera. Resultaba más fácil no mirar. Lo veía con el rabillo del ojo, mientras hacía un esfuerzo por apartar la cantidad de tierra suficiente para no provocar el descontento de los vigilantes.

A su lado, un prisionero cayó al suelo vencido. Tan escuálido, tan desnutrido como el propio Axel, se vino abajo exánime y no pudo volver a levantarse. Axel sopesó la posibilidad de acercarse a ayudarle, pero esas ideas ya no arraigaban en su cerebro, no desembocaban en acción alguna. Porque, a aquellas alturas, se trataba simplemente de sobrevivir. Sólo para ese objetivo bastaba la escasa energía que aún le quedaba. Cada uno tenía que arreglárselas solo, sobrevivir como pudiera. Recordaba los consejos de los presos políticos alemanes, «Nie auffallen», no destacar nunca, no llamar nunca la atención. Al contrario, se trataba de mantenerse en el centro discretamente y de mantener la cabeza gacha cuando estallaba algún altercado. De ahí que Axel se limitase a contemplar con indiferencia cómo el vigilante se dirigía al preso que tenía a su lado, lo cogía del brazo y lo arrastraba hasta el centro del hoyo, hasta el punto más profundo, hasta el lugar donde ya habían terminado de cavar. El vigilante salió trepando tranquilamente del agujero, tras haber dejado al preso allí dentro. No malgastó en él una sola bala. Corrían tiempos de escasez y sería un despilfarro efectuar un disparo contra alguien que, en principio, ya estaba muerto. Sencillamente, arrojarían los cadáveres encima y, si no había muerto antes, moriría entonces, asfixiado. Axel apartó la vista del preso del hoyo y continuó cavando en su rincón. Ya no pensaba en su familia. Si quería sobrevivir, no debía albergar tales pensamientos.

Dos días después, Erica seguía desanimada. Había puesto demasiadas esperanzas en que la medalla le proporcionase información relevante. Sabía que Patrik se sentía igual tras el intento fallido de averiguar a qué se debían las transferencias. Pero ninguno de los dos se había rendido; Patrik aún alentaba ciertas expectativas de que los documentos de Wilhelm Fridén arrojasen alguna luz, y ella estaba resuelta a seguir investigando el origen de la medalla.

Erica se había instalado en el despacho con la idea de trabajar un rato, pero era incapaz de centrarse en el libro. Demasiadas ideas le rondaban por la cabeza. Echó mano de una bolsa de Dumle y degustó con placer el caramelo cuando el chocolate empezó a derretírsele en la boca. Pronto tendría que dejar de comerlos, pero últimamente estaba tan agobiada que no se sentía capaz de negarse el placer de comer caramelos de forma compulsiva. En fin, ya le pondría freno más adelante. De hecho, había logrado perder peso para la boda la primavera anterior, y lo consiguió con esfuerzo de voluntad, o sea, que podía lograrlo de nuevo. Aunque no hoy, sino otro día.

–¡Erica! –se oyó la voz de Patrik desde la planta baja. Erica se levantó y salió al distribuidor de la primera planta para ver qué quería.

–Ha llamado Karin. Maja y yo nos vamos a dar un paseo con ella y con Ludde.

–¡Vale! –respondió Erica con una articulación un tanto turbia, pues todavía estaba procesando el Dumle en la boca. Volvió al despacho y se sentó ante el ordenador. Seguía sin tener muy claro qué pensaba de aquel asunto. Es decir, de los paseos con Karin. Cierto que le había parecido simpática y que hacía ya mucho tiempo que Patrik y ella se separaron. Y Erica estaba convencida de que era una historia totalmente superada desde antiguo, al menos por lo que a Patrik se refería. Pero aun así se sentía un tanto extraña dejando que fuera a verse con su ex mujer. Después de todo, hubo un tiempo en que se acostaba con ella. Erica meneó la cabeza como para ahuyentar las imágenes que se le presentaban en la retina y se consoló con otro Dumle de la bolsa. Debía comportarse. Ella nunca se ponía celosa.

A fin de distraerse, entró en Internet y estuvo navegando un rato. Se le ocurrió una idea. Puso el cursor en el campo de búsqueda y escribió «Ignoto militi», antes de darle a buscar, esperanzada. Enseguida aparecieron un montón de resultados. Eligió el primero y leyó con sumo interés lo que decía. Ahora recordaba por qué le resultaba familiar aquella expresión. Hacía un número escalofriante de años, una excursión escolar a París llevó a todo el grupo de alumnos de francés, escasamente interesados, al Arco del Triunfo. Y a la tumba del soldado desconocido. «Ignoto militi» significaba sencillamente «Al soldado desconocido».

Erica leía la pantalla con el ceño fruncido. Las ideas le transitaban por la mente como un torbellino y se convertían en preguntas. ¿Era pura casualidad que Erik

Frankel hubiese garabateado aquella frase en el bloc que tenía sobre la mesa, o tendría algún significado? Y, de ser así, ¿cuál? Siguió leyendo en la red, pero no halló nada de interés, de modo que cerró el navegador. Con el tercer Dumle en la boca, colocó los pies sobre la mesa y se puso a reflexionar sobre cómo continuar indagando. Justo antes de engullir el último trozo del caramelo, se le ocurrió una idea. Había una persona que quizá supiese algo. Era una idea un tanto rebuscada, pero… Bajó a toda prisa, cogió las llaves del coche que había en la mesa de la entrada y se marchó rumbo a Uddevalla.

Cuarenta y cinco minutos después se encontraba en el aparcamiento, consciente de que carecía de un buen plan para continuar. Le resultó relativamente fácil averiguar en qué sección del hospital de Uddevalla estaba ingresado Herman, pero no tenía la menor idea de lo difícil que podría resultarle entrar en su habitación. En fin, ya lo arreglaría. Tendría que improvisar. Por si acaso, accedió al edificio por la puerta de la tienda del hospital y compró un gran ramo de flores. Cogió el ascensor y se bajó en la planta correspondiente, antes de dirigirse con paso decidido a la sección indicada. Nadie pareció reparar en ella. Erica iba mirando los números de las habitaciones. Treinta y cinco. Allí encontraría a Herman. Ya sólo cabía esperar que estuviese solo y que ninguna de sus hijas estuviera con él, porque entonces le armarían un escándalo.

Erica tomó aire antes de abrir la puerta. Enseguida respiró aliviada. No tenía visita. Entró y cerró despacio tras de sí. Herman yacía en una de las dos camas. Su compañero de habitación parecía profundamente dormido. Él, en cambio, tenía la mirada perdida en el horizonte y los brazos muy bien colocados a lo largo de los costados, por fuera de la sábana.

–Hola, Herman –saludó Erica en tono amable al tiempo que acercaba una silla a la cama–. No sé si se acuerda de mí. Fui a visitar a Britta. Y se enfadó usted conmigo.

En un primer momento, creyó que Herman no podía o no quería oírla. Luego desplazó la mirada hacia ella.

–Sé quién eres. La hija de Elsy.

–Exacto, la hija de Elsy –corroboró Erica sonriendo.

–Estuviste en casa… el otro día también –añadió observándola sin pestañear. Erica sintió una honda ternura por aquel hombre. Rememoró cómo lo había visto tendido junto a su mujer muerta, convulsamente aferrado a ella. Y ahora parecía tan menudo en aquella cama, menudo y decrépito. Había dejado de ser el hombre que la recriminó por haber alterado a Britta aquel día.

–Sí, estuve en su casa, con Margareta –confirmó Erica. Herman asintió sin más. Guardaron silencio un instante, hasta que Erica dijo:

–Estoy intentando recabar más información sobre mi madre. Así fue como di con el nombre de Britta. Y cuando hablé con ella, tuve la sensación de que sabía más de

lo que quería o podía contarme.

Herman sonrió con una expresión extraña, pero no respondió. Erica se animó a continuar:

–Además, me parece que es una coincidencia muy llamativa el que dos de las tres personas cuya compañía frecuentaba mi madre en aquella época hayan muerto en un espacio de tiempo tan breve… –Calló para ver cómo reaccionaba.

Una lágrima le cayó rodando por la mejilla. Herman se la secó con la mano.

–Yo la maté –aseguró, de nuevo con la mirada perdida–. Yo la maté.

Erica lo oía repetir aquella confesión y recordó que, según Patrik, no había en realidad nada que demostrase lo contrario. Pero sabía que Martin se mostraba escéptico y había en la voz de Herman, al decir aquello, un eco extraño que ella era incapaz de interpretar.

–¿Usted sabe qué era lo que Britta no quería contarme? ¿Fue algo que sucedió entonces, en los años de la guerra? ¿Algo relacionado con mi madre? Creo que tengo derecho a saberlo –insistió Erica con la esperanza de no estar presionando demasiado a un hombre a todas luces inestable en aquellos momentos, pero tenía tantos deseos de averiguar qué se ocultaba en el pasado de su madre que no estaba segura de estar actuando con suficiente tacto. Al ver que él no respondía, prosiguió:

–Cuando Britta empezó a desvariar el primer día que estuve en vuestra casa, dijo algo de un soldado desconocido que hablaba en voz baja. ¿Sabe a qué se refería? Ella creía que yo era Elsy, no su hija. Y me habló de un soldado desconocido. ¿Sabe qué quería decir?

En un primer momento, no fue capaz de interpretar el sonido que Herman acababa de emitir. Luego comprendió que estaba riéndose. Una imitación de la risa infinitamente triste. Erica no comprendía qué podía haber de divertido en aquello. Pero quizá no fuese divertido en absoluto.

–Pregúntale a Paul Heckel. Y a Friedrich Hück. Ellos podrán responder a tus preguntas –volvió a reír, más y más alto, hasta que la cama empezó a temblar. Aquella risa causaba en Erica más temor que las lágrimas, pero atinó a preguntar:

–¿Quiénes son esas personas? ¿Dónde puedo dar con ellas? ¿Qué tienen que ver con todo esto?

Sintió deseos de zarandear a Herman para obligarlo a responder, sacarle una información clara, pero en ese preciso momento se abrió la puerta:

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó un médico desde el umbral, con los brazos cruzados y expresión severa.

–Lo siento, me he equivocado de habitación. Y este buen hombre decía que quería charlar un rato. Pero luego… –Erica se levantó bruscamente y se apresuró a salir del cuarto con cara compungida.

El corazón le bombeaba en el pecho mientras llegaba al coche que había dejado

en el aparcamiento. Dos nombres, eso había sacado en claro. Dos nombres que no había oído jamás con anterioridad y que nada significaban para ella. ¿Qué tendrían que ver dos alemanes en todo aquello? ¿Guardaría relación con Hans Olavsen? Él había luchado contra los alemanes antes de huir. Erica no entendía nada.

Recorrió todo el trayecto de regreso a Fjällbacka con los dos nombres resonándole en la cabeza. Paul Heckel y Friedrich Hück. Qué extraño. Estaba tan segura de no haberlos oído antes. Y, al mismo tiempo, le resultaban vagamente familiares.

–Aquí Martin Molin. –Respondió al teléfono al primer tono de llamada y escuchó con atención durante unos minutos, interrumpiendo tan sólo para intercalar una pregunta breve. Luego, cogió el bloc en el que había tomado algunas notas durante la conversación y se encaminó al despacho de Mellberg. Una vez allí, lo halló en una curiosa postura. Mellberg estaba sentado en el suelo, en medio de la habitación, con las piernas estiradas al frente e intentaba, con muchísimo esfuerzo, tocarse con las manos los dedos de los pies. Sin éxito alguno.

–Eh… Perdón, ¿molesto? –dijo Martin, que se había detenido en seco en la puerta. *Ernst*, por su parte, se alegró de verlo aparecer y se encaminó hacia él meneando efusivamente la cola para lamerle la mano. Mellberg no respondió, sino que frunció el entrecejo e intentó levantarse. Pero, con gran irritación, tuvo que rendirse y tenderle al fin una mano a Martin, que consiguió ponerlo de pie.

–Estaba haciendo unos estiramientos –murmuró Mellberg renqueando hacia la silla. Martin se tapó la boca con la mano para disimular la risita. Aquello se ponía cada vez mejor.

–Bueno, ¿querías algo concreto o venías a molestar gratuitamente? –le espetó el jefe al tiempo que alargaba el brazo en busca de una de las bolas de coco que guardaba en el último cajón. *Ernst* olisqueó el aire, se dirigió raudo hacia el origen de tan exquisito y, a aquellas alturas, conocido aroma y miró a Mellberg con ojos húmedos y suplicantes. El dueño trató de adoptar una expresión severa, pero terminó por ceder y se agachó para coger otra bola de coco, que arrojó al chucho. El manjar desapareció en cuestión de segundos.

–*Ernst* está empezando a echar barriga –observó Martin mirando con preocupación al animal, cuyo volumen abdominal empezaba a asemejarse al de su dueño provisional.

–Bah, el perro está bien. No le va mal un poco de la autoridad que otorga el peso –declaró Mellberg satisfecho dándose una palmadita en la barriga.

Martin abandonó el tema de la grasa abdominal y se sentó frente a Mellberg.

–Ha llamado Pedersen. Y Torbjörn me pasó su informe esta mañana. Bueno, la hipótesis preliminar se confirma sin lugar a dudas. A Britta Johansson la asesinaron.

La asfixiaron con el almohadón que tenía al lado.

–¿Y cómo saben…? –comenzó Mellberg, pero Martin lo interrumpió.

–Pues sí –añadió consultando el bloc–. Como de costumbre, Pedersen utilizó un lenguaje algo más intrincado, pero en sueco llano, Britta tenía una pluma en la garganta. Probablemente fue a parar allí cuando intentó tomar aire mientras le presionaban la cara con el almohadón. De modo que Pedersen buscó huellas de fibra en la garganta, y encontró fibras de algodón que coinciden con las del almohadón. Además, detectó lesiones en los huesos del cuello, lo que indica que también ejercieron presión ahí. Seguramente con la mano. Intentaron aislar alguna huella dactilar en la piel pero, por desgracia, no encontraron nada.

–Bueno, pues está muy claro. Por lo que tengo entendido, estaba enferma. Un poco desquiciada –dijo Mellberg señalándose la sien con el dedo índice.

–Tenía Alzheimer –se apresuró a aclarar Martin en tono recriminatorio.

–Sí, bueno, continúa –lo apremió Mellberg ignorando la irritación de Martin–. Pero no irás a negarme que todo apunta a que fue el marido el que lo hizo. Puede tratarse de un… asesinato por compasión –declaró satisfecho de su capacidad de deducción, que premió enseguida con otra bola de coco.

–Pues… claro… –balbució Martin a su pesar, al tiempo que pasaba unas hojas del bloc–. Pero hay una huella dactilar en el almohadón absolutamente clara y perfecta, según Torbjörn. Por lo general, ya sabes que suele ser difícil sacar huellas de piezas de tela, pero en este caso, hay un par de botones brillantes con los que se abrocha el almohadón, y en uno de ellos han aislado una huella perfecta de un pulgar. Que no pertenece a Herman –concluyó Martin con retintín.

Mellberg frunció el ceño y lo miró preocupado un instante. Luego se le iluminó la cara.

–Alguna de las hijas, seguro. Compruébalo por si acaso, para que lo tengamos confirmado. Luego llamas al jefe de planta del hospital y le dices que ya pueden ir dándole al marido de Britta la terapia de electrochoque o los medicamentos que sea para que espabile, porque tenemos que hablar con él antes del fin de semana, ¿está claro?

Martin exhaló un suspiro, pero asintió. Aquello no le gustaba. No le gustaba lo más mínimo. Pero Mellberg tenía razón. No existía prueba alguna que indicase otra cosa. Tan sólo una huella de pulgar. Y, con un poco de mala suerte, Mellberg tendría razón al respecto.

Pero cuando salía, se dio media vuelta y, con una palmada en la frente, soltó:

–Anda, por poco se me olvida. Joder, qué idiota. Pedersen encontró cantidades considerables de ADN bajo las uñas de Britta, tanto sangre como restos de piel. Lo más probable es que arañase a la persona que la asfixió. Y, según cree Pedersen, arañó bastante, teniendo en cuenta que llevaba las uñas largas y que había arrancado

bastante piel. A su juicio, Britta arañó al asesino en los brazos o en la cara. –Martin se apoyó en el quicio de la puerta.

–Ajá, ¿y presenta el marido algún arañazo? –preguntó Mellberg inclinándose y apoyando los codos en la mesa.

–Pues, es innegable que debemos hacerle a Herman una visita de inmediato –observó Martin.

–Es innegable que sí –respondió Mellberg imperativo.

–¡Y llévate a Paula! –gritó al cabo de unos segundos, pero Martin ya se había marchado.

Se había pasado los últimos días caminando de puntillas por la casa. No creía que su madre lograra resistir. En ocasiones anteriores, no había conseguido mantenerse sobria ni un solo día. Desde que su padre se marchó. Apenas recordaba cómo era la vida antes de que eso sucediera, pero los escasos recuerdos difusos que conservaba eran agradables.

Y pese a que intentó combatir la inclinación con todas sus fuerzas, empezó a abrigar esperanzas. Cada vez más, a medida que pasaban las horas. Incluso los minutos. Su madre temblaba y lo miraba avergonzada cada vez que se cruzaban por la casa. Pero estaba sobria. Lo había revisado todo, pero no había encontrado una sola botella nueva. Ni una. Y eso que conocía perfectamente cada uno de sus escondites. Jamás comprendió por qué se molestaba en esconderlas. Podría haberlas dejado en la encimera de la cocina.

–¿Preparo algo de cenar? –propuso con voz queda y mirándolo con reserva. Eran como dos animales examinándose, dos animales asustados que se veían por primera vez y que no sabían exactamente cómo iban a desarrollarse los acontecimientos. Y quizá fuese así. Hacía tanto tiempo que no la veía totalmente sobria… Ignoraba quién era su madre sin alcohol. Y tampoco ella sabía quién era su hijo. ¿Cómo habría podido averiguarlo, cuando siempre iba flotando en una bruma de alcohol que filtraba cuanto veía y cuanto hacía? Ahora eran extraños el uno para el otro. Pero extraños llenos de curiosidad, de interés y de esperanza.

–¿Tienes alguna noticia de Frans? –preguntó mientras empezaba a sacar del frigorífico los ingredientes para una salsa boloñesa y unos espaguetis.

Per no sabía qué responder exactamente. Desde pequeño, no había oído otra cosa que la prohibición terminante de hablar con el abuelo y ahora era él quien, al menos de forma momentánea, había salvado la situación.

Carina vio su desconcierto y su vacilación a la hora de contestar.

–No pasa nada. Kjell puede decir lo que quiera. Por mi parte, no hay inconveniente en que hables con Frans. Lo único es que… –dudó un instante, temerosa de decir alguna inconveniencia, algo que perturbase aquella frágil situación

que había ido construyendo durante los últimos días. Pero retomó la frase y continuó–: No tengo nada en contra de que veas al abuelo. Es… En fin, Frans dijo cosas que alguien tenía que decir y que me hicieron comprender que… –dejó el cuchillo con el que había empezado a cortar la cebolla y, cuando se volvió hacia él, Per se percató de que luchaba por contener las lágrimas–. Me hizo ver que las cosas tenían que cambiar. Y le estaré eternamente agradecida por ello. Pero quiero que me prometas que no frecuentarás a… esa gente de la que se rodea… –rogó con mirada suplicante, a punto de echarse a llorar–. Y yo… yo no puedo prometerte nada, espero que lo comprendas. Es difícil. Cada día. Cada minuto es difícil. Sólo puedo prometerte que voy a intentarlo, ¿vale? –concluyó, una vez más con la vergüenza y la súplica en el semblante.

Per sintió que una porción minúscula de su coraza se le derretía en el pecho. Lo único que había deseado todos aquellos años y, muy en particular, durante los primeros años después de que su padre los abandonara, fue poder ser niño. En cambio, tuvo que limpiar las vomitonas de su madre, procurar que no incendiase la casa cuando fumaba en la cama y hacer la compra. Hacer cosas que ningún niño debería verse forzado a hacer. Todo aquello le cruzó por la mente, pero no tenía la menor importancia, porque lo único que ahora resonaba en su cabeza era su voz suplicante, la voz dulce de una madre. Así que dio un paso al frente y se abrazó a ella. Se encogió así, abrazado, pese a que pronto le sacaría la cabeza. Y, por primera vez en diez años, se permitió el lujo de sentirse niño.

Fjällbacka, 1945

–¿No es una delicia estar de descanso? –preguntó Britta melosa al tiempo que le acariciaba el brazo a Hans. Después de algo más de seis meses de relacionarse con el grupo, sabía perfectamente cuándo lo estaba utilizando para darle celos a Frans. Y la mirada sonriente que Frans le dedicó indicaba que también él sabía a ciencia cierta cuáles eran las pretensiones de Britta. Pero su tenacidad era muy digna de admiración, jamás dejaría de suspirar por Frans. Claro que, en parte, era culpa suya, puesto que a veces animaba el enamoramiento de Britta concediéndole algo, unas migajas de atención, sólo para luego volver a tratarla con la frialdad habitual. En opinión de Hans, el juego de Frans rayaba en la crueldad, pero no quería inmiscuirse. Lo que sí lo incomodaba era que, desde hacía un tiempo, se había dado perfecta cuenta de quién atraía de verdad el interés del chico. La contemplaba allí sentada a unos metros de él y se le encogió el corazón al ver que, en ese preciso momento, le decía algo a Frans con una sonrisa. Elsy tenía una sonrisa tan bonita… Bueno, no sólo la sonrisa; también los ojos, el alma, los brazos bien torneados que dejaba al descubierto con el vestido de manga corta, el hoyuelo que se le formaba en el lado izquierdo al sonreír. Todo, todo, cada detalle en Elsy, ya fuese interior o exterior, era hermoso.

Ella y su familia se habían portado muy bien con él. Pagaba un alquiler ridículo, apenas simbólico, y Elof le había buscado trabajo en uno de los barcos. Además, lo invitaban a cenar con frecuencia, bueno, casi todas las tardes, y había algo en su calidez, en su unión, que lo colmaba por dentro. Los sentimientos perdidos durante la guerra volvían lentamente. Y Elsy. Hans había intentado combatir los pensamientos, luchar contra las imágenes y los sentimientos que lo invadían cuando se acostaba por las noches y se la imaginaba antes de dormirse. Pero, al final, comprendió que debía capitular ante la certeza de que estaba perdidamente enamorado de ella sin remedio. Y los celos le destrozaban el corazón cada vez que veía a Frans mirarla igual que, seguramente, la miraría él. Y luego estaba Britta, que no entendía lo que pasaba, pero que notaba de forma instintiva que no era ella la que estaba en el punto de mira ni de él ni de Frans. Hans sabía que eso la atormentaba. Era una chica egocéntrica y superficial, y en realidad, no entendía por qué se relacionaba con ella alguien como Elsy. Sin embargo, mientras Elsy quisiera tenerla en su grupo de amistades, tendría que soportarla.

El que mejor le caía de aquellos cuatro amigos nuevos era Erik, aparte de Elsy, claro. Tenía algo de alma vieja, una gravedad que atraía a Hans poderosamente. Le gustaba sentarse a charlar con él apartado de los demás. Hablaban de la guerra, de historia, de política y economía, y Erik se alegró al comprender que tenía en él un alma gemela que había echado en falta. Cierto que no estaba tan informado como él

sobre datos objetivos, sobre cifras, pero sabía mucho del mundo y de la historia, y de cómo estaba organizado y relacionado todo. De modo que sus conversaciones duraban horas. Elsy solía bromear diciendo que eran como dos abueletes contándose batallitas, y que habían dado con la horma de su zapato.

El único tema que no tocaban era el del hermano de Erik. Hans jamás lo sacaba y, después de aquella primera vez, tampoco Erik lo hizo.

–Creo que mi madre tendrá pronto lista la cena –dijo Elsy al tiempo que se levantaba y se sacudía la falda. Hans asintió y se puso de pie también.

–Será mejor que me vaya contigo, de lo contrario, tendré que vérmelas con ella –observó mirando a Elsy que sonrió condescendiente y empezó a bajar de la roca. Hans sintió que se ruborizaba. Era dos años mayor que ella, tenía diecisiete años, pero siempre le hacía sentirse como un escolar consentido.

Se despidió de los otros tres, que se quedaron allí sentados tranquilamente y se deslizó tras Elsy por la superficie de la roca. La muchacha miró antes de cruzar la calle y de abrir la verja del camposanto. Atajando por allí, el camino era más corto.

–Qué buen tiempo hace esta tarde –comentó Hans sin poder ocultar su nerviosismo. Se maldijo y se advirtió que debía dejar de comportarse como un tonto. Elsy caminaba deprisa por el sendero de gravilla y él la seguía medio corriendo hasta que la alcanzó y siguió andando a su lado con las manos metidas en los bolsillos. Elsy no respondió a su comentario sobre el tiempo, de lo cual se alegraba, teniendo en cuenta lo lamentable de su intervención.

De repente se sintió profunda y sinceramente feliz. Caminaba junto a Elsy, incluso podía mirarle la nuca y el perfil a hurtadillas de vez en cuando; el viento soplaba sorprendentemente templado y los guijarros del camino emitían un crujido agradable bajo sus pies. Era la primera vez, desde que le alcanzaba la memoria, que experimentaba aquel sentimiento. Felicidad pura. Si es que alguna vez la había sentido tan destilada. Había encontrado tantos impedimentos en el camino… Tanta humillación, odio y miedo que le escocían por dentro… Hacía cuanto estaba en su mano para no pensar en lo ocurrido. En el momento en que se coló en el barco de Elof, decidió dejarlo todo tras de sí. No mirar atrás.

Pero ahora volvían las imágenes. Caminaba en silencio junto a Elsy y trataba de apartarlas en los resquicios a los que las había relegado, pero ellas presionaban y saltaban las barreras de su conciencia. Quizá fuese el precio que debía pagar por el instante de felicidad de hacía un momento. Ese instante fugaz y agridulce de felicidad. En tal caso, quizá hubiese valido la pena. Pero eso a él no le servía mientras iba al lado de Elsy y notaba los rostros, las visiones, los olores, los recuerdos, los sonidos que se empeñaban en aflorar. Presa del pánico, sintió que debía hacer algo. Tenía un nudo en la garganta y empezó a hiperventilar. Ya no podía contener esas sensaciones, pero tampoco abrirles paso. Tenía que hacer algo.

En ese instante, la mano de Elsy rozó la suya. Y el contacto lo sobresaltó. Fue suave y eléctrico y, en su simpleza, lo único necesario para ahuyentar los recuerdos en los que no deseaba pensar. Se detuvo de pronto en medio de la pendiente del cementerio. Elsy iba un paso por delante de él y, cuando se volvió, la diferencia de altura dejó su cara justo a la altura de la de Hans.

–¿Qué pasa? –preguntó preocupada y, en ese momento, movido por no sabía qué impulso, adelantó el pie, le cogió la cara entre las manos y le besó los labios con suavidad. Ella se quedó rígida al principio y Hans notó que volvía a caer presa del pánico. Luego, Elsy se tranquilizó de pronto, se abandonó al beso y lo acogió sin reservas. Despacio, muy despacio, Elsy abrió la boca y él, muerto de miedo pero lleno de alegría, buscó la lengua de ella con la suya. Comprendió que no la habían besado nunca antes, pero el instinto guiaba la lengua de Elsy hacia la de Hans, que sintió que le flaqueaban las rodillas. Con los ojos cerrados, la atrajo hacia sí y no los abrió hasta unos segundos más tarde. Lo primero que vio fueron los ojos de Elsy. Y en ellos, un reflejo de lo que él mismo sentía.

Mientras reemprendían el camino a casa uno junto al otro, despacio, en silencio, las imágenes se mantuvieron apartadas. Era como si ni siquiera hubiesen existido.

Cuando Erica entró en la biblioteca, Christian estaba sumido en lo que veía en la pantalla. Después de la escapada a Uddevalla, se fue derecha a la biblioteca, y aún se sentía tan confusa como cuando dejó a Herman en el hospital. Pervivía en ella la sensación de que existía algo vagamente familiar en aquellos nombres, y los había anotado en un trozo de papel que le entregó a Christian.

–Hola, Christian, ¿podrías ayudarme a comprobar si hay algo sobre estos dos hombres, Paul Heckel y Friedrich Hück? –preguntó mirándolo esperanzada.

El bibliotecario examinó la nota. Erica advirtió preocupada que parecía exhausto. Seguramente se tratara sólo del típico resfriado otoñal, o quizá los niños, se dijo Erica, pero sin poder evitar cierta preocupación.

–Siéntate mientras busco los nombres –le sugirió. Erica siguió su consejo. Cruzó los dedos mentalmente, pero sintió decaer la esperanza cuando no advirtió reacción alguna en la cara de Christian mientras leía los resultados de la búsqueda.

–No, lo siento. No encuentro nada –declaró al fin meneando la cabeza–. Al menos, no en nuestros registros o en nuestra base de datos. Pero intenta hacer alguna búsqueda en Internet, el problema es que yo no creo que sean nombres raros en alemán.

–Vale –respondió Erica decepcionada–. O sea, que no hay relación entre esos nombres y esta zona, ¿no?

–Por desgracia, no.

Erica exhaló un suspiro.

–En fin, habría sido demasiado fácil, supongo. –De pronto, se le iluminó la cara–. Pero ¿podrías mirar si hay algo más sobre una persona que se mencionaba en los artículos que me diste la última vez? Entonces no lo buscábamos a él, sino sólo a mi madre y a algunos de sus amigos. Se trata de un joven de la resistencia noruega, Hans Olavsen, que vivió aquí, en Fjällbacka…

–Hacia el final de la guerra, sí, ya lo sé –atajó Christian lacónico.

–¿Lo conoces? –preguntó Erica perpleja.

–No, pero es la segunda vez que alguien pregunta por él en dos días. Se ve que era muy famoso.

–¿Quién quería información sobre él? –quiso saber Erica conteniendo la respiración.

–Tendría que mirarlo –repuso Christian empujando la silla hacia una cajonera–. Me dejó la tarjeta, por si encontraba algo más sobre ese tipo. Me dijo que lo llamara. –Christian murmuraba mientras revolvía en el cajón, pero al final encontró lo que buscaba.

–Ajá, aquí está. Kjell Ringholm, dice.

–Gracias, Christian –dijo Erica sonriendo–. Entonces ya sé con quién voy a

mantener una pequeña charla.

–Suena grave –rio Christian, aunque sin convicción.

–Bueno, es sólo que me llena de curiosidad el hecho de que él se interese tanto por Hans Olavsen. –Erica pensaba en voz alta–. Pero ¿encontraste algo cuando buscaste para Kjell Ringholm?

–Lo mismo que te llevaste la última vez. Así que no tengo nada que te sea útil, lo siento.

–Bueno, una mala cosecha la de hoy –reconoció Erica con un suspiro–. ¿Puedo copiar al menos el número de teléfono que figura en la tarjeta de visita?

–*Be my guest* –dijo Christian dándole la tarjeta.

–Gracias –contestó ella con un guiño. Christian se lo devolvió, pero con gesto cansado.

–Oye –añadió Erica–. ¿Sigue todo bien con el libro? ¿Seguro que no quieres que te ayude con algo? ¿Cómo iba a titularse, *La sirena?*

–Sí, desde luego, todo bien –respondió Christian con un tono un tanto extraño–. Y se va a llamar *La sirena*. Pero, si me disculpas, tengo que trabajar un poco…

Dicho esto, le dio la espalda y empezó a aporrear el teclado. Erica se marchó atónita. Christian jamás se había comportado así con anterioridad. En fin, tenía otras cosas en las que pensar. Como, por ejemplo, en mantener una conversación con Kjell Ringholm.

Habían acordado verse en Veddö. Existía cierto riesgo de que alguien los viese allí en aquella época del año, pero, en tal caso, no serían más que dos viejos que habían salido a pasear.

–Figúrate si hubiéramos sabido lo que nos esperaba –comentó Axel dándole una patada a una piedra, que rodó por la orilla. En verano, los bañistas se repartían allí el territorio con las vacas, y era tan normal ver a unos niños bañándose como a una vaca remojándose en el agua. Ahora, en cambio, la playa estaba desierta y el viento arrastraba consigo ramas de algas resecas y las llevaba lejos. Habían llegado al acuerdo tácito de no hablar de Erik. Ni de Britta. Ninguno de los dos sabía en realidad por qué habían quedado para verse. No serviría de nada. Nada cambiaría. Aun así, sentían esa necesidad. Como cuando nos pica un mosquito y tenemos que rascarnos. Y pese a que, igual que con la picadura de mosquito, ambos sabían que iba a ser peor, cedieron a la tentación.

–Será que la idea es que no lo sepamos –dijo Frans contemplando la inmensidad del mar–. Si tuviéramos una bola de cristal que mostrara todo lo que iba a pasarnos en la vida, no seríamos capaces de movernos. La idea es esa, seguramente, que la vida se nos dé en porciones. Que nos sobrevengan las penas y los problemas en dosis tan pequeñas que podamos masticarlas.

–Bueno, a veces nos sobrevienen en dosis demasiado grandes –observó Axel pateando otra piedra.

–Te referirás a otros, no a ti o a mí –repuso Frans volviendo la vista a Axel–. A los ojos de los demás, podemos parecer distintos, pero somos iguales. Y tú lo sabes. No nos doblegamos. Por grande que sea la dosis que nos den.

Axel asintió sin más. Luego miró a Frans:

–¿Hay algo de lo que te arrepientas?

Frans estuvo cavilando un buen rato, antes de contestar lentamente:

–¿De qué habría de arrepentirme? Lo hecho, hecho está. Todos elegimos un camino. Tú has elegido el tuyo. Y yo el mío. ¿Que si me arrepiento de algo? No, ¿de qué serviría?

Axel se encogió de hombros.

–El arrepentimiento es expresión de humanidad. Sin arrepentimiento… ¿qué somos?

–Pero la cuestión es si el arrepentimiento cambia las cosas. Y lo mismo ocurre con aquello a lo que tú te has dedicado en la vida. La venganza. Has entregado toda la vida a cazar criminales, y tu único objetivo era la venganza. No tenías ningún otro. ¿Y eso ha cambiado algo? Seis millones murieron, pese a todo, en los campos de concentración. ¿De qué sirve que persigáis a una mujer que fue vigilante durante la guerra, pero que luego ha llevado una vida normal como ama de casa en Estados Unidos? El que la llevéis a juicio por crímenes que cometió hace más de sesenta años, ¿qué cambia?

Axel tragó saliva. Siempre había estado convencido de la importancia de lo que hacían. Pero Frans había ido a poner el dedo en la llaga. Formuló la misma pregunta que él se había hecho en alguna ocasión, en momentos de debilidad.

–Proporciona paz a los familiares de la víctima. E indica que no aceptamos cualquier cosa de las personas.

–Patrañas –replicó Frans metiéndose las manos en los bolsillos–. ¿Crees que eso disuade a alguien o que sirve para enviar algún mensaje siquiera, ahora que el presente es mucho más fuerte que el pasado? Así es la naturaleza del ser humano, no mira las consecuencias de sus acciones, no aprende de la historia. Y la paz… Si no has alcanzado la paz después de sesenta años, no la alcanzarás nunca. Es responsabilidad de cada uno procurarse esa paz, no puedes vivir esperando una especie de compensación y creer que, luego, vendrá la paz.

–Son palabras llenas de cinismo –aseveró Axel metiéndose también las manos en los bolsillos del abrigo. Se había levantado un viento frío y empezó a tiritar.

–Sólo quiero que comprendas que, detrás de todas esas acciones nobles a las que tú crees que has dedicado tu vida, hay un sentimiento extremadamente primitivo, básico, humano: la venganza. Yo no creo en la venganza. Yo creo que lo único en lo

que debemos concentrarnos es en llevar a cabo aquello con lo que podamos cambiar el presente.

–¿Y tú crees que eso es lo que estás haciendo? –preguntó Axel con la voz tensa.

–Tú y yo estamos cada uno a un lado de las barricadas, Axel –afirmó Frans cortante–. Pero sí, eso es lo que creo que estoy haciendo. Estoy cambiando algo. No busco la venganza. Ni me arrepiento de nada. Miro al futuro y sigo aquello en lo que creo. Que es totalmente distinto de aquello en lo que crees tú. En eso no vamos a coincidir nunca. Nuestros caminos se separaron hace sesenta años, y jamás volverán a coincidir.

–¿Y cómo ocurrió? –preguntó Axel bajando la voz y tragando saliva.

–Eso es lo que intento explicarte. No importa cómo ocurrió. Ocurrió, sencillamente. Y lo único que podemos tratar de hacer es cambiar las cosas, sobrevivir. No mirar atrás. No regodearnos en el arrepentimiento o en las especulaciones de cómo habrían podido ser las cosas. –Frans se detuvo y obligó a Axel a mirarlo a la cara–. No debes mirar atrás. Lo hecho, hecho está. El pasado, pasado está. No existe el arrepentimiento.

–Ahí es donde te equivocas por completo, Frans –negó Axel bajando la cabeza.

Muy en contra de su voluntad, el médico de Herman los dejó entrar unos minutos para hablar con el paciente. Pero Martin y Paula le prometieron que dos de sus hijas estarían con ellos, y el facultativo terminó por concederles unos minutos.

–Buenas, Herman –saludó Martin tendiéndole la mano al hombre que yacía en la cama. Herman le dio un apretón débil, impotente–. Nos vimos en su casa, pero no estoy seguro de que se acuerde de mí. Esta es mi colega, Paula Morales. Nos gustaría hacerle unas preguntas, si puede ser. –El policía hablaba con calma y se sentó, como Paula, en el borde de la cama, ignorante de que Erica había estado justo en ese mismo lugar tan sólo unos minutos antes.

–De acuerdo –aceptó Herman, que parecía algo más consciente de su entorno. Sus hijas estaban al otro lado de la cama, y Margareta le cogió la mano.

–Lo acompañamos en el sentimiento –comenzó Martin–. Creo que Britta y usted llevaban mucho tiempo casados, ¿verdad?

–Cincuenta y cinco años –dijo Herman, con un destello de vida en los ojos que no le habían advertido desde que llegaron–. Mi Britta y yo estuvimos casados cincuenta y cinco años.

–¿Podría contarnos cómo sucedió? ¿Cómo murió? –intervino Paula esforzándose por utilizar el mismo tono dulce de Martin.

Margareta y Anna-Greta los miraron nerviosas y ya estaban a punto de empezar a protestar cuando Herman las acalló con la mano.

Martin, que había constatado que Herman no tenía heridas en la cara, intentó

atisbar bajo las mangas del pijama del hospital, para ver si presentaba algún arañazo revelador. No pudo ver nada y decidió esperar al final del interrogatorio para examinarlo.

–Estuve merendando en casa de Margareta –empezó Herman–. Estas hijas mías son tan buenas conmigo… Sobre todo desde que Britta enfermó –aclaró sonriéndoles–. Teníamos un asunto de que hablar. Yo… había decidido que Britta estaría mejor en alguna residencia donde pudieran cuidarla… –explicó con voz atormentada.

Margareta le dio una palmadita en la mano.

–Era la única posibilidad, papá. No existía otra solución, y lo sabes.

Herman continuó como si no la hubiera oído.

–Luego me fui a casa. Estaba un tanto preocupado, puesto que llevaba mucho tiempo desaparecido. Casi dos horas. Si tengo que salir, suelo darme toda la prisa posible para no estar fuera más de una hora, como máximo, mientras ella duerme la siesta. Me da tanto miedo… Me da tanto miedo que se despierte y le prenda fuego a la casa y se queme… –Le temblaba la voz, pero respiró hondo y prosiguió–: De modo que en cuanto abrí la puerta la llamé, pero nadie respondió. Pensé entonces que, por suerte, aún seguiría durmiendo, de modo que subí a la habitación. Y allí estaba. Pensé que era muy raro, porque el almohadón le tapaba la cara y, extrañado, me acerqué y lo retiré. Me di cuenta enseguida de que no estaba. Los ojos los tenía clavados en el techo y estaba inmóvil, completamente inmóvil. –Herman empezó a llorar y Margareta le enjugó las lágrimas amorosamente.

–¿De verdad es esto necesario? –preguntó suplicante mirando a Martin y a Paula–. Mi padre aún está conmocionado y…

–No pasa nada, Margareta –interrumpió el anciano–. No pasa nada.

–Vale, pero sólo unos minutos más, papá. Luego pienso echarlos de aquí, por la fuerza, si hiciera falta, porque tú tienes que descansar.

–Siempre ha sido la más belicosa de las tres –aclaró Herman con una pálida sonrisa–. Una verdadera furia.

–Basta ya, no te pongas impertinente, anda –protestó Margareta, aunque se la veía feliz al comprobar que su padre tenía fuerzas para bromear.

–O sea, lo que está diciendo es que, cuando entró en la habitación, ella ya estaba muerta, ¿no es eso? –preguntó Paula sorprendida–. Pero, entonces, ¿por qué decía que la había matado usted?

–Porque fui yo quien la mató –repuso Herman, de nuevo abstraído–. Lo que nunca he dicho es que yo la asesiné. Claro que podría haberlo hecho. –Bajó la vista, incapaz de enfrentarse a la mirada de los policías ni a la de sus hijas.

–Pero papá, ¿qué quieres decir? –Anna-Greta parecía desconcertada, pero Herman se negó a responder.

–¿Sabe quién la mató? –intervino Martin, que comprendió instintivamente que Herman no pensaba explicarles en aquel momento por qué, con la pertinacia de un loco, afirmaba que había matado a su mujer.

–No tengo fuerzas para seguir hablando –declaró el hombre sin dejar de mirar las sábanas–. No tengo fuerzas para seguir.

–Ya lo han oído –intervino Margareta poniéndose de pie–. Ha dicho lo que tenía que decir. Y lo más importante de lo que han oído es, precisamente, que no fue él quien asesinó a mi madre. Lo demás… lo dicta el dolor.

Martin y Paula se levantaron.

–Gracias por su tiempo. Aún hay algo que queríamos pedirle –añadió Martin volviéndose a Herman–. Para confirmar lo que dice, ¿podríamos examinarle los brazos? Britta arañó a la persona que la asfixió.

–¿De verdad es necesario? Si ya les ha dicho que… –Margareta empezaba a levantar la voz, pero Herman se subió lentamente las mangas del pijama y extendió los brazos para que los viera Martin. Este los examinó a conciencia. Ni rastro de arañazos.

–Ya lo ven –replicó Margareta con cara de querer echarlos a empujones, como había amenazado con hacer.

–Ya hemos terminado. Gracias por dedicarnos estos minutos, Herman. Y, una vez más, lo sentimos muchísimo –aseguró haciendo una señal a Margareta y a Anna-Greta para indicarles que lo acompañaran fuera.

Una vez en el pasillo, les explicó la cuestión de las huellas dactilares, y ambas accedieron a dejar las suyas, para que pudieran descartarlas de la investigación. También Birgitta, que llegó justo cuando terminaban, dejó las suyas, de modo que podrían enviar al laboratorio las huellas de las tres hermanas.

Paula y Martin se quedaron un rato sentados en el coche.

–¿A quién estará protegiendo? –preguntó Paula metiendo la llave en el encendido, pero sin girarla.

–No lo sé. Pero yo me he llevado exactamente la misma impresión que tú, que sabe quién mató a Britta, pero que está protegiendo a esa persona. Y que, de alguna manera, él también se considera responsable de su muerte.

–Si se animara a contárnoslo… –dijo Paula poniendo el motor en marcha.

–Desde luego, no consigo explicarme… –Martin meneaba la cabeza al tiempo que tamborileaba irritado sobre el salpicadero.

–Pero, ¿crees que dice la verdad? –Paula ya sabía la respuesta.

–Sí, lo creo. Y el hecho de que no presente arañazos demuestra que yo tenía razón. Pero no consigo explicarme por qué iba a proteger a la persona que mató a su mujer. Ni por qué él se considera culpable.

–Bueno, quedándonos aquí no vamos a resolverlo –concluyó Paula saliendo del

aparcamiento–. Tenemos las huellas de las hijas, debemos enviarlas cuanto antes para que descarten que no haya ninguna en el almohadón. Así podremos empezar a averiguar quién ha dejado las suyas.

–Sí, supongo que es lo único que podemos hacer por ahora –admitió Martin mirando por la ventanilla, emitiendo un hondo suspiro.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que se habían cruzado con Erica al norte de Torp.

Fjällbacka, 1945

No fue casualidad que Frans viese lo que sucedía. Había estado siguiendo a Elsy con la mirada todo el rato, quería verla hasta que desapareciese de su vista una vez pasara la cima de la pendiente. Por eso no pudo evitar ver el beso. Fue como si le hubiesen clavado un puñal en el corazón. Le hervía la sangre, al mismo tiempo que un frío gélido se apoderaba de sus articulaciones. Era tal el dolor que pensó que caería muerto allí mismo y en aquel preciso momento.

–Vaya, lo que hay que ver… –comentó Erik, que también veía a Hans y a Elsy–. Menuda… –Erik se echó a reír meneando la cabeza. El sonido de su risa hizo estallar una luz blanca en la cabeza de Frans. Necesitaba una válvula de escape para todo el dolor; se abalanzó sobre Erik y lo agarró del cuello.

–¡Cierra el pico, cierra el pico, cierra EL PICO, gilipollas de…! –Atenazó el cuello de Erik con más fuerza aún y lo vio debatiéndose por coger aire. Resultaba agradable ver el terror en sus ojos, reducía la comezón que siempre tenía en el estómago y que aquel beso había multiplicado por diez en un segundo.

–¿Qué haces? –chilló Britta mirando a los dos amigos, Erik boca arriba en el suelo y Frans encima de él. Sin pensarlo ni un segundo, se acercó corriendo y empezó a tirarle a Frans de la camisa, pero él le dio tal empellón para zafarse que Britta cayó hacia atrás.

–¡Para! ¡Para ya, Frans! –le gritó mientras se alejaba de él arrastrándose, con los ojos anegados en llanto. Algo en el tono de voz de Britta lo hizo tomar conciencia de lo que estaba haciendo. Se quedó mirando a Erik, que ya había empezado a adoptar un color extraño, y lo soltó enseguida.

–Perdón… –dijo con un susurro pasándose la mano por los ojos–. Perdón… yo…

Erik se incorporó y se quedó mirándolo con la mano en la garganta.

–¿Qué demonios hacías? ¿Qué mosca te ha picado? Joder, ¡por poco me estrangulas! ¿Es que estás loco o qué? –A Erik se le habían torcido un poco las gafas, y el muchacho se las encajó en su sitio.

Frans guardaba silencio, con la mirada perdida.

–Es que está enamorado de Elsy, ¿no lo ves? –declaró Britta con amargura, sin dejar de secarse las lágrimas, que aún le corrían por las mejillas, con el reverso de la mano–. Y seguramente se habrá creído que tenía alguna oportunidad. Pero si lo crees así, es que eres un tonto. Nunca te ha mirado siquiera. Y ahora se ha arrojado en brazos del noruego ese. Y mientras, yo… –Britta rompió a llorar desconsolada y empezó a bajarse de la roca. Frans contempló su partida con gesto inexpresivo, mientras Erik seguía mirándolo iracundo.

–Joder, Frans. Estás… ¿Es verdad eso? ¿Estás enamorado de Elsy? Bueno, en ese caso, entiendo que te hayas enfadado, claro, pero no puedes… –Erik se interrumpió y

meneó la cabeza con gesto de reprobación.

Frans no le respondió. No podía. Tenía la mente completamente ocupada por la imagen de Hans inclinándose sobre Elsy para besarla. Y la de ella, que le devolvió el beso.

Desde hacía unos días, Erica miraba con más atención siempre que se cruzaba con un coche de policía. Y le pareció ver a Martin en el coche al que adelantó justo antes de Torp, cuando, por segunda vez aquel mismo día, iba rumbo a Uddevalla. Se preguntó llena de curiosidad dónde habrían estado.

Claro que no era en absoluto necesario ocuparse de aquello inmediatamente, pero sabía que, de todos modos, no tendría la tranquilidad necesaria para escribir hasta que no llegase al fondo de la nueva información recabada en la biblioteca. Y se preguntaba por qué Kjell Ringholm, periodista del *Bohusläningen*, también se había interesado por el joven de la resistencia noruega.

Cuando, poco después, lo esperaba en la recepción del periódico, fue cavilando sobre los posibles motivos de su interés, pero al final decidió abandonar la especulación hasta que tuviese la oportunidad de preguntarle a él directamente. Unos minutos más tarde, le indicaron cuál era su despacho. Kjell Ringholm la escrutó lleno de curiosidad, al verla entrar y saludarla.

–¿Erica Falck? Eres escritora, ¿verdad? –dijo señalándole una silla. Erica se sentó y colgó la cazadora en el respaldo.

–Así es.

–Bueno, por desgracia, no he leído ninguno de tus libros, pero dicen que son buenos –añadió cortésmente–. ¿Has venido en busca de información para tu nuevo libro? Yo no soy investigador de sucesos, así que no sé cómo podría serte útil… Porque tú escribes sobre casos de asesinatos reales, si no me equivoco.

–Confieso que mi visita no tiene nada que ver con el nuevo libro –declaró Erica–. Resulta que, por varias razones que no vienen al caso, empecé a indagar en el pasado de mi madre. Era muy amiga de tu padre, por cierto.

Kjell frunció el entrecejo.

–¿Y eso cuándo fue? –preguntó inclinándose interesado.

–Estaban siempre juntos de niños y de adolescentes, por lo que he podido averiguar. Me he concentrado principalmente en los años de la guerra, cuando, como sabes, rondaban todos ellos los quince años.

Kjell asintió en silencio para que continuase.

–Era un grupo de cuatro amigos que parecían andar siempre juntos, como las cerezas. Aparte de tu padre, formaban la pandilla Britta Johansson y Erik Frankel. Y, como seguramente sabrás, los dos últimos han muerto asesinados en un espacio de tiempo de tan sólo dos meses. Una coincidencia un tanto extraña, ¿no?

Kjell seguía sin pronunciar palabra, pero Erica vio que se ponía tenso y que la miraba con interés.

–Y… –hizo una pausa–. Luego se incorporó otra persona. En 1944, un joven noruego de la resistencia se unió a ellos. Un niño casi, que vino a parar a Fjällbacka.

Se había escondido a bordo del barco de mi abuelo materno, que lo alojó en su casa. Se llamaba Hans Olavsen. Pero eso tú ya lo sabes, ¿verdad? Porque sé que también has empezado a interesarte por él, y me pregunto por qué.

–Soy periodista, no puedo revelar ese tipo de información –protestó Kjell reacio.

–Eso es falso, no puedes revelar tus fuentes –replicó Erica con calma–. Pero no comprendo por qué no podemos ayudarnos en este asunto. A mí también se me da muy bien indagar y obtener información, y tú estás más que acostumbrado, debido a tu profesión. A los dos nos interesa Hans Olavsen. Acepto que no me cuentes por qué, pero al menos podríamos intercambiar información, tanto lo que ya tenemos como lo que saquemos cada uno por su lado, ¿no crees? –Guardó silencio y esperó expectante la respuesta.

Kjell reflexionó unos minutos. Tamborileaba con los dedos sobre la mesa mientras parecía sopesar todas las posibles ventajas e inconvenientes.

–Vale –consintió al fin, al tiempo que abría el primer cajón del escritorio–. En realidad, no existe razón alguna para que no colaboremos. Y mi fuente ha muerto, de modo que no veo por qué no debería contártelo todo. Sucedió de la siguiente manera: me puse en contacto con Erik Frankel por un… asunto privado. –Carraspeó un poco y empujó hacia Erica la carpeta que había sacado del cajón–. Me dijo que quería contarme algo a lo que yo quizá pudiera hallarle utilidad, algo que debía salir a la luz.

–¿Se expresó así exactamente? –quiso saber Erica inclinándose para coger la carpeta–. ¿Que se trataba de algo que debía salir a la luz?

–Sí, si no recuerdo mal –asintió Kjell retrepándose de nuevo en la silla–. Luego vino a verme unos días más tarde. Traía los artículos que hay en la carpeta y me los entregó sin más. No me ofreció ninguna explicación. Naturalmente, yo le hice un montón de preguntas, pero él se empeñaba en asegurar que, si yo era tan habilidoso como decían a la hora de recabar información, me bastaría con lo que había en la carpeta.

Erica hojeó los documentos que había en la funda de plástico. Eran los mismos artículos que le había dado Christian, los que estaban en los archivos y en los que se mencionaba a Hans Olavsen y su estancia en Fjällbacka.

–¿Sólo esto? –preguntó con un suspiro.

–Sí, yo me sentí igual. Si sabía algo, ¿por qué no me lo dijo abiertamente? Pero, por alguna razón, era importante para él que yo mismo averiguase el resto. Y eso es lo que he intentado hacer. Y mentiría si negara que mi grado de interés no se disparó cuando encontraron muerto a Erik Frankel. Y, claro, me he preguntado si el asesinato no guardaría alguna relación con esto… –reconoció señalando la carpeta que Erica tenía sobre las piernas–. Naturalmente, también me enteré la semana pasada del asesinato de la anciana, pero no tenía la menor idea de la conexión… Bueno, es obvio que suscita muchas preguntas.

–¿Has averiguado algo sobre el noruego? –lo interrogó Erica ansiosa–. Yo aún no he llegado muy lejos, en realidad, sólo he sabido que mi madre y él mantuvieron una relación amorosa, y que luego él la dejó, al parecer, y se marchó de Fjällbacka. El próximo paso que pensaba dar es intentar localizarlo, averiguar adónde se dirigió, si volvió a Noruega o si… Pero quizá tú te hayas adelantado, ¿no?

Kjell hizo un gesto con la cabeza, indicando que no podía contestar ni que sí, ni que no. Le habló de su conversación con Eskil Halvorsen y le dijo que el experto no identificó a Hans Olavsen así, directamente, pero que le había prometido seguir haciendo averiguaciones.

–También cabe la posibilidad de que se quedara en Suecia –apuntó Erica reflexiva–. En tal caso, deberíamos poder averiguarlo a través de las instituciones suecas. Yo podría mirarlo. Pero, si se dirigió a otro país, tendremos un problema.

Kjell cogió la carpeta que Erica le devolvía.

–Es una buena idea. No existe razón alguna para pensar que regresara a Noruega. Fueron muchos los que se quedaron en Suecia después de la guerra.

–¿Le enviaste a Eskil Halvorsen alguna foto suya? –preguntó Erica.

–Oye, pues no, la verdad es que no le mandé ninguna –repuso Kjell hojeando los artículos–. Pero tienes razón, debería hacerlo. Nunca se sabe, cualquier detalle, por nimio que sea, puede resultar útil. Me pondré de nuevo en contacto con él en cuanto acabemos nosotros y veré si puedo enviarle, preferentemente por fax, alguna de estas fotografías. ¿Esta, tal vez? Es la más nítida, ¿no crees? –Le pasó el artículo ilustrado con la foto de grupo que Erica había examinado con tanto detenimiento hacía unos días.

–Sí, esa está bien. Y mira, aquí está todo el grupo. Esta es mi madre –dijo señalando a Elsy.

–¿Y dices que se veían mucho por aquel entonces? –preguntó Kjell pensativo. Se maldecía por no haber relacionado a la Britta de la foto del artículo con la Britta asesinada, pero la mayoría de las personas lo habrían pasado por alto, se dijo para consolarse. No era fácil detectar semejanzas entre la Britta de quince años y la señora de setenta y cinco.

–Bueno, por lo que he averiguado, eran una pandilla bastante unida, aunque no muy aceptada como tal en aquel tiempo. Las diferencias de clase en Fjällbacka eran a la sazón muy claras, y Britta y mi madre pertenecían, creo yo, a la más baja, mientras que los chicos, Erik Frankel y, bueno… tu padre, procedían de la clase «elegante» –explicó Erica indicando las comillas con un gesto.

–Sí, muy elegante… –masculló Kjell. Erica intuyó que aquellas palabras ocultaban más de una verdad.

–¡Por cierto! No había caído en la cuenta de hablar con Axel Frankel –añadió Erica entusiasmada–. Puede que él sepa algo de Hans Olavsen. Aunque él era un

poco mayor, pero parece que también andaba con ellos de alguna manera, y quizá… –La mente de Erica bullía de ideas y expectativas, pero Kjell alzó la mano para calmarla.

–Yo no abrigaría muchas esperanzas por ese lado. A mí también se me ocurrió pero, por suerte, primero investigué un poco sobre Axel Frankel y, bueno, seguramente sabrás que lo apresaron los alemanes durante un viaje a Noruega.

–No, la verdad es que no sé mucho al respecto –admitió Erica con sumo interés–. De modo que, todo lo que sepas… –calló con un gesto de resignación.

–Pues sí, como te decía, a Axel lo capturaron los alemanes cuando iba a hacer entrega a la resistencia de unos documentos. Lo llevaron a la prisión de Grini, cerca de Oslo, donde estuvo hasta principios de 1945, año en que los alemanes trasladaron a una serie de prisioneros de Grini a Alemania, en barco y en tren, y Axel Frankel fue a parar, en primer lugar, a un campo llamado Sachsenhausen, donde había muchos prisioneros nórdicos. Luego, hacia el final de la guerra, lo condujeron a Neuengamme.

Erica estaba muy interesada.

–No tenía la menor idea… ¿Quieres decir que Axel Frankel pasó unos años en campos de concentración alemanes? Ni siquiera sabía que hubiese habido suecos y noruegos en esos lugares.

Kjell asintió.

–Sí, la mayoría de los que acababan allí eran noruegos. Y algunos, pocos, de los demás países nórdicos, capturados por los alemanes cuando participaban en actividades de la resistencia. Los llamaban presos «NN», *Nacht und Nebel*, noche y niebla. El nombre tiene su origen en un decreto promulgado por Hitler en 1941, donde se proclamaba que no debían juzgar ni condenar en su país de origen a los civiles de los países ocupados, sino que los llevarían a Alemania, donde se perderían «en la noche y la niebla». A algunos los condenaron a muerte y los ejecutaron, los demás tuvieron que trabajar hasta la extenuación. En cualquier caso, la cuestión es que Hans Olavsen y Axel Frankel no coincidieron en Fjällbacka en el mismo período.

–Pero no sabemos cuándo exactamente se marchó de aquí el noruego, ¿no? –repuso Erica frunciendo el ceño–. Al menos yo no he encontrado ningún dato al respecto. Y no tengo ni idea de cuándo dejó a mi madre.

–Pero yo sí sé cuándo se marchó Hans Olavsen –declaró Kjell triunfal, poniéndose a rebuscar entre los documentos que atestaban la mesa–. Aproximadamente al menos –añadió–. ¡Ajá! –Sacó un papel y lo puso delante de Erica. Luego señaló un pasaje del centro de la página. Erica se inclinó y leyó en voz alta:

–«La asociación de Fjällbacka ha organizado con notable éxito…».

–No, no, la columna de al lado –dijo Kjell señalando de nuevo.

–¡Ah! –Erica hizo un nuevo intento–. «Más de una persona se sintió desconcertada al enterarse de la brusca marcha del ciudadano noruego que halló refugio en Fjällbacka. Muchos habitantes del pueblo lamentan no haber podido despedirse de él ni darle las gracias por su labor durante la guerra que, finalmente, acaba de terminar…» –Erica miró la fecha y alzó la vista–. «19 de junio de 1945.»

–O sea, que se marchó justo después de terminada la guerra, si no lo interpreto mal –aclaró Kjell volviendo a dejar el artículo en el montón.

–Pero ¿por qué? –Erica ladeó la cabeza mientras reflexionaba–. De todos modos, creo que puede ser una buena idea hablar con Axel. Puede que su hermano le dijera algo. No me importa encargarme de ello. Y tú, ¿no tienes posibilidad de hablar con tu padre?

Kjell guardó silencio un buen rato. Al final, aseguró:

–Por supuesto que sí. Además, te avisaré si tengo noticias de Halvorsen. Y tú me avisarás a mí si consigues algo. ¿Entendido? –dijo con un dedo acusador. No estaba acostumbrado a trabajar en equipo, pero en este caso, veía claramente las ventajas de contar con la ayuda de Erica.

–Comprobaré también los datos con las autoridades –aseguró Erica levantándose–. Y te lo prometo, en cuanto sepa algo, te llamaré. –Empezó a ponerse la cazadora, pero se detuvo a mitad de camino.

–Por cierto, Kjell, hay algo más. No sé si tendrá alguna importancia, pero…

–Dilo, todo puede ser importante –la animó lleno de curiosidad.

–Pues sí, estuve hablando con Herman, el marido de Britta. Se diría que sabe algo de todo esto… Aún no tengo la certeza, pero sí la sensación… Y cuando le hablé de Hans Olavsen, reaccionó de un modo muy extraño, pero me dijo que preguntase a Paul Heckel y a Friedrich Hück. He intentado localizarlos, pero no he encontrado nada. Aunque…

–¿Sí? –preguntó Kjell animándola a seguir.

–Nada, no sé. Juraría que jamás me he topado con ninguno de los dos nombres, pero, aun así, hay algo que me resulta familiar… En fin, no sabría decir qué es.

Kjell tamborileaba en la mesa con el bolígrafo.

–¿Paul Heckel y Friedrich Hück, dices? –preguntó Kjell. Erica asintió y él anotó los nombres en un bloc.

–De acuerdo, lo comprobaré yo también. Pero a mí no me suenan de nada.

–Pues entonces tenemos mucho que hacer –observó Erica sonriendo en el umbral. Era un alivio ser dos en aquella empresa.

–Sí, eso parece –convino Kjell, aunque en tono ausente.

–Nos llamamos –dijo Erica.

–Sí, quedamos en eso –asintió Kjell cogiendo el auricular ya sin mirarla mientras ella se marchaba. Ardía en deseos de llegar al fondo de todo aquello. Su olfato de

periodista le decía que allí había gato encerrado.

–¿Nos reunimos para revisarlo todo de nuevo? –Era la mañana del lunes y en la comisaría reinaba la calma.

–Claro –respondió Gösta levantándose a disgusto–. ¿Paula también?

–Por supuesto –repuso Martin antes de ir a buscarla. Mellberg había salido a pasear con *Ernst*, y Annika parecía ocupada en recepción, de modo que sólo ellos tres se sentaron en la cocina, con todo el material disponible encima de la mesa.

–Erik Frankel –comenzó Martin poniendo el bolígrafo sobre una hoja en blanco del bloc.

–Lo asesinaron en su casa, con un objeto que había allí –dijo Paula, mientras Martin iba escribiendo febrilmente.

–Lo que podría indicar que no fue premeditado –apuntó Gösta. Martin asintió.

–No hay huellas dactilares en el busto que utilizaron como arma homicida, pero tampoco parece que lo hayan limpiado, de modo que el asesino debía de llevar guantes, lo que, por otro lado, podría contradecir la hipótesis de que no fue premeditado –intervino Paula observando lo que Martin anotaba.

–¿De verdad que vas a entender lo que estás escribiendo? –preguntó escéptica, puesto que más bien parecían jeroglíficos o taquigrafía.

–Siempre que luego lo pase a limpio en el ordenador –contestó Martin sonriendo sin dejar de escribir–. Si no, lo llevo claro.

–Erik Frankel murió de un único golpe contundente en la sien –continuó Gösta cogiendo las fotografías del lugar del crimen–. El asesino dejó allí el arma.

–Lo que también induce a pensar que no se trata de un crimen particularmente frío ni calculado de antemano –observó Paula levantándose para servir unos cafés.

–Lo único que hemos podido identificar como fuente de amenazas es su conocimiento del nazismo y el conflicto con la organización neonazi Amigos de Suecia. –Martin echó mano de las cinco cartas, las sacó de la funda de plástico y las extendió sobre la mesa–. Y, además, tenía un vínculo personal con la organización, a través de Frans Ringholm, amigo de la infancia.

–¿Tenemos algo que relacione a Frans con el asesinato? ¿Lo que sea? –Paula contemplaba las cartas como si quisiera hacerlas hablar.

–Pues no sé. Tres de sus amigos nazis aseguran que estaba con ellos en Dinamarca cuando se cometió el asesinato. Desde luego, no es una coartada sin fisuras, si es que alguna lo es, pero no tenemos pruebas físicas en que apoyarnos. Las pisadas que hallamos en el lugar del crimen pertenecían a los dos muchachos que encontraron el cadáver; por lo demás, no había ni pisadas ni huellas dactilares ni nada por el estilo, salvo lo que esperábamos encontrar.

–¿Vas a traer el café o piensas quedarte ahí con la cafetera en la mano? –preguntó

Gösta, pues Paula no se había movido de donde estaba.

–Di «por favor» y te pongo un café –lo retó Paula. Gösta gruñó disgustado y masculló un «por favor».

–Luego está el tema de la fecha –prosiguió Martin dándole a Paula las gracias por el café con un gesto–. Hemos podido establecer con bastante certeza que Erik Frankel murió entre el 15 y el 17 de junio. Dos días de margen. Y luego siguió allí, puesto que su hermano estaba de viaje y él no había quedado con nadie. Podría haberlo hecho con Viola, con la que Erik había roto poco antes, según nos contó ella.

–¿Y nadie ha visto nada? Gösta, ¿has hablado con los vecinos de los alrededores? ¿Ningún coche desconocido que alguien viese por allí, quizá? ¿Ningún sospechoso al que hayan visto merodeando? –Martin lo miraba inquisitivo.

–No hay tantos vecinos a los que preguntar –masculló Gösta.

–¿Debo interpretarlo como una negativa?

–He hablado con todos los vecinos y ninguno ha visto nada.

–Vale, entonces no nos ocuparemos más de eso, por ahora –resolvió Martin con un suspiro antes de tomar un sorbo de café.

–Bien, veamos el caso de Britta Johansson. Desde luego, resulta muy curioso el hecho de que tuviera relación con Erik Frankel. Y con Frans Ringholm, por cierto. Claro que se trata de una relación de hace muchos años, pero tenemos listas de llamadas telefónicas que demuestran que hubo cierto contacto entre ellos en junio, y que tanto Frans como Erik vieron a Britta por esa fecha. –Martin hizo una pausa y miró a los demás animándolos–. ¿Por qué eligieron justo aquel momento para retomar el contacto después de sesenta años? ¿Debemos creer al marido de Britta cuando afirma que fue porque su mujer se hallaba cada vez más enferma y que, por esa razón, deseaba recordar los viejos tiempos?

–Es mi opinión personal, pero yo creo que eso es mentira –aseveró Paula cogiendo un paquete de galletas Ballerina sin empezar. Tiró del hilo de plástico para abrirlo y cogió tres galletas antes de pasar el paquete–. No me creo ni una palabra de esa historia. Creo que, si pudiéramos averiguar por qué se vieron, este caso estaría mucho más claro. Pero Frans calla como una tumba, y Axel se aferra a la misma versión que Herman.

–Otro dato que no debemos olvidar es el de las transferencias –apuntó Gösta al tiempo que, con precisión quirúrgica, retiraba la galleta en forma de rosquilla de la galleta de debajo y lamía con fruición la crema de chocolate que la cubría–. En lo que se refiere al asesinato de Frankel, quiero decir.

Martin miró a Gösta con asombro. Ignoraba que estuviese al corriente de esa parte de la investigación, puesto que, por lo general, adoptaba la estrategia de «yo sólo me entero de la información que me obligan a conocer».

–Sí, Hedström nos echó una mano con eso el sábado –dijo Martin sacando las

notas que había tomado cuando Patrik lo llamó para informar de lo sucedido en casa de Wilhelm Fridén.

–Ajá, ¿y qué sacó en limpio? –Gösta cogió otra galleta e hizo la misma operación. Retiró con mucho cuidado la superior y lamió la crema de chocolate, dejando a un lado la rosquilla y la galleta.

–Pero Gösta, no puedes hacer eso, comerte el relleno de chocolate y dejar la galleta, ¿no? –protestó Paula enojada.

–¿Qué te pasa? ¿Eres la policía de las galletas Ballerina? –replicó Gösta cogiendo, retador, otra galleta. Paula resopló por toda respuesta, pero apartó el paquete de galletas y lo dejó en la encimera, fuera del alcance de Gösta.

–Por desgracia, no sacó mucho en claro –admitió Martin–. Wilhelm Fridén murió hace un par de semanas y ni su viuda ni su hijo sabían nada de las transferencias. Desde luego, no es posible saber si dijeron la verdad, pero a Patrik le pareció verosímil cuanto dijeron. En cualquier caso, el hijo ha prometido pedirle al abogado de la familia que envíe los documentos del padre, así que, con un poco de suerte, puede que ahí encontremos algo.

–¿Y el hermano de Erik? ¿Tampoco él sabía nada de los pagos? –preguntó Gösta con una mirada lujuriosa hacia el paquete de galletas que estaba en la encimera, como sopesando si mover el trasero e ir a buscarlo.

–Llamamos por teléfono a Axel y le preguntamos –respondió Paula lanzándole a Gösta una mirada de advertencia–. Pero no tenía ni idea de a qué podían deberse.

–¿Y nosotros nos lo creemos? –Gösta calculaba la distancia entre la silla y la encimera. Un salto veloz quizá funcionase.

–Pues no lo sé, la verdad. Me cuesta calibrarlo. ¿Qué te pareció a ti, Paula? –Martin se volvió hacia la colega. Y mientras ella reflexionaba, Gösta vio su oportunidad. Se levantó de un salto y se abalanzó sobre el paquete. Pero Paula reaccionó con la velocidad de un reptil y lo agarró con la mano izquierda.

–De eso nada, amigo, ese truco no funciona… –repuso desafiante guiñándole un ojo. Gösta no pudo evitar sonreírle. Empezaba a gustarle su forma de comunicarse.

Paula se volvió hacia Martin con el paquete de Ballerina bien sujeto entre las rodillas.

–Sí, estoy de acuerdo, Axel resulta difícil de interpretar… Así que bueno, no lo sé –reconoció Paula meneando la cabeza.

–Volvamos a Britta –intervino Martin al tiempo que escribía en el bloc «BRITTA», con mayúsculas y subrayado–. La que considero nuestra mejor pista es que, por suerte, Pedersen ha encontrado bajo las uñas lo que seguramente es el ADN del asesino. Y lo más probable es que le diera unos buenos arañazos en los brazos o en la cara a quien la asfixió. Esta mañana hemos estado interrogando a Herman un momento, y no presentaba ningún arañazo. Además, nos dijo que ya estaba muerta

cuando llegó a casa, que tenía la almohada en la cara.

–Pero insiste en que es responsable de su muerte –apuntó Paula.

–¿Y qué quiere decir con eso? –preguntó Gösta con el ceño fruncido–. ¿Estará protegiendo a alguien?

–Sí, eso es lo que pensamos. –Paula se ablandó un poco y le pasó a Gösta el paquete de galletas–. Ahí tienes, *knock yourself out*.

–¿Cómo que «noc»? –se extrañó Gösta, cuyos conocimientos de inglés se limitaban a los términos relacionados con el golf, aunque, también en ese ámbito, la pronunciación dejase mucho que desear.

–Eh… Olvídalo, tú lame el chocolate, anda –dijo Paula.

–Luego tenemos las huellas –continuó Martin, que escuchaba divertido la cariñosa discusión entre Gösta y Paula. O mucho se equivocaba, o el viejo colega empezaba a ablandarse.

–Hemos encontrado una única huella en uno de los botones del almohadón. No es para tirar cohetes –objetó Gösta sombrío.

–Así, aislada, no es mucho. Pero si la huella procede de la misma persona que ha dejado el ADN bajo las uñas de Britta, a mí me parece muy esperanzador –observó Martin subrayando la sigla «ADN» en el bloc.

–¿Cuándo estará listo el perfil del ADN? –quiso saber Paula.

–El jueves, según el laboratorio –respondió Martin.

–Vale, pues luego hacemos una ronda de toma de muestras de saliva –propuso Paula estirando las piernas. A veces se preguntaba si no serían contagiosos los síntomas del embarazo de Johanna. Hasta ahora, había sufrido tirones en las piernas, pequeñas contracturas y un apetito voraz.

–¿Y tenemos algún candidato para la prueba de saliva? –preguntó Gösta, que ya iba por la quinta galleta.

–Yo pensaba principalmente en Axel y Frans.

–¿De verdad que vamos a esperar hasta el jueves? Luego nos llevará un tiempo obtener el resultado. Y las heridas se curan, así que deberíamos echarles un vistazo cuanto antes –sugirió Gösta.

–Bien pensado, Gösta –lo felicitó Martin muy asombrado–. Lo haremos mañana mismo. ¿Algo más? ¿Qué es eso que hemos pasado por alto?

–¿Qué es eso que hemos pasado por alto? –Se oyó una voz desde la puerta. Mellberg entró seguido de *Ernst*, que iba jadeando ligeramente. El animal olisqueó enseguida los trozos de galleta que Gösta había desechado y se acercó corriendo a sentarse suplicante a sus pies. La actitud pedigüeña del chucho dio resultado y las galletas se esfumaron de un lametón.

–Sólo estábamos haciendo un repaso, tratamos de averiguar si hemos pasado algo por alto –contestó Martin señalando los documentos que tenían encima de la mesa–.

Justo estábamos diciendo que mañana tendremos que tomarle una muestra de saliva a Axel y a Frans.

–Sí, sí, adelante –aprobó Mellberg impaciente, temeroso de que lo arrastraran al trabajo real–. Seguid con lo que tenéis entre manos. Tiene buena pinta. –Dicho esto, llamó a *Ernst*, que, meneando la cola, lo siguió hasta su despacho. Una vez allí, el animal se tumbó en su lugar habitual, a los pies de Mellberg, bajo el escritorio.

–Lo de encontrar a alguien que se haga cargo del chucho parece haber caído en el olvido –comentó Paula riendo.

–Creo que podemos contar con que el perro ya tiene quien se haga cargo de él. Aunque a saber quién se ocupa de quién, en realidad. Además, corre el rumor en el pueblo de que Mellberg se ha convertido en el rey de la salsa, a su edad –dijo Gösta entre risitas.

Martin bajó la voz y les reveló en un susurro:

–Sí, ya nos hemos dado cuenta… Y esta mañana, cuando entré en su despacho, me lo encontré sentado en el suelo «haciendo estiramientos».

–Anda ya, estás de broma –repuso Gösta con los ojos como platos–. ¿Y cómo coño se las arreglaba?

–Pues mal –admitió Martin muerto de risa–. Se supone que quería tocarse con las manos las puntas de los pies, pero se lo impedía la barriga. Eso por nombrar sólo una razón.

–Oye, que es mi madre la que da el curso de salsa al que asiste Mellberg –advirtió Paula en tono recriminatorio. Gösta y Martin la miraron perplejos–. Y mi madre lo invitó el otro día a comer en casa… y he de decir que fue bastante agradable –concluyó.

Martin y Gösta estaban boquiabiertos.

–¿Que Mellberg va a las clases de salsa que organiza tu madre? ¿Y que ha ido a almorzar a tu casa? Te veo llamando a Mellberg «papá» –dijo Martin entre carcajadas, que Gösta secundó de buena gana.

–Venga, ya vale –protestó Paula poniéndose de pie malhumorada–. Bueno, ya hemos terminado, ¿no? –Dicho esto, salió muy digna de la habitación. Martin y Gösta se miraron desconcertados, pero enseguida estallaron en nuevas carcajadas. Aquello era demasiado bueno para ser verdad.

El fin de semana había desencadenado la guerra declarada. Dan y Belinda se lo pasaron gritándose y Anna pensó que iba a estallarle la cabeza con tanto jaleo. Tuvo que llamarlos al orden varias veces y pedirles que tuvieran consideración con Emma y Adrian, y, por suerte, el argumento resultó efectivo. Aunque Belinda no estuviese dispuesta a admitirlo sin ambages, Anna se había percatado de que le gustaban sus hijos, lo que, a sus ojos, redimía a la jovencita de su rebeldía adolescente. Además, en

ciertas ocasiones le parecía que Dan no comprendía exactamente lo que la mayor de sus hijas estaba pasando ni por qué reaccionaba así. Era como si hubiesen llegado a un punto muerto, del que ninguno de los dos supiera salir. Anna suspiraba mientras iba recogiendo los juguetes que los niños, con precisión admirable, habían logrado esparcir por cualquier espacio libre de mobiliario.

Por si fuera poco, los últimos días había tenido que asimilar la certeza de que Dan y ella iban a tener un hijo. Las ideas se precipitaban en su mente como un huracán y tuvo que invertir no poca energía en aplacar el miedo que aquello le inspiraba. Además, había empezado a sentirse tan mareada como en los embarazos anteriores. No vomitaba con la misma frecuencia, pero se pasaba los días con una pertinaz sensación de angustia en el estómago, como de mareo a bordo de un barco. Dan se mostró preocupado al advertir que Anna no tenía tanto apetito como era habitual en ella, y la perseguía como la mamá gallina a sus polluelos, intentando tentarla con diversos platos.

Anna se sentó en el sofá y apoyó la cabeza en las rodillas, mientras trataba de concentrarse en respirar para mantener a raya las náuseas. Durante el último embarazo, el de Adrian, las náuseas persistieron hasta el sexto mes. Aquello se le hizo eterno… En el piso de arriba volvió a oír voces airadas que subían y bajaban de volumen, como acompañamiento a la música atronadora de Belinda. No lo soportaba más. Sencillamente, no lo soportaba más. Sintió las arcadas y la boca se le llenó del agrio sabor a bilis. Se levantó a toda prisa y se dirigió corriendo al baño de la planta baja y, de rodillas ante el retrete, intentó deshacerse de aquello que subía y bajaba por la garganta… Pero sin resultado. Sólo produjo arcadas vacías que no le procuraron el menor alivio.

Se levantó resignada, se limpió la boca con la toalla y se miró en el espejo del baño. Se asustó al verse. Estaba tan pálida como la toalla blanca que tenía en la mano y tenía los ojos abiertos y desencajados. Más o menos como cuando vivía con Lucas. Aun así, ahora era todo bien distinto. Mucho mejor. Se pasó la mano por la barriga, aún plana. Tantas esperanzas. Y tanto miedo. Todo concentrado en un punto diminuto alojado en su barriga, en su vientre. Algo tan indefenso, tan pequeño. Claro que había acariciado la idea de tener hijos con Dan, pero aún no, no tan pronto. Algún día, en un futuro lejano y por determinar. Cuando las cosas se hubiesen calmado y estabilizado. Pese a todo, no se le pasó por la cabeza ponerle remedio ahora que había ocurrido. El lazo estaba ya establecido. Ese lazo invisible y frágil, y, al mismo tiempo, inquebrantable entre ella y aquello que aún no era visible al ojo humano. Respiró hondo y salió del baño. Fuera, las voces airadas se trasladaban escaleras abajo, hacia el vestíbulo.

–O sea, que sólo voy a ir a casa de Linda, ¿cómo coño puede ser tan difícil de entender? Amigas sí podré tener, ¿no? ¿O es que ni eso puedo hacer, viejo pesado?

Anna oyó literalmente a Dan tomar impulso para darle una respuesta contundente, cuando se le acabó la paciencia. Con un par de zancadas, llegó hasta donde se encontraban padre e hija y proclamó a los cuatro vientos:

–¡Vosotros dos, cerrad la BOCAZA ahora mismo! ¿Entendido? ¡Os estáis portando como dos niños pequeños, y eso se va a terminar a la de YA! ¡Ahora mismo! –Hablaba amonestándolos con un dedo acusador, y continuó antes de que ninguno de los dos atinase a interrumpirla–. ¡Tú, Dan, vas a dejar de gritarle a Belinda, y comprenderás que no puedes encerrarla en una torre y arrojar la llave al mar! ¡Tiene diecisiete años y es normal que quiera salir y ver a sus amigas!

El rostro de Belinda se iluminó con una amplia sonrisa de satisfacción, pero Anna no había terminado.

–¡Y tú vas a dejar de comportarte como una niña pequeña y vas a empezar a actuar como una adulta, si es que quieres que se te trate como tal! Y no quiero oír ni una queja más sobre el hecho de que los niños y yo vivamos aquí, porque así son las cosas, vivimos aquí quieras o no, y estamos dispuestos a ser amigos tuyos, ¡si nos das una oportunidad!

Anna hizo una pausa para recobrar el aliento y continuó en un tono que dejó aterrados a Dan y a Belinda, y firmes como soldaditos de plomo:

–Y, además, si tu plan es que mis hijos y yo nos larguemos de aquí, ya puedes olvidarlo, porque tu padre y yo vamos a tener un hijo, de modo que mis hijos y tú y tus hermanas quedaréis unidos por un medio hermano. Y yo tengo muchísimo interés en que nos llevemos bien, pero no puedo hacerlo sola, ¡tenéis que ayudarme! Pase lo que pase y me aceptes o no, en esta casa nacerá un bebé en primavera, y ¡os garantizo que no pienso aguantar esta situación hasta entonces, joder! –Anna rompió a llorar sin poder contenerse mientras padre e hija la miraban como petrificados. Al cabo de unos instantes, Belinda dejó escapar un sollozo, clavó la mirada en Dan y Anna y salió a todo correr hacia la calle, dando un portazo.

–Estupendo, Anna. ¿De verdad crees que ha sido lo mejor? –preguntó Dan en tono cansino. Emma y Adrian también habían reaccionado al alboroto y se habían asomado al pasillo totalmente desconcertados.

–Bah, vete a la mierda –le soltó Anna cogiendo una cazadora. Por segunda vez en pocos minutos, la puerta se cerró de un portazo.

–¡Hola! ¿Dónde has estado? –Patrik le abrió la puerta a Erica y le dio un beso en los labios. Maja también quería un beso, y corrió hacia ella tambaleándose con los brazos extendidos.

–Podría decir sin exagerar que he mantenido dos conversaciones interesantes –declaró Erica quitándose la cazadora antes de seguir a Patrik camino de la sala de estar.

–Ajá, ¿sobre qué? –preguntó Patrik con curiosidad. Se sentó en el suelo y continuó con lo que estaban haciendo Maja y él cuando llegó Erica, a saber: construir la torre de bloques más alta del mundo.

–¿No sería más bien Maja quien debería practicar con los bloques? –rio Erica sentándose con ellos. Observó muerta de risa cómo su marido, muy concentrado, intentaba colocar un bloque rojo en la cima de una torre que ya era más alta que Maja.

–Chist… –le advirtió Patrik con la punta de la lengua asomando por la comisura de los labios, mientras con toda la firmeza de que era capaz colocaba la pieza en la cima de tan inestable construcción.

–Maja, ¿le alcanzas a mamá el bloque amarillo? –le susurró Erica a la pequeña en plan teatral, señalando el bloque que había en la base. A Maja se le iluminó la cara ante la idea de hacerle un favor a mamá, se inclinó y sacó rauda la pieza, lo que provocó el derrumbe inmediato de la construcción que con tanto cuidado había levantado papá.

Patrik se quedó con la pieza en el aire.

–Oye, muchas gracias –dijo escuetamente mirando a Erica con fingido encono–. ¿Tienes idea de cuánta habilidad es preciso desplegar para construir una torre tan alta como esa? ¿La precisión milimétrica y la firmeza necesarias?

–Vaya, parece que hay alguien aquí que empieza a entender a qué me refería todo el año pasado cuando me quejaba de estar infravalorada, ¿no?

–Ummm… Sí, empiezo a comprenderlo –reconoció Patrik besando a su mujer, aunque con algo de lengua en esta ocasión. Erica correspondió al envite y lo que empezó como un beso fue ampliándose a tímidas caricias que no se interrumpieron hasta que Maja tiró una de las piezas a la cabeza de Patrik con certera puntería.

–¡Ay! –exclamó llevándose la mano a la cabeza y señalando a Maja con un dedo acusador–. ¿Qué comportamiento es ese? ¡Mira que tirarle bloques de madera a papá! Para una vez que tiene ocasión de morrearse con mamá…

–¡Patrik! –exclamó Erica dándole un manotazo en el hombro–. ¿Tú crees que es apropiado enseñarle a la niña la palabra «morrearse», a su edad?

–Si quiere tener hermanitos, no le quedará más remedio que acostumbrarse al espectáculo de ver morrearse a papá y a mamá –sentenció Patrik. Y Erica le vio ese destello tan particular en la mirada…

Y se puso de pie.

–Lo de los hermanitos vamos a tomárnoslo con calma por un tiempo. Pero lo que sí podemos hacer es practicar un poco esta noche… –Le propuso con un guiño antes de encaminarse a la cocina. Por fin habían logrado reactivar en serio esa parte de la vida en común. Era inenarrable el efecto devastador que la llegada de un bebé podía desencadenar en la vida sexual de la pareja, pero después de un año de gran penuria

en ese ámbito, la cosa empezaba a rodar de nuevo. Aunque, claro, tras haber pasado un año en casa con la pequeña, a Erica ni se le había pasado por la cabeza lo de darle hermanitos. Sentía la necesidad de aterrizar de nuevo en la vida adulta, antes de volver al mundo infantil.

–Bueno, ¿y qué conversaciones tan interesantes son esas que decías? –quiso saber Patrik dirigiéndose también a la cocina.

Erica le refirió las dos excursiones que había hecho aquel día a Uddevalla, y lo que había sacado en claro de ellas.

–Es decir, que no te suenan los nombres, ¿no? –preguntó Patrik con el ceño fruncido tras oír lo que le había dicho Herman.

–Sí, eso es lo más extraño. No recuerdo haberlos oído y, aun así, hay algo que… No sé. Paul Heckel y Friedrich Hück. Me suenan de algo, a pesar de todo.

–Y Kjell Ringholm y tú habéis hecho frente común para intentar localizar al tal… Hans Olavsen, ¿no es eso? –preguntó Patrik escéptico. Erica comprendió adónde quería ir a parar.

–Sí, ya sé que parece rebuscado. No tengo ni idea de cuál fue su papel, pero algo me dice que es importante. Y, bueno, aunque no guarde relación con los asesinatos, pareció ser importante para mi madre y, por lo que a mí respecta, así fue como empezó todo. Lo único que me interesa es averiguar más cosas sobre ella.

–Sí, vale, pero ten cuidado –le aconsejó Patrik mientras ponía una olla con agua al fuego–. En fin, ¿quieres un té?

–Sí, gracias –Erica se sentó a la mesa–. ¿Cuidado? ¿A qué te refieres?

–Pues que, según tengo entendido, Kjell es un periodista bastante curtido, así que procura que no te utilice sin dar nada a cambio.

–Bah, no sé cómo iba a hacer tal cosa. Claro que puede quedarse con la información que yo le dé y no darme nada a cambio, pero eso es lo peor que podría pasar, supongo. Hemos acordado que yo hablaré del noruego con Axel Frankel y, además, comprobaré si figura en los archivos suecos; y él hablará con su padre. Aunque no asumió la tarea con gritos de júbilo, precisamente.

–No, esos dos no parecen mantener buenas relaciones –convino Patrik mientras servía el agua hirviendo en dos tazas con sendas bolsitas de té–. He leído bastantes de los artículos que ha escrito, y la verdad es que crucifica a su padre de todas todas.

–Pues entonces será una charla interesante –repuso Erica lacónica cogiendo la taza que le daba Patrik. Mientras sorbía el té ardiendo, se quedó mirándolo. En la sala de estar se oía el parloteo de Maja con un interlocutor desconocido. Seguramente la muñeca, que, en los últimos días, siempre había tenido consigo.

–¿Cómo te sientes al no participar en el trabajo de la comisaría, dadas las circunstancias? –preguntó.

–Mentiría si dijera que no es difícil, pero soy consciente de la oportunidad que

supone poder estar en casa con Maja, y el trabajo seguirá esperándome cuando vuelva. Bueno, no es que desee que se produzcan más asesinatos que investigar, pero… en fin, ya sabes a qué me refiero.

–¿Y qué tal le va a Karin? –se interesó Erica esforzándose por usar el tono más neutro posible.

Patrik tardó unos segundos en responder. Luego dijo:

–No lo sé. Parece… triste. No creo que las cosas hayan resultado como ella esperaba, y ahora se encuentra en una situación que… no, no sé. La verdad es que me da un poco de pena.

–¿Se arrepiente de haberte perdido? –quiso saber Erica aguardando tensa la respuesta. En realidad, nunca habían hablado de su matrimonio con Karin, y las pocas veces que intentó preguntarle algo, Patrik respondió en tono seco y con monosílabos.

–No, no lo creo. O bueno… no sé. Creo que lamenta lo que hizo, y que yo los sorprendiera como los sorprendí. –Se rio y su voz resonó con un punto de amargura al recrear en la mente una imagen que llevaba mucho tiempo sin recordar y que creía superada–. Pero no sé… El que hiciera lo que hizo dependió en gran medida de que ya no estábamos del todo bien.

–¿Y tú crees que ahora se acuerda de aquello? –insistió Erica–. A veces tenemos tendencia a magnificar las cosas al cabo del tiempo.

–Sí, claro, a mí me parece que lo recuerda. Seguro que sí –afirmó, aunque un tanto dudoso–. Bueno, ¿y cuál es el plan para mañana? –dijo para cambiar de tema.

Erica comprendió que esa era su intención y decidió respetarlo.

–Estaba pensando en ir a casa de Axel y hablar con él. Y llamar al censo y a las autoridades tributarias, para preguntar por Hans.

–Oye, oye, ¿y tú no ibas a escribir un libro? –rio Patrik, aunque sonó un tanto preocupado.

–Aún tengo tiempo de sobra para eso, sobre todo cuando ya he hecho la mayor parte del trabajo de investigación. Y me cuesta concentrarme en el libro mientras no me libre de esta idea fija, así que tú déjame…

–Vale, vale –aceptó Patrik con las manos en alto, como si acabara de rendirse–. Ya eres mayorcita y sabes distribuir el tiempo. La pequeña y yo nos ocupamos de lo nuestro, y tú, de lo tuyo. –Se levantó y le dio un beso a Erica en la cabeza al pasar a su lado.

–Voy a construir otra obra de arte. Había pensado en una copia del Taj Mahal en tamaño natural.

Erica meneó la cabeza riéndose. A veces se preguntaba si el hombre con el que se había casado no estaría loco de remate. Lo más probable, se dijo.

Anna la divisó de lejos. Una figura menuda y solitaria en el extremo de uno de los

pontones. No había salido con la intención de ir en busca de Belinda, pero en cuanto la vio, al bajar la loma de Galärbacken, decidió que debía ir a hablar con ella.

Belinda no la oyó llegar. Estaba sentada fumándose un cigarro y tenía al lado un paquete de Gula Blend y una caja de cerillas.

–Hola –la saludó Anna.

Belinda se sobresaltó. Miró el cigarrillo que tenía en la mano como sopesando por un instante si esconderlo, pero finalmente resolvió llevárselo a los labios con gesto rebelde antes de dar una buena calada.

–¿Me das uno? –preguntó Anna sentándose a su lado.

–¿Pero tú fumas? –dijo Belinda extrañada, aunque le ofreció el paquete.

–Fumaba. Fui fumadora durante cinco años. Pero mi… exmarido… A él no le gustaba –dijo por decir algo. Al principio, en una ocasión en que Lucas la sorprendió fumando a escondidas, le apagó el cigarrillo en el pliegue interior del codo. Aún se apreciaba vagamente la cicatriz.

–No le dirás nada de esto a mi padre, ¿verdad? –preguntó Belinda con descaro agitando el cigarrillo. Aunque luego añadió un sumiso «por favor».

–Si tú no te chivas de lo mío, yo no me chivo de lo tuyo –le aseguró Anna cerrando los ojos mientras aspiraba el humo de la primera calada.

–¿De verdad que vas a fumar? Por lo del niño… digo… –observó Belinda sonando de pronto como una ancianita indignada.

Anna rompió a reír.

–Este será el primer cigarrillo y el último que me fume durante el embarazo, te lo prometo.

Guardaron silencio un rato soltando el humo hacia las aguas del mar. Ya se había esfumado del todo el calor estival, ahora reemplazado por el crudo frío del mes de septiembre. Pero al menos no soplaba el viento, y el agua yacía reluciente ante ellas. El puerto aparecía desolado, con tan sólo unos barcos en los amarraderos en lugar de, como en verano, dobles hileras de embarcaciones.

–No es fácil, ¿verdad? –continuó Anna sin apartar la vista del mar.

–¿El qué? –soltó Belinda con acritud, aún insegura de qué actitud adoptar.

–Ser pequeño. Y casi adulto al mismo tiempo.

–Bah, ¿y qué sabrás tú de eso? –replicó Belinda arrojando una piedrecilla al agua de una patada.

–No, claro, yo nací con la edad que tengo ahora –rio Anna dándole a Belinda un empujón cómplice en el costado. Anna vio recompensado el gesto con una sonrisa leve, levísima, que, no obstante, desapareció enseguida. Anna la dejó tranquila; que ella decidiera el ritmo. Permanecieron en silencio varios minutos, hasta que Anna vio con el rabillo del ojo que Belinda empezaba a mirarla.

–¿Tienes muchas náuseas?

Anna asintió.

–Como un turón mareado en un barco.

–¿Y por qué iba un turón a marearse en barco? –resopló Belinda.

–¿Por qué no? ¿Tienes pruebas de que los turones no se mareen a bordo? En ese caso, quiero pruebas. Porque yo me siento así, exactamente, como un turón mareado.

–Bah, estás de broma –repuso Belinda, sin poder evitar la risa.

–Bueno, bromas aparte, me encuentro fatal.

–Mi madre lo pasó fatal con Lisen. Yo era lo bastante mayor para recordarlo. Estaba… Perdón, tal vez no debería hablar de cuando mi madre y mi padre… –Guardó silencio, un tanto avergonzada, echó mano de otro cigarrillo y lo encendió cubriéndolo con las manos.

–¿Sabes qué? No tengo ningún inconveniente en que hables de tu madre. Puedes hablar de ella todo lo que quieras. No me plantea ningún problema que Dan haya tenido su vida antes de conocerme a mí. Además, en esa vida os tuvo a vosotras tres. Con tu madre. Así que créeme, no tienes por qué sentirte como si estuvieras traicionando a tu padre por querer a tu madre. Y te prometo que no me tomaré a mal que hables de Pernilla. Lo más mínimo. –Anna posó una mano en la mano que Belinda tenía apoyada en el muelle. Al principio, la muchacha pareció seguir el impulso de retirarla, pero luego la dejó. Al cabo de unos segundos, Anna levantó la mano y cogió otro cigarrillo. Serían dos los palitos venenosos de este embarazo. Pero luego, se acabó. Se acabó por completo.

–A mí se me da estupendamente echar una mano con los niños pequeños –aseguró Belinda mirando a Anna a la cara–. Cuando Lisen era pequeña, ayudé un montón a mi madre.

–Sí, Dan me lo ha contado. Me dijo que tu madre y él casi tenían que mandarte a la calle a jugar, porque preferías quedarte cuidando a tu hermanita. Y, además, me dijo que lo hacías fenomenal, o sea, que espero poder contar con algo de ayuda para la primavera. Te reservaré todos los pañales de caca –prometió dándole otro empujón en el costado a Belinda, que, en esta ocasión, se lo devolvió risueña.

Con la sonrisa en los ojos, repuso:

–Lo siento, sólo aceptaré pañales de pipí. *Deal?* –preguntó ofreciéndole la mano.

–*Deal*. Los de pipí son para ti. –Luego añadió–: Los de caca, para tu padre.

Sus risas resonaron sobrevolando el puerto desolado.

Anna recordaría siempre aquel instante como uno de los mejores de su vida. El instante en que empezó el deshielo.

Axel estaba haciendo la maleta cuando llegó. La recibió en la puerta con una camisa en cada mano; de una de las puertas del pasillo colgaba un portatrajes.

–¿Se va de viaje? –se sorprendió Erica.

Axel asintió mientras colgaba las camisas con cuidado, para evitar que se arrugaran.

–Sí, tengo que volver al trabajo. Regreso a París el viernes.

–¿Y puede marcharse sin saber quién… ? –dejó la pregunta flotando en el aire, inconclusa.

–No tengo elección –respondió él con amargura–. Por supuesto que volveré a casa en el primer vuelo disponible tan pronto como la policía me necesite para lo que sea. Pero tengo que volver al trabajo. Y… no es muy constructivo que digamos pasarse los días sentado cavilando. –Se frotó los ojos con gesto cansino y Erica advirtió lo agotado que parecía. Era como si hubiese envejecido varios años desde la última vez que lo vio.

–Sí, puede que le siente bien apartarse un poco de todo esto –le dijo en tono amable. Luego vaciló un instante, pero al fin se atrevió–: Tengo unas preguntas que hacerle sobre varios temas que me gustaría comentar con usted. ¿Podríamos hablar unos minutos? Si se encuentra con fuerzas…

Axel asintió cansado, resignado, y la invitó a pasar. Erica se detuvo junto al sofá del porche donde se sentaron la última vez, pero en esta ocasión Axel la condujo hasta la sala.

–¡Qué habitación más bonita! –exclamó mirando a su alrededor sobrecogida. Era como entrar en un museo de un tiempo remoto. Todo en aquella estancia respiraba la atmósfera de los años cuarenta, y aunque estaba ordenada y limpia, flotaba en el ambiente un aroma a antigüedad.

–Sí, bueno, ni a mis padres ni a Erik ni a mí nos entusiasman los objetos modernos. Mis padres nunca emprendieron grandes reformas en la casa, y mi hermano y yo, tampoco. Además, a mí me parece que fue un período en el que había objetos muy hermosos, así que no veo la necesidad de cambiar ninguno de los muebles por otros más modernos y, para mi gusto, más feos –aseguró acariciando pensativo un escritorio elegantísimo.

Se sentaron en un sofá en tonos marrones. No era muy cómodo, sino que obligaba a quien lo usaba a mantenerse tieso y bien erguido.

–Quería preguntarme algo, ¿no? –inquirió Axel amable, aunque con un tono de impaciencia.

–Sí, eso es –respondió Erica un tanto avergonzada de repente. Era la segunda vez que iba a importunar a Axel Frankel con sus preguntas, cuando el hombre tenía muchas otras cosas por las que preocuparse… Pero, al igual que en la ocasión anterior, resolvió que, ya que se encontraba en su casa, bien podía solventar lo que la había llevado allí.

–Verá, he estado buscando documentación sobre mi madre y, por tanto, también sobre sus amigos: su hermano, Frans Ringholm y Britta Johansson.

Axel asintió, y giraba los pulgares mientras esperaba a que Erica continuase.

–Hubo una persona que se convirtió en parte del grupo.

Axel seguía en silencio.

–Hacia el final de la guerra, llegó a Fjällbacka un joven de la resistencia noruega a bordo del barco de mi abuelo… El mismo barco en el que sé que usted también viajó muchas veces.

Axel la miraba sin pestañear, pero Erica se percató de que se ponía tenso cuando la oyó mencionar aquellos viajes suyos a Noruega.

–Su abuelo era un buen hombre –aseguró Axel en voz baja al cabo de un instante, con las manos quietas sobre las rodillas–. Una de las mejores personas que he conocido jamás.

Erica no conoció a su abuelo y le encantó oír palabras tan elogiosas sobre su persona.

–Tengo entendido que cuando Hans Olavsen vino aquí en el barco de mi abuelo usted estaba prisionero. Él llegó en 1944 y, por lo que hemos averiguado, se quedó hasta poco después del final de la guerra.

–Perdone, ¿«hemos averiguado»? –la interrumpió Axel–. ¿Quiénes han averiguado? –interrogó en tono suspicaz.

Erica dudó un instante, antes de responder:

–Me refiero a la persona que me ha ayudado a documentarme, Christian, el bibliotecario de Fjällbacka. Sólo eso. –No quiso mencionar a Kjell y Axel pareció aceptar su explicación.

–Sí, entonces estaba prisionero –confirmó Axel, de nuevo un tanto rígido, como si todos los músculos del cuerpo recordasen de repente a qué los habían expuesto y reaccionasen encogiéndose.

–¿Llegó a conocerlo?

Axel negó con un gesto.

–No, cuando yo volví, él ya se había marchado.

–¿Y cuándo regresó usted a Fjällbacka?

–En junio de 1945, en los autobuses blancos.

–¿Los autobuses blancos? –preguntó Erica, aunque enseguida le acudió a la mente el recuerdo de algo que había aprendido en las clases de historia, y en lo que Folke Bernadotte estuvo involucrado en alguna medida.

–Fue una acción emprendida por Folke Bernadotte[*] –explicó Axel, confirmando así el vago recuerdo de Erica–. Organizó la retirada de prisioneros escandinavos de los campos de concentración alemanes. Eran autobuses blancos con cruces rojas pintadas en el techo y en los laterales, para que no los confundieran con objetivos militares.

–Pero ¿existía el riesgo de que los tomaran por objetivos militares cuando

recogían a prisioneros después de finalizada la guerra? –preguntó Erica desconcertada.

Axel sonrió afable ante su ignorancia y empezó a girar los pulgares de nuevo.

–Los primeros autobuses empezaron a recoger presos ya en marzo y abril de 1945, tras una serie de negociaciones con los alemanes. Quince mil prisioneros regresaron a casa en ese viaje. Desde el fin de la guerra, recogieron a otros diez mil en mayo y junio. Yo vine con la última tanda. En junio de 1945. –El cúmulo de datos le otorgó un toque impersonal, pero bajo el tono distante de su voz Erica percibió el eco del horror vivido.

–Pero Hans Olavsen desapareció en junio de 1945. Es decir, debió de partir justo antes de que usted volviera, ¿no?

–Debió de ser cuestión de días –asintió Axel–. Pero me perdonarás si se me enturbia la memoria a la hora de recordar ese dato. Digamos que estaba muy… que estaba extenuado cuando volví.

–Sí, lo comprendo –dijo Erica bajando la mirada. Estar hablando con una persona que había visto los campos de concentración desde dentro le producía una sensación muy extraña–. ¿Le dijo su hermano algo de él? ¿Algo que recuerde? Cualquier cosa. En realidad, no tengo datos que lo confirmen, pero sí la sensación de que Erik y sus amigos salían a menudo con Hans Olavsen mientras estuvo en Fjällbacka.

Axel miró por la ventana, como intentando hacer memoria. Ladeó la cabeza y frunció ligeramente el ceño.

–Creo recordar que hubo algo entre el noruego y su madre, y espero que no le moleste que lo diga.

–En absoluto –aseguró Erica subrayando su respuesta con un gesto–. Hace una eternidad y, además, se trata de una información que ya tenía.

–Vaya, entonces no tengo la memoria tan endeble como a veces temo –repuso sonriendo y volviendo la vista hacia Erica–. Sí, estoy bastante seguro de que Erik me contó que entre Elsy y Hans hubo un romance.

–¿Y cómo reaccionó ella cuando él se marchó? ¿Recuerda cómo se comportó mi madre después?

–No mucho, la verdad. Aunque, claro, no era la misma muchacha a la que conoció su abuelo. Además, también ella se marchó muy pronto, para estudiar en una «escuela de hogar», creo que se llamaba, si mal no recuerdo. Y luego nos perdimos la pista. Cuando, un par de años más tarde, Elsy volvió a Fjällbacka, yo ya había empezado a trabajar en el extranjero y no venía mucho por aquí. Y Erik y ella tampoco mantuvieron el contacto, por lo que recuerdo. No es nada inusual. Eran amigos de niños y de adolescentes, pero luego, con la irrupción de la vida adulta y sus responsabilidades, la gente se va alejando. –Axel volvió a mirar por la ventana.

–Sí, comprendo lo que dice –reconoció Erica decepcionada. Tampoco Axel

parecía poseer información sobre Hans–. ¿Y nadie mencionó nunca adónde se marchó el joven noruego? ¿No le dijo nada a Erik?

Axel meneó la cabeza excusándose.

–Lo siento muchísimo. De verdad que me gustaría ayudarle, pero, cuando volví, no era ni la sombra de mí mismo, y además, tenía otras cosas en las que pensar. Pero supongo que podrá dar con él consultando a las autoridades, ¿no? –sugirió queriendo infundirle esperanzas antes de ponerse de pie. Erica comprendió sus intenciones y se levantó también.

–Sí, ese será el paso siguiente. Con un poco de suerte, lo resolveré todo por esa vía. Tal vez no se mudara muy lejos, ¿quién sabe?

–Bueno, pues le deseo mucha suerte, de verdad –dijo Axel cogiéndole la mano–. Sé perfectamente lo importante que es el pasado para poder vivir en paz con el presente. Créame, lo sé. –Le dio una palmadita en la mano y Erica le sonrió, llena de gratitud al ver que intentaba consolarla.

–Por cierto, ¿ha sabido algo más de la medalla? –le preguntó cuando estaba a punto de abrir la puerta.

–No, por desgracia –negó Erica, que se sentía cada vez más abatida–. Hablé con un experto de Gotemburgo, pero se trata de una medalla demasiado común para poder rastrear en el pasado.

–Vaya, pues siento muchísimo no haberle sido de más ayuda.

–No se preocupe, era un tiro al aire –respondió ella despidiéndose.

Lo último que vio fue a Axel en el umbral, siguiéndola con la mirada. Le inspiraba mucha, muchísima pena aquel hombre. Pero algo de lo que había dicho le dio una idea. Erica echó a andar resuelta en dirección a Fjällbacka.

Kjell dudó antes de llamar. Delante de la puerta de su padre se sentía de nuevo como un niño asustado. Los vericuetos de la memoria lo trasladaron al pasado, a todas las ocasiones en que se halló ante las puertas imponentes de la cárcel, bien agarrado a la mano de su madre y tan asustado como esperanzado por ver a su padre. Porque al principio había esperanza. Añoraba a Frans. Lo echaba de menos. Sólo recordaba los buenos momentos, los breves períodos en que su padre se encontraba fuera de los muros de la cárcel, y cómo lo cogía en volandas, daban paseos por el bosque cogidos de la mano mientras él le hablaba de las setas, los árboles y los arbustos. Kjell pensaba que su padre lo sabía todo en este mundo. Sin embargo, por las noches tenía que taparse bien los oídos con el almohadón para mantenerse inaccesible a los ruidos de las disputas, aquellas horribles disputas llenas de odio que nunca parecían tener principio y que, por la misma razón, tampoco tenían fin. Sencillamente, su madre y su padre lo retomaban allí donde lo habían dejado la última vez que Frans iba a parar a la cárcel, y así continuaban en la misma línea, con las mismas peleas y los mismos

golpes, una y otra vez, hasta la siguiente vez que la policía llamaba a su puerta y se llevaba a su padre.

Y así se fue esfumando la esperanza a medida que pasaban los años, hasta que, finalmente, sólo quedaba el miedo cuando se veía de nuevo en la sala de visitas, contemplando la expresión esperanzada de su padre. Y luego, el miedo se transformó en odio. En cierto sentido habría sido más fácil no tener que rememorar aquellos paseos por el bosque. Porque lo que engendraba el odio, lo que lo alimentaba, era la cuestión que siempre se planteaba de pequeño. ¿Cómo podía su padre preferir siempre lo otro antes que a él? En lugar de un mundo gris y frío que le arrebataba algo a la mirada de su padre cada vez que volvía.

Kjell aporreó la puerta, irritado por haberse dejado envolver en recuerdos.

–¡Sé que estás en casa! ¡Ábreme! –le gritó aguzando el oído. Luego oyó el ruido de la cadena y la puerta se abrió.

–Para protegerte de tus colegas, supongo –dijo Kjell con amargura colándose hacia el interior de la casa de Frans.

–¿Qué quieres esta vez? –preguntó Frans.

De repente lo sorprendió el aspecto que tenía su padre. Tan viejo, tan frágil. Luego ahuyentó ese pensamiento. El viejo era más duro que la mayoría. Seguramente, los sobreviviría a todos.

–Quiero que me proporciones cierta información –contestó entrando y sentándose en el sofá, sin que nadie lo hubiera invitado.

Frans se sentó en el sillón que había enfrente sin decir una palabra. A la espera.

–¿Qué sabes de un hombre llamado Hans Olavsen?

Frans se sobresaltó, pero recobró enseguida el control de sí mismo. Se arrellanó en el sillón con pose indolente y se apoyó el brazo en el reposabrazos.

–¿Por qué? –quiso saber mirando a su hijo a los ojos.

–Eso no te incumbe.

–¿Y por qué iba a ayudarte, con semejante actitud?

Kjell se inclinó de modo que se quedó a unos centímetros de la cara de su padre. Le clavó una larga e intensa mirada antes de decirle con total frialdad:

–Porque me lo debes. Debes aprovechar cualquier ocasión para ayudarme, por nimia que sea, si quieres reducir el riesgo de que baile sobre tu tumba el día que mueras.

Un destello fugaz brilló en los ojos de Frans. Un destello de algo perdido. Quizá los recuerdos de los paseos por el bosque y de un niño pequeño que unos brazos fuertes levantaban por los aires. Pero enseguida desapareció. Y mirando a su hijo, le dijo tranquilamente:

–Hans Olavsen era un joven noruego de la resistencia. Tenía diecisiete años cuando llegó a Fjällbacka. En 1944, creo. Luego se marchó, un año más tarde. Es

cuanto sé.

–Mentira –dijo Kjell retrepándose en el sofá–. Sé que os visteis mucho con él tú, Elsy Moström, Britta Johansson y Erik Frankel. Y ahora resulta que dos personas de ese grupo han muerto asesinadas en el transcurso de dos meses. ¿No lo encuentras un tanto extraño?

Frans hizo caso omiso de la pregunta y preguntó a su vez:

–¿Y qué tiene que ver con eso el noruego?

–No lo sé, pero pienso averiguarlo –masculló Kjell apretando los dientes, en un intento por mantener a raya la rabia–. Así que dime, ¿qué más sabes de él? Háblame del tiempo que pasasteis juntos y qué ocurrió cuando se fue. Cada detalle que recuerdes.

Frans dejó escapar un suspiro y pareció hacer un esfuerzo por retrotraerse en el tiempo.

–Así que quieres detalles…Veamos qué soy capaz de recordar. Ah, sí, vivía en casa de los padres de Elsy, llegó en el barco de su padre.

–Eso ya lo sabía –replicó Kjell–. Quiero más.

–Consiguió trabajo en los buques que llevaban mercancías costa abajo, pero pasaba todo el tiempo libre con nosotros. En realidad, éramos dos años menores que él, pero eso no parecía importarle, lo pasábamos bien. Algunos más que otros –puntualizó. Era obvio que los sesenta años transcurridos no habían borrado la amargura que sintió entonces.

–Él y Elsy –declaró Kjell en tono seco.

–¿Cómo lo sabías? –preguntó Frans, sorprendido de que todavía le doliese el corazón ante el recuerdo de haberlos visto juntos. Sin duda, el corazón tenía mejor memoria que la cabeza.

–Lo sé y punto. Continúa.

–Pues sí, como decía. Él y Elsy se ennoviaron y, como seguramente sabrás, a mí no me hizo ninguna ilusión.

–No, eso no lo sabía.

–Pues así fue. Yo tenía debilidad por Elsy, pero ella lo eligió a él. Lo irónico era que Britta bebía los vientos por mí, pero a mí ella no me interesaba lo más mínimo. Claro que no me habría importado acostarme con ella, pero algo me decía que eso me acarrearía más molestias que satisfacciones, así que me abstuve.

–Qué gentil por tu parte –ironizó Kjell. Frans enarcó una ceja–. ¿Y qué sucedió después? Si Hans y Elsy estaban juntos, ¿por qué se marchó?

–Ya, bueno, es la historia más antigua del mundo, él le prometió lo que no se ha escrito y, después de la guerra, le dijo que iba a Noruega a buscar a su familia, y que volvería. Pero luego… –Frans se encogió de hombros y sonrió burlón.

–Tú crees que la engañó, ¿no?

–No lo sé, Kjell. De verdad que no lo sé. Hace sesenta años de eso, y éramos jóvenes. Quizá pensaba cumplir lo que le prometió a Elsy, pero se encontró en casa con una serie de obligaciones insoslayables. O quizá su única intención era largarse en cuanto se presentara la oportunidad. –Frans se encogió de hombros–. Lo único que sé es que se despidió de nosotros y que nos dijo que volvería en cuanto hubiese comprobado cómo estaba su familia. Y luego se marchó. Y, si quieres que te sea sincero, apenas he vuelto a pensar en él desde entonces. Sé que Elsy estuvo destrozada un tiempo, pero su madre la mandó interna a una escuela y a partir de ahí ignoro lo que sucedió. Para entonces, yo ya había abandonado Fjällbacka y… bueno, ya sabes lo que pasó después.

–Sí, claro que lo sé –respondió Kjell con un punto de amargura en la voz, recreando una vez más en su mente el gran portón gris de la cárcel.

–Pues eso, sencillamente, no entiendo por qué te interesa este asunto –repuso Frans–. El noruego vino y se marchó, y no creo que ninguno de nosotros haya tenido contacto con él desde entonces. Así que, ¿a qué viene tanto interés? –insistió mirando fijamente a Kjell.

–No puedo decírtelo –respondió el hijo enojado–. Pero si hay algo, llegaré hasta el fondo del asunto, créeme –añadió retando a su padre con la mirada.

–Te creo, Kjell, te creo –aseguró Frans con tono cansino.

Kjell observó la mano de su padre sobre el reposabrazos. Era la mano de un hombre viejo. Arrugada y huesuda y llena de pecas, encogida. Tan distinta de la mano que agarraba la suya durante los paseos por el bosque, que era fuerte, lisa, cálida en torno a su mano diminuta. Que era segura.

–Parece que será un buen año de setas –se oyó decir a sí mismo. Frans lo miró perplejo, antes de contestar con expresión afable:

–Sí, eso creo yo también, Kjell, eso creo yo también.

Hacía la maleta con disciplina militar. Tantos años viajando le habían enseñado lo importante que era no dejar nada al azar. Un pantalón colocado con premura significaría un penoso proceso de planchado en la minúscula mesa de planchar de la habitación del hotel. Un tubo de pasta de dientes mal cerrado acarrearía una pequeña catástrofe que lo obligaría a realizar una colada urgente. Así que todo lo que llevaba en la gran maleta había que colocarlo con suma precisión.

Axel se sentó en la cama. Era la misma habitación de cuando era niño, pero allí sí que había cambiado la decoración a lo largo de los años. Las maquetas de avión y los tebeos no le parecían adecuados para el dormitorio de un hombre adulto. Se preguntaba si volvería a aquella casa algún día. Le había resultado muy duro permanecer allí las últimas semanas. Al mismo tiempo, sentía que era su deber.

Se levantó y entró en la habitación de Erik, al fondo del largo pasillo de la

primera planta. Axel entró y se sentó en el borde de la cama, sonriendo. Era un dormitorio repleto de libros. Por supuesto. Las estanterías atestadas, pilas de libros en el suelo, muchos de ellos con pequeñas notas adhesivas asomando por entre las páginas. Erik jamás se cansó de sus libros, de sus datos, sus fechas y de la realidad imperturbable que podían ofrecerle. Todo ello le facilitaba las cosas a su hermano. La realidad podía leerse sobre el papel. Nada de zonas grises, nada de divagaciones políticas ni de ambigüedades morales, que eran el pan nuestro de cada día en el mundo de Axel. Sólo hechos concretos. La batalla de Hastings en 1066. Napoleón muere en 1821. La rendición de Alemania en mayo de 1945. Axel alargó el brazo para coger un libro que seguía en la cama de Erik. Un grueso volumen sobre la reconstrucción de Alemania después de la guerra. Axel volvió a dejarlo sobre la cama. Lo sabía todo sobre el tema. Su vida llevaba sesenta años girando en torno a la guerra y sus secuelas. Aunque, seguramente y ante todo, había girado en torno a sí mismo. Erik era consciente de ello. Él señaló las carencias de la vida de Axel y las de su propia vida. Dio cuenta de ellas como si se tratase de fríos datos. Sin ningún trasunto sentimental, al menos en apariencia. Pero Axel conocía a su hermano lo bastante bien como para saber que, tras todos aquellos datos, había más sentimientos que en la mayoría de las personas a las que había conocido en su vida.

Se enjugó una lágrima solitaria que había empezado a resbalarle por la mejilla. Allí, en la habitación de Erik, todo se le presentaba de pronto con tanta claridad como él deseaba. Toda la vida de Axel se basaba en que no se dieran ambigüedades, había construido su existencia sobre lo correcto y lo incorrecto. Y se había erigido en un juez capaz de señalar a cuál de los dos equipos pertenecían las personas. Aun así, era Erik quien, en su pequeño mundo apacible de los libros, lo sabía todo sobre lo correcto y lo incorrecto. Axel siempre lo intuyó. Intuyó que su lucha por salir de la zona gris entre el bien y el mal quebrantaría más a su hermano que a él mismo.

Pero Erik luchó. Durante sesenta años, vio ir y venir a Axel, lo oyó hablar de las acciones emprendidas al servicio del bien. Permitió que se construyese una imagen en la que su hermano era quien todo lo enderezaba. Erik observaba, escuchaba en silencio. Lo miraba con ojos afables tras las gafas y lo dejaba vivir en su ilusión. Pero en algún lugar impreciso de su fuero interno, Axel siempre supo que no era a Erik a quien engañaba, sino a sí mismo.

Y ahora seguiría viviendo en esa mentira. Vuelta al trabajo. Vuelta a la laboriosa caza que debía continuar. No debía aminorar el ritmo, pronto sería demasiado tarde, pronto no quedaría con vida nadie capaz de recordar, ni quedaría con vida nadie a quien castigar. Pronto no quedarían más que los libros de historia como únicos portadores del testimonio de lo sucedido.

Axel se levantó y miró a su alrededor una vez más, antes de volver a su habitación. Aún le faltaba mucho para terminar de hacer el equipaje.

Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que visitó la tumba de sus abuelos. La conversación con Axel se lo recordó, y decidió que, por el camino de regreso a casa, tomaría el del cementerio. Erica abrió la verja y oyó el crujido de la gravilla cuando sus pies enfilaron el sendero.

Se acercó primero a la tumba de sus padres, situada a la izquierda, en el pasillo, frente a la entrada. Se acuclilló y retiró los hierbajos que orlaban el túmulo para adecentarlo un poco, y se dijo que debería llevar unas flores. Se quedó mirando el nombre de su madre en la lápida: «Elsy Falck». Eran tantas las preguntas que habría querido hacerle… De no ser por el accidente de hacía cuatro años, habría podido hablar con ella y se habría ahorrado las indagaciones y los palos de ciego que iba dando para averiguar por qué era como ella la recordaba.

Cuando era niña, Erica se culpaba a sí misma. Y de adulta también. Siempre pensó que la responsable era ella, que era ella la que fallaba. ¿Cómo era posible, si no, que su madre no la tocase jamás, que le hablase a ella, pero sin hablar con ella? ¿Cómo era posible, si no, que su madre no la quisiera, que ni siquiera la apreciara? Soportó durante años la sensación de no ser suficiente, de no ser lo bastante buena. Es verdad que su padre compensó en gran parte el desequilibrio. Tore, que tanto tiempo y amor les había dedicado a ella y a Anna. Tore, que siempre escuchaba, siempre estaba dispuesto a soplar en una rodilla desollada, y cuyo regazo siempre era amplio, seguro y acogedor. Pero no fue suficiente. No cuando su madre sufría períodos en los que apenas soportaba verlas, menos aún tocarlas.

De ahí que la imagen que iba reconstruyendo de la joven Elsy la tuviese tan desconcertada. ¿Cómo pudo transformarse una muchacha taciturna, pero tan cálida y dulce, en una mujer tan fría, tan distante, que incluso a sus propias hijas las trataba como a extrañas?

Erica extendió la mano y pasó el dedo por el nombre grabado de su madre.

–¿Qué fue lo que te pasó, mamá? –susurró con un nudo en la garganta. Cuando se levantó al cabo de unos minutos, estaba aún más resuelta a seguir la historia de su madre tan lejos como le fuera posible. Había algo en todo aquello que se le resistía, que tenía que salir a la luz. Y por mucho que le costase, lo encontraría.

Erica echó un último vistazo a las lápidas de sus padres y se apartó unos metros en dirección a las de sus abuelos. Hilma y Elof Moström. Nunca los conoció. La tragedia que acabó con la vida de su abuelo sucedió antes de que ella naciera, y su abuela murió diez años después que él. Elsy jamás les habló de ellos. Pero Erica se alegraba de que todo lo que había oído de ellos en sus investigaciones indicase que fueron personas buenas y queridas. Se acuclilló de nuevo y miró la lápida, como si quisiera invocarlos y hacerlos hablar. Pero la lápida estaba muda. Nada sacaría de ella. Si quería dar con la verdad, tendría que buscar en otro sitio.

Se dirigió a la pendiente que conducía a la casa parroquial con la idea de atajar por allí. Al pie de la loma, echó una ojeada instintiva a la derecha, hacia la gran lápida gris cubierta de moho que, un tanto apartada, se alzaba justo donde arrancaba la montaña colindante con el cementerio. Dio un paso más en dirección a la loma, pero se detuvo en seco. Retrocedió hasta quedar justo delante de la gran lápida con el corazón desbocado en el pecho. Datos inconexos, frases inconexas le inundaban la mente como en un torbellino. Entornó los ojos para cerciorarse de que no se engañaba, dio otro paso al frente para estar más cerca, mucho más cerca de la lápida, y hasta siguió el texto con el dedo, dispuesta a asegurarse de que el cerebro no le estuviese jugando una mala pasada.

Luego, de repente, todos los hechos encajaron ruidosamente en su cabeza. Naturalmente. Ahora sabía lo que había sucedido, al menos en parte. Cogió el teléfono y llamó a Patrik. Le temblaban las manos. Ahora sí que había llegado el momento de que Patrik interviniera.

Sus hijas habían ido a verlo otra vez y acababan de irse. Iban a diario, las buenas, las buenas de sus hijas. Le alegraba tanto el corazón verlas juntas sentadas a su lado. Tan iguales y, pese a todo, tan distintas. Y en todas ellas veía a Britta. Anna-Greta tenía su nariz, Birgitta, sus ojos y, la más pequeña, Margareta, había heredado los hoyuelos que se le formaban a Britta en la cara cuando sonreía.

Herman cerró los ojos para evitar el llanto. No tenía fuerzas para llorar más. No le quedaban lágrimas. Pero se vio forzado a abrirlos de nuevo porque, cada vez que los cerraba, veía la imagen de Britta tal y como la halló cuando levantó el almohadón que le tapaba la cara. No habría tenido que retirarlo para saber, pero lo hizo de todos modos. Quiso comprobarlo. Quiso ver qué le había hecho con un solo acto irreflexivo. Porque bien que lo había comprendido él. En el instante mismo en que entró en el dormitorio y la vio allí tumbada, inmóvil, con el almohadón en la cara, lo comprendió todo.

Cuando lo retiró y vio la mirada muerta de ella, él también se sintió morir. En ese mismo momento, él también murió. Sólo tuvo fuerzas para tumbarse a su lado, muy pegadito, y rodearla con sus brazos. Si por él hubiera sido, aún estaría así. Habría querido seguir abrazándola mientras ella se enfriaba paulatinamente y él dejaba los recuerdos danzar libres por la memoria.

Herman miraba al techo mientras recordaba. Días de verano en que salían con la lancha hasta la playa de Valö, con las niñas a bordo y Britta en la proa, delante del cristal, de cara al sol. Las largas piernas estiradas y el cabello suelto y rubio por la espalda. La vio abrir los ojos y volverse a mirarlo para sonreírle feliz. Él la saludó con la mano desde la caña del timón, con una sensación de plenitud en el pecho.

Luego se le enturbió la mirada. Le vino a la mente el recuerdo de la primera vez

que ella le habló de lo innombrable. Una tarde tenebrosa de invierno, mientras las niñas estaban en la escuela. Britta le dijo que se sentara, que tenía que hablar con él de algo importante. A Herman casi se le paró el corazón en el pecho y su primer pensamiento fue, para su vergüenza, que Britta pensaba dejarlo, que había conocido a otro hombre. Por eso le resultó poco menos que un alivio cuando oyó lo que le tenía que contar. Él la escuchó. Y ella le habló. Largo rato. Y cuando llegó la hora de ir a recoger a las niñas, acordaron no volver a hablar de ello nunca más. Lo pasado, pasado estaba. Él no empezó a verla de otro modo después de aquello. Ni cambió lo que sentía por ella ni le habló de forma diferente. ¿Cómo iba a hacer tal cosa? ¿Cómo iba aquello a ahuyentar las imágenes de días que discurrían en una plácida y feliz existencia, o de las noches maravillosas que habían compartido? Aquello otro no podía compararse. Ni remotamente. De ahí que hubiesen acordado no volver a abordar el asunto.

Pero la enfermedad cambió las cosas. Lo cambió todo. Arrasó sus vidas como un tifón arrancándolo todo de raíz. Y él se dejó arrastrar también. Cometió un error. Un único error fatal. Hizo una llamada que no debió haber hecho. Pero fue un ingenuo. Creyó que ya era hora de airear aquella cosa putrefacta y corrupta. Creyó que sólo con demostrarle a Britta cuánto la había hecho sufrir lo que ocultaba en lo más recóndito de aquel cerebro suyo que ahora se descomponía gradualmente, resultaría obvio que había llegado la hora. Que había llegado el momento. Que era un error seguir resistiéndose. Que debían sacar a la luz aquel viejo asunto, para que sus almas recobrasen la paz. ¡Por Dios santo, qué ingenuo! Era como si él mismo le hubiese aplastado el almohadón en la cara y lo hubiese mantenido así. Herman lo sabía. Y esa certeza le procuraba un dolor imposible de soportar. Cerró los ojos para mantenerlo apartado y, en esta ocasión, no vio la mirada muerta de Britta. Al contrario, la vio en la cama del hospital, pálida y cansada, pero feliz. Con Anna-Greta en el regazo. Alzó la mano y le hizo señas para que se acercara.

Con un último suspiro, se liberó de aquello que dolía y echó a andar hacia ellas sonriente.

Patrik estaba perplejo. ¿Tendría razón Erica? Sonaba completamente descabellado, pero, aun así… lógico. Exhaló un suspiro, consciente de la dificultad de la tarea que tenía por delante.

–Ven aquí, cariño, vamos a salir de excursión –dijo cogiendo a Maja en brazos y llevándola al vestíbulo–. Y recogeremos a mamá por el camino.

Unos minutos más tarde giraba y se detenía ante la verja del cementerio, donde Erica lo aguardaba prácticamente dando saltos de impaciencia. Patrik empezaba a sentirse igual y tuvo que contenerse para no pisar de más el acelerador cuando se dirigían a Tanumshede. Desde luego, por lo general no era un modelo conduciendo,

pero cuando llevaba a Maja, ponía siempre el máximo cuidado.

–Hablaré yo, ¿vale? –propuso Patrik mientras aparcaba delante de la comisaría–. Te permito que vengas sólo porque no tengo fuerzas para discutir contigo y, además, sé que no me saldría con la mía de todos modos. Pero es mi jefe y ya tengo experiencia en estas lides, ¿entendido?

Erica asintió a disgusto mientras sacaba a Maja del coche.

–¿No quieres que vayamos a casa de mi madre y veamos si puede quedarse con Maja un rato? Lo digo porque como no te gusta que esté en la comisaría… –sugirió Patrik en un tono provocador que le valió la mirada enconada de Erica.

–Bah, ya sabes que quiero terminar con esto cuanto antes. La niña no parece haber sufrido ningún trauma después de su primera jornada laboral aquí –repuso Erica con un guiño.

–¡Pero bueno! ¡Hola! Vosotros por aquí –exclamó Annika perpleja y encantada al ver que Maja la reconocía y la premiaba con una sonrisa.

–Tenemos que hablar con Bertil –declaró Patrik–. ¿Está aquí?

–Sí, está en su despacho –respondió Annika con expresión intrigada, aunque les dio paso enseguida y Patrik se encaminó raudo al despacho de Mellberg, mientras Erica le pisaba los talones con Maja en brazos.

–¡Hedström! ¿Qué coño haces tú aquí? Vaya, y te has traído a toda la familia, por lo que veo –observó Mellberg irritado sin levantarse para saludar.

–Hay un asunto que tenemos que discutir contigo –afirmó Patrik, que se sentó sin que nadie lo invitara. Maja y *Ernst* se habían echado ya el ojo y se los veía entusiasmados.

–¿Está acostumbrado a estar con niños? –preguntó Erica dudando si dejar en el suelo a Maja, que manoteaba enérgicamente para que la soltara.

–¿Y cómo coño iba yo a saberlo? –le espetó Mellberg, aunque se corrigió enseguida–. Es el perro más bueno del mundo. No sería capaz de matar una mosca. –Resonaba en su voz cierto orgullo, y Patrik arqueó una ceja, divertido y asombrado. Desde luego, lo tenía completamente en el bote.

Aún con alguna reserva, Erica dejó a Maja en el suelo, al lado de *Ernst*, que empezó a lamerle la cara con afán mientras ella daba muestras de una mezcla de entusiasmo y de terror.

–Bueno, ¿y qué querías? –Mellberg miraba a Patrik no sin cierta curiosidad.

–Quiero que solicites la licencia para una exhumación.

Mellberg sufrió un ataque de tos, como si se le hubiera atragantado algo, y se fue poniendo cada vez más rojo mientras intentaba volver a respirar con normalidad.

–¿Una exhumación? Pero, hombre, ¿has perdido el juicio? –Atinó a articular al fin, una vez que dejó de toser–. Lo de la baja paternal ha debido de afectarte al cerebro. ¿Tienes idea de lo insólito que es solicitar una exhumación? Y aquí hemos

tenido ya dos en los últimos años. ¡Si pido una tercera, me declararán idiota y me llamarán al orden! Y, además, ¿a quién coño hay que exhumar esta vez?

–A un joven de la resistencia noruega que desapareció en 1945 –aclaró Erica con calma desde el suelo, donde se había acuclillado para acariciar a *Ernst* detrás de la oreja.

–¿Perdón? –Mellberg la miraba con expresión bobalicona, como considerando la posibilidad de haber oído mal.

En un alarde de paciencia, Erica le expuso cuanto había averiguado de los cuatro amigos y el noruego que llegó a Fjällbacka un año antes del fin de la guerra. Y le contó cómo la búsqueda del paradero del joven noruego se perdía en junio de 1945, y que aún no habían logrado dar con él.

–¿Y no será que se quedó en Suecia? ¿O que volvió a Noruega? ¿Has comprobado sus datos con las autoridades de los dos países? –preguntó Mellberg con manifiesto e infinito escepticismo.

Erica se incorporó y se sentó en la otra silla. Se quedó mirando a Mellberg como si, con un acto de voluntad, pudiese hacer que la tomara en serio. Luego, le refirió lo que Herman le había contado. Que Paul Heckel y Friedrich Hück podrían decirle dónde estaba Hans Olavsen.

–Los nombres me sonaban vagamente familiares, pero no tenía ni idea de dónde los había oído. Hasta hoy. Fui al cementerio para visitar las tumbas de mis padres y mis abuelos. Y entonces lo vi.

–¿El qué viste? –preguntó Mellberg confuso.

Erica le hizo una seña para aplacar su impaciencia.

–Llegaremos a eso si me dejas continuar.

–Sí, claro, continúa –la animó Mellberg, que, muy a su pesar, empezaba a interesarse por el asunto.

–Hay una tumba singular en el cementerio de Fjällbacka. Es de la Primera Guerra Mundial y en ella están enterrados diez soldados alemanes, siete identificados y con sus nombres, y tres que son desconocidos.

–Te has olvidado de contarle lo del texto ese –intervino Patrik, que ya se había resignado a que fuese su mujer la encargada de la argumentación. Un buen marido sabe cuándo debe doblegarse.

–Exacto, hay una pieza más en este rompecabezas –explicó Erica, que le habló entonces de la frase «Ignoto militi», que había descubierto al examinar con la lupa la fotografía del lugar del crimen.

–¿Y cómo es que tú tuviste acceso a examinar la fotografía del lugar del crimen? –preguntó Mellberg mirando a Patrik con visible indignación.

–De eso podemos hablar después –repuso Patrik–. Pero ahora, escúchala atentamente, por favor.

Mellberg lanzó un gruñido de protesta, pero se resignó y animó a Erica a continuar.

–Erik Frankel había escrito esas palabras en un bloc, una y otra vez, y consulté su significado. Es una inscripción que puede leerse en el Arco del Triunfo de París, en concreto, en la tumba del Soldado Desconocido. Y eso es, justamente, lo que significa la cita: «Al soldado desconocido».

No pareció que a Mellberg se le encendiese ninguna bombilla, de modo que Erica continuó sin dejar de gesticular.

–Estuve dándole vueltas al asunto. Tenemos a un joven de la resistencia noruega desaparecido en 1945, cuyo destino nadie conoce. Tenemos los garabatos de Erik al soldado desconocido. Britta decía algo de «viejos huesos» y además tenemos los nombres que me dio Herman. Y a lo que voy: cuando, hace unos minutos, pasé por la gran tumba del cementerio de Fjällbacka, comprendí por qué esos nombres me resultaban tan familiares. Y es que están grabados en la lápida –Erica hizo una pausa para tomar aliento. Mellberg la miraba expectante.

–Es decir, que Paul Heckel y Friedrich Hück son los nombres de dos soldados alemanes de la Primera Guerra Mundial enterrados en el cementerio de Fjällbacka, ¿no es eso?

–Sí –confirmó Erica preguntándose si debía continuar con la argumentación, pero Mellberg se le adelantó.

–O sea, que lo que estás diciendo es…

Erica tomó aire y miró a Patrik de reojo antes de proseguir:

–Lo que estoy diciendo es que, con toda probabilidad, en esa tumba hay un cadáver más. Creo que se trata del cadáver del joven noruego Hans Olavsen. Y, no sabría explicar cómo, pero diría que es la clave de los asesinatos de Erik y Britta.

Se hizo un espeso silencio. Nadie pronunciaba ni una palabra y los únicos ruidos que resonaban en el despacho de Mellberg eran los gritos de los juegos de Maja y de *Ernst*. Al cabo de unos instantes, Patrik tomó la palabra:

–Sé que puede parecer un despropósito, pero lo he estado hablando con Erica y creo que tiene mucha base lo que dice. Me es imposible presentar pruebas concretas, pero existen indicios suficientes. Y existen además muchas posibilidades de que los dos asesinatos tengan ahí su origen. No sé cómo ni sé por qué, pero el primer paso es averiguar si de verdad hay en esa tumba alguien más y, de ser así, cómo murió ese alguien y por qué fue a parar allí.

Mellberg no respondió. Cruzó las manos y estuvo reflexionando en silencio. Finalmente, exhaló un hondo suspiro.

–En fin, seguramente he perdido el juicio, pero creo que cabe la posibilidad de que tengáis razón. No puedo garantizar que lo consiga, ya sabéis que estamos a punto de alcanzar el récord en exhumaciones, y el juez se llevará las manos a la cabeza,

pero voy a intentarlo. Es lo único que puedo prometer.

–Es lo único que pedimos –aseguró Erica tan esperanzada que pareció que quisiera abrazar a Mellberg.

–Bueno, bueno, calma. No creo que llegue a lograrlo, pero ya os digo que voy a intentarlo. Aunque, para eso, necesito que me dejéis trabajar.

–Nos vamos ahora mismo –dijo Patrik poniéndose de pie–. Comunícanos lo que consigas en cuanto sepas algo.

Mellberg no respondió, sino que los animó a salir con un gesto de la mano para emprender lo que, seguramente, sería la campaña de persuasión más difícil de toda su carrera.

Fjällbacka, 1945

Llevaba seis meses viviendo con ellos y tres sabiendo que se querían cuando sobrevino la catástrofe. Elsy estaba en el porche regando las flores de su madre cuando los vio aparecer escaleras arriba. Y lo comprendió en el mismo instante en que vio la expresión de amargura en sus rostros. A su espalda oía a su madre trajinando en la cocina y una parte de ella quería salir corriendo y llevársela de allí, apartarla, antes de que pudiera oír algo que Elsy sabía que no podría sobrellevar. Pero sabía que era inútil. Así que se acercó silenciosamente y abrió la puerta a los tres hombres de uno de los otros pesqueros de Fjällbacka.

–¿Está Hilma en casa? –preguntó el mayor de los tres, que Elsy sabía era el capitán del barco, les hizo una seña y los invitó a pasar. Los hombres precedieron la marcha hacia la cocina. Cuando Hilma se dio la vuelta y los vio, el plato que tenía en las manos se le cayó y se rompió en mil pedazos al estrellarse contra el suelo.

–No, no, Dios mío, no –se lamentó.

Elsy llegó justo a tiempo de coger a su madre antes de que se desplomara. Le ayudó a sentarse en una silla y la abrazó fuerte, mientras sentía como si le estuviesen arrancando el corazón. Los tres pescadores parecían turbados y daban vueltas sin cesar a las gorras que tenían en las manos, hasta que el capitán tomó la palabra.

–Fue una mina, Hilma. Lo vimos todo desde nuestro barco, y nos apresuramos a acudir, pero… no había nada que hacer.

–Oh, Dios mío –repitió Hilma sollozando–. Y todos los demás…

Elsy se asombró al ver que su madre, incluso en un momento como aquel, era capaz de pensar en otras personas, hasta que ella misma recreó la imagen de los demás tripulantes del barco de su padre. Hombres a los que conocían mucho y cuyas familias, justo en aquel instante, estaban recibiendo la misma noticia.

–Ninguno ha sobrevivido –contestó el capitán tragando saliva–. No han quedado del barco más que astillas, y estuvimos un buen rato buscando, pero no encontramos a nadie. Tan sólo al muchacho de Oscarsson. Aunque ya estaba muerto cuando lo subimos a bordo.

Las lágrimas corrían ya imparables por las mejillas de Hilma, que se mordía los nudillos para evitar que el grito hallara la salida desde su garganta. Elsy se tragaba el llanto e intentaba ser fuerte. ¿Cómo iba a sobrevivir su madre a aquello? ¿Cómo iba a superarlo ella misma? El generoso, el bueno de su padre. Siempre a punto con una palabra amable y una mano solícita. ¿Cómo iban a arreglárselas sin él?

Unos discretos golpecitos en la puerta vinieron a interrumpirlos y uno de los pescadores fue a abrir. Hans entró en la cocina con el semblante sombrío.

–He visto… a los hombres. Y he pensado… ¿Qué…? –Bajó la mirada. Elsy comprendió que temía molestar, pero le agradeció en silencio que hubiese ido a

preguntar.

–El barco de mi padre ha chocado contra una mina –contó con la voz quebrada–. No ha sobrevivido nadie.

Hans casi perdió el equilibrio. Luego, se acercó al armario donde Elof guardaba las bebidas más fuertes y empezó a servir resuelto seis vasos que fue colocando en la mesa.

–Creo que nos vendrá bien un trago –declaró en su noruego cantarín, que, según pasaba el tiempo, se iba volviendo cada vez más sueco.

Todos cogieron los vasos menos Hilma. Elsy cogió uno muy despacio y se lo puso a su madre delante.

–Venga, tómatelo.

Hilma obedeció a su hija y, con mano temblorosa, se llevó el vaso a los labios y se tragó el contenido con una mueca de desagrado. Elsy le dio las gracias a Hans con la mirada. Le hacía bien no sentirse sola en aquel trance.

Una vez más, se oyeron los golpecitos en la puerta. En esta ocasión, fue Hans quien abrió. Eran las mujeres, que empezaban a llegar. Las mujeres, que también vivían bajo la amenaza de perder a sus maridos en la mar. Que comprendían lo que estaba pasando Hilma y que iba a necesitarlas cerca. Y acudían con comida y con manos diligentes y palabras de consuelo, que Dios dispone. Y todo eso ayudaba. No mucho, pero todas sabían que, un día, ellas necesitarían el mismo consuelo y por eso hacían cuanto estaba en su mano para mitigar el dolor de la hermana que ahora sufría la desgracia.

Con el corazón bombeando dolor, Elsy dio un paso atrás y vio cómo las mujeres se arremolinaban en torno a Hilma, mientras que los hombres que llevaron la noticia se inclinaban con pesadumbre y se marchaban, para ir a dar la misma noticia en otro lugar.

Cayó la noche y también Hilma, finalmente vencida por el sueño. Elsy yacía en su cama, con la mirada vacía fija en el techo, incapaz de asimilar lo sucedido. Veía ante sí el rostro de su padre. Él siempre había estado ahí. Siempre la escuchó, siempre habló con ella. Elsy siempre supo que era la niña de sus ojos. Ella tenía para él un valor que estaba por encima de todo lo demás. Y sabía que había intuido que algo estaba fraguándose entre ella y el joven noruego al que cada día apreciaba más. Pero los dejó tranquilos. Sin dejar de estar pendiente de ellos, pero dando al mismo tiempo su mudo beneplácito con la esperanza, quizá, de ver un día a Hans convertido en su yerno. Elsy pensaba que su padre no habría tenido nada en contra. Y Hans y ella respetaban tanto a su padre como a su madre. Se limitaron a besos robados y a abrazos comedidos, pero nada que les impidiera mirar a sus padres a la cara.

Pero ahora aquello ya no tenía la menor importancia. Era tan grande el dolor que sentía en el pecho que no podía soportarlo sola, así que se bajó despacio de la cama.

Aún había algo en su interior que la hacía vacilar, pero el dolor le destrozaba el alma y la impulsaba a buscar el único alivio que sabía que podría obtener.

Bajó cautelosa las escaleras. Echó una ojeada al dormitorio de su madre cuando pasó ante la puerta y sintió una cuchillada en el pecho al comprobar lo menuda que se la veía sola en aquella cama. Pero al menos, dormía profundamente y el sueño le reportaba unas horas de consuelo ante la realidad.

La puerta de la casa emitió un leve chirrido cuando giró la manilla para abrirla. El aire de la noche era tan frío que le cortó la respiración cuando salió al porche tan sólo con el camisón, y casi le dolían las plantas de los pies descalzos al caminar sobre la escalinata de piedra. Bajó rápido y de puntillas hasta que se halló dudando ante su puerta. Pero la vacilación no duró más que un instante. El dolor la empujaba a buscar consuelo.

Él le abrió la puerta al primer golpe. Se hizo a un lado y la dejó entrar sin mediar palabra. Elsy entró y se quedó así, en camisón, mirándolo a los ojos, sin decir nada. Los ojos de Hans formularon una pregunta muda, que ella contestó cogiéndole la mano.

Por unos breves instantes maravillosos, Elsy logró olvidar el dolor que se le había instalado en el pecho.

Kjell se sentía extrañamente indignado tras la reunión con su padre. A lo largo de los años, había logrado controlar la situación, mantener el odio. Le había resultado tan fácil ver sólo lo negativo, centrarse únicamente en todos los errores que Frans había cometido cuando él era niño. Sin embargo, quizá no todo fuese blanco o negro. Sacudió los hombros para ahuyentar la idea. Era mucho más fácil no ver zonas grises, sólo aciertos y errores. Pero hoy había visto a Frans tan viejo y tan frágil… Y, por primera vez, Kjell cayó en la cuenta de que su padre no viviría eternamente, no permanecería allí como símbolo de su odio. Un día, su padre habría desaparecido y entonces se vería obligado a mirarse al espejo. En lo más hondo de su ser, sabía que el odio ardía con tanto vigor porque aún tenía la posibilidad de extender la mano, de dar el primer paso hacia la reconciliación. No quería hacerlo. No tenía el menor deseo de hacerlo. Pero ahí estaba la posibilidad, y eso siempre le había producido una sensación de poder. Sin embargo, el día que su padre muriera, sería demasiado tarde. Entonces sólo le quedaría una vida llena de odio. Y nada más.

Le temblaba un poco la mano cuando cogió el auricular para hacer unas llamadas. Cierto que Erica se había comprometido a ponerse en contacto con las autoridades, pero él no estaba acostumbrado a delegar en nadie. Más valía comprobarlo por uno mismo. Pero una hora y cinco llamadas más tarde, tanto a distintos lugares de Suecia como a Noruega, hubo de rendirse a la evidencia de que sus pesquisas no le habían proporcionado nada concreto. Ni que decir tiene que era difícil, cuando sólo tenían el nombre y la edad aproximada, pero siempre existía un camino. Aún no habían agotado todas las posibilidades, y había logrado recabar información tan fiable que ya no creía que el noruego se hubiese quedado en Suecia. De modo que sólo quedaba la alternativa más verosímil: que hubiese vuelto a su tierra cuando terminó la guerra y pasó el peligro.

Echó mano de la carpeta con los artículos y, de repente, cayó en la cuenta de que había olvidado enviarle un fax a Eskil Halvorsen con la fotografía de Hans Olavsen. Cogió el auricular una vez más para llamarlo y pedirle el número.

–Por desgracia, aún no he encontrado nada –se disculpó Halvorsen en cuanto Kjell se hubo presentado, pero este le explicó que no era ese el motivo por el que llamaba.

–Sí, una foto podría ser de gran ayuda. Puede enviármela al despacho de la universidad –propuso Halvorsen antes de indicarle el número, que Kjell anotó enseguida.

Acto seguido, le mandó la copia del artículo en la que se apreciaba mejor la cara de Hans Olavsen y se sentó de nuevo ante el escritorio. Esperaba que Erica hubiese conseguido algo. Él, por su parte, sentía que se había atascado por completo.

En ese momento, sonó el teléfono.

–Ha venido el abuelo –gritó Per hacia la sala de estar. Carina no tardó en aparecer en el vestíbulo.

–¿Puedo pasar un momento? –preguntó Frans.

Carina notó preocupada que no parecía el mismo de siempre. Y no es que ella hubiese abrigado nunca ningún sentimiento afable por el padre de Kjell, pero lo que había hecho por ella y por Per le había asegurado un puesto en la lista de personas hacia las que sentía gratitud.

–Sí, pasa –le dijo encaminándose a la cocina. La mujer advirtió que la escrutaba con detenimiento y, como respuesta a una pregunta no formulada, aseguró:

–Ni una gota desde la última vez que estuviste aquí. Per puede atestiguarlo.

Per asintió y se sentó a la mesa, enfrente de Frans, al que dedicó una mirada mezclada con un sentimiento rayano en la adoración.

–Vaya, ha empezado a crecerte el pelo –comentó Frans jocoso dándole al nieto una palmadita en la mollera rapada.

–Bah –repuso Per avergonzado, pero también él se pasó satisfecho la mano por la cabeza.

–Eso está bien –aprobó Frans–. Eso está bien.

Carina le hizo una tácita advertencia mientras medía los cacitos de café. Y Frans asintió levemente, como confirmándole que no pensaba hablar con Per de sus opiniones políticas.

Una vez hecho el café, Carina se sentó a la mesa y miró a Frans inquisitiva. Él bajó la vista hacia la taza y la nuera volvió a reparar en lo cansado que parecía. Pese a que, en opinión de Carina, Frans utilizaba sus fuerzas de forma equivocada, él siempre había sido a sus ojos el paradigma de la fortaleza. Ahora, en cambio, no era el de siempre.

–He abierto una cuenta a nombre de Per –contó Frans al cabo de un instante, aunque aún sin mirarlos a la cara–. Tendrá acceso a ella cuando cumpla veinticinco años, y ya he hecho un ingreso.

–¿De dónde…? –comenzó Carina, pero Frans la interrumpió alzando la mano y continuó–. Por razones en las que no quiero entrar, ni la cuenta ni el dinero se hallan en Suecia, sino en un banco de Luxemburgo.

Carina enarcó una ceja, aunque no le sorprendió lo más mínimo. Kjell siempre sostuvo que su padre tenía dinero escondido en alguna parte, dinero procedente de alguna de las actividades delictivas que lo habían llevado a la cárcel en tantas ocasiones.

–Pero ¿por qué… ahora? –preguntó.

Frans no parecía querer responder, pero, al final, añadió:

–Si algo me ocurriera, quiero que esto quede resuelto.

Carina guardó silencio. No quería saber más.

–¡Guay! –exclamó Per mirando a su abuelo con admiración–. ¿Cuánta pasta me toca?

–¡Pero Per! –profirió Carina en tono recriminatorio. Este se encogió de hombros sin más.

–Mucho dinero –contestó Frans sin especificar más–. Pero, aunque la cuenta está a tu nombre, he impuesto una condición. Por un lado, no puedes acceder a ella hasta que hayas cumplido los veinticinco. Y por otro –y aquí lo señaló con el dedo–, he impuesto una condición en virtud de la cual no podrás tocar el dinero hasta que tu madre considere que eres lo bastante maduro para ello y dé su permiso. Y la condición es válida incluso después de que hayas cumplido los veinticinco. Es decir, si tu madre estima que no eres lo bastante espabilado como para hacer algo sensato con el dinero, no lo verás ni en pintura. ¿Entendido?

Per murmuró algo por respuesta, pero aceptó sin protestar las palabras de Frans.

Carina no sabía qué actitud adoptar ante aquello. Había algo en el comportamiento de Frans, en el tono de voz, que la llenaba de preocupación. Pero, al mismo tiempo, sentía una gratitud inmensa hacia él a causa de lo que hacía por Per. No le importaba de dónde viniese el dinero. Hacía sin duda mucho tiempo que alguien había dejado de echarlo de menos, y si podía servirle a Per en el futuro, ella se mantendría al margen.

–¿Y qué hago con Kjell? –se inquietó.

Al oír la pregunta, Frans levantó la cabeza y la miró fijamente.

–Kjell no debe saber nada de esto, hasta el día en que Per tenga acceso al dinero. ¡Prométeme que no le dirás nada! ¡Y tú tampoco, Per! –exclamó mirando al nieto con el mismo apremio–. Es el único requisito que os impongo. Que tu padre no sepa nada hasta que sea un hecho consumado.

–Sí, no, claro, mi padre no tiene por qué saber nada –aseguró Per, más bien entusiasmado con la idea de tener un secreto para su padre.

En un tono más relajado, Frans añadió:

–Sé que, seguramente, recibirás algún tipo de castigo por la estúpida ocurrencia del otro día, pero ahora vas a escucharme –dijo obligando a Per a mirarlo a la cara–: Tendrás tu merecido, probablemente te envíen a un correccional. Te mantendrás apartado de los líos, procurarás no acercarte a la mierda en general, cumplirás el tiempo prescrito sin causar problemas, y cuando salgas, no cometerás una sola tontería más. ¿Me has oído? –le habló despacio y con claridad y cada vez que Per parecía vacilar e ir a apartar la mirada, él lo obligaba a sostenérsela.

–Tú no quieres llevar una vida como la mía. Ha sido una porquería, desde el principio hasta el final. Lo único que ha significado algo para mí en esta vida habéis sido tú y tu padre, aunque él no lo creería nunca. Pero es la verdad. ¡Así que

prométeme que no te meterás en ninguna mierda! ¡Prométemelo!

–Sí, sí –asintió Per retorciéndose en el asiento. Aunque se veía que había escuchado y que tomaba buena nota de las palabras de su abuelo.

Frans esperaba que aquello bastase. Por experiencia sabía lo difícil que era salir del camino una vez emprendido. Pero, con un poco de suerte, el mensaje habría calado lo suficiente como para darle al nieto un empujón en otra dirección. En aquellos momentos, no podía hacer más.

Se puso de pie.

–Eso era lo que tenía que deciros. Aquí tienes toda la información necesaria para disponer del dinero. –Colocó un documento sobre la mesa, delante de Carina.

–¿No quieres quedarte un rato? –le preguntó ella sintiendo de nuevo la preocupación de hacía unos minutos.

Frans negó con la cabeza.

–Tengo que hacer. –Empezó a alejarse en dirección a la puerta, pero se volvió en el umbral. Al cabo de un instante de vacilación, musitó quedamente–: Cuidaos –y se despidió con la mano antes de salir a la calle.

En la cocina quedaron Carina y Per. Callados. Ambos con la sensación de haber vivido una despedida.

–Bueno, esto se está convirtiendo en una tradición –comentó Torbjörn Ruud secamente mientras observaba con Patrik el macabro trabajo ya iniciado. Anna se había prestado a quedarse con Maja, de modo que Erica también estaba presente y observaba la excavación con expectación mal disimulada.

–Pues sí. A Mellberg no le ha debido de resultar nada fácil conseguir la licencia –convino Patrik en un tono de insólito encomio para hablar de su jefe.

–Por lo que me han contado, el tipo del juzgado se pasó diez minutos vociferando al teléfono –contó Torbjörn sin apartar la vista de la tumba de la que los sepultureros retiraban capas y más capas de tierra.

–¿Tendremos que excavarlo todo? –preguntó Patrik con un escalofrío.

Torbjörn negó con la cabeza.

–Si tenéis razón, el chico al que buscáis debería estar el primero. Me cuesta creer que alguien se hubiese molestado en meterlo debajo de los demás –ironizó–. Probablemente no se encuentre en un ataúd, y la ropa nos indicará si es él.

–¿Cuánto tardaremos en tener un informe preliminar de la causa de la muerte? –intervino Erica–. Si lo encontramos –añadió prudente, por más que pareciera segura de que la exhumación terminaría por darle la razón.

–Me han prometido que lo tendríamos el viernes, o sea, pasado mañana –contestó Patrik–. Estuve hablando con Pedersen esta mañana y lo colocarán el primero de la lista. Se pondrá manos a la obra mañana mismo, y nos dará la información el viernes.

Pero será una información preliminar, insistió. Esperemos que, de todos modos, pueda decirnos la causa de la muerte.

Un grito procedente del lugar de la excavación vino a interrumpirlo, y todos se encaminaron allí llenos de curiosidad.

–Hemos encontrado algo –declaró uno de los técnicos. Torbjörn se le acercó. Estuvieron hablando unos minutos como en secreto. Luego Torbjörn se dirigió a Patrik y a Erica, que no se habían atrevido a acercarse del todo.

–Parece que hay alguien enterrado justo bajo la superficie de la tierra. Y no está en un ataúd. A partir de ahora iremos con más cuidado, a fin de no malograr ninguna pista. Y eso significa que nos llevará un rato sacar al chico –tras dudar una fracción de segundo, añadió–: pero se diría que estabas en lo cierto.

Erica asintió y respiró hondo, aliviada. Aún a unos metros de distancia apareció Kjell, al que dieron el alto Martin y Gösta, cuya misión consistía en comprobar que ninguna persona no autorizada se acercase demasiado. Erica se dirigió apresuradamente hacia ellos.

–Está bien, soy yo quien lo ha informado de lo que ocurría.

–Ni prensa ni personas no autorizadas, ha ordenado Mellberg expresamente –masculló Gösta poniéndole a Kjell la mano en el pecho para detenerlo.

–Puede pasar –repuso Patrik, que también se había acercado–. Bajo mi responsabilidad –añadió antes de dirigirle a Erica una mirada con un mensaje claro: ella sería la responsable de las posibles consecuencias. Erica asintió y se llevó a Kjell hacia la tumba.

–¿Han encontrado algo? –preguntó con un brillo de expectación en los ojos.

–Eso parece. Creo que hemos encontrado a Hans Olavsen –respondió Erica observando fascinada cómo iban extrayendo el bulto indefinible de un hoyo de apenas medio metro de profundidad.

–Es decir, jamás salió de Fjällbacka –concluyó Kjell conteniendo la respiración, sin poder apartar la vista de la tumba.

–Parece que no. Pero claro, ahora queda la cuestión de cómo fue a parar ahí.

–En cualquier caso, Erik y Britta sabían que yacía aquí.

–Sí, y ambos están muertos –Erica meneó la cabeza, como si así pudiese hacer que todas las piezas cayesen en su lugar.

–Pero, de todos modos, lleva aquí enterrado sesenta años. ¿Por qué ahora? ¿Qué lo hizo de pronto tan importante? –preguntó Kjell reflexivo.

–¿No sacaste nada en claro de tu padre? –quiso saber Erica dirigiéndose a Kjell.

Este negó con la cabeza.

–Nada. Y ni siquiera sé si es porque no sabe nada o porque no quiso contármelo.

–¿Crees que sería capaz de…? –no se atrevió a terminar la pregunta, pero Kjell comprendió a qué se refería.

–Creo a mi padre capaz de cualquier cosa, eso es lo único que sé con certeza.

–¿De qué habláis vosotros dos? –se interesó Patrik, que se colocó al lado de Erica con las manos hundidas en los bolsillos.

–Estábamos comentando la posibilidad de que mi padre haya cometido los asesinatos –dijo Kjell tranquilamente.

Patrik se sobresaltó ante tanta sinceridad.

–¿Y habéis llegado a alguna conclusión? –preguntó entonces–. Nosotros también hemos abrigado ciertas sospechas, pero al parecer, tu padre tiene coartada para el asesinato de Erik.

–Pues no lo sabía –reconoció Kjell–. Pero espero que hayáis cotejado la información dos y hasta tres veces, porque me cuesta creer que buscarse una coartada fuese una misión imposible para un experto visitante de las cárceles del país.

Patrik comprendió que tenía razón y se dijo que debía preguntarle a Martin si habían mirado con lupa la coartada de Frans.

En ese momento llegó Torbjörn, que saludó a Kjell con un gesto.

–Ajá, el tercer poder estatal ha obtenido magnánimamente el permiso necesario para estar presente.

–Tengo en esto un interés personal –respondió Kjell. Torbjörn se encogió de hombros. Si la policía permitía que un periodista participase en aquello, no sería él quien se opusiera. Era su problema.

–Habremos terminado dentro de una hora más o menos –aseguró–. Y sé que Pedersen está listo para ponerse manos a la obra en cuanto llegue.

–Sí, yo también he hablado con él –confirmó Patrik.

–Muy bien. Pues entonces vamos a terminar de sacarlo de ahí, a ver qué secretos esconde este muchacho –declaró antes de darles la espalda para volver a la tumba.

–Sí, veamos cuáles son los secretos que esconde –dijo Erica en un susurro, sin dejar de mirar el hoyo. Patrik le pasó el brazo por los hombros.

Fjällbacka, 1945

Los meses que sucedieron a la muerte de su padre fueron desconcertantes y dolorosos. Su madre continuó haciendo las tareas cotidianas y cuanto se le exigía que hiciera. Pero algo faltaba. Elof se había llevado consigo una parte de Hilma, y Elsy ya no la reconocía. En cierto modo, no sólo había perdido a su padre, sino también a su madre. El único mundo seguro que le quedaba eran las noches que compartía con Hans. Todas las noches, una vez que su madre se había dormido, bajaba silenciosa y se acurrucaba a su lado. Sabía que aquello no estaba bien. Sabía que podía tener consecuencias cuyo alcance se le escapaba. Pero no podía hacer otra cosa. Los ratos en que yacía a su lado bajo el edredón, entre sus brazos, y sentía cómo le acariciaba el pelo, eran los momentos en que el mundo volvía a estar de una pieza. Cuando se besaban, y un ardor a aquellas alturas familiar, pero siempre sorprendente, lo inundaba todo, no comprendía por qué aquello estaba mal. Cómo podía estar mal el amor en un mundo susceptible de quedar hecho añicos por la explosión de una mina.

Hans fue una bendición también en los aspectos prácticos. La economía representaba un gran problema desde que murió su padre, y sólo se las arreglaban porque Hans había cogido un turno extraordinario en el barco y les entregaba hasta la última corona que ganaba. A veces Elsy se preguntaba si su madre no sabría que ella bajaba a su cama por las noches, pero hacía la vista gorda porque no podía permitirse hacer otra cosa.

Elsy se pasó la mano por el vientre mientras, tumbada junto a Hans, lo oía respirar pausadamente. Hacía más de una semana que sabía que se hallaba en ese estado. Claro que era inevitable, pero ella había cerrado los ojos a tal riesgo. Y, pese a las circunstancias, sentía una tranquilidad inmensa. Y es que aquel hijo era de Hans. Eso cambiaba cuanto ella sabía de la vergüenza y de sus consecuencias. No había nadie en el mundo en quien ella confiase más. Aún no le había dicho nada, pero sabía que no existía el menor peligro. Que él se alegraría. Que se ayudarían y que, de algún modo, llevarían la nave a tierra.

Cerró los ojos y dejó la mano en el vientre. En algún lugar, allí dentro, había algo muy pequeño, engendrado en el amor. El suyo y el de Hans. ¿Cómo iba a estar mal eso? ¿Cómo iba a estar mal un hijo suyo y de Hans?

Elsy se durmió con la mano en el vientre y una plácida sonrisa en los labios.

Una tensa expectación reinaba en la comisaría desde la exhumación del día anterior. Como era de esperar, Mellberg iba golpeándose el pecho y adjudicándose el honor del descubrimiento, aunque nadie le prestaba la menor atención.

Martin tampoco podía ocultar que todo aquello le resultaba de lo más emocionante. Incluso Gösta tenía cierto destello en los ojos mientras estuvieron vigilando el cordón policial en el cementerio. Al igual que los demás, también él había empezado a cavilar sobre posibles teorías de cómo estaba relacionado todo. A pesar de que por el momento no sabían demasiado y, sobre todo, ignoraban cuál era la red de conexiones, todos tenían la indiscutible sensación de que el hallazgo del día anterior había supuesto un avance decisivo y de que estaban cerca de dar con la solución.

Unos golpecitos en la puerta lo arrancaron de sus cavilaciones.

–¿Interrumpo? –Paula asomó la cabeza inquisitiva y Martin negó con un gesto.

–Qué va, pasa.

La colega entró y se sentó.

–¿A ti qué te parece?

–Todavía no sé qué pensar. Pero será muy emocionante leer el informe de Pedersen.

–¿Crees que murió asesinado? –preguntó Paula con sus ojos castaños llenos de curiosidad.

–¿Por qué, si no, iban a esconder el cadáver? –observó Martin. Paula asintió conforme, pues ya había llegado a la misma conclusión.

–Pero la cuestión es, ¿por qué ha cobrado importancia ahora, sesenta años después? Quiero decir que casi hemos de partir de la base de que los asesinatos de Britta y de Erik guardan relación con el «presunto» –pintó en el aire el signo de las comillas– asesinato de este chico. Pero ¿por qué ahora? ¿Qué lo desencadenó?

–No lo sé –admitió Martin con un suspiro–. Pero esperemos que la autopsia nos dé algún dato concreto sobre el que trabajar.

–Imagínate que no es así –dijo Paula, liberando la idea prohibida que, de vez en cuando, amenazaba con arraigar también en la mente de Martin.

–Cada cosa en su momento –repuso él sereno.

–Por cierto –comentó Paula cambiando de tema–. En el revuelo general, nos hemos olvidado de la toma de muestras de saliva. ¿No íbamos a recibir hoy los resultados de ADN? Será absurdo, si no tenemos con qué comparar.

–Tienes razón –convino Martin levantándose enseguida–. Vamos a arreglarlo ahora mismo.

–¿A quién vamos a ver antes? ¿A Axel o a Frans? Porque son los dos en los que nos tenemos que concentrar primero, ¿no?

–Primero Frans –decidió Martin poniéndose la cazadora.

Grebbestad estaba tan desierta como Fjällbacka después del fin de la temporada, y sólo vieron a unos cuantos vecinos mientras cruzaban el pueblo. Martin aparcó el coche de policía en el hueco que encontró delante del restaurante Telegrafen, y cruzaron la calle hacia el piso de Frans. Nadie respondió cuando llamaron.

–Joder, se ve que no está en casa, tendremos que volver más tarde. O llamar antes por teléfono –se lamentó volviendo hacia el coche.

–Espera –lo detuvo Paula, reteniéndolo con un gesto de la mano–. No está cerrada con llave.

–Pero no podemos… –objetó Martin, aunque demasiado tarde. Su colega ya había abierto la puerta y estaba entrando.

–¿Hola? –la oyó gritar Martin, que la siguió muy a su pesar. No se oía nada en el apartamento. Con mucha cautela, recorrieron el pasillo y echaron una ojeada en la cocina y en la sala de estar. Ni rastro de Frans. Todo estaba en silencio.

–Ven, vamos a mirar en el dormitorio –dijo Paula ansiosa. Martin dudaba–. Bah, venga, hombre. –Martin exhaló un suspiro y la siguió.

También el dormitorio estaba vacío, la cama bien hecha y ni rastro de Frans.

–¿Hola? –volvió a probar Paula cuando estuvieron de nuevo en el pasillo. Nadie respondía. Se encaminaron despacio a la última puerta, que aún no habían abierto.

Lo vieron en cuanto la empujaron hacia dentro. Era un pequeño despacho y allí estaba Frans, con la cabeza sobre el escritorio, la pistola aún en la boca y un agujero enorme en la parte posterior del cráneo. Martin sintió que se ponía pálido, se tambaleó un instante y tuvo que tragar saliva hasta que logró recuperar el control sobre sí mismo. Paula, en cambio, seguía impasible. Señaló a Frans, obligó a Martin a mirar, pese a que él no deseaba otra cosa que evitarlo, y declaró tranquilamente:

–Mírale los brazos.

Con las náuseas subiendo y bajando por la garganta y un sabor agrio en la boca, se obligó a mirar los brazos de Frans. Lo vio claro. No cabía la menor duda. Estaban llenos de profundos arañazos.

Una extraña mezcla de euforia y de expectación reinaba el viernes en la comisaría de Tanumshede. El descubrimiento de que Frans era, con toda probabilidad, el asesino de Britta, estaba pendiente de confirmación mediante las pruebas de ADN y la comprobación de las huellas dactilares. Y ya nadie dudaba de que encontrarían la conexión con el asesinato de Erik Frankel. A lo largo del día recibirían además un primer informe preliminar sobre el cadáver hallado en la vieja tumba de los soldados, y todos sentían gran curiosidad por lo que diría ese informe.

Fue Martin quien respondió a la llamada del forense y, blandiendo el protocolo de la autopsia que este le envió por fax, fue llamando de puerta en puerta invitando a todo el mundo a reunirse en la cocina.

Una vez que todos se hubieron sentado, se colocó de espaldas a la encimera, para que lo oyeran bien.

–Como os decía, acabo de recibir el primer informe de Pedersen –declaró Martin haciendo oídos sordos cuando Mellberg murmuró protestando que esa llamada debería haberla recibido él.

–Puesto que no tenemos ni ADN ni odontogramas con los que comparar, no podemos asegurar que el sujeto sea Hans Olavsen. Pero la edad coincide. Y el momento de la desaparición también puede encajar, auque es imposible decirlo con exactitud después de tanto tiempo.

–¿Y cómo murió? –quiso saber Paula tamborileando con el pie en el suelo de puro nerviosismo.

Martin hizo una pausa de efecto y disfrutó de su momento de gloria a la luz de los focos, antes de continuar:

–Pedersen asegura que el cadáver presenta múltiples lesiones. Tanto heridas incisas, efectuadas con algún objeto cortante, como contusiones provocadas por patadas o golpes o por ambas cosas. Alguien que estaba muy enfadado se ensañó con Hans Olavsen y aplacó su ira con él. Podéis leer los detalles en el informe preliminar que Pedersen ha enviado por fax. –Martin alargó el brazo y dejó los documentos en la mesa.

–O sea, que la causa de la muerte es… –Paula seguía dando golpecitos con el pie.

–No es fácil determinar cuál de las heridas le causó la muerte. Según Pedersen, había varias mortales.

–Apostaría cualquier cosa a que también en ese caso fue Ringholm el asesino. Y que por esa razón mató a Erik y a Britta –masculló Gösta, expresando con ello la misma idea que todos tenían en mente–. Siempre fue un tío agresivo –añadió Gösta asintiendo sombrío.

–Es una hipótesis, desde luego –convino Martin–. Pero no podemos precipitarnos en nuestras conclusiones. Cierto que Frans presenta en los brazos los arañazos que Pedersen nos recomendó que buscáramos, pero aún no tenemos los resultados de las muestras que le tomamos a Frans ayer. De modo que no hemos podido verificar que su ADN coincida con los restos de piel que hallamos bajo las uñas de Britta ni con la huella del botón de la funda del almohadón. Así que tranquilidad con las conclusiones. Hasta que lo tengamos todo comprobado, seguiremos trabajando como siempre. –Martin se quedó asombrado al oír lo profesional y lo tranquilo que sonaba. Así era como sonaba Patrik en sus exposiciones. Y no pudo por menos de lanzarle a Mellberg una mirada fugaz y disimulada, para comprobar si estaba indignado porque

él hubiese adoptado un papel que debería haber correspondido a Mellberg, como jefe que era de la comisaría. Pero, como de costumbre, este parecía satisfecho de no ser él quien hiciera el trabajo pesado. Ya reaccionaría, llegado el momento, para atribuirse el honor y la gloria por la resolución del caso.

–Bueno, ¿y qué hacemos ahora? –preguntó Paula mirando a Martin y guiñándole un ojo para confirmarle que, a su juicio, lo estaba haciendo estupendamente. Martin notó que se crecía con la alabanza, por más que sólo fuese gestual. Llevaba tanto tiempo siendo el benjamín, el novato de la comisaría, que no se había atrevido a destacar de verdad. Pero la baja paternal de Patrik le había ofrecido la oportunidad de demostrar su valía.

–En estos momentos y por lo que a Frans se refiere, creo que debemos esperar el resultado del laboratorio. Pero empezaremos desde el principio y revisaremos los pasos de la investigación de la muerte de Erik Frankel, para comprobar si hallamos ahí alguna conexión con Frans, aparte de lo que ya sabemos. Eso quizá podrías hacerlo tú, Paula. –La agente asintió y Martin se dirigió entonces a Gösta.

–Gösta, ¿por qué no tratas de averiguar algo más sobre Hans Olavsen? Su familia, si hay alguien que tenga más datos sobre el tiempo que pasó en Fjällbacka… Habla con Erica, la mujer de Patrik, porque parece que ha conseguido un montón de información, así como el hijo de Frans, que también ha investigado el asunto. Procura que te transmitan lo que hayan encontrado. Con Erica no habrá problema, pero en el caso de Kjell, puede que tengas que presionar algo más.

Gösta asintió también, aunque mucho menos solícito que Paula. Hurgar en un montón de documentos de hacía sesenta años no iba a resultar ni fácil ni agradable. Exhaló un suspiro.

–Bueno, pues qué remedio –repuso como si acabase de saber que tenía por delante siete años de penurias.

–Annika, ¿nos avisas en cuanto sepamos algo de los resultados del laboratorio?

–Por supuesto –aseguró Annika dejando en la mesa el bloc en el que había ido tomando notas mientras Martin hablaba.

–Bien, en ese caso, todos tenemos algo que hacer. –Martin notaba que le ardía la cara de orgullo tras haber dirigido su primera reunión de investigación.

Todos se levantaron y salieron de la sala en pelotón. Todos con la mente ocupada en el misterioso destino de Hans Olavsen.

Patrik dejó el auricular una vez concluida la conversación con Martin. Subió a ver a Erica, que estaba en el despacho, y llamó tímidamente a la puerta.

–¡Pasa!

–Perdona que te moleste, pero creo que querrás saber esto. –Se sentó en el sillón y le refirió lo que Martin le había revelado sobre las terribles lesiones de Hans Olavsen,

o de quien ellos creían que era Hans Olavsen.

–Sí, yo ya daba por hecho que había muerto asesinado… Pero de ese modo… –dijo Erica visiblemente sobrecogida.

–Sí, quienquiera que fuese, tenía una cuenta que ajustar con él –confirmó Patrik. Luego vio que Erica estaba leyendo otra vez los diarios de su madre.

–¿Has encontrado algo más de interés? –le preguntó señalando los diarios.

–No, por desgracia –negó frustrada pasándose la mano por la melena rubia–. Terminan justo cuando Hans Olavsen llegó a Fjällbacka, justo cuando empieza lo interesante.

–¿Y no tienes ni idea de por qué dejó de escribir el diario? –quiso saber Patrik.

–No, pero es eso, que no estoy tan segura de que lo dejara. Parecía una costumbre muy arraigada en ella, escribía un rato cada día. ¿Por qué iba a dejarlo de repente? No, yo creo que hay más diarios, pero a saber dónde demonios… –dijo pensativa enrollándose un mechón de pelo en el índice, ese gesto que tan bien conocía Patrik a aquellas alturas.

–Bueno, ya has revisado todo lo que hay en el desván, así que allí no pueden estar –afirmó Patrik como pensando en voz alta–. ¿Crees que podrían estar en el sótano?

Erica sopesó la posibilidad, pero terminó por rechazarla.

–No, la verdad es que miré la mayor parte de lo que había allí cuando ordenamos, antes de que te mudaras. No, me cuesta creer que estén en casa, y ya se me han acabado las teorías.

–Bueno, al menos ahora tendrás ayuda en lo que respecta a Hans Olavsen. En parte, cuentas con el apoyo de Kjell, y tengo mucha confianza en su capacidad de desenterrar información. Y por otro lado, Martin me dijo que ellos piensan seguir trabajando esa línea de investigación, y le ha pedido a Gösta que hable contigo para que les cuentes lo que has averiguado.

–Claro, a mí no me importa compartir la información –aseveró Erica–. Pero espero que Kjell adopte la misma postura.

–Yo que tú no lo daría por hecho –respondió Patrik–. Él es periodista y ve en esto una historia que contar.

–Sigo preguntándome… –continuó Erica balanceándose en la silla medio abstraída–. Sigo preguntándome por qué Erik le dio aquellos artículos a Kjell. ¿Qué sabría él del asesinato de Hans Olavsen que quería que Kjell averiguase? ¿Y por qué no contó lo que sabía él? ¿Por qué un procedimiento tan intrincado?

Patrik se encogió de hombros.

–Bueno, seguramente jamás lo sabremos. Pero según Martin, en la comisaría las sospechas se inclinan claramente a que, con la muerte de Frans, podemos atar todos los cabos. Sospechan que fue Frans quien mató a Hans Olavsen. Y que con los asesinatos de Erik y de Britta pretendía ocultarlo.

–Sí, bueno, son bastantes los indicios que respaldan esa hipótesis –convino Erica–. Pero aún hay tanto que… –dejó la frase sin terminar–. Aún hay tantas cosas que no comprendo. Por ejemplo, ¿por qué ahora, sesenta años más tarde? Si llevaba sesenta años tranquilo en su tumba, ¿por qué sale a relucir ahora? –Erica se mordía el interior de la mejilla mientras pensaba.

–Ni idea –aseguró Patrik–. Podría ser por cualquier cosa, pero tendremos que aceptar que una parte de este caso se halla tan alejada en el tiempo que nunca tendremos la imagen completa.

–No, seguramente tienes razón –admitió Erica decepcionada al tiempo que alargaba el brazo para coger la bolsa que tenía sobre el escritorio–. ¿Un Dumle?

–Sí, gracias –aceptó Patrik cogiendo uno de la bolsa. Ambos masticaron en silencio mientras consideraban el misterio de la muerte brutal de Hans Olavsen.

–¿Y tú crees que fue Frans? ¿Seguro? ¿Y que mató a Erik y a Britta también? –insistió Erica mirando a Patrik con extrañeza.

Él sopesó su pregunta un buen rato, antes de confirmar:

–Sí, eso creo. Al menos, no hay muchos indicios de que no fuera así. Martin decía que recibirían el resultado de las pruebas del laboratorio el lunes, y ahí obtendremos la confirmación de que, al menos, mató a Britta. Y yo diría que, a partir de ahí, no debe de ser muy difícil encontrar pruebas que lo relacionen con el asesinato de Erik. El de Hans ocurrió hace tanto tiempo que dudo que logremos aclararlo del todo. Lo único es… –dijo haciendo un mohín.

–¿Y? ¿Encuentras algo raro? –preguntó Erica.

–Sí, bueno, es que, de hecho, Frans tiene coartada para el asesinato de Erik, ¿no? Claro que sus compinches pueden estar mintiendo. Eso es algo que Martin y el equipo tendrán que investigar. Es mi única objeción.

–¿Y no había interrogantes en torno a la muerte de Frans? Quiero decir, ¿ninguna duda de que fue suicidio?

–Parece que no –respondió Patrik meneando la cabeza–. Era su propio revólver, aún lo tenía en la mano, y el cañón, en la boca.

Erica hizo una mueca de aversión al imaginar la escena. Patrik continuó.

–O sea, que si comprobamos que sus huellas coinciden con las del revólver y que tiene restos de pólvora en la mano con la que lo sostenía, ni con la mejor voluntad podremos pensar que no fue suicidio.

–Pero ¿no había ninguna carta?

–No, según Martin, no encontraron nada por el estilo. Los suicidas no siempre dejan una carta. –Patrik se levantó y arrojó el envoltorio del caramelo a la papelera–. Bueno, te dejaré que trabajes en paz, cariño. Intenta avanzar un poco con el libro, ya sabes que la editorial te perseguirá con un soplete si no. –Se acercó a ella y la besó en la boca.

–Sí, sí, ya sé –suspiró Erica–. La verdad es que ya he trabajado bastante con el libro. ¿Qué planes tenéis hoy Maja y tú?

–Me ha llamado Karin –contestó Patrik despreocupado–. Así que daremos un paseo en cuanto Maja se despierte.

–Vaya, sales mucho a pasear con Karin –observó Erica, y ella misma se sorprendió de lo amargo de su tono. Patrik la miró sorprendido.

–¿Estás celosa? ¿De Karin? –Patrik se echó a reír, se le acercó y volvió a besarla–. No hay en el mundo ningún motivo para ello. –Volvió a reírse, pero enseguida se puso serio–. Pero, si para ti es un problema que nos veamos con los niños, dímelo.

Erica meneó la cabeza.

–No, por supuesto que no. Soy una mema. No tienes mucha gente con la que salir a pasear ahora que estás en casa con Maja, así que aprovecha la compañía adulta.

–¿Seguro? –preguntó Patrik escrutándola atentamente.

–Seguro –confirmó Erica despidiéndose con la mano–. Anda, vete, alguien tendrá que trabajar en esta familia, ¿no?

Patrik volvió a reír y cerró la puerta. Lo último que vio por la rendija fue a Erica alargando el brazo para coger uno de los diarios.

Fjällbacka, 1945

Era incomprensible. Aquella guerra que parecía no acabar nunca había terminado por fin. Estaba sentada en la cama de Hans leyendo el periódico mientras trataba de obligar al cerebro a comprender el alcance de la palabra impresa en negro: «¡PAZ!».

Elsy sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y tuvo que sonarse en el delantal, que aún llevaba puesto después de ayudar a su madre en la cocina.

–No puedo creerlo, Hans –dijo Elsy y sintió que la abrazaba más fuerte. También él estaba mirando el periódico y parecía incapaz de entender lo que estaban leyendo. Elsy miró un instante hacia la puerta, inquieta ante la posibilidad de que alguien los descubriese ahora que habían abandonado las precauciones y se veían a solas también durante el día. Pero Hilma había ido a casa de los vecinos, y no creía que ninguna otra persona viniese a molestarlos a aquella hora. Además, pronto tendría que contar lo suyo con Hans. Las faldas cada vez le quedaban más estrechas de cintura y aquella mañana le costó un mundo abrocharse el primer botón. Pero todo iría bien. Hans había reaccionado tal y como ella pensaba cuando, unas semanas atrás, le contó lo que le ocurría. Se le iluminaron los ojos, la besó y le puso la mano en el vientre. Luego, le aseguró que ya saldrían adelante. Él tenía trabajo y se ganaba la vida, y su madre lo apreciaba y, sí, claro, ella era muy joven, pero solicitarían la dispensa real para casarse. Ya lo arreglarían de algún modo.

Cada una de las palabras que Hans le decía aliviaba parte de la desazón que ella sentía en el alma a pesar de que lo quería y lo conocía bien y de que confiaba en él. Además, se mostraba tan tranquilo… Y le aseguró que su hijo sería el niño más querido del mundo y que ya se las ingeniarían con todos los aspectos prácticos. Quizá al principio se desencadenase una tormenta, pero si ellos dos se mantenían firmes, terminaría por amainar y al final tendrían la bendición de Dios y la de su familia.

Elsy apoyó la cabeza en su hombro. En aquel instante merecía la pena vivir la vida. La noticia del fin de la guerra y de la llegada de la paz se le extendió por el pecho caldeando el hielo que se le había formado por dentro con la muerte de su padre. Habría deseado que su padre hubiese podido vivir aquel momento. Si él y su barco hubiesen durado unos meses más… Ahuyentó tan lúgubres pensamientos. Dios, no el hombre, es quien dispone, y en algún lugar existía un plan que preveía todo aquello, así tenía que ser, por horrendo que se les antojase todo. Elsy confiaba en Dios, y confiaba en Hans, y esa confianza era un don que le permitía ver el futuro con esperanza.

No ocurría lo mismo con su madre. En los últimos meses, la preocupación de Elsy había ido en aumento. Hilma había encogido sin Elof. Se había reducido, y no le quedaba ya un ápice de alegría en los ojos. Cuando recibieron la noticia de la llegada de la paz, Elsy vio un atisbo de sonrisa en sus labios por primera vez desde que murió

su padre. Quizá el hijo que ella esperaba le restituyera parte de la alegría de vivir, una vez superada la conmoción inicial. Claro que Elsy temía que su madre se avergonzara de ella, pero había acordado con Hans que se lo revelarían lo antes posible, de modo que pudiesen organizarlo todo debidamente antes de que naciese el bebé.

Elsy cerró los ojos y sonrió, sentada como estaba, con la cabeza apoyada en el hombro de Hans, inhalando su aroma, que tan bien conocía.

–Quisiera ir a mi país a ver a los míos, ahora que ha terminado la guerra –comentó Hans acariciándole el pelo–. Pero sólo estaré fuera unos días, así que no tienes de qué preocuparte. No pienso huir de ti –bromeó besándole la cabeza.

–Más te vale –lo previno Elsy con una amplia sonrisa–. Porque te perseguiría hasta los confines de la tierra si lo hicieras.

–Te creo –aseguró él riendo. Luego, adoptó una expresión grave–. Sólo son un par de cosas las que tengo que arreglar ahora que puedo volver a Noruega.

–Parece algo serio –observó Elsy incorporándose para mirarlo a la cara–. ¿Temes que le haya ocurrido algo a tu familia?

Hans guardó silencio un instante, antes de responder.

–Eso es lo que no sé. Hace tanto tiempo que no sé nada de ellos… Pero no me iré enseguida, sino dentro de una semana o así, y, cuando quieras darte cuenta, ya estaré de vuelta.

–Me parece bien –convino Elsy volviendo a apoyar la cabeza en su hombro–. Porque no quiero estar lejos de ti.

–No será necesario –le aseguró Hans besándole de nuevo el cabello–. No será necesario nunca.

Hans cerró los ojos y la abrazó más fuerte aún. Entre ambos estaba el periódico. En la primera página una sola palabra: «PAZ».

Resultaba extraño. La semana anterior reparó por primera vez en la realidad de que su padre no era inmortal. Y el jueves pasado, la policía llamó a su puerta para comunicarle que había fallecido. Le sorprendió cómo le afectaba la noticia. Comprobar que le daba un vuelco el corazón y que, si extendía la mano, recordaba la sensación de cuando era niño y se la daba a su padre, una mano pequeña en otra grande, y de cómo esas dos manos fueron separándose poco a poco. En ese momento comprendió que había sentido todo el tiempo algo más fuerte que el odio. La esperanza. Era lo único que había sobrevivido, lo único que había logrado coexistir sin ahogarse con el odio exterminador que le inspiraba su padre. El amor había muerto hacía tiempo, pero la esperanza se había escondido en un rincón minúsculo del corazón, oculta incluso para él mismo.

Cuando se vio en el vestíbulo, después de despedir a los policías y cerrar la puerta, sintió que la esperanza, visible de pronto, había quedado al descubierto y, con ella, un dolor tal que le nubló la vista. Porque, de algún modo, el niño que llevaba dentro no había dejado de añorar a su padre; ni de confiar en que hubiera algún camino que pudiera franquear los muros que ambos habían construido. Ese camino había quedado ahora inaccesible. Los muros, en cambio, seguían allí erosionándose, impidiendo cualquier posibilidad de reconciliación.

Se había pasado el fin de semana intentando que su cerebro aceptase el hecho de que su padre estaba muerto. Desaparecido para siempre. Y, además, muerto por su propia mano. Y, por más que él siempre intuyó que sería un final adecuado para una vida tan destructiva, le costaba asimilarlo.

El domingo fue a ver a Carina y a Per. Los había llamado el mismo jueves para contarles lo sucedido, pero no fue capaz de ir a verlos hasta después de haber ordenado sus propios pensamientos y las imágenes que, a raíz del acontecimiento, desfilaron por su retina. Cuando llegó a casa de Carina quedó profundamente sorprendido. Había algo radicalmente distinto en el ambiente, aunque al principio no supo a qué atribuirlo con exactitud. Al cabo de unos instantes, exclamó atónito: «¡Estás sobria!». Y no quiso decir que lo estuviera de manera momentánea, justo entonces, porque así ya la había visto con anterioridad, aunque no muy a menudo, sino que, de forma instintiva, comprendió que algo había cambiado. Leyó en los ojos de Carina un sosiego, una determinación que habían reemplazado la expresión de animal herido que había adoptado desde que él la abandonó y que lo llenaba de remordimientos. También Per parecía cambiado. Estuvieron hablando de lo que sucedería después del juicio por la agresión, y su hijo lo sorprendió con su aplomo y sus razonamientos sobre cómo se enfrentaría a la situación. Cuando Per se marchó a su habitación, Kjell se armó de valor y preguntó qué había ocurrido y, con creciente perplejidad, oyó a Carina contar la visita que les había hecho su padre. Y cómo,

según su ex mujer, había conseguido con éxito aquello en lo que Kjell llevaba diez años fracasando.

Eso lo empeoró todo, pues le confirmó lo razonable de esa esperanza que ahora le socavaba el pecho. Porque su padre ya no estaba. ¿Qué esperanza le quedaba ahora?

Kjell se colocó junto a la ventana de su despacho y contempló la calle. Por un momento desnudó su conciencia y se permitió por primera vez examinarse con la misma luz cruel bajo la cual había juzgado siempre a su padre. Y lo que vio lo llenó de temor. Claro, la traición que el cometió con los suyos no fue tan llamativa, tan imperdonable a los ojos de la sociedad. Pero ¿fue por ello una traición menor? En absoluto. Había abandonado a Carina y a Per. Los había dejado en el arroyo como si fueran un saco de despojos. Y también a Beata la traicionó. De hecho, la traicionó incluso antes de que comenzase su relación con ella. Nunca la quiso. Sólo quiso lo que ella representaba entonces, en un instante de debilidad en el que sintió que necesitaba lo que ella podía darle. Pero a ella nunca la quiso. Y en honor a la verdad, ni siquiera le gustaba. No como Carina. No como la primera vez que la vio sentada en aquel sofá, con el vestido amarillo y la cinta a juego en el pelo. Y también había traicionado a Magda y a Loke. Porque la vergüenza de haber abandonado a un hijo había cerrado todas las puertas en su interior convirtiéndolo en un ser nada receptivo a aquel amor crudo, profundo y envolvente que había sentido por Per desde el primer momento en que lo vio en brazos de Carina. Un amor que él negó a los hijos que había tenido con Beata, y que no se creía capaz de recuperar. Esa era la traición con la que debía vivir el resto de sus días. Y con la que también ellos deberían vivir.

Le temblaba un poco la mano con la que cogió la taza de café. Hizo una mueca de repulsión cuando notó que se había enfriado mientras él cavilaba, pero ya se había llenado la boca con un buen buche del frío mejunje e hizo un esfuerzo por tragárselo.

Oyó una voz desde la puerta.

–Tienes correo.

Kjell se volvió y asintió distraído.

–Gracias.

Alargó el brazo para coger el correo personal del día. Lo hojeó con desinterés. Publicidad, alguna factura. Y una carta. Con una caligrafía en el sobre que conocía perfectamente. Empezó a temblarle todo el cuerpo y tuvo que sentarse. Colocó la carta en la mesa y se quedó un buen rato mirándola simplemente. Iba a su nombre y a la dirección de la redacción. Escrita con letra elegante y anticuada. Transcurrían los minutos mientras trataba de enviar señales desde el cerebro a la mano, de ordenarle que cogiera la carta y la abriera. Pero parecía que las señales se perdiesen por el camino y, en lugar de acción, indujesen a una parálisis total.

Pero al final llegaron a su destino y Kjell abrió la carta despacio, muy despacio. Eran tres folios manuscritos y le llevó varios renglones descifrar la letra. Pero lo

consiguió. Kjell leyó la carta. Cuando hubo terminado, la dejó de nuevo en la mesa. Y, por última vez, sintió el calor de la mano de su padre en la suya. Luego cogió la cazadora y las llaves del coche. Guardó la carta cuidadosamente en el bolsillo.

Ahora sólo podía hacer una cosa.

<

Alemania, 1945

Los habían reunido en el campo de concentración de Neuengamme. Corría el rumor de que los autobuses blancos tenían la misión de llevarse primero a otros presos, entre ellos los polacos, de modo que después hubiera sitio para los nórdicos. Según el mismo rumor, esa medida costó unas cuantas vidas. Los presos de otras nacionalidades estaban en condiciones mucho peores que los nórdicos, que recibían paquetes de comida por diversas vías y se las habían arreglado relativamente bien en los campos de concentración. Dicen que muchos murieron y que otros acabaron en pésimas condiciones después del transporte desde los campos. Pero, aunque el rumor fuese veraz, nadie tenía fuerzas para preocuparse ahora que, de repente, la libertad se hallaba al alcance de la mano. Bernadotte había negociado con los alemanes, que le permitieron el envío de autobuses para trasladar a los presos de los países nórdicos, y allí estaban.

Axel entró en el autobús tambaleándose de debilidad. Era su segundo traslado en pocos meses. Desde Sachsenhausen los trasladaron súbitamente a Neuengamme, y aún se despertaba a menudo por las noches ante el recuerdo de tan terrorífico viaje. Hacinados en vagones de mercancías, iban impotentes, apáticos, oyendo el sonido de las bombas que caían a su alrededor mientras ellos cruzaban Alemania. Algunas bombas caían tan cerca que oían la lluvia de tierra sobre los vagones. Pero ninguna les dio. Inexplicablemente, Axel logró sobrevivir a aquello también. Y ahora que casi se le había extinguido el último impulso vital, llegó la noticia de que por fin se acercaba la salvación. Los autobuses que los conducirían a Suecia, que los llevarían a casa.

Él estaba en condiciones de entrar por sí mismo en uno de los autobuses, mientras que algunos presos se encontraban en tal estado que tuvieron que subirlos. Faltaba el espacio y la reducida superficie del autobús rebosaba de desgracias. Muy despacio, se acomodó en el suelo, encogió las rodillas y apoyó en ellas la cabeza. No alcanzaba a

comprenderlo. Iría a casa. Con su padre y con su madre. Y con Erik. A Fjällbacka. Lo recreó todo en su mente con suma claridad. Todo aquello en lo que no se había permitido pensar durante tanto tiempo. Pero al fin, ahora que sabía que lo tenía a su alcance, se atrevía a dejar que pensamientos y recuerdos campasen por su memoria. Al mismo tiempo, sabía que jamás volvería a ser lo mismo. Que él no volvería a ser el mismo. Había presenciado y vivido experiencias que lo habían transformado para siempre.

Axel odiaba aquella transformación. Odiaba lo que se había visto obligado a hacer y lo que se había visto obligado a presenciar. Y todo aquello no quedaba atrás sólo porque hubiese entrado en aquel autobús. Fue un viaje largo y lleno de dolor, de humores corporales, de enfermedad y de horror. Por el camino iban viendo material de guerra en llamas y un país en ruinas. Dos murieron en el trayecto. Uno de ellos, el hombre sobre cuyo hombro se iba apoyando en los breves intervalos de sueño, cuando el autobús rodaba en la oscuridad de la noche. Por la mañana, al despertar, el hombre se desplomó del todo cuando Axel se irguió. Pero él no hizo más que apartarlo un poco con el pie y llamar a uno de los guardas. Luego se hundió de nuevo en su sitio. Tan sólo era una muerte más. Había visto muchas.

Se dio cuenta de que se llevaba la mano a la oreja constantemente. A veces oía un zumbido, pero por lo general, sólo percibía un silencio hueco, monótono. Había recreado tantas veces aquello en su mente… Claro que había sufrido afrentas peores desde entonces, pero en cierto modo era como si la visión del vigilante que se le acercaba amenazándolo con la culata del rifle representara la traición extrema. Porque, a decir verdad, se conocieron como hombres. Y, pese a pertenecer a bandos diferentes, habían hallado un tono de amabilidad que infundió en Axel una sensación de respeto y de seguridad. Pero en el momento en que vio que el muchacho alzaba la culata del rifle, y en el momento en que sintió el dolor de algo que se rompía cuando se la estrelló contra la oreja, perdió todas las ilusiones sobre la bondad intrínseca del ser humano.

Y mientras iba en el autobús camino a casa, rodeado de hombres enfermos, heridos y conmocionados, se prometió a sí mismo que no descansaría hasta haber pedido responsabilidades a todos los culpables. Habían sobrepasado el límite de su condición de seres humanos, y era deber de Axel procurar que ninguno se librase.

Volvió a llevarse la mano al oído y vio la imagen de su hogar. Pronto, muy pronto, estaría de vuelta.

Paula mordisqueaba un bolígrafo mientras revisaba minuciosamente documento tras documento. Tenía delante todo lo relativo a la investigación del asesinato de Erik Frankel para examinar el material una vez más. Algo tenía que haber. Un detalle que hubiesen pasado por alto, una porción mínima de información que confirmase lo que ellos sospechaban, que Frans Ringholm también lo había asesinado a él. Paula sabía el peligro que entrañaba revisar el material de una investigación a la luz de esos prejuicios, intentar encontrar pruebas que señalasen una dirección determinada. Pero intentaba mantener la mente tan abierta como podía, y buscaba cualquier cosa que le plantease un interrogante. Con resultado cero, hasta el momento. Aunque aún le quedaba mucho por revisar.

A veces, pese a todo, le costaba centrarse. A Johanna le quedaba poco tiempo para la fecha pronosticada, aunque, en teoría, podía ponerse de parto en cualquier momento. Y Paula sentía una extraña mezcla de miedo y de alegría ante lo que tenían por delante. Un hijo. Alguien de quien responsabilizarse. Si hubiera hablado con Martin, habría reconocido cada una de las inquietudes que la embargaban, pero Paula se las guardó para sí. En su caso, las inquietudes eran de mucho mayor calado que para cualquier futuro padre. ¿Hicieron lo correcto cuando decidieron materializar su sueño de tener un hijo juntas? ¿Habrían de admitir después que fue un acto puramente egoísta, algo por lo que su hijo tendría que pagar más adelante? ¿Y no habrían debido quedarse en Estocolmo, para que el pequeño se educara allí? Tal vez hubiera resultado más fácil que en Fjällbacka, donde la familia que componían destacaría y llamaría la atención, naturalmente. Pero algo le decía que habían hecho bien mudándose. La habían recibido con tanta amabilidad… Y hasta el momento no había notado que nadie las mirase con animadversión. Claro que, quizá todo cambiara cuando naciera el bebé. ¿Qué sabía ella?

Paula exhaló un suspiro y alargó el brazo en busca del siguiente documento de la pila. El análisis técnico del arma del crimen: el busto de piedra que debía estar en la ventana, pero que ellos hallaron lleno de sangre debajo del escritorio. Aunque de ahí no había mucho que sacar. No presentaba huellas latentes, ni rastro de sustancias extrañas, nada. Tan sólo la sangre de Erik, pelos y masa cerebral. Dejó el documento y cogió las fotos del lugar del crimen para examinarlas por enésima vez. Se sorprendió al pensar que la mujer de Patrik hubiese advertido que había algo escrito en el bloc que se veía sobre el escritorio. «Ignoto militi.» Al soldado desconocido. Ella misma no había reparado en ello cuando examinó las fotografías y no podía por menos de admitir que, aunque lo hubiese descubierto, no se le habría ocurrido ir a comprobar qué significaba aquella expresión. Erica no sólo había detectado las palabras, sino que además consiguió incorporarlas en el rompecabezas de pistas e indicios, lo cual los llevó a encontrar el cuerpo de Hans Olavsen en el cementerio.

Pero uno de los aspectos más importantes era el de las coordenadas temporales. No tenían la menor posibilidad de establecer con exactitud cuándo asesinaron a Erik Frankel, sólo habían llegado a la conclusión de que debió de ocurrir entre el 15 y el 17 de junio. Quizá pudiera sacarse algo más partiendo de ahí, se dijo Paula sacando un bloc de notas. La agente comenzó a pormenorizar con trazo firme todas las indicaciones horarias y temporales de que disponían y fue marcando los acontecimientos en una línea: la visita de Erica, la irrupción etílica de Erik en casa de Viola, el viaje de Axel a París, y el intento de la mujer de la limpieza de entrar en la casa. Rebuscó entre los documentos alguna prueba de dónde estuvo Frans durante ese tiempo, pero sólo halló las declaraciones de los miembros de Amigos de Suecia, según los cuales Frans estaba entonces en Dinamarca. Mierda. Tendrían que haberlo presionado para obtener detalles más precisos, mientras les fue posible. Claro que, seguramente, hubiese procurado disponer de pruebas escritas que apoyasen su coartada. Tan tonto no era. Aunque… ¿qué había dicho Martin durante una de las reuniones? Que rara vez había una coartada perfecta…

Paula se irguió en la silla de un respingo. Se le había ocurrido una idea que cada vez cobraba más fuerza. Un detalle que no habían comprobado.

–Hola, soy Karin. Oye, ¿podrías venir a casa a echarme una mano? Leif se marchó otra vez esta mañana y tengo una fuga en una de las tuberías del sótano.

–Pues… bueno, yo no soy fontanero –repuso Patrik con cierta reserva–. Pero claro que puedo pasarme a ver si es grave y, en el peor de los casos, buscamos a algún experto.

–Estupendo –respondió ella aliviada–. Tráete a Maja si quieres, así Ludde y ella podrán jugar un rato.

–Claro, Erica está trabajando, así que es condición indispensable que Maja venga conmigo –confirmó prometiéndole que iría cuanto antes.

En honor a la verdad, le provocó una sensación extraña detenerse en la entrada del garaje de la casa de Karin y Leif en Sumpan. Y ver el hogar en el que su ex mujer vivía con el hombre cuyo blanco trasero galopante él aún veía de vez en cuando en su cabeza. Los había pillado in fraganti, algo que no se olvidaba fácilmente.

Karin le abrió la puerta con Ludde en brazos antes de que él hubiese llamado siquiera.

–Adelante –lo invitó haciéndose a un lado.

–La patrulla de salvamento al rescate –bromeó Patrik dejando a Maja en el suelo. Enseguida vino a hacerle compañía Ludde, quien, con pasmosa resolución, la cogió de la mano y la arrastró hasta lo que parecía su habitación, a unos metros de la entrada, pasillo adentro.

–Es abajo. –Karin abrió una puerta tras la cual había una escalera que conducía al

sótano, y empezó a bajar delante de Patrik.

–¿No habrá peligro? –se preocupó Patrik mirando inquieto hacia la habitación de Ludde.

–Seguro que son capaces de estar entretenidos unos minutos sin el menor problema –dijo Karin haciéndole una seña para que la siguiese.

Al pie de la escalera, Karin alzó la vista y le señaló preocupada una tubería. Patrik se acercó para inspeccionarla y le dijo tranquilizador:

–Bueno, decir que hay una fuga es mucho decir. Parece que es humedad fruto de la condensación –aseguró señalando las gotas minúsculas que salpicaban la parte superior de la tubería.

–Ah, pues qué alivio. Me puse nerviosa al ver tanta humedad –se tranquilizó Karin resoplando–. Has sido muy amable viniendo a echar un vistazo. ¿Puedo invitarte a un café, para compensarte? ¿O tienes prisa? –Lo miró inquisitiva antes de empezar a subir de nuevo.

–No, qué va, no tengo que llegar a ninguna hora, así que un café no estaría mal.

Minutos después, estaban los dos sentados a la mesa de la cocina, degustando los dulces que Karin había servido.

–Doy por hecho que no te esperabas un bizcocho casero, ¿verdad? –comentó Karin sonriendo.

Patrik alargó el brazo en busca de otra galleta de avena y meneó la cabeza riendo.

–No, descuida, la repostería nunca fue lo tuyo. Ni la cocina en general, si he de ser sincero.

–¡Oye, oye! –exclamó Karin fingiéndose ofendida–. Tan malo no podía ser. Al menos mi asado de carne picada sí que te gustaba.

Patrik hizo una mueca y agitó la mano como diciendo «así, así».

–Ya, pero eso te lo decía más que nada porque como te sentías tan orgullosa… Pero en realidad lo que pensaba era si venderle la receta a la milicia local a precio de oro. Como munición para los cañones.

–¡Pero oye! –protestó Karin–. No te pases, ¿eh? –añadió riendo–. Aunque la verdad, creo que tienes razón, la cocina no es lo mío, como Leif no se cansa de repetir. Por otro lado, no parece que haya nada que sea lo mío, según él. –Al decir esto, se le quebró la voz y se le llenaron los ojos de lágrimas. Patrik puso la mano sobre la de ella sin pensar.

–¿Tan mal están las cosas?

Karin asintió y se secó las lágrimas con una servilleta.

–Hemos decidido separarnos. El fin de semana pasado tuvimos una discusión tremenda, y comprendimos que esto no funciona. Así que esta vez se ha ido para siempre, para no volver nunca más.

–Lo siento –dijo Patrik, aún con la mano sobre la de ella.

–¿Sabes qué es lo que más me duele? –preguntó Karin–. Que, en realidad, no lo echo de menos. Que he comprendido que todo fue un tremendo error. –Volvía a quebrársele la voz y Patrik empezaba a sentir un nudo en el estómago al preguntarse adónde los conduciría aquella conversación.

–Tú y yo estábamos tan a gusto, ¿verdad que sí? Si yo no hubiera sido tan imbécil… –Sollozó con la servilleta en la boca y se agarró fuerte a la mano de Patrik de modo que este no podía retirarla, por más que sabía que era el momento de hacerlo.

–Ya sé que has seguido tu vida. Ya sé que tienes a Erica. Pero ¿verdad que tú y yo teníamos una relación especial? ¿Verdad que sí? ¿No existe ninguna posibilidad de que podamos… de que tú y yo…? –No fue capaz de terminar la frase, sino que se aferró suplicante a la mano de Patrik con más fuerza todavía.

Patrik tragó saliva, pero luego le dijo con tranquilidad:

–Yo quiero a Erica. Es lo primero que debes saber. En segundo lugar, la imagen que tienes de lo nuestro no es más que una ilusión, una construcción posterior alentada por lo mal que está la situación entre Leif y tú. Nosotros no estábamos mal, pero no había nada especial. Y por eso acabó como acabó. Era una cuestión de tiempo. –Patrik la miró a los ojos–. Y, si lo piensas un poco, tú misma te darás cuenta. Seguíamos casados por comodidad, no por amor. Así que, en cierto modo, nos hiciste un favor, aunque, claro, yo hubiera preferido que acabase de otro modo. Pero ahora te estás engañando, ¿vale?

Karin rompió a llorar de nuevo, en gran medida por la humillación. Patrik se dio cuenta y se sentó a su lado, le rodeó los hombros con el brazo y le acarició el cabello.

–Calla…Vamos… Todo se arreglará…

–¿Cómo… cómo puedes ser tan amable cuando… acabo de ponerme en ridículo…? –balbució Karin e intentó volver la cara avergonzada. Pero Patrik continuó acariciándole el pelo.

–No tienes nada de qué avergonzarte –le aseguró–. Estás destrozada y no puedes pensar con claridad. Pero sabes que tengo razón. –Cogió la servilleta y le secó las mejillas enrojecidas y anegadas en llanto.

–¿Quieres que me vaya, o nos tomamos el café? –le preguntó mirándola tranquilo a los ojos. Ella dudó un instante, pero luego se relajó.

–Si podemos olvidar que, en principio, acabo de arrojarme en tus brazos… –contestó ella más calmada–. Pues sí, me gustaría que te quedaras un rato más.

–De acuerdo –aceptó Patrik volviendo a su silla–. Tengo memoria de pez, así que dentro de diez segundos sólo recordaré estos estupendos dulces comprados en la tienda –aseveró cogiendo otra galleta de avena.

–¿Qué está escribiendo ahora Erica? –se interesó Karin, ansiosa por cambiar de tema.

–Debería estar trabajando en su nuevo libro, pero se ha atascado en unas investigaciones sobre el pasado de su madre –contó Patrik, contento de poder hablar de otro asunto.

–¿Y cómo es que empezó a interesarse por ello? –preguntó Karin con sincera curiosidad mientras cogía una galleta ella también.

Patrik le habló de los hallazgos del baúl y le refirió que Erica había descubierto una conexión con los asesinatos de los que ya hablaba todo el pueblo.

–Lo más frustrante es que su madre escribió unos diarios, pero sólo encuentra los que llegan hasta 1944. O bien lo dejó bruscamente entonces o bien hay un puñado de cuadernos azules a buen recaudo en algún otro lugar, porque en casa no están –explicó Patrik.

Karin dio un respingo.

–¿Cómo dices que son esos diarios?

Patrik frunció el entrecejo y se la quedó mirando inquisitivo.

–¿Por qué?

–Porque me parece que yo sí sé dónde están –respondió Karin.

–Tienes visita –comunicó asomando la cabeza por la puerta del despacho de Martin.

–¿Ajá? ¿Quién? –preguntó el policía lleno de curiosidad, pero enseguida obtuvo la respuesta cuando vio entrar a Kjell Ringholm.

–No he venido como periodista –declaró sin preámbulos con las manos en alto, al ver que Martin se disponía a formular una protesta ante su presencia–. He venido como hijo de Frans Ringholm –declaró dejándose caer pesadamente en la silla.

–Lo siento… –comenzó Martin, sin saber qué decir. Todos sabían cómo eran las relaciones entre padre e hijo.

Kjell lo tranquilizó con un gesto y se llevó la mano al bolsillo.

–La he recibido hoy –informó en tono neutro, aunque la mano le temblaba cuando dejó la carta sobre la mesa. Martin la cogió y la abrió tras la aprobación de Kjell, que la había llevado justo para eso. Martin leyó las tres páginas manuscritas sin pronunciar palabra, aunque enarcó las cejas varias veces.

–Se confiesa culpable no sólo del asesinato de Britta Johansson, sino también de los de Hans Olavsen y Erik Frankel –dijo Martin mirando a Kjell.

–Sí, eso es lo que dice –admitió Kjell bajando la vista–. Pero me figuro que era una posibilidad en la que ya habíais pensado, así que no será una sorpresa.

–Te mentiría si dijera lo contrario –confesó Martin–. Pero en realidad, sólo tenemos pruebas físicas para el asesinato de Britta.

–En ese caso, esto debería seros útil –repuso Kjell señalando la carta.

–¿Y estás seguro de que…?

–¿De que es la letra de mi padre? –intervino Kjell completando la pregunta–.

Pues sí, estoy completamente seguro. Esa carta la escribió mi padre. Y, la verdad, no me sorprende –añadió con amargura–. Aunque jamás hubiera creído que… –Se interrumpió meneando la cabeza.

Martin leyó las tres páginas una vez más.

–Bueno, en rigor, sólo dice claramente que mató a Britta, y en lo demás se expresa de un modo mucho más vago: «Soy responsable de la muerte de Erik, al igual que de la del hombre que habéis encontrado en una tumba que no habría debido ser la suya».

Kjell se encogió de hombros.

–Pues yo no veo la diferencia. Es sólo que ahí se ha expresado de un modo más altisonante. Vamos, que yo no tengo ninguna duda de que mi padre es… –No concluyó la frase, sino que exhaló un hondo suspiro, como para mantener controlado el torbellino de sentimientos.

Martin siguió leyendo intrigado.

«Creí que podría arreglarlo todo como suelo hacer, creí que un solo acto de voluntad lo resolvería todo, lo ocultaría todo. Pero en cuanto levanté el almohadón supe que no había resuelto nada. Y comprendí que sólo quedaba una alternativa. Que había llegado al final del camino. Que el pasado me había dado alcance al fin.» Martin miró a Kjell y preguntó:

–¿Sabes a qué se refiere? ¿Qué es lo que hay que ocultar? ¿De qué pasado habla?

Kjell negó con un gesto.

–No tengo ni idea.

–Me gustaría quedarme con esto unos días –declaró Martin agitando el manuscrito.

–Claro –respondió Kjell con voz cansina–. Quédatelas. Yo había pensado quemarlas.

–Por cierto, le había pedido a Gösta que hablase contigo, pero ya que estás aquí, podríamos hacerlo ahora mismo, ¿no? –Martin guardó la carta cuidadosamente en una funda de plástico y la dejó en la mesa.

–¿De qué? –preguntó Kjell.

–Hans Olavsen. Tengo entendido que has hecho ciertas averiguaciones sobre él.

–¿Y qué importa eso ahora que mi padre ha confesado que fue él quien lo mató?

–Bueno, podría interpretarse así, pero aún quedan…, pero aún quedan en torno a su persona y a su muerte muchos interrogantes que querríamos aclarar. O sea que, si tienes alguna información, lo que sea, con la que puedas contribuir… –Martin lo invitó a hablar con un gesto y se retrepó en la silla.

–¿Habéis hablado con Erica Falck? –quiso saber Kjell.

Martin negó con la cabeza.

–También pensamos hacerlo, pero puesto que a ti te tenemos aquí ahora…

–Bueno, no tengo mucho que aportar, la verdad. –Kjell le habló del contacto con Eskil Halvorsen y de que aún no había recibido noticias suyas sobre Hans Olavsen, y dudaba de recibirlas.

–¿Y no podrías llamarlo ahora por teléfono, para ver si ha encontrado algo? –propuso Martin curioso, señalando para animarlo el teléfono que tenía encima de la mesa.

Kjell se encogió de hombros y sacó del bolsillo una agenda desgastada. La hojeó hasta que encontró una página con un post-it amarillo en el que tenía anotado el número de Eskil Halvorsen.

–No creo que haya averiguado nada, pero claro, si quieres, lo llamo –repuso Kjell dejando escapar un suspiro. Acercó el aparato y marcó el número sosteniendo la agenda en la otra mano. Se oyeron muchos tonos de llamada, hasta que el noruego respondió por fin.

–Sí, buenos días, soy Kjell Ringholm. Verá, perdone que le moleste, pero quería saber si… Ajá, ¿recibió la foto el jueves? ¡Qué bien! ¿Qué ha…?

Asintió mientras escuchaba atento cuanto le decía el hombre al otro lado del hilo telefónico y, al ver la expresión cada vez más impaciente y ansiosa de Kjell, Martin se irguió en la silla, contagiado de su impaciencia.

–O sea, que gracias a la fotografía…

–¿Ajá, no era ese su nombre? Es decir, que se llamaba… –Kjell chasqueó los dedos y le hizo a Martin una señal para que le diera papel y lápiz.

Martin se abalanzó sobre el lapicero y lo volcó de modo que todos los bolígrafos cayeron al suelo, aunque Kjell logró atrapar uno en el aire y cogió enseguida un informe que Martin tenía en la papelera, antes de empezar a tomar notas febrilmente en la parte posterior.

–O sea, que no era…

–Sí, ya, comprendo que esto es sumamente interesante. Para nosotros también… Créame…

Martin estaba a punto de estallar a causa de la tensión y no apartaba la vista de Kjell.

–Vale, pues muchísimas gracias. Esto le da un giro radical a los acontecimientos. Sí, gracias, gracias. –Finalmente, Kjell colgó el teléfono y le dedicó a Martin una amplia sonrisa.

–¡Sé quién es! ¡Joder, ya sé quién es!

–¡Erica!

La puerta de entrada resonó al cerrarse y Erica se preguntó a qué vendrían los gritos.

–Sí, ¿qué pasa? ¿Se ha declarado un incendio? –Salió al rellano y miró apoyada

en la barandilla.

–Ven, tengo algo que contarte –le dijo su marido acuciándola con la mano para que bajase.

–Siéntate –le ordenó encaminándose a la sala de estar.

–Bueno, me vas a matar de curiosidad –repuso Erica ya sentada en el sofá. Lo miró exigente y le dijo–: Cuenta.

Patrik tomó aire.

–Verás, tú sospechabas que debía de haber más diarios en alguna parte, ¿verdad?

–Sí… –asintió Erica notando un cosquilleo en el estómago.

–Pues resulta que hace un rato pasé por casa de Karin.

–¿De verdad? –preguntó Erica sorprendida. Patrik la tranquilizó con un gesto.

–Déjalo y escucha. Bueno, pues por casualidad le mencioné los diarios. ¡Y me dijo que creía saber dónde hay más!

–¿Estás de broma? –exclamó Erica atónita–. ¿Y cómo lo sabe?

Patrik se lo explicó y a Erica se le iluminó el semblante.

–Claro, por supuesto. Pero ¿por qué no dijo nada?

–Ni idea. Tendrás que ir allí y preguntarle –sugirió Patrik, que apenas había terminado la frase cuando ya iba Erica camino de la puerta.

–Eh, que nosotros nos vamos contigo –replicó Patrik cogiendo a Maja.

–Pues daos prisa –advirtió Erica, que ya salía por la puerta blandiendo las llaves del coche.

Poco después, Kristina les abría la puerta sorprendida.

–Hola, ¡qué sorpresa! ¿Vosotros por aquí?

–Sí, bueno, una visita breve –contestó Erica intercambiando con Patrik una mirada cómplice.

–Claro, adelante. Voy a poner café –propuso Kristina, aún intrigada.

Erica aguardó expectante el momento adecuado, hasta que Kristina hubo preparado el café y se hubo sentado a la mesa. Con mal disimulada impaciencia, le dijo:

–Recordarás que te conté que había encontrado los diarios de mi madre en el desván, ¿verdad? Y que últimamente los he estado leyendo para intentar averiguar quién era en realidad Elsy Moström.

–Sí, sí, claro, me lo dijiste –respondió Kristina, evitando mirarla a la cara.

–El día que estuve aquí creo recordar que te comenté cuánto me extrañaba que hubiese dejado de escribir justo en 1944 y que no hubiese más diarios a partir de esa fecha, ¿no?

–Sí –asintió Kristina con los ojos clavados en el mantel.

–Pues hoy ha estado Patrik en casa de Karin. Y, cuando mencionó los diarios y se los describió, ella dijo que recordaba perfectamente haber visto unos cuadernos

parecidos aquí, en tu casa. –Erica hizo una pausa para escrutar la expresión de su suegra–. Según ella, un día le pediste que fuese al armario de la ropa blanca a buscar un mantel y, en el fondo de ese armario, recordaba haber visto unos cuadernos en cuya portada se leía la palabra «Diario». Supuso que eran tuyos y no dijo nada al respecto. Pero hoy, cuando Patrik le habló de los de mi madre…, bueno, cayó en la cuenta. Y mi pregunta es –continuó Erica con calma–, ¿por qué no me dijiste nada?

Kristina guardó silencio un buen rato, sin apartar la mirada de la mesa. Patrik procuraba no mirarlas y concentrarse en comerse un bollo con Maja. Finalmente, Kristina se levantó y salió de la sala de estar. Erica la siguió con la mirada conteniendo la respiración. Oyó abrirse y cerrarse la puerta de un armario y, un instante más tarde, volvió Kristina con tres cuadernos azules en la mano. Exactamente iguales que los que Erica tenía en casa.

–Le prometí a Elsy que los guardaría bien. No quería que Anna y tú los vierais. Pero supongo que… –Kristina dudó un segundo, pero al final se los entregó a Erica–. Supongo que llega un momento en que las cosas deben saberse. Y tengo la sensación de que ha llegado ese momento. Creo que Elsy lo aprobaría.

Erica cogió los diarios y pasó la mano por la portada del primero.

–Gracias –le dijo a Kristina–. ¿Sabes lo que contienen?

–No los he leído, pero conozco parte de los hechos que Elsy relata en ellos.

–Me quedaré aquí un rato leyéndolos –decidió Erica, que fue temblando a sentarse en el sofá de la sala de estar. Emocionada, abrió el primer diario y empezó a leer. Sus ojos se deslizaban por las líneas, por aquella letra que tan bien conocía ya, mientras iba enterándose del destino de su madre y, por tanto, del suyo. Con creciente asombro y consternación, leyó acerca de la historia de amor entre su madre y Hans Olavsen, y de cuando Elsy descubrió que estaba embarazada. En el tercer diario, había llegado al episodio de la partida de Hans a Noruega. Y a sus promesas. Los dedos de Erica temblaban cada vez más y llegó a sentir físicamente el pánico que sin duda experimentó su madre cuando escribió sobre cómo pasaban los días, las semanas, sin que Hans diese señales de vida. Y cuando Erica llegó a las últimas páginas, empezó a llorar sin poder parar. A través de las lágrimas, leyó las palabras que Elsy había escrito con su hermosa caligrafía:

Hoy cojo el tren para Borlänge. Mi madre no ha venido a despedirme. Empieza a ser imposible seguir ocultando mi estado. Y no quiero que mi madre tenga que soportar esa vergüenza. Me va a costar hacer esto, pero le he rogado a Dios que me dé fuerzas para superarlo. Fuerzas para abandonar a aquel a quien no he conocido y por quien, a pesar de todo, siento ya tanto amor, tanto, tanto amor…

Borlänge, 1945

Jamás regresó. La besó al despedirse, le dijo que pronto volvería y se marchó. Y ella se quedó esperando. Al principio, con la más absoluta certeza; luego, con un punto de incertidumbre que, con el tiempo, se convirtió en un pánico creciente. Porque no regresó jamás. Rompió la promesa que le hizo. Los engañó a ella y al niño. Con lo segura que estaba… Ni siquiera se le pasó por la cabeza dudar de su promesa, sino que dio por hecho que él la quería tanto como ella lo quería a él. Qué muchacha más ingenua, qué necia. ¿Cuántas jóvenes no habían sufrido ese mismo engaño a lo largo de la historia?

Cuando ya no podía seguir ocultándolo, tuvo que presentarse ante su madre y, con la cabeza gacha, pues no era capaz de mirar a Hilma a la cara, se lo contó todo. Que se había dejado engañar, que creyó en sus promesas y que ahora llevaba al hijo de ambos en sus entrañas. Su madre no dijo nada al principio. Un silencio muerto y frío inundó la cocina, donde se encontraban, y entonces, precisamente, se desató el terror en el corazón de Elsy. Porque en algún lugar recóndito de su ser había abrigado la esperanza de que su madre la acogiese en su seno, que la hubiese abrazado, que la hubiese mecido dulcemente y le hubiese dicho: «Hija querida, no pasa nada, ya nos las arreglaremos». La madre que fue Hilma antes de la muerte de Elof lo habría hecho. Habría tenido fuerzas para querer a Elsy en medio de la deshonra. Pero su madre no era la misma sin su padre. Una parte de ella murió con él, y la parte superviviente no tenía la fortaleza suficiente.

Así que, sin mediar palabra, le hizo a Elsy la maleta con lo imprescindible. Y plantó a su hija de dieciséis años embarazada en el tren de Borlänge, con una carta manuscrita para su hermana, que vivía allí en una granja. Ni siquiera fue capaz de ir a despedirla a la estación, sino que le dijo adiós brevemente en el porche, antes de darle la espalda y volver a la cocina. La versión que circularía por el pueblo era que Elsy había entrado interna en una escuela de hogar.

Habían pasado cinco meses desde entonces. Y no fueron meses fáciles, pese a que la barriga y toda ella crecían por semanas, tuvo que trabajar tan duro como cualquier otra persona en la granja. De la mañana a la noche se esforzaba por cumplir cuantas tareas le exigían, en tanto que la espalda le dolía cada vez más, a causa de la carga que ya empezaba a dar pataditas en su vientre. Una parte de ella quería odiar al niño. Pero no podía. Formaba parte de ella, parte de Hans, y ni siquiera a él era capaz de odiarlo del todo. ¿Cómo podría, entonces, odiar algo que los unía a los dos? Pero ya estaba todo arreglado. Le quitarían el niño en cuanto naciera y lo darían en adopción. No había otra salida, decía Edith, la hermana de Hilma. Su marido, Anton, se había encargado de los aspectos prácticos, sin dejar de protestar entre murmullos por la vergüenza que suponía que su mujer tuviese una sobrina que se acostaba con el

primer hombre que se cruzaba en su camino. Elsy no tenía fuerzas para protestar. Encajaba los estacazos sin objeciones y sin poder dar explicación alguna. Porque resultaba difícil argumentar contra el hecho de que Hans no regresó. Pese a habérselo prometido.

Los dolores empezaron un día de buena mañana. En un primer momento, creyó que se trataba de las habituales molestias de espalda, que la despertaban antes de tiempo. Pero el dolor sordo fue aumentando, yendo y viniendo, cada vez más intenso. Dos horas estuvo retorciéndose en la cama, cuando al fin comprendió lo que ocurría y bajó como pudo de la cama. Con las manos en los riñones, se acercó de puntillas al dormitorio de Edith y Anton y despertó a su tía discretamente. Enseguida desplegaron una actividad febril. Le ordenaron que volviera a la cama y mandaron a la mayor de las hijas en busca de la comadrona. Hirvieron agua, sacaron toallas limpias y, tumbada en la cama, Elsy sintió que el pavor se adueñaba de ella.

Diez horas más tarde, el dolor era insoportable. Hacía ya muchas horas que había llegado la comadrona, que la examinó con rudeza. Se comportaba con ella de manera brusca y desagradable, dejando bien claro lo que opinaba de las jóvenes solteras que se quedaban embarazadas. Elsy se sentía como en territorio enemigo. Nadie tuvo una palabra amable o una sonrisa para ella mientras estuvo en la cama creyéndose morir. Porque era tal el dolor que así lo creía. Cada vez que la acometía una nueva oleada, se agarraba al cabecero de la cama y apretaba los dientes para cerrarle el paso a los gritos. Era como si alguien estuviese cortándola por la mitad. Al principio había algo de reposo entre las oleadas, unos minutos en los que podía respirar y recobrar fuerzas. Pero ya había llegado el momento en que los dolores se producían tan seguidos que no tenía la menor posibilidad de recuperarse. Una sola idea acudía a su cabeza con insistencia: «Voy a morir».

Entre la bruma de tanto padecimiento comprendió que debió de decirlo en voz alta, pues la comadrona la miró con encono y le espetó:

–Nada de lamentaciones. Tú misma te has puesto en esta situación, así que a sufrirla sin quejarte. Ya sabes, muchacha.

Elsy no tenía fuerzas para protestar. Se aferró al larguero tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos cuando una nueva oleada de dolor le atravesó el abdomen abriéndose paso hacia las piernas. Jamás pensó que tal dolor existiera. Se alojaba en todas partes. Penetraba en cada fibra, en cada célula de su cuerpo. Y ya empezaba a vencerla el cansancio. Llevaba tanto tiempo luchando contra ese dolor que una parte de ella sólo pensaba en rendirse, en abandonarse en la cama y dejar que tanto sufrimiento se apoderase de ella e hiciese con ella lo que gustase. Pero sabía que no iba a permitírselo. Era el hijo de Hans y de ella el que debía salir, y pensaba parirlo, aunque fuese lo último que hiciera.

Pronto empezó a mezclarse con el dolor conocido, uno de otra índole. Un dolor

que presionaba, y la comadrona asintió satisfecha dirigiéndose a su tía:

–Pronto habrá terminado –confirmó empujando el vientre de Elsy–. Ahora debes empujar todo lo que puedas, cuando yo te avise, y el niño no tardará en salir.

Elsy no respondió, pero asimiló lo que acababa de oír y aguardó. La sensación de que tenía que empujar iba creciendo; tomó aire.

–Eso es, ahora empuja con todas tus fuerzas. –Las palabras de la comadrona resonaron como lo que eran, como una orden, y Elsy pegó la barbilla al pecho y empujó. No parecía que ocurriese nada, pero la comadrona asintió brevemente, de modo que debió de hacerlo bien.

–Ahora, espera hasta que vuelvan la contracción y el dolor –le dijo con acritud. Elsy obedeció. Sintió que la presión iba aumentando otra vez y, cuando no podía más, oyó de nuevo la orden de empujar. En esta ocasión sintió que algo se soltaba, era difícil de describir, pero era como si algo cediese en su interior.

–Ya ha salido la cabeza. Con una contracción más…

Elsy cerró los ojos un instante, pero lo único que veía era a Hans. No tenía fuerzas para llorar por él en aquellos momentos, de modo que volvió a abrirlos.

–¡Ahora! –gritó la comadrona con la cabeza entre las piernas de Elsy, que, con las fuerzas que le quedaban, con la barbilla apretada contra el pecho y las piernas flexionadas empujó una vez más.

Algo húmedo y resbaladizo se deslizó de su vientre y Elsy cayó exhausta sobre las sábanas empapadas de sudor. La primera sensación fue de alivio. Alivio ante el fin de tantas horas de sufrimiento. Jamás había sentido un cansancio como aquel, cada parte de su cuerpo estaba agotada por completo, no era capaz de moverse ni un milímetro. Hasta que oyó el grito. Un llanto chillón e irritado que la impulsó a apoyarse en los codos para buscar su origen.

Sollozó al verlo. Era… perfecto. Pringoso y lleno de sangre, y enojado de que lo hubieran sacado a aquel ambiente frío, pero perfecto. Elsy volvió a descansar la cabeza en el almohadón, pues cayó en la cuenta de que aquella sería la primera y la última vez que lo vería. La comadrona cortó el cordón umbilical y lavó al niño a conciencia con una manopla. Luego le puso una camisita bordada que Edith había sacado del armario. Nadie se fijaba en Elsy, pero ella no podía apartar la vista de cuanto hacían con el niño. Sentía que el corazón iba a estallarle de amor, y observaba cada detalle del cuerpo del pequeño con ojos hambrientos. Y sólo cuando Edith hizo amago de cogerlo para llevárselo de la habitación, le salieron las palabras de la boca:

–¡Quiero cogerlo un poco!

–No es aconsejable, dadas las circunstancias –repuso la comadrona irritada al tiempo que le hacía a Edith una seña para que saliese. Pero la tía dudaba.

–Por favor, dejad que lo coja un momento. Sólo un minuto. Luego podrás llevártelo. –Pronunció aquellas palabras con voz implorante y Edith fue incapaz de

negarse. Se acercó y puso al pequeño en brazos de Elsy, y la joven madre lo abrazó con mimo y lo miró a los ojos.

–Hola, mi niño querido –le susurró meciéndolo despacio en su regazo.

–Le vas a manchar de sangre la camisita –le espetó la comadrona indignada.

–Tengo más –replicó Edith mirándola de tal modo que la mujer optó por callarse.

Elsy no se hartaba de mirarlo. Lo sentía caliente y pesado en los brazos, y, llena de fascinación, observaba los deditos y aquellas uñas mínimas y perfectas.

–Es un niño muy hermoso –declaró Edith poniéndose a su lado.

–Es como su padre –aseguró Elsy sonriendo al ver que el pequeño se aferraba con firmeza al dedo índice.

–Tienes que dejarlo ya, es hora de que coma –ordenó la comadrona arrancándoselo de los brazos. Su primer impulso fue oponerse, recuperar al niño para no volver a soltarlo nunca más. Pero pasó el instante y la comadrona empezó a cambiarlo con desparpajo, le quitó la camisita manchada de sangre y le puso otra limpia. Luego se lo dio a Edith, quien, tras una fugaz ojeada a Elsy, se lo llevó de allí.

En ese preciso momento, Elsy sintió que algo se le rompía por dentro. En algún lugar recóndito de su corazón, algo se hizo añicos cuando vio a su hijo por última vez. Sabía que sería incapaz de volver a sobrevivir a un dolor semejante. Y decidió que jamás le abriría el corazón a nadie. Jamás, nunca jamás. Se hizo aquella promesa con los ojos anegados en lágrimas, mientras la comadrona se ocupaba de la placenta.

–¡Martin!

–¡Paula!

Los gritos resonaron exactamente al mismo tiempo. Era obvio que cada uno buscaba al otro para algún asunto importante. Ambos se quedaron en el pasillo, mirándose fijamente con las mejillas encendidas. Martin fue el primero en reaccionar.

–Ven a mi despacho –le dijo–. Kjell Ringholm acaba de irse y tengo algo que contarte.

–Vale, yo también tengo algo que contar –repuso Paula siguiendo a Martin a su despacho.

El policía cerró la puerta una vez que Paula hubo entrado y se acomodó en la silla. Ella se sentó enfrente, pero estaba tan impaciente que le costaba mantenerse quieta.

–Para empezar, Frans Ringholm se ha confesado autor del asesinato de Britta Johansson y, además, da a entender que fue el autor de la muerte de Erik Frankel y… –aquí dudó un instante– …y del hombre cuyo cadáver hallamos en la tumba.

–¿Cómo? ¿Se lo confesó al hijo antes de morir? –preguntó Paula desconcertada. Martin sacó entonces la funda de plástico con la carta.

–Se lo confesó después, más bien. Kjell recibió hoy esta carta por correo. Léela y dime cuál es tu primera impresión.

Paula cogió la carta y se concentró en su lectura. Una vez hubo terminado, la volvió a meter en la funda y comentó meditabunda, con el ceño fruncido:

–Bueno, no cabe duda de que dice expresamente que mató a Britta. Pero a Erik y a Hans Olavsen… En fin, lo que dice es que es culpable de sus muertes, pero resulta un tanto extraño en este contexto, sobre todo cuando la confesión es tan clara con respecto a Britta. Así que no sé yo… No estoy segura de que quiera decir que, literalmente, mató a los otros dos también… Y, además… –se inclinó para presentarle su hallazgo, pero Martin la detuvo:

–¡Espera! Tengo más –la interrumpió alzando la mano. Paula cerró la boca, algo ofendida.

–Kjell ha estado indagando sobre el tal… Hans Olavsen. Ha intentado averiguar dónde se metió y, en general, cualquier cosa sobre él.

–¿Sí? –lo acució Paula impaciente.

–Se puso en contacto con un catedrático noruego, una autoridad en la ocupación alemana de Noruega. Como el hombre tiene tanta información sobre la resistencia noruega, Kjell creía que podría ayudarle a localizar a Hans Olavsen.

–Sí… –repitió Paula, que ya empezaba a irritarse de verdad al ver que Martin no iba al grano.

–Al principio no encontró nada…

Paula exhaló un suspiro elocuente.

–…hasta que Kjell le mandó por fax un artículo con la fotografía de Hans Olavsen, el joven de la «resistencia noruega» –añadió Martin dibujando en el aire las comillas.

–¿Y? –preguntó Paula con tal interés que, por un momento, olvidó su propio hallazgo.

–Pues resulta que el tipo no era de la resistencia. Era hijo de un agente de las SS llamado Reinhardt Wolf. Olavsen era el nombre de soltera de su madre, y él lo adoptó cuando huyó a Suecia. Su madre, que era noruega, se casó con un alemán, y cuando los alemanes ocuparon el país, Wolf, que sabía noruego gracias a su mujer, obtuvo un puesto importante en las SS de Noruega. Hacia el final de la guerra, el padre fue apresado y encarcelado en Alemania. De la madre no se sabe nada, pero el hijo, Hans, huyó de Noruega en 1944 y jamás se le ha vuelto a ver. Y nosotros sabemos por qué. Huyó a Suecia, se hizo pasar por rebelde y, de algún modo, acabó en una tumba del cementerio de Fjällbacka.

–Increíble. Pero ¿en qué modo influye todo eso en la investigación? –quiso saber Paula.

–Todavía no lo sé. Pero tengo el presentimiento de que es importante –confirmó Martin pensativo. Luego sonrió–. Bien, pues ya sabes cuál es mi gran novedad. Y tú, ¿qué querías decirme?

Paula respiró hondo y le hizo enseguida partícipe de su descubrimiento. Martin miraba a la colega lleno de asombro.

–Bueno, eso le imprime sin duda un giro al caso –aseguró levantándose de la silla–. Tenemos que proceder a un registro inmediato. Ve sacando el coche mientras yo llamo para solicitar la orden.

Paula no tuvo que oírlo dos veces. Se levantó de un salto, con la sangre bombeándole los oídos. Ahora sí estaban cerca. Lo presentía. Estaban muy cerca.

Erica no había dicho una sola palabra desde que se sentaron en el coche. Iba mirando por la ventanilla, con los diarios en el regazo y las palabras y el dolor de su madre resonando en la cabeza. Patrik no la molestó, consciente de que ya hablaría con él del asunto cuando estuviese preparada. Él no conocía tantos detalles como Erica, pues no había leído los diarios, pero mientras ella los leía, Kristina le había hablado del hijo al que Elsy tuvo que renunciar.

En un primer momento, sintió cierta rabia contra su madre. ¿Cómo había sido capaz de ocultarle a Erica algo así? Y a Anna, claro. Poco a poco, sin embargo, empezó a considerarlo desde su punto de vista. Le había prometido a Elsy no contarlo. Le había hecho una promesa a una amiga, y la había cumplido. Claro que, según dijo, había pensado contarle a Erica y a Anna que tenían un hermano, pero

temía las consecuencias de tal revelación. De modo que, cuando le entraba la duda, terminaba por convencerse de que lo mejor era seguir callando. Por un lado, Patrik se rebelaba en parte contra esa resolución, pero creyó a pies juntillas a Kristina cuando esta le aseguró que había intentado hacer lo que consideraba que era lo mejor.

En cualquier caso, ya se había desvelado el secreto, y, por la expresión de Kristina, supo que se sentía aliviada por haberlo dado a conocer. Ahora la cuestión era qué actitud adoptaría su mujer ante la noticia. Aunque, en realidad, ya lo sabía. Conocía a Erica lo suficiente como para tener la certeza de que miraría debajo de las piedras en busca de aquel hermano. Volvió la cabeza y observó su perfil mientras ella miraba abstraída por la ventana. De repente, tomó conciencia de hasta qué punto la quería. Resultaba tan fácil olvidarlo… Resultaba tan fácil que la vida y el día a día rodasen sin parar, el trabajo y las tareas domésticas y… los días, pasando uno tras otro. Pero había momentos como aquel, en los que sentía con una fuerza aterradora hasta qué punto estaban unidos. Y cómo adoraba despertar a su lado cada mañana.

Cuando llegaron a casa, Erica se fue derecha a su despacho. Aún sin haber pronunciado ni una sola palabra y con la misma expresión ausente en la cara. Patrik trajinó un poco por la casa y acostó a Maja para que durmiera la siesta, antes de atreverse a molestarla.

–¿Puedo pasar? –preguntó llamando a la puerta discretamente. Erica se volvió y asintió, aún algo pálida, pero menos absorta.

–¿Cómo te encuentras? –se preocupó Patrik sentándose en el sillón.

–Si quieres que te sea sincera, no lo sé a ciencia cierta –admitió con un suspiro–. Aturdida.

–¿Estás enfadada con mi madre? Quiero decir, por haber guardado el secreto.

Erica reflexionó un instante, al cabo del cual negó despacio.

–No, la verdad es que no. Mi madre se lo hizo prometer, y comprendo que tuviese miedo de hacer más mal que bien contándolo.

–¿Se lo dirás a Anna? –quiso saber Patrik.

–Sí, por supuesto. Ella también tiene derecho a saberlo. Pero antes, tengo que digerirlo yo.

–Y ya te has puesto a buscar, ¿verdad? –adivinó Patrik sonriendo y señalando el ordenador encendido con el navegador abierto.

–Naturalmente –afirmó Erica, también sonriendo–. Ya he empezado a ver qué vías existen para rastrear las adopciones. No creo que resulte tan difícil dar con él.

–¿No te da un poco de pánico? –se inquietó Patrik–. No tienes ni la más remota idea de cómo es ni de qué vida lleva.

–Muchísimo –asintió Erica–. Pero no saber es peor aún. Y, después de todo, es un hermano que tengo por ahí. Y, bueno, yo siempre quise tener un hermano… –terminó con media sonrisa.

–Tu madre debió de pensar en él durante toda su vida. ¿Cambia eso la imagen que tienes de ella?

–Por supuesto que la cambia –repuso Erica–. No es que ahora me parezca que hizo bien siendo tan fría con Anna y conmigo. Pero… –se detuvo para buscar la mejor manera de expresarlo–, pero entiendo que no se atreviese a abrirle el corazón a nadie. Es decir, si pensamos que la abandona el padre de su primer hijo, bueno, porque eso es lo que ella creía que había sucedido. Y luego la obligan a dar al niño en adopción. ¡Y sólo tenía dieciséis años! No quiero ni imaginar lo doloroso que debió de ser para ella todo aquello. Y, además, justo después de perder a su padre y, en la práctica, también a su madre, según parece. No, no puedo culparla. Por más que quisiera, no puedo culparla.

–Si hubiera sabido que Hans no la abandonó… –observó Patrik meneando la cabeza.

–Sí, eso es casi lo más cruel de toda esta historia. Que él jamás salió de Fjällbacka. No la dejó, sino que lo mataron. –A Erica se le quebró la voz–. ¿Por qué? ¿Por qué lo asesinaron?

–¿Quieres que llame a Martin, por si han averiguado algo más? –propuso Patrik. No era sólo por Erica por lo que quería llamar, pues él mismo se sentía sobrecogido por el destino del joven noruego, y dicho interés no se había enfriado precisamente ahora que sabía que era padre del medio hermano de Erica.

–Pues sí, ¿podrías llamarlo? –respondió Erica impaciente.

–Vale, lo llamo ahora mismo –dijo Patrik poniéndose de pie.

Un cuarto de hora después, volvió a subir al despacho de Erica, que vio enseguida que traía novedades.

–Han encontrado un posible móvil para el asesinato de Hans Olavsen –explicó.

Erica apenas podía mantenerse quieta en la silla.

–¿Y?

Patrik dudó un instante, antes de contarle lo que le había revelado Martin.

–Hans Olavsen no era de la resistencia. Era hijo de un alto mando de las SS que trabajó para los alemanes durante la ocupación en Noruega.

Reinaba el silencio en la habitación. Erica lo miró atónita y, para variar, se quedó sin palabras. Patrik prosiguió:

–Y Kjell Ringholm ha pasado hoy por la comisaría. Esta mañana recibió una carta de Frans en la que confiesa que mató a Britta y, además, escribe que es responsable de las muertes de Erik y de Hans. Aunque Martin se anduvo por las ramas ahí. Le pregunté si interpretaba que Frans se hubiese reconocido culpable de los asesinatos de Erik y Hans, pero no estaba dispuesto a jurarlo.

–¿Y entonces? ¿Qué quiere decir que «es responsable»? ¿Qué implica eso? –preguntó Erica, una vez recuperada el habla–. Y lo de que Hans no estaba en la

resistencia… ¿lo sabría mi madre? ¿Cómo…? –Calló meneando la cabeza.

–¿Tú qué crees, después de haber leído los diarios? ¿Crees que lo sabía? –quiso saber Patrik sentándose.

Erica reflexionó un segundo, pero luego negó con un gesto.

–No –replicó con firmeza–. No creo que mi madre lo supiera. En absoluto, seguro que no.

–La cuestión es si Frans llegó a averiguarlo –dijo Patrik pensando en voz alta–. Pero ¿por qué no escribe claramente que los mató, si fue eso lo que quiso decir? ¿Por qué dice que es responsable?

–¿Te ha dicho Martin cómo van a proceder a partir de ahora?

–No, sólo que Paula había encontrado una posible pista y que iban a salir a comprobarla, y que me llamaría si averiguaba más. Sonaba bastante animado, la verdad –añadió Patrik con una punzada en el estómago. Hallarse fuera del centro de los acontecimientos le producía una sensación extraña y poco llevadera.

–Te oigo los pensamientos –observó Erica con guasa.

–Sí, la verdad es que mentiría si dijera que no me habría gustado estar ahora en la comisaría –reconoció Patrik–. Pero tampoco quisiera que la situación fuera distinta, como creo que sabes.

–Sí, lo sé –asintió Erica–. Y te comprendo. No tiene nada de extraño.

En ese momento, procedente de la habitación de Maja se oyó un alarido, como una confirmación de lo que acababan de decir. Patrik se puso de pie.

–Lo que te decía, se acabó el recreo.

–Venga, vuelve a la mina –rio Erica–. Pero tráeme a la pequeña negrera que le dé un beso.

–Eso haré –aseguró Patrik. Cuando salía oyó que Erica contenía la respiración.

–Sé quién es mi hermano –declaró. Se echó a reír sin dejar de llorar y repitió–: Patrik, sé quién es mi hermano.

Martin recibió la noticia de que tenían la orden de registro cuando iban en el coche. Habían decidido probar suerte y confiar en que la obtendrían, así que ya habían salido. Ninguno de los dos habló por el camino; sumidos en honda reflexión, intentaban atar cabos, distinguir la imagen que ya empezaba a perfilarse.

Nadie respondió cuando llamaron.

–Parece que no hay nadie en casa –constató Paula.

–Y ¿cómo entramos? –preguntó Martin observando pensativo la robusta puerta, que parecía difícil de forzar.

Paula sonrió, extendió el brazo y tanteó las vigas que sobresalían por encima de la puerta.

–Con la llave –dijo mostrándole su hallazgo.

–¿Qué haría yo sin ti? –repuso Martin con total sinceridad.

–Probablemente, fracturarte un brazo intentando entrar forzando la puerta –replicó mientras abría.

Entraron en la casa. Reinaba un silencio aterrador, hermético y agobiante, y se quitaron las cazadoras en el vestíbulo.

–¿Nos dividimos? –propuso Paula.

–Yo me encargo de la primera planta y tú de la planta baja.

–¿Qué buscamos? –De repente Paula parecía indecisa. Estaba convencida de que iban sobre la pista correcta, pero ahora que se encontraban allí, no se sentía tan segura de que fuesen a dar con nada que lo demostrase.

–No lo sé –Martin parecía víctima de la misma inseguridad–. Pero miraremos con suma atención a ver qué encontramos.

–Vale –Paula asintió y empezó a subir la escalera hacia la primera planta.

Una hora más tarde, bajó de nuevo.

–Nada, por ahora. ¿Quieres que siga buscando arriba, o cambiamos un rato? O quizá tú has encontrado algo de interés…

–No, todavía no –respondió Martin meneando la cabeza–. Creo que es buena idea que cambiemos, pero… –señaló pensativo hacia una puerta que había en el vestíbulo–. Podríamos mirar antes en el sótano. Ahí no hemos estado.

–Buena idea –convino Paula abriendo la puerta que conducía al sótano. La escalera estaba negra como boca de lobo, pero encontró un interruptor que había en el vestíbulo, justo en la pared de la escalera, y encendió la luz. Bajó antes que Martin y se detuvo unos segundos al pie de la escalera mientras aguardaba a que la vista se habituase a aquella luz mortecina.

–Qué canguelo da este sitio –reconoció Martin, que iba detrás de ella. Paseó la vista por las paredes y lo que vio lo dejó boquiabierto.

–Chist –siseó Paula llevándose un dedo a los labios. Frunció el entrecejo–. ¿Has oído algo?

–No… –contestó Martin aguzando el oído–. No, no he oído nada.

–Me ha parecido oír que cerraban la puerta de un coche. ¿Seguro que no lo has oído?

–Bueno, seguro que han sido figuraciones tuyas… –Se interrumpió de pronto al oír el sonido inconfundible de unos pasos en el piso de arriba.

–Con que figuraciones, ¿eh? Será mejor que subamos –insistió Paula poniendo el pie en el primer peldaño. Pero en ese mismo momento, la puerta del sótano se cerró de golpe y ambos oyeron cómo la cerraban con llave.

–¡Qué coño…! –Paula subió los escalones de dos en dos pero en ese momento también se apagó la luz. Se quedaron inmóviles en la oscuridad.

–¡Joder, qué mierda! –rugió Paula. Martin la oyó aporrear la puerta–. ¡Déjenos

salir! ¿Me oye? ¡Somos la policía! ¡Abra la puerta y déjenos salir!

Pero cuando Paula calló para recobrar el aliento y volver al ataque, oyó claramente la portezuela de un coche al cerrarse y el chirrido al arrancar y alejarse.

–Mierda –reiteró Paula mientras bajaba a tientas por la escalera.

–Tendremos que llamar y pedir ayuda –dijo Martin echando mano de su teléfono, cuando cayó en la cuenta de que se lo había dejado en la cazadora, que estaba en la entrada.

–Tendrás que llamar tú, el mío está en el bolsillo de la cazadora, en el pasillo –dijo Martin. No oyó más que silencio, ninguna respuesta de Paula, y sintió que empezaba a preocuparse.

–No me digas que tú también…

–Pues sí –asintió Paula con voz apagada–. El mío también está en el bolsillo de la cazadora…

–¡Joder! –Martin subió a tientas la escalera para intentar abrir de un empellón.

–¡Ay, coño! –gritó. Lo único que consiguió fue un hombro dolorido. Así que bajó malherido adonde estaba Paula.

–Imposible derribarla.

–¿Y qué hacemos ahora? –dijo Paula con amargura. De pronto, empezó a jadear nerviosamente–. ¡Johanna!

–¿Quién es Johanna? –preguntó Martin desconcertado.

Paula se quedó callada unos segundos, antes de decir:

–Mi pareja. Vamos a tener un niño dentro de dos semanas, pero nunca se sabe… Y le había prometido que siempre estaría localizable por teléfono.

–Seguro que todo está bien. –La tranquilizó Martin intentando digerir aquella información tan personal que acababa de darle su colega–. Las primerizas suelen dar a luz después de haber salido de cuentas.

–Sí, esperemos –repuso Paula–. De lo contrario, pedirá mi cabeza en una bandeja. Suerte que siempre puede localizar a mi madre. En el peor de los casos.

–Venga, no pienses en eso. –La consoló Martin–. No creo que tengamos que estar aquí tanto tiempo y si aún faltan dos semanas, seguro que puedes estar tranquila.

–Pero… nadie sabe que estamos aquí –observó Paula sentándose en el último peldaño–. Y, mientras nosotros estamos aquí, el asesino se larga.

–Míralo por el lado positivo: al menos ahora no cabe la menor duda de que teníamos razón –añadió Martin en un intento por animarla. Paula no se dignó responder siquiera.

En el piso de arriba empezó a sonar el timbre estresante de su móvil.

Mellberg dudaba al otro lado de la puerta. Todo había ido tan bien en la clase del viernes. Pero no había visto a Rita desde entonces, a pesar de haber dado varios

paseos por su ruta habitual. Y la echaba de menos. Le sorprendía sentirse así, pero ya no podía cerrar los ojos al hecho de que la echaba mucho, mucho de menos. Y se diría que *Ernst* iba por el mismo camino, porque había estado tironeando ansioso en dirección a su casa. Y Mellberg no opuso excesiva resistencia a dicho afán. Pero ahora, de repente, se sentía inseguro. Por un lado, no sabía si estaría en casa, y por otro, se sentía súbita e insólitamente tímido y temeroso de parecer un entrometido. Pero se sacudió esa extraña sensación y pulsó el botón del portero automático. Nadie respondió y acababa apenas de darse la vuelta para marcharse cuando se oyó un carraspeo y una voz jadeante resonó en el interfono.

–¿Hola? –dijo acercándose de nuevo a la puerta–. Soy Bertil Mellberg.

En un primer momento, no hubo respuesta; luego, una voz apenas audible que decía: «Sube». Y después un lamento. Mellberg frunció el entrecejo. Qué raro. Y tirando de *Ernst*, subió las dos plantas hasta el piso de Rita. La puerta estaba entreabierta y Mellberg entró extrañado.

–¿Hola? –saludó indeciso y, al principio, nadie le respondió. Luego oyó un grito cerca y, cuando miró al lugar de donde procedía, descubrió la presencia de una persona tumbada en el suelo.

–Tengo… contracciones… –gimió Johanna, que se había encogido hasta convertirse en una bola diminuta, mientras jadeaba para sobreponerse a una contracción.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó Mellberg notando que la frente se le perlaba de sudor–. ¿Dónde está Rita? ¡La llamo ahora mismo! Y Paula, tenemos que encontrar a Paula y llamar a una ambulancia… –balbució mirando a su alrededor en busca del teléfono más cercano.

–Lo he intentado… no la localizo… –gimió Johanna, pero no podía continuar hasta que hubiese pasado la contracción. Con mucho esfuerzo, se apoyó en la manivela del armario que tenía a su lado y se puso de pie agarrándose la barriga mientras miraba a Bertil con salvaje indignación.

–¿Crees que no he intentado llamarlas a las dos? ¡Pero nadie contesta! ¿Es tan difícil…? Joder, hostias… –El rosario de imprecaciones se vio interrumpido por una nueva contracción, y Johanna volvió a caer de rodillas y empezó a respirar de manera acelerada.

–Llévame… al hospital… –rogó señalando agotada las llaves que estaban en la mesita de la entrada. Mellberg las miraba como si, en cualquier momento, fuesen a transformarse en una serpiente venenosa presta a atacar, pero luego, como a cámara lenta, vio que su mano se movía hacia las llaves. Sin saber de dónde procedía aquella capacidad de iniciativa, llevó a Johanna más o menos arrastrándola hasta el coche que estaba en el aparcamiento y la metió como pudo en el asiento trasero. A *Ernst* tuvo que dejarlo en el piso. Y, pisando a fondo el acelerador, puso rumbo al hospital de la

zona norte de la región de Älvsborg. Se sentía cada vez más próximo a sufrir un ataque de pánico, a medida que los jadeos de Johanna sonaban más entrecortados, y la gran cantidad de kilómetros que separaban Vänersborg de Trollhättan se le antojó infinita. Pero llegó por fin a la entrada del hospital y de nuevo tuvo que arrastrar a Johanna, que, con los ojos desencajados de terror, fue con él hasta la ventanilla.

–Va a dar a luz –comunicó Mellberg a la enfermera que había al otro lado del cristal. La mujer miró a Johanna y puso cara de pensar que aquella información era, cuando menos, superflua.

–Venid conmigo –les ordenó indicándoles una habitación contigua.

–Yo creo que… debo irme… –farfulló Mellberg nervioso cuando la enfermera le dijo a Johanna que se quitara los pantalones. Pero ella lo agarró del brazo justo cuando estaba a punto de escabullirse por la puerta y le susurró en voz baja, obligada por el dolor:

–Tú… no vas a ninguna parte… No pienso… hacerlo sola…

–Pero… –comenzó a protestar Mellberg, aunque enseguida comprendió que no sería capaz de dejarla allí. De modo que, con un suspiro, se sentó en una silla e intentó mirar a otro lado mientras las enfermeras procedían a examinar a Johanna a conciencia.

–Siete centímetros de dilatación –informó la matrona mirando a Mellberg, como suponiendo que el dato le interesaría. Mellberg asintió, aunque preguntándose qué implicaciones tendría aquello. ¿Sería positivo? ¿Negativo? ¿Cuántos centímetros hacían falta? Y, con creciente horror, comprendió que, antes de que aquel episodio hubiese concluido, terminaría sabiendo no sólo la respuesta a esas preguntas, sino a muchas, muchas más.

Sacó el móvil del bolsillo y volvió a marcar el número de Paula, donde sólo respondió el contestador. Otro tanto ocurrió con el de Rita. Pero ¿qué clase de personas eran? ¿Cómo tenían el teléfono apagado cuando sabían que Johanna podía dar a luz en cualquier momento? Mellberg se guardó el teléfono en el bolsillo y volvió a plantearse si no debería largarse al primer descuido.

Dos horas después, aún seguía allí. Los habían metido en una sala de dilatación, donde Johanna lo tenía firmemente cogido de la mano. Mellberg no podía por menos de compadecerla. Acababan de explicarle que aquellos siete centímetros debían llegar a diez, sólo que para los tres últimos las contracciones habían decidido tomárselo con calma. Johanna se enchufaba continuamente a la máscara de óxido nitroso, tanto que a Mellberg le entraron ganas de probarla.

–No puedo más… –reconoció Johanna con la mirada turbia por el gas hilarante. El pelo, empapado de sudor, se le había pegado a la frente, y Mellberg se la secó con una toalla.

–Gracias… –le dijo mirándolo de tal modo que Mellberg olvidó toda idea de

huida. No podía evitar sentir cierta fascinación por cuanto estaba sucediendo ante su vista. Claro que él sabía que lo de traer niños al mundo era un proceso doloroso, pero jamás tuvo conciencia del esfuerzo hercúleo que exigía y, por primera vez en su vida, sintió un profundo respeto por el sexo femenino. Él jamás habría superado aquello, de eso estaba convencido.

–Inténtalo… Llama otra vez… –le rogó Johanna antes de volver a aspirar óxido nitroso: el artilugio que tenía fijado a la barriga indicaba que estaba a punto de sufrir otra contracción de las buenas.

Mellberg le soltó la mano y empezó a marcar los números a los que ya había tratado de llamar infinidad de veces en las últimas horas. Seguían sin contestar y meneó abatido la cabeza.

–¿Dónde coño…? –comenzó Johanna antes de que empezara otra contracción, de modo que las palabras se transformaron en un lamento.

–¿Seguro que no quieres que te pongan la… *pecoral* esa o como se llame lo que te han ofrecido? –preguntó Mellberg preocupado mientras volvía a secarle el sudor de la frente.

–No… ya me queda muy poco… puede detenerse… Y se llama epidural… –Johanna encorvó la espalda con una nueva oleada de quejidos. La matrona volvió a entrar para comprobar el grado de dilatación de Johanna, tal como venía haciendo regularmente desde que llegaron.

–Ya ha dilatado por completo –declaró la matrona satisfecha–. ¿Me has oído, Johanna? Buen trabajo. Diez centímetros. Pronto no tendrás más que empujar. Lo has hecho estupendamente. El bebé no tardará en nacer.

Mellberg le cogió la mano a Johanna y la apretó con fuerza. Le latía en el pecho un sentimiento extraño, que podría describirse como orgullo. Orgullo por las alabanzas a Johanna, por el trabajo que habían hecho juntos y porque pronto nacería el hijo de ella y de Paula.

–¿Cuánto tardará el alumbramiento en sí? –le preguntó a la matrona, que le respondió con amabilidad. Nadie había preguntado cuál era su relación con Johanna, de modo que suponía que pensaban que era el padre del niño, si bien un padre demasiado mayor. Y él los dejó con esa creencia.

–Bueno, depende, pero yo diría que este niño estará en el mundo dentro de media hora, como máximo –aseguró dirigiendo una sonrisa alentadora a Johanna, que en ese momento descansaba unos segundos entre dos contracciones. Aunque enseguida se le distorsionó la cara y volvió a tensársele el cuerpo.

–Los dolores son distintos –confirmó apretando las mandíbulas y echando mano nuevamente del óxido nitroso.

–Son las últimas contracciones –informó la matrona–. La próxima vez que te duela así, te ayudaré y, cuando yo te diga que empujes, subes las rodillas y pegas la

barbilla al pecho y a empujar con todas tus fuerzas.

Johanna asintió exhausta, agarrándose de nuevo de la mano de Mellberg, que le correspondió con un apretón. Ambos miraban expectantes a la matrona, a la espera de nuevas instrucciones.

Al cabo de unos segundos, Johanna empezó a jadear y miró a la matrona con expresión interrogante.

–Espera, espera, espera… aguanta… hasta que sea lo bastante fuerte… y empuja ¡AHORA!

Johanna obedeció, pegó la barbilla al pecho, subió las rodillas y empujó con la cara roja por el esfuerzo, hasta que el dolor cedió.

–¡Bien! Muy bien hecho. Una contracción magnífica. Espera a la próxima y verás como terminamos en un minuto.

La matrona tenía razón. Dos contracciones más tarde se deslizó hacia el exterior un bebé que colocaron enseguida en la barriga de Johanna. Mellberg estaba fascinado y con los ojos como platos. Claro que él conocía la teoría, pero verlo en vivo… Ver que salía un niño, que movía los brazos y los pies y que protestaba llorando y moviendo la cabeza en torno al pecho de Johanna.

–Ayuda al pequeño a encontrar el pecho, eso es lo que está buscando –le indicó la matrona en tono amable, ayudándole ella también hasta que el bebé encontró el pezón y empezó a chupar.

–Enhorabuena –los felicitó la matrona a ambos. Mellberg se sintió radiante de alegría. Jamás había vivido nada semejante. Joder, jamás había vivido nada semejante.

Poco después, el niño había terminado de mamar, ya lo habían lavado y lo habían envuelto en una sabanita. Johanna estaba sentada en la cama, con un cojín en la espalda, y miraba a su hijo con adoración. Luego se dirigió a Mellberg y le dijo con voz queda:

–Gracias. Sola no lo habría conseguido.

Mellberg sólo fue capaz de asentir. Tenía algo en la garganta que le impedía hablar y no paraba de tragar saliva para que desapareciese el nudo.

–¿Quieres cogerlo? –preguntó Johanna.

Mellberg no podía más que asentir. Algo nervioso, extendió los brazos mientras Johanna colocaba al niño en su regazo, procurando que la cabeza estuviese bien apoyada. Era una sensación extraña la de tener en brazos aquel cuerpecillo cálido y nuevo. Contempló la carita y sintió que aquel nudo raro le seguía creciendo en la garganta. Y cuando miró al pequeño a los ojos lo supo enseguida: a partir de aquel instante, quedaba preso de un enamoramiento irremediable y profundo.

Fjällbacka, 1945

Hans iba sonriendo para sus adentros. Quizá no debiera, pero no podía evitarlo. Claro que sería difícil al principio. Muchos les soltarían reprimendas y darían su opinión, y hablarían de pecado ante Dios y cosas por el estilo. Pero cuando hubiese pasado lo peor, podrían empezar a labrarse una nueva vida juntos, él, Elsy y el niño. ¿Cómo podría sentir otra cosa que pura alegría ante semejante perspectiva?

Pero se le murió la sonrisa en los labios en cuanto empezó a pensar en la tarea que tenía por delante. La misión no era fácil. Una parte de él sentía deseos de olvidar el pasado, de quedarse allí y fingir que nunca había vivido otra vida. Esa parte quería ver el día en que se escondió en el barco del padre de Elsy como si hubiese vuelto a nacer a una existencia completamente distinta, una nueva página en blanco.

Sin embargo, la guerra había terminado. Y eso lo cambiaba todo. No podría seguir adelante sin haber regresado primero. Lo hacía más que nada por su madre. Tenía que asegurarse de que estaba bien y quería que supiese que él estaba vivo y que había encontrado un hogar.

Cogió una bolsa y empezó a llenarla con ropa para un par de días. Una semana. No pensaba estar fuera más tiempo. No podría estar lejos de Elsy más tiempo. Se había convertido en una parte tan importante de su persona que no era capaz de imaginar siquiera ausentarse más de lo necesario. Pero en cuanto acabase con aquel viaje, estarían juntos para siempre. Podrían dormir juntos cada noche, y despertarse abrazados todos los días, sin vergüenza y sin secretos. Hablaba en serio cuando dijo lo de presentar la solicitud ante el rey. Si les concedía la dispensa, tendrían tiempo de casarse antes de que naciera el niño. Se preguntaba qué sería. De nuevo irrumpió la sonrisa en su semblante mientras doblaba la ropa. Una niña, con la sonrisa dulce de Elsy. O un niño, con los bucles rubios de su padre. Lo que fuera, bienvenido era. Él se sentía tan feliz que acogería agradecido lo que Dios quisiera darles.

Al sacar un jersey del cajón, un objeto duro se salió del paño que lo envolvía. El objeto tintineó con contundencia al dar en el suelo y Hans se agachó para cogerlo. Se sentó apesadumbrado en la cama mientras observaba la pieza que tenía en la mano. Era la Cruz de Hierro que había merecido su padre como recompensa por su actuación en los primeros años de la guerra. Se la quedó mirando fijamente. Se la había robado a su padre y se la llevó como recordatorio cuando abandonó Noruega, y como salvavidas, por si los alemanes lo capturaban antes de que llegase a Suecia. Una vez allí, habría debido deshacerse de la medalla y lo sabía. Si alguien husmeaba en sus pertenencias y la encontraba, se descubriría su secreto. Pero la necesitaba. La necesitaba para recordar.

No sintió pena ninguna de dejar a su padre. Si pudiera elegir, no querría tener nada que ver con ese hombre nunca más. Representaba todo aquello que estaba mal

en los hombres, y Hans se avergonzaba de, en una época de su vida, haber sido demasiado débil para enfrentarse a él. Una serie de imágenes acudieron a su mente. Imágenes crueles, implacables, de acciones ejecutadas por alguien con quien él ya no tenía nada en común. Era una persona débil, una persona que se había doblegado a la voluntad de su padre pero que, al fin, había logrado liberarse. Hans apretó en la mano la medalla con tanta fuerza que las puntas se le clavaron en la piel. No volvía para ver a su padre. Seguramente, el destino ya se habría encargado de él y habría recibido el castigo de que se había hecho acreedor. Pero tenía que ver a su madre. Ella no merecía la preocupación de no saber siquiera si estaba vivo o muerto. Tenía que hablar con ella, hacerle ver que se encontraba bien y hablarle de Elsy y del niño. Y, en su momento, quizá podría convencerla de que viviese con él y con Elsy. No creía que Elsy tuviese nada en contra. Una de las cualidades que más le gustaban de ella era precisamente su buen corazón. Y seguramente ella y su madre se llevarían bien.

Se levantó de la cama y, tras un instante de vacilación, volvió a dejar la medalla en su lugar. La dejaría allí hasta su regreso, como recordatorio de aquello en lo que jamás volvería a convertirse. Un recordatorio de que jamás volvería a ser un muchacho cobarde y débil. Por Elsy y por el niño, ahora debía comportarse como un hombre.

Cerró la bolsa y contempló la habitación en la que tanta felicidad había experimentado los últimos meses. El tren saldría dentro de un par de horas. Sólo le faltaba una cosa por hacer antes de partir. Tenía que hablar con una persona. Salió y cerró la puerta. De repente, tuvo un fatídico presentimiento cuando la oyó cerrarse. La sensación de que algo no iría bien. Luego ahuyentó el presagio y se marchó. Después de todo, estaría de vuelta al cabo de una semana.

Erica había insistido en ir sola a Gotemburgo, pese a que Patrik se había ofrecido a acompañarla. Aquello era algo que debía hacer personalmente.

Permaneció un rato ante la puerta, sin atreverse a levantar el dedo y tocar el timbre. Pero, al final, no pudo seguir aplazándolo.

Märta la observó asombrada cuando abrió la puerta, pero se hizo a un lado enseguida y la invitó a pasar.

–Siento molestar –se disculpó Erica, con la garganta súbitamente reseca–. Supongo que debería haber llamado antes, pero…

–No pasa nada –le aseguró Märta sonriendo con amabilidad–. A mi edad se agradece tanto la compañía… Así que es un placer, pasa, pasa.

Erica la siguió por el pasillo y se sentó en la sala de estar. Pensaba febrilmente en cómo empezar, pero Märta se le adelantó.

–¿Habéis conseguido avanzar algo con los asesinatos? –preguntó–. La verdad, siento mucho que no pudiéramos ser de más ayuda, pero la verdad, yo no tenía el menor control sobre nuestra economía doméstica.

–Ya sé para qué era el dinero. O, mejor dicho, para quién –afirmó Erica. El corazón le martilleaba desbocado en el pecho.

Märta la miró con curiosidad, aunque parecía no comprender a qué se refería.

Muy despacio, con la mirada fija en la anciana, le dijo con suavidad:

–En noviembre de 1945, mi madre dio a luz un niño que entregaron en adopción inmediatamente. Lo tuvo en casa de mi tía abuela, en Borlänge. Yo creo que el hombre asesinado, Erik Frankel, ordenaba las transferencias a su marido por ese niño.

Se hizo un denso silencio en la habitación. Märta bajó la mirada. Erica vio que le temblaban las manos.

–Ya me parecía a mí. Pero Wilhelm nunca me dijo nada y…, bueno, en parte yo no quería saber… Él siempre ha sido nuestro niño y, aunque suene terriblemente frío, jamás me he planteado que naciera de otra mujer. Era nuestro. Mío y de Wilhelm, y nunca lo hemos querido menos que si lo hubiese parido yo. Estuvimos esperando tanto tiempo, intentándolo tanto tiempo y… Bueno, Göran fue como un regalo del cielo.

–¿Sabe él que…?

–¿Que es hijo adoptivo? Sí, nunca se lo ocultamos. Pero yo no creo que él lo haya tenido muy presente, si he de ser sincera. Nosotros éramos sus padres, su familia. Claro que hablamos del asunto en alguna ocasión, Wilhelm y yo, y nos preguntamos cómo nos sentiríamos si él hubiera querido hacer averiguaciones sobre sus… padres biológicos. Pero siempre nos decíamos que ya veríamos, si llegaba el momento, y Göran no parecía añorarlos, de modo que lo dejamos pasar.

–A mí me gusta –soltó Erica en un impulso, intentando habituarse a la idea de que

el hombre al que había conocido la última vez que estuvo allí era su hermano. Su hermano y el de Anna, se corrigió enseguida.

–Tú también le caíste bien –aseguró Märta radiante de alegría–. Y, en cierto modo, yo reaccioné inconscientemente ante el hecho de cuánto os parecéis. Los ojos, un poco… En fin, no sé, pero desde luego, os parecéis.

–¿Cómo cree que reaccionaría si…? –Erica no se atrevió a terminar la pregunta.

–Con lo que insistía de pequeño con que quería hermanitos, creo que recibiría a una hermana pequeña con los brazos abiertos –Märta sonrió, algo más distendida ya, después de la sorpresa inicial.

–Dos hermanas –aclaró Erica–. Tengo una hermana menor que se llama Anna.

–Dos hermanas –repitió Märta meneando la cabeza–. Ya ves, la vida no deja de sorprendernos. Ni siquiera a mi edad. –Al decir esto, se puso seria–. ¿Te importaría hablarme de tu madre? –preguntó estudiando la reacción de Erica.

–No, claro que no –repuso Erica, que empezó enseguida a contarle la historia de Elsy, y de las circunstancias que la obligaron a dar a su hijo en adopción. Estuvo hablando un buen rato, más de una hora, intentando hacerle justicia a su madre y a su situación ante la mujer que había educado y amado al hijo al que Elsy se vio obligada a renunciar.

Cuando se abrió la puerta y una voz alegre resonó en el vestíbulo, ambas dieron un respingo sobresaltadas.

–Hola, mamá, ¿tienes visita? –Los pasos se acercaron a la sala de estar.

Erica buscó inquisitiva los ojos de Märta, que asintió levemente, dándole su aprobación. La época de los secretos había llegado a su fin.

Cuatro horas más tarde empezaban a desesperar. Se sentían como topos encerrados en aquel sótano tenebroso, aunque al cabo de unos minutos, la vista se les había habituado lo suficiente como para que pudieran distinguir siluetas.

–Bueno, pues no era así como yo me imaginaba que nos iría –reconoció Paula con un suspiro–. ¿No crees que pronto lanzarán una orden de búsqueda para dar con nosotros? –bromeó agotada, aunque no pudo evitar exhalar otro suspiro.

Martin, que tampoco había podido evitar dos embestidas más contra la puerta, estaba frotándose el hombro; a aquellas alturas le dolía bastante. Seguro que se había ganado un moratón tremendo.

–Ya debe estar muy lejos –comentó Paula en un tono que rezumaba frustración.

–Existe cierto riesgo de que así sea –convino Martin, agravando un punto más su desencanto.

–Joder, qué de bártulos tiene aquí abajo. –Paula entornó los ojos para distinguir mejor las siluetas de los objetos que inundaban las estanterías del sótano.

–La mayor parte será de Erik, seguro –observó Martin–. Según entendí, él era el

coleccionista.

–Pero todos esos objetos nazis, deben de valer una fortuna, ¿no?

–Seguro. Pero claro, si dedicas casi toda tu vida a coleccionar algo, al final reúnes un montón de chismes.

–¿Por qué crees que lo hizo? –Paula escrutaba la oscuridad intentando ordenar los pensamientos en torno a lo que ya consideraban un hecho. En honor a la verdad, ella ya lo daba por seguro en cuanto empezó a darle vueltas a la coartada. Fue entonces cuando se le ocurrió comprobar si había algún otro vuelo en junio en cuya lista de pasajeros figurase el nombre de Axel Frankel. En efecto, cuando comprobaron su coartada, sólo verificaron el vuelo que él declaró, pero no si había realizado algún otro viaje. Y ahí estaba, sobre el papel. Un tal Axel Frankel viajó de París a Gotemburgo el 16 de junio y volvió el mismo día.

–No lo sé –respondió Martin–. Es lo que sigo sin entender. Parece que se llevaban bien los dos hermanos, así que, ¿por qué iba a matar Axel a Erik? ¿Qué fue lo que provocó una reacción tan extrema?

–Tiene que guardar relación con los contactos repentinos entre Erik, Axel, Britta y Frans. No puede tratarse de una coincidencia, eso es seguro. Y, de algún modo, también estará vinculado al asesinato del noruego.

–Sí, a esa conclusión también he llegado yo. Pero ¿cómo? ¿Y por qué? ¿Por qué ahora, sesenta años después? Eso es lo que no comprendo.

–Tendremos que preguntárselo. Si es que salimos de aquí alguna vez. Y si logramos dar con su paradero. A estas alturas estará camino de algún país remoto –dijo Paula abatida.

–Y quizá no encuentren nuestros esqueletos hasta dentro de un año –bromeó Martin, aunque Paula no apreció el chiste.

–Claro, y si tenemos suerte, quizá alguno de los chicos del barrio vuelva a colarse –repuso Paula. Martin le correspondió con un codazo.

–¡Oye! ¡Esa sí que es una idea! –exclamó alteradísimo mientras Paula se frotaba el costado donde le había encajado el codo.

–Sea lo que sea, espero sinceramente que valga el que me hayas aplastado un riñón –objetó irritada.

–¿No te acuerdas de lo que dijo Per en el interrogatorio?

–Yo no estaba, lo interrogasteis Gösta y tú –le recordó Paula con súbito interés.

–Pues sí, pero dijo que había entrado por una ventana del sótano.

–Ya, pero no hay ventanas en este sótano, ¿no? De haberlas, habría más luz –replicó Paula incrédula, aunque intentando ver las paredes del sótano.

Martin se levantó y fue tanteando las paredes.

–Ya, pero eso fue lo que dijo él. Tiene que haber una ventana. Quizá cubierta con algo. Tú lo has dicho, todo lo que hay aquí debe de valer una fortuna, tal vez Erik no

quería que su tesoro se viera desde fuera.

Paula ya se había levantado y se dirigía hacia Martin. Oyó un «¡Ay!» del colega, que acababa de darse contra la pared de enfrente, pero enseguida oyó un «¡Ajá!» que avivó su esperanza. Una esperanza que se convirtió en triunfo cuando el policía retiró el paño de tejido grueso que colgaba delante de la ventana, consiguiendo que la luz entrase de pronto a raudales.

–¿Y no podría habérsete ocurrido hace un par de horas? –preguntó Paula enfurruñada.

–Oye, oye, un poco de gratitud, que acabo de resolver el dilema de los prisioneros –replicó Martin jovial al tiempo que soltaba el pestillo de la ventana y la abría hacia fuera. Estiró el brazo para coger una silla que había cerca y la colocó justo debajo de la ventana.

–Las damas primero.

–Gracias –masculló Paula subiendo a la silla para trepar hacia fuera.

Martin salió detrás de ella y aguardaron unos minutos a que la vista se les habituara a la luz implacable del día. Después se pusieron en marcha de inmediato. Corrieron hasta la puerta de entrada, pero la hallaron cerrada y la llave ya no estaba en la viga. Lo que significaba que las cazadoras, los teléfonos y las llaves del coche estaban a buen recaudo. Martin estaba a punto de correr en busca del vecino más próximo cuando oyó un ruido terrible de cristales al romperse. Y al mirar hacia el lugar del que procedía el estruendo, vio a Paula que, muy ufana, acababa de arrojar una piedra contra una de las ventanas de la planta baja.

–Ya que hemos salido por una ventana, he pensado que podríamos entrar igual. –Cogió una rama, retiró con ella los fragmentos que quedaban en el marco de la ventana y miró a Martin exigente.

–Oye, ¿me ayudas a entrar, o piensas darle a Axel más ventaja todavía?

Martin dudó sólo un instante. Luego subió a la colega y le ayudó a colarse por la ventana, e hizo lo propio después. Se trataba de dar alcance al asesino de Erik Frankel. Axel les llevaba ya demasiada ventaja. Y aún les quedaban demasiadas preguntas sin respuesta.

No había llegado más allá del aeropuerto de Landvetter. Y allí se quedó sentado. La adrenalina que circulaba arrolladora por sus venas cuando encerró a los policías en el sótano, metió las maletas en el coche y salió de allí lo había abandonado y ahora sólo quedaba un gran vacío.

Axel estaba inmóvil mirando por los ventanales mientras los aviones despegaban uno tras otro. Podría haberse ido en cualquiera de ellos. Tenía el dinero y tenía los contactos necesarios. Podía perderse donde quisiera, como quisiera. Había ejercido tanto tiempo de cazador que había aprendido todos los trucos de la presa que quiere

esconderse. Pero él no quería. Al final, esa era la conclusión. Podía huir, pero no quería. De ahí que se hubiese quedado allí sentado, en tierra de nadie, mientras veía aterrizar y despegar los aviones. A la espera de que el destino le diese alcance por fin. Y, para su sorpresa, la idea no se le antojaba tan terrible como había pensado. Quizá esa fuese la sensación de sus presas, las personas a las que él perseguía, cuando, un día, alguien llamaba finalmente a su puerta y las llamaba por su verdadero nombre. Una extraña mezcla de miedo y de alivio.

Pero en su caso, el precio había sido demasiado alto. Tuvo que pagar con Erik.

Si la hija de Elsy no hubiese aparecido con aquella medalla… La misma que simbolizaba cuanto él había intentado echar en el olvido, cuanto él había tratado de sobrellevar en la vida. De un solo golpe, lo resucitó todo. Y Erik lo interpretó como una señal de que había llegado el momento. Por supuesto, su hermano había mencionado con anterioridad que deberían arreglar lo que pudiesen o, al menos, responsabilizarse. No ante la ley, para eso ya era demasiado tarde. Nadie podría juzgarlos en un tribunal. Sino en la esfera humana, en el plano moral. Ante sus semejantes, ante sus hermanos, podrían responsabilizarse de lo que hicieron, decía Erik. Merecían la vergüenza, la condena. Se las habían ingeniado para rehuir el juicio demasiado tiempo, decía con una tozudez cada día mayor.

Pero Axel siempre supo serenarlo, convencerlo de que no serviría de nada. De que sólo sería perjudicial. Nada de lo sucedido era susceptible de modificarse. Las cosas eran así, y si las dejaban atrás, Axel podría dedicar el tiempo a compensarlas, a enderezarlas. No exactamente aquello de lo que se habían hecho acreedores, pero, a través de su trabajo, él servía a la buena causa y combatía el mal. Y no podría seguir haciéndolo si Erik continuaba con que debían responder de antiguos pecados. Lo hecho, hecho estaba, y sería absurdo sacrificar todo lo bueno que había hecho y todo lo bueno que podía hacer, por posibilitar una penitencia que nada cambiaría. Incluso la ley aparecía indiferente e inerme ante el delito.

Y Erik lo escuchó. Y trató de comprender. Pero en lo más hondo de su ser, Axel sabía que los remordimientos corroían a su hermano, que lo devorarían por dentro hasta que sólo quedase la vergüenza. Axel intentó pintarle a su hermano el mundo de color gris, pese a que debería haber sabido –sabía en el fondo– que a la larga no resultaría. Porque el mundo de Erik era, para bien y para mal, blanco y negro. El mundo de Erik eran los hechos. Nada de ambigüedades. El mundo se componía de fechas y de nombres, de momentos y lugares, plasmados con letras negras sobre fondo blanco. A eso se había enfrentado Axel. Y, por un tiempo, funcionó. Durante sesenta años. Hasta que Erica Falck apareció ante su puerta con un símbolo del pasado, al mismo tiempo que las murallas de Britta empezaban a desplomarse por una enfermedad que le carcomía el cerebro poco a poco.

Erik empezó a flaquear. Y Axel sintió crecer el pánico día tras día. Trató de

suplicar, de argumentar desesperadamente. No podía responder de algo que no era él. No era así como lo veía la gente. Cuanto él era, cuanto los demás veían en él, se diluiría en la bruma y, al final, sólo quedaría el espanto. La obra de toda una vida se desmoronaría de pronto.

Y aquel día, en el despacho… Erik lo llamó por teléfono a París y le dijo que había llegado el momento. Así, sin más. Parecía borracho cuando llamó, circunstancia que le pareció absolutamente alarmante, pues Erik bebía siempre con moderación. Y lloró por teléfono y le dijo que no podía postergarlo más, que había estado en casa de Viola y que se había despedido para evitarle la vergüenza cuando la verdad saliese a la luz. Luego farfulló algo de que ya había echado a rodar la piedra, pero que no se sentía capaz de esperar a que alguien airease sus trapos sucios. Aquello que él mismo no se había atrevido a confesar. Se acabó tanta cobardía, se acabó la espera, balbució mientras Axel estrangulaba el auricular con la mano sudorosa.

De modo que Axel se lanzó sobre el primer avión rumbo a casa, con la idea de hacerlo entrar en razón, de hacer que comprendiera. Y lo encontró en el despacho. Axel cerró los ojos, le dolía el corazón cuando lo recordaba. Erik estaba sentado ante el escritorio cuando él entró como una tromba. Con gesto distraído, garabateaba en el bloc repitiendo con voz reseca y monocorde las palabras que Axel llevaba seis decenios temiendo. Erik estaba decidido. Los remordimientos lo devoraban por dentro y ya no era capaz de ofrecer resistencia. Le expuso a Axel claramente que había empezado a tomar medidas para que, finalmente, pudiesen asumir su responsabilidad.

Axel confiaba en que lo que le había dicho por teléfono no fuese más que vana palabrería, y que su hermano recobraría el sentido común una vez volviese a estar sobrio. Ahora comprendía que estaba equivocado. Su hermano persistía en su decisión con una fuerza de voluntad pavorosa.

Axel le suplicó. Rogó a Erik que desistiera, que dejase bajo tierra lo enterrado. Pero, por primera vez, percibió en su hermano una disposición inquebrantable. En esta ocasión, no conseguiría razonar, postergar. Ahora Erik estaba resuelto a sacar a relucir la verdad. También le habló del bebé. Le contó, por primera vez, que había conseguido dar con su paradero tras una serie de averiguaciones. Que era un niño. Que llevaba años pasándole cierta cantidad de dinero, desde que empezó a ganarse la vida. Como una especie de penitencia por lo que le habían arrebatado.

El padre adoptivo del pequeño pensó seguramente que él era el padre y aceptó el dinero sin cuestionar nada. Pero eso no era suficiente. Esa penitencia no había paliado el dolor que lo despedazaba por dentro, sólo consiguió hacer que las consecuencias de sus acciones se presentaran más reales aún. Ahora, le había dicho Erik mirándolo a los ojos, había llegado el momento de la verdadera penitencia.

Axel recreó su vida mentalmente. Se vio desde fuera, como lo veía la gente. Una vida de admiración, de respeto. Arruinada. Quedaría arruinada con tan sólo marcar un número. Luego rememoró el campo. El preso que había a su lado, aquel al que arrojaron al hoyo que él mismo estaba cavando. El hambre, el hedor, la humillación. La sensación de la culata del rifle contra la oreja y la certeza de que algo se le había quebrado allí dentro. El hombre ya muerto que iba sentado a su lado en el autobús en el que atravesaron Europa para ir a Suecia. Era como estar allí. Oía los sonidos, percibía los olores, sentía la ira siempre candente en el pecho, incluso cuando estaba apático por completo y sólo se concentraba en sobrevivir, día tras día. Y ya no veía a Erik, sino a cuantos lo habían humillado y herido y ahora lo miraban burlones, con sorna, satisfechos de que, esta vez, lo llevasen a él al patíbulo. Pero él no podía darles esa satisfacción. Todos los muertos y los vivos aparecían allí en fila, burlándose de él. No sobreviviría a ello. Y tenía que sobrevivir. Eso era lo único que contaba.

Le zumbaba el oído más que nunca y no oyó nada de lo que le decía Erik, sólo veía moverse la boca de su hermano. Pero ya no era Erik. Era el joven rubio de Grini que tan amablemente se dirigió a él al principio, el que lo indujo a creer engañosamente que era un semejante, el que consiguió que Axel lo considerase lo único humano en aquel lugar inhumano. El que luego levantó el rifle y, mirándolo a los ojos, lo dejó caer con la culata hacia abajo, hasta que le reventó el oído, le reventó el corazón.

Lleno de ira y de dolor, Axel agarró lo que tenía más a mano. Levantó el pesado busto de piedra y lo mantuvo bien alto sobre la cabeza de Erik, que hablaba incansable garabateando sin cesar en el bloc que tenía encima del escritorio.

Luego, dejó caer el busto. Ni siquiera hizo fuerza. Simplemente, lo dejó caer por su propio peso sobre la cabeza de su hermano. No, no sobre la cabeza de su hermano, sobre la cabeza del vigilante. ¿O era la de Erik? Era todo tan desconcertante. Se encontraba en casa, en la biblioteca, pero los olores y los sonidos eran tan vivos. El hedor a muerte, las botas resonando al ritmo de marcha, órdenes alemanas que podían significar un día más de vida, o la muerte.

Axel oía aún el sonido del impacto de la pesada piedra contra la piel y los huesos. Después, se acabó. Erik emitió un solo gemido y se desplomó, con los ojos aún abiertos. Pero tras la primera conmoción, tras haber tomado conciencia de lo que había hecho, lo invadió una extraña calma. Lo sucedido era inevitable. Dejó el busto debajo de la mesa, se quitó los guantes ensangrentados y los guardó en el bolsillo del chaquetón. Luego bajó los estores, cerró con llave, se metió en el coche y regresó al aeropuerto, donde cogió el primer vuelo a París. Intentó reprimirlo todo y se volcó en el trabajo, hasta que llamó la policía.

No fue fácil regresar. Al principio no sabía si podría volver a poner un pie en la casa. Pero, cuando aquellos dos agentes tan amables lo llevaron en coche desde el

aeropuerto, se serenó y, sencillamente, hizo lo que tenía que hacer. Y, a medida que pasaban los días, firmó una especie de tratado de paz con el espíritu de Erik, cuya presencia aún sentía en la casa. Sabía que Erik lo había perdonado. En cambio, jamás le perdonaría lo que le había hecho a Britta. Cierto que no fue su mano la ejecutora, pero él sabía muy bien cuál sería la consecuencia directa de su llamada a Frans. Sabía lo que hacía cuando le dijo a Frans que Britta iba a desvelarlo todo. Escogió sus palabras y la manera de disponerlas con sumo cuidado. Dijo lo que había que decir para disparar a Frans como un proyectil letal lanzado con total precisión. Sabía que la ambición política de Frans, su ansia de estatus y de poder terminaría actuando. Ya en la conversación telefónica detectó la rabia iracunda que siempre había sido el motor de Frans. De modo que él era tan responsable como Frans de la muerte de Britta. Y eso lo atormentaba. Aún recordaba cómo la miraba su marido. Herman la contemplaba con un amor que Axel jamás había sentido ni de lejos. Y ese amor, esa unión, les había sido arrebatada.

Axel vio despegar otro avión que partía con destino desconocido. Había llegado al final del camino. Ya no había para él lugar alguno adonde ir.

Sintió un gran alivio cuando, tras muchas horas de espera, notó una mano en el hombro y oyó que pronunciaban su nombre.

Paula besó a Johanna en la mejilla y a su hijo en la cabeza. Aún no podía creer que se lo hubiese perdido todo. Y que Mellberg hubiese estado allí.

–Lo siento, lo siento muchísimo –repitió por enésima vez.

Johanna sonrió agotada.

–Bueno, vale que te maldije unas cuantas veces cuando vi que no te localizaba, lo admito, pero comprendo que no tienes la culpa de que te encerraran. Así que me alegro de que estés ilesa.

–Sí, yo también. De que lo estés tú, quiero decir –aclaró Paula besándola de nuevo–. Y el niño es… maravilloso. –La agente admiró de nuevo al pequeño que Johanna tenía en el regazo y se le antojaba imposible que ya estuviese allí. Que por fin hubiese nacido de verdad.

–Toma, cógelo –dijo Johanna entregándoselo a Paula, que se sentó en el borde de la cama y empezó a mecerlo–. Y vaya mala pata que el teléfono de Rita se estropease hoy precisamente.

–Sí, está destrozada –aseguró Paula haciéndole mimos a su hijo recién nacido–. Está convencida de que jamás volverás a dirigirle la palabra.

–Anda ya, ¿cómo iba a saberlo ella? Y, además, al final sí que tuve ayuda –rio Johanna.

–Sí, por Dios santo, ¿quién iba a pensarlo? –se sorprendió Paula, aún perpleja por el hecho de que su jefe hubiese ejercido de director de operaciones en el nacimiento

de su hijo–. Y tendrías que oírlo hablar con mi madre en la sala de espera. No para de fanfarronear con todo el mundo de lo «hermosísimo» que es el niño y de lo valiente que has sido tú. O sea, que si mi madre no estaba enamorada de él antes, desde luego lo está ahora que ha hecho posible que su nieto venga al mundo. Madre mía… –exclamó Paula meneando la cabeza.

–Bueno, hubo un momento en que pensé que iba a echar a correr, pero confieso que tiene mejor madera de la que le suponía.

Como si hubiese oído que hablaban de él, tras unos golpecitos en la puerta, apareció Bertil en el umbral, acompañado de Rita.

–Adelante –los invitó Johanna haciéndoles una seña.

–Sólo queríamos ver cómo estáis –dijo Rita acercándose a Paula y a su nieto.

–Claro, si ya hace media hora desde la última vez que vinisteis –ironizó Johanna.

–Tendremos que comprobar si ha crecido. Y si ha empezado a salirle la barba –repuso Mellberg con una sonrisa radiante, mientras se acercaba al pequeño mirándolo con ternura. Rita lo observaba con una expresión que sólo podía significar una cosa: estaba enamorada.

–¿Puedo cogerlo un poco otra vez? –preguntó Mellberg sin poder contenerse.

Paula asintió.

–Sí, creo que te lo has ganado –afirmó pasándole a su hijo.

Contempló el modo en que Mellberg miraba al pequeño, y cómo Rita los miraba a los dos. Y comprendió que, aunque se le había ocurrido pensar que quizá fuese bueno para su hijo tener un modelo masculino, jamás se habría figurado a Mellberg en ese papel. Sin embargo, ahora que se veía ante esa posibilidad, no estaba tan segura de que fuese una mala idea.

Fjällbacka, 1945

Contó con que Erik estuviese en casa. Creía que era importante hablar con él antes de partir. Confiaba en Erik. Había en él algo auténtico, sincero, tras su árida fachada. Y sabía que era leal. Con eso contaba, sobre todo. Porque Hans no podía obviar la posibilidad de que ocurriese algo. Iba a volver a Noruega y, por mucho que la guerra hubiese terminado, era imposible saber qué podría ocurrirle en su país. Él había hecho cosas, cometido acciones imperdonables, y su padre había sido uno de los símbolos más destacados de la maldad de los alemanes en el país. De modo que debía ser realista. Debía comportarse como un hombre y tener en cuenta cualquier eventualidad, ahora que iba a ser padre. No podía dejar a Elsy así, sin red protectora, sin apoyo. Y Erik era el único que, según él, podía cumplir esa función. Llamó a la puerta.

No sólo estaba Erik. Suspiró para sus adentros al ver también a Britta y a Frans en la biblioteca, donde todos escuchaban música en el gramófono del padre de Erik.

–Mis padres estarán fuera hasta mañana –explicó Erik sentándose en su lugar habitual, ante el escritorio. Hans se quedó desconcertado en el umbral.

–En realidad, yo venía a hablar contigo –dijo haciéndole una seña.

–¿Y qué secretos os traéis entre manos, eh? –preguntó Frans en tono provocador, poniendo una pierna en el brazo del sillón en el que estaba sentado.

–Eso, ¿qué secretos os traéis entre manos? –repitió Britta como un eco sonriéndole a Hans.

–Nada, sólo que querría hablar con Erik –insistió Hans.

Erik se encogió de hombros y se levantó.

–Podemos salir un momento –propuso encaminándose a la escalinata del porche. Hans lo siguió y cerró la puerta cauteloso. Se sentaron en el último peldaño.

–Tengo que ausentarme unos días –comenzó removiendo la gravilla con el talón.

–¿Adónde? –preguntó Erik mientras se subía las gafas, que se empeñaban en escurrírsele nariz abajo.

–A Noruega. Tengo que ir a casa y… arreglar unas cuantas cosas.

–Ajá –respondió Erik con desinterés.

–Y quisiera pedirte un favor.

–Vale –asintió Erik encogiéndose de hombros otra vez. La música del gramófono se oía fuera. Frans debía de haber subido el volumen.

Hans vaciló un instante. Luego anunció brevemente:

–Elsy está embarazada.

Erik no dijo nada y se subió las gafas, que habían vuelto a resbalársele hasta la punta de la nariz.

–Está embarazada y quiero solicitar una dispensa para que podamos casarnos.

Pero antes tengo que ir a casa a resolver un par de asuntos, y si… si algo me ocurriera, ¿me prometes que cuidarás de ella?

Erik seguía sin pronunciar palabra y Hans aguardaba tenso su respuesta. No quería partir sin la promesa de que alguien en quien él confiase estaría ahí apoyando a Elsy.

Finalmente, Erik le contestó:

–Por supuesto que le ayudaré. Aunque me parece muy desafortunado que la hayas metido en semejante lío. Pero ¿qué iba a pasarte a ti? –preguntó frunciendo el entrecejo–. Deberían recibirte como a un héroe en tu país. No creo que nadie pueda reprocharte que huyeses cuando el asunto se puso peligroso, ¿no? –Dirigió la vista a Hans.

Este ignoró la pregunta, se levantó y se sacudió la parte trasera de los pantalones.

–Claro que no me pasará nada. Pero sólo por si acaso, quería decírtelo. Y ahora tengo tu promesa.

–Sí, sí –aseguró Erik poniéndose de pie–. ¿Vas a entrar a despedirte de los demás antes de marcharte? Mi hermano también está en casa. Llegó ayer –dijo Erik radiante.

–¡Vaya, cómo me alegro! –exclamó Hans dándole un apretón en el hombro–. ¿Y cómo está? Me enteré de que ya volvía a casa, pero que había sido muy duro.

–Sí –el rostro de Erik se ensombreció–. Ha sido muy duro. Y está muy débil. ¡Pero está en casa! –repitió irradiando felicidad–. Venga, entra a saludar, que no os conocéis siquiera.

Hans sonrió y siguió a Erik otra vez al interior de la casa.

Los primeros minutos el ambiente que reinaba en torno a la mesa de la cocina resultó un poco tenso. Sin embargo, no tardaron en superar el nerviosismo y pudieron hablar con su hermano alegremente y en un tono distendido. Anna aún parecía algo conmocionada por la noticia, pero observaba fascinada a Göran, que estaba sentado justo enfrente de ella.

–¿No te preguntaste jamás por tus padres biológicos? –quiso saber Erica, que cogió un caramelo Dumle del cuenco que había llenado de golosinas.

–Sí, claro, a veces –respondió Göran–. Pero al mismo tiempo… para mí mis padres, o sea, Wilhelm y Märta, siempre fueron… suficientes. Aunque claro, en alguna ocasión, de vez en cuando, pensaba en ello y me preguntaba por qué me habrían dado en adopción y esas cosas. –Vaciló un instante–. Bueno, ya sé que sus circunstancias eran muy difíciles.

–Pues sí –convino Erica mirando de reojo a Anna. Le había costado decidir cuánto le contaría a su hermana pequeña, a la que siempre sobreprotegía. Pero al final comprendió que Anna había sobrevivido a situaciones mucho más duras que ella, de modo que acabó contándoselo todo, incluido lo de los diarios. Anna lo encajó con serenidad y allí estaban ahora, reunidos en casa de Erica y Patrik. Tres hermanos. Dos hermanas y un hermano. Era una sensación extraña pero, curiosamente, les parecía también natural. Tal vez fuese cierto el dicho según el cual la sangre es más espesa que el agua.

–Bueno, supongo que es tarde para empezar a inmiscuirme en vuestros novios y esas cosas –rio Göran señalando a Patrik y a Dan–. Me temo que es una etapa que, por desgracia, me he perdido.

–Sí, me temo que sí –sonrió Erica cogiendo otro Dumle.

–Por cierto, he oído que han atrapado al asesino, el hermano –dijo Göran, ya con expresión grave.

Patrik asintió.

–Cierto, estaba esperando en el aeropuerto. Curioso, porque habría podido huir, si hubiera querido, y jamás lo habríamos localizado. Pero, según mis colegas, se mostró muy solícito.

–Pero ¿por qué mató a su hermano? –se interesó Dan, rodeando con el brazo los hombros de Anna.

–Aún lo están interrogando, así que no lo sé con certeza –admitió Patrik dándole un trozo de chocolate a Maja, que estaba a su lado, en el suelo, jugando con la muñeca que le había regalado la madre de Göran.

–Me pregunto por qué el hermano, es decir, el asesinado, le dio dinero a mi padre durante tantos años. Por lo que he sabido, él no era mi padre, sino un noruego. ¿O estoy confundido? –preguntó Göran dirigiéndose a Erica.

–No, estás en lo cierto. Según los diarios de mamá, tu padre se llama Hans Olavsen. O, bueno, en realidad, Hans Wolf. Erik y mamá no tuvieron nunca ningún tipo de relación romántica. De modo que no sé… –Erica se mordía el labio inferior, en actitud reflexiva–. Seguro que sale a relucir cuando conozcamos lo que tenga que decir Axel Frankel.

–Sí, seguro –convino Patrik.

En ese momento, Dan emitió un leve carraspeo y todas las miradas se volvieron interrogantes hacia él. Intercambió una mirada cómplice con Anna, que, finalmente, tomó la palabra:

–Bueno, veréis, resulta que tenemos una noticia que daros…

–¿El qué? –preguntó Erica llena de curiosidad, metiéndose otro Dumle en la boca.

–Pues sí… –Anna no se decidía, pero al final lo soltó rápidamente–: que vamos a tener un niño. Para la primavera.

–¡Vayaaaa! ¡Qué alegría! –gritó Erica rodeando rápida la mesa para abrazar a su hermana y a Dan. Cuando volvió a sentarse, le brillaban los ojos.

–¿Y cómo te encuentras? ¿Cómo te sientes? ¿Estás bien? –Erica iba lanzando las preguntas como una salva, y Anna se echó a reír.

–Pues verás, me encuentro fatal, mareadísima. Pero igual que con Adrian. Y además, tengo permanentemente unas ganas horribles de comer bastones de caramelo.

–¡Jajajaja! Bastones de caramelo, ¿no podía ser otra cosa? –rio Erica–. Bueno, no diré nada, yo no paraba de comer Dumles cuando estaba embarazada de… –Erica se interrumpió en mitad de la frase, con la vista clavada en el montón de envoltorios que había en la mesa. Miró a Patrik, que, a juzgar por su expresión, ya se había dado cuenta. Empezó a pensar febrilmente. ¿Cuándo le tocaba tener la regla? Se había centrado tanto en la investigación del pasado de su madre que no había reparado… ¡Hacía dos semanas! Hacía dos semanas que debería haber tenido la regla. Se quedó mirando la montaña de envoltorios con expresión bobalicona. Hasta que oyó que Anna estallaba en una sonora carcajada.

Fjällbacka, 1945

Axel oyó voces abajo. Se levantó de la cama con sumo esfuerzo. Le llevaría tiempo recuperarse del todo, eso ya se lo había advertido el médico cuando lo examinó a su llegada a Suecia. Y su padre dijo exactamente lo mismo cuando lo vio por fin al volver a casa, el día anterior. Fue una bendición enorme hallarse en casa de nuevo. Por un instante fue como si todo el miedo, todo el horror que había experimentado no hubiese existido nunca. Pero su madre lloró al verlo. Y lloró cuando abrazó su cuerpo escuálido y frágil. Eso le dolió, porque no eran sólo lágrimas de alegría, sino que lloraba también por la certeza de que ya no era el mismo. Y jamás volvería a serlo. El Axel extrovertido, temerario y siempre jovial, había dejado de existir. Todo eso se lo habían sacado a golpes aquellos años. Y vio en los ojos de su madre que lloraba al hijo que no iba a recuperar jamás, al mismo tiempo que se alegraba de que hubiese vuelto a casa un fragmento de ese hijo.

Ella no quería irse y pasar la noche fuera, como tenían decidido desde hacía tiempo. Pero su padre intuyó que Axel necesitaba tranquilidad, e insistió en que salieran, pese a todo.

–Ya lo tenemos en casa –dijo su padre–. Tendremos tiempo de sobra para estar con él. Más vale que descanse ahora. Y Erik está en casa, así que le hará compañía.

Al final su madre accedió y se fueron los dos. Y Axel sintió un profundo alivio al ver que podría estar solo, bastante tenía con acostumbrarse a la idea de estar en casa otra vez. A la idea de ser Axel.

Prestó atención con el oído derecho. Debía hacerse a la idea de que el oído izquierdo lo había perdido para siempre, ya se lo dijo el doctor. Claro que para él no fue una sorpresa. El mismo día que el vigilante le asestó el culatazo en la oreja notó que algo se le rompía por dentro. El oído dañado se convertiría en un recordatorio eterno y cotidiano de lo que había sufrido.

Salió al rellano arrastrando los pies. Aún tenía las piernas muy débiles, de modo que su padre le había prestado un bastón en el que apoyarse mientras se recuperaba. Era un bastón que había pertenecido a su abuelo, robusto, contundente y con empuñadura de plata.

Tuvo que agarrarse bien a la barandilla para bajar con esfuerzo las escaleras, pero había pasado mucho tiempo acostado descansando y sentía curiosidad por saber a quiénes pertenecían las voces que se oían. Y pese a que deseaba estar solo, le apeteció en aquel momento algo de compañía.

Frans y Britta estaban cada uno en su sillón, y se le hacía raro verlos así, como si nada hubiese ocurrido. Para ellos la vida había discurrido por los derroteros esperados. No habían tenido que ver montañas de cadáveres, ni al compañero de al lado estremecerse primero y desplomarse luego con una bala en la frente. Por un

instante sintió una ira intensa ante la injusticia que esa diferencia entrañaba, pero enseguida se dijo que fue él mismo quien decidió exponerse al peligro y que tenía que afrontar las consecuencias. Aunque parte de la ira seguía allí humeando por dentro.

–¡Axel! ¡Qué bien que estés levantado! –exclamó Erik incorporándose de la silla del escritorio. Se le iluminó la cara al ver aparecer a su hermano. Eso fue lo que más alegró el corazón de Axel al volver a casa: ver de nuevo la cara de su hermano.

–Sí, el abuelito ha conseguido bajar con ayuda del bastón –bromeó Axel fingiendo que amenazaba a Frans y a Britta con la vara.

–Hay alguien a quien quiero que conozcas –añadió Erik expectante–. Hans, es noruego y participó en la resistencia, pero consiguió llegar aquí en el barco de Elof cuando lo perseguían los alemanes. Hans, este es mi hermano Axel. –La voz de Erik destilaba orgullo.

Axel no había notado hasta ese momento que había alguien junto a una de las paredes. El muchacho estaba de espaldas a la puerta, de modo que lo único que Axel pudo ver fue una figura atlética de pelo rubio y rizado. Axel dio un paso al frente para saludar, antes de que el joven se diese la vuelta.

Y en ese instante el mundo quedó en suspenso. Axel vio la culata del rifle. Vio cómo ascendía para estrellársele en la oreja. Volvió a vivir la traición, cómo se sintió tras haber confiado en alguien que él creía que pertenecía al bando de los buenos, para luego sufrir aquella decepción. Reconoció al muchacho de inmediato. Le zumbaban los oídos y la sangre le circulaba salvajemente por el pecho. Sin ser verdaderamente consciente de lo que hacía, Axel levantó el bastón y le asestó al muchacho un golpe en plena cara.

–¿Pero qué haces? –gritó Erik corriendo a atender a Hans, que había caído al suelo y se cogía la cabeza con las manos mientras la sangre le corría por entre los dedos. También Frans y Britta se habían levantado de un salto y miraban atónitos a Axel.

Este señaló al muchacho con el bastón y, con la voz trémula de odio, proclamó:

–¡Os ha mentido! No estuvo en la resistencia. Era vigilante en la prisión de Grini mientras yo estuve encerrado allí. Él fue quien me destrozó el oído, quien me golpeó con la culata del rifle.

Un silencio insoportable invadió la sala.

–¿Es verdad lo que dice mi hermano? –lo interrogó Erik con voz queda, sentándose al lado de Hans, que yacía gimiendo en el suelo–. ¿Nos has mentido? ¿Estabas con los alemanes?

–En Grini me dijo que era hijo de un oficial de las SS –continuó Axel, aún temblando de pies a cabeza.

–Y uno de esa calaña ha dejado embarazada a Elsy –profirió Erik mirando a Hans con odio.

–¿Qué dices? –preguntó Frans, pálido como la cera–. ¿Ha dejado embarazada a Elsy?

–Eso era lo que quería decirme antes. Y ha tenido el valor de pedirme que me ocupara de ella si a él le ocurría algo. Porque tenía asuntos que resolver en Noruega. –Erik estaba tan fuera de sí que le temblaba todo el cuerpo. Abría y cerraba los puños sin apartar la vista de Hans, que intentaba levantarse en vano.

–Claro, ya lo creo que sí, por supuesto que tiene asuntos en Noruega. Irá a buscar a su padre –aseguró Axel levantando otra vez el bastón. Y con todas sus fuerzas, volvió a golpear a Hans, que una vez más se encogió lanzando un gemido.

–No, iba a… mi madre… –balbució Hans mirándolos suplicante.

–Cerdo asqueroso –le espetó Frans apretando los dientes antes de asestarle una patada en el estómago.

–¿Cómo has podido? ¿Cómo pudiste mentirnos en la cara? Cuando sabías que mi hermano… –Erik tenía los ojos llenos de lágrimas y se le quebró la voz. Retrocedió unos pasos y cruzó los brazos fuertemente, temblando más aún.

–No sabía que… tu hermano… –contestó Hans con voz apenas audible y tratando una vez más de levantarse.

–Te has rajado, ¿verdad? –le gritó Frans–. Tenías pensado dejar a Elsy embarazada y largarte. Joder, menudo cerdo. A cualquier otra muchacha, ¡pero a Elsy no! ¡Y ahora, encima, va a tener una cría de alemán! –Frans gritaba ya en falsete.

Britta lo miraba desesperada. Fue como si, hasta ese momento, no hubiese tomado conciencia de los sentimientos que Elsy despertaba en Frans. El dolor que sintió en el pecho la hizo caer al suelo y acurrucarse, sollozando de manera incontrolada.

Frans volvió la vista hacia ella y la observó unos segundos. Antes de que nadie pudiera reaccionar, se adelantó hasta el escritorio, cogió el abrecartas y se lo clavó a Hans en el pecho, hasta el fondo.

Los demás se quedaron pasmados unos instantes. Erik y Britta estaban paralizados por la conmoción. Axel, en cambio, reaccionó como si la sangre que manaba en torno a la hoja del abrecartas hubiese despertado en él un instinto animal. Dirigió su ira contra el fardo ya inmóvil en el suelo. Golpes, patadas y cuchilladas fueron cayendo sobre el cuerpo de Hans, al compás de los alaridos primitivos de Axel y Frans. Y cuando por fin se detuvieron exhaustos, jadeantes, ya no había modo de reconocer al muchacho que estaba tendido en el suelo. Se miraron. Asustados pero, en cierto modo, animados. La sensación de dar rienda suelta al odio, a todo aquello que guardaban dentro y que quería salir fue liberadora, poderosa, y así lo vio cada uno en los ojos del otro.

Permanecieron allí un momento, compartiendo aquello, impregnándose de ello, manos, ropa y cara empapados con la sangre de Hans. Lo había salpicado todo

cubriendo un amplio círculo alrededor de los dos y un charco del fluido negruzco empezaba a extenderse bajo el cuerpo del muchacho. Incluso la sangre había salpicado a Erik, que seguía temblando con los brazos cruzados alrededor del cuerpo. Era incapaz de apartar la vista de aquel saco sangriento, hasta que se volvió a mirar a su hermano con la boca entreabierta. Britta seguía sentada en el suelo y se miraba atónita las manos, también manchadas de sangre, con la misma mirada ausente de Erik. Nadie dijo una palabra. Era como el ominoso silencio que sucede a la tempestad, todo en calma, aunque el silencio aún lleva consigo el recuerdo de cómo silbaba el viento.

Finalmente, fue Frans el primero en tomar la palabra.

–Tenemos que limpiar esto –declaró con frialdad dándole al cuerpo de Hans una patada–. Britta, tú te quedas aquí y arreglas esto. Erik, Axel y yo nos desharemos de él.

–Pero ¿adónde lo llevamos? –preguntó Axel intentando quitarse la sangre de la cara con la manga.

Frans se quedó pensando en silencio unos instantes, hasta que dijo:

–Ya sé lo que haremos. Esperaremos a que anochezca para sacarlo de aquí. Tendremos que envolverlo en algo, para que no siga manchándolo todo. Mientras tanto, limpiamos esto entre todos y nos lavamos.

–Pero… –comenzó Erik, aunque fue incapaz de terminar de formular la pregunta, sino que se arrodilló en el suelo con la mirada perdida.

–Conozco el lugar perfecto. Lo enterraremos con los suyos –propuso Frans en tono jocoso.

–¿Con los suyos? –coreó Axel con la voz hueca. Se había quedado mirando la contera del bastón, que estaba llena de sangre.

–Vamos a enterrarlo en la tumba de los alemanes. En el cementerio –dijo Frans, con una sonrisa aún más amplia–. No me digáis que no tiene algo de justicia poética, ¿eh?

–*Ignoto militi* –murmuró Erik sentado en el suelo con la mirada perdida. Frans lo miró inquisitivo–. Al soldado desconocido –le aclaró en voz baja–. Eso es lo que dice en la tumba del soldado desconocido.

Frans se rio.

–Pues ya ves, es perfecto.

Ninguno de los demás se rio, pero tampoco protestaron ante la propuesta de Frans. Con movimientos rígidos y lentos empezaron todos a hacer lo necesario. Erik bajó al sótano a buscar un saco de papel sobre el que pusieron a Hans. Axel fue por los utensilios de limpieza que había en el armario del pasillo, y Frans y Britta se encargaron de limpiar la biblioteca. Resultó ser más difícil de lo que habían pensado. La sangre era muy espesa y, en un principio, parecía que la estuviesen extendiendo.

Britta lloraba histérica mientras fregaba, paraba de vez en cuando y sollozaba arrodillada en el suelo con el cepillo en la mano, pero Frans la instaba a continuar. Él, por su parte, trabajaba sin parar y el sudor le corría por todo el cuerpo, pero en sus ojos no se apreciaba el terror velado que se leía en los de los demás. Erik cepillaba el suelo con movimientos mecánicos y ya había dejado de incordiar con que tenían que denunciar lo sucedido. Al final comprendió que Frans tenía razón, no podía correr el riesgo de que la policía detuviese a Axel, que acababa de llegar a casa después de vivir un infierno en el campo de concentración, y lo metiesen en la cárcel.

Después de transcurrida una hora de duro trabajo, se secaron el sudor de la frente y Frans constató satisfecho que no se veía ni rastro de lo que allí había ocurrido.

–Tendremos que coger algo de ropa de mis padres para vosotros dos –declaró Erik en tono monocorde, antes de subir en busca de algunas prendas de vestir. Cuando bajó se fijó en su hermano, que estaba encogido en un rincón de la biblioteca, aún atento a los grumos de sangre y pelos que se habían quedado pegados al bastón. No había dicho una palabra desde que la ira lo abandonó, pero ahora alzó la vista y preguntó sin dirigirse a nadie:

–¿Y cómo vamos a llevarlo al cementerio? ¿No será mejor que lo enterremos en el bosque?

–Tenéis una carretilla para la bici, la usaremos para transportarlo –decidió Frans, resuelto a no abandonar su propósito–. Venga, si lo enterramos en el bosque, cualquier animal terminará por desenterrarlo. Pero a nadie se le ocurriría pensar que haya alguien más enterrado en la tumba de los alemanes. O sea, que allí ya hay gente muerta. Y si lo llevamos en la carretilla y lo tapamos con algo, nadie verá lo que es.

–Yo ya he cavado bastantes tumbas… –repuso Axel como ausente, volviendo a centrarse en el bastón.

–Frans y yo lo arreglaremos –se apresuró a intervenir Erik–. Tú puedes quedarte aquí, Axel. Y Britta, tú puedes irte a casa, que si no llegas para la cena, se van a preocupar. –Hablaba rápido, como si las palabras fueran proyectiles, sin dejar de mirar a su hermano ni un segundo.

–Nadie se preocupa de cuándo salgo o cuándo entro –aseguró Frans en tono áspero–. O sea, que yo puedo quedarme. Esperaremos hasta las nueve. A partir de esa hora apenas hay gente en la calle, y además estará muy oscuro.

–¿Y qué hacemos con Elsy? –preguntó Erik hablando más bajo y más despacio que antes y mirándose los zapatos–. Ella espera que vuelva. Y ahora que está embarazada…

–Ya, una cría de alemán. ¡Pues nada, tendrá que afrontar las consecuencias! –masculló Frans–. ¡Elsy no puede enterarse! ¿Entendido? Que crea que se marchó y la abandonó, que, seguramente, era lo que pensaba hacer. Pero yo no pienso malgastar mi afecto con ella. Tendrá que apañárselas sola. ¿Alguna objeción? –Frans miró a los

demás de hito en hito. Nadie dijo una sola palabra.

–¡Vale! Pues acordado está. Esto es y será siempre nuestro secreto. Vete a casa, Britta, no sea que empiecen a buscarte.

Britta se levantó y se alisó el vestido ensangrentado con las manos temblorosas. Sin pronunciar una palabra, cogió el vestido que le ofrecía Erik y fue a lavarse y a cambiarse. Lo último que vio antes de dejar a los tres muchachos en la biblioteca fue la mirada de Erik. Toda la furia que se desató en él cuando se descubrió el secreto de Hans había desaparecido. Ya sólo quedaba la vergüenza.

Unas horas más tarde, enterraron a Hans en la tumba convenida. Y en ella descansó en paz durante sesenta años.

Fjällbacka, 1975

Elsy puso el dibujo de Erica en el baúl con mucho cuidado. Tore estaba con las niñas en el barco y, durante unas horas, tendría la casa para ella sola. Solía subir allí. A sentarse un rato y a reflexionar sobre lo que había sido y lo que era.

La vida había resultado tan diferente de como ella la había imaginado. Sacó los cuadernos azules de los diarios y acarició distraída la portada de uno de ellos con la yema de los dedos. Era tan joven entonces. Tan ingenua. Cuánto dolor habría podido ahorrarse de haber sabido antaño lo que sabía hoy. Que uno no podía permitirse amar demasiado. El precio era demasiado alto, y por eso pagaba ella todavía por la única vez en que amó de más. Pero había mantenido la promesa que se hizo entonces: no volver a querer así nunca.

Claro que a veces se sentía tentada a ceder, a permitir una vez más que alguien entrase en su corazón. Cuando miraba a sus dos hijas rubias, sus caritas anhelantes vueltas hacia ella. Detectaba en ambas una especie de hambre de algo que esperaban que ella les diera, pero que era incapaz de dar. Sobre todo a Erica. Ella lo necesitaba más que Anna. A veces la sorprendía mirándola con una expresión de amor no correspondido, inquietante en una niña. Y una parte de Elsy deseaba romper su promesa, acercarse y abrazar a su hija y sentir sus corazones latiendo al unísono. Pero algo se lo impedía siempre. En el último minuto, antes de levantarse, antes de abrazar a su hija, sentía siempre el tacto de aquel cuerpo pequeño y cálido en sus brazos. Su mirada totalmente nueva cuando alzó la vista hacia ella, tan parecido a Hans, tan parecido a ella. Un fruto del amor que Elsy creyó que podrían cuidar juntos. Sin embargo, tuvo que alumbrarlo sola en una habitación llena de extraños, sentirlo salir deslizándose de su cuerpo y luego de sus brazos, cuando se lo llevaron con otra madre de la que ella nada sabía.

Elsy alargó el brazo hacia el baúl y cogió la camisita de bebé. Las manchas de su sangre se habían aclarado con los años y parecían de óxido. Se llevó la camisita a la nariz, la olió para comprobar si aún percibía algún resto de su aroma, aquel perfume dulce y cálido que tenía cuando lo cogió en brazos. Pero no notaba nada. Sólo el olor a viejo, a moho. También el olor del baúl había eliminado el aroma del niño, y ya no lo notaba.

En alguna ocasión se le ocurrió la idea de buscar su pista. Al menos para asegurarse de que estaba bien. Pero nunca pasó de ser una idea. Exactamente igual que nunca pasaba de la idea de levantarse, acercarse a sus hijas y abrazarlas, y liberarse de la promesa de mantener hermético el corazón.

Cogió la medalla que estaba en el fondo del arca y la sopesó en la mano. La encontró el día en que registró la habitación de Hans, antes de ir a dar a luz a su hijo. Cuando ella aún creía que había esperanza y que entre sus pertenencias encontraría

una explicación lógica de por qué jamás regresó con ella y con el niño. Pero lo único que encontró, aparte de algo de ropa, fue la medalla. No sabía qué significaba, ni sabía dónde la habría encontrado Hans ni qué papel habría desempeñado en su vida. Pero ella tenía el presentimiento de que era importante, por eso la conservó. Con mucho mimo, envolvió la medalla en la camisita y colocó de nuevo el paquetito en el arca. Devolvió también los diarios y el dibujo que le había dado Erica aquella mañana. Porque aquello era lo único que se sentía capaz de dar a sus hijas, un rato de amor cuando se encontraba a solas con sus recuerdos. Entonces sí era capaz de pensar en ellas no sólo con la cabeza, sino también con el corazón. Sin embargo, en cuanto la miraban con esos ojos hambrientos, se le cerraba otra vez aterrado.

Porque quien no ama, tampoco se arriesga a perder.

Agradecimientos

También en esta ocasión ha sido Micke un gran apoyo, de ahí que figure el primero en la lista de agradecimientos. Como de costumbre, con su afecto y su dedicación, mi editora, Karin Linge Nordh. El resto del personal de la editorial también ha seguido dándome ánimo y confianza. Es todo un placer trabajar con vosotros.

El mejor Bengt del mundo y la mejor Maria del mundo son, naturalmente, Bengt Nordin y Maria Enberg, de la agencia Nordin Agency, que siempre se las arreglan para demostrar el mismo entusiasmo infantil y la misma alegría cuando tienen alguna buena noticia que darme. Sin vosotros este trabajo sería mucho más solitario.

También he recibido ayuda con la documentación y con observaciones sobre el texto. Por un lado, los policías de la comisaría de Tanumshede han sido más que solícitos, y quiero mencionar aquí expresamente a Petra Widén y a Folke Åsberg. Asimismo le doy las gracias a Martin Melin, que leyó el manuscrito e hizo observaciones muy valiosas sobre los detalles policiales y, por añadidura, he contado con la ayuda de su padre, Jan Melin, que me ayudó con los datos históricos de los años cuarenta y la Suecia de la Segunda Guerra Mundial. Quiero igualmente expresar mi agradecimiento a Jonas Lindgren, del Instituto Forense de Gotemburgo, que ha sido tan amable de responder de nuevo a mis consultas.

Gracias también a Anders Torevi, que, una vez más, leyó y corrigió en el manuscrito una serie de detalles relativos a Fjällbacka, puesto que hace ya bastantes años que no vivo allí. También mi madre, Gunnel Läckberg, me ha facilitado información sobre Fjällbacka y, además, ha sido una ayuda increíble como canguro, al igual que Hans y Mona Eriksson, quien también ha leído el manuscrito, como de costumbre.

En esta ocasión, además, quiero expresar mi gratitud a Lasse Anrell, por haberme permitido que lo convirtiera en personaje de un breve episodio del libro. Por si fuera poco, me ha prometido darme algunos consejos sobre los geranios la próxima vez que nos veamos.

En el hotel Gimo Herrgård he disfrutado, como siempre, de paz para trabajar. Siempre me cuidan maravillosamente en cuanto me ven aparecer con el ordenador.

Y luego a las chicas… Vosotras sabéis quiénes sois… ¿Qué sería la vida de escritora sin vosotras? Desoladora, solitaria y aburrida. Y a los lectores y a los seguidores del blog. Muchísimas gracias por mantener el interés libro tras libro.

Finalmente, quiero dar las gracias a Caroline, Johan, Maj-Britt y Ulf, que nos guiaron y nos indicaron el camino hacia el paraíso en el que ahora me encuentro, en Tailandia, donde he terminado de escribir este libro.

www. camillalackberg. com

[*] Típica canción infantil sueca. *(N. de laT.)*

[*] En español en el original. *(N. de laT.)*

[*] Gudrun Schyman (Täby, Estocolmo,1948-), líder del *Vänsterpartiet* (Partido de la Izquierda) hasta 2003, fue diputada entre 1988 y 2006 y portavoz de la agrupación política *Feministisk Initiativ* (Iniciativa Feminista).

[*] Jan Guillou (Södertälje, Estocolmo, 1944-), escritor sueco de novela histórica y policíaca, creador de la *Trilogía de las cruzadas* y del agente secreto Carl Hamilton, y articulista polémico del diario *Aftonbladet*.

[*] PerAlbin Hansson (1885-1946), líder del partido socialdemócrata sueco en el Gobierno de coalición formado en Suecia durante la Segunda Guerra Mundial, que incluía a todos los grandes partidos, a excepción del comunista. Fue el principal artífice y promotor del Estado del bienestar sueco, que él llamó *Folkhemmet* (literalmente, «El Hogar del Pueblo»).

[*] Se trata del *surströmming*, una exquisitez sueca. *(N. de la T.)*

[*] El personaje se refiere a Björn Ulvaeus y a Benny Andersson, los dos integrantes masculinos del grupo sueco ABBA.

[*] Se refiere al término sueco *lappsjuka*, un estado depresivo en el que caen quienes sufren un aislamiento excesivo y prolongado, como en el caso de los habitantes de Laponia en invierno. *(N. de la T.)*

[*] Folke Bernadotte (Estocolmo, 1895-Jerusalén, 1948) fue un militar y diplomático sueco, nieto de Oskar II de Suecia y director de la Cruz Roja Sueca. Durante los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial organizó las expediciones de rescate de prisioneros de guerra confinados en los campos de concentración de la Alemania nazi.